

**EL ZAPATISMO: ORÍGENES Y PECULIARIDADES  
DE UNA REBELIÓN CAMPESINA**

Tesis presentada por:

**Felipe Arturo Ávila Espinosa**

para optar por el grado de

**Doctor en Historia**

Directora de tesis: Dra. Romana Falcón

**EL COLEGIO DE MÉXICO**

**APROBADA POR EL JURADO EXAMINADOR**

**1.-**

**2.-**

**3.-**

*A la memoria de mi madre*

# EL ZAPATISMO: ORÍGENES Y PECULIARIDADES DE UNA REBELIÓN CAMPESINA

Felipe Arturo Avila Espinosa

## ÍNDICE

	<i>Página</i>
<b>Proyecto</b>	
<i>Objetivo</i>	<i>I</i>
<i>Justificación</i>	<i>VIII</i>
<i>Breve discusión historiográfica</i>	<i>X</i>
<b>Introducción</b>	<i>XXXI</i>
<b>Capítulo I. Las raíces de la rebelión</b>	<i>I</i>
<i>Un modelo explicativo</i>	<i>5</i>
<b>I. La historia agraria de larga duración</b>	<i>8</i>
<i>El medio y los grupos humanos</i>	<i>8</i>
<i>El arribo de la caña</i>	<i>14</i>
<i>El azúcar y la época colonial: el Marquesado y el valle de Amilpas</i>	<i>17</i>
<i>Redistribución de los recursos productivos en el XVII</i>	<i>21</i>
<i>Crisis y recuperación en el XVIII</i>	<i>24</i>
<i>Competencia y complementariedad</i>	<i>25</i>
<i>Estratificación, conflicto y cohesión</i>	<i>28</i>
<i>La ruptura del orden colonial</i>	<i>32</i>
<i>Ofensiva liberal y resistencia campesina</i>	<i>35</i>
<i>La identidad del Sur</i>	<i>37</i>
<i>Interludio conservador</i>	<i>41</i>
<i>Efectos de la política liberal</i>	<i>43</i>
<b>II. El tiempo corto: la modernización productiva, ruptura de los equilibrios</b>	<i>46</i>
<i>El Porfiriato: la balanza a favor de las haciendas</i>	<i>46</i>
<i>Eficiencia y racionalidad: irrigación</i>	<i>51</i>
<i>Revolución en el transporte</i>	<i>55</i>
<i>Desplazamiento de los arrendatarios</i>	<i>56</i>
<i>Trabajo asalariado y economía moral</i>	<i>59</i>
<i>¿Leyenda negra o blanca?</i>	<i>61</i>
<i>Crecimiento demográfico de pueblos y ciudades, decremento en las haciendas</i>	<i>64</i>
<i>Ruptura del equilibrio y agravamiento de las tensiones</i>	<i>67</i>
<b>III. La esfera de la política</b>	<i>72</i>
<i>La crisis del porfiriato y la campaña política de 1909 en Morelos</i>	<i>72</i>
<i>Primera batalla: el gobierno del general Leyva</i>	<i>73</i>
<i>La revancha de los hacendados</i>	<i>74</i>
<i>Anquilosamiento del régimen y crisis política regional</i>	<i>77</i>
<i>La escuela del leyvismo</i>	<i>82</i>

<b>Capítulo II. La rebelión contra Díaz</b>	<b>85</b>
<i>La experiencia electoral maderista</i>	87
<i>Morelos al margen del maderismo electoral</i>	91
<i>La incorporación a la rebelión maderista</i>	92
<i>Los conspiradores</i>	95
<i>Los motivos de los organizadores de la revuelta</i>	100
<i>Surgimiento y extensión de la revuelta</i>	104
<i>Violencia de clase</i>	107
<i>Centralización del mando rebelde</i>	110
<i>Puebla y Guerrero: motivos similares, liderazgos diferentes</i>	112
<i>Las maniobras de Díaz y Limantour</i>	116
<i>La disputa rebelde por la hegemonía regional</i>	121
<i>El colapso del Porfiriato</i>	129
<i>Liderazgo e identidad</i>	130
<i>Control del centro sobre la rebelión</i>	134
<i>Los motivos de la rebelión</i>	138
<b>Capítulo III. El Interinato. La ruptura con el maderismo y el surgimiento del zapatismo como movimiento independiente</b>	<b>151</b>
<i>Reconstitución de los poderes locales: dos visiones</i>	154
<i>El licenciamiento: la disputa por el poder</i>	164
<i>Fortalecimiento conservador</i>	170
<i>Militarización del estado</i>	177
<i>Las condiciones para el desarme: comienzos de una identidad</i>	179
<i>Fracaso de las negociaciones</i>	181
<i>La ruptura</i>	188
<i>Debilidad rebelde</i>	197
<i>Razones de la ruptura: primeros rasgos de una identidad</i>	199
<i>Estrategia contraproducente</i>	211
<i>Para que la cuña apriete</i>	219
<i>Rebelión agraria en gestación</i>	224
<b>Capítulo IV. El zapatismo y el régimen de Madero. La consolidación de un proyecto independiente</b>	<b>231</b>
<i>Madero presidente</i>	232
<i>El Plan de Ayala</i>	239
<i>Reactivación de la rebelión</i>	247
<i>Preocupación conservadora</i>	255
<i>Pugnas en el maderismo</i>	260
<i>La ley de suspensión de garantías</i>	263
<i>Salida de Figueroa</i>	265
<i>Apertura: cambio de gobernador y oferta agraria maderista</i>	267
<i>Represión: la guerra sucia de Juvencio Robles</i>	275
<i>Los ritmos de la revuelta</i>	288

<i>Aires de apertura</i>	297
<i>Otra vez la fuerza</i>	305
<b>Capítulo V. La población civil ante la insurrección zapatista</b>	<b>309</b>
<i>La problemática agraria de los pueblos</i>	310
<i>Los agravios de la población civil</i>	324
<i>Apoyo de la población a los rebeldes</i>	334
<i>Descontento de la población con los rebeldes</i>	345
<i>Oposición a la revuelta: la formación de cuerpos de voluntarios</i>	363
<b>Conclusiones</b>	375
<b>Fuentes</b>	391
<b>Apéndice: Mapas</b>	399

Felipe Arturo Avila Espinosa  
Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México  
Programa de Doctorado en Historia  
Directora: Dra. Romana Falcón

**Proyecto de Tesis e Introducción**  
**El zapatismo: orígenes y peculiaridades de una rebelión campesina**

*Objetivo*

Este trabajo busca explicar dos cuestiones básicas: *porqué* fue posible el surgimiento de una rebelión campesina en una amplia zona de la región centro sur del país a finales del Porfiriato y *cómo* se conformó ese desafío al poder central de los sectores y grupos dominados -las clases subalternas- de Morelos y las regiones aledañas, desafío que tomó cuerpo en el zapatismo. En otras palabras, busca explicar los orígenes, las causas y las formas que tuvo el movimiento zapatista en su etapa inicial, como una rebelión local, subordinada al maderismo, una vez que se consolidó y trascendió el ámbito regional, maduró ideológicamente, se dio un programa propio, se radicalizó, desafió el poder del Estado nacional, rompió su subordinación a Madero y construyó un proyecto que luchó por alcanzar el gobierno nacional. En su propuesta, y en la forma en que ejerció su dominación a nivel regional, el zapatismo expresó una forma de organizar a la sociedad, con una visión en la que se mezclaban el radicalismo agrario, el populismo y una concepción del Estado como entidad benefactora, al servicio de las clases subalternas.

Alrededor de estas preguntas básicas se pretende responder a otras preguntas parciales que permitan reconstruir ese movimiento y explicar las características de su proyecto. Así, es necesario indagar las razones agrarias, de largo plazo, que hicieron posible que se produjera una rebelión que reclamó con tanta fuerza el derecho a disponer con

autonomía de los recursos naturales de la zona y que convirtiera a esta demanda en el eje central de su actividad. A continuación, comprender la coyuntura que hizo posible que el descontento, los agravios y los reclamos de las clases subalternas, seculares, endémicos, en una zona agrícola particularmente rica y fértil, centro de disputas centenarias por la utilización y el usufructo de sus recursos y controlada en su mayor parte, desde tiempos ancestrales, por uno de los grupos económicos más poderosos de la nación -los hacendados azucareros-, pudieran trascender y conformarse en una rebelión de proporciones regionales inéditas, que alcanzó en pocos meses a tomar el control de la mayor parte de la entidad morelense y de zonas aledañas de Puebla, Estado de México, Distrito Federal, Oaxaca y Guerrero, al compás de la rebelión nacional maderista que estaba teniendo lugar y a la cual se incorporó.

Busca también encontrar las continuidades en las formas de resistencia de las clases subalternas y, de manera particular, los antecedentes, similitudes y diferencias que tuvo la expresión mayor de su protesta, como rebelión, con las formas de resistencia desarrolladas por esos mismos grupos durante el siglo XIX. Así, se pretende explicar las raíces de la rebelión zapatista a partir de las experiencias desarrolladas por los grupos agrarios y urbanos dominados en las luchas por la Independencia y durante la Reforma, explicando las características comunes de su discurso, de su práctica y de su liderazgo, en la región conocida como *el Sur*.

La historia es siempre la resultante de fuerzas puestas en movimiento, compuestas por clases sociales, grupos, sectores e individuos que empujan en una cierta dirección y sentido, esperando conseguir resultados proyectados. Las acciones concretas de hombres y mujeres de carne y hueso, con sus aspiraciones, proyectos y posibilidades son las que

nutren ese proceso, cuyos resultados casi nunca corresponden a las expectativas de cada una de las fuerzas particulares puestas en movimiento, en la medida en que cada una de ellas se combina con la de otros actores que empujan en trayectorias distintas. Sin embargo, no deja de ser importante esclarecer los objetivos y las metas, conscientes y ocultos, de los actores que componen y desarrollan cada trama, independientemente del desenlace final.

Al lado de esas resultantes, y para ayudar a explicarlas, es necesario prestar atención, pues, a los motivos, manifiestos y latentes, que tuvieron los actores que construyeron en conjunto ese escenario y esa trama, ya fueran actores principales o secundarios. En el caso de la rebelión zapatista, hay que rastrear las trayectorias de los líderes y organizadores de la revuelta y, en la medida de lo posible, de las gentes que los siguieron, situándolos en su condición y en su época, para desentrañar las razones que tuvieron para decidir lanzarse a esa acción extrema, a pesar de sus riesgos, y delinear lo que esperaban conseguir con ello.

El trabajo analiza, entonces, en la medida en que este tipo de problemáticas -que tienen que ver con los individuos, con su psicología y carácter, con su formación, con sus ambiciones y expectativas y, para su estudio, con los testimonios que dejan, los cuales, cuando los hay, son siempre parciales, sesgados, incompletos y que son prácticamente inexistentes para el caso de las clases subalternas-, lo permiten, las razones que tuvieron, tanto los personajes que organizaron la revuelta en contra de Porfirio Díaz, como los que se sumaron a ella, buscando encontrar en esa reconstrucción, tanto la necesidad para hacerlo, como las características de la forma que adquirió su protesta.

La investigación busca también arrojar más luz sobre el tipo de liderazgo, autónomo, que surgió de la revuelta y que le dio a su vez forma a ella, surgido de abajo, que

no fue reconocido por los representantes del régimen porfiriano, ni tampoco por los líderes maderistas de la rebelión nacional triunfante. Ese liderazgo tuvo un carácter plebeyo, popular, radical, de tipo tradicional en el sentido de surgir de abajo y desafiar a los poderes regionales y al centro nacional, cuyos antecedentes fueron las gestas de la Independencia y la reforma en la región del *Sur*, alrededor de líderes como el cura Morelos, Vicente Guerrero y Juan Álvarez.

Pero, al mismo tiempo, fue un liderazgo nuevo, en el sentido de no contar con la participación y apoyo de las clases altas, de los notables de la zona ni de las figuras carismáticas de los caudillos regionales, por lo que pudieron destacar dirigentes provenientes de los sectores agrarios medios y marginales, sin vínculos estrechos con las clases dominantes económicas ni con las élites políticas regionales o nacionales. Así, se pudo conformar un movimiento radical de gran arraigo local, que fue combatido por las viejas oligarquías y poderes sobrevivientes al cataclismo revolucionario, ante el cual cerraron filas y agruparon una vasta coalición interclasista que contó con la activa participación de los restos del estado porfiriano e, incluso, con una parte de los nuevos líderes maderistas.

El combate a la rebelión morelense por ese vasto frente interclasista, encabezado por el ejército federal, produjo el doble efecto de ayudar a la definición de una identidad en el grupo rebelde morelense y, también, a radicalizarlo, hasta llevarlo a romper no solo con las estructuras de dominación y poder tradicionales del porfirato, sino también con los nuevos líderes nacionales encabezados por Madero.

La investigación busca, entonces, analizar y explicar el proceso de maduración endógena que tuvo el movimiento zapatista que, siendo parte subordinada de la rebelión

maderista, planteó una serie de reivindicaciones agrarias y políticas que no fueron aceptadas y que llevaron a ambas dirigencias -líderes rebeldes y maderistas- a un difícil y fallido proceso de negociaciones, en el cual los surianos maduraron una identidad propia, a través de un proceso difícil de desencanto del maderismo y de radicalización, que los llevó a romper con Madero, a declararle la guerra y a darse un programa político propio, el *Plan de Ayala*. En dicho plan, plasmaron la experiencia de esos meses y la proyectaron como el ideal que serviría de base para buscar tomar el poder central y realizar una transformación de las relaciones sociales y políticas que tuviera como eje el problema de la tierra.

Otro factor, estrechamente vinculado a lo anterior y que permitió ese proceso, fue el de la violencia de masas que tuvo la rebelión en algunas zonas, contra las estructuras y personajes más visibles y desprestigiados del sistema de dominación, violencia que atacó en un primer momento a la autoridades y élites locales con menos legitimidad y consenso: presidentes municipales, jueces, jefes políticos, policías rurales y comerciantes, y, luego, incluyó también a los hacendados, al ejército federal y al gobierno central. Fue un proceso de radicalización que culminó con manifestaciones de una violencia de clase, plebeya, de masas, dirigida contra el sistema de dominación a nivel local, primero, luego regional y nacional. Se pretende explicar, pues, el proceso a través del cual ocurrió la transformación de una rebelión de los grupos agrarios morelenses de abajo contra el régimen de Porfirio Díaz, subordinada al maderismo, que luego se volvió contra él, se dotó de un programa propio y se convirtió en un desafío al sistema de dominación en su conjunto, con un proyecto de clase.

Tal vez, más que hablar y definir al zapatismo, habría que hablar de los varios zapatismos regionales que hubo, y de las características similares y diferentes que adquirió

esa protesta, en virtud de su amplitud y de la forma que tuvo en las zonas que estuvieron bajo su influencia. El más conocido y estudiado, sin duda, ha sido el movimiento que surgió y se desarrolló alrededor de la figura de Emiliano Zapata y de los líderes originales del grupo de Anenecuilco-Villa de Ayala, que creció en los fértiles valles centrales cañeros morelenses de Cuautla y Cuernavaca, en la medida en que tal fue el grupo que inició la exitosa revuelta y el que capitalizó y consolidó su liderazgo en los meses y años posteriores. Sin embargo, como lo han establecido algunas investigaciones, existió también otro tipo de zapatismo en las zonas periféricas a los valles morelenses, en las zonas boscosas y frías del Ajusco defleño, en la región poblana, en las montañas del Estado de México, en las regiones de Guerrero, en la frontera oaxaqueña y aún en lugares más alejados a su epicentro, como Tlaxcala y Michoacán.

En todas esas regiones hubo problemáticas diversas, de carácter agrario, económico, político, cultural, sectores sociales aliados y rivales distintos, prácticas políticas diversas, ascensos y reflujos de la movilización popular con distintos tiempos e intensidades, manifestaciones ideológicas y discursivas con sellos distintivos y, también, liderazgos propios, con una relativamente alta independencia y autonomía.

El zapatismo fue, entonces, un amplio espectro de sectores, grupos, líderes, demandas y aspiraciones al cual los líderes más connotados del zapatismo morelense lograron dar unidad, a través de un proceso complejo de instancias, jerarquías, lealtades, en cuya cúspide estaba Zapata y lo que luego fue el Cuartel General, del cual bajaban eslabones de información y coordinación que, en ocasiones, no era muy efectivo. Ésa era tanto su fortaleza como su debilidad. Fortaleza en la medida en que la iniciativa de las fuerzas sociales regionales encontraban forma de canalizar sus aspiraciones mediante

prácticas militares y políticas dotadas de gran autonomía respecto del centro dirigente. Debilidad en la medida en que era una dispersión de energías locales que era muy difícil de concentrar y ordenar para una acción unificada, amplia, que pudiera disputar con éxito el control político nacional al cual aspiraban los líderes e ideólogos zapatistas. Las relaciones del zapatismo morelense con estos movimientos aliados periféricos, estuvieron preñadas de conflictos y tensiones.

Finalmente, la investigación tratará de explicar la actitud de la gente de Morelos y de las zonas aledañas dominadas por el zapatismo ante la revolución en general y ante el zapatismo en particular. Es decir, la manera en que la población de las ciudades, pueblos, villas, haciendas y ranchos de la zona, reaccionó ante la súbita alteración de sus condiciones normales de vida, debido a la guerra, así como la actitud que tuvo ante la actividad de las tropas y de los líderes zapatistas, para determinar las expectativas, las demandas, los apoyos, las complicidades, los contratos morales y la legitimidad de la rebelión y de los grupos rebeldes con la población civil.

De manera significativa, prestará atención a los abusos, los agravios, las sangrías provocadas por las bandas rebeldes en contra de sectores populares a los que pretendían defender, que ocasionaron resistencias y rechazos, no solo latentes, sino también manifiestos, al grado de ocurrir la organización de grupos de autodefensa para combatir militarmente a los alzados, en algunas regiones y localidades, fenómeno hasta hoy insuficientemente analizado.

Con ello es posible construir una imagen un poco más completa y matizar la visión del zapatismo como un movimiento primordialmente agrario, con una gran homogeneidad social y consenso político en su interior, y con una relación con las comunidades locales

asombrosamente armónica. Se trata, entonces, de reconstruir lo que fue el zapatismo desde abajo, a partir de la práctica de los guerrilleros zapatistas y de la experiencia vivida por la gente de las zonas bajo su influencia ante los cambios provocados por la rebelión, analizar sus impactos y apoyos, al igual que sus contradicciones internas, peleas y rivalidades, que fueron parte consustancial de su desarrollo y tuvieron un papel importante para limitar sus posibilidades de imponer su hegemonía en el proceso revolucionario.

### *Justificación*

En términos de la dinámica interna zapatista el periodo de investigación está determinado por el lapso que va desde su gestación como rebelión local, dependiente y subordinada al maderismo, al momento en que ese movimiento local se radicaliza, plantea una serie de reivindicaciones políticas que no son aceptadas por la dirigencia maderista nacional y rompe con Madero, haciéndole la guerra. Es, por tanto, el periodo en el que se deslindan y llaman a derrocar al líder de la revolución nacional triunfante, en condiciones de aislamiento y poca legitimidad y luchan contra él, durante su gobierno constitucional. La actividad zapatista contra Madero contribuyó a minar las bases de ese régimen, le restó legitimidad, se convirtió en el movimiento político más importante e influyó, directa e indirectamente, a su derrocamiento. Es un ciclo que tiene una coherencia interna: el zapatismo se dotó de una identidad y se convirtió en una rebelión regional con un proyecto propio con el que luchó por el poder nacional y por la hegemonía contra las otras corrientes revolucionarias.

El golpe de Estado huertista que puso fin al maderismo estableció otra condición. Ya no era necesario legitimar la lucha contra el huertismo, era un régimen usurpador que cerró todos los espacios de participación política. Coincidió, además, con la incorporación masiva de un amplio espectro de grupos e individuos para los cuales el zapatismo era un conducto y destino natural: no solo los que habían simpatizado con él y a los que había ido arrancando del maderismo, sino también grupos e individuos con inquietudes de reforma social para los cuales era una opción interesante y cercana, en la medida en que se había legitimado por denunciar las componendas y negociaciones de Madero con el antiguo régimen y haber sido consecuente en su impugnación.

En términos de fuentes, éste es el periodo menos estudiado, al no haber casi testimonios zapatistas de esos meses, carencia que se alivia a partir del huertismo.

Los límites espaciales de la investigación están circunscritos al territorio morelense y las zonas inmediatas aledañas a él, de Puebla, Oaxaca, Guerrero, Distrito Federal y el Estado de México en las cuales se insertó y tuvo gran influencia. El periodo -definido por el objetivo de la investigación-, abarca del estallido de la rebelión morelense contra Porfirio Díaz, en los primeros meses de 1911, hasta el final abrupto del gobierno constitucional de Madero, en febrero de 1913, periodo insuficientemente analizado hasta ahora, en la medida en que la investigación historiográfica predominante se ha centrado en el estudio de los líderes zapatistas, en las características de la rebelión en los valles centrales morelenses, y en los momentos de mayor poderío zapatista -entre 1914 y 1916-, sin prestar suficiente atención al periodo formativo, inicial, decisivo, en el que se dio el tránsito de una rebelión agraria local, hacia un movimiento campesino radicalizado, que se deslindó y enfrentó con las armas al régimen maderista, que definió un proyecto político de clase, propio, y que se

constituyó en un serio desafío para el régimen triunfador sobre Díaz, constituyéndose también en uno de los factores que influyó en la definición de la política estatal maderista y que, con su actividad armada y su influencia ideológica, minó la consolidación del proyecto de Madero e influyó en su derrota.

### *Breve discusión historiográfica*

El zapatismo ha sido uno de los objetos de estudio más abordados dentro de la historiografía de la Revolución Mexicana y cuenta con una amplia e importante bibliografía, en la cual se encuentran varios buenos estudios, entre los que destaca un clásico de la historiografía contemporánea, el *Zapata y la Revolución Mexicana*, de John Womack Jr. Este libro representa, hasta la fecha, el análisis más completo sobre las causas que determinaron el surgimiento y la extensión de la revolución zapatista, sobre su composición social, sobre su liderazgo, así como un vívido relato de las comunidades morelenses, del ejército y los jefes zapatistas y los pormenores de su lucha.

A la distancia de los años transcurridos desde su aparición, al *Zapata* de Womack, con todo lo bueno que tiene como aportación para la comprensión del zapatismo, se le pueden y se le han señalado limitaciones, que han sido superadas mediante la utilización de nuevas fuentes y de nuevas miradas. Entre las principales limitaciones del fresco zapatista de Womack están algunas de carácter geográfico. Womack estudió sobre todo a los campesinos zapatistas de los valles centrales morelenses, el corazón cañero, que fue sin duda el centro original y, en muchos sentidos, decisivo del movimiento zapatista.

Sin embargo, el zapatismo se extendió muy temprano a las zonas aledañas, a las tierras altas y frías del norte de Morelos, del sur del Estado de México y el Distrito Federal, a la serranía de Guerrero, a zonas más secas del oriente de Morelos, a una amplia zona poblana, a las montañas limítrofes entre Morelos, Puebla y Oaxaca. En todas estas regiones el zapatismo adquirió matices propios. En muchas de estas zonas, el patrón de las relaciones de producción y la tenencia de la tierra no estaba marcado por el predominio de las haciendas e ingenios azucareros, el antagonismo entre pueblos campesinos y haciendas azucareras si lo había, tenía una configuración distinta a la de los valles de Cuernavaca y Cuautla.

Estaban también otros actores: no solo campesinos sin tierra o peones, sino muchos arrendatarios, aparceros, rancheros, pequeños ganaderos, arrieros, trabajadores textiles, artesanos, tenderos, pequeños comerciantes, intelectuales, que se incorporaron en las diferentes etapas y le imprimieron un sello particular a las demandas y a la práctica zapatista. El tipo de liderazgo que surgió en las zonas periféricas y las demandas y aspiraciones de los distintos sectores sociales que apoyaron al zapatismo fueron diferentes. El mosaico zapatista tenía más colores: no únicamente la restitución de tierras producto del despojo de los terratenientes, sino también demandas políticas, reclamos de autonomía municipal, de un ejercicio más democrático del poder, de libertades ciudadanas, de garantías desde el gobierno para poder establecer industrias y desarrollar actividades productivas, etc.. demandas a las que dio forma programática, mediada, la actividad de los intelectuales fuerrefios zapatistas, particularmente durante la etapa convencionista.

La principal limitación que se ha señalado al libro de Womack, es que el conflicto al interior del movimiento zapatista aparece en un lugar muy secundario y, más bien, hasta

después de 1915, cuando falla la alianza zapatista con las otras facciones revolucionarias y cuando pierde, junto con el villismo, la batalla decisiva por el poder nacional ante el constitucionalismo. Antes de esta etapa, el zapatismo aparece como un movimiento bastante cohesionado y asombrosamente armónico, no solo entre los diferentes eslabones de la cadena de mando, sino también en las relaciones del ejército zapatista con las comunidades de las zonas bajo su influencia. Las nuevas fuentes ilustran esta imagen de una manera distinta: el conflicto y las disputas, rivalidades y competencia entre muchos de los jefes surianos fueron una constante desde el principio, con altas y bajas según el curso de la lucha y, también, las relaciones del zapatismo con las localidades y poblaciones de una amplia zona del centro-sur del país fueron extremadamente complicadas, yendo desde un gran apoyo y legitimidad, hasta la oposición y rechazo organizados.

En los quince años que siguieron a la aparición del *Zapata* surgió una segunda generación de investigadores del zapatismo que, con nuevos y valiosos materiales de primera mano, continuaron desarrollando la veta abierta por Womack. Entre las más importantes fuentes documentales que se rescataron y pusieron a disposición del público en esos años destacan los fondos *Emiliano Zapata*, *Cuartel General del Sur*, *Genovevo de la O*, *Soberana Convención Revolucionaria*, *Jenaro Amézcua* y *Francisco Mendoza*. Estos archivos aportan información muy valiosa que complementa la que se obtiene del voluminoso archivo de Gildardo Magaña, que era el único disponible cuando elaboró su trabajo Womack. En estos otros archivos se encuentran testimonios no solamente de Zapata y de los principales líderes zapatistas, o de la élites políticas, económicas y militares - regionales y nacionales-, que incidieron en la problemática zapatista, sino que contienen un enorme mosaico de testimonios de líderes menores, de mandos intermedios del ejército

libertador, de las autoridades locales -presidentes municipales, jueces y auxiliares- encargadas de servir como correas de transmisión entre los jefes zapatistas y las localidades y, también de otros sectores de las clases medias y bajas rurales que reflejan los puntos de vista de la gente común que vivió y sintió la revolución como una experiencia novedosa y única.

Además de estas fuentes, la otra gran veta que se abrió a la investigación es el conjunto de decenas de entrevistas con los veteranos zapatistas que componen el cuerpo de historia oral conocido como el *Archivo de la Palabra*, que ofrecen -con las consabidas limitaciones de este tipo de fuentes-, un valioso testimonio de los recuerdos, valoraciones e imágenes de esos participantes sobre sus experiencias juveniles en la "bola", experiencias determinantes para el resto de sus vidas.

No es casual que esta segunda generación de estudiosos contemporáneos del zapatismo, que hizo la obra negra de su trabajo y publicó sus primeras conclusiones en esos años, generación de la que forman parte gentes como Salvador Rueda, Laura Espejel, Jane Dale Lloyd, Arturo Warman, Alicia Olivera y Horacio Crespo haya utilizado esas nuevas fuentes para completar, pulir y matizar el fresco zapatista comenzado por Womack.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Entre las principales obras de estos estudiosos del zapatismo se encuentran: de Arturo Warman, *Y venimos a contradecir, los campesinos de Morelos y el estado nacional*, México, CIESAS, 1978 y "El proyecto político zapatista", en Friedrich Katz (comp.) *Revolución, rebelión y revolución. La lucha rural en el México del siglo XVI al XX*, México, ERA, vol. 1, 1990. De Salvador Rueda: "La zona armada de Genovevo de la O", México, 1981. *Cuicuilco*, vol. 2, no. 3, pp. 38-43; "Oposición y subversión: testimonios zapatistas", México, INAH, 1983; *Historias*, no. 3, pp. 3-32; "La dinámica interna del zapatismo, consideraciones para el estudio de la cotidianidad campesina", en Horacio Crespo, *Morelos; cinco siglos de historia regional*, México, CEHAM, 1984. pp. 225-249; "Administración política y utopía hacendada: la lucha por el poder en el estado de Morelos (1869-1913)", México, INAH, 1986, *Historias*, no. 13, pp. 95-103 y "Las causas del movimiento zapatista en Morelos: desniveles históricos en el origen de un conflicto agrario", en *Memorias: la revolución en la regiones*, Universidad de Guadalajara, 1986, pp. 361-288. De Salvador Rueda y Jane Dale Lloyd "El discurso legal campesino y el orden político revolucionario", México, 1985, *Historias*, no. 12, pp. 51-59. De Laura Espejel "El movimiento campesino en el oriente del estado de México: el caso de Juchitepec". México, *Cuicuilco*, 1981 y "El cuartel general, órgano rector de la revolución zapatista", tesis de licenciatura en

De este modo, se avanzó en precisar la composición social del zapatismo, composición diferenciada que motivó aspiraciones y comportamientos políticos e ideológicos diversos. Gracias a esos estudios se pudieron precisar las diferencias geográficas regionales entre el zapatismo de la zona de los valles centrales de Morelos y el zapatismo periférico de las zonas aledañas, frías y boscosas del norte o más secas y calientes en el este y en el sur de la región, en donde participaron actores con problemáticas agrarias, relaciones productivas, conflictos, liderazgos y trayectorias distintas a las de los pueblos de la zona central cañera.

Con las contribuciones de esta generación, se pudo superar la vieja discusión -que tiene sus raíces en una vieja polémica doctrinaria al interior del marxismo-, acerca de la posibilidad del zapatismo, como movimiento campesino, de proponer un proyecto viable de organización del Estado nacional. A través de sus trabajos, quedó claro que el zapatismo elaboró un proyecto de nación, a través de las propuestas ideológicas y programáticas de los intelectuales fuereños que se incorporaron al zapatismo, que instauró un gobierno y una

---

Historia, México, FFyL, UNAM, 1985. De Laura Espejel y Salvador Rueda, en el libro colectivo *Así fue la Revolución Mexicana*, México, INEHRM, 1985, los artículos "La génesis del zapatismo" (vol. 2, pp. 291-303); "El Plan de Ayala y la autonomía zapatista" (vol. 3, pp. 347-358); "El zapatismo continúa en lucha" (vol. 4, pp. 531-537); "El zapatismo se extiende" (vol. 4, pp. 581-587); "El zapatismo estrecha el cerco" (vol. 4, pp. 711-715); "Los ejércitos populares y la construcción de un ejército nacional" (vol. 5, pp. 857-865) y "El desencanto porfiriano. Las elecciones de 1909 en Morelos", Michoacán, 1994, *Desdeldiez*, Boletín del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas", pp. 5-27. De Laura Espejel, Alicia Olivera y Salvador Rueda "El programa político zapatista" en *IV Jornadas de Historia de Occidente*, Michoacán, 1981, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas" AC, pp. 57-78. De Horacio Crespo, "La diferenciación social del campesinado. Una perspectiva teórica", tesis de maestría en Estudios Latinoamericanos, México, FFyL, UNAM, 1981; "El azúcar en el mercado de la ciudad de México 1885-1910, en Horacio Crespo (coord.), *Morelos cinco siglos de historia regional*, México, CEHAM-UAEM, 1984; *Tierra y hacienda en el porfiriato* (3 vols.), México, CEHAM, 1986; *Historia del Azúcar*, (3 vols.), México, FCE, 1988 y "La hacienda azucarera del estado de Morelos: modernización y conflicto", tesis de doctorado en Estudios Latinoamericanos, México, FFyL, UNAM, 1996, así como Horacio Crespo y Herbert Frey "La diferenciación social del campesinado como problema de la teoría y de la historia, hipótesis generales para el caso de Morelos", *Revista Mexicana de Sociología*, no. 44, 1982, pp. 285-313. Además de estos libros y artículos que presentan las conclusiones de un intenso trabajo de archivos, merecen señalarse

administración propios en la región morelense y en una amplia franja del centro-sur del país, en donde tuvo el control militar, político, económico y administrativo y en donde los jefes e intelectuales zapatistas aplicaron una forma peculiar de gobierno y administración caracterizados por la recuperación de la autoridad tradicional de los pueblos y el establecimiento de una considerable autonomía municipal, como parte de un proceso controlado y supervisado centralmente -no sin considerables conflictos-, por el cuartel general zapatista.

El zapatismo se propuso derrocar al gobierno nacional, tomar el poder central, ocupar la capital del país e instaurar un gobierno que diera cumplimiento a un programa de reformas económicas y sociales cuya máxima expresión fueron las propuestas de los ideólogos zapatistas dentro de la Soberana Convención Revolucionaria, en cuya etapa de mayor poderío -entre fines de 1914 y mediados de 1915-, controlaron la capital del país y la mayor parte del territorio nacional, si bien efímeramente al no poder consolidar su alianza con el villismo.<sup>2</sup>

Salvador Rueda, con la colaboración de Laura Espejel, Jane Dale Lloyd y Alicia Olivera, estudiaron aspectos que no habían sido abordados antes, relacionados con las características del ejército libertador del sur, con el tipo de liderazgo, con el discurso elaborado por los jefes campesinos zapatistas y por sus intelectuales fuereños - estableciendo la conexión, diferencias y tensión entre ambos-, así como la cotidianidad

---

las diversas guías y catálogos de los archivos de Genovevo de la O, Jenaro Amézcua y Emiliano Zapata, hechos por Salvador Rueda, Ricardo Pérez Monfort y Laura Espejel, respectivamente.

<sup>2</sup> Esta perspectiva ha sido reforzada por los trabajos, ya citados, de Florencia Mallon y Peter Guardino sobre Morelos y Guerrero en el siglo XIX, donde ambos autores demuestran, con una sólida argumentación teórica y un excelente análisis histórico, apoyado en un abundante trabajo de archivo, que los grupos campesinos de esa zona fueron actores decisivos en las luchas de las cuales emergió el moderno Estado nacional del XIX, y

vivida por las localidades bajo el dominio zapatista y las relaciones de los pueblos con el ejército libertador suriano, destacando los problemas de los eslabones intermedios de autoridad, los problemas de justicia a los que se enfrentaron y la forma en que los intentaron resolver. De igual modo, rastrearon los antecedentes políticos que influyeron en la rebelión zapatista, estudiando no sólo la inmediata e importante coyuntura política de la elección del gobernador de la entidad en 1909 -en la que surgió un frente opositor a la candidatura oficial que se aglutinó alrededor de Patricio Leyva-, sino que abordó una experiencia un poco más lejana pero igualmente importante -en la medida en que estuvieron en la escena morelense varios de los principales actores anteriores, en circunstancias diferentes-, que tuvo lugar cuando el primer gobernador de la entidad, Francisco Leyva, se había enfrentado a los hacendados morelenses en los albores del porfiriato.

Lo valioso de estos trabajos es mostrar los diferentes estratos sociales y las características y problemáticas variadas de las regiones en las que se desarrolló el zapatismo. Empero, el carácter fragmentario de estos estudios, la mayoría de los cuales son artículos breves, solo ha comenzado a abrir la discusión y plantear nuevos problemas y líneas de investigación. Entre varios de los puntos que quedaron abiertos están algunos relacionados con la política y la ideología, como el estudio pormenorizado de los intelectuales zapatistas, de sus antecedentes, formación, vinculación e influencia dentro del movimiento zapatista, así como las especificidades de su proyecto estatal y de las causas de su fracaso, al igual que los pormenores y dificultades de las fallidas alianzas entre el zapatismo con otras fuerzas nacionales, como el maderismo, el orozquismo y,

---

que su participación generó un proyecto contrahegemónico que marcó el sello peculiar que tuvo el denominado por Mallon "liberalismo popular" mexicano.

particularmente importante, con el villismo -con el cual tenía importantes similitudes-, al igual que el análisis de lo que fueron el gobierno y la administración del zapatismo en su zona de influencia, aspectos que apenas fueron esbozados por estos investigadores y sobre los cuales habría que hacer una investigación más detallada.

Otra gran área problemática que no había sido cubierta era la de la economía y la demografía de la región, pues aunque se han hecho notables estudios monográficos sobre la configuración del agro morelense durante la época colonial y el siglo XIX y sobre el desarrollo de la economía de las haciendas y las relaciones agrarias en ese territorio durante ambas épocas, la falta y la deficiencia de las fuentes primarias durante la revolución, habían sido una seria limitante para su estudio.<sup>3</sup> Esto era particularmente importante para poder explicar algunas de las razones estructurales que facilitaron el estallido de la rebelión zapatista, para determinar qué tipo de vínculo se había dado entre la economía, la demografía y la política en los años finales del porfiriato y al comenzar la revolución.

Una buena parte de esas lagunas han venido siendo despejadas por las notables investigaciones de Horacio Crespo, quien comenzó a publicar sus conclusiones a fines de los 70 y ha dado a luz después varios importantes trabajos que han analizado las condiciones estructurales de la región central morelense, particularmente de la gran institución regional, la hacienda, y ha hecho la mejor y más completa historia de la configuración de las relaciones productivas en esa zona dominada por el cultivo de la caña de azúcar. Sin duda, Crespo ha hecho hasta hoy la mayor contribución al estudio de la

---

<sup>3</sup> Entre los mejores trabajos sobre Morelos en la época colonial y en los albores del XIX se encuentran: Ward Barret, *La hacienda azucarera de los marqueses del Valle, 1533-1910*, México, Siglo XXI, 1977. Bernardo García Martínez, *El Marquesado del Valle. Tres siglos de régimen colonial*, México, El Colegio de México, 1979. y Cheryl English Martin, *Rural Society in Colonial Morelos*, University of New Mexico Press, 1985 y

historia regional de larga duración, económica y demográfica, para explicar la configuración de las relaciones productivas y sociales entre los distintos sectores, la condición que había en la región morelense en los comienzos de este siglo y las contradicciones estructurales en las cuales se dio el estallido de la rebelión zapatista.

Entre las mayores aportaciones de Crespo se encuentran el haber estudiado la evolución económica de la hacienda azucarera, desde el siglo XVI, la configuración del paisaje hecha por esta institución y la demostración rigurosa y pormenorizada de la modernización tecnológica y productiva que tuvo lugar en las dos últimas décadas del XIX y la primera del XX. Crespo ha sido quizás el investigador zapatista que menos se ha dejado intimidar. en el buen sentido, por la influencia de Womack y ha propuesto, con creatividad y fundamentación empírica -apoyado por una amplio trabajo en fuentes primarias hasta entonces no trabajadas, como series económicas de precios, censos de propiedad, catastros y diversas estadísticas demográficas, sustentados en una rigurosa metodología de análisis-, tesis nuevas y polémicas que complementan y corrigen algunas de las aseveraciones que se habían dado por sentadas en la historiografía zapatista.

Así, ha demostrado que la modernización y consolidación de las haciendas azucareras en el porfiriato no se basó en el despojo de las tierras y aguas de los pueblos colindantes con ellas, sino que el proceso de concentración y centralización de los recursos productivos en manos de las haciendas e ingenios azucareros fue un proceso secular que estaba prácticamente concluido en la primera mitad del XIX, antes aún de las leyes de desamortización de la Reforma y de las de baldíos del Porfiriato. Ha demostrado también

---

"Haciendas and Villages in Late Colonial Morelos", *Hispanic American Historical Review*, vol 62. núm. 3, 1982, pp. 402-427.

que este proceso de modernización se basó en una reasignación de los recursos productivos que ya estaban en manos de la hacienda, en la utilización para fines comerciales de tierras que eran de su propiedad pero que estaban arrendadas hasta entonces a pueblos, familias y personas que las trabajaban en forma individual, en el crecimiento de la infraestructura hidráulica y de la superficie irrigada, así como en un proceso de mejoras técnicas sobre el proceso de transformación industrial del azúcar, al igual que en la modernización del transporte por el ingreso del ferrocarril a las zonas productoras.

Este proceso no se basó, por tanto, en el despojo tradicional a los pueblos de sus tierras y aguas, que estaban ya en manos de las haciendas. Después de analizar una gran cantidad de fuentes demográficas, Crespo ha demostrado cómo los pueblos, al igual que los ranchos y aldeas, no marchaban hacia su desaparición, absorbidos por la hacienda, como había planteado la historiografía agrarista del zapatismo, sino que habían mantenido una posición de crecimiento moderado durante el porfiriato y, en cambio, las haciendas habían visto disminuir su población, tanto en términos absolutos como relativos. No había pues, una relación de causalidad directa entre el estallido de la rebelión zapatista y un incremento en las presiones demográficas sobre los pueblos. El efecto de la modernización descrita afectó principal y directamente a los diversos sectores de arrendatarios de las tierras de las haciendas, que perdieron súbitamente su acceso a ellas. Éste proceso, señala Crespo, lo que provocó fue un incremento en la diferenciación de los sectores campesinos del agro morelense y una respuesta diversa de ellos. De igual modo, la modernización económica provocó también la diferenciación entre las haciendas, en un proceso donde las haciendas que pudieron sortear con éxito los desafíos de alcanzar una mayor eficiencia productiva y menores costos, fueron las que pudieron emplear de mejor manera los recursos productivos

(tierra, agua y trabajo) en unidades más eficientes, que resultaron ser no las grandes propiedades, sino las haciendas pequeñas y medianas.

Esta visión, en conjunto, arroja nueva luz sobre las condiciones estructurales y las tensiones presentes en el agro morelense en los años finales del porfiriato y son, sin duda, un punto de referencia obligado para situar en ellos el estallido de la rebelión. Sin embargo, todavía quedan abiertos a la discusión algunos puntos importantes. En primer lugar, la afirmación de Crespo de que no hubo una expropiación o despojo tradicional de tierras y aguas de los pueblos, ranchos o aldeas, durante el ascenso del liberalismo decimonónico, parte de aceptar tácitamente que los pueblos no eran ya propietarios legales de dichas propiedades. Esto, desde luego, no impide que los pueblos continuaran sintiéndose propietarios legítimos, aunque no pudieran demostrarlo en términos jurídicos. Adicionalmente, seguían ocupando las tierras, eran usufructuarios de ellas, aunque las rentaran. Eso les permitía considerar como un derecho consuetudinario su uso y como una obligación de los hacendados y patrones, el que se respetara ese derecho.

Nuevas fuentes, además, demuestran, además de la alta conflictividad y movilización popular en la zona, bajo el liderazgo de Juan Álvarez, la existencia de varios conflictos agrarios, a mediados del XIX, de pueblos contra haciendas, como señala Florencia Mallon en los casos de Tepoztlán, San Francisco Chicolula, Xochitepec y Tlayacapan contra la usurpación de tierras y aguas por las haciendas de Oacalco, Miacatlán, Chiconcuac y San Vicente, además de huelgas de peones y trabajadores de la haciendas de Santa Inés y Cocoyoc. En la etapa del fallido imperio de Maximiliano, la mayoría de las quejas hechas llegar a la Junta Protectora de las Clases Menesterosas, del estado de Morelos y de las zonas circundantes de Puebla, Estado de México y Guerrero, fueron por pleitos de

pueblos contra haciendas. Así pues, la conflictividad por motivos agrarios tradicionales de despojo de tierras y aguas en la zona morelense y en sus alrededores durante la segunda mitad del XIX parece haber sido mayor que lo que señala Crespo.

Otro factor que ha quedado abierto es el de la dimensión de la desposesión. Hacen falta datos cuantitativos para medir la magnitud del sector de arrendatarios desplazados - elemento que sería muy importante cuantificar- y por tanto, del volumen de las nuevas presiones para la supervivencia de ese sector. De cualquier manera, es evidente que la modernización señalada tuvo los efectos de una desposesión y, como Crespo mismo establece, esa fuerza de trabajo no fue absorbida totalmente por la creciente economía hacendaria. Por tanto, al disminuir una parte de la tierra arrendada que era dedicada a obtener cultivos tradicionales que fueron convertidos a cañaverales -proceso que también debería cuantificarse- y perder ese sector usufructuario seguridad en su manutención y depender de fuentes alternativas de sobrevivencia, es posible que los desplazados se hayan convertido en un carga adicional de los pueblos, villas y ranchos para las familias y sectores de la economía tradicional con los que tenían vínculos de parentesco, en fuerza de trabajo estacional con una mayor dependencia de las haciendas o en sectores que tuvieron que encontrar alternativas de manutención en nuevas actividades de la economía urbana, o en la artesanía, el comercio, los ferrocarriles, etc.

En cualquier caso, la desposesión del usufructo implicaba un cambio súbito y pérdida de seguridad, así como deterioro en los niveles de vida, todo lo cual implicó que hubiera descontento, agravios y actitudes de resistencia potencial, y que muchos de esos sectores desplazados vieran en esa transformación la privación de un derecho tradicional, o en otras palabras, la ruptura de una parte del pacto de la economía moral con las haciendas

e ingenios. La ruptura de ese pacto y los agravios generados por ello explican el alto grado de violencia contra muchas de las haciendas y de las élites económicas de la zona morelense y regiones colindantes desde épocas muy tempranas de la rebelión. La modernización productiva, entonces, sí alteró el equilibrio tradicional que se había establecido no sólo con los pueblos propietarios de tierras, sino con los demás grupos agrarios dependientes y subordinados a la hacienda.

Otro elemento que no ha sido aclarado es el de si ocurrió un deterioro de las condiciones de vida de los grupos económicamente subordinados de Morelos. Dada la ausencia de fuentes que permitan hacerse una idea más clara de ello, no se tienen elementos cuantitativos suficientes para medir la evolución del salario real de los distintos grupos de trabajadores rurales y urbanos, ni de la inflación y el precio de los principales bienes de consumo de los grupos mayoritarios, ni tampoco de los movimientos migratorios y de la urbanización que tuvo lugar en Cuernavaca y Cuautla, las dos principales ciudades de la entidad, etc., lo que serviría para entender mejor el problema de la estratificación y de los comportamientos políticos diferenciados de los actores sociales y el impacto real que tuvo sobre los diversos grupos la modernización azucarera. Desde luego, ésto no significa que tenga que deducirse de esos elementos económicos el comportamiento político de los agentes sociales, pero ayudaría a comprender mejor las demandas y propuestas de estos sectores una vez estallada la revuelta. Así pues, hace falta todavía establecer mejor los vínculos entre la economía, la demografía y la política de la región y, con relación a esta última, estudiar con más detalle el comportamiento ante el poder central y regional de los distintos grupos morelenses, la formación de la oposición política al porfiriato, los

diferentes actores que confluyeron en la coyuntura de 1909 y los motivos y mecanismos por los cuales pudo darse la incorporación a la rebelión nacional en 1910.

Los estudios acerca del zapatismo sufrieron un abandono y desinterés, en términos generales, al igual que los de la Revolución Mexicana, durante la segunda mitad de los años 80 y en la primera de los 90. No obstante, aparecieron estudios que pusieron énfasis en la historia regional y en explicar la forma en que se desarrolló la revolución en esos estados. Aparecieron regiones aledañas al corazón del zapatismo con problemáticas distintas, sectores con situaciones y demandas propias y movimientos regionales con liderazgos autóctonos, procesos y personajes con los cuales el zapatismo morelense tuvo una relación variable y extremadamente complicada. En estos trabajos se percibe la forma en que se extendió la influencia del movimiento zapatista, así como las relaciones, alianzas, rupturas, tensiones y conflictos que tuvo con los movimientos endógenos que se generaron en esas regiones.

En algunas de ellas, como en una parte de Puebla, la semejanza en la problemática agraria, étnica, cultural y una tradición regional compartida de varias zonas limítrofes, permitieron el arraigo y crecimiento de movimientos endógenos rebeldes estrechamente vinculados al zapatismo, y la alianza e incorporación, no sin conflicto, de esas regiones a su zona de influencia y liderazgo. En otras, como en Guerrero, se generaron liderazgos autóctonos con fuerza y arraigo regional que tuvieron una relación conflictiva con el zapatismo. Una parte de los grupos rebeldes guerrerenses encabezados por Jesús Salgado se aliaron con el zapatismo, en buena medida por los conflictos de liderazgo con el grupo rebelde hegemónico en Guerrero, el de los hermanos Figueroa. Los líderes zapatistas tuvieron una decisiva pugna por el poder con este último clan, pugna que jugó un papel

clave en su agrupamiento y en la definición de su identidad durante el proceso de negociación fallido que los llevó a romper con el maderismo en el verano de 1911. En algunas regiones del Estado de México, si bien el zapatismo encontró apoyo de una parte de los habitantes y generó liderazgos propios, hubo otras –al igual que en Puebla–, en que se presentó como una fuerza de ocupación extraña, que no consiguió adhesiones y encontró un fuerte rechazo. En las zonas altas de Tlaxcala, líderes como los hermanos Arenas definieron con gran autonomía sus propuestas y acciones y establecieron alianzas temporales extremadamente conflictivas con el zapatismo.

En conjunto, estos estudios ofrecen una panorámica más amplia de las problemáticas de las regiones del centro-sur del país y contribuyen a armar el rompecabezas de la revolución en esta zona y alumbran, particularmente, las formas y liderazgos que produjo el movimiento insurreccional en cada región, aspectos que sirven para entender las alianzas y los conflictos que tuvo el crecimiento del zapatismo al convertirse en el movimiento político dominante en toda ese amplio territorio.<sup>4</sup>

El interés por el estudio del zapatismo ha continuado con algunas notables investigaciones, aún antes de que el estallido de la insurrección chiapaneca volviera a inyectar nuevos ánimos en la discusión acerca de las rebeliones y la revolución, en general, y del zapatismo en particular. Samuel F. Brunk es el autor de *Emiliano Zapata. Revolution and Betrayal in Mexico*, y le corresponde, entre otros, el mérito de ser el único autor

---

<sup>4</sup> Entre estos trabajos se encuentran los de David G. La France, *The Mexican Revolution in Puebla. The Maderista Movement and the Failure of Liberal Reform*, Delaware, Scholarly Resources Imprint, 1989; Renato Ravelo Lecuona, *La revolución zapatista en Guerrero. De la insurrección a la toma de Chilpancingo, 1910-1914*, México, UAG, 1990; Ian Jacobs, *Ranchero Revolt: the Mexican Revolution in Guerrero*, Austin, University of Texas Press, 1982, y "Rancheros de Guerrero, los hermanos Figueroa y la Revolución", en David Brading (comp.), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, FCE, 1985; Ricardo

estadounidense que ha abordado, después de Womack, al zapatismo desde una perspectiva global. Aunque el objetivo explícito de Brunk era hacer una biografía política de Zapata y demostrar el impacto histórico que tuvieron las opciones y las acciones de Zapata sobre el movimiento zapatista y sobre los acontecimientos nacionales, la obra de Brunk es mucho más que eso y ofrece, en realidad, otra historia general del zapatismo, a través de un relato en que se muestra el contexto político y social en que se desarrolló el movimiento y las diferentes etapas que siguió, siendo de particular interés el cuadro que muestra de la conflictiva relación entre Zapata, los jefes del Ejército Libertador y la gente de las zonas rurales zapatistas, por una parte, con los asesores urbanos que se adhirieron al zapatismo cuando éste alcanzó una dimensión extra-regional.

De igual modo, analiza las conflictivas relaciones entre el zapatismo y las otras corrientes que actuaron en la revolución mexicana, asentando que si bien Zapata -cuyas cualidades naturales y carisma lo llevaron a ocupar el liderazgo de ese movimiento-, demostró una gran capacidad para encauzar y controlar un movimiento regional, en la medida en que éste creció y adquirió una dimensión nacional, no fue capaz de llenar el desafío de liderazgo que esto implicaba y eso jugó un papel importante -además de las divisiones internas y la derrota nacional ante el constitucionalismo-, para el eclipse del zapatismo.

Brunk, quien realiza un muy exhaustivo y riguroso trabajo de archivo, utilizando una buena parte de las fuentes primarias disponibles, tanto escritas como orales, toma distancia generacional y de perspectiva teórica con respecto a John Womack (con un

---

Avila Palafox, *¿Revolución en el estado de México?*, México, INAH-Gobierno del estado de México, 1988 y Ramirez Rancaño, *La revolución en los volcanes, México*, UNAM, 1984.

enfoque weberiano, según su propio decir), y pone el acento no en el movimiento zapatista, sino en la figura del caudillo, tratando de explicar las acciones de éste en su contexto histórico y, a la inversa, analizando el impacto de las acciones del individuo en el contexto. La consulta de una extensa serie de fuentes a las que Womack no pudo tener acceso, le permiten a Brunk subrayar las diferencias y conflictos existentes al interior del zapatismo, entre sus jefes, entre los intelectuales y los líderes campesinos, entre las propias localidades rurales y entre la gente de los lugares dominados por el ejército zapatista. Brunk asigna a estas diferencias un peso decisivo y determinante para entender las limitaciones que tuvo el movimiento para convertirse en una opción nacional viable y para explicar, en parte, su derrota. El libro de Brunk constituye una excelente investigación, que complementa y matiza el cuadro general del zapatismo, que aparece como un movimiento bastante más heterogéneo de lo que se había manejado y con una alta dosis de conflicto y violencia en su interior.

Brunk también desarrolló en un interesante artículo las características de los intelectuales zapatistas y el papel jugado por éstos. Al crecer el zapatismo y tener que elaborar una estrategia política, alianzas y un discurso nacional, los intelectuales urbanos fueron teniendo un peso cada vez mayor. Otilio Montaña, el profesor rural redactor del *Plan de Ayala*, quien había sido la influencia intelectual más notable en la etapa formativa zapatista, fue desplazado en 1913 por Manuel Palafox, quien se volvió la figura dominante en el cuerpo de asesores zapatistas y a quien Brunk -como antes Womack-, le atribuyen un papel decisivo en la intransigencia y sectarismo que impidieron un mayor acercamiento o alianza con el constitucionalismo y luego con el villismo. Brunk señala también la creciente diferencia entre los intereses y las propuestas de los intelectuales urbanos con las

necesidades locales del movimiento y una tensión entre ambos que finalmente no pudo ser resuelta e influyó en la derrota zapatista.<sup>5</sup>

En conjunto, la obra de Brunk complementa y matiza la visión general del zapatismo, pone énfasis en aspectos hechos a un lado o minimizados por investigaciones anteriores como el de las diferencias internas y los conflictos existentes, no sólo después de la derrota nacional con el constitucionalismo, sino desde los primeros tiempos y asigna a estas dificultades un peso que explica las limitaciones que tuvo para conseguir sus objetivos.

La principal objeción al trabajo de Brunk reside precisamente en lo que intenta ser su principal originalidad, es decir, en el enfoque que privilegia el estudio del individuo, en su relación con el contexto, y en la interacción que puede establecerse entre ambos para entender a uno y otro. Este camino para llegar a la comprensión de los individuos y de los acontecimientos hechos por ellos, que es un camino de ida y vuelta, no alcanza a ser bien resuelto por Brunk. En su trabajo, algunos personajes intelectuales, sin duda importantes, como en el caso de Manuel Palafox, aparecen sobrevaluados y como factores decisivos para explicar el derrotero que siguió el zapatismo en momentos especialmente delicados, particularmente en los momentos en que estaba abierta la posibilidad de establecer alianzas con sectores, hasta cierto punto, afines a las propuestas agrarias zapatistas, intentos que no fructificaron.

Así, el que el zapatismo no haya podido establecer vínculos con un sector del constitucionalismo encabezado por el Dr. Atl, Villarreal, Cabrera y Sarabia, aparece como

---

<sup>5</sup> Samuel Frederick Brunk, *Emiliano Zapata! Revolution and Betrayal in Mexico*. Albuquerque, University of New Mexico Press, 1994, y "Zapata and the City Boys: In Search of a Piece of the Revolution", *Hispanic*

el resultado inmediato del sectarismo de Palafox y de sus ambiciones por hacerse del poder y de su maquiavelismo para desplazar a posibles competidores de los que tenía que deshacerse. Creo que más bien, lo que habría que desarrollar es en qué medida las posturas de Palafox correspondían con lo que era la visión y las definiciones tanto de los otros jefes zapatistas, como del sentir de las localidades zapatistas, de sus demandas, y de la radicalidad de su proyecto, que se había demostrado con mucha claridad en la práctica zapatista de ocupar las tierras, las haciendas y reorganizar el poder local sobre bases populares. Al mismo tiempo, puestos en el terreno de Brunk, habría que ver el resultado de la ruptura mencionada no sólo como producto de la voluntad de Palafox, sino también de los intereses, proyectos y ambiciones personales de sus interlocutores constitucionalistas, y de los prejuicios y limitaciones con los que veían y trataban al zapatismo y también fueron una limitación objetiva que impidió el acercamiento.

A final de cuentas, habría que dar más peso a lo que había detrás de esas posturas de los intelectuales, a los sentimientos, valores y ambiciones colectivas que representaban y expresaban, todo lo cual constituía su situación o, en otras palabras, la representatividad de esos individuos como parte de los movimientos sociales a los que pertenecían y que, en alguna medida, los explicaban. Si no, se corre el riesgo de no superar, a pesar de la conciencia que sin duda Brunk tiene sobre ello, la explicación tradicional individualista de la historia.

El libro más reciente acerca del zapatismo, de Francisco Pineda, desarrolla otro problema importante que no se había tocado: las características de la rebelión armada zapatista contra el régimen de Porfirio Díaz. Mediante la utilización del archivo de Porfirio

Díaz y recurriendo a las fuentes de historia oral, Pineda reconstruye la forma en que se armaron los grupos que iniciaron la revuelta contra Díaz en Morelos, las características militares de la rebelión, las batallas principales que aparecen en las fuentes y nos ofrece el panorama que llevó a los líderes rebeldes a dominar militarmente el estado y contribuir con ello a la caída del régimen de Díaz, en un proceso acelerado que tuvo lugar entre febrero y mayo de 1911. Pineda ofrece una interesante visión de la rebelión, enriquecida con un enfoque antropológico de las comunidades zapatistas.<sup>6</sup>

Este importante acervo de ideas, trabajos y conclusiones han contribuido a explicar mejor el cuadro general del zapatismo y, al mismo tiempo, han arrojado luz sobre las características que tuvo ese movimiento en las distintas regiones en las que se implantó o a las que afectó. En este conjunto de investigaciones, un aspecto al que se ha dedicado poca atención es el de indagar los motivos y los mecanismos de la revuelta, así como aproximarse más a las actitudes y respuestas de la gente común de la región ante el zapatismo y ante los cambios que tuvieron lugar de manera acelerada en esos años atípicos. Comprender las razones, los motivos y las actitudes de la población común de la zona ante la rebelión, sus puntos de contacto y sus tensiones, son aspectos importantes que ayudan no solo para situar y entender al zapatismo, sino también a las características de la revolución en esa zona.

Asimismo, es necesario entender más los conflictos que hubo al interior de ese movimiento, conflictos endémicos, por rivalidades de liderazgo, pero también por disputas de territorio y jurisdicción entre pueblos y localidades de la zona. Estos conflictos arrojan luz acerca de lo que fue el zapatismo desde abajo y ayudan a entender su desarrollo, su

---

<sup>6</sup> Francisco Pineda, *La insurrección zapatista*, ERA, 1994.

**arraigo y, de igual modo, sus límites. Estos problemas permanecen abiertos y representan algunos de los temas que esta investigación busca indagar.**

## INTRODUCCION

El zapatismo ha sido identificado, desde los años de su gestación, como el movimiento agrario por antonomasia dentro de la Revolución Mexicana. El carácter radical con el que enfocó el problema agrario, la práctica que tuvo en la región bajo su influencia, en donde desapareció de la escena temporalmente la clase terrateniente y tuvo lugar una importante transformación de la propiedad -durante los años más álgidos de la lucha armada entre las distintas facciones, particularmente entre 1914 y 1916-, y donde ocurrió la mayor y más temprana reforma agraria de los regímenes posrevolucionarios, han hecho que el zapatismo sea considerado como uno de los principales fenómenos que justifican que se pueda hablar de revolución mexicana y no de una simple revuelta o rebelión, por lo menos dentro de un ámbito regional.

### *Composición social*

Socialmente, el zapatismo estuvo compuesto mayoritariamente por sectores bajos y marginados de la sociedad rural: grupos de campesinos habitantes de las comunidades del campo morelense y zonas aledañas, arrendatarios y aparceros de las haciendas azucareras, peones residentes de éstas, arrieros, leñadores y algunos sectores medios de las localidades de la región, como pequeños propietarios agrícolas, ganaderos y rancheros; así como sectores más urbanizados del área, como tenderos, artesanos y pequeños comerciantes de los pueblos y localidades mayores, aunque la participación de estos últimos sectores fue menor. En el zapatismo, salvo algunos casos aislados, no participaron ni tuvieron injerencia

importante sectores ni individuos de las clases altas regionales o nacionales. Por tanto, el zapatismo fue un movimiento mayoritario de campesinos y sectores rurales bajos, que tuvo alianzas con miembros de las clases altas y medias, al no tener participación directa de las élites regionales y nacionales y pudo efectuar, junto con el villismo, la práctica política más radical. plebeya, desde el punto de vista del desafío y ataque contra las clases dominantes y las instituciones que garantizaban su dominio.

En virtud de la composición social mayoritaria del zapatismo, conviene hacer algunas precisiones. Aquí se emplea el término campesino en un sentido amplio, para referirse no solo a un modo de ganarse la vida directamente de los productos y del trabajo sobre la tierra, sino también como un término cultural, que se refiere a la percepción de sí mismos como individuos ligados al campo y que tienen a las actividades agrícolas como su actividad principal. Estos individuos y familias campesinas mantienen vínculos productivos, sociales y culturales que, a pesar de las diferencias, estratificación y conflictos internos, tensiones agudizadas a medida que avanza la economía mercantil, los lleva a percibirse con una identidad propia, con relación al mundo exterior.

Comparto la diferenciación que establece Eric Wolf entre campesinos, jornaleros y rancheros, donde la situación material de cada uno de ellos varía de manera sustancial: los campesinos tendrían posibilidad de poseer la tierra y los instrumentos necesarios para obtener productos agrícolas y pecuarios de manera más o menos autosuficiente; los jornaleros se verían obligados a rentar tierras o a emplearse como mano de obra rural para conseguir sus satisfactores, mientras que los rancheros producirían para el mercado obteniendo de éste la mayor parte de sus satisfactores. Desde luego, todos ellos tendrían

contacto, mayor o menor, con el mercado existiendo una gran diversidad de situaciones particulares y de combinaciones entre estos tipos básicos.

Samuel F Brunk, en su libro sobre Zapata, emplea la definición de campesino como los individuos que hacen de la agricultura su actividad principal, parcialmente ligados al mercado y subordinados políticamente al Estado, definición general -como todas las definiciones-, en la que los dos últimos términos son compartidos por otros sectores y clases. Autores como Florencia Mallon y Peter Guardino han dado un nuevo enfoque a la visión tradicional de los grupos campesinos que ha prevaecido en la historiografía y han puesto de relieve la capacidad de algunos grupos campesinos latinoamericanos para construir una identidad, plantear proyectos alternativos a los de las otras clases, luchar por llevarlos a cabo con un liderazgo propio, mediante alianzas, e influir finalmente en la conformación del Estado, aunque no hayan triunfado.<sup>7</sup>

Para el caso de Morelos, las relaciones agrarias capitalistas constituían la forma predominante de las relaciones sociales de producción, particularmente en la producción y comercialización de caña de azúcar, la actividad económicamente más importante de la región, desde la época colonial. El predominio de la hacienda azucarera no había terminado con la existencia de pueblos campesinos libres, aunque a muchos de ellos los había subordinado y ocupaba a una parte de su fuerza de trabajo de manera estacional, como asalariados. Había, además, una amplia gama de actividades productivas en cultivos comerciales como frutas tropicales y algunas hortalizas que se vendían en los mercados

---

<sup>7</sup> Ver Eric R. Wolf, *Peasants*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, N.J, 1966, pp. 1-17, y del mismo autor *Las luchas campesinas del siglo XX*, México, Siglo XXI, 7a. edición, 1982, pp. 3-12. Samuel F. Brunk, *Zapata Revolution and Betrayal in Mexico*, University of New Mexico Press, 1994, p. 2; Florencia E. Mallon, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, University of California Press 1995; Peter

regionales y llegaban hasta la ciudad de México, actividades que eran complementadas tanto para el consumo de las localidades como para el mercado, junto con pequeñas explotaciones ganaderas y lecheras, venta de carbón, leña y artesanía.

El uso del término “campesino” para caracterizar al zapatismo, se refiere entonces, en un sentido amplio, a una composición social de sectores agrarios, campesinos tradicionales, arrendatarios, aparceros, pequeños propietarios rurales y otros sectores medios del mundo rural que dieron forma a un movimiento que, como se verá, fue un movimiento de clase, que elaboró un proyecto y realizó una práctica política que tuvieron como eje al mundo agrario. La posesión y el usufructo de los recursos naturales, la estructuración de las relaciones de producción, la distribución de los bienes y el poder mismo debía estar, en ese proyecto, en manos de los campesinos. Así pues, el término “movimiento campesino” denota un proyecto y una práctica de clase llevados a cabo por el zapatismo.

El zapatismo logró, en la cúspide de su fuerza regional, entre 1914 y 1916, efectuar una sustitución temporal de la clase terrateniente, propietaria de la mayor parte de los recursos productivos de la región morelense, y transferir parcialmente la propiedad y el usufructo de esos recursos a sectores rurales medios y marginales, a comunidades campesinas propietarias de tierra y agua que necesitaban más, a arrendatarios agrícolas sin posesión, a peones asalariados de las haciendas e ingenios, a diversos artesanos y pequeños comerciantes, así como a otros grupos medios dispersos en el medio predominantemente rural del paisaje morelense de comienzos del siglo XX.

---

F. Guardino, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State. Guerrero, 1800-1857*. Stanford University Press, 1996.

Ese proceso, sin embargo, aunque estableció una distribución menos dispareja de la propiedad, no logró eliminar las disputas por tales recursos entre los pueblos y comunidades beneficiadas, cuyos conflictos continuaron durante esos años. Además, duró poco tiempo y fue revertido, cuando el zapatismo salió derrotado. Una parte de los antiguos propietarios recuperó sus propiedades y, con todo, Morelos fue, en las décadas siguientes, una de las regiones en las que se efectuó una de las mayores reformas agrarias llevadas a cabo por los gobiernos posrevolucionarios y se convirtió en base importante de la organización ejidal.

#### *El asunto de la tierra y la identidad del Sur*

El problema de la tierra, en su sentido amplio de posesión y usufructo de los recursos naturales para la obtención de productos destinados a la satisfacción de las necesidades vitales -básica, pero no únicamente, de carácter alimenticio- de los grupos humanos marginales de la zona bajo la influencia zapatista, así como la organización de las relaciones productivas y las formas de distribución y consumo, fue el eje alrededor del cual se articuló la visión del país, la práctica y el proyecto zapatista de transformación social. El problema de la tierra permitió al movimiento zapatista incorporarse a una rebelión nacional en curso, detonada por el llamado maderista contra el régimen de Porfirio Díaz y, luego, articular un proyecto y una práctica política, militar, económica, propios, de clase, que llevaron al zapatismo a hacerse del poder a nivel regional y convertirse en serio

contendiente en la disputa por la hegemonía entre las distintas facciones rebeldes que tuvo lugar entre 1914 y 1916.<sup>8</sup>

Los zapatistas se convirtieron en la fuerza política predominante en una amplia región del centro-sur del país, que va desde la tierra caliente guerrerense hasta las sierras de Puebla y Oaxaca, en una franja situada inmediatamente debajo de la meseta central del valle de México, que tuvo como epicentro los valles centrales morelenses y como principales soportes las tierras contiguas poblanas, guerrerenses y mexiquenses. Esta región, en una parte considerable, corresponde a la región conocida como *el Sur* desde el siglo XIX, concepto que denota una identidad regional construida durante las luchas de la Independencia mexicana por caudillos como Morelos y Guerrero y que llevó a su culminación Juan Álvarez, en las jornadas llevadas a cabo por sus seguidores durante las guerras entre liberales y conservadores de mediados del XIX.<sup>9</sup>

En esos territorios, los zapatistas desarrollaron un liderazgo propio y, una vez que rompieron con Madero, tuvieron una relativamente amplia autonomía e independencia política y efectuaron una práctica plebeya que minó una parte de las estructuras de poder político y económico que predominaban en la región hacia el final del porfiriato. Subordinado inicialmente al maderismo, concebido a sí mismo como parte de la insurrección maderista, que aceptaba como su programa al *Plan de San Luis*, el zapatismo

---

<sup>8</sup> Me parece útil la definición que hace Florencia Mallon acerca del concepto de hegemonía en donde, partiendo del significado expuesto por Gramsci en el sentido de la dominación que se ejerce a través de la combinación de coerción y consenso. Mallon le asigna dos distintos, en ocasiones relacionados significados: 1) como un conjunto de procesos continuos y vinculados, a través de los cuales el poder es impugnado, legitimado y redefinido constantemente en todos los niveles de la sociedad y, 2) como el resultado final de dicho proceso, ver Mallon, *op. cit.*, p. 6.

<sup>9</sup> Para una muy buena reconstrucción de este proceso de identidad ver, Florencia E. Mallon, "Los campesinos y la formación del Estado en el México del siglo XIX: Morelos, 1848-1858", en *Secuencia* No. 15. sept-dic. 1989, pp. 47-96. México. Instituto Mora.

se distinguió por haber puesto como condición para el desarme el cumplimiento de la oferta de devolver las tierras a los pueblos que hubieran sido despojados de ellas, junto con una serie de demandas políticas y militares para la reorganización del poder local, así como la reivindicación de los líderes zapatistas para ocupar un lugar en ese proceso y en los nuevos cargos, peticiones que fueron hechas a un lado por Madero, cuyo rechazo fue determinante para que las negociaciones culminaran con la ruptura, proceso que llevó a los jefes zapatistas a definir un proyecto político propio, cuya principal expresión ideológica se manifestó en el *Plan de Ayala*.

El *Plan de Ayala* permitió ampliar la influencia zapatista a otras zonas, atrayendo a grupos e individuos con necesidades agrarias semejantes, que convirtieron al zapatismo en un movimiento regional, con influencia más allá de los límites morelenses. En la ampliación de esta influencia tuvo un papel decisivo la irrupción del ejército federal, que en el afán de someter y acabar con los rebeldes, cometió prácticas depredatorias que dieron por resultado arraigar y extender la rebelión, fortaleciendo al liderazgo rebelde. En ese proceso, el zapatismo se fue radicalizando. Los actos de violencia de masas que hubieron desde el principio de la rebelión estuvieron dirigidos contra las partes más desacreditadas, visibles y débiles del sistema de dominación económico y político del sistema porfiriano, las que contaban con menos aceptación social y eran fuente de agravios y resentimientos -los comerciantes, jefes políticos, policías y autoridades locales-.

Dicha violencia se fue ampliando y convirtiendo en una violencia de clase, dirigida contra los principales pilares del sistema de dominación: la clase terrateniente hacendada, el gobierno y el ejército federales. La clase terrateniente fue severamente golpeada y obligada a otorgar préstamos forzosos a los jefes zapatistas, pagando en ocasiones protección.

Empero, la desaparición de los poderes públicos y el encono de los enfrentamientos entre los rebeldes y el ejército federal junto con las guardias rurales, en la medida en que no pudieron acabar con la rebelión y ésta creció, llevaron a los propietarios a abandonar la entidad y refugiarse en la capital del país o en el extranjero. Muchos pueblos y comunidades de Morelos y zonas aledañas aprovecharon para recuperar parte de sus recursos naturales y ocuparon otros. Las haciendas e ingenios, el símbolo dominante del paisaje morelense desde la colonia fueron intervenidos y administrados por los jefes zapatistas.

Los dirigentes zapatistas permitieron y promovieron la ocupación y dotación de tierras por los pueblos que las reivindicaban como suyas, desde los primeros meses de 1912. Durante el decenio revolucionario, el estado de Morelos fue la zona en la que tuvo lugar la más amplia reocupación, dotación y redistribución de los recursos productivos por parte de las comunidades campesinas. Esta característica, le dio credibilidad y prestigio entre los pueblos y comunidades de su área de influencia y, al mismo tiempo, le permitió un arraigo regional que le ayudó a desafiar al poder central de manera continua entre 1911 y 1919.

El énfasis en la visión agraria, su carga regional, el peso de sus caudillos, junto con una actitud de inflexibilidad e intolerancia en algunos de sus dirigentes e ideólogos por cuanto a los principios y fines que consideraban debía cumplir la revolución, se convirtieron, al mismo tiempo, en una barrera a la postre insalvable que llevó al zapatismo a no ser capaz de establecer alianzas sólidas con otros movimientos regionales con los que podían tener áreas de coincidencia. Esto fue notable con el villismo, con el que compartían una parte del carácter plebeyo en sus ataques contra la propiedad y parte de las clases

dominantes y el Estado, pero también con sectores del obregonismo y otros movimientos regionales que, en algunos momentos, se sintieron atraídos y buscaron puentes con él.

Estos factores llevaron a los surianos a mantener una actitud de intransigencia y sectarismo en los momentos en que tenían mayor fuerza, en los que pensaron podían imponer sus condiciones, o de pragmatismo en algunos momentos de debilidad, en los que sí permitieron la incorporación de individuos que no compartían sus posturas y cuya práctica y moral no concordaba con los ideales y principios que fueron siempre el punto fuerte del zapatismo. Las relaciones y alianzas de los líderes zapatistas con otras fuerzas políticas fueron siempre su talón de Aquiles, extremadamente conflictivas y resultaron, a la postre, efímeras y determinantes, junto con su debilidad militar, para su derrota.

La combinación de violencia de clase contra las estructuras de poder, la expropiación de parte de los bienes de los terratenientes y empresarios, la redistribución de recursos en manos de clases, sectores y grupos marginados, hicieron que el zapatismo fuera temido y estigmatizado desde un principio como un movimiento bárbaro y sin principios - antes aún de que se generalizaran y consolidaran tales prácticas y cuando todavía no tenían fuerza suficiente para extenderlas más allá del ámbito local-, por sus enemigos y por un sector de la opinión pública, particularmente de la región que estuvo bajo su dominio y por los habitantes de la ciudad de México. Esto hizo que fuera enfrentado desde el interinato de Francisco León de la Barra, en 1911, como un desafío de clase, por una vasta coalición que involucró después a oligarquías regionales, a sucesivos gobiernos nacionales, al ejército federal, así como a grupos conservadores, clases medias urbanas y rurales. También participaron en esta cruzada anti-zapatista algunos sectores populares de la región. Así, algunos grupos rurales medios y bajos se opusieron a la revuelta y a las reivindicaciones

zapatistas. Dichos sectores actuaron por su cuenta o en alianza subordinada con las instancias gubernamentales o con las oligarquías regionales.

El zapatismo y la revolución cambiaron en muchos sentidos la vida en Morelos y en las regiones colindantes desde los años mismos de la gesta armada. Los jefes zapatistas y sus intelectuales tuvieron en sus manos el poder a nivel regional, en todos sus acepciones y alcances -militar, político, económico, administrativo, cultural-, en la zona descrita y desde ahí, lanzaron el desafío por alcanzar el poder del Estado nacional, construyendo un proyecto contrahegemónico con el objetivo de organizar al país, buscando generalizar las experiencias que habían construido a nivel local. Fueron, pues, el poder regional predominante en su zona de influencia, particularmente entre 1914 y 1917. La transformación de una parte de la propiedad agraria -la que estaba en manos de la oligarquía terrateniente-, la salida de ésta y de una parte importante de las élites regionales, la nueva relación de fuerzas entre las clases y sectores sociales, dieron un lugar que antes no tenían a los grupos subalternos. Se produjo la ascensión de nuevos líderes y dirigentes venidos de abajo, que ocuparon los altos niveles del ejército, del gobierno, de la administración de las haciendas, así como cambios en algunas de las rutinas de los habitantes de las distintas localidades.

Estas transformaciones en la hegemonía regional y un nuevo equilibrio en las relaciones sociales justifican que se considere al zapatismo como un movimiento campesino, radical, que tuvo una gran influencia en el curso de la revolución mexicana y que contribuya a validar el empleo de la noción de revolución, en el sentido de buscar la transformación de fondo de las estructuras de dominación económica y política vigentes y

sustituirlas por otras. Al margen de los resultados de largo plazo, esto tuvo lugar, con limitaciones, en la región zapatista.

### *Liderazgo*

El tipo de liderazgo que se desarrolló dentro del zapatismo, en continuidad con lo que fue la tónica en la región desde las guerras de Independencia y en la Reforma, fue de carácter caudillista, tradicional, con gran arraigo y localismo de sus dirigentes naturales. Estos fueron personas provenientes de las clases bajas -aunque no de las más pobres- y sectores medios de la sociedad rural, que gozaban de reconocimiento y prestigio previos dentro de sus comunidades y pueblos, en donde algunos de ellos habían desempeñado funciones en los órganos locales de representación tradicional. Fueron gentes que, pese a tener una cierta notoriedad y solvencia económica dentro de las condiciones cotidianas locales, no se diferenciaban mayormente del común de la población. Las condiciones atípicas de la revuelta y la convulsión que provocó, permitieron el ascenso de algunos de ellos, que capitalizaron haber promovido e iniciado la rebelión, probando y afirmando su liderazgo.

Así, el don de "conductor de hombres" homérico, la capacidad de imponer su voluntad, la fuerza, malicia, destreza, valentía, el saber infundir confianza o temor, atributos que la gente ve en todos los liderazgos y que favorecen las circunstancias, fueron reconocidos en algunas de esas gentes que, gracias también a sus vínculos de amistad o parentesco, pudieron dar forma, en un lapso relativamente breve, a liderazgos regionales con una relativamente alta independencia del centro nacional, de los notables y de las élites regionales.

Desde luego, ese liderazgo no estuvo compuesto solamente de valores universales positivos. Jugaron también un papel importante la ambición, la envidia, la falsedad, la mentira, el doble juego. El zapatismo se caracterizó, al igual que otros liderazgos de los movimientos sociales que formaron parte de la revolución mexicana, por las constantes y agudas pugnas entre líderes rivales, que estuvieron crónica y enconadamente disputándose el dominio territorial y el mando dentro del ejército zapatista, rivalidades y peleas que jugaron un papel importante para minar sus posibilidades de crecimiento y consolidación como alternativa de poder nacional.

Por el carácter de sus demandas, por su composición social y por su tipo de liderazgo, el zapatismo fue una rebelión campesina típica, en la que participaron grupos sociales con fuerte influencia del mundo agrario, organizada y dirigida por representantes tradicionales de las comunidades y fortalecida con el peso de los vínculos, lealtades familiares y vecinales de las poblaciones campesinas que lo nutrieron.<sup>10</sup>

### *Los intelectuales zapatistas*

Junto a la dirección campesina, se desarrolló también una dirección ideológica exterior, compuesta al principio por individuos vinculados a las poblaciones locales, quienes poseían

---

<sup>10</sup> Algunas de estas características generales del zapatismo han sido subrayadas por varios autores, como Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, México, ERA, t. I, 4a. edición, 1983, p. 147, Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, México, El Caballito, 1972, pp. 68-71; del mismo autor "La guerra de clases en la Revolución Mexicana (revolución permanente y autoorganización de las masas)", en Gilly *et al.* *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, México, Nueva Imagen, 1979, p. 32-33. Desde luego, muchos investigadores han alertado contra la idealización del mundo agrario y contra la sobrevaloración de sus lazos comunitarios, demostrando empíricamente la existencia de una marcada estratificación interna, así como egoísmos y conflictos cotidianos y permanentes en las comunidades campesinas. Ver Tutino, *De la insurrección a la revolución en México*, México, ERA, 1990, así como el libro de Mallon, *Peasant and Nation...*, citado. Estos señalamientos son válidos para la región y época que aquí se estudia.

un cierto grado de cultura y eran capaces de leer, escribir y plasmar en documentos las ideas y directrices de los jefes campesinos, así como su propia interpretación sobre las aspiraciones e intereses de los participantes. En su primera etapa, formativa, fue notable la escasa o nula influencia de intelectuales foráneos, tradicionalmente importantes en movimientos similares. La organización y materialización de la revuelta se llevó a cabo prácticamente sin intelectuales y solo con la influencia de Pablo Torres Burgos, tendero ilustrado que fue el primer líder del grupo rebelde quien, sin embargo, abandonó pronto la revuelta, por diferencias con los otros miembros del grupo ante la violencia popular -Torres Burgos la condenaba-, antes de morir trágicamente a manos de las fuerzas del orden. El movimiento rebelde, en los meses en que combatió a Porfirio Díaz como parte de la insurrección maderista nacional, no contó con la participación de ningún intelectual de talla reconocida.

Esto no significa que la acción de las gentes que conformaron el zapatismo haya sido irreflexiva o espontánea. El mejor ejemplo contrario a ello fue la hechura del plan de Ayala, así como de las diferentes proclamas, instrucciones, manifiestos, etc., con los cuales se comunicaron con el exterior, así como, desde luego, la planeación, discusión y elaboración previa de sus acciones militares y políticas.

Con el triunfo de la rebelión maderista, en la medida en que la rebelión amplió su radio de influencia y que Zapata confirmó su liderazgo y comenzó a ser una figura nacional, el zapatismo ejerció influencia en intelectuales urbanos, particularmente de la ciudad de México, y recibió la incorporación de jóvenes profesionistas como Abrahám Martínez - primo de Luis Cabrera, quien comenzaba a alcanzar notoriedad-, quien fungió como jefe del estado mayor de Zapata y fue la única figura intelectual reconocida y buscada en esos

meses por la prensa capitalina. El estudiante de medicina Juan Andrew Almazán, guerrerense, se sumó también en esos días con los alzados de Morelos y sus andanzas y virajes fueron también conocidos por la prensa de la época. Luego se incorporaron los hermanos Gildardo y Rodolfo Magaña, michoacanos radicados en el Distrito Federal que sirvieron de enlace para los zapatistas en la ciudad capital.

Empero, ninguno de ellos ejerció una influencia ideológica decisiva para el desarrollo del grupo en esa primera etapa. Los periódicos nacionales buscaron seguir la pista a estos intelectuales y utilizarlos como interlocutores, cuya voz aculturada era más fácilmente reconocida por los sectores ciudadanos. La opinión pública nacional que leía los diarios supo de ellos por entrevistas y, sobre todo, porque varias veces cayeron presos y sus declaraciones y juicios aparecieron profusamente -a menudo como noticias principales-, en una prensa en su mayoría abiertamente contraria a la lucha de los surianos. Todos estos eran intelectuales en términos convencionales: de clases medias, con un cierto grado de educación y cultura, con contactos entre las élites gobernantes, es decir, intelectuales orgánicos del tipo clásico, desclasados, fuereños.

Sin embargo, en los meses del interinato de León de la Barra y de las negociaciones con el maderismo que llevaron a la ruptura de los zapatistas con el líder de la rebelión nacional, que fue la etapa decisiva en que se consolidó la postura de los líderes zapatistas como algo distinto al maderismo y cuando comenzó a radicalizarse su posición política, no se advierte la influencia directa de esos intelectuales fuereños quienes, incluso, estuvieron presos buena parte del periodo y al margen de muchas de las negociaciones. Paradójicamente, un personaje que hasta entonces no había sido conocido y que no venía de fuera fue quien ejerció la mayor influencia ideológica entonces y en los siguientes años,

hasta mediados de 1914: el modesto profesor de primaria rural Otilio Montaña, a cuya pluma se debe el *Plan de Ayala*, quien comenzó ahí su ascendente carrera y se convirtió en la figura intelectual dominante al interior del zapatismo durante los siguientes dos años y conservó una gran influencia hasta su muerte, en 1916.

Cuando el zapatismo trascendió de ser una rebelión campesina local y se convirtió en un movimiento regional con aspiraciones de tomar el poder central, en 1913 y 1914, se le incorporaron intelectuales provenientes de clases medias urbanas que se habían formado dentro de los círculos opositores al régimen de Díaz, que habían estado en el ala izquierda o en la oposición al gobierno constitucional de Madero y que se adhirieron al zapatismo cuando el golpe huertista les cerró todas las opciones de participación política legal. Entre ellos había periodistas y líderes estudiantiles o de los círculos de oposición artesanal y fabril de la ciudad de México y otras ciudades del interior del país. Algunos de los más conocidos, como Antonio Díaz Soto y Gama, Rafael Pérez Taylor y Luis Méndez fueron parte importante de los asesores de la *Casa del Obrero Mundial*, organización de trabajadores urbanos que alcanzó importancia en la ciudad de México en el maderismo. Otros como Paulino Martínez y Manuel Mendoza López habían sido periodistas y abogados comprometidos con la defensa de los movimientos democráticos en la ciudad de México y Guadalajara. Otros más, como Manuel Palafox y Jenaro Amezcua, se habían desempeñado en diversas actividades de carácter comercial privado. En conjunto, fueron estos intelectuales fuereños, más acordes con el tipo tradicional, entre los que descollaron Manuel Palafox y Antonio Díaz Soto y Gama, los que elaboraron las formulaciones programáticas nacionales más importantes del zapatismo, y quienes se encargaron de que el zapatismo trascendiera el ámbito regional y alcanzara una dimensión nacional.

Dichos intelectuales se alimentaron y aprendieron del movimiento zapatista y le dieron expresión, la cual, como todas las expresiones intelectuales de movimientos sociales, tenía sus diferentes grados de representatividad. En las reivindicaciones de la tierra y la autonomía local, en los planteamientos de un gobierno que atendiera las necesidades de los grupos más necesitados y en la prioridad dada a la población civil por encima de las necesidades militares, los intelectuales fuereños supieron interpretar y generalizar el sentir que venía de abajo y sostenía la actividad de los jefes campesinos zapatistas. En otros problemas, más alejados de la problemática cotidiana rural, como el anticlericalismo y el anarcosindicalismo que expresaron particularmente quienes venían de la oposición laboral urbana, los ideólogos fuereños zapatistas expresaron sus propias convicciones e intereses. La relación de los intelectuales fuereños con los jefes campesinos zapatistas y con la base social del movimiento fue compleja y, a veces, conflictiva. Asimismo, el sectarismo y doctrinarismo de varios de ellos llevaron al zapatismo a tener una política de alianzas oscilante e infructuosa, lo que jugó un papel importante en su derrota.<sup>11</sup>

### *El zapatismo desde abajo*

La amplia región en que se asentó el zapatismo se había caracterizado por ser una zona de gran conflictividad social y política, plagada a lo largo de la colonia y del XIX de enfrentamientos no solo verticales, de clase, entre las élites dominantes con las clases subalternas, sino también había sido escenario de multitud de conflictos horizontales, entre

---

<sup>11</sup> Ver Samuel F. Brunk, "Zapata and the City Boys: In Search of a Piece of Revolution", *Hispanic American Historical Review*, vol. 73, no. 1, February 1993, pp. 33-65.

las propias élites y grupos o familias dominantes, así como también entre los grupos de abajo. En la Independencia y en la Reforma, líderes como Morelos, Guerrero y Álvarez, lograron levantar alianzas interclasistas entre las clases subalternas, parte de las clases medias y familias acomodadas para ganar influencia y oponerse al proyecto de las oligarquías regionales conservadoras y al Estado nacional. El enfrentamiento con las oligarquías conservadoras terratenientes fue particularmente agudo y la violencia permeó buena parte de la historia regional durante el XIX.

Al mismo tiempo, se desarrollaron enfrentamientos horizontales entre los grupos subalternos, en conflictos por la posesión y usufructo de tierras y aguas, por rivalidades comerciales, por autonomía municipal, por liderazgos y lazos clientelares encontrados. Este tipo de conflictos viejos no desaparecieron durante los años de la lucha armada y, antes bien, sirvieron para alimentar nuevas rivalidades y pugnas entre los nuevos actores con poder de decisión, los grupos armados, los nuevos líderes, que irrumpieron en la escena con mayor fuerza gracias a la modificación de los equilibrios regionales y locales producidos por las condiciones atípicas de la rebelión.

Así, en esos años, los conflictos verticales terminaron con la derrota de las viejas clases dominantes, particularmente las ligadas a la posesión de grandes extensiones de tierra; la vieja oligarquía regional en buena medida desapareció, al menos temporalmente, de la escena. Los conflictos horizontales continuaron, con disputas entre los distintos grupos agrarios, pueblos, ranchos, villas, en competencia crónica por los recursos naturales. Del mismo modo, siguieron los conflictos por jurisdicción y poderes entre pueblos y cabeceras municipales. Igualmente, siguió habiendo rencillas, odios y enfrentamientos entre

diversas familias, entre individuos, y entre las redes y clientelas de varios de los notables de la región.

Estos conflictos atravesaban barreras de clases, étnicas o de zona geográfica, creando tensiones al interior de los propios pueblos y grupos con características socioeconómicas y culturales semejantes. Algunas de estas disputas eran ancestrales y tenían motivos de larga duración que no menguaron durante la década de la violencia revolucionaria ni tampoco después. Otras rivalidades fueron más recientes. Unas y otras continuaron o aparecieron durante la gestación y desarrollo del zapatismo y determinaron en varios sentidos su curso y su alcance, convirtiéndose a veces en rivalidades y disputas agudas entre distintos pueblos y jefes revolucionarios por el predominio. Estos conflictos a menudo desencadenaron hechos violentos y promovieron un clima en el que abundaron las rivalidades y desconfianzas, en el mejor de los casos, o las venganzas y pleitos, todo lo cual se convirtió en un factor de disgregación, dispersión, falta de eficacia y coordinación en la actividad militar y política del ejército zapatista, actitud favorecida por la enorme autonomía y capacidad de gestión con la que siempre operaron los nuevos jefes rebeldes.

Dos fenómenos importantes, que habían sido soslayados hasta hace poco por las investigaciones del zapatismo fueron, precisamente, el de la violencia contra las clases y poderes dominantes, por una parte, y los conflictos endógenos en sus propias filas, los cuales fueron parte intrínseca de su desarrollo y ejercieron una importante influencia, particularmente, en las horas decisivas en que los surianos se enfrentaron a los proyectos rivales por la hegemonía en el proceso revolucionario. Por lo que toca a la violencia de clase tenía su origen en problemas estructurales de larga duración, ligados a la desigualdad en la posesión y aprovechamiento de los recursos naturales, a la organización tradicional de

la explotación del trabajo y a la inequitativa forma de distribuir los bienes y servicios obtenidos. Otra fuente tenía que ver con agravios percibidos por grupos o individuos para los cuales los diferentes niveles de autoridad y/o los poderosos locales -hacendados o comerciantes-, habían violado un código moral establecido y aceptado implícitamente. Otros nacieron y crecieron durante los meses atípicos de violencia que se produjeron en la región al estallar la rebelión contra el porfiriato.<sup>12</sup>

Esos agravios ayudan a explicar el cambio que se produjo en la apreciación, en los valores y en las conductas del grueso de la población morelense respecto a las autoridades e instituciones hasta entonces aceptadas y el surgimiento del zapatismo como canalización de esos sentimientos. Y, en continuidad con la tradición del XIX de violencia de los grupos subalternos contra las oligarquías regionales y el estado nacional, el zapatismo desarrolló prácticas similares desde los primeros días de la rebelión contra Díaz y en los años posteriores, a través de una multitud de actos que iban desde los saqueos y quema de edificios públicos, tiendas comerciales y algunos campos de haciendas, hasta ejecuciones contra algunos jefes políticos, autoridades municipales, administradores y empleados de hacienda, etc., con un tono discursivo antihacendado y antiespañol que era más que una reminiscencia de lo hecho por Morelos, Guerrero y Álvarez un siglo antes.

Al mismo tiempo, fue común la persistencia de diferentes tipos de disputas no solo entre distintos caudillos militares zapatistas por el predominio militar y político, sino también los pleitos entre pueblos y comunidades que simpatizaban con los rebeldes pero que estaban enfrentados entre sí y habían dado forma a liderazgos también

---

<sup>12</sup> El mejor estudioso del zapatismo, Womack, ha subrayado el impacto desequilibrante que tuvo la modernización y el auge de las haciendas azucareras de la región durante el último tercio del siglo XIX y la

enfrentados, como el que ocurrió entre Francisco Pacheco y Genovevo de la O, por mencionar a uno de los más notorios. Estas disputas, crónicas, a menudo produjeron la eliminación física de los líderes locales, sin que eso terminara con las causas profundas del conflicto y limitaron y desgastaron la efectividad y la cohesión del movimiento zapatista.

Llama también la atención otro tipo de conflicto interno que ocurrió con grupos sociales presentes en la escena morelense pero que no se habían incorporado a la causa de los rebeldes. La actividad zapatista si bien produjo simpatías y apoyo en la mayor parte de las clases bajas y medias morelenses y fue lo que le permitió desafiar a los distintos gobiernos centrales y a las otras corrientes a las que se enfrentaron durante los años de la guerra, generó también reacciones neutrales, y aún adversas, en regiones, localidades y poblaciones que, o no estuvieron de acuerdo con los intereses y proyectos de los rebeldes o, más a menudo, se opusieron a las prácticas depredatorias y abusivas que cometieron muchos de los jefes zapatistas contra ellos durante esos años. Así, las relaciones entre los jefes y el ejército zapatistas con las distintas comunidades de la zona fueron extremadamente conflictivas y abarcaron una amplia gama de actitudes, que fueron desde el apoyo y la colaboración decididas, hasta el apoyo forzado, en el cual se mezclaban el clientelismo y la conveniencia mutua, así como también el rechazo y la oposición, a veces armada, contra el abuso de los jefes militares y soldados zapatistas.

### *Los motivos de la revuelta*

---

reanudación de la ofensiva que esto significó sobre el usufructo de tierras, aguas y trabajo de los pueblos. Este proceso estaba en curso aún en la primera década del XX.

El fuerte apoyo regional que generó el zapatismo, su persistencia, su capacidad de organizar y dirigir una rebelión agraria, indican un alto grado de legitimidad, que logró que amplios sectores de la población rural morelense se atrevieran a romper la subordinación al sistema porfiriano y estuvieran dispuestos a desafiar la autoridad de los representantes de las clases dominantes, fueran estos hacendados, administradores, capataces, jefes políticos, autoridades, militares, rurales. Por ello es importante conocer los motivos que actuaron para provocar la decisión de ruptura, así como los códigos morales de la gente común de la región y precisar el tipo de agravios, resentimientos y reclamos que tenían contra las autoridades porfirianas y grupos locales que los dominaban, inconformidades que los líderes zapatistas supieron explotar y canalizar, para investirse ellos mismos de una nueva legitimidad y autoridad moral que fue capaz de producir la organización de una revuelta regional masiva.

Así, de manera general, puede señalarse que lo que estaba detrás del apoyo y colaboración –dependiendo de la región y estrato social-, individual y colectiva hacia el zapatismo, fue una mezcla de aspiraciones de carácter agrario, junto con un fuerte sentimiento de agravio moral en contra de las oligarquías e instituciones regionales y, también, reivindicaciones políticas, por autonomía municipal, libertades y en contra de la injerencia de grupos foráneos, junto con el deseo de restablecer una situación de justicia que se percibía perdida, sentimientos todos catalizados y canalizados por los rebeldes, con los cuales establecieron un nuevo pacto moral que, en la medida en que lo cumplieran, les daría legitimidad y autoridad.

Al mismo tiempo, es necesario completar el cuadro precisando el tipo de expectativas que la población morelense que apoyó al zapatismo puso en estos nuevos

dirigentes, la conducta que esperaban, el código moral y el contrato implícitos que establecieron con ellos, así como la respuesta que obtuvieron en sus demandas y aspiraciones de una mejor situación material, una mayor seguridad y una nueva valoración de sí mismos. Esto puso a prueba a los líderes zapatistas. Los intentos de sus dirigentes por conservar el apoyo de la población y mantener la legitimidad de su autoridad estuvo preñada de dificultades.

### *Los límites de la rebelión*

La satisfacción de las demandas de la gente común de mejorar su situación material, tener mayor protección y seguridad en buena medida no se consiguió, por las difíciles condiciones provocadas por una guerra civil de fuerte intensidad -con el consiguiente grado de pérdidas humanas, materiales, sufrimiento y dolor que provoca- y por el hecho de que el zapatismo fue derrotado.<sup>13</sup> El zapatismo tuvo una limitada fuerza militar a nivel nacional, su ejército difícilmente pudo superar la forma de una federación de bandas guerrilleras locales con una gran autonomía, su carencia de armamento, recursos militares, mercancías y dinero fue crónica y fue derrotado militar y políticamente por el constitucionalismo. Sin embargo, aunque no sea la causa principal, ni mucho menos, de su fracaso, la conducta de diversos dirigentes y soldados zapatistas que cometieron abusos, extorsiones, vejaciones, intimidaciones, que aprovecharon su condición de fuerza y autoridad para vengar agravios personales o realizaron acciones en beneficio propio, limitó o enajenó el apoyo de la

---

<sup>13</sup> Desde luego, hay que subrayar que la rebelión agraria zapatista generó la más amplia y pronta reforma agraria por parte del nuevo régimen triunfante, logro importante, sin lugar a dudas, pero que sin embargo, a

población que se identificaba por otras causas con ellos y le restó fuerza para desafiar con éxito a sus adversarios.

La relación del zapatismo con la población que le sirvió de apoyo fue siempre variable y conflictiva. Y lo fue aún más la relación con localidades que no fueron abiertamente zapatistas, que guardaron una cierta distancia o incluso, que fueron hostiles a él. Así pues, no puede trazarse un cuadro homogéneo de las relaciones entre el zapatismo y las comunidades de la zona, pues si bien hubo varias regiones y comunidades en las que el zapatismo tuvo un gran arraigo, manifestado a través de un grado importante de aceptación, simpatía y apoyo tácito o activo, estas muestras favorables no fueron nunca incondicionales y estuvieron sujetas a prueba de manera permanente, variando en ocasiones de manera significativa en el curso de esos años atípicos de violencia.

Al mismo tiempo, hubo comunidades que permanecieron relativamente al margen de una toma de partido a favor o en contra de los contendientes, acomodando sus adhesiones de manera forzada según fueran zapatistas, federales o constitucionalistas quienes ocuparan sus poblaciones. Esta relativa neutralidad a menudo les produjo represalias de uno y otro bando, conduciéndolos en ocasiones a buscar el apoyo de alguno de los bandos enfrentados. Finalmente, existió también un sector que aparece ampliamente en las fuentes que se conservan, de comunidades que fueron militantemente hostiles al zapatismo y que se organizaron para combatirlo con las armas, formando lo que se denominó grupos de “voluntarios”, organizados, en lo fundamental, con los recursos de los notables, clases medias y populares a nivel de las localidades y que, aunque a veces

---

diferencia de lo que fue el zapatismo, dicha reforma agraria fue promovida, organizada y controlada por las estructuras del nuevo gobierno central, que se fortaleció y adquirió legitimidad con ello.

contaron con el apoyo de los gobiernos estatales o algunos representantes del gobierno nacional, en términos generales fueron vistos con desconfianza y desatendidos por el centro, que temía el fortalecimiento de cacicazgos autónomos regionales armados. Esta resistencia militante a la revolución y al zapatismo fue un fenómeno más amplio de lo que se ha reconocido hasta ahora y tuvo fuerza particularmente en algunas de las zonas periféricas de Puebla, Guerrero y el Estado de México en las que el zapatismo había logrado un alto nivel de penetración, pero en donde, a pesar de que había conseguido la incorporación de liderazgos autóctonos formados endógenamente, era visto como una fuerza de ocupación.

A nivel individual, las protestas y actos de resistencia fueron todavía mayores, no solo al interior de las comunidades sino también del propio ejército y de las bandas armadas zapatistas. Como todos los movimientos sociales, el zapatismo estuvo preñado de tensiones y conflictos tanto en sus filas, como con la población civil con la que estableció contacto.

Este último asunto no ha sido abordado suficientemente hasta hoy por la historiografía zapatista. Solo uno de los trabajos más recientes, el de Samuel F. Brunk lo trata, aunque, en la medida en que su libro parte de la figura central de Zapata y asigna una gran importancia a los líderes y a los intelectuales, así como a sus pleitos y diferencias, pero no profundiza en el comportamiento de las comunidades de la zona ante el zapatismo y en sus distintas posiciones. Es decir, no problematiza las distintas actitudes de la gente común ante la rebelión zapatista, ni mide el impacto que tuvieron éstas en el derrotero del movimiento. Este es uno de los motivos centrales de este trabajo

Estas características del zapatismo y su relación con la población de los lugares en que tuvo influencia se fueron delineando y precisando, particularmente en su etapa

formativa, en los años que van de 1911 a 1913. Es necesario, por tanto, seguir la huella de su origen y evolución y tratar de comprender los rasgos básicos que lo definen y que aparecen con nitidez una vez que el zapatismo se deslinda de Madero y lo combate durante su gobierno constitucional.

### *Los resultados*

A lo largo de esos años atípicos de violencia revolucionaria, en muchos sentidos cambió la vida y la visión de los habitantes de Morelos y zonas contiguas. En esos años, la población morelense de todos los estratos sociales presenció la organización de un ejército guerrillero campesino con arraigo en los sectores pobres de muchas de las comunidades locales. Los miembros de esas bandas y la población que los apoyaba de diversas formas se enfrentaron conjuntamente a los diversos gobiernos centrales o grupos dominantes que hubo en esos años y sufrieron las consecuencias de su desafío. Muchos pueblos fueron quemados, saqueados y algunos incluso desaparecieron. La mayoría de la población civil de la región en algún momento tuvo que ser desplazada y buscó refugio en otras localidades o en las montañas. El grueso de la población padeció, en alguna forma, los estragos de la guerra de esos años, que se vivieron como escasez crónica de alimentos, bienes y servicios, pero también como tensiones, amenazas, persecuciones, abusos, vejaciones, represión y muerte, ocasionados por la enconada disputa por el poder que tuvo lugar entre el ejército zapatista y el ejército federal y sus aliados. Muchos de los poblados fueron quemados, los campos de cultivo arrasados, los ingenios y las pocas industrias de la zona resultaron inutilizados y se perdieron, las escasas vías de comunicación quedaron destruidas parcialmente.

**Este fue el escenario en que ocurrió una pérdida todavía mayor: la muerte de miles de hombres y mujeres de todas las edades, habitantes y emigrados a esa región durante los años de la violencia revolucionaria. Para la mayoría de las familias de esos lugares quizás ésta sea la mayor huella que le dejaron esos años de violencia. Pero al mismo tiempo, junto al temor y a la muerte, muchos de ellos participaron del entusiasmo, de las aspiraciones, del fortalecimiento de las solidaridades, complicidades y afectos colectivos que se fueron gestando y plasmando en la actividad de los rebeldes y de la población que los apoyaba. Su actividad no solo logró dar forma a un proyecto que disputó con posibilidades de triunfo la hegemonía nacional a las otras corrientes revolucionarias, sino que lograron establecer un nuevo equilibrio entre las clases regionales y hacerse del poder a nivel local, aplicando algunas de las aspiraciones y metas de apropiación y distribución de los recursos productivos, de autonomía municipal, de organización de los poderes públicos, de ejercicio de la justicia con base en sus métodos tradicionales.**

**Asimismo, lograron influir en la conformación del nuevo Estado posrevolucionario, que incorporó las demandas agrarias como parte de su credo político, así como en la organización política de los grupos de campesinos y ejidatarios y el contenido político e ideológico de la lucha por la tierra que ha alimentado la mayoría de las luchas agrarias en los años que siguieron a la desaparición de su caudillo. En todos los casos, la situación de los campesinos zapatistas ya no fue la misma. Esos años los cambiaron y ellos mismos hicieron que esos años cambiaran.**

## Capítulo I. Las raíces de la rebelión

El zapatismo ha sido identificado, desde sus contemporáneos en la década revolucionaria, y hasta la actualidad, como el movimiento agrario por antonomasia dentro de la revolución mexicana. La imagen de ésta última como un movimiento esencialmente campesino, tiene en el zapatismo uno de sus apoyos principales. Y en efecto, la historia del zapatismo demuestra cómo el problema de la tierra fue el eje principal que articuló las aspiraciones, las demandas y las propuestas de los individuos que dieron forma, primero a una rebelión de grupos campesinos locales y luego, al adquirir una identidad y formular un proyecto propio, al zapatismo que, tal y como lo conocemos, fue el movimiento que enarbó y puso en práctica las propuestas agrarias más radicales durante la revolución mexicana.

El zapatismo se explica en buena medida -aunque no se reduzca a ello-, por el problema de la tierra. Pero, ¿cómo y porqué surgió? ¿porqué en ese tiempo y lugar? ¿porqué con esas características? ¿cuáles fueron los individuos y grupos que le dieron forma? ¿qué motivos tuvieron para rebelarse? ¿cuáles fueron las razones que explican sus reconocidos rasgos de intransigencia y persistencia? Para responder a estas preguntas es necesario rastrear y explicar los orígenes de la rebelión morelense de 1910, de la que luego saldría el zapatismo. Algunos de los problemas presentes en el campo morelense en esa época tenían sus orígenes en un pasado remoto. La implantación en el campo morelense de una economía comercial basada en el cultivo de la caña de azúcar había configurado un escenario dominado por la institución hacendaria, que había concentrado

en sus manos los recursos productivos -tierra, agua, fuerza de trabajo-. y había subordinado -a través de la economía mercantil-, la propiedad y el trabajo de los otros grupos sociales: diversos tipos de campesinos (pequeños o medianos agricultores libres, arrendatarios, aparceros), rancheros, clases medias. El predominio de la economía mercantil azucarera en la región, fue un proceso secular que alteró y subordinó, durante la colonia, a la economía tradicional de los pueblos y modificó, en favor de las haciendas, la estructura de la propiedad, proceso no exento de resistencias y conflictos. Estas resistencias, empero, no trascendieron los límites legales establecidos por el régimen colonial y fue hasta después de la independencia, al mediar el siglo XIX, en que tuvieron lugar protestas y agitaciones que formaron parte de la resistencia y rechazo de los grupos campesinos de la zona centro-sur del país ante el avance de las políticas liberales contra la propiedad y los derechos comunales. Esta historia económica de larga duración, que va del XVI hasta los albores del porfiriato tiene, como hilo conductor, el predominio de las relaciones mercantiles impuestas por el cultivo de la caña de azúcar en la zona, proceso que, en términos generales, tuvo lugar antes de las reformas liberales del siglo XIX.

El porfiriato significó una transformación importante de este escenario, al tener lugar una modernización económica que, durante los dos últimos decenios del XIX y el primero del XX, incrementó la productividad azucarera, abarató los costos y el precio de los productos de esta industria y masificó su consumo. Esa modernización se dio sobre la base de una reasignación de recursos productivos propiedad de las haciendas, de mejoras tecnológicas en el proceso de molienda y transformación de la caña y, particularmente, con el incremento de la superficie de tierras irrigadas, mediante la creación de

importantes obras de infraestructura hidráulica y la conversión de tierras de temporal - que arrendaban las haciendas a pueblos e individuos para cultivos tradicionales-, en cañaverales, así como en mejoras menos espectaculares en transporte, fertilizantes y abonos.

Estas nuevas tierras de temporal incorporadas a la producción comercial de caña y los recursos hidráulicos con los que fueron irrigadas no estaban ya en manos de los pueblos. Estos habían perdido la propiedad y el dominio de ellos desde tiempo atrás. Sin embargo, había un sector importante de familias que no poseían tierra y que arrendaban una parte de esas superficies de temporal para cultivar maíz y otros productos para su economía doméstica. Fue este sector arrendatario el más afectado por la modernización productiva, al sufrir un desplazamiento de esas tierras. La privación de ese usufructo significó, en los hechos, una desposesión y fue vivida y comprendida por los sectores afectados como una ruptura del pacto moral<sup>1</sup> con las haciendas y una alteración súbita del equilibrio económico a través del cual esas familias obtenían su manutención.

La mano de obra desplazada de las tierras arrendadas fue parcialmente absorbida por las necesidades crecientes de fuerza de trabajo de las haciendas e ingenios, así como por las actividades asociadas a la modernización productiva: ferrocarriles, comunicaciones, servicios, urbanización. Una parte considerable fue empleada, sin embargo, por la industria azucarera, que utilizó 150% más brazos entre 1899 y 1908. No obstante, esos eran empleos estacionales, por lo que tuvieron que depender de otras

---

<sup>1</sup> En el sentido de una especie de contrato implícito, funcional, entre las clases, sectores e individuos denominados subalternos y las élites económicas políticas, a través del cual se establecen reglas de convivencia que comprenden un reconocimiento mutuo de obligaciones y derechos. Los sectores subalternos aceptan el dominio de una autoridad, dentro de esos límites y exigen que se respeten y garanticen derechos básicos, entre ellos, el de la vida, el trabajo, el hogar, la paz, la justicia, etc.

formas de ocupación para completar sus ingresos. Muchas familias arrendatarias perdieron seguridad y se hicieron más dependientes de la economía hacendaria, aumentando al mismo tiempo la presión sobre la economía tradicional de los pueblos.

Este proceso, que tuvo lugar entre 1880 y 1910, no produjo muchos ejemplos de resistencia manifiesta. Hay pocos testimonios, durante el porfiriato, de violencia agraria. La represión del régimen porfirista y la derrota del movimiento liberal radical en la región después de la revolución de Ayutla, combinados con la legitimidad que aun conservaba el sistema de dominación, la fuerza de la economía moral y la solidaridad de los vínculos de parentesco entre las clases subalternas, sirvieron para amortiguar el estallido del conflicto, al menos temporalmente. El descontento se expresó por vías subterráneas, aisladas, individuales.

Las tensiones estructurales de largo plazo y los rencores y agravios recientes producidos por la modernización (que en otras circunstancias no hubieran trascendido más allá de protestas aisladas y limitadas o formas de resistencia individual cotidiana), produjeron la ruptura del pacto moral en algunos grupos rurales, que organizaron una rebelión inédita en la zona al conjuntarse con una coyuntura política excepcional en el país. El sistema político porfiriano comenzó a entrar en una profunda crisis, al escindirse una parte de las élites y al ser incapaz el régimen de neutralizar, como lo había hecho hasta entonces, el desafío de una vasta coalición interclasista que demandaba mayores espacios de participación.

Esta escisión en el régimen propició el estallido de una rebelión de grupos agrarios locales, que aprovecharon las nuevas condiciones locales y nacionales y se

lanzaron a una aventura que aprovechó las experiencias políticas de la campaña política de Patricio Leyva para acceder al gobierno del estado en 1909. Así pues, la combinación de tensiones agrarias estructurales, de agravios, de reivindicaciones políticas, de movilización de clases medias y la debilidad del régimen político para mantener el sistema de dominación fueron los elementos que se conjugaron para producir el estallido cataclísmico de la rebelión que daría forma al zapatismo. Esto es lo que aquí se desarrolla, una historia agraria de larga duración que sitúa al escenario, a los actores, y detalla la trama de la modernización porfiriana que alteró el equilibrio social y provocó la ruptura del pacto moral regional con las élites, condiciones que aprovecharon grupos agrarios y de clases medias para organizar revolución morelense de 19010-1911

### *Un modelo explicativo*

John Tutino, en un espléndido libro,<sup>2</sup> analizó y buscó explicar las razones por las cuales, en condiciones históricas peculiares y únicas, los campesinos de una determinada zona abandonan la rutina, tranquilidad y aparente pasividad de su vida cotidiana<sup>1</sup> y se lanzan a la insurrección, poniendo en juego su existencia, su patrimonio y la seguridad relativa que había conformado hasta esos momentos su situación. En ese libro, Tutino sintetiza y

---

<sup>2</sup> John Tutino, *De la insurrección a la revolución en México*, México, ERA, 1990.

<sup>1</sup> James C. Scott, en varios estudios, ha demostrado las múltiples y variadas formas de la resistencia individual y cotidiana de diversas comunidades campesinas ante la opresión y los cambios ocasionados por la modernización comercial. Estas formas diarias de resistencia, presentes la mayor parte del tiempo, por lo regular no alcanzan una gran dimensión y aunque manifiestan el agravio moral, el rechazo y la protesta de los grupos subordinados ante situaciones que consideran injustas y opresivas, rara vez ponen en riesgo la permanencia del sistema de dominación. Ver, *Weapons of the Weak, Everyday forms of Peasant Resistance*, New Haven, Connecticut, Yale University, 1985. Las rebeliones abiertas, violentas, presentes a lo largo de la historia rural, son menos frecuentes e implican la conjunción de varios factores objetivos y subjetivos

discute los elementos proporcionados por otros autores que han estudiado el mismo problema y ofrece un interesante resumen sobre las condiciones que posibilitan una rebelión campesina:

"...un rápido y grave deterioro de las condiciones sociales en el campo, con frecuencia, pero no siempre, ligado a la imposición del capitalismo comercial, es lo que crea las bases del descontento. Para que se agudice ese descontento, es necesario percibir claramente que las dificultades de los campesinos se deben a factores humanos: élites propietarias de tierras, el Estado, o ambos. Ahora bien, aunque esos únicos atropellos produzcan entre los campesinos un persistente sentimiento de afrenta o injusticia, no los hace recurrir automáticamente a la insurrección por muy humillados que estén: en general, los pobres del campo no corren el riesgo de un levantamiento mientras no tengan pruebas de que los detentadores del poder son débiles o están divididos. A menudo las noticias de esas oportunidades de insurrección les llega a los campesinos por agitadores extranjeros, renegados de las élites, que llaman a la revuelta contra quienes están en el poder. Aunque tales dirigentes rebeldes no son causantes de las insurrecciones, con frecuencia precipitan las revoluciones del campo. Y una y otra vez se encargan de papeles clave al organizar a los rebeldes agrarios y eslabonarlos con otros grupos"<sup>4</sup>

Así pues, para Tutino, la aparición de una revuelta campesina en una región y una época determinadas, depende de una "conjunción crítica de agravios y oportunidades". En el libro mencionado, concluye que el empeoramiento súbito en los niveles de vida de los diferentes tipos de campesinos es una causa que conduce a la rebelión, pero no es un motivo suficiente, sino sólo cuando el empeoramiento es especialmente doloroso: cuando campesinos acostumbrados a la autonomía y a bastarse por ellos mismos para su reproducción son orillados, súbitamente, a una dependencia sin seguridad, o cuando campesinos que viven dependientes de hacendados o de otros tipos de propietarios rurales, pero con seguridad, la pierden de pronto junto con las posibilidades de buscar alternativas para mejorar su situación.

Esta transformación, cuando ocurre en poco tiempo, de modo que los sujetos y

---

Tutino, *op. cit.*, p. 32

actores de una misma generación la puedan percibir como un hecho y como una amenaza que atenta contra el valor moral supremo de ganarse la vida y garantizarla a sus familias, tiene que combinarse con un cúmulo de circunstancias favorables -de "oportunidades"-, para que pueda transformarse en una rebelión. Los campesinos descontentos tienen que darse cuenta que existen signos de división en las clases dominantes, que el descontento que ellos sienten lo comparten otros grupos, que tienen ya o que pueden conseguir apoyo en otros sectores y lugares y que, por tanto, existen posibilidades de triunfar en su desafío, antes de decidirse a emprenderlo.<sup>5</sup>

Tutino considera que este modelo explicativo se desarrolló en la zona del Bajío novohispano a fines de la colonia y tuvo su expresión en la revolución de independencia. La no existencia de tales circunstancias, explicaría la actitud neutral, pasiva o contrainsurgente en las comunidades campesinas de otras regiones de la Nueva España, lo que originó la derrota de los campesinos rebeldes que siguieron a Hidalgo y a Morelos. En ese libro, Tutino compara las situaciones existentes en las diferentes regiones del país, antes y después del movimiento independentista y concluye cómo sólo en el Bajío se presentaron las condiciones para la gestación de una amplia rebelión campesina que, sin embargo, fue derrotada por su aislamiento y por las diferencias regionales que le impidieron unificarse y desarrollarse a nivel nacional. En esa obra, Tutino ofrece un interesante modelo explicativo que puede servir como herramienta de análisis para el estudio y comprensión de rebeliones campesinas posteriores como la que aquí nos ocupa.

Antes, sin embargo, es necesario situar el escenario -el medio-, la historia de larga

---

*Ibid* pp 39-40

duración y los actores sociales -individuales y colectivos- que dieron forma al zapatismo, buscando comprender la problemática y las tensiones de largo plazo existentes, así como las circunstancias coyunturales que permitieron el estallido de la rebelión en 1910-1911. Para ello es preciso remontarse hacia atrás en el tiempo y analizar, sumariamente, las condiciones económicas, sociales y políticas más importantes en las zonas en que surgió el zapatismo.

## **I.- La historia agraria de larga duración.**

### *El medio y los grupos humanos*

La zona de lo que hoy es el estado de Morelos es una región natural ubicada en la parte central del país. que comienza inmediatamente al sur del macizo de altas montañas conocido como eje volcánico. Los límites naturales de la región son, al norte, la sierra del Ajusco que la separa del Valle de México; al oriente, la barrera natural es el eje de montañas descendientes que van del Iztaccihuatl al cerro del Teposteco, barrera que casi desaparece a medida que se transita hacia el sur; por el occidente la división la marca la cadena de montañas que forman la sierra de Taxco, que parten del Nevado de Toluca y llegan hasta Xochicalco, separándola, por el noroeste del Valle de Toluca y por el oeste de las tierras guerrerenses; por el sur la conjunción de cadenas montañosas abruptas que empiezan a formar el eje mixteco la separan del sur de Puebla, de Guerrero y de la Baja Mixteca oaxaqueña.

Debido a las diferencias de altitudes del terreno, y a las características de los sistemas orográficos e hidrológicos de la región, en una porción relativamente reducida de territorio se dan una amplia variedad de suelos y climas. Lo que caracteriza a lo que hoy es el estado de Morelos es que en un espacio muy pequeño el terreno desciende de más de 3 mil metros sobre el nivel del mar hasta menos de mil en la parte sur y que, en la parte central, se formen dos amplias cuencas hidrológicas, la del río Amacuzac, que abarca la mayor parte del territorio, desde Cuautla hacia el oeste y la del río Nexapa, que ocupa el extremo oriental. La diferente altitud, suelos y recursos acuíferos determina la existencia de una amplia variedad de subregiones que han sido aprovechadas de manera distinta por los grupos humanos que se han establecido en ellas desde épocas ancestrales. La zona norte del estado es montañosa y fría; comienza en las faldas que descienden del Ajusco, cuyas tierras habitables tienen una altura que oscila entre 2.250 y 1.750 metros sobre el nivel del mar.

A medida que se transita hacia el sur el terreno pronto tiene menos altura y el clima se hace más caliente y húmedo, dando forma a dos amplios valles centrales templados, con valles de llanos pequeños y discontinuos, fáciles de irrigar, separados por las sierras de Tepoztlán y las Tetillas: el de Cuernavaca en el centro-occidente y el de Cuautla-Amilpas, en el centro-oriental cuyas tierras, entre los 1.750 y los 1.200 metros de altitud, son irrigadas por cinco corrientes principales que descienden de las altas montañas de la Sierra Nevada y el Ajusco, que forman las dos subcuencas mencionadas, que a su vez lo son de la cuenca del Balsas. De oriente a poniente estas corrientes son el río Nexapa, el Tepalcingo, el Cuautla, el Yautepec, el Salado, el Tetlama, el Tembembé y

finalmente el río Chalma, que forman parte de la subcuenca del Amacuzac, que se incorpora al Balsas más al poniente, en lo que hoy es Guerrero. Este sistema hidrológico se caracteriza por tener un caudal variable según las estaciones y con una rápida pendiente que desciende hacia el sur. Así pues, la zona central, que incluye hasta las planicies más áridas de Tlaquiltenango y Jojutla, en el sur, es una zona irrigada y esto ha determinado que haya sido, desde tiempos prehispánicos una zona densamente poblada, al igual que la zona boscosa y fría del norte.

La zona sur del estado es llana y más baja en altitud, con un clima caluroso y seco. En el extremo sur, el comienzo del macizo montañoso mixteco permitió aprovechar recursos mineros desde épocas ancestrales y, por sus características orográficas, de suelo y clima, fue el lugar de asentamientos ganaderos a partir de la etapa colonial. Así pues, en un pequeño espacio geográfico se dieron las condiciones, determinadas por la altitud, de la existencia de diferentes climas y grados de humedad: frío en el norte boscoso, húmedo y semicálido en los valles centrales, semiseco y cálido en la parte sur. Estas características resultaron determinantes, en buena medida, para la especialización productiva de las subregiones naturales así constituidas: el norte fue básicamente una zona productora de bienes forestales; el centro de productos subtropicales y, desde el XVI, de caña de azúcar, básicamente, junto con maíz y otros cultivos; el sur, básicamente ganadero y minero.<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> La descripción geográfica que antecede está basada principalmente en el libro de Claude Bataillon, *Villes et campagnes dans la région de Mexique*. Paris, Editions Antropos, 1971, pp. 53-56, 126 y ss. Es muy útil la obra de Peter Gerhard, *Geografía Histórica de la Nueva España*. México, IIH-UNAM, 1986, pp. 93-100 y las tesis de maestría y doctoral de Horacio Crespo. "La diferenciación social del campesinado. Una perspectiva teórica". Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1981, pp. 120-130 y "La hacienda azucarera del estado de Morelos: modernización y conflicto". Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1996, pp. 7-36.

La topografía del lugar determina la existencia, en la mayor parte de los valles centrales de Cuernavaca y Cuautla-Amilpas, de tierras de buena calidad e irrigadas, aptas para el cultivo de una amplia variedad de cereales, hortalizas, frutas y legumbres, aunque, desde el siglo XVI, con el arribo y colonización española, el cultivo predominante haya sido la caña de azúcar. La región en conjunto es accesible a las regiones geográfico-culturales aledañas de los Valles de México, Toluca, Puebla, Guerrero y Oaxaca, con las que ha estado conectada desde centurias atrás. Existen pasos naturales sorteables entre las montañas del Ajusco y las otras cadenas montañosas al este, oeste y sur, por lo cual existieron, desde tiempos prehispánicos, vasos comunicantes, redes y rutas comerciales que permitieron una relativamente amplia interrelación e influencia económica, política y cultural entre los pueblos establecidos en la zona y los vecinos, así como con culturas más alejadas.<sup>7</sup> Esta región ha tenido, desde la época prehispánica, una relación de subordinación y de complementariedad productiva con la región dominante históricamente en Mesoamérica desde la época prehispánica, el Valle de México, al que ha abastecido desde entonces con productos subtropicales y con cuya evolución económica y política ha estado siempre conectada. Era además, un paso natural obligado de las tierras del altiplano central hacia las costas del Pacífico y del Golfo y, más específicamente, constituía una ruta importante entre las ciudades de México, Veracruz y Acapulco.<sup>8</sup>

Antes de la conquista hispánica, la zona norte fría y central estaban densamente

---

Bataillon, *op. cit.*, pp. 47-48, así como de Domingo Diez, *Bosquejo histórico geográfico de Morelos*, Mexico, Tlahuica, pp. 1-24.

<sup>7</sup> Crespo, "La diferenciación.", *op. cit.*, pp. 120-123 y "La hacienda.", *op. cit.*, pp. 26-7

pobladas y eran asiento de varias comunidades tlahuicas y nahoas que cultivaban maíz, diversos productos alimenticios, algodón y también elaboraban textiles y otros bienes que entregaban como tributo al imperio azteca. Existieron asentamientos prehispánicos importantes en Cuernavaca, Atlihuayán, Tlayacapan, Tlaltizapán, Tlaquiltenango, Jojutla, Alpuyecá, Zacualpan, Amacuzac, Zacatepec, Tenango, Xochicalco, Hueyapán, Amilcingo, Oaxtepec y otros lugares que han conservado su nomenclatura de esa época, todos ellos ubicados en zonas con acceso a tierras y agua. Michael Riley estima una población regional de 725,000 personas en 1521. Tres años después, Peter Gerhard calcula un población de 600,000 habitantes.<sup>9</sup>

La conquista y colonización española significaron un dramático cambio en todos los ámbitos de la vida indígena. Demográficamente, debido sobre todo a las epidemias provocadas por las enfermedades desconocidas traídas por los europeos, la población indígena mesoamericana tuvo un declive cataclísmico: hacia 1550 Gerhard estima que en la zona solo quedaban 158,000 habitantes, número que siguió decreciendo abruptamente en la segunda mitad del XVI por las epidemias de matlazáhuatl y cocoliztli, que redujeron la población indígena en más de un 90%.<sup>10</sup>

---

<sup>9</sup> Citados por Cheryl English Martin, *Rural Society in Colonial Morelos*, University of New Mexico Press, 1985, p. 11. Las estimaciones de la población indígena que existía antes de la conquista española han sido objeto de un intenso debate. Las cifras que ofrecen Cook y Borah, de 25 millones de personas para toda el área mesoamericana han sido criticadas por otros autores y reducidas a menos de la mitad. De cualquier modo, aún las cifras menores estimadas son magnitudes y densidades de población sumamente elevadas, equiparables o incluso superiores a las regiones más pobladas de Europa y Asia en la misma época.

<sup>10</sup> Los mejores estudios sobre la población y la despoblación indígena en Mesoamérica siguen siendo los clásicos trabajos de Borah y Cook, ver *The Aboriginal Population of Central Mexico on the Eve of the Spanish Conquest*, Iberoamerican, 1958, *Ensayos sobre historia de la población*, México, Siglo XXI, 3 vols., 1980, y *El pasado de México: aspectos sociodemográficos*, México, FCE, 1989; para una crítica de sus estimaciones, ver Angel Rosenblat, *La población indígena y el mestizaje en América Latina*, 2 vols., Buenos Aires, editorial Nova, 1954 y William Denevan, *The Native Population of the Americas in 1492*, The University of Chicago Press, 1976.

Una de las zonas que más resintió este terrible desastre demográfico fue precisamente la región que nos ocupa. La jurisdicción de Cuernavaca, que formaba parte del marquesado de Oaxaca asignado a Cortés y seleccionada por éste por su riqueza natural y posición geográfica estratégica como la capital de sus dominios, comprendía la mayor parte de lo que hoy es el estado de Morelos. Al oeste, incluía a los pueblos de Cuernavaca, Jiutepec, Tepoztlán, Oaxtepec, Yautepec, Xochitepec, Mazatepec, Tlaltizapán y Tlaquiltenango. Al este, Yecapiztla, Jantelco, Joncatepec, Tepalcingo, Atlacagualoya y Teutlalco. En 1551, fueron registradas en esta zona 32.500 tributarios, para 1620 solo eran 8,084 y siguieron disminuyendo hasta tocar piso en 1643 en que solo fueron 5,258. A partir de este año la población se recuperó, siendo 6,985 en 1735 y 9,333 en 1800. En medio de estas tierras del marquesado, se encontraban tierras realengas pertenecientes a la jurisdicción de Cuautla Amilpas y que incluía pueblos como Cuautla, Ocutuco, Jamiltepec, Anenecuilco, Atencingo y Ahuehuepa. Aquí también ocurrió un gran desastre demográfico pues de 7,052 tributarios en 1570 cayeron a solo 849 en 1640, iniciando entonces una relativa recuperación que llegó a 2,130 en 1810.<sup>11</sup>

Junto con la caída poblacional ocurrieron otros cambios significativos. La riqueza de sus tierras y su cercanía a la ciudad de México, provocaron el arribo de numerosos colonos españoles, con Cortés a la cabeza, quien obtuvo para sí el dominio de las tierras de la cañada y el valle de Cuernavaca y una amplia zona de tierras al este del valle de Amilpas, así como los derechos de encomienda sobre las cabeceras de Cuernavaca, Yautepec, Oaxtepec, Yecapixtla y Tepoztlán, las más importantes de la región.<sup>12</sup> Otros

---

<sup>11</sup> Peter Gerhard, *op. cit.*, pp. 95-99.

<sup>12</sup> Bernardo García Martínez, *El Marquesado del Valle. Tres siglos de régimen señorial en Nueva*

encomenderos y órdenes religiosas se establecieron en el resto de las fértiles tierras bajas centrales, aprovecharon la despoblación indígena de la segunda mitad del XVI y desplazaron a varias de las comunidades sobrevivientes de una parte del usufructo de tierras y aguas.

### *El arribo de la caña*

Los encomenderos y colonos españoles impusieron también cambios importantes en la economía indígena, el más importante de los cuales, sin duda, fue la introducción de la caña de azúcar, que desplazó a la producción indígena de maíz, algodón y otros cultivos tradicionales y alteró sustancialmente, a partir del siglo XVI, los usos del suelo y del agua de la zona. Aunque los pueblos indios conservaron buena parte de sus tierras -sobre todo hasta 1580- y continuaron cosechando maíz y otros cultivos tradicionales, la llegada española creó nuevos asentamientos, nuevas necesidades y un nuevo mercado en el que la producción de azúcar, de carne y de trigo fue ganando importancia y monetizando la economía indígena. La complementariedad y funcionalidad productiva de la zona hacia el exterior, con el valle de México y hacia el interior, entre el norte, centro y sur, se modificó también. La organización espacial y la utilización de los recursos se refuncionalizaron en manos de los nuevos colonos españoles, en beneficio básicamente del cultivo de la caña de azúcar y de la región central aprovechados por los nuevos dueños de la tierra, bien fueran propietarios individuales o comunidades religiosas. La

---

*España. México. El Colegio de México, 1969; Ward Barret. La hacienda azucarera de los marqueses del Valle. 1533-1910. México, Siglo XXI, 1977.*

conquista significó la desintegración de la organización espacial tal y como la habían establecido los asentamientos indígenas, a los cuales les fue sustraído el control de la explotación de sus recursos.<sup>13</sup>

Con la recuperación demográfica indígena y el incremento del mestizaje, a partir del siglo XVII, se dio una aguda competencia por el dominio y usufructo de los recursos naturales y de la fuerza de trabajo entre colonos españoles, órdenes religiosas, funcionarios de la corona, élites indígenas y comunidades, sobre todo en las tierras bajas centrales, que fueron las más codiciadas por su riqueza y fertilidad, así como una modificación en los patrones de migración y ocupación del territorio. Las propiedades españolas dominantes, instaladas casi todas ellas en lugares que habían sido asiento de poblamientos prehispánicos y que conservaron sus nombres originales, desplazaban y atraían al mismo tiempo a poblaciones indígenas de las tierras bajas del centro, así como de las tierras altas de la zona periférica.

El dominio político también se modificó. La estructura de dominación azteca fue sustituida por las instituciones españolas. Aunque hubo cambios en la élite indígena local, en términos generales, ésta fue respetada y mantenida por la corona y el marquesado, quienes establecieron con los caciques y gobernadores indios vínculos funcionales de alianza y colaboración. Estos vínculos aseguraban el predominio español y, al mismo tiempo, le reportaban beneficios a la jerarquía indígena, que mediaba entre la gente común y las élites e instituciones dominantes españolas, mediante una compleja relación de conflicto y alianzas que varió según la región, la época y los intereses en juego

---

<sup>13</sup> Crespo. "La diferenciación...". *op. cit.*, pp. 130-32; "La hacienda...", *op. cit.*, pp. 41-42.

La conquista y colonización española significaron, en resumidas cuentas, una desestructuración de las relaciones sociales prehispánicas y la imposición de una racionalidad totalmente distinta a la racionalidad indígena. A consecuencia de ello, los pueblos indios de la zona conservaron una fuerte identidad racial, cultural, política y económica que, a lo largo de la colonia, fue puesta a prueba y desgastada por el creciente contacto con los grupos españoles, el mestizaje y los arribos de esclavos negros africanos traídos a lo largo de la colonia para trabajar en las propiedades azucareras. Hubo un gran mestizaje en la zona entre la población indígena y la negra, predominando, en la simbiosis, la cultura india. No obstante, el mestizaje y el contacto cotidiano entre los diferentes grupos y estratos tuvieron un efecto perturbador sobre la vida de las comunidades que, sin embargo, conservaron tradiciones y estructuras políticas propias y una relativamente alta identidad, en la cual jugó un papel central el sincretismo de las creencias prehispánicas con la religión católica y la labor evangelizadora de las órdenes mendicantes, que se establecieron desde los primeros años.<sup>14</sup>

Hay que subrayar también los límites de esta identidad. Si bien es posible encontrar fuertes vínculos afectivos, económicos, de parentesco, amistad y de trabajo, así como una serie de faenas realizadas colectivamente y un sistema de valores, tradiciones y creencias que mantenían la cohesión, una cierta comunidad y la identificación cultural en una zona indígena, campesina y mestiza colonizada, ya desde antes de la conquista española existía una marcada desigualdad y estratificación al interior de las sociedades indígenas derivada de la asimétrica distribución de la riqueza, el poder político, el

---

<sup>14</sup> Robert Ricard. *La Conquista Espiritual de México*, México. FCE. 1986: Gerhard. *op. cit.*, pp. 95 y 98.

religioso y por la división del trabajo, que determinaban la existencia de clases y estratos sociales con papeles perfectamente diferenciados. Como se ha señalado reiteradamente en varios estudios, existía estratificación, diferenciación social y conflicto endémico entre unas comunidades indígenas con otras, no solo entre el estado mexicano dominante y sus señoríos tributarios, sino también entre éstos mismos y aún también al interior de las propias localidades, conflictos que, dependiendo del caso, agrupaban a veces en bandos distintos a pueblos enteros enfrentados, o bien a los caciques y funcionarios indígenas con sus subordinados, así como a familias e individuos particulares pertenecientes a la gente común.<sup>15</sup>

Después de la conquista, la mezcla racial, de culturas, tradiciones y trabajos, los nuevos asentamientos y flujos migratorios, los nuevos patrones de uso de los recursos, las nuevas instituciones y reglas desarrollados a lo largo de la época colonial modificaron radicalmente el paisaje de nuestra zona.

### *El azúcar y la época colonial: el Marquesado y el valle de Amilpas*

La historia de las tierras bajas centrales, fértiles e irrigadas, está ligada a la introducción, desde 1524, de la caña de azúcar, que se convirtió, a partir del siglo XVII, en el más importante cultivo. La alta productividad y rentabilidad que desde los primeros tiempos demostró este producto, así como las condiciones requeridas para su explotación -que

---

<sup>15</sup> Pedro Carrasco. *Estratificación social en la Mesoamérica Prehispánica*, México. INAH. 1976. Martín, *op. cit.*, pp. 11-21. Ver también Charles Gibson. *Los aztecas bajo el dominio español*, México. Siglo XXI Editores. 5ª edición. 1980.

precisa de tierra fértil, abundancia de agua, de fuerza de trabajo y una relativamente alta inversión para irrigar la tierra todo el año y transformar mediante un proceso artesanal o industrial la caña en azúcar-, determinaron considerablemente la configuración de las relaciones sociales en dicha zona.

Cortés estableció los primeros campos cañeros en 1524 y, hacia 1530, construyó el primer ingenio, en las cercanías de Cuernavaca, denominado Atlacomulco. Por más de 50 años, la influencia del marquesado impidió que pudieran crearse otros ingenios en la zona y monopolizó la comercialización del producto en la ciudad de México. Mediante compras a los principales de Cuernavaca, Cortés y sus descendientes se adjudicaron tierras aledañas al ingenio y, aprovechando la despoblación indígena, ocuparon tierras baldías que luego, al ser reclamadas por los reconstituidos pueblos indios, se convirtieron en seculares disputas. Los pueblos sujetos de Cuernavaca, que le fueron asignados en encomienda, junto con esclavos negros, proporcionaron la mano de obra que el ingenio necesitaba, desde la construcción de las instalaciones y el acueducto, hasta la siembra, cosecha y transformación de la caña.<sup>16</sup>

Al monopolizar el marquesado esa región, a partir de 1581, propietarios privados españoles y las órdenes mendicantes tuvieron que establecer cañaverales, trapiches e ingenios en el otro fértil valle de la zona, Amilpas. Comenzó entonces un auge en la producción y comercialización de caña. Entre 1581 y 1620, se establecieron 44 trapiches, cañaverales o ampliaciones en las tierras aledañas a Cuautla y Yauatepec. Estas construcciones se hicieron siguiendo el curso de los ríos. Así, por el curso del Yauatepec

---

<sup>16</sup> García Martínez, *op. cit.*, pp. 51-72; Barret, *op. cit.*, pp. 47-48, 66-80; Horacio Crespo (director), *Historia del Azúcar*. México, FCE, vol. I, 1988, pp. 34-48.

se asentaron San Diego Atlihuayán, Xochimancas (jesuita), Barreto y Acamilpa. Entre Yautepec y Cuautla, se fundaron Oacalco, Oaxtepec, Pantitlán, San José Cocoyoc, Juchiquetzalco y San Carlos Borromeo. Por el curso del Cuautla, El Hospital (de los frailes hipólitos), Casasano, San Pedro Mártir Cuahuixtla (de los dominicos), Santa Inés, Santa Bárbara Calderón y Santiago Tenextepango.

Al oriente de este valle, siguiendo el curso del río Amatzinac se fundaron Chicomocelo (jesuita) y trapiches en Tlacotepec, Temoac y Zacualpan, todos ellos en la zona fría cercana al Popocatepetl. En el mismo oriente, pero más al sur, en tierras calientes, se establecieron los ingenios de Santa Clara Montefalco, Santa Ana Tenango y San Ignacio.

El monopolio del marquesado en Cuernavaca comenzó a ser roto en 1607, con la fundación de la hacienda de Temixco, dos leguas al sur de Cuernavaca; en 1614 se estableció el ingenio de Jiutepec (luego San Gaspar); en 1618, San Francisco Zacualpan (luego San Vicente); en 1621, Miacatlán, haciendas todas cercanas a la ciudad de Cuernavaca que aprovechaban los ricos recursos acuíferos del lugar. Posteriormente, en la zona más hacia el sur, en los valles de Jojutla y Tlaquiltenango se establecieron los ingenios de Santa Rosa Treinta Pesos, San Nicolás Obispo y Santiago Zacatepec.<sup>17</sup>

La mayoría de estos ingenios y trapiches fueron establecidos a fines del XVI y comienzos del XVII. Se instalaron principalmente en tierras baldías, aprovechando la despoblación indígena, mediante mercedes reales, composiciones y censos perpetuos, aunque también, en ocasiones, la ocupación se dio a través de compras o arriendos a

---

<sup>17</sup> Crespo. *Historia del azúcar*, op. cit., pp. 85-89.

tierras indígenas o, simplemente, mediante la ocupación de *facto*. Esto provocó muchos abusos, despojos y pleitos por la posesión y uso de tierras y aguas, litigios que crecieron en las tierras bajas centrales durante los siglos XVII y XVIII con la recuperación demográfica indígena. En estos litigios, la corona española adoptó una posición ambigua, pues si bien en ocasiones dictaminó en favor de las comunidades despojadas, la mayoría de las veces favoreció a los propietarios particulares y a las órdenes religiosas, particularmente cuando sus necesidades financieras la hicieron recurrir a las composiciones, procedimiento que legitimó las ocupaciones y usufructos de *facto* de los particulares y órdenes religiosas mediante un pago en efectivo que regularizaba la posesión.

El desarrollo de las explotaciones azucareras fue particularmente tortuoso. Durante los primeros cincuenta años coloniales, el monopolio de la familia Cortés los inhibió. En las dos décadas finales del XVI, atractivas condiciones mercantiles derivadas del ascenso de los precios mundiales del azúcar y una política de promoción del cultivo por parte de la corona, combinados con la brutal despoblación indígena, facilitaron el auge de nuevos establecimientos y un primer *boom* de la producción y comercialización. Sin embargo, estos años coincidieron con la curva más baja de población indígena. Debido a las necesidades de uso intensivo de mano de obra por la industria azucarera, con la escasez de aquella se crearon difíciles condiciones que ni el repartimiento ni la compra de esclavos negros pudieron solucionar. Además, la corona dio un viraje y, en 1599, prohibió el repartimiento de indios en los ingenios y la construcción de otros nuevos, buscando con ello proteger a la declinante mano de obra indígena, fomentar el

cultivo de maíz y alimentos tradicionales y priorizar nuevamente la asignación de mano indígena a las minas.

La caña de azúcar ingresó por esos años a la economía indígena, al monetizarse el pago de tributos y diezmos, con lo que varios pueblos y familias comenzaron a sembrar caña en pequeñas parcelas y venderla comercialmente.<sup>18</sup> Sin embargo, esto no significó la desaparición de los cultivos tradicionales de las comunidades indígenas, con el maíz a la cabeza, ni de la economía de subsistencia. Para la mayoría de la población india de la zona, la caña de azúcar siguió siendo un producto marginal.

#### *Redistribución de los recursos productivos en el XVII*

La política de congregaciones, puesta en práctica por la corona junto con las órdenes religiosas, reordenó los asentamientos indígenas. Muchos pueblos desaparecieron y otros, al ser reubicados, perdieron sus antiguas tierras y el uso de aguas. En Amilpas, de 6 cabeceras y 6 estancias indias que había en 1570, solo sobrevivieron 4 pueblos en 1603: Cuautla, Ahuehueva, Anenecuilco y Tetelcingo. Las 10 estancias de Ocuituco, al noreste, fueron congregadas todas en esa cabecera y las siete de Jonacatepec, en el este, fueron reducidas a dos. A su vez, de los 82 pueblos que eran sujetos de Cuernavaca en 1532, solo sobrevivieron 35 en los comienzos del siglo XVII; en Yautepec, de 13 solo quedaron 4. Paradójicamente, el número de estancias indias sujetas a Tepoztlán en lugar de

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 62, 74-79. Para una visión general de la inhibición de la producción azucarera en la Nueva España, véase Gisela Landázuri Benítez y Verónica Vázquez Mantecón. *Azúcar y Estado (1750-1880)*. México. CFE-SEMIP, 1988, pp. 14-35.

disminuir creció.<sup>19</sup>

Las comunidades no tuvieron un papel pasivo en este proceso. Como las congregaciones tenían como objeto, además de proteger el declive de la población indígena, racionalizar su localización y permitir el pago de los tributos a la corona y los diezmos a la iglesia, varias reubicaciones de comunidades fueron hechas en buenas tierras. Los pueblos podían además objetar los sitios que se les querían asignar y, de hecho, lo hicieron en varias ocasiones. Así, algunos pudieron quedarse en sus lugares de origen, mientras que otros que cambiaron lo hicieron en lugares que les atraían.<sup>20</sup> Más aun, algunos caciques y gobernadores indígenas aprovecharon estos reordenamientos y la legislación española no sólo para defender sus tierras sino también para conseguir más, como ocurrió en Yautepec en 1614; Jiutepec obtuvo en 1630 la confirmación de sus propiedades y pueblos como Nexpa, Cuentepec y San Jerónimo Mitla pudieron con éxito negarse a ser removidos.<sup>21</sup>

Así, durante el siglo XVII puede advertirse un proceso general de redistribución y reapropiación de los recursos productivos en la región. Por una parte, hubo un avance de las propiedades agrarias españolas en la que los principales beneficiarios fueron las órdenes religiosas, quienes, debido a su mayor capacidad financiera para sacar adelante una industria que necesitaba de fuertes inversiones y créditos durante el año, y a las donaciones obtenidas de la corona, o a los testamentos y deudas de españoles y de indígenas, pudieron quedarse con la mayor parte de las propiedades hacendarias y los

---

<sup>19</sup> Gerhard. *op. cit.*, p. 95 y 99.

<sup>20</sup> Martín. *op. cit.*, pp. 23-28 y 47-50.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 51 y 61-62.

ingentos. Otros propietarios españoles individuales, que contaban con recursos financieros y relaciones políticas, pudieron consolidar y expandir sus empresas. Paralelamente, algunos miembros de la élite indígena también pudieron incrementar su control sobre tierras y aguas, beneficiándose personalmente y consolidando su poder dentro de sus comunidades. A menudo, estos caciques rentaban parte de las tierras comunales a propietarios españoles y religiosos, obteniendo con ello dinero que se utilizaba en las fiestas religiosas y otros gastos de la comunidad o bien para fines personales.<sup>22</sup>

En la mayor parte del XVII tuvo lugar un crecimiento de las haciendas azucareras junto con las comunidades indias. Las haciendas atrajeron población india que, al residir en ellas, no tenía que pagar tributos, beneficiándose al mismo tiempo de tener acceso a tierras, alimentos y, en ocasiones, salario. Sin embargo, a pesar de la recuperación demográfica india, las necesidades de fuerza de trabajo de las haciendas nunca alcanzaron a ser cubiertas. Adicionalmente, los precios declinantes del azúcar en la mayor parte del periodo, junto con deudas acumuladas, dificultades financieras, heladas y falta de capital, produjeron que la mayor parte de las haciendas azucareras no fueran capaces de sortear estas dificultades. Hacia el final del XVII la mayoría de ellas estaba en bancarrota e, incluso, muchas de ellas desaparecieron o dejaron de sembrar y procesar caña. Esto disminuyó las presiones sobre la tierra, el agua y la mano de obra de las comunidades, las cuales tuvieron varias décadas de recuperación económica y demográfica, con una relativamente próspera agricultura en pequeña escala, que no fue interrumpida sino hasta

---

<sup>22</sup> *Ibid* pp 52-55

la tercer década del XVIII en que ocurrió una nueva y grave epidemia de tifo que diezmo nuevamente a la población india.<sup>23</sup>

### *Crisis y recuperación en el XVIII*

En el siglo XVIII continuaron las dificultades económicas de las explotaciones azucareras. Sólo las más grandes lograron sobrevivir e incluso, crecer, absorbiendo a otras que estaban en quiebra, como fue el caso de José de Palacio que compró Miacatlán, San Gaspar, Temixco y El Puente, o de José García Aranda, quien adquirió Santa Rosa Treinta Pesos, Mitlapán y San Vicente, compras todas ellas que tuvieron lugar en la primera mitad del XVIII y que corresponden a la zona centro-occidental, en el valle de Cuernavaca.

A los propietarios del valle de Cuautla-Yautepec les fue peor. pues varios de los más grandes ingenios como Guasapán y Xochiquetzalco, de los padres gerónimos, o Cocoyoc, Pantitlán y Atlihuayán, tuvieron que fragmentar sus propiedades y arrendarlas a españoles y pueblos indios para que sembraran maíz.

Así, durante la primera mitad del XVIII se incrementó la producción de maíz y otros alimentos y cultivos tradicionales. Con la menor presión sobre los recursos naturales y humanos por parte de las grandes propiedades, creció también, en ambos valles, la pequeña y mediana producción agrícola de ranchos de españoles y mestizos, junto con la de comunidades indias como Oaxtepec y Yautepec. Sin embargo, no todos

---

<sup>23</sup> *Ibid.*, pp. 65-85.

los pueblos indios tuvieron la misma suerte, pues Jantetelco, Jonacatepec, Miacatlán y Xochitepec tuvieron graves dificultades para subsistir<sup>24</sup>

En 1760 comenzó un nuevo auge de la producción azucarera, originado por una reactivación de la economía novohispana, en general, y de la minería, en particular, que hizo crecer la demanda de productos agrícolas para satisfacer a una población creciente. Las reformas borbónicas jugaron un papel importante para estimular la producción azucarera al disminuir los impuestos y legalizar la elaboración de aguardiente. Se dio un arribo de nuevas inversiones y la adquisición de tecnología más moderna que permitieron incrementar notablemente la rentabilidad por hectárea<sup>25</sup>

#### *Competencia y complementariedad*

Este auge reanudó la presión de las grandes haciendas sobre el control de las tierras, aguas y fuerza de trabajo. Por consiguiente, renacieron los conflictos agrarios por tierras y aguas, incluso, es probable que haya sido más agudo el siempre presente conflicto por el control de los recursos acuíferos. El pueblo de Oaxtepec tuvo que defenderse del ingenio del mismo nombre y de la hacienda de Cocoyoc por la utilización del agua, en un pleito que duró más de 100 años. Disputas semejantes tuvieron lugar en los pueblos de Miacatlán y San Vicente (contra la hacienda de Atlachaloaya, en el valle de Cuernavaca) y el pueblo de Cuautla (contra las haciendas de Cuahuixtla, Buenavista, Hospital y Santa

---

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 88-94.

<sup>25</sup> La producción obtenida por hectárea entre 1790 y 1800 fue de 170 toneladas, el doble que en 1750 y cuatro veces mayor que a fines del XVI. Ver Crespo, *Historia op. cit.*, pp. 142-144.

Ines) Estas última disputas fueron particularmente enconadas y significaron la pérdida de los derechos de tierras y aguas de los pueblos en cuestión.<sup>26</sup>

La necesidad creciente de fuerza de trabajo estacional y permanente en las explotaciones azucareras se satisfizo con población masculina proveniente, para el valle de Cuernavaca, de las tierras situadas al noroeste del valle de Tianguistengo y alrededores en lo que hoy es el estado de México y, para Cuautla-Amilpas, de las tierras montañosas y frías del norte de la región. Estos movimientos migratorios lograron, en cierta medida, superar la dependencia de la mano de obra que necesitaban las haciendas con relación a los pueblos de las tierras de los valles centrales, con muchos de los cuales tenían conflictos agrarios.<sup>27</sup> La población indígena creció de manera significativa en la región en la segunda mitad del XVIII y particularmente en las zonas del Oeste y Este. Sin embargo, en la zona central del valle de Cuautla-Yautepec no lo hizo de igual forma, no solo por problemas naturales y la competencia con las haciendas, sino también por la política deliberada de los gobernadores indios de limitar la inmigración indígena y la adjudicación de tierras para nuevas familias, al priorizar la renta de terrenos a particulares españoles y mestizos, con quienes establecieron vínculos de compadrazgo, amistad y conveniencia que, a menudo, provocaron protestas y denuncias contra ellos de la población indígena.<sup>28</sup>

Durante la segunda mitad del XVIII, pues, tuvo lugar un proceso de concentración de tierras y recursos productivos en las mayores haciendas azucareras, que

---

<sup>26</sup> Martín. *op. cit.*, pp. 110-116.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 148-153, Crespo. "La hacienda...", *op. cit.*, pp. 361-362

<sup>28</sup> Martín. *op. cit.*, pp. 163-168

afectó de manera desigual a las distintas zonas de la región. Los pueblos del norte, en la zona de monte y bosque frío, con tierras difíciles para la agricultura, conservaron aquellas y una relativa autonomía respecto de los centros políticos y económicos, y no tuvieron, por lo general, muchos conflictos con las haciendas. Sólo perdieron sitios de agostadero para ganadería en lugares cercanos a la ciudad de México. Pueblos alejados de las haciendas, con tierras de baja calidad, también conservaron sus tierras, perdiendo solo los lomeríos suaves para ganado. En cambio, varios de los pueblos que volvieron a tener presencia con la recuperación demográfica y se encontraban ubicados en la zona de explotación directa cañera, en las tierras fértiles centrales, se vieron sometidos a una dura competencia con las haciendas por la posesión y el control de tierras y aguas.<sup>29</sup>

La simbiosis que Tutino ha encontrado entre las haciendas y las poblaciones indígenas en algunas regiones del centro de la Nueva España durante la época colonial difícilmente se dio en el valle de Cuautla, Oaxtepec y Yautepec, regiones en las que las haciendas azucareras prosperaron y en donde sus propietarios no veían con buenos ojos que algunos pueblos hubieran podido conservar sus tierras y aguas, por lo que ocurrió una fuerte competencia entre ambos. Lo mismo puede afirmarse para el valle de Cuernavaca. En cambio, con las comunidades de las tierras altas del norte tuvieron una relación más funcional y, ahí sí, simbiótica, porque no había tierras fértiles e irrigables en disputa y las haciendas necesitaban de la mano de obra indígena que constantemente era atraída a las explotaciones azucareras. Se había establecido una complementariedad productiva, no alejada de conflictos, entre la caña y el maíz y los otros productos

---

<sup>29</sup> Alicia Hernández Orive. "Haciendas y Pueblos en el Estado de Morelos 1535-1810" Tesis de Maestría en Historia. El Colegio de México. CEH. 1973, pp. 126-131.

necesarios para la supervivencia de la población. tanto de las haciendas como de las localidades campesinas aledañas de la zona irrigada o de aquéllas más alejadas y altas. cuya mano de obra masculina se empleaba temporalmente en las haciendas durante la zafra o arrendaba tierras a los propietarios azucareros durante el resto de la temporada para cosechar productos agropecuarios tradicionales.<sup>30</sup>

### *Estratificación, conflicto y cohesión*

Hay que subrayar también que ocurrieron en el XVIII diversas disputas entre pueblos por límites de tierras, por el aprovechamiento de recursos naturales y comerciales. además de rivalidades por liderazgo y dominio político entre personajes notables de las comunidades. Además de estas fricciones entre pueblos vecinos, hubo también querellas al interior de las propias comunidades, provocando rivalidades entre habitantes de un mismo poblado o de un poblado contra los de otro y, también, entre familias particulares. produciéndose así una fuente endémica de rivalidades, odios y venganzas que desembocó en una violencia intra e inter comunitaria importante. En este sentido, es sintomática la disputa que tuvo lugar en Yautepec hacia el final del periodo colonial por la utilización de dos ojos de agua y que dividió a los dos barrios de la comunidad en bandos opuestos. unos aliados con el párroco y otros con un hacendado de la zona.<sup>31</sup> Estas alianzas a menudo atravesaron las barreras de clase y las diferencias étnicas. Estuvieron definidas más bien por los intereses particulares en juego y por la influencia de los líderes y

---

<sup>30</sup> Martin, *op. cit.*, pp. 168-169.

<sup>31</sup> *Ibid.* pp. 177-192.

notables locales. En la zona periférica del norte frío y boscoso, con una mayor precariedad relativa de recursos y, por sus mismas características geográficas, región agreste, además, proliferó, de manera endémica, el bandidaje.

En las comunidades indígenas campesinas de toda la región, se mantuvo una marcada estratificación, en continuidad con lo que había acontecido en la época prehispánica. La diferenciación social, económica y política, se manifestó a través de una notoria desigualdad de riqueza y privilegios a favor de la élite indígena, que conservó su *status* favorecido y que servía de intermediaria entre la población de las comunidades y las autoridades coloniales hispánicas. Con la consolidación de las relaciones coloniales y el avance de una economía que producía un importante artículo para el mercado –el azúcar- y cuyo proceso necesitaba arraigar y utilizar una importante masa de fuerza de trabajo estacional, fueron ensanchándose las diferencias sociales y económicas en las poblaciones indígenas.

El desarrollo interno de la economía indígena y mestiza de la zona, cuyos asentamientos conservaban tierras comunales como ejidos, bosques y pastizales y efectuaban algunas labores colectivas, había generado una forma de usufructo de la tierra privada y de producción individual que, a su vez, condujo al fortalecimiento de tendencias individualistas al interior de las comunidades y a una escala de grados diferentes de riqueza en las familias e individuos de ellas.

Esta estratificación social estaba determinada por la variable productividad de la tierra, la posibilidad de utilizar el riego, de obtener crédito, de tener animales e instrumentos de labranza, de vender productos excedentes, de obtener dinero por la venta

de la fuerza de trabajo, por la posibilidad de heredar tierra familiar o no tener acceso a ella, por el crecimiento demográfico y la división del trabajo entre agricultura, artesanía, comercio o arriería, por la cercanía con la autoridades políticas y religiosas, etc , recursos y habilidades utilizados todos ellos en forma diferencial. Había pues, al interior de las comunidades, diferencias de riqueza y poder y, por tanto, divisiones internas, explotación y violencia.

Estos factores actuaban en un sentido centrífugo, opuesto a la integración y cohesión comunitarias y produjeron una marcada estratificación social con sectores más o menos acomodados, medios y pobres. Esta estratificación interna en las comunidades, a la par que las disputas intra e intercomunales, representan un aspecto importante para comprender las actitudes y comportamientos políticos que asumieron los pueblos de la región desde la época colonial y después.

Así pues, hay que subrayar la existencia de dos elementos centrales: por un lado, una fuerte estratificación y conflicto al interior y al exterior de las comunidades, con disputas entre sus habitantes así como rasgos de violencia endémica por motivos económicos, de jurisdicción, dominio político y por rivalidades personales. Junto con ello, no debe dejar de señalarse que persistió, a pesar de todo, una relativamente alta cohesión interna en los pueblos y comunidades en sus relaciones con el exterior, a través de una identidad básica de lenguaje, organización, cultura, instituciones, fiestas religiosas, santos patronos, costumbres y tradiciones, que permitió que se mantuvieran unidas y se defendieran de las que consideraban intromisiones y agresiones exteriores, tanto de las haciendas de la zona, como del gobierno central, de las autoridades locales,

de los grupos blancos y mestizos y de otras poblaciones vecinas con las que tuvieran conflictos.<sup>32</sup>

Al interior de las comunidades funcionaba un liderazgo de tipo tradicional, patriarcal, en donde los servicios prestados a la colectividad, el prestigio, el cumplimiento de obligaciones recíprocas, constituían un complejo de prácticas y comportamientos reconocidos mutuamente que daban solidez al grupo y le permitían actuar más o menos homogéneamente. El ascenso social y la concentración de poder, por lo general, estaba en manos de la gente de mayor edad, cuya experiencia orientaba las decisiones y decidía lo que debía hacerse en caso de intereses particulares

---

<sup>32</sup> Sobre la estratificación indígena desde la época prehispánica puede consultarse la vasta obra de Pedro Carrasco, particularmente "Social Organization of Ancient Mexico" en *Handbook of Middle American Indians*, Austin, University of Texas Press, 1971, vol. 10, pp. 349-375. "The Peoples of Central Mexico and Their Historical Traditions", en *Ibid.*, vol. 11, pp. 459-473. "La sociedad mexicana antes de la Conquista", en *Historia General de México*, México, El Colegio de México, vol. 1, 1987, pp. 165-288. *Estructura político-territorial del Imperio Tenochca. La Triple Alianza de Tenochtitlan, Tezcoco y Tlacopan*, México, El Colegio de México-FCE, Fideicomiso para las Américas, 1996 y Pedro Carrasco *et al.* *Estratificación social en la Mesoamérica Prehispánica*, México, SEP-INAH, 1976. Catalina Rodríguez Lazcano señala sumariamente las características que mantuvieron los pueblos en la colonia en "Los pueblos del área de Cuautla en el siglo XVIII", en Horacio Crespo (coordinador), *Morelos cinco siglos de Historia Regional*, México, CEHAM-Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 1984, pp. 95-105. También puede verse el trabajo de Brígida von Mentz, "La región morelense en la primera mitad del siglo XIX", en *Ibid.*, pp. 131-147. En su excelente estudio sobre la transición del México tradicional del antiguo régimen, François Xavier Guerra destaca el papel de los pueblos y su cohesión interna, un factor que tampoco debe desdenarse, con las limitaciones señaladas: "en México el pueblo [...] tenía una importancia fundamental en la identidad de las personas y los grupos. Célula social básica, en la tradición prehispánica del calpulli, la época colonial no menguó su cohesión interna y lo mantuvo como algo separado del exterior". Y señala también su continuidad con la época posterior: "En la época independiente conservaba fuertes vínculos internos: parentesco, santo patrono, fiestas religiosas y civiles, autoridades propias religiosas y civiles, tierras comunales. Desde luego hay conflictos internos y estratificación. Pero hacia afuera actúa siempre como algo homogéneo. En las revueltas y levantamientos de todo tipo que hay son actores colectivos, no individuales los que se mueven"; véase *Del Antiguo Régimen a la Revolución*, México, F.C.E., 1988, t. I, pp. 141-142. Desde luego, lo anterior no implica que las comunidades indígenas actuaran siempre homogéneamente ante el exterior, ni que sus diferencias y tensiones internas disminuyeran. Ver también la interesante discusión expuesta por Florencia Mallon en la que alerta sobre la idealización de las comunidades campesinas, frecuente entre muchos académicos, que a menudo olvida las divisiones y conflictos al interior de las comunidades. Por el contrario, Mallon asigna un papel determinante al conflicto interno para explicar cómo el consenso comunitario, cuando se alcanza, es el producto de una compleja articulación de intereses, discursos y perspectivas, así como de alianzas entre gente de diferentes edades, género, etnicidad y riqueza. Mallon, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, University of California Press, 1995, pp. 64-65.

contrapuestos.<sup>33</sup>

A fines del periodo colonial, la vida de los habitantes de la región había cambiado en varios aspectos. La recuperación económica y demográfica y el auge de las haciendas azucareras de la zona agravaron las tensiones sociales por el control de los recursos productivos. No obstante, a pesar de las disputas, igual que en el resto del territorio novohispano, no se produjeron rebeliones generales contra el orden colonial.<sup>34</sup> Los pueblos confiaron, por lo regular -salvo algunas excepciones en las que hubo rebeliones locales-, en la solución pacífica de sus reivindicaciones agrarias, a través de la legislación y de las instituciones coloniales.<sup>35</sup> El descontento social asumió usualmente, formas de protesta aislada, individual y subterránea.

### *La ruptura del orden colonial*

Los rasgos y características descritos permanecieron más allá de la colonia e influyeron en el comportamiento político diferenciado de las poblaciones indígenas y mestizas de la región cuando se presentó la rebelión campesina de independencia encabezada por Hidalgo y Morelos. La revuelta tuvo apoyo particularmente en la Costa Grande, Chilapa, Tixtla, Chilpancingo, Taxco, en lo que hoy es el estado de Guerrero y, en menor medida, en el territorio del actual estado de Morelos, en donde hubo gentes como el párroco de Jantetelco, Mariano Matamoros, y Francisco Ayala, propietario de la hacienda de

---

<sup>33</sup> Mallon. *op. cit.* pp. 72-73.

<sup>34</sup> William Taylor *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*. México, F.C.E., 1987

<sup>35</sup> Alicia Hernández, *op. cit.* pp. 132-133

Mapastlán, quienes lograron la incorporación a la rebelión de gente de sus localidades. Otras comunidades también se sumaron a las filas insurgentes y apoyaron las incursiones del cura Morelos y su campaña en Cuautla. Sin embargo, en contraste, aún en la misma zona, algunas comunidades apoyaron abiertamente la causa realista. En Guerrero, la costa Chica siempre apoyó a las tropas coloniales. En lo que hoy es Morelos, el barrio de Santiago Yatepec se organizó para impedir la entrada de las tropas del cura Morelos, al igual que los contingentes de trabajadores residentes de haciendas organizados por Gabriel Yermo y otros importantes propietarios que consiguieron apoyos para la causa realista.<sup>36</sup> La actitud ante la lucha independentista varió según las regiones y el grado de legitimidad que tuvieran los propietarios blancos españoles, quienes invariablemente apoyaron y sostuvieron la causa realista.

Como han señalado Tutino y otros autores, el fracaso del movimiento insurgente se debió al escaso o nulo apoyo de las comunidades indígenas y de las poblaciones mestizas de la región central novohispana, que no se movilizaron colectivamente -salvo en el Bajío, en la zona de Guadalajara y en partes de la tierra caliente guerrerense- contra el régimen colonial, ni se incorporaron a las huestes independentistas. Tampoco lo hicieron los residentes mestizos o mulatos de las haciendas, ni la mayoría desposeída de los gañanes, que eran los habitantes más pobres y carentes de tierra en las comunidades.<sup>37</sup>

---

<sup>36</sup> Martín, *op. cit.*, pp. 193-194. Peter Guardino, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State, Guerrero, 1800-1857*, Stanford University Press, 1996, pp. 49-54.

<sup>37</sup> Tutino, *op. cit.* pp. 126-136 y del mismo autor "Cambio social agrario y rebelión campesina en el México decimonónico: el caso de Chalco", en Friedrich Katz (compilador) *Revolución, Rebelión y Revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, México, ERA, vol. 1, 1990, pp. 101-106. Para un fino análisis de las condiciones en las cuales se desarrolló la incorporación de la población indígena de la región de Jalisco a la revuelta de Hidalgo y de sus características, ver en esta misma obra, de Eric Van Young "Hacia la insurrección: orígenes agrarios de la rebelión de Hidalgo en la región de Guadalajara", vol. 1, pp. 164-186 y de William B. Taylor "Bandolerismo e insurrección: agitación rural en el centro de Jalisco, 1790-1816", vol. 1, pp. 187-222.

La guerra de independencia afectó considerablemente la producción económica, el mercado doméstico y las actividades de exportación que se habían desarrollado en la región que nos ocupa durante la Colonia. De manera particular, interrumpió el auge que estaba teniendo lugar en la producción azucarera. Varios de los principales hacendados, fuera por dificultades financieras o represalias que sufrieron por ser españoles, vieron destruidas sus propiedades. Aunque las haciendas de los valles de Cuernavaca, Amilpas, Yautepec y Jojutla salieron mejor libradas que las asentadas en las regiones costeras del país, en términos generales se debilitó la industria azucarera y esta debilidad relativa permitió una mayor libertad de maniobra de las poblaciones campesinas, algunas de las cuales, como Nexapa y Tetecala, pudieron recuperar sus tierras en los años posteriores a la independencia.<sup>38</sup>

Las crisis políticas que se sucedieron en la nueva república, así como la inestabilidad que imperó en la primera mitad del siglo XIX y que se prolongó hasta después de las guerras de Reforma, desestabilizaron de manera particular a la producción azucarera y recompusieron al grupo de los hacendados. Las necesidades de crédito y financiamiento hicieron que algunos de ellos, que lograron sobrevivir a la vorágine de esas décadas, y otros nuevos, establecieran una estrecha relación con comerciantes ricos que controlaban el mercado de la ciudad de México. La fusión de estos grupos realizó nuevas inversiones en la actividad azucarera, que, sin embargo, solo recuperó los niveles de producción, productividad y eficiencia que había alcanzado en la colonia hasta la época porfiriana.<sup>39</sup>

---

<sup>38</sup> Crespo, *Historia del azúcar*, op. cit., pp. 94-95; Martín, op. cit., pp. 195-196.

<sup>39</sup> María Teresa Huerta, "Formación del grupo de hacendados morelenses" en Crespo, *Morelos*, op. cit.,

### *Ofensiva liberal y resistencia campesina*

En las tres décadas que siguieron a la Independencia, la política agraria de los diferentes gobiernos ante el agro fue ambigua y confusa. La mayoría de los liberales tenía una posición ideológica anticomunalista y anticorporativa, que pugnaba por la fragmentación de las tierras en poder de las comunidades indígenas y de la Iglesia y proponía su asignación individual. Esta posesión privada de las tierras, en la visión liberal, permitiría el desarrollo del agro mediante empresas particulares y serviría también para que los campesinos indígenas salieran de su estado de marginación y alcanzaran el *status* de ciudadanos iguales ante la ley. En la constitución de 1824, aunque no se adoptó una postura precisa a nivel federal, se estableció que, a nivel estatal, los prefectos políticos podían fragmentar la propiedad comunal y transferirla a los sujetos particulares. Las legislaciones estatales de la zona central del país establecieron la desaparición de la propiedad comunal. Sin embargo, la notable debilidad del estado nacional posterior a la independencia impidió su aplicación.

A esta debilidad se sumó la presencia de una fuerte tradición, en algunas regiones, de poblaciones campesinas que reivindicaban la propiedad comunal, lo cual se amalgamó con el objetivo de los dirigentes liberales de fortalecer las finanzas de los municipios y de asegurarles un ingreso fijo proveniente de la posesión y renta de las tierras comunales denominadas *propios*. Así, la debilidad del estado central, el pragmatismo de los líderes

---

pp. 149-163 y "Los hacendados de Morelos y el poder". México. INAH. *Historias*, No. 14. julio-septiembre de 1986. pp. 83-93.

liberales, y la necesidad de contar con el apoyo de algunos caudillos regionales -cuyo poder local conservaba resabios de una tradición de gobierno de tipo patriarcal y tutelar hacia las comunidades indígenas-, dieron por resultado que, en los hechos, pese a la legislación liberal anticomunalista y a las inclinaciones doctrinarias de los ideólogos y políticos liberales, las propiedades comunitarias permanecieran sin gran cambio en la mayoría de las regiones.<sup>40</sup> Estas dificultades y contradicciones se advirtieron con particular énfasis en los debates del Congreso mexiquense que tuvieron lugar entre 1825 y 1828, así como en las recomendaciones y medidas adoptadas por la administración de esa entidad. En resumidas cuentas, la política de los gobiernos liberales, en esos primeros años después de la Independencia, a pesar de sus intenciones contrarias a ello, no afectó a las grandes propiedades agrarias particulares ni eclesiásticas y se vio obligada a tolerar, a regañadientes, la existencia de la propiedad comunal, que en muchas regiones prácticamente no fue fragmentada.<sup>41</sup>

Charles Hale sostiene que los conservadores de la época consideraban que la anarquía y las rebeliones indígenas que tuvieron lugar en el norte del país, en Yucatán, en Guerrero, en Oaxaca y en la Sierra Gorda en la década de 1840, tenían por causa la resistencia indígena a los trastocamientos impuestos por los intentos de modernización liberal y que, por tanto, consideraban que debía regresarse al sistema colonial y a su legislación protectora y tutelar respecto a los indígenas, respetando sus tradiciones, su organización y, de manera particular, su religión.<sup>42</sup> No obstante, la respuesta de dichas

---

<sup>40</sup> Tutino. "Cambio social agrario y rebelión..." *op. cit.*, pp. 115-116.

<sup>41</sup> Charles Hale, *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, México, Siglo XXI, 1986, pp. 230-240.

<sup>42</sup> *Ibid.*, pp. 248-252.

élites conservadoras, así como del gobierno central e incluso de algunos prominentes liberales fue sofocar, mediante la represión, a la serie de revueltas campesinas que tuvieron lugar en las regiones señaladas durante esos años, detrás de las cuales estaba la oposición campesina al avance de las haciendas, a la modernización agrícola comercial, a los agravios cometidos por algunos administradores y haciendas, al alza de impuestos, aprovechando además la notoria debilidad del estado central y las pugnas entre las élites. Algunos caudillos regionales prominentes, como Juan Alvarez, se hicieron eco de las reivindicaciones agrarias de pueblos de la zona caliente de lo que hoy es Guerrero y Morelos, canalizaron su protestas, afianzaron su liderazgo basado en representar hasta cierto punto las demandas agrarias de los pueblos y, también, sacaron provecho de esta movilización para fortalecer su posición contra el gobierno central. Las convulsiones y la inestabilidad política que tuvieron lugar en esas décadas impidieron que el problema de la tierra y la desaparición de la propiedad comunal, pudiera resolverse.<sup>43</sup>

### *La identidad de El Sur*

Durante y en las décadas que siguieron a la Independencia, en la región que comprende desde la tierra caliente de lo que hoy es Guerrero y los valles de Cuernavaca y Cuautla tuvieron lugar movilizaciones campesinas, de indígenas y mestizos que lograron, hasta cierto punto, la integración de una identidad regional de carácter histórico, cultural, político construida alrededor de los liderazgos tradicionales de Vicente Guerrero,

---

<sup>43</sup> John M. Hart, "La guerra de los campesinos del suroeste mexicano en los años 1840: conflicto en una sociedad transicional", en Katz (comp), *Revolución, Rebelión y Revolución*, op. cit. pp. 225-241.

primero, y de Juan Álvarez, después. Lo que aglutinaba a los sectores indígenas, campesinos, de pequeños propietarios, ganaderos, comerciantes, arrieros y parte de las clases medias de la zona, entre los que estaban algunos curas rurales, fue la alianza e identidad que dieron a las comunidades de la zona las luchas de Independencia y la resistencia contra los abusos y poderío de las clases dominantes regionales, en su mayoría identificados como españoles, así como una enconada resistencia de esos caudillos y de sus bases sociales de apoyo, a los esfuerzos unificadores y a los avances del centro político nacional.

En la década de 1850, en los valles de Cuernavaca y Cuautla, pueblos como Tepoztlán, San Francisco Chicolula, Xochitepec y Tlayacapan tuvieron conflictos por tierras y aguas en contra de las haciendas de Oacalco, Miacatlán, Chiconcuac y San Vicente. Estos conflictos derivaron en enfrentamientos violentos. Los campesinos, que exigían su derecho a seguir utilizando las tierras, tuvieron el apoyo de destacamentos de guardias nacionales de la zona y contaron con el apoyo abierto o velado de Juan Álvarez, a pesar de lo cual fueron reprimidos por las fuerzas estatales y federales. Algunos hacendados calificaron el clima de violencia crónico como una verdadera guerra de castas. Los oficiales federales identificaron como sediciosos socialistas a algunos de los líderes locales, quienes fueron asesinados. En el curso de esos años, la violencia produjo la muerte de muchos hacendados españoles y empleados suyos y, también, la muerte de varias decenas de campesinos y líderes locales.<sup>44</sup>

La lucha de las localidades campesinas y la ampliación de la resistencia en una

---

<sup>44</sup> Mallon, *op. cit.*, pp. 137-149.

amplia región del centro sur del país, fue capitalizada por un sector de los políticos federalistas y liberales y estuvo en la base del triunfo de la rebelión de Ayutla, que llevó al poder central a Juan Álvarez en 1854. Sin embargo, las diferencias en el grupo liberal y el aislamiento en él de Álvarez, a quien tenían sus propios correligionarios liberales por sus estrechos vínculos con sus seguidores a los que catalogaban como hordas semibárbaras, hicieron que tuviera que abandonar el poder poco tiempo después y que lo sustituyeran liberales más moderados.<sup>45</sup>

Así, se reanudó la ofensiva contra las tierras comunales y de las corporaciones, que tuvo su formulación más completa con la Ley Lerdo de 1856. Esta ley y el texto final de la Constitución del 57 privaron a las comunidades de sus tierras comunales y quitaron a los municipios una de sus principales fuentes de recursos que eran las tierras rentadas. Ocurrió entonces en varias regiones del centro del país un proceso de transferencia de tierras comunales que benefició a hacendados locales, élites indígenas, funcionarios y políticos, entre los cuales estaban algunos de los más prominentes líderes liberales nacionales.

Ante este proceso, comunidades campesinas de varias regiones del centro y sur del país se rebelaron, combinando la defensa de sus tierras con la defensa de la religión y de la Iglesia, que se veía afectada por la nueva Constitución federal. En términos militares, estas revueltas fueron derrotadas; sin embargo, lograron en algunos casos obtener reivindicaciones y modificar algunas de las prácticas injuriosas que habían provocado la revuelta. De cualquier forma, en varias de las regiones afectadas continuó

---

<sup>45</sup> *Ibid.*, pp. 151-156. Florencia Mallon, "Los campesinos y la formación del Estado en el México del siglo XIX: Morelos, 1848-1858". México, Instituto Mora, *Secuencia* No. 15, pp. 62-64, 67-70.

habiendo un clima de tensión, conflicto y actos de resistencia, manifiesta en ocasiones, y soterrada la mayoría de las veces, por parte de las comunidades contra los poderes locales.<sup>46</sup>

En la región dominada por Álvarez, a pesar de la derrota nacional de éste, ni los liberales moderados ni los conservadores pudieron afianzar su dominio. En su mayoría, los pueblos de la zona combatieron en contra de los conservadores. Sin embargo, una vez derrotados éstos, sufrieron el embate de la ofensiva de sus aliados liberales, quienes los reprimieron por la violencia que ocurrió en la zona contra hacendados españoles. Álvarez no pudo defenderlos.<sup>47</sup> En su carácter de hacendado y caudillo regional que buscaba conservar su cacicazgo, prefirió no enfrentarse al centro. Empero, Álvarez logró dar forma y expresar discursivamente lo que significaba la identidad que había unido a los distintos sectores marginados de la zona conocida como el *Sur*, desde las gestas heroicas de la Independencia hasta la Reforma.

Así, en 1854, al llamar a derrocar a Santa Anna, describió la larga batalla por la justicia que habían hecho los habitantes de *el Sur* y señaló que: “los habitantes de *El Sur* quieren que la nación esté representada por Mexicanos de cualquier origen, con la única expectativa de que sean patriotas, honestos y que rechacen la perniciosa influencia de esas clases que se llaman a si mismas privilegiadas para poder explotar al pueblo, que se alimentan de la sangre del pueblo y lo insultan usando lujosos vestidos”.

Posteriormente, cuando la ofensiva contra los pueblos estaba en su apogeo,

---

<sup>46</sup> T.G. Powell, *El liberalismo y el campesinado en el centro de México. 1850-1876*. México. Septententas. 1974. pp. 71-85. Tutino, “Cambio social...” *op. cit.*, pp. 108-113. Leticia Reina. *Las rebeliones campesinas en México. 1819-1906*. México, Siglo XXI editorcs. 1980.

<sup>47</sup> Mallon. *Peasant and Nation...* *op. cit.*, pp. 157-166, “Los campesinos...” *op. cit.*, pp. 70-80

Alvarez escribió un *Manifiesto* que intituló "A los pueblos cultos de Europa y América" en el cual el lenguaje contra los hacendados españoles era aún más violento

La mayoría de los hacendados y sus subordinados comercian y se vuelven ricos con el miserable sudor del infeliz trabajador. los enganchan como a esclavos, y hay deudas que alcanzan hasta la octava generación... la expropiación parece aumentar la codicia de algunos terratenientes; lentamente se apropian de las tierras privadas, lo mismo que las del erido que las tierras de la comunidad . y entonces, con la más increíble falta de vergüenza, alegan que esas tierras son suyas, sin presentar siquiera el título legal de propiedad. éste es suficiente motivo para que los pueblos clamen por justicia, protección y ayuda de la ley; pero las cortes son sordas a sus lamentos y peticiones y lo único que reciben los campesinos por haber reclamado lo que es de ellos, es la cárcel y la desgracia"<sup>48</sup>

Alvarez se hacia eco de la resistencia de los pueblos contra el avance de los grandes propietarios, con un lenguaje que expresaba el sentimiento de injusticia que venia de abajo y que se habia manifestado en movilizaciones y descontento social desde la independencia. Era un clamor sordo y continuo que, sin embargo, no habia podido conseguir más mejoras que una relativa autonomía del centro y una barrera contra el proceso de centralización política impulsado por los distintos gobiernos nacionales, independientemente de su signo ideológico.

### *Interdicio conservador*

Durante la guerra civil que tuvo lugar en el país entre 1857 y la restauración de la República, los conservadores, que se hicieron temporalmente del poder, no variaron sustancialmente la política agraria e indígena sostenida por los anteriores gobiernos liberales. En 1858 se restituyó la propiedad eclesiástica, pero se mantuvo la prohibición para la comunal. La política agraria del gobierno de Maximiliano fue igualmente

---

<sup>48</sup> Mallon, *Peasant and Nation*, op. cit., pp 151-152; "Los campesinos...", op. cit., pp 87-88

ambigua. La creación de la *Junta Protectora de las Clases Menesterosas* y los débiles intentos que hizo para restituir fundos legales y ejidos a comunidades desposeídas, así como la reglamentación del trabajo de los peones -que reflejaban, en parte, al paternalismo colonial que reivindicaban los ideólogos conservadores de la época-, chocaron con el respeto a las haciendas, con la no derogación de la *Ley Lerdo* y con la resistencia de los poderes y cacicazgos locales para alterar la estructura agraria dominada por la gran propiedad. En términos generales, ni liberales ni conservadores atendieron el problema agrario ni consiguieron el apoyo masivo de la población campesina mayoritaria.<sup>49</sup>

En la región de *El Sur*, los territorios dominados por Álvarez fueron teatro en el que proliferaron guerrillas que apoyaron a los liberales, lo que permitió que en esos lugares no se asentara el dominio conservador. En estas regiones, empero, el apoyo a los liberales fue condicionado al respeto a las comunidades y a un buen trato por parte de los líderes. En los lugares en donde hubo abusos de las tropas, como en Jojutla, Puente de Ixtla y Tlaquiltenango, la población se organizó para rechazarlos. En conjunto, en toda la región se dieron comportamientos diferenciados, en los cuales se reflejaba la desconfianza hacia los liberales y la falta de entusiasmo por los conservadores.

Algunos pueblos aprovecharon la buena disposición del gobierno imperial para tratar de recuperar las tierras que habían perdido a manos de las haciendas y recurrieron a la administración central y al mismo emperador para conseguir estos propósitos. La necesidad de apoyo del gobierno imperial le hizo dar un viraje en su política agraria y

---

<sup>49</sup> Powell. *op. cit.*, pp. 95-127. Desde luego, la excepción notable es la de Juan Álvarez.

emitio resoluciones que buscaban favorecer a las comunidades. Empero, la aplicación local de estos decretos enfrentó la resistencia de las oligarquias regionales y de las autoridades locales coludidas con ellos, por lo cual, en su mayoría fueron letra muerta.<sup>40</sup> La derrota del gobierno imperial canceló en definitiva esos intentos.

### *Efectos de la política liberal*

En la zona de los valles centrales de Cuernavaca, Amilpas y sus alrededores, como se ha visto, los pueblos campesinos formaron parte de la base social de los caudillos populistas Lorenzo de Zavala, Vicente Guerrero y Juan Álvarez, cuya influencia se extendía a la región denominada desde entonces como *El Sur*. La derrota de estos caudillos les quitó a las comunidades la relativa protección de que habían gozado y permitió el avance de la ofensiva de los liberales moderados contra las tierras comunales. En respuesta, entre 1847 y 1857 hubo una serie de protestas violentas de varias comunidades campesinas de la zona que se rebelaron contra los abusos y malos tratos cometidos por varios administradores y dueños de haciendas. Así, entre esos años ocurrieron actos de sabotaje, como incendios provocados contra cañaverales y fincas, así como motines y revueltas dirigidos especialmente contra algunos dueños y administradores españoles, varios de los cuales fueron asesinados por los sublevados. Esto ocurrió sobre todo en la zona de las haciendas de San Vicente, Chiconcuac, Dolores y Miacatlán, al sur de Cuernavaca, así como en Cuahuixtla, cerca de Cautla. El pueblo en donde los campesinos tuvieron un

---

<sup>40</sup> Mallon, *Peasant and Nation*. op. cit., pp. 166-174

comportamiento más beligerante fue el de Xochitepec, colindante con las tres primeras haciendas. Este conflicto contra algunos súbditos de la corona española llegó hasta el extremo de que, en 1856, varios de los miembros de la familia propietaria de dichas haciendas fueron asesinados durante una rebelión de lugareños, lo que se convirtió en un conflicto de política exterior en el que se vio involucrado Juan Álvarez. La rebelión fue aplastada de manera sangrienta y los líderes ejecutados en la ciudad de México.<sup>51</sup> Más tarde, el pueblo de Tetecala, en los límites con la tierra caliente de Guerrero, defendió con las armas sus tierras en 1857, pero fue derrotado, junto con otros pueblos del estado de México, por las fuerzas federales.<sup>52</sup> La guerra civil entre liberales y conservadores impidió que avanzara más la ofensiva contra las tierras de los pueblos de la zona.

En términos generales, el impacto de las leyes de desamortización sobre las tierras de los pueblos fue menor, en la zona de los valles centrales morelenses, que en otras regiones del centro sur del país y que en la propia zona colindante con los valles de Cuernavaca y Cuautla. Empero, esa región presenció una relativamente alta dosis de movilización, protesta y rebelión en contra de los avances de las haciendas y por la defensa de lo que consideraban sus derechos ancestrales. No obstante, varios de los litigios por tierras y aguas, añejos, eran eco de una batalla que habían comenzado a perder los pueblos desde la colonia. A mediados del XIX, en las zonas fértiles e irrigadas de los valles centrales, las haciendas e ingenios habían ganado la batalla por la apropiación de los principales recursos desde el siglo XVIII. Los pueblos de la zona

---

<sup>51</sup> Romana Falcón, "Descontento campesino e hispanofobia. La Tierra Caliente a mediados del siglo XIX". México, *Historia Mexicana*, vol. XLIV, no. 3, 1995, pp. 461-498. Mallon, "Los campesinos...", *op. cit.*, pp. 47-96.

<sup>52</sup> Powell, *op. cit.*, p. 84.

boscosa del norte y la tierras de agostadero en el sur. por el contrario, si sufrieron las consecuencias de la ofensiva liberal y resintieron una mayor afectación como consecuencia de los avances de la compañía papelera San Rafael en la explotación de bosques comunales, recursos de los que despojó a los pueblos de Ocoxaltepec, Huecahuasco, Tlamimilulpan y Tetela del Volcán, en el primer caso, y de haciendas azucareras que ampliaron su tierras para la ganadería extensiva, como la de Chinameca, en el segundo, procesos que ocurrieron en los años posteriores a la Reforma <sup>53</sup>

Muchos hacendados azucareros, por su parte, apoyaron a los dirigentes conservadores. Cuando la cambiante relación de fuerzas a nivel nacional y regional los favorecía, ocuparon directamente puestos políticos y militares en la estructura de poder regional <sup>54</sup>

La tradición de carácter populista y la influencia que conservaba Juan Álvarez a nivel regional, le permitió a su grupo obtener el apoyo del centro y constituir, en 1869, el estado de Morelos con los límites que actualmente conocemos. El primer gobernador fue Francisco Leyva, partidario de Álvarez, quien le ganó la elección en aquel mismo año al caudillo oaxaqueño Porfirio Díaz.<sup>55</sup> Ocho años después, sin embargo, la ascensión de Porfirio Díaz a la presidencia del país modificó la relación de fuerzas de los grupos locales y desplazó a Leyva de la gubernatura. El nuevo régimen local se apoyó en los rivales de Leyva, los hacendados azucareros morelenses

Concluía así un largo ciclo, que venía desde la Colonia, en el que se había

---

<sup>53</sup> Crespo, "La diferenciación...", *op cit.*, p. 160 y "La hacienda..." *op cit.*, pp. 13-14

<sup>54</sup> María Teresa Huerta, "Los hacendados..." *op cit.*, pp. 83-88  
*Ibid.* pp. 91-92

afianzado la estructura mercantil basada en el cultivo de la caña de azúcar, que se había apropiado de los mejores recursos naturales y había subordinado a las comunidades indígenas y mestizas, en un proceso largo, tortuoso y plagado de resistencias. Éstas habían tenido su mayor expresión durante la guerra de Independencia y habían continuado hasta la Reforma, alimentando a liderazgos populistas que habían conseguido imprimir –hasta cierto punto– un sello radical-popular a los distintos gobiernos nacionales. Aunque habían perdido muchas de sus mejores tierras y aguas, los pueblos no habían perdido completamente la batalla. Habían desafiado al poder central, a las élites regionales y poner un freno a las políticas agrarias liberales. La guerra no había terminado.

## **II.- El tiempo corto: la modernización productiva, ruptura de los equilibrios**

### *El Porfiriato: la balanza a favor de las haciendas*

En la región azucarera morelense tuvo lugar, después de décadas de estancamiento, un nuevo auge de la producción mercantil de azúcar durante la segunda mitad del XIX, ocasionada, tanto por factores endógenos, como exógenos. De los primeros, el más importante fue una revolución técnica que tuvo lugar en la industria, que abarató los costos de producción y elevó la productividad, proceso que se fincó en un intenso desarrollo de la infraestructura hidráulica de riego, en la utilización productiva de tierras marginales de las haciendas, en la enorme mejora del transporte que ocasionó la

introducción del ferrocarril, en la modernización tecnológica del proceso de molienda y transformación industrial del azúcar y en mejoras en las técnicas de fertilización y abono de la tierra. Este proceso de modernización productiva se combinó con una mayor demanda de azúcar en el mercado nacional e internacional, condiciones a su vez favorecidas por una situación política más estable, a partir de la consolidación del régimen porfirista en la década de 1880.<sup>46</sup>

Así, durante el porfiriato se incrementó el volumen producido de azúcar, que se multiplicó por cuatro con relación a lo producido en los mejores tiempos de la colonia y se duplicó con respecto al año de 1877. El ascenso continuo de la producción permitió que volviera a exportarse, en periodos críticos, una parte importante de los excedentes del mercado doméstico, mecanismo desarrollado por los productores para tratar de mantener elevados los precios internos de los productos derivados del azúcar y evitar su caída.<sup>47</sup>

Las crecientes necesidades influyeron en la disponibilidad de las tierras y recursos, orillando a una mayor utilización y control de ellos por parte de las empresas azucareras. Asimismo, los mayores requerimientos de mano de obra estacional produjeron una mayor presión sobre las comunidades campesinas aledañas, aunque no significaron un crecimiento de la población de trabajadores residentes en las haciendas, dado que la mejora tecnológica actuaba básicamente sobre el proceso de refinación,

---

<sup>46</sup> Crespo, "La hacienda...", *op. cit.*, pp. 143-180, 262-263, 325-327, 422-475

<sup>47</sup> *Ibid.*, pp. 402, 492-550. La exportación, sin embargo, fue excepcional. Los costos de producción de Morelos y las tierras de los valles centrales, comparativamente mayores a los de los grandes productores de las Antillas, que dominaban el mercado mundial, se veían, además, incrementados por los costos de transporte desde el altiplano hacia los puertos de embarque y, por tanto, no eran competitivos, por lo que solo ocasionalmente, como recurso extremo para aliviar la sobrecoferta doméstica, se utilizó este mecanismo, asumiéndolo como pérdida necesaria, o mediante subsidios a la exportación pagados por el gobierno.

mientras que la fuerza de trabajo campesina ocupada por los ingenios se continuó empleando temporalmente en la preparación y siembra del terreno y en la zafra.

El grupo de los hacendados morelenses en esta época de ascenso volvió a dar fuerza a su organización corporativa. Con el propósito de tener una mayor injerencia en la comercialización, constituyeron una organización de productores para vender directamente el azúcar en la ciudad de México, en 1897 y en 1902. Esta organización fijaba unilateralmente los precios, mediante prácticas de acaparamiento y especulación. De igual modo, los principales hacendados establecieron cuotas obligatorias de exportación de los excedentes en 1875 y 1903, que ascendían a una cuarta parte del total producido. Sin embargo, el continuo ascenso de la producción, la existencia de un mercado negro y la falta de control sobre todos los productores dieron al traste con estos intentos. La salida que se encontró ante la inevitable caída de los precios que provocaba el crecimiento continuo de la producción, fue la masificación del consumo del azúcar, que se duplicó entre 1893 y 1911.<sup>58</sup>

Este crecimiento productivo se dio sobre la base de una ampliación de la superficie cultivada, que se triplicó, de 3,500 hectáreas en 1869 a 10 mil en 1909, gracias a las mejoras notables en el manejo de los campos, a la expansión de los sistemas de irrigación y a la modernización tecnológica. En pocos casos se trató de abrir nuevas tierras a la explotación. Lo que ocurrió fue una ampliación en la utilización de tierras pertenecientes a las haciendas que hasta entonces se arrendaban a comunidades y particulares para el cultivo del maíz y que no contaban con sistemas de riego.

---

<sup>58</sup> Crespo. "La hacienda...", *op. cit.*, pp. 492-499, 517-550; Crespo "El azúcar en el mercado de la ciudad de México 1885-1910" en Crespo, *Morelos, cinco siglos...*, *op. cit.* pp 165-208.

Tradicionalmente se ha dicho que la expansión de las haciendas en el Porfiriato se dio sobre la base del despojo de tierra y agua a las propiedades comunales de los pueblos. Sin embargo, esto solo ocurrió marginalmente. La expansión productiva se dio a través de una reasignación de recursos propios de las haciendas, en terrenos de temporal de su propiedad, que hasta entonces arrendaban a campesinos particulares y que fueron irrigados y explotados directamente por aquéllas. Lo que ocurrió fue, pues, un proceso de modernización productiva que afectó directamente al sector de campesinos arrendatarios de tierras.

A partir de 1880, se produjo un ciclo largo de crecimiento productivo continuo. La expansión de la producción azucarera de las haciendas se dio con base en una ampliación de la superficie irrigada destinada directamente al cultivo de la caña, la cual creció casi un 200% entre 1870 y 1908. Estas nuevas tierras de cañaverales fueron sustraídas al sector de terrenos de temporal de las propias haciendas, terrenos que hasta entonces arrendaban, y que fueron modernizados con cuantiosas obras de irrigación.<sup>49</sup>

El proceso de concentración de las tierras y aguas en manos de los propietarios azucareros ya había ocurrido con anterioridad, en un proceso secular que aquí solo se ha descrito someramente y que, en lo fundamental, estaba concluido a mediados del XIX, antes incluso de la aplicación de las *Leyes de Reforma* sobre desamortización de los terrenos comunales y de la puesta en marcha de las *Leyes de Baldíos* por la administración porfiriana, medidas que prácticamente no tuvieron efectos en la región central morelense. Para 1910, del total de tierras con sistemas de riego -dedicadas casi en

---

<sup>49</sup> Crespo, "La hacienda." *op. cit.*, pp. 100-127

su totalidad al cultivo del azúcar-, las haciendas concentraban el 86% de ellas, los pueblos tenían el 13% y menos del 1% era propiedad de ranchos. Las haciendas controlaban también el 62% de las tierras de temporal. en las que se cultivaba principalmente maíz y otros cultivos tradicionales; los pueblos de la zona poseían el 33% y los ranchos el 5%. El resto de las tierras, que correspondían a terrenos de agostadero, monte y erial, también estaba mayoritariamente en manos de las haciendas, que poseían el 62% de ellas, en tanto que los pueblos tenían el 29% y los ranchos el 9%.<sup>60</sup> Estas cifras muestran cristalinamente la magnitud de la concentración y centralización de los recursos productivos, en manos de los 23 ingenios azucareros que existían en el territorio morelense a finales del porfiriato.

En este fuerte proceso de concentración y centralización de los recursos productivos que tuvo lugar en esos años, sólo permanecieron las haciendas e ingenios que habían podido sortear con mayor o menor éxito las crisis y los problemas económicos, crediticios, de comercialización y de modernización tecnológica para abaratar costos. Implementaron un modelo de plantación, de integración productiva, de constitución de economías de escala que implicó una fuerte concentración y centralización de las unidades productivas. Así, de 47 ingenios que había en 1850, se redujeron a 30 en 1898 y a 23 en 1910. Los ingenios que concentraron más recursos productivos fueron San Vicente, Santa Rosa Treinta Pesos, Atlahuayán y San Carlos Berromeo.<sup>61</sup>

---

<sup>60</sup> Crespo. "La hacienda...", *op. cit.*, cuadro 12, p. 99. Carlos González Herrera y Arnulfo Embriz Osorio. "La reforma agraria y la desaparición del latifundio en el estado de Morelos. 1916-1927". en Crespo. *Morelos. cinco siglos...*, *op. cit.*, p. 290, cuadro I. Los mapas que se ofrecen como anexo en el libro de Alicia Hernández Chávez *Anenecuilco, memoria y olvido de un pueblo*. México. El Colegio de México. 1991. muestran palpablemente el predominio que habían alcanzado las haciendas en el estado hacia 1910

<sup>61</sup> Crespo. *Historia...*, *op. cit.*, pp. 98-99.

*Producción de Azúcar en las haciendas de Morelos (zafra 1908-1909)*

Ingenio	Propietario	Producción (tons)
Zacatepec y San Nicolás	Juan Pagaza	9,069
Cuahuitla, Treinta y Acamilpa	Manuel Araoz	6,852
Santa Clara, Tenango y San Ignacio	Luis García Pimentel	6,194
Hospital. Calderón y Chinameca	Viuda de Vicente Alonso	4,951
Tenextepango	Hijos de Antonio Escandón	3,206
San Carlos, Cocoyoc y Pantitlán	Testamentaria de Tomás de la Torre	2,674
Miacatlán, Acatzingo y Cocoyotla	Romualdo Pasquel	2,274
San Vicente, Chiconcuac, Dolores, San Gaspar y Atlacomulco	Testamentaria de Delfín Sánchez	2,241
San Gabriel y Actopan	Manuel Amor	1,860
Santa Inés, Guadalupe y Buenavista	Viuda de Benito Arena	1,695
Oacalco y Michate	Francisco A. Vélez	1,660
Temilpa	Manuel Alarcón	1,359
Santa Cruz	J. Pliego de Pérez	1,298
Casasano	E. Vélez de Goribar	1,249
Temixco	Concepción T. De Fernández	1,118
Cuauchichinola	Sixto Sarmina	386

Fuente: Domingo Díez, *op. cit.* pp. 32.33

*Eficiencia y racionalidad: irrigación*

En 1910, solo había 31 haciendas azucareras en la región morelense. De ellas, por su extensión territorial, incluyendo los tres tipos de tierras (de riego, de temporal y de reserva), 19 pueden catalogarse como pequeñas, con superficies entre cien y 5 mil hectáreas, 8 como medianas, con tierras entre 5 y 25 mil y solo 4, con más de 25 mil.<sup>62</sup> Es significativo observar cómo, en el curso de las décadas anteriores, el proceso de adaptación a las condiciones del mercado y la aplicación de criterios de inversión basados en una marcada racionalidad económica, condujeron a un desarrollo y competitividad desigual entre estas haciendas. Así, las más eficientes, no eran las que poseían más tierra

<sup>62</sup> Crespo. "La hacienda...", *op. cit.*, cuadro 13, pp. 104-109.

-Santa Ana Tenango, Santa Clara Montefalco, San Juan Chinameca y San Gabriel, en el oriente y sur de la entidad-, sino las que poseían más irrigación por unidad de superficie territorial. Por tanto, las haciendas más eficientes, en términos de racionalidad económica, eran las 19 haciendas más pequeñas, que en conjunto poseían solo el 16% de la superficie total de tierra de las haciendas, pero que concentraban el 43% de las tierras de riego. Las cuatro grandes haciendas mencionadas, en cambio, tenían el 52% del tierra disponible pero solo tenían 19% de sus tierras con riego.

Las haciendas más dinámicas y con mejores perspectivas de desarrollo eran, pues, las más pequeñas. El acaparamiento de grandes extensiones de superficie no determinaba la competitividad, si no estaba acompañado de obras de irrigación, inversiones para modernizar la estructura tecnológica, la introducción de mejoras para obtener mayores rendimientos y la integración vertical para controlar al conjunto de la cadena productiva. Se podría afirmar, entonces, que las haciendas más grandes, que conservaban una mayor extensión de terrenos arrendados y no se habían modernizado, eran las más atrasadas. La mayor extensión territorial se desarrolló en las tierras áridas o montañosas del oriente y sur del estado. En cambio, en los valles centrales, fértiles e irrigados, proliferaron, en aguda competencia, las pequeñas y medianas extensiones.

Durante el régimen de Díaz se promovió el fomento y la ampliación de la infraestructura hidráulica en el país, a través de diversas medidas de apoyos estatales, que incluyeron subsidios y concesiones para que los particulares invirtieran en este tipo de obras. En 1888 se expidió una Ley Federal de Aguas, en la que se establecía la jurisdicción del Estado sobre las aguas marítimas territoriales, esteros, lagunas, lagos y

rios que cruzaran más de una entidad. Esa ley garantizaba la utilización gratuita de ellas para las poblaciones ribereñas y para los que tuvieran su concesión. En 1894, una ley complementaria especificó las características de las concesiones para la utilización de esas aguas. La mayoría de estas concesiones fueron para proyectos hidroeléctricos y, en menor medida, para riego.

En la región morelense esta fue también la pauta. Durante el porfiriato, no hay testimonios que indiquen un proceso generalizado de avance sobre los recursos hidráulicos, por parte de las haciendas, a costa del despojo del agua de los pueblos. Aunque hubo muchas solicitudes de grandes hacendados para obtener nuevas concesiones de uso de aguas para fines agrícolas, durante el periodo del gobernador Manuel Alarcón - periodo al que Womack ha definido como la edad de oro de las haciendas-, la mayoría de estas solicitudes fueron desechadas, entre ellas, la de grandes propietarios como Juan Pagaza (dueño de Zacatepec y San Nicolás Obispo), Vicente Alonso (de Calderón). Pablo Escandón (de Atlihuayán), Fernando Noriega (de San Vicente) y Mauricio de la Arena.<sup>63</sup> Hasta 1908, de 50 solicitudes solo se autorizaron 16, y de éstas, los beneficiarios no fueron solo grandes hacendados sino también vecinos organizados y empresarios pequeños de pueblos, como en el caso de Xalostoc, cuyos vecinos obtuvieron la autorización en 1897 para construir un canal de 3.5 kilómetros en el río Tembembé, con una inversión de 25 mil pesos, o los de Tlaltizapán, que construyeron un canal de 6 kilómetros sobre el Higuérón, que les costó 22 mil pesos.<sup>64</sup> Estos casos, empero, fueron excepcionales, pues el monto de inversión requerida para este tipo de obras determinaba

---

<sup>63</sup> *Ibid.*, pp. 159-160.

<sup>64</sup> *Ibid.*, pp. 160, 175-176.

que fueran solamente individuos o compañías particulares con suficientes recursos económicos los que podían desarrollarlos y obtener la autorización de hacerlo. Para la mayoría de los pueblos y vecinos comunes esta condición escapaba de sus posibilidades.

El crecimiento de la infraestructura de riego no se dio sobre la base de la ampliación de las concesiones para el uso de aguas por las haciendas ni en el despojo a los pueblos de ese recurso. Lo que ocurrió fue un proceso de nuevas y grandes inversiones para modernizar, extender y hacer más eficiente la infraestructura de riego, con las concesiones que ya tenían las propiedades hacendarias, es decir, una mayor utilización de recursos de las aguas sobrantes o subutilizadas. Desde luego, este proceso no estuvo exento de conflictos con algunos pueblos, como en el caso de Yautepec en 1902, pero, en el conjunto, fueron conflictos localizados y, al menos por las fuentes conservadas, escasos. En la entidad, sólo el río Yautepec era de jurisdicción del gobierno morelense. Los demás eran federales y fue el gobierno central de Porfirio Díaz el que reguló la asignación de concesiones dentro de la pauta descrita. Así, en los 15 años finales del porfiriato, las haciendas duplicaron su capacidad de riego, a través la construcción de canales en los ríos Cuautla e Higuierón y, en menor medida, el Tembembé. Éste proceso tuvo lugar básicamente en la zona del valle central de Cuautla y, en menor medida, en el de Cuernavaca. Las zonas oriental, sur y occidental apenas comenzaban a integrarse a este patrón de desarrollo cuando estalló la revolución <sup>65</sup>

---

<sup>65</sup> *Ibid.*, pp. 143-183.

### *Revolución en el transporte*

Otro elemento decisivo en el *boom* azucarero de los años porfirianos fue, desde luego, la introducción de los ferrocarriles. Hasta antes de la década de 1880 el transporte de la caña de las zonas productoras a los ingenios y del azúcar y las mieles de éstos a los centros de consumo se hacía a lomo de mulas. La cercanía de la región morelense con la ciudad de México había permitido que esa región dominara desde el principio de la época colonial el principal mercado nacional. Sin embargo, esa misma condición geográfica, alejada de las costas, aunada a los altos costos de producción de la zona morelense - comparados a nivel internacional, debido a la necesidad de riego-, determinaron su escasa competitividad en el mercado mundial. Las pocas exportaciones que hubieron en diferentes épocas fueron hechas con pérdidas -factor secundario puesto que el objetivo era despresurizar la sobreoferta en el mercado doméstico y detener el descenso de los precios nacionales-. La prioridad de la industria azucarera fue siempre el mercado doméstico y fue el crecimiento de éste lo que determinó su desarrollo.

La introducción del ferrocarril, pues, significó una enorme revolución que disminuyó drásticamente los costos de flete, aumentó la capacidad de transportar mayores volúmenes y acortó los tiempos de colocación del producto en las zonas de consumo. Varios de los principales hacendados morelenses, junto con las élites políticas regionales participaron como accionistas en las compañías ferrocarrileras que comunicaron a la ciudad de México con las principales zonas productoras de la región. La mayor organización y poderío económico de los hacendados del valle de Cuautla hicieron que esta fuera la zona que se haya privilegiado y que más se desarrolló con el arribo del

ferrocarril a su territorio. Así, entre 1878 y 1883 se completaron los trabajos que conectaron la ciudad de México con Cuautla y Yautepec. Entre 1888 y 1890 se llevó la vía de este último punto hasta Jojutla y Puente de Ixtla. No fue sino hasta 1897 que los hacendados del otro gran valle, Cuernavaca, pudieron construir la línea que, partiendo de la ciudad de México, seguía su curso por Cuernavaca, Puente de Ixtla y llegaba hasta Iguala. El valle de Cuautla, además, quedó conectado desde el principio con la gran vía férrea que comunicaba a la ciudad de México con Puebla y Veracruz. Esto determinó que se consolidara la posición dominante de la zona productora de Cuautla-Amilpas como la subregión más desarrollada, que ya tenía ventaja previa por haber sido la que mayor reconversión y modernización hidráulica y productiva había tenido. El occidente del estado, en comparación, quedó rezagado y nunca se concretó la intención de comunicar esa zona con Toluca y Acapulco.<sup>66</sup> La estación terminal –hasta la fecha– se quedó en el cruce con el río Balsas, al sur de Iguala.

La modernización productiva descrita, no se fincó solamente en mejoras sustanciales en el proceso industrial y de transporte. En su componente agrícola se logró también con la búsqueda y aplicación de mejores alternativas en fertilizantes, abonos, semillas y variedades de cultivos que ofrecieran mayores rendimientos y calidades.<sup>67</sup>

#### *Desplazamiento de los arrendatarios*

Por lo que respecta a la fuerza de trabajo y a la relación de las haciendas e ingenios con

---

<sup>66</sup> *Ibid.*, pp. 422-475

<sup>67</sup> *Ibid.*, pp. 217-258

los pueblos y comunidades aledañas, este proceso de reconversión productiva afectó mayormente a las comunidades arrendatarias de las tierras de temporal. Las tierras de temporal de las haciendas eran arrendadas mediante contratos de diferente tipo a campesinos sin tierra y comunidades de los alrededores, que de esta forma obtenían el maíz y los productos alimenticios para su manutención. Para complementar el ingreso de estas familias, la fuerza de trabajo masculina se empleaba por temporadas en las labores agrícolas en esas tierras irrigadas. Como se ha visto, la modernización fue mayor en las haciendas más pequeñas, que contaban con una menor proporción y superficie de terrenos temporales. El impacto económico y social para el sector de campesinos arrendatarios que fueron desplazados, en un lapso de tiempo breve, de las tierras que arrendaban, fue enorme. Las tierras de temporal de los pueblos no bastaban para remediar el desplazamiento del que estaban siendo objeto esos grupos, pues ese tipo de tierras era solo la mitad de aquéllas de las que eran desplazados y, por tanto, insuficientes. Por otra parte, no todas esas familias desplazadas fueron absorbidas por las necesidades crecientes de mano de obra para la siembra y la cosecha de los cañaverales que, a pesar de todo el adelanto técnico, siguieron siendo estacionales. Así pues, este sector desplazado de arrendatarios de las haciendas más productivas tuvo que ser absorbido por la economía tradicional de los pueblos, villas y rancherías de las zonas aledañas, en un proceso de mayor carga para esas comunidades en las que estaban asentadas sus raíces. Desde luego, este proceso no era lineal ni estaba terminado cuando el porfiriato llegó a su fin.

Con todo, la modernización productiva no significó un desplazamiento brutal de la mano de obra asalariada. Un paliativo fue que, en la medida en que se dio una

combinación de agricultura extensiva de riego con nuevos equipos industriales y mejores transportes, requirió de más brazos para las labores agrícolas, cuya superficie creció significativamente, como se ha visto. Por ello, la utilización de fuerza de trabajo por las haciendas se incrementó en 150% entre 1899 y 1908. Incluso, hay referencias continuas a lo largo de esos años de insuficiencia de mano de obra que afectaba los ciclos productivos.<sup>68</sup> Aunque no puede hablarse, por tanto, de crecimiento de la desocupación en las haciendas e ingenios, sino antes al contrario, y que incluso hubo un incremento de emigración permanente y temporal de las zonas colindantes del estado de México y de los montes del Ajusco hacia los valles centrales, el problema estribaba en que eran empleos estacionales, y que el salario devengado en esos meses era complementario de los medios de vida que obtenían hasta entonces esas familias del arrendamiento de las tierras temporaleras.

Aunque falten datos cuantitativos para tener una visión completa de esta situación, puede establecerse, como hipótesis, que la expansión productiva quitó más recursos de los que proporcionó a la masa de trabajadores y familias dependientes indirectamente de las haciendas cañeras y, de igual modo, que estaba en curso un proceso de desarraigo, de pérdida de seguridad y un cúmulo creciente de necesidades materiales que eran más difíciles de ser satisfechas por sectores importantes de población, al tiempo que se desarrollaba una mayor subordinación y dependencia de estos sectores hacia las haciendas que los contrataban, dentro de un proceso de ampliación de las relaciones mercantiles que giraban alrededor de la producción y comercialización de la caña de

---

<sup>68</sup> *Ibid.* pp. 350-366.

azúcar.<sup>69</sup>

### *Trabajo asalariado y economía moral*

No se conservan muchos datos primarios sobre la forma de organización interna de las haciendas azucareras morelenses y no hay estudios monográficos que describan con detalle las relaciones laborales y la organización del trabajo que imperaba en ellas. En virtud de su grado elevado de modernización y de su inserción como puntales dentro de una esfera de producción mercantil, la forma predominante de utilización de la fuerza de trabajo temporal fue mediante un salario monetario fijo. Ese salario, complementaba los satisfactores que obtenían mediante el arriendo de tierras que pertenecían a las haciendas y algunos pagos en especie que recibían de éstas. No se cuenta con series completas que informen sobre el monto de los salarios que devengaban los trabajadores de las haciendas de la zona y solo algunos datos sueltos informan sobre ellos.

El nivel de las percepciones dependía del grado de especialización, complejidad y responsabilidad del trabajo. En la cúspide de la pirámide se encontraban los administradores de las haciendas, que a menudo eran extranjeros y contaban con experiencia en la industria, por haber trabajado en otras haciendas azucareras modernas; estos empleados de élite, frecuentemente representaron la cara visible de la dominación

---

<sup>69</sup> Aunque no haya datos precisos para cuantificar la magnitud de los sectores desplazados ni de las formas alternativas de empleo en actividades secundarias y terciarias, tanto en las principales ciudades y pueblos -dado que estaba en curso también un proceso de urbanización-, como en las mismas haciendas, habría que considerar también, entre los sectores afectados por la modernización, a los arrieros que transportaban azúcar hacia la ciudad de México y otras ciudades medianas que fueron desplazados por el ferrocarril, así como a artesanos que vieron incrementada la competencia por el arribo de mercancías provenientes de otras regiones.

hacendaria sobre los trabajadores y concentraron en sus personas buena parte de los reclamos, odios y protestas de los trabajadores subordinados a ellos. Les seguían los maestros purgadores, los gañanes, los peones y los adolescentes o niños empleados en los distintos tipos de trabajo, en una escala descendente en la que es difícil establecer con precisión el salario percibido y su evolución durante el siglo XIX.<sup>70</sup> De igual modo, había variedad entre los ingresos fijos y los obtenidos mediante contratos de trabajo a destajo, así como de los ingresos indirectos obtenidos mediante alimentos, instrumentos de trabajo, alojamiento, ropa, etc., prestaciones que algunas haciendas siguieron proporcionando a sus trabajadores permanentes. De cualquier modo, los salarios y el nivel de ingresos que obtenían los trabajadores de las haciendas e ingenios, bien fueran permanentes o temporales, era superior y daba mayor seguridad al que podía obtenerse fuera de ellas.

Empero, no obstante este desarrollo mercantil, es probable que la parte correspondiente a las prestaciones y servicios tradicionales de la “economía moral” entre trabajadores y patrones haya continuado, aunque con un peso menor que en otras regiones más atrasadas, como sugiere Herbert Nickel para el caso de Yucatán.<sup>71</sup> El paternalismo continuó permeando en un alto grado las relaciones entre hacendados, administradores y los distintos tipos de asalariados y arrendatarios de las haciendas. Además de la ayuda asistencial que algunos dueños de haciendas proporcionaban de manera regular o esporádica, entre los mecanismos que ayudaban a dar cohesión y

---

<sup>70</sup> Crespo, “La hacienda...”, *op. cit.*, pp. 372-382.

<sup>71</sup> Herbert Nickel, “Elementos de la economía moral en las relaciones laborales de las haciendas mexicanas” en Herbert Nickel (editor) *Paternalismo y economía moral en las haciendas mexicanas del Porfiriato*, México, Universidad Iberoamericana, 1989, pp. 15-67.

legitimidad a estas relaciones sociales asimétricas, se contaba la cooperación de algunos hacendados para los gastos de las fiestas religiosas de los patronos de los pueblos y haciendas, como en el caso de la de Pantitlán, San Carlos, Tlayacapan, Atlacomulco, Santa Clara, Hueyapán y Tenango.<sup>72</sup> Estos elementos de paternalismo seguían existiendo a comienzos del siglo XX y, aunque desgastados, en algunos lugares demostraron todavía su efectividad durante los comienzos de la rebelión armada de 1910 y los años posteriores.

### *¿Leyenda negra o blanca?*

El triunfo de la rebelión que inició en 1910 y la necesidad de los regímenes que capitalizaron esa victoria de construir su propio discurso legitimador, crearon la leyenda negra tanto del porfiriato como de las haciendas de la época. El caso de las haciendas azucareras morelenses no fue la excepción, y en buena parte de la historiografía de la revolución se continúa, reproduce y subraya la imagen negativa de los hacendados, los administradores de las haciendas, las élites económicas, políticas y las autoridades del denominado antiguo régimen.

Desde luego, en la imagen de la leyenda negra de las haciendas morelenses hay exageración. No fueron la representación de la barbarie y el despotismo opresor contra la indefensa masa de campesinos y peones que ha idealizado la imagen oficial agrarista de la revolución. Pero es igualmente unilateral tratar de construir una leyenda blanca,

---

<sup>72</sup> Crespo, "La hacienda...", *op. cit.*, pp. 336-343.

enfaticando solamente el papel integrador, la armonía entre los propietarios de las haciendas y los grupos subordinados que giraban en torno a ella y la legitimidad que tenía dicha institución ante esos grupos, elementos que sin duda existían y que persistieron, en mayor o menor grado, en varias de ellas. Como siempre, la realidad consiste en un amplio espectro de matices. Sin embargo, no se puede tampoco negar que los conflictos originados por el crecimiento y desarrollo de la gran propiedad, por la concentración, centralización y control de los recursos productivos en sus manos que tuvo lugar durante toda la época colonial, originaron tensiones que continuaron en la primera mitad del XIX y en el porfiriato, y que siguieron después. Es necesario, pues, considerar ambos aspectos. Como se ha descrito, las tensiones agrarias fueron una constante a lo largo de la historia secular de la región. Pero hubo también haciendas que contaron con legitimidad y apoyo de sus subordinados, de los cuales obtuvieron muestras de respaldo durante el porfiriato y aún ante la revolución de 1910. Muchas haciendas pudieron trabajar a ritmos casi normales todavía hasta 1912. De igual modo, hubo también contra ellas -y en mayor proporción que los apoyos, como se mostró luego-, muestras de rechazo y de cobro de facturas pendientes por agravios, a menudo con mucha violencia, por parte de sectores e individuos que se sumaron a la revuelta.

Lo que parece estar fuera de duda, es que el proceso de modernización que tuvo lugar en Morelos en las tres últimas décadas del porfiriato produjo una alteración en las relaciones sociales y en los equilibrios entre los distintos sectores sociales y económicos que ahí actuaban. Es probable que esta modernización haya afectado más a los trabajadores temporales de la hacienda, a las familias de aparceros y arrendatarios que

vieron anulado o reducido su acceso a las tierras de las que hasta entonces se alimentaban y que no obtuvieron la compensación equivalente en el mayor volumen de trabajo que requería ese proceso de modernización. Aunque por su condición no hubieran sido ya propietarios de la tierras que trabajaban, eran usufructuarios de ellas; por tanto, el efecto negativo de la privación de este usufructo, que era percibido como un derecho tradicional por esas familias fue, en los hechos, una desposesión y tan devastador como si hubieran sido expropiados. Se convirtieron en campesinos sin tierra, con los riesgos y la inseguridad que esta condición implicaba. Horacio Crespo, que ha estudiado mejor que nadie este proceso modernizador, no alcanza a ver en él una desposesión real ni la privación de un derecho tradicional, que debieron haber sido interpretados por el sector afectado de arrendatarios -y por los sectores tradicionales con los que estaban vinculados de una u otra forma en las comunidades-, como una ruptura del pacto moral con las haciendas.

La mayor presión sobre los recursos productivos que generó el auge azucarero alteró la relación que se había establecido entre las comunidades campesinas y las haciendas azucareras, así como con los ranchos de la zona. Sin embargo, como apunta Horacio Crespo, aunque la historiografía zapatista a partir de Magaña, Sotelo Inclán y Womack ha insistido en que estaba en curso un proceso de avance de las haciendas a costa de la superficie cultivada y de las aguas utilizadas por los habitantes de los pueblos, aldeas y ranchos, y que incluso éstos asentamientos caminaban hacia su desaparición, no se advierte este proceso en los datos estadísticos del XIX, ni en los años finales del porfiriato.

### *Crecimiento demográfico de pueblos y ciudades, decremento en las haciendas*

La demografía de los pueblos, ranchos y aldeas, al igual que la de todo el estado, indica un crecimiento moderado y sostenido a lo largo de esos años, aunque con una diversidad en la dinámica regional, con diferentes tasas de crecimiento. con movimientos migratorios de zonas periféricas, con un comportamiento disímil entre los pueblos que eran cabeceras municipales y los que no lo eran, con crecimiento de las principales ciudades como Cuernavaca y Cuautla que conurbaron a localidades contiguas, con la creación y desaparición, al mismo tiempo, de ranchos y rancherías, etc., proceso complejo en términos demográficos. La modernización, tantas veces mencionada, incidió de manera muy directa en esta diversa dinámica poblacional, pero en un sentido múltiple y que no indicaba el predominio tendencial absoluto de las haciendas sobre los pueblos, ranchos y rancherías.

Horacio Crespo ha demostrado, con base en las fuentes demográficas disponibles que, durante el periodo que va de 1850 a 1910, es decir, durante el auge y modernización azucarera, tuvo lugar una dinámica poblacional por regiones y categorías demográficas diferenciada. En esos sesenta años, la población de la entidad creció en 57%. Sin embargo, los pueblos que eran cabeceras municipales crecieron solamente 46%, disminuyendo su importancia relativa dentro del total de población en casi 2%, a pesar de lo cual continuaron siendo casi la tercera parte del total. Los pueblos que no eran cabecera crecieron en 54%, menos que la población total, y redujeron también en casi un

punto su importancia relativa, a pesar de lo cual siguieron siendo el tipo de asentamiento predominante en donde se alojaba el 36% de los habitantes. En donde ocurrió el mayor crecimiento fue en las ciudades de Cuernavaca y Cuautla, que vieron crecer su población en 216% y duplicaron su importancia relativa, concentrando en sus límites al 11% del total estatal. En el caso de los ranchos y rancherías, hubo una gran inestabilidad, muchos de estos desaparecieron y volvieron a constituirse a lo largo de esos años, aumentando su población marginal; en términos absolutos, su gente aumentó en 112%, pero en términos relativos solo pasaron del 6 al 8%. Las haciendas, en cambio, fueron la única categoría cuya población total disminuyó tanto en términos absolutos (menos 5%), como relativos (menos 7%).<sup>73</sup>

Así pues, los dos fenómenos que llaman la atención fueron el considerable urbanismo alrededor de las dos principales ciudades de la entidad, al igual que la involución demográfica de la hacienda. Ambos acontecimientos tienen particular relevancia y son indicativos del proceso de modernización que estaba teniendo lugar en la sociedad morelense. Por lo que toca a las relaciones agrarias, significaron que el costo del crecimiento económico, de modernización tecnológica y de transportes, no descansó sobre el crecimiento demográfico del principal agente económico del cambio –la hacienda–, sino que tuvo que apoyarse en un crecimiento diferencial de la población rural de los pueblos, villas, aldeas y ranchos, que siguieron siendo el soporte para la mayoría de la población estatal, y en cuyos límites vivía el 75% del total de habitantes.

Aunque no hay datos pormenorizados sobre las actividades productivas, los

---

<sup>73</sup> Crespo, "La diferenciación...". *op. cit.*, pp. 136-146.

salarios, los movimientos migratorios y los precios, con lo cual se podría tener una mejor idea de en dónde descansó económicamente este proceso de modernización, es posible suponer que una parte considerable recayó en la economía de los pueblos y localidades rurales. tanto en la economía de subsistencia, como en el sector comercial agrícola. así como en el trabajo asalariado en las haciendas y en oficios y servicios de diverso tipo ofrecidos por estos sectores. Parcialmente, el crecimiento de Cuernavaca y Cuautla, que implicaba un crecimiento en las actividades de servicios, artesanales y de transporte, podía ser la alternativa de vida para un sector de los desplazados rurales y también una mayor demanda para los abastecedores de oficios y servicios, aunque el todavía escaso peso relativo de estas urbes no alcanzara a compensar un desplazamiento de gran envergadura en el medio agrario

Otro fenómeno que también incidió directamente sobre la situación de algunos pueblos fue el de la connurbación. Horacio Crespo señala que, de acuerdo al censo de 1910, los pueblos de Acapancingo, Amatitlán y Chapultepec fueron connurbados por Cuernavaca, al igual que San Mateo Ixtla por Puente de Ixtla.<sup>74</sup> Es difícil precisar el tipo de conflictos y tensiones provocados por este crecimiento urbano.

Por tanto, ha sido equivocada la apreciación que va de Magaña a Womack acerca de la tendencial desaparición de los pueblos y rancherías del estado como consecuencia del avance de las haciendas que los despojaron de sus tierras. De los cinco pueblos que, al decir de Magaña, desaparecieron absorbidos por haciendas, solo dos ocurrieron efectivamente. Acatlipa y San Pedro, en 1890, el primero por la hacienda de Temixco y

---

<sup>74</sup> Crespo, "La hacienda...", *op. cit.*, pp. 71-79.

el segundo por la del Hospital. El pueblo de Tequesquitengo, citado también, sufrió ese proceso en 1840, pero se volvió a constituir después, al igual que la hacienda de Sayula, que se fusionó con otra antes de 1850. Dichos ejemplos, entonces, no bastan para describir una dinámica regional en esa dirección. Es posible afirmar, entonces, que el avance y predominio de las haciendas en el porfiriato no se dio sobre la base de un crecimiento físico, sino en el crecimiento de las relaciones mercantiles y el mayor control económico y subordinación de las haciendas sobre el trabajo, la mano de obra, los recursos productivos y los productos del trabajo, a través de relaciones sociales capitalistas, estructuradas cada vez más alrededor de las necesidades de la producción y comercialización del azúcar y productos derivados.

#### *Ruptura del equilibrio y agravamiento de las tensiones*

En conjunto, está fuera de duda que el auge azucarero del último tercio del XIX consolidó el proceso de concentración de la tierra y los recursos productivos de la región, afianzó la hegemonía de las haciendas y de las relaciones mercantiles en la economía agrícola de la zona, y significó el debilitamiento relativo de las localidades agrarias no hacendarias, fueran colectivas o individuales y que este proceso provocó una mayor diferenciación social, movilidad y conflicto entre los diversos actores involucrados.<sup>75</sup>

Así, las relaciones entre las haciendas con los pueblos, comunidades y ranchos que contaban con tierra sufrieron una alteración, pues el florecimiento de la producción

---

<sup>75</sup> John Womack Jr. *Zapata and the Mexican Revolution*. New York/Alfred A. Knopf. 1970. pp. 42-49

azucarera y el predominio de las relaciones mercantiles implicó también que esos grupos agrarios con tierra, pero subordinados, en la medida en que tenían que completar su ingreso empleándose temporalmente en las labores agrícolas de la caña, tuvieran que competir ahora con las familias arrendatarias directamente desplazadas por el crecimiento económico descrito y que, además, tuvieran que colaborar, al mismo tiempo, con los recursos de su economía de subsistencia para aliviar las necesidades de estos sectores desplazados y sin posibilidades de acceso a tierra. Más difícil aún fue la situación con estos grupos rurales afectados directamente por la reconversión productiva de las haciendas, los arrendatarios, aparceros y peones residentes o temporales asalariados, los cuales súbitamente perdieron sus condiciones de seguridad y tuvieron que buscar acomodo para sus necesidades, bien fuera en las localidades rurales o en los núcleos urbanizados. Con esto se modificaron las relaciones entre las haciendas y los demás grupos agrarios de la región.<sup>76</sup>

Es posible que, hacia finales del porfiriato, las tensiones sociales en el campo morelense, siempre presentes, se hubieran agravado y éste sea uno de los factores o quizás sea *el factor explicativo* de la rebelión que tuvo lugar poco después. Sin embargo, en los testimonios que se han conservado de los años finales del porfiriato no se encuentran señales de resistencia abierta de los grupos afectados, aunque, desde luego, esta ausencia de testimonios no demuestra que ese proceso no hubiera generado y agravado tensiones de las cuales no se han conservado huellas y que estas protestas hayan adoptado predominantemente formas individuales, subterráneas y que se estuvieran

---

<sup>76</sup> Salvador Rueda, "La dinámica interna del zapatismo. Consideraciones para el estudio de la cotidianidad campesina en el área zapatista", en Crespo, *Morelos, cinco siglos...*, op. cit., pp 226-227.

acumulando fuertes rencores y agravios, como aparecieron en la superficie meses después. Para tener mayores elementos de análisis acerca de la situación de los distintos sectores y grupos sociales morelenses, hace falta conocer con más precisión la evolución del salario real de la distintas categorías de asalariados, de la inflación y niveles de vida, tanto de los grupos rurales como urbanos, de los trabajadores de las haciendas, así como un derrotero más cercano de lo que aconteció con las familias desplazadas que perdieron el acceso a tierras y aguas en los años anteriores. Con esto se puede tener una idea más sustentada de la explosividad que tenía el campo morelense al final de la dictadura de Díaz. aunque, desde luego, ese deterioro de las condiciones materiales de vida no sea causa suficiente para explicar la rebelión que ocurrió después.<sup>77</sup>

Sin embargo, desde el punto de vista de los dueños de las haciendas e ingenios, así como de los responsables de la política nacional era difícil vislumbrar que se hubiera llegado o estuviera a punto de llegarse a una situación límite. Se podía pensar que la dinámica descrita de crecimiento económico y modernización era capaz de sostenerse por más tiempo, sometiendo las resistencias y manteniendo un ciclo largo de expansión económica. Los esfuerzos de los propietarios apuntaron en esa dirección y comenzaron obras e inversiones que esperaban mantener la tendencia de crecimiento comercial con base en los recursos productivos disponibles, en donde la posibilidad de un estallido social fuera solo algo remoto. Pero la esfera de la política, los estados de ánimo, las protestas y la disposición de participación de los grupos subordinados, que eventualmente

---

<sup>77</sup> La violencia social que tuvo lugar en Morelos entre 1910 y 1920, mayor y más prolongada que lo que ocurrió en el resto del país, son un elemento que explica que se hayan conservado pocos testimonios de las haciendas, de las parroquias y, en general, de otras fuentes que proporcionan mucha información valiosa en otras regiones durante esta época. todo ello a pesar de lo voluminoso e importante de los archivos que sí se han conservado de la región morelense.

desembocan en formas de resistencia más activa y, en el extremo, en revueltas y rebeliones, a veces impredecibles, les demostraron su error.

Así pues, a las tensiones agrarias seculares en la historia del campo morelense, se estaban agregando otras nuevas, producidas precisamente por el proceso de modernización económica. La población había continuado creciendo a tasas moderadas, la tierra disponible estaba acotada, hubo una mayor presión de familias de pueblos, localidades y ranchos que no alcanzaban a ser alimentadas por las estructuras tradicionales y que solo parcialmente fueron absorbidas por las haciendas y las ciudades. El grueso de esta población seguía dependiendo, de alguna forma, de la agricultura de subsistencia y comercial de sus lugares de origen, a los cuales siguieron arraigados. Las haciendas continuaron aprovechando la producción de las comunidades, que fueron sometidas a un mayor esfuerzo para intentar dar sustento, habitación y servicios a una población mayor.<sup>78</sup>

En suma, con el desplazamiento de un sector importante de los trabajadores arrendatarios, con el crecimiento demográfico diferencial, con la modernización productiva y la urbanización, la economía de las comunidades campesinas morelenses y su mayor dependencia respecto de las haciendas e ingenios, con la consiguiente disminución de su seguridad, se alteraron las relaciones y los equilibrios entre los

---

<sup>78</sup> La mayor presión podía ser compensada parcialmente a través de ofrecer actividades alternativas en la industria, los servicios, o mediante la migración. Sin embargo, la dependencia histórica de la región de casi un solo cultivo había llevado a que la única industria desarrollada fuera precisamente la azucarera, siendo prácticamente inexistente el resto de las actividades industriales. El crecimiento de las comunicaciones y del ferrocarril no podían absorber a la masa de trabajadores desplazados y, como se ha visto, no hubo tampoco un crecimiento urbano de tal magnitud como para convertirse en una alternativa para los grupos agrarios. En estas condiciones, el bandidaje podía encontrar un buen caldo de cultivo para desarrollarse. Hace falta un estudio sobre el comportamiento de estas actividades en esos años.

distintos grupos agrarios y urbanos de la región y esta fue la base objetiva en la que pudo prender el llamado a la rebelión maderista, que vino desde fuera y que aprovechó también las peculiares condiciones políticas que se gestaron en los años finales del porfiriato. Ya en los años finales del régimen de Díaz hubo protestas entre algunas de las localidades y grupos afectados, que reaccionaron no solo ante el avance de las haciendas, sino también contra la leva, las deportaciones y la represión con la que enfrentó el porfiriato ese descontento.<sup>79</sup> Desde luego, este proceso no fue generalizado y estuvo localizado en algunas zonas y sectores que habían sufrido agravios recientes por parte de autoridades, jefes políticos, hacendados y comerciantes.

Estructuralmente, hubo una ruptura del equilibrio funcional del modelo económico entre pueblos, ranchos y haciendas. La modernización productiva posibilitó el agravamiento de las tensiones sociales y el descontento, al menos potencialmente. A las tensiones seculares se añadieron las más recientes producidas en los últimos años del régimen porfiriano. La conjunción de factores como la modernización productiva, el crecimiento demográfico, el urbanismo, el desplazamiento de sectores agrarios, el agravamiento de las condiciones de vida de sectores rurales y urbanos, la ruptura de pactos de economía moral con las élites regionales, así como las experiencias históricas de liderazgos autónomos, de resistencia al avance del centralismo que habían producido liderazgos propios y una tradición de autonomía, estuvieron en la base de lo que resultó un desafío y una ruptura profunda de las clases subalternas que cristalizó en el zapatismo.

---

<sup>79</sup> Womack menciona la resistencia hecha por los pueblos de Yautepec, Santa María, Jantetelco, Coatlán del Río, Tepalcingo y Anenecuilco ante conflictos con las haciendas en los años inmediatos anteriores a 1910. *op. cit.*, pp. 50-53.

### **III.- La esfera de la política**

#### *La crisis política del porfiriato y la campaña política de 1909 en Morelos*

Sin embargo, lo que le confirió un carácter novedoso al descontento de principios de este siglo en el agro morelense, fue que se combinó con una coyuntura política especialmente significativa, tanto a nivel nacional como regional. El sistema porfirista, después de tres décadas de dominación en las que había podido sortear con éxito las protestas y rebeliones locales aisladas, se enfrentó con un desafío inédito: una parte de las élites económicas norteamericanas, encabezadas por Francisco I. Madero, inconformes y desplazadas del poder político, se escindieron del régimen y aglutinaron en torno a sí a clases medias urbanas, intelectuales y grupos de trabajadores ciudadanos que dieron forma al movimiento maderista. Éste, fue una vasta coalición interclasista que produjo una movilización política electoral de dimensión nacional, con la cual desafió al régimen pacíficamente. Al no encontrar solución a sus aspiraciones de mayor participación en la estructura de poder, después de haber recorrido el camino de la organización y movilización política electoral, ante la cerrazón y la imposición del sistema político, el movimiento maderista hizo un llamado a la insurrección.

El desafío maderista obtuvo, después de un comienzo muy incierto, en noviembre y diciembre de 1910 en el que prácticamente nadie lo siguió, un respaldo popular considerable en muchas regiones del país, que desbordó en los primeros meses de 1911

los canales políticos tradicionales del régimen porfirista y demostró el agotamiento al que éste había llegado. Así, esta coyuntura política nacional permitió que el descontento de los diferentes grupos agrarios y clases medias morelenses se sumara al de otros sectores de diversas regiones del país.<sup>80</sup> Para ver la manera en que la política regional fue influida por la política nacional en 1910, es necesario detenerse un poco en la situación y evolución de las relaciones de poder entre las distintas clases y grupos sociales regionales.

#### *Primera batalla: el gobierno del general Leyva*

En el estado de Morelos, la esfera de la política local en las décadas del porfiriato había sido un escenario conflictivo. Entre 1869 y 1877 dos de los grupos regionales más importantes, los dueños de las haciendas e ingenios por una parte, y los caudillos militares que se habían apoderado del gobierno estatal, encabezados por Francisco Leyva, por la otra, habían tenido serias diferencias. El conflicto era viejo, pues Leyva formaba parte del clan regional de Juan Álvarez y, como éste, mantenía fuertes vínculos con los pueblos y comunidades agrarias e indígenas de la vasta zona caliente del centro-sur del país. Al conseguir Leyva ser nombrado primer gobernador de la entidad, al constituirse Morelos en estado en 1869, puso en práctica medidas de carácter populista y afectó a los grupos económicamente poderosos con diversas medidas fiscales.

La pugna entre ambos bandos se hizo más aguda en 1873, con motivo de la

---

<sup>80</sup> Salvador Rueda. "La dinámica...". *op. cit.*, p. 233.

renovación de los poderes locales. Leyva, quien buscaba reelegirse, desarrolló una campaña electoral de fuerte contenido nacionalista, xenófobo, antihacendado y antiespañol.<sup>81</sup> Movilizó a grupos agrarios, a burócratas y a las fuerzas armadas estatales en contra de los hacendados, a los que se acusó de ser una clase egoísta, parásita, codiciosa y explotadora, que había despojado de sus tierras y aguas a los pueblos. Gracias al apoyo del centro y la movilización de los sectores populares, Francisco Leyva pudo reelegirse,<sup>82</sup> pero las pugnas con los hacendados siguieron durante su segundo periodo de gobierno, que se vio interrumpido por el ascenso a la presidencia de la república de Porfirio Díaz.

### *La revancha de los hacendados*

A partir de 1877, con Díaz, se dio un giro considerable en la política estatal y se modificó la relación entre el poder central y los propietarios azucareros. El gobierno porfirista promovió el desarrollo de la industria azucarera, mediante apoyos y estímulos que permitieron el crecimiento del sector. Este periodo de bonanza ha sido llamado por Womack "la utopía hacendada". El gobernador porfirista que llevó a cabo a plenitud esta política fue Manuel Alarcón, quien dirigió la administración estatal desde 1894.<sup>83</sup>

---

<sup>81</sup> Este lenguaje agresivo tenía reminiscencias de las luchas de independencia y de los años posteriores a ella y formaba parte -o reflejaba influencias- de una protesta contra los grupos dominantes -a los que se identificaba como españoles-, por parte de la cultura indígena y campesina de una amplia zona del centro-sur del país. Manifestaciones similares se harían presentes años después, en las postrimerías del porfiriato y en la revolución.

<sup>82</sup> Salvador Rueda, "Administración política y utopía hacendada: la lucha por el poder en el estado de Morelos (1869-1913)", *Historias*, No. 13, DEH-INAH, abril-junio de 1986, pp. 95-103.

<sup>83</sup> *Ibid.*, p. 105.

El sistema hacendario, como se ha visto, pudo crecer y consolidarse como la forma económica dominante y la influencia de este sector en la toma de decisiones del gobierno fue definitiva. Sin embargo, las tensiones y protestas, manifiestas o latentes, originadas por este desarrollo económico, fueron absorbidas o neutralizadas por los aparatos de control del régimen. Las élites políticas locales desplazadas por Díaz conservaron en todos esos años parte de su influencia. El aparente equilibrio conseguido por la *pax* porfiriana regional comenzó a mostrar sus límites, cuando protestas inéditas estallaron con la muerte del gobernador Alarcón y la coyuntura por su sucesión en 1909.

El proceso de selección del sustituto de Alarcón se realizó de acuerdo al mecanismo al que se había acostumbrado el régimen porfirista: el gran elector, Díaz, mantuvo su compromiso con el grupo regional más fuerte y designó como candidato oficial a Pablo Escandón. A nadie sorprendió que el candidato escogido representara fielmente los intereses de los hacendados, y que incluso perteneciera a una familia prominente de este grupo. Pablo Escandón, propietario de la hacienda de Atlihuyán, era jefe del estado mayor de Díaz y primo del gobernador porfirista del Distrito Federal, Guillermo de Landa y Escandón, por tanto, miembro distinguido de la élite económica y política porfiriana con fuertes intereses y compromisos en el estado de Morelos. Impulsados por varios de los principales hacendados de la entidad, se fundaron en los primeros días de enero de 1909 clubes políticos de apoyo a la candidatura de Escandón y comenzó su campaña política mediante banquetes, reuniones y actos organizados por la élite económica y política morelense.<sup>84</sup>

---

<sup>84</sup> Womack, *op. cit.* pp. 10-36. Varios de los principales hacendados morelenses se reunieron con Díaz a fines de 1908 para dar su aval a la candidatura de Escandón y constituyeron, a principios de enero de

La forma y el contenido de la selección reflejaban el predominio que había ganado en el sistema político porfiriano, desde fines del siglo XIX, el grupo denominado de los *científicos*, tecnócratas preparados y administradores eficientes, que habían ido desplazando paulatinamente a los caudillos militares con los que Díaz había cimentado inicialmente su larga presidencia. De este modo, en los primeros años del nuevo siglo se había consumado un viraje dentro del régimen, pues los compromisos y el acercamiento del gobierno central con las élites regionales y los grupos económicos poderosos se hicieron de manera selectiva y con el filtro cada vez mayor del grupo científico, que fortaleció su posición a nivel nacional y regional a costa del desplazamiento de algunos caudillos y de una parte de las élites regionales y locales, lo que fue creando conflictos y haciendo cada vez más difícil resolver, como antaño, las diferentes disputas políticas a lo largo y ancho del territorio nacional.

Así pues, hacia la primera década de este siglo, el régimen porfirista no pudo conservar su notable capacidad de mediación entre los diferentes sectores económicos y políticos. Provocó, con ello, una ruptura de los equilibrios regionales y locales -entre ellos mismos y con el poder central-, así como disputas y escisiones entre las élites, las cuales derivaron en conflictos y resentimientos contra el gobierno central por los grupos de poder desplazados apoyados por sus clientelas subordinadas.<sup>85</sup>

El peso de los *científicos*, y su alianza con las élites económicas morelenses, se

---

1909. un Club Político en Cuernavaca para respaldarla. Ver. Laura Espejel y Salvador Rueda. "El desencanto porfiriano. Las elecciones de 1909 en Morelos, *Desde diez*. Boletín del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas", A.C., Jiqualpan. Michoacán. Noviembre de 1994. pp. 8-9. *El Imparcial*, 2, 5 y 8 de enero de 1909.

<sup>85</sup> Para una descripción muy completa del funcionamiento del sistema político porfiriano, véase el libro de Guerra, ya citado, así como Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México, El Porfiriato, la Vida Política*, México, Hermcs, 1980.

manifestó en la elección para la gubernatura de la entidad, en 1909, en que se echó a andar la tradicional maquinaria política electoral porfirista, en la forma que François Xavier Guerra denomina, con acierto, la "ficción democrática".

### *El anquilosamiento del régimen y la crisis política regional*

Sin embargo, en 1909 el país atravesaba por una nueva situación: había una gran efervescencia política derivada de la incertidumbre producida por la avanzada edad de Díaz y la necesidad de definir su sucesión. El riesgo que implicaba la desaparición de la pieza principal del sistema político, generó expectativas diversas, e incitó la participación de diferentes grupos y sectores, que buscaron influir en el relevo presidencial. Paralelamente, sectores de clases medias, intelectuales y algunos sectores desplazados de las clases altas estaban teniendo una inusual actividad política en varias partes del país y, detrás de ellos, sectores populares se estaban comenzando a movilizar, manifestando su inconformidad ante un proceso que, tal y como se deducía por las medidas que estaba tomando Díaz, mantendría el dominio político del grupo de los *científicos*. Adicionalmente, a los efectos de la crisis económica que vivió el país en 1907-1908 se añadieron el resentimiento ante las políticas excluyentes adoptadas por la élite gobernante porfirista, el rechazo de grupos regionales ante la centralización que tuvo lugar y protestas contra los efectos de la modernización comercial agrícola.<sup>86</sup>

De manera particular, en Morelos se comenzó a aglutinar una oposición

---

<sup>86</sup> Guerra, *op. cit.*, t. II, pp. 81-119. Hans Werner Tobler, *La revolución mexicana. Transformación social y cambio político. 1876-1940*, México. Alianza Editorial-Editorial Patria, 1994, p. 25.

importante a la imposición de Pablo Escandón como gobernador. Esta oposición estuvo formada inicialmente por familias de la élite local desplazadas, por clases medias urbanas (tenderos, pequeños comerciantes, abogados, periodistas, maestros rurales), y por antiguos liberales republicanos. Quien aglutinó esta oposición fue precisamente el viejo general y exgobernador Francisco Leyva, el cual, a pesar de su exclusión por Díaz del aparato político estatal, se había mantenido como un notable personaje que conservaba un significativo papel como intermediario entre el régimen porfirista y algunos grupos opositores de la zona. El viejo general era respetado y reconocido como la principal figura opositora en el estado. Desde esta posición privilegiada, tenía posibilidad de aglutinar a los grupos y sectores resentidos.<sup>87</sup>

Empero, la edad avanzada del militar era un fuerte obstáculo para que pudiera encabezar una campaña política opositora. Respetuoso de las formas y plenamente consciente del poder de Díaz, el viejo general fue a verlo a fines de diciembre de 1909 para obtener su aval a la candidatura de su hijo Patricio Leyva. Díaz le contestó con evasivas y le dijo, ambiguamente, que vería con agrado que los morelenses ejercieran sus derechos políticos y que reconocería al triunfador de la contienda.<sup>88</sup> Leyva pensó que aunque Díaz no lo apoyaría, tampoco se opondría a la campaña, que pronto aglutinó las lealtades y compromisos de sus seguidores en su hijo, Patricio. Comenzó así una campaña electoral independiente que, para sus principales colaboradores y Leyva mismo -hombres todos ellos formados en las entrañas del sistema-, no intentaba representar un

---

<sup>87</sup> *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*. México. INERHM. tomo IV. 1991. pp. 489-492; Salvador Rueda. "Administración política y utopía hacendada." *op. cit.* pp. 104-105.

<sup>88</sup> *Archivo Porfirio Díaz (en adelante APD)*. Universidad Iberoamericana. legajo 34. f. 497: Espejel y Rueda. "El descanto...", *op. cit.*, p. 11.

serio desafío al régimen porfiriano, sino promover una movilización controlada para obligarlo a negociar, con el fin de obtener algunas concesiones.

Para poder llevar a cabo estos deseos, Leyva y sus colaboradores tenían que alcanzar una posición de fuerza, que solo podían conseguir generando una movilización popular controlada alrededor suyo. La campaña independiente encontró terreno fértil e incorporó a clases medias y a sectores de la población rural del estado. Además, tuvo el apoyo de una fracción política que se había formado poco tiempo antes en la ciudad de México y que pretendía ser una tercera vía entre las dos principales clientelas políticas porfirianas -científicos y reyistas-: el *Partido Democrático*. Una fracción de este partido, encabezada por el periodista Juan Sánchez Azcona, el ingeniero Alfredo Robles Dominguez y el viejo periodista Paulino Martínez -todos destacados políticos opositores de la ciudad de México-, se incorporó a la campaña leyvista y comenzó a hacer llamados a los pueblos del estado para que se sumaran a ella.

Lo novedoso fue que los partidarios de Leyva encontraron una respuesta importante, formándose alrededor de 25 clubes leyvistas en las principales poblaciones.<sup>89</sup> La composición de estos clubes era variada: tenderos, comerciantes, maestros, periodistas y grupos rurales, entre ellos algunos representantes tradicionales de los pueblos. En poco tiempo, la movilización electoral se extendió y radicalizó. La campaña leyvista, a través de los agitadores de la ciudad de México y de dirigentes estatales que pronto emergieron, retomó el lenguaje agresivo, regionalista, xenófobo, antihacendado y antiespañol que se había expresado años atrás con el general Leyva y, todavía más lejos, desde las luchas de

---

<sup>89</sup> Vecinos de Cuautla y Anecuilco a Díaz, 11, 12 y 19 de enero de 1909, *APD*, leg. 34, fs. 1085, 1101, 11064.

Independencia y después, con Morelos, Guerrero y Álvarez.<sup>90</sup> Sin embargo, las condiciones en las que se expresó esta campaña fueron distintas, pues ahora se hacía desde la oposición y fuera de las instituciones. Las bases de Patricio Leyva no fueron burócratas, como años atrás con su padre, sino clases medias urbanas y sectores rurales descontentos, lo que le dio un giro distinto que inquietó al gobierno porfirista.<sup>91</sup> Lo que más desconcertó al régimen fue el grado de radicalización que alcanzó la campaña y que, en la propaganda de algunos dirigentes leyvistas estatales, se prometiera a la gente de los pueblos que podrían recuperar sus tierras en disputa con las haciendas y se les infundiera temor de que los que las tenían perderían sus tierras y aguas si Escandón llegaba a la gubernatura.<sup>92</sup>

El sistema porfirista, no acostumbrado a tolerar disidencias fuertes, endureció su posición y lanzó una intensa campaña de desprestigio y amenazas contra Leyva y sus seguidores, dando órdenes para que se arrestara a quienes, en las manifestaciones que tuvieron lugar en esos días, gritaran consignas contra el candidato oficial.<sup>93</sup> A pesar de que el 25 de enero el gobernador morelense prohibió cualquier manifestación leyvista, se

---

<sup>90</sup> Incluso el propio Patricio Leyva en algunos de sus discursos empleó este lenguaje agresivo, llamando a los hacendados "vampiros, explotadores de los indios y de sus tierras", ver gobernador Luis Flores a Díaz, Cuernavaca, 11 de enero de 1909, *APD*, leg. 34, f. 646. El gobernador interino de Morelos, Luis Flores, siguió, por instrucciones de Díaz, muy de cerca la campaña leyvista.

<sup>91</sup> Rueda, "Administración política..." *op. cit.*, pp. 105-106.

<sup>92</sup> *APD*, Luis Flores a Díaz, Cuernavaca, 15 enero 1909, leg. 34, f. 645; Javier Rojas, jefe político de Cuautla a Díaz, Cuautla, 23 de enero de 1909, *APD*, leg. 34, fs. 943-944.

<sup>93</sup> El club político *Morelos*, de Cuernavaca, escribió una larga carta a Díaz en donde denunció que los empleados y funcionarios públicos cometían faltas al sostener la candidatura de Escandón e impedirles a ellos pegar y hacer propaganda a favor de Leyva; les habían impedido llegar a una manifestación leyvista en Cuernavaca el 12 de enero. Denunciaban también que en algunas haciendas se ofrecía dinero a los jornaleros para que firmaran en apoyo a Escandón. Ver, Antonio Sedano a Díaz, 31 enero 1909, *APD*, leg. 34, f. 81-82. Los clubes de Tlaltizapán y Tlaquiltenango denunciaron también las presiones estatales en favor de Escandón. En Zacatepec y San Nicolás se retuvo el pago a los peones hasta que firmaran un acta de apoyo a Escandón y se amenazó con enviar a la cárcel a quienes no asistieran a las manifestaciones del candidato oficial. Miembros del club democrático *Tlaltizapán* a Díaz, 28 enero 1909, leg. 34, fs. 95-98 y 108-112.

realizó una gran concentración de sus seguidores el 30 de ese mes en Cuernavaca, así como en el cierre de campaña el 3 de febrero en Cuautla, donde reunió a 4 mil gentes.<sup>94</sup>

El clímax de tensión entre ambas campañas se alcanzó ese día en la ciudad de Cuautla, en el cierre de la campaña oficial, cuando ocurrió un enfrentamiento entre partidarios de Leyva y las fuerzas del orden. A partir de ese momento, se desató la represión contra los dirigentes locales del leyvismo; hubo arrestos, despidos, deportaciones y represalias que provocaron la desarticulación del movimiento leyvista y la imposición de Pablo Escandón como gobernador. El mismo Patricio Leyva, asustado y confundido, al verse a la cabeza de un movimiento contestatario que no esperaba, se deslindó de la violencia y radicalidad de sus seguidores y aclaró públicamente que no tenía intenciones de crear problemas al régimen y desestabilizar al estado.<sup>95</sup> Empero, la mayor represión no tocó a los principales cuadros dirigentes del leyvismo, es decir, ni a los políticos opositores de la ciudad de México ni a la gente cercana a los Leyva, sino que afectó solamente a los cuadros medios y a los simpatizantes opositores locales, que no tenían vínculos con las élites que les dieran cobertura. De este modo, las elecciones se realizaron sin más contratiempos y el congreso local proclamó el triunfo de Pablo Escandón, quien asumió la gubernatura constitucional el 15 de marzo de 1909.<sup>96</sup>

---

<sup>94</sup> Espejel y Rueda. "El Desencanto...", *op. cit.*, pp. 22-23.

<sup>95</sup> Patricio Leyva fue despedido de su puesto en la Secretaría de Fomento; su hermano Alfredo también fue cesado en la Policía poco después. Ver "Declaraciones de Francisco Leyva al periódico *México Nuevo*", 7 de febrero de 1909.

<sup>96</sup> *Semanario Oficial del Estado de Morelos*. vol. XVIII, No. 12. 20 de marzo de 1909.

### *La escuela del leyvismo*

Después de muchos años se habían movilizado conjuntamente, otra vez, varios sectores de la población morelense, en una alianza interclasista que había traspasado los límites estatales. Aunque fue derrotado, el movimiento leyvista sirvió para poner en contacto y aglutinar el descontento social de diversos sectores urbanos y rurales de la región, dejó en estos grupos e individuos valiosas experiencias políticas y organizativas y se convirtió en el antecedente inmediato de la rebelión que estalló dos años después.<sup>97</sup>

Cabe subrayar el hecho de que, detrás del clan de los Leyva y posiblemente atraídos por el tono antihacendado de algunos de los líderes leyvistas y por sus llamados a recuperar y proteger las tierras y aguas de los pueblos, se hayan incorporado a la campaña opositora algunos sectores de clases medias y bajas de los pueblos y localidades rurales de la entidad, movilizados a través de líderes naturales locales, algunos de los cuales, poco después, encabezarían el movimiento zapatista. Así, Emiliano Zapata, Pablo Torres Burgos, Otilio Montaña, Genovevo de la O, Gabriel Tepepa, Francisco Franco, Rafael Merino y otros líderes de lo que fue el zapatismo original, tuvieron participación, en un plano secundario, dentro del movimiento leyvista. No es desdeñable la escuela que les dejó el leyvismo -en los pocos meses que duró-, a estos personajes, circunscritos hasta entonces a la problemática local de sus comunidades. El leyvismo les enseñó los

---

<sup>97</sup> El desarrollo de la campaña leyvista puede verse en Guerra, *op. cit.*, t. II, pp. 105-117; Womack, *op. cit.*, pp. 10-36; Jesús Sotelo Inclán, *Raíz y Razón de Zapata*, México, C.F.E., 2a. versión, 1970, pp. 470-488; Alan Knight, en *The Mexican Revolution*, University of Nebraska Press, Lincoln and London, vol. I, 1986, pp. 71-73, subraya que la campaña política de 1909 en Morelos no fue la única en donde hubo una importante movilización opositora, sino que también ocurrieron otras similares ese mismo año en Coahuila, Sinaloa y Yucatán, lo cual ilustra que los controles políticos tradicionales del régimen se estaban desgastando y que había un mayor descontento a nivel regional contra sus políticas excluyentes.

rudimentos organizativos de una campaña electoral. los puso en contacto con grupos políticos nacionales y les permitió establecer vínculos entre ellos mismos, así como con otros grupos y cuadros políticos opositores, tanto del estado como del exterior. Les mostró también los límites estrechos que permitía el régimen porfirista a las oposiciones y la certeza de una élite debilitada, dividida y dependiente del centro. La represión selectiva contra estos dirigentes locales, que no contaban con cobertura, contactos políticos ni protectores encumbrados, fue el punto de partida para su radicalización defensiva. Así pues, la campaña leyvista fue para todos ellos su primer y formativo contacto con la política estatal y nacional.

Por su parte, el gobierno de Pablo Escandón, una vez pasada la agitación electoral y sus secuelas, hizo muy poco por atraerse a los sectores descontentos que habían apoyado al leyvismo. Antes al contrario; aunque su administración se caracterizó por la falta de actividad y de proyectos, entre lo poco que hizo se encontraron modificaciones fiscales que aligeraban el pago de los grandes propietarios y gravaban más a los comerciantes y tenderos, muchos de los cuales habían simpatizado con el leyvismo. Además, con muy poco tacto, realizó imposiciones de jefes políticos mal vistos por las localidades y se escudó en una burocracia traída de fuera del estado, ineficaz y corrupta, exacerbando las tensiones que se habían manifestado ya.<sup>98</sup> A los viejos agravios, se sumaron nuevos, derivados de la represión desatada contra los dirigentes leyvistas locales y de la ineficaz política de Escandón.

El largo ciclo de predominio de las relaciones mercantiles que giraban alrededor

---

<sup>98</sup> *Semanario Oficial del Estado de Morelos*, vol. XVIII:16, y XXVIII:26, 17 de abril y 26 de junio de 1909. Womack, *op. cit.*, pp. 37-40, 53

de la economía azucarera regional parecía haber ganado la batalla. Sin embargo, la modernización productiva había alterado la relación entre los grupos agrarios de la zona y se había producido una importante coyuntura política local, que había demostrado que había diferencias y fracturas en las élites, tanto a nivel nacional como regional. La campaña leyvista mostró con claridad esta fractura y las posibilidades de una alianza entre los sectores excluidos. Con la derrota del leyvismo, no obstante, en el panorama inmediato parecía que se había controlado la situación y que tanto el régimen nacional como las élites locales podían dedicarse sin mayores preocupaciones a atender sus actividades cotidianas. Los lazos de la dominación porfiriana parecían haberse reforzado y no se veían dificultades en el horizonte. Sin embargo, esta calma era solo aparente. Se habían producido las condiciones que harían posible el surgimiento de una revuelta, que se inscribió dentro de una rebelión nacional más amplia. A nivel local, estalló como una revuelta de los grupos agrarios más afectados por la modernización azucarera, principalmente, los arrendatarios desplazados, a los que se sumaron pronto otros sectores que le dieron el carácter de una amplia rebelión agraria. Sin embargo, en los meses finales de 1910 se inició un compás de espera que pronto terminaría, de manera abrupta.

En resumen, se habían producido condiciones que posibilitaban el estallido que se dio poco después: conflictos agrarios seculares, ruptura de los equilibrios sociales, movilización popular, liderazgo autónomo, agravios, problemas económicos, fractura de las élites nacionales y regionales, represión, factores todos que por sí mismos no bastaban para explicar el estallido revolucionario pero que sí eran necesarios.

## Capítulo II. La rebelión contra Díaz

Este capítulo analiza el cómo y el porqué se gestó la insurrección de diversos grupos morelenses contra el régimen de Díaz que se sumaron a la revuelta nacional a la que había llamado Madero en noviembre de 1910, así como las características que tuvo la revuelta, los motivos que tuvieron para rebelarse, su organización, el tipo de liderazgo al que dieron forma, así como las causas por las que ésta tuvo éxito, sus principales acciones y demandas.

La hipótesis que aquí se maneja es que la rebelión que tuvo lugar en Morelos a principios de 1911 se debió a la confluencia excepcional de, al menos, los siguientes 4 factores: 1) la existencia de un descontento extendido entre sectores medios y bajos de la población rural morelense en contra de una parte de las élites económicas y políticas regionales, palpable después de la derrota del leyvismo y de la campaña represiva contra algunos de los dirigentes y simpatizantes de ese movimiento; 2) la organización de la revuelta por un grupo de individuos surgidos de las clases medias y bajas rurales, los cuales habían participado en el leyvismo y también en distintas luchas recientes de sus comunidades por motivos agrarios; estos individuos, sin vínculos con las élites regionales o nacionales, sufrieron la persecución política por su participación en el leyvismo y por su relativo aislamiento y falta de cobertura de las élites locales; estos individuos contaban con prestigio y reconocimiento local y se encontraban proscritos y perseguidos por el régimen porfiriano 3) una difícil situación en algunos de los pueblos de estos nuevos personajes ante la falta de tierras propias o arrendadas para sembrar; 4) el estallido de la

rebelión maderista, que se propagó a principios de 1911 a distintas regiones del territorio nacional demostró, tanto la debilidad del sistema de dominación porfiriano, como la fractura que había en las élites gobernantes a nivel nacional; ofreciendo a los conspiradores locales la oportunidad de incorporarse a un movimiento que estaba tomando una dimensión nacional, al tiempo que le ofrecía legitimidad y una perspectiva de solución a la situación en la que se encontraban, tanto por la posible solución a la problemática agraria de sus comunidades, como a su situación personal de perseguidos.

La revuelta local pronto se extendió, al encontrar apoyo en los sectores bajos rurales morelenses y en tres meses consiguió hacerse del poder a nivel local, contribuyendo a la caída del régimen porfiriano. Para este rápido ascenso de la insurrección jugaron un papel preponderante el cúmulo de agravios que había en amplios sectores de las clases subordinadas agrarias de la región, los cuales, al crecer las fuerzas de los grupos rebeldes y en forma inversa, disminuir el poder de control y disuasión estatal, ejercieron una gran violencia contra los símbolos -individuos e instituciones- más débiles y desacreditados del sistema de dominación: autoridades locales, policía rural, así como una parte de las élites económicas, principalmente los comerciantes y, de manera incipiente, los hacendados. La rebelión creció de manera espontánea, con fuertes rasgos de violencia de clase de carácter reivindicatorio y justiciero, aunque sin demandas positivas claras. Se crearon bandas guerrilleras aglutinadas en torno a dirigentes con fuerte arraigo local, surgidos de las clases bajas rurales, sin vínculos con las élites económicas políticas regionales o nacionales. Un factor decisivo para la creación de un vínculo de identidad en el nuevo liderazgo regional lo constituyó la disputa por la

hegemonía rebelde entre el grupo original que organizó la revuelta en Morelos y que destacó desde los primeros días a Emiliano Zapata como su principal cabeza, con el de los rebeldes de Guerrero comandados por los hermanos Figueroa. La mayor afinidad de estos últimos con las posiciones conservadoras, que se impusieron al interior del grupo maderista triunfante, inclinaron el fiel de la balanza a nivel de la entidad morelense hacia el grupo de los Figueroa, relegando a un segundo plano a los alzados morelenses, que entonces comenzaron a ser identificados como zapatistas. Empero, esa situación solo fue transitoria. En los próximos meses continuaría esa lucha por la hegemonía rebelde, con una mayor identidad e identificación entre los zapatistas.

#### *La experiencia electoral maderista*

La situación política nacional también mostraba signos de cambio. En 1909, después de varios conflictos políticos regionales similares al de Morelos, que ocurrieron ante cambios en los gobiernos estatales en Coahuila, Sinaloa y Yucatán, comenzó a formarse un amplio movimiento en varias partes del territorio nacional en torno a la figura del general Bernardo Reyes, figura central de la élite gobernante porfirista, representante de los viejos caudillos militares y cabeza indiscutible de un amplio sector que se oponía, desde el interior del Estado, a la modernización tecnocrática impuesta por los *científicos*. La movilización popular que se aglutinó alrededor de este personaje, promovida por opositores urbanos a Díaz entre los que había periodistas, abogados, líderes de trabajadores, etc., tenía por objeto influir en la sucesión presidencial de Díaz -que se

pensaba sería su última reelección- y llevar a Reyes a la vicepresidencia. Quienes lo apoyaban formaron una coalición interclasista que abarcaba a élites regionales desplazadas, clases medias urbanas, intelectuales, periodistas, profesionistas, burócratas, comerciantes, estudiantes y obreros. El reyismo se extendió en varias de las principales ciudades del país, como Monterrey, Guadalajara, Puebla y el Distrito Federal.<sup>1</sup>

El movimiento reyista, a medida que se fue extendiendo, enfrentó el rechazo del régimen y se radicalizó, exigiendo cambios políticos y una mayor participación de los sectores excluidos. En virtud de su amplitud, amenazaba convertirse en un peligro para la estabilidad del sistema político porfiriano, que consiguió frenarlo, contando con la defección del propio Reyes, para quien era inconcebible e indeseable enfrentarse al gran caudillo y aceptar sumisamente el exilio que le impuso Díaz. Con la salida de Reyes, Díaz pudo despejar el panorama nacional y maniobrar, con holgura, en favor de Ramón Corral como su compañero de fórmula para la vicepresidencia del país. El reyismo se quedó acéfalo y se eclipsó fugazmente ese mismo año de su nacimiento. Sin embargo, no desapareció del todo de la escena política nacional. Las demandas, aspiraciones y planteamientos de los grupos e ideólogos que estaban detrás de él, siguieron presentes a través de núcleos de gentes que siguieron organizadas, de seguidores que habían cobrado mayor conciencia y no se conformaron con volver a la situación anterior y de líderes que buscaron nuevos canales de expresión y que se manifestaron en los meses posteriores.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Para el ascenso del reyismo en 1908-1909, ver Víctor Niemeyer, *El General Bernardo Reyes*, México, Gobierno del Estado de Nuevo León-Universidad Autónoma de Nuevo León, 1966. Ver también de François Xavier Guerra, *México, del Antiguo Régimen a la revolución*, op. cit., t. II, pp. 152-177 y Santiago Portilla, *Una sociedad en armas: insurrección antirreeleccionista en México 1910-1911*, México, El Colegio de México, 1995, pp. 35-45.

<sup>2</sup> Entre las personalidades que participaron o estuvieron cerca del reyismo y que luego tendrían un papel muy importante en la política nacional dentro del movimiento antirreeleccionista maderista, durante la

La defección de Bernardo Reyes provocó que el movimiento antirreeleccionista encabezado por Madero, que se había iniciado en ese mismo año de 1909 con escaso éxito, engrosara sus filas y se fortaleciera con muchos de los dirigentes y con la experiencia del movimiento reyista. Existió, por tanto, una relación de continuidad muy importante entre el movimiento reyista y el antirreeleccionismo maderista en cuanto a los sectores y grupos sociales que aglutinaron, así como en los objetivos, planteamientos y aspiraciones de sus dirigentes. El reyismo y el maderismo fueron semejantes, también, en los límites que se fijaron sus promotores: obligar al régimen porfirista a abrir espacios dentro de la legalidad, mediante la presión de una movilización popular controlada por las élites.

Sin embargo, difirieron en un aspecto central, pues ante la negativa y actitud amenazante del grupo hegemónico porfirista, Reyes, general y hombre arquetípico del sistema, conector de las lealtades y compromisos de los cuales el mismo formaba parte, defeccionó de inmediato cuando Díaz le mostró claramente que su preferencia iba en otra dirección. Madero, quien no había formado parte del sistema político, y por tanto, no se sentía atado por esa misma red de compromisos y lealtades y se sentía portador de una misión para abrir el sistema político porfiriano, no lo hizo. Su actitud de intransigencia legal, le dio a su movilización electoral una dimensión de desafío real, que hizo que se convirtiera en la impugnación y cuestionamiento más grande que hubiera aparecido hasta entonces del sistema político porfiriano. La campaña electoral fue muy exitosa y despertó

---

revolución y el régimen de Madero. se encuentran Juan Sánchez Azcona, Manuel Calero, Rafael Zubarán, Benito Juárez Maza, Alfredo y Gabriel Robles Domínguez, Francisco Cosío Robelo, Toribio Esquivel Obregón, Emilio y Francisco Vázquez Gómez.

expectativas de cambio en vastos sectores del territorio nacional. Fue también un amplio movimiento interclasista, pero de una dimensión superior a la que habían alcanzado las oposiciones anteriores, por lo cual el régimen porfiriano, una vez más, reprimió al movimiento, encarceló a Madero y consumó la que sería su última reelección, ante la impugnación del proceso por los líderes maderistas. De manera inédita, ante el fraude electoral, Madero dio el paso que los movimientos de oposición anteriores -salvo el magonismo- no habían querido dar: la ruptura violenta<sup>3</sup>, que ocurrió con el llamado a la insurrección para derrocar al régimen de Díaz.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> Desde luego, la notable excepción la constituye el grupo magonista del Partido Liberal Mexicano, cuyos integrantes habían evolucionado de posturas democráticas liberales hasta el anarquismo, la declaración de guerra contra el régimen porfiriano y la insurrección, que intentaron sin éxito en varias ocasiones durante la etapa final del porfiriato y en 1911. Sin abandonar esta postura extrema, los líderes magonistas, en el exilio, tuvieron escasa influencia directa en el desarrollo de los acontecimientos nacionales durante la década revolucionaria.

<sup>4</sup> No se han aclarado aún las razones y motivos que llevaron a Madero y a sus principales colaboradores a tomar esta trascendental decisión. Desde luego, la campaña electoral había sido exitosa en crear, en varios estados, una estructura política organizada en la que se destacaron cuadros políticos capaces; contribuyó así a sensibilizar, entre un amplio sector de la población, la necesidad de un cambio político democrático. Madero pudo comprobar que había receptividad y disposición, entre gente de las regiones que visitó en su campaña, para participar activamente en la política, lo cual pudo haber influido en Madero para considerar que podría tener eco su llamado a la rebelión, una vez demostrada la cerrazón del régimen y la improcedencia de los recursos legales de impugnación de la elección. Empero, tal llamado sigue pareciendo una aventura, pues no obstante la capacidad política que habían demostrado varios de los dirigentes maderistas y de la preparación de la insurrección que intentaron hacer en algunos lugares considerados estratégicos, en términos generales, el movimiento no contaba con los cuadros, la organización, la capacidad, la experiencia ni los recursos necesarios para una acción de tal envergadura. Había un abismo entre la respuesta observada en los amplios sectores que se movilizaban durante la campaña electoral y su participación, limitada, a través del ejercicio del voto, con el grado de compromiso, valor y riesgo que implicaba sumarse a una rebelión. Hace falta un estudio más profundo sobre la formación, la personalidad y la percepción que tuvo Madero sobre los acontecimientos que tuvieron lugar en esos días, para comprender las razones que lo llevaron a tomar esa decisiva decisión. Quizá haya que dar mucho más peso a la personalidad y al espiritismo de Madero, tal como lo ha hecho Krauze, y atribuir su comportamiento público a la consciencia que tenía de ser el portador de una misión trascendental, misión que cumplía al meterse a la política nacional y desafiar al régimen porfiriano. Quizá se encuentren más razones explicativas en esta condición mística que en la racionalidad de una decisión que, por dondequiera que se le vea, parece una acción irreflexiva.

### *Morelos al margen del maderismo electoral*

Paradójicamente, en el estado de Morelos, a pesar de la reciente movilización leyvista, ni el reyismo, ni el maderismo electoral antirreeleccionista tuvieron un fuerte impacto. Llama la atención que no se pudieran establecer vínculos entre un movimiento con las características de composición social, liderazgo y demandas como el que había sido el leyvismo, con movimientos en muchos sentidos similares a él, como lo fueron el reyismo y el maderismo electoral. Esto ocurrió a pesar de que hubo dirigentes de presencia nacional, como Juan Sánchez Azcona, Paulino Martínez y los hermanos Alfredo y Gabriel Robles Domínguez, que tuvieron una participación destacada en los tres acontecimientos y podían haberle dado continuidad, presencia y articulación regional a los sectores que habían emergido en el leyvismo y establecer puentes con los movimientos aglutinados en torno a Reyes y Madero. Sin embargo, ésto no fue así. En ello influyeron varios factores. En primer lugar que Patricio Leyva, atemorizado, se negó a establecer vínculo alguno con el movimiento reyista y con el maderismo. En segundo lugar, la represión porfirista contra algunos dirigentes leyvistas morelenses había desarticulado la organización desde meses atrás. En febrero de 1909 fueron apresados y permanecieron varios meses en prisión Antonio Sedano y Pablo Torres Burgos. Líderes menores también desaparecieron de la escena política y tuvieron que esconderse temporalmente, como Emiliano Zapata y Genovevo de la O, o fueron exiliados como Bernabé y Ezequiel Labastida.<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> Womack, *Zapata and the Mexican Revolution*, *op. cit.*, p. 55 y 74; Guerra, *op. cit.*, t. II, pp. 213-217

Así pues, a nivel estatal, la alianza que se había podido establecer en el leyvismo entre clases medias, sectores populares y élites locales desplazadas con dirigentes políticos opositores de la ciudad de México, no fue posible ni con el reyismo ni con el maderismo electoral en 1909-1910.<sup>6</sup> lo que aisló relativamente al estado morelense de esos importantes episodios políticos nacionales.

Al carácter foráneo del maderismo y a la incapacidad de los dirigentes maderistas nacionales de crear nuevos vínculos con los sectores morelenses que se movilizaron en el leyvismo, se sumó una fuerte tradición de los pueblos morelenses de liderazgos autónomos, con gran arraigo regional, factores todos que se conjugaron para que no hubiera habido prácticamente participación morelense en la etapa electoral maderista. Además, es una de las causas que posibilitaron que, meses después, se haya desarrollado otro tipo de liderazgo local, autónomo, compuesto por otro tipo de individuos, más vinculados al campo y menos a las clases medias ilustradas urbanas, que fueron los que promovieron la incorporación al maderismo nacional, pero ya no en su etapa pacífica electoral, sino como rebelión armada

### *La incorporación a la rebelión maderista*

En la preparación de la insurrección maderista, ni Madero ni sus colaboradores principales le dieron importancia estratégica al estado de Morelos, como si lo hicieron con la ciudad de México, con Pachuca y con Puebla, lugares en donde sí había tenido

---

<sup>6</sup> Womack, *op. cit.*, p. 38; en pp. 55-56, señala la existencia de solo 2 clubes maderistas en el estado, formados por antiguos leyvistas, en Cuernavaca y Jojutla, con simpatizantes en Yantepec y Cuautla.

lugar una importante movilización durante la campaña electoral y en donde se contaba con clubes organizados y líderes con arraigo local que se encargaron de preparar la revuelta. Morelos estuvo al margen de este proceso.

Para complicar el asunto, los líderes maderistas encargados de organizar la insurrección en la ciudad de México, en la de Puebla y en las zonas aledañas al centro del país. Alfredo Robles Domínguez, Aquiles Serdán, y otros más, fueron descubiertos y anulados, apresados o asesinados por el régimen porfirista antes que tuviera lugar el estallido anunciado por Madero.<sup>7</sup> Por lo demás, el llamado a las armas no prendió en prácticamente ningún lugar de la república. Madero mismo, que se encontraba en los Estados Unidos de América desde meses atrás, no pudo entrar al territorio nacional el 20 de noviembre, día programado para el estallido, ni en los días siguientes, y tuvo que regresar, frustrado, a esconderse en San Antonio, Texas. Solo unos pocos y desarticulados grupos norteños, particularmente chihuahuenses, hicieron suya la revuelta y comenzaron los hostigamientos armados contra el ejército porfiriano. Pero en noviembre y diciembre de 1910, si se mira al conjunto del país, la rebelión maderista era un rotundo fracaso.

A pesar de este desalentador comienzo, poco después, en enero de 1911, la rebelión armada maderista tomó fuerza en Chihuahua y se extendió a otras regiones,

---

<sup>7</sup> David G. La France, *The Mexican Revolution in Puebla. The Maderista Movement and the Failure of Liberal Reform*. Wilmington, Delaware, Scholarly Resources Imprint, 1989, pp. 31-50 y ss.

<sup>8</sup> En el vecino estado de Puebla, donde el maderismo había tenido un fuerte impacto en clases medias moderadas y en sectores radicalizados de trabajadores de la importante industria textil, la represión y desmantelamiento de esta red había comenzado antes aún de las elecciones presidenciales, a pesar de lo cual, un grupo radical, encabezado por Aquiles Serdán, pudo continuar con los preparativos de la insurrección, cuya organización fue abortada de manera sangrienta por el régimen, descabezando a uno de los núcleos opositores con mejor organización y arraigo local, lo cual incidiría después en el desarrollo del movimiento zapatista. Ver *Ibid.*, pp. 31-50.

dando forma en unos pocos meses a un movimiento insurreccional, de dimensión casi nacional. del que no puede determinarse una causa ni un objetivo únicos, sino que aparece como una compleja trama de actores regionales -élites, clases medias, grupos de trabajadores urbanos, grupos agrarios, sectores marginales de las ciudades, etc.-, y de múltiples motivos, que combinaban agravios viejos y nuevos, ambiciones y oportunismo, todo lo cual hizo crecer la rebelión y que ésta llegara a muchas localidades, sobre todo del norte del país

En el estado de Morelos, entre tanto, las élites desplazadas, la clase media intelectual y los grupos medios urbanos y rurales, en su gran mayoría, permanecieron ajenos ante la aventura maderista insurreccional pero si se interesaron en la política local. En las elecciones municipales que tuvieron lugar en noviembre de 1910, el gobierno de Pablo Escandón confiado, no prestó atención a la contienda y en 8 municipios resultaron electos antiguos leyvistas, demostrando con ello que la influencia de estos grupos no había desaparecido de la vida política del estado, pese a la represión, y que podían seguir activos, como oposición legal.<sup>9</sup>

En cambio, los escasos y pequeños grupos morelenses que hicieron suya la revuelta maderista tuvieron características muy diferentes. Sus líderes provenían casi todos ellos del movimiento leyvista anterior pero, a diferencia de los principales cuadros leyvistas estatales, éstos nuevos dirigentes provenían del campo y de sectores de modestos recursos económicos. Además, dadas las condiciones restrictivas para la participación política impuestas por el porfiriato, y debido a su extracción popular, no

---

Womack, *op.cit.* p. 60.

habían figurado -ni podían hacerlo-, dentro del escenario político, reservado -salvo contadas excepciones-, para las élites: familias notables, clases propietarias y sectores medios ilustrados. Por tanto, los dirigentes estatales de la rebelión maderista, no habían participado antes en las contiendas políticas locales ni habían buscado ocupar puestos de representación; su participación dentro de la campaña leyvista había sido con un papel muy secundario, más como simpatizantes que como encargados de tareas políticas de mayor responsabilidad.

### *Los conspiradores*

Los organizadores originales de la revuelta de la que nacería el zapatismo, Emiliano Zapata, Pablo Torres Burgos, Otilio Montaña, Gabriel Tepepa, Genovevo de la O, Francisco Franco, Rafael Merino, Amador Salazar, Lorenzo Vázquez, Catarino Perdomo, Próculo Capistrán y Emigdio Marmolejo, quienes hicieron suyo el llamado a la insurrección de Madero y prepararon la revuelta, tuvieron varias cosas en común. En primer lugar, todos ellos eran parte de las clases medias y bajas de la sociedad agrícola morelense. Tenían una situación económica relativamente desahogada, aunque modesta. No contaban con grandes recursos y se ganaban el sustento con su trabajo en el campo o en actividades relacionadas con el medio rural: arrendatarios, jornaleros temporales en las haciendas, leñadores, cuidadores de ganado. Algunos de ellos, como Zapata, eran pequeños propietarios y contaban con tierras y animales de los que sacaban el sustento; otros eran pequeños comerciantes, tenderos o arrieros; unos más eran peones jornaleros

que trabajaban para haciendas del valle de Cuautla o carboneros, como en el caso de Genovevo de la O, que se ganaba la vida acarreando leña y haciendo carbón que vendía en las localidades cercanas a Cuernavaca, o maestros rurales como Torres Burgos y Montaña, quienes eran profesores de enseñanza primaria establecidos en la región desde tiempo atrás. Todos ellos eran individuos que habían llegado ya a la madurez de sus vidas, pues salvo el viejo Gabriel Tepepa que era ya un anciano de 69 años, veterano de la guerra contra los franceses, los demás tenían entre 31 y 42 años.<sup>10</sup>

Eran hombres maduros, con responsabilidades como jefes de familia, con hijos algunos de ellos y tenían, hasta cierto punto, resueltas sus necesidades materiales. No había necesidades apremiantes en ninguno de ellos y su perspectiva de vida no parecía ser particularmente mala, dentro de la medianía y modestia de su condición económica rural. Compartían también el hecho de ser personajes notables, reconocidos en sus localidades. Varios de ellos se habían destacado por tener una posición de cierto prestigio local y habían demostrado su condición de liderazgo al ser nombrados representantes de algunos de los órganos de gobierno y representación local o al encabezar movimientos de protesta agraria, por lo que tenían una cierta ascendencia y habían ganado un relativo respeto entre la gente común de sus localidades.

En segundo lugar, fueron individuos con más o menos similar nivel cultural -con la excepción de Pablo Torres Burgos y Otilio Montaña, que pueden catalogarse más bien como intelectuales urbanos), con inquietudes políticas: habían cursado formalmente las primeras letras, sabían leer y escribir y tenían una inclinación política por encima del

---

<sup>10</sup> Emiliano Zapata, Lorenzo Vázquez, Emigdio Marmolejo, Jesús Capistrán tenían, en 1910, 31 años; los mayores eran Amador Salazar, de 42 años y Francisco Mendoza de 40.

promedio rural de una zona. De manera significativa, todos ellos habían demostrado ser individuos inquietos, activos, que habían actuado en defensa de intereses individuales, familiares y colectivos en sus localidades. Habían participado en la política regional, como un medio de protesta y de solución a lo que no les parecía y se incorporaron como simpatizantes en la campaña leyvista.

Todos ellos fueron parte de los clubes políticos que se fundaron en diversas ciudades y participaron, en diverso grado, en la organización de la campaña, en los mitines y actos de proselitismo, aunque en un plan secundario. Una vez que el movimiento fue derrotado, la represión selectiva que el régimen porfirista aplicó contra los dirigentes del leyvismo, les tocó también a ellos, no por haber ocupado una posición preponderante dentro del movimiento, sino porque no tenían cobertura más allá de sus lugares de origen y carecían de los contactos y apoyos de la clase media ilustrada y de los sectores pudientes del leyvismo. Compartieron, pues, tanto la experiencia de la participación política en la campaña por la gubernatura desde la oposición, como las represalias del régimen como consecuencia de esta decisión. Fue un aprendizaje aleccionador que los puso en contacto con líderes locales y nacionales, con otros sectores, y les mostró una perspectiva mucho más amplia que la problemática local, así como de la necesidad de las alianzas con otros sectores, pero también de los límites de ellas, cuando el control y las decisiones descansaban solamente en sus aliados de las clases medias y las élites políticas opositoras.

Varios de estos líderes originales del zapatismo tenían además vínculos de parentesco y amistad entre ellos, lo que facilitó, al principio de su aventura, su

coordinación, y proporcionó vínculos de confianza, lealtad y solidaridad entre ellos

El grupo conspirador de Villa de Ayala-Anenecuilco, estuvo compuesto inicialmente por el tendero ilustrado, profesor y antiguo leyvista Pablo Torres Burgos, originario de Villa de Ayala; por el presidente del concejo de Anenecuilco, del comité conjunto de defensa de Anenecuilco-Villa de Ayala-Moyotepec y también antiguo leyvista, Emiliano Zapata, quien era un pequeño propietario, tenía una posición económica relativamente desahogada, había trabajado como arriero y cuidador de caballos en algunas haciendas de Morelos y Puebla y gozaba de prestigio y reconocimiento local por haber encabezado una reivindicación agraria de su pueblo, Anenecuilco, en 1909, por Rafael Merino, también de Anenecuilco, integrante de las autoridades tradicionales de ese pueblo; por Francisco Franco, tesorero del mismo concejo y primo de Zapata; por Amador Salazar, peón de la hacienda de Atlihuayán, cuyo propietario era Pablo Escandón, y primo también de Zapata; poco después se les unieron Otilio Montaña, de Villa de Ayala, profesor rural de la zona, que había sido director de la escuela de Villa de Ayala y en 1910 estaba como profesor en Yautepec, y Francisco Mendoza, carbonero de Chietla, Puebla; aunque Montaña y Mendoza no participaron en la etapa conspirativa, se sumaron al grupo en marzo de 1911 una vez que aquellos iniciaron las hostilidades

El segundo grupo se organizó en Jojutla-Tlaquiltenango-Tlaltizapán, en el centro-sur del estado. Se aglutinó en torno a la figura de Gabriel Tepepa, un anciano de Tlaquiltenango, veterano de la guerra contra los franceses, seguidor de Porfirio Díaz en su juventud y perteneciente al clan del fallecido gobernador porfirista Manuel Alarcón.

También participaron en el grupo Jesús Capistrán, Emigdio Marmolejo y Lorenzo Vázquez, los tres jornaleros agrícolas de la zona. Este grupo y el de Villa de Ayala-Anenecuilco tenían vínculos familiares entre varios de sus miembros y relaciones de amistad cercanas. Cabe subrayar también que casi todos ellos participaron en la campaña leyvista.

Finalmente, el tercer grupo, que se rebeló en la zona noroccidental montañosa del estado, al norte de Cuernavaca y sur del Ajusco, fue el de Santa María Ahuacatlán-Huitzilac, aglutinado alrededor de Genovevo de la O, carbonero de Santa María, quien se había distinguido previamente por encabezar las reivindicaciones agrarias de su pueblo contra la hacienda de Temixco, había participado en el movimiento leyvista y se encontraba por esos meses prófugo, perseguido por la justicia porfiriana. Pocas semanas después de que estalló la rebelión, al extenderse hacia las zonas contiguas, se destacaron otros líderes naturales con fuerte arraigo local y pertenecientes a las clases bajas rurales, como fue el caso de Jesús *el Tuerto* Morales, Eufemio Zapata (hermano mayor de Emiliano), Federico Morales, Felipe Neri, Francisco Pacheco, Fortino Ayaquica y Francisco Mendoza, hombres que demostraron también capacidad de organización y convocatoria y que le dieron solidez y arraigo local al zapatismo.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> Para las biografías de estos personajes, consúltese el *Diccionario histórico y biográfico* ya citado, así como la parte biográfica de *Así fue la Revolución Mexicana*. México, Consejo Nacional de Fomento Educativo, 1985, tomo 8. Womack, *op. cit.*, pp. 70-74. Para Genovevo de la O, ver Martha Rodríguez García. "Genovevo de la O, un general zapatista". México. Universidad Iberoamericana. tesis de licenciatura en Historia. 1978, pp. 22-31. Familiares de Genovevo habían sido detenidos en 1909 por la policía rural: Genovevo pudo escapar a la detención y estuvo escondido la mayor parte de 1909 y 1910.

### *Los motivos de los organizadores de la revuelta*

De los organizadores iniciales de la revuelta zapatista se conocen varias de sus aptitudes y valores personales, así como algunas de las razones y motivos que influyeron en su decisión de sumarse a la rebelión maderista. Desde luego, el problema de la tierra era un reclamo fuerte en algunas de sus comunidades de origen y, particularmente, para el núcleo que inició la revuelta y que luego confirmó su condición de liderazgo dentro del movimiento zapatista. Como es sabido, fue precisamente en el pueblo de Anenecuilco donde provino el grupo que organizó y dirigió la revuelta. pueblo que tenía conflicto por las tierras que arrendaba a la hacienda de *El Hospital*. El conflicto agrario de Anenecuilco, la cuna del zapatismo es, por esta misma razón, el mejor documentado. Ese pueblo tuvo una situación extrema en 1910, ante la imposibilidad de sembrar en las tierras que les había arrebatado y les rentaba la hacienda de *El Hospital*, lo que orilló a que las ocuparan por la fuerza y que se negaran, ante el retraso de las lluvias y la mala cosecha, a pagar la renta acostumbrada, obteniendo apoyo, tanto del prefecto del lugar como del presidente municipal de Villa de Ayala.

Otro de los pueblos que se convirtió en uno de los pilares de la insurrección, fue el de Santa María, que tenía pleitos añejos por límites contra las hacienda de Temixco, que le había arrebatado tierras al pueblo desde 1876, fecha desde la que estaban en litigio. En 1904 la hacienda, mediante soborno al representante legal y al síndico del avuntamiento compró legalmente las tierras en disputa, sin embargo, el pueblo desconoció la compra y protestó airadamente. En 1905 varios de sus líderes fueron

deportados a Quintana Roo. Empero, el pueblo no renunció a la defensa de esas tierras que consideraba suyas y continuaron en los años siguientes las secuelas de esta disputa. Ambos conflictos se habían agudizado en los meses anteriores.<sup>12</sup> En la medida en que los rebeldes estaban vinculados con sus comunidades y que incluso, varios eran representantes y líderes de ellas, se vieron atraídos por la defensa de las tierras de los pueblos, defensa que creyeron entender detrás de la oferta maderista, cuyo programa incluía como uno de los puntos centrales, en el artículo 3° del *Plan de San Luis*, la devolución de las tierras de que habían sido despojadas las comunidades campesinas del país. Incluso, Zapata había encabezado la ocupación por las armas de tierras que el pueblo de Anenecuilco reclamaba su derecho a trabajarlas. La defensa armada de este derecho por los de Anenecuilco en los meses anteriores y las condiciones de hostigamiento en que quedaron sus dirigentes, posiblemente jugaron un papel decisivo en su búsqueda de aliados externos, mediante su participación en el leyvismo, y para que decidieran incorporarse a la revuelta maderista.

A esta problemática social de carácter agrario, que sin duda influyó en estos individuos que tenían una condición de liderazgo y arraigo local, se sumó la persecución que hizo contra ellos el régimen porfiriano, tanto por su participación en la campaña opositora, como por encabezar reivindicaciones agrarias de sus pueblos. Algunos de ellos habían sido detenidos en años anteriores y enrolados al ejército federal. Esta condición de señalamiento y de proscripción se había intensificado en los meses finales del porfiriato, por lo que su seguridad personal, la de sus familias y la de sus conocidos cercanos se

---

<sup>12</sup> Womack *op. cit.*, pp. 62-65. Martha Rodríguez, "Genovevo..." *op. cit.*, pp. 13-21.

encontraba amenazada.

La forma en que los líderes leyvistas abandonaron al movimiento, así como la desorganización y frustración que ocurrió entre sus simpatizantes cuando vieron que las cosas no cambiaron, posiblemente los haya llevado a empezar a cuestionar los límites de la política electoral, en el cerrado sistema porfiriano y a ser más receptivos a la idea de que era necesaria una solución de fuerza para tratar de resolver sus expectativas, iniciativa que luego les llegaría de fuera y en la que acompañaron el proceso similar que se dio entre los dirigentes maderistas.<sup>13</sup> Adicionalmente, como varios de ellos habían sufrido persecuciones del régimen porfirista, habían estado en la cárcel, habían sido enrolados en el ejército o habían tenido que esconderse y emigrar para no ser aprehendidos, no tenían muchas alternativas dentro del sistema, por lo cual el formar parte de una revuelta nacional como la que estaba pregonando Madero podía tener sentido. De cualquier forma, no puede afirmarse que no tuvieran nada que perder en la aventura y, a pesar de ello, decidieron emprender la revuelta.

El llamado maderista a la insurrección apareció, pues, en un momento en que para estos individuos era necesario establecer una alianza con un movimiento de oposición nacional que ofrecía resolver de raíz la conflictiva situación agraria en que se hallaban inmersas sus localidades y que les podía permitir mejorar su amenazada situación

---

<sup>13</sup> No puede concluirse que se hayan decepcionado de la política, ni de los políticos y organizaciones políticas nacionales, y menos que lo hubieran hecho en una fecha tan temprana como 1909. Su confianza en las instancias políticas tradicionales y en las alianzas con líderes y organizaciones nacionales se demuestra en su incorporación subordinada al maderismo, en el reconocimiento y apoyo a Madero una vez que volvió a contender por la presidencia de la República en 1911 y en sus varios intentos de alianza con fuerzas nacionales como el orozquismo, el villismo, la Convención en 1914 y el obregonismo en 1919. De igual modo en diferentes ocasiones, desde el origen de este movimiento y hasta sus últimos días, lucharon por llevar a Zapata o a alguno de sus otros líderes a diferentes niveles de gobierno local y nacional y consiguieron, en 1914, ejercer el gobierno y administración estatales en Morelos y Guerrero y colocar a varios ministros de sus filas en los sucesivos gobiernos de la Convención en 1915.

personal y familiar. La convocatoria insurreccional maderista los convenció aún más de la notoria división entre la clase dominante porfiriana, que se manifestó localmente durante el leyvismo y que demostró tener una dimensión nacional a través del maderismo en su etapa electoral y, particularmente, en la armada. Decidieron empuñar las armas solo cuando tuvieron elementos suficientes para percatarse de que la rebelión estaba en marcha y que otros grupos la habían emprendido en varias regiones del país. En esto, puede señalarse que la rebelión se desarrolló de acuerdo al modelo explicativo de Tutino comentado más arriba.

Empero, lo que la distinguió fue el ser una rebelión planeada, organizada y ejecutada por líderes locales naturales, con sus propios recursos, sin que otros dirigentes hubieran venido de fuera a organizarlos. Esa dirección original se sostuvo y afianzó después, cuando el movimiento adquirió identidad propia y se separó del maderismo. Con todo, conviene subrayarlo, en la decisiva etapa inicial, decidieron establecer vínculos, incorporarse y ser reconocidos expresamente por Madero y los líderes maderistas, como parte subordinada de esa rebelión. Bajo estas condiciones, el grupo de Genovevo de la O inició la rebelión en Santa María Ahuacatitán en febrero de 1911, al igual que el de Tepepa en Tlaquiltenango. El grupo de Anenecuilco-Villa de Ayala, a su vez, esperó un poco más y lo hizo en marzo de ese año.

En resumen, fueron varios los factores que ayudan comprender la organización de la rebelión armada maderista en el estado de Morelos por estos pequeños grupos. Problemas agrarios localizados y viejos, agravios recientes de las localidades contra hacendados, jefes políticos y autoridades locales, represión, persecución y amenazas

contra algunos de los conspiradores locales, desencanto respecto del régimen central de Díaz, nuevos líderes con cierto grado de reconocimiento y prestigio en sus lugares, vínculos de parentesco entre varios de ellos, redes y relaciones de solidaridad entre si y con sus comunidades, identificación con la problemática de éstas. experiencia política compartida en la campaña leyvista, frustración de sus expectativas legales ante la represión oficial, desengaño respecto a los líderes leyvistas, nuevas expectativas ante un llamado a la insurrección contra el régimen porfiriano por el principal líder opositor del país, confianza en las promesas agrarias de Madero, ambición personal, simpatía, contagio y espíritu de aventura ante un llamado exterior a la rebelión que había encontrado eco y que se estaba desarrollando ya en el norte del país fueron. todos ellos, elementos importantes que se conjugaron simultáneamente y tuvieron un papel en la determinación que tomaron estos individuos de sumarse con las armas a la revuelta maderista.

### *Surgimiento y extensión de la revuelta*

La determinación del grupo de Anenecuilco-Villa de Ayala de vincularse y ser reconocido por la dirección maderista nacional fue una iniciativa muy significativa. El reconocimiento buscado implicaba su subordinación a Madero y a sus directrices, le daba legitimidad a la revuelta -en la medida en que el maderismo reclamaba la violación al orden constitucional durante el proceso electoral y denunciaba el fraude y la cerrazón de los canales legales del régimen porfiriano- y le permitía una alianza con un movimiento

nacional opositor. Una vez conseguida, dicho grupo se levantó en armas aprovechando la feria de Cuautla el segundo viernes de cuaresma, el 10 de marzo de 1910, entrando a Villa de Ayala el 11, en donde dio a conocer el Plan de San Luis, saliendo del lugar después de haber reclutado alrededor de 70 gentes, para dirigirse hacia el sur, por la ribera del río Cuautla.

El grupo de Jojutla, con Tepepa, Margarito Martínez, Emigdio Marmolejo, Lorenzo Vázquez, Jesús Capistrán, Francisco Alarcón, Timoteo Sánchez, Pioquinto Galis y otros seguidores, se había levantado en armas un mes antes, el 7 de febrero de 1911 cuando entró a Tlaquiltenango. Después de un mes sin acciones, el 7 de marzo, atacó Jojutla, ocultándose luego en las montañas del sur del estado, en la frontera con Puebla y Guerrero. Poco después, el 11 de marzo, mientras los de Anenecuilco entraban a Villa de Ayala, Tepepa atacó Axochiapan.<sup>14</sup> En estas primeras acciones, las escasas fuerzas defensoras de las localidades ocupadas por los rebeldes no habían ofrecido resistencia y la revuelta misma era todavía muy reducida, por lo que no había aparecido aún la violencia que caracterizaría buena parte de los acontecimientos posteriores.

Después de pequeñas acciones, en las que atacaron poblaciones en la frontera sur con Puebla, los dos grupos se unieron en Metepec, Puebla.<sup>15</sup> El 20 de marzo regresaron a Morelos y dividieron temporalmente sus fuerzas. Zapata, al frente de un contingente, atacó Axochiapan, al sureste de la entidad, incendiando el archivo de la localidad. Otra

---

<sup>14</sup> Pablo Escandón, gobernador de Morelos, a Díaz, Cuernavaca, 7, 8, 9 11 y 12 de marzo de 1911. *Archivo Porfirio Díaz, (APD)*. Universidad Iberoamericana, legajo 70, fs. 5381, 5471, 5555, 5775.

<sup>15</sup> Luis Valle a Díaz, Puebla, 16 de marzo de 1911, *APD*, leg. 70, f. 6133. Este jefe político informaba a Díaz que la fuerza rebelde ascendía a 300 hombres: sin embargo, según el veterano zapatista Amador Acevedo, eran solo 50. Entrevista al general Amador Acevedo efectuada en 23 de junio de 1970. *Testimonios del proceso revolucionario de México*, México. INERHM, 1985. p. 145.

parte del grupo tomó Villa de Ayala el 23 y salió rumbo a Tlaquiltenango, al sur.<sup>16</sup> Luego, habiendo aumentado sus filas, se juntaron otra vez para atacar Jojutla, en la acción de mayor envergadura hasta entonces, el 22 de marzo de 1911, acción que representó para ellos un importante éxito, al tomar la tercer ciudad en importancia del estado. Los rebeldes se estaban convirtiendo en un serio desafío para el gobierno estatal y, debido a la cercanía de la región con el Distrito Federal, comenzaron a preocupar seriamente al gobierno federal, que estaba dedicando crecientes esfuerzos para contener la rebelión maderista en el norte del país. En la toma de Jojutla ocurrieron destrozos y venganzas personales de las fuerzas rebeldes contra varios de los comerciantes y propietarios ricos del lugar, destruyeron las líneas telegráficas y liberaron a los presos, patrón que se repetiría en la mayoría de los ataques subsecuentes.

En los siguientes días ocuparon otras poblaciones del estado Jolalpan, Tlaltizapán, Tlaquiltenango, Amacuzac, así como las de Atencingo, Huehuetlan y Chietla en el estado de Puebla.<sup>18</sup> En todas estas ocupaciones, se repitió un patrón similar de violencia: quema de oficinas públicas y de archivos, saqueo de algunos comercios, destrucción de puentes, vías de ferrocarril, líneas de teléfono y telégrafo, liberación de presos de las cárceles, imposición de préstamos forzosos a algunos de los principales comerciantes, confiscación de armas y caballos, fusilamiento de algunos jefes políticos, prefectos y jefes de policía. Según informaron diarios de la época, en los saqueos a

---

<sup>16</sup> Pablo Escandón a Díaz. Cuernavaca, 20, 21 y 23 de marzo de 1911. *APD*, leg. 70, fs. 6481-6482, 6315-6316, 6742.

<sup>17</sup> Escandón a Díaz, 24 de marzo de 1911. *APD*, leg. 70, fs. 6481-6482. Samuel Frederick Brink, *Emiliano Zapata! Revolution and Betrayal in Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico, 1995, pp. 30-32.

<sup>18</sup> Andonegui a Díaz. Colección Porfirio Díaz (*CPD*), 31 de marzo de 1911, c. 370, f. 7450.

comercios intervino "el populacho".<sup>19</sup>

### *Violencia de clase*

Así, la revuelta inicial iba tomando la forma de una rebelión de mayor envergadura; las filas de los insurrectos crecieron en unas pocas semanas, demostrando con ello que algunos sectores de la población civil de la entidad veían con buenos ojos y apoyaban de diversa forma el levantamiento. De manera significativa, desde las primeras acciones se mostró cómo la violencia de los grupos rebeldes iba dirigida contra las autoridades políticas e instituciones públicas y, en una gran proporción, contra varios de los principales comerciantes de los lugares ocupados. Esto último podía ser muestra de que había motivos específicos para buscar desquitarse de prácticas especulativas, encarecimiento de productos básicos o deudas, pero también, porque eran el blanco más vulnerable de los sectores propietarios y constituían una presa relativamente fácil para el saqueo no solo de los jefes y soldados rebeldes, sino de la gente común de los lugares, que aprovechaba la cobertura y la fuerza temporal que les brindaban la ocupación de las tropas insurrectas e, inversamente, mostraba también la desaparición o debilitamiento de las fuerzas del orden en cada una de las localidades. La violencia desatada en esos días no tenía un carácter delictivo, aunque en la vorágine pudieran desfoguearse venganzas y agravios personales. Tales acciones de masas, al dirigirse contra las instituciones y personas que identificaban como parte del régimen de dominación y desigualdad, que

---

<sup>19</sup> *El País*, 23, 24, 25 de marzo de 1911.

eran, además, la parte más visible de él y a la vez la más débil -en la medida en que no contaban con la legitimidad ni con la fuerza de las haciendas-, adquirieron un carácter reivindicativo y justiciero. En esos actos había una toma de consciencia contra la opresión y, ante la oportunidad de vengar afrentas, comenzó a desarrollarse una embrionaria violencia de clase de los grupos subalternos contra los símbolos visibles y alcanzables del sistema de dominación.<sup>20</sup>

Antes que transcurriera un mes del estallido de la rebelión, el 30 de marzo de 1911 ocurrió el primer ataque de los rebeldes a las haciendas. El grupo comandado por Zapata atacó la hacienda de Chinameca, cerca de Villa de Ayala, llevándose 3 mil pesos, caballos, rifles y cajas de vino. Luego tomaron la hacienda de Rancho Nuevo y, el 3 de abril, la de Tenango, en el noreste de Morelos, una de las más grandes y simbólicas del estado, propiedad de Luis García Pimentel, en donde quemaron los cañaverales, algunas casas de empleados y dinamitaron la tienda de raya. En la región poblana, a donde se extendió la revuelta morelense, el primer ataque documentado fue sobre la hacienda de Atencingo, al suroeste de Izúcar y cerca de Chietla, en la frontera con Morelos, hacienda que era propiedad del español Ángel Díaz y que tenía disputas por límites con los pueblos de Chietla y Jaltepec. Esa hacienda fue asaltada varias veces en el mes de abril de 1911; en el segundo ataque, el día 24, los rebeldes mataron a 6 empleados e hirieron a 4 más.<sup>21</sup> Así pues, en fechas muy tempranas de la revuelta, la principal institución económica de

---

<sup>20</sup> Aquí se utiliza el término de violencia de clase para referirse al cúmulo de acciones de masas emprendidas por las clases subalternas en contra de los símbolos visibles de la dominación: las autoridades de los distintos niveles, las élites económicas, la fuerza represiva estatal.

<sup>21</sup> APD, Escandón a Díaz, Cuernavaca, 25, 27, 29, 31 de marzo, 3 de abril de 1911, leg. 70, fs. 6945-6948, 6949, 7616-7618, 7297-7298; P. Díaz hijo a Escandón, México, 26 de marzo de 1911, f. 7015. Jefe político de Chiautla J. Andonegui a Díaz, 29, 31 de marzo de 1911, fs. 7293, 7450-7451. *El Diario*, 31 de marzo de 1911; *El País*, 27 de abril de 1911.

la región desde tiempos ancestrales, no se salvó de la furia y el descontento de los grupos rebeldes, mostrando con ello que el viejo control patriarcal y el ascendente que había tenido la hacienda sobre los grupos rurales de la zona, así como la dependencia de muchos pueblos e individuos respecto de ella, si bien no habían desaparecido, comenzaron a ser cuestionados e impugnados. Con ello la violencia que venía de abajo abarcó a prácticamente todas las instituciones del viejo orden rural en la región.

Ante estos actos, los hacendados y el gobierno estatal comenzaron a preocuparse por la rebelión y organizaron la defensa de ciudades como Cuernavaca, Cuautla, Jojutla, Yautepec, y de varias haciendas, a través de los cuerpos de rurales y de algunos cuerpos de voluntarios de las localidades, a los que el gobierno estatal pagaba un peso diario por alistarse y a cuyo financiamiento contribuyeron los hacendados. Lo mismo ocurrió en algunas localidades de Puebla, como Atlixco, en donde el peso del financiamiento de estas fuerzas recayó en las familias pudientes. Estos cuerpos comenzaron a operar a fines de marzo de 1911. Además, se destinó mayor presupuesto y se incrementó el número de la policía local.<sup>22</sup> No obstante, el gobernador Pablo Escandón consideró estas medidas

---

<sup>22</sup> CPD. Díaz a gobernadores, 12 de abril de 1911, Izunza a Díaz, 10 y 15 de abril, c. 202, fs. 7142. 7169. "Memorandum sobre la situación política en el estado de Morelos", escrito redactado probablemente por Gabriel Robles Domínguez, agente maderista que jugaría un papel clave en las negociaciones entre el maderismo y el zapatismo en los meses de julio-octubre de ese mismo año. en *Archivo Robles Domínguez* (en adelante ARD), Tomo 7, expediente 37, fs. 12-13. *El País*, 25 y 26 de marzo de 1911. No se cuenta con información más precisa sobre estos cuerpos de voluntarios, cuántos y quiénes se incorporaron a ellos en esta época. Hay más información de ellos en los meses posteriores. En algunos casos, la población se negó a formar parte de ellos, como en Jonacatepec, por lo que el jefe político del lugar tuvo que abandonarla antes de la entrada a ella de los rebeldes: ver *El País*, 3 de abril de 1911. D. Flores informó a Díaz que tenía dificultades para organizar a los 200 voluntarios que le autorizaron en Chilpancingo y solo logró juntar 130, cantidad considerable a nivel local, pero que sin embargo, no fue impedimento para que pidiera refuerzos de la Federación, por lo cual posiblemente su número esté inflado, ver APD. D. Flores a Díaz. Chilpancingo. 13 de abril de 1911, leg. 70, f. 8760; J. Izunza a Díaz, Puebla, 14 de abril de 1911, fs. 8760-8761. A la solicitud de Popoca, jefe político de Izúcar que le pedía 500 hombres para reforzar la seguridad en su distrito, Díaz le respondió que era preciso formar cuerpos de voluntarios en Puebla, pues no podían mandar armas desde el centro porque corrían el riesgo de ser asaltados en el camino. ver Popoca a Díaz, Izúcar, 14 de abril, f. 8777; Luis Valle, jefe político de Puebla pidió el 17 de abril

insuficientes "porque cada lugar que no puede sustraerse a los rebeldes, por falta de fuerza, los vecinos fácilmente se pasan a los revoltosos y además las fincas azucareras van paralizando sus zafras, lo que deja sin trabajo a mucha gente, dando ocasión a que esa gente se levante también, tanto más que no puede exigirse que los propietarios continúen sus zafras porque las haciendas están indefensas y una buena parte en poder de los revoltosos."<sup>23</sup>

### *Centralización del mando rebelde*

Después de la toma de Jojutla surgieron las primeras diferencias graves dentro de los líderes rebeldes. Pablo Torres Burgos, el principal jefe hasta entonces, se separó del grupo por no estar de acuerdo con la violencia y los saqueos cometidos en la toma de Jojutla y en las demás poblaciones cercanas, como protesta por la actitud de tolerar los desmanes que ocurrieron contra los comerciantes y hacendados locales, en los cuales hubo manifestaciones de odio racial y antihispanismo. Pocos días después, Torres Burgos fue apresado por las tropas federales y fusilado junto con dos de sus hijos.<sup>24</sup>

El 5 de abril, Tepepa derrotó a una fuerza federal en Jonacatepec, otra población importante de la zona oriental del estado, después de un combate que duró toda la noche, obligando al ejército a retirarse a Cuautla. El gobernador Escandón volvió a escribir a Díaz para pedir más apoyo militar pues los rebeldes -que eran más de mil, decía-, estaban

---

autorización para mandar jefes leales que estaban enrolados en el ejército a sus pueblos a reclutar voluntarios, sobre todo en Oaxaca, f. 9154.

<sup>23</sup> Escandón a Díaz, Cuernavaca, 1º de abril de 1911. *APD*, leg. 70, fs. 7557-7559.

<sup>24</sup> Escandón a Díaz, Cuernavaca, 25 de marzo de 1911. *Ibid.*, leg. 70, fs. 6945-6948. *El Diario*, 1º de abril de 1911.

organizándose mejor y comenzando a atacar las principales poblaciones de la entidad.<sup>25</sup> Los rebeldes, que habían demostrado capacidad de derrotar a tropas federales y rurales cuando éstas eran poco numerosas y habían podido ocupar con ello algunas importantes poblaciones del estado, no tenían, sin embargo, fuerza para sostener esas ocupaciones. Los insurrectos, con el objeto de reorganizar a sus fuerzas, reclutar a más gentes y reabastecerse, después de haber dado varios golpes a las fuerzas federales en Morelos, se dirigieron a las montañas de Puebla. Ahí, el 4 tomaron Huehuetlán y Huaquechula, el 5, Chiautla, el 7 Chietla, matando en la acción al jefe político J. Andonegui, antes de desalojarla al siguiente día, ante la llegada de los federales.<sup>26</sup>

Reunidas la mayoría de sus fuerzas, que habían crecido después de 6 semanas de accionar y necesitaban de una mayor coordinación y unificación del mando, decidieron elegir a Emiliano Zapata como su jefe. Hasta entonces las incursiones del grupo levantado habían sido en su mayoría en los territorios en los que Tepepa era más conocido y podía encontrar más apoyo; sin embargo, los rebeldes eligieron a Zapata, quizá por la avanzada edad de Tepepa y por el prestigio que ya se había ganado Zapata dentro del grupo. El liderazgo de éste -como ha sido descrito admirablemente por Womack-, tuvo que ser ganado, reconocido, afirmado, probado y fortalecido paulatinamente en el proceso mismo de la rebelión y, desde luego, no fue automático ni definitivo.<sup>27</sup>

---

<sup>25</sup> Escandón a Díaz, Cuernavaca, 6 de abril de 1911, *Últimos días de Porfirio Díaz en el poder. Antología Documental*. México, INEHRM. s/f. pp. 193-195.

<sup>26</sup> CPD, Valle a Díaz, 2, 5, 6 de abril de 1911, c. 370, fs. 7605, 7835, 7932; Valle a Srio. de Guerra, 11 de abril, c. 370, f. 8395; Popoca a Díaz, 12, 13 de abril, f. 8433, 8523. APD, Jefe político de Chietla a Díaz, 6 de abril de 1911, leg. 70, fs. 7912-9-7921; Valle a Díaz, 6 de abril, 7932-7933.

<sup>27</sup> Womack, *op. cit.*, p. 79. Brunk, *op. cit.*, pp. 14-17 y 29-33. enfatiza que la elección y el liderazgo de Zapata no fueron gratuitos, sino que no podía haber sido de otra forma, pues era una persona con *status* y

### *Puebla y Guerrero: motivos similares, liderazgos diferentes*

El movimiento armado, limitado inicialmente a unos pocos individuos, con escaso equipamiento, se fortaleció y logró ocupar, en la segunda mitad de abril de 1911, varias poblaciones de una amplia zona: Tepoztlán, Tepalcingo, Yautepec, Jonacatepec, Atlacholoaya y Tlayacapan, en Morelos; Tzicatlán, Alpuyecá, Izúcar, Huaquechula, Chiautla, en Puebla; Olinalá y Huamuxtitlán,, así como las haciendas poblanas de San José y San Gabriel, es decir, un amplio perímetro que abarcaba el centro y el oriente de Morelos, así como los distritos limítrofes de Atlixco e Izúcar, de Puebla, y el de \_\_\_\_, de Guerrero. En estas ocupaciones se repitieron las escenas de violencia, liberación de presos, destrucción de vías férreas, líneas de telégrafo, teléfonos y oficinas de gobierno, saqueos contra casas de comerciantes y propietarios y fusilamientos de algunos jefes políticos, como en Chiautla, Puebla, donde la población aprovechó para vengarse del jefe político, J. Andonegui, con el permiso de los jefes zapatistas, quienes le hicieron un juicio sumario y lo fusilaron, o en Jonacatepec, Morelos, donde los rebeldes ejecutaron al jefe político y a dos oficiales federales. Zapata y los jefes que le seguían exigieron a algunos hacendados contribuciones forzosas de guerra, amenazándolos con quemar sus propiedades si no lo hacían.<sup>28</sup> La repetición del patrón de violencia de abajo contra las

---

carisma, con atributos y cualidades personales muy apreciadas en la vida rural y de las cuales había hecho demostración desde años atrás.

<sup>28</sup> APD, J. Izunza a Díaz, Puebla, 7, 8, 12 de abril de 1911, leg. 70, fs. 8030, 8146-8147, 8510-8511. Vicente Popoca, jefe político de Izúcar a Díaz, 12 de abril de 1911. APD, leg. 70, fs. 8433-8434; gral. Luis Valle a Díaz, Puebla, 8 de abril, fs. 8184, 8195; Escandón a Díaz, Cuernavaca, 12, 13, 15, 18 de abril, fs. 8453, 8460, 8618-8619, 8797, 9204-9219, informó de los saqueos y destrucción de oficinas públicas y aparatos de comunicación. Ver también *El Diario*, 15 de abril de 1911. Juan Pagaza, propietario de la hacienda de San Nicolás Obispo en 1903 y luego administrador de las haciendas de Calderón, Hospital y Chinameca se quejaba de que Zapata le exigía 500 rifles y mil quinientos cartuchos a cambio de no quemar sus fábricas de azúcar, ver Juan Pagaza a Madero, México, 19 de mayo de 1911.

instituciones y autoridades regionales era una muestra de que había odios, agravios y resentimientos similares en la zona de Puebla y Guerrero a donde se extendió la revuelta y que, por contagio, ante el debilitamiento de los controles estatales y de la legitimidad del viejo orden, los grupos rebeldes y la población de las localidades aprovecharon las nuevas condiciones para desfogar los resentimientos acumulados.

El debilitamiento del régimen de Díaz, ante el avance de la insurrección maderista en el norte, lo obligó a enviar hacia allá más tropas federales del centro lo que, junto con la consolidación de la rebelión en Morelos y zonas aledañas, permitió que en otras regiones más aisladas se multiplicaran bandas insurgentes, como en la zona de la Costa Chica, en Guerrero, así como en los municipios de Allende, Aldama y Zapotitlán en el distrito de Alvarez y en partes de los distritos de Hidalgo y Zaragoza. Estas bandas rebeldes surgieron por motivos endógenos, con liderazgos locales propios que no estaban subordinados ni a los dirigentes maderistas guerrerenses, como los hermanos Figueroa, ni a los rebeldes zapatistas morelenses. Eran pequeñas bandas aglutinadas en torno a líderes locales poco conocidos fuera de su pequeña región. Sólo más tarde estas bandas de revoltosos locales buscaron relacionarse con los liderazgos mayores, en una alianza que a menudo fue muy conflictiva, por rivalidades y ambiciones.<sup>29</sup>

El alzamiento, particularmente en las zonas periféricas a los valles centrales morelenses, estaba formado por el accionar de un cúmulo de bandas guerrilleras que seguían a sus propios líderes con una dinámica independiente. En Puebla, por ejemplo, a

---

*Archivo Francisco I. Madero*, Biblioteca Nacional de México, manuscrito 1099.

<sup>29</sup> *IPD*, D. Flores a Díaz, Chilpancingo, 8, 10, 11, 12 de abril de 1911, leg. 70, fs. 8178-8183, 8271-8276, 8384-8385, 8446. Este jefe político informó que ante la insuficiencia de sus fuerzas, había procedido a formar cuerpos de voluntarios.

principios de abril, rebeldes locales, que no formaban parte de las fuerzas de Zapata ni de los principales jefes morelenses, se levantaron en armas y atacaron la población de Huaquechula, quemando los archivos y persiguiendo a las autoridades; luego atacaron la guarnición de Atlixco, antes de sumarse a las fuerzas de Zapata. La influencia zapatista en Puebla se concentró particularmente en el suroeste, que colindaba con Morelos, en donde asentaron sus reales los jefes zapatistas Fortino Ayaquica, Francisco Mendoza y, sobre todo, Jesús el *tuerto* Morales, pero también líderes autóctonos como Benigno Centeno y Camerino Mendoza.<sup>30</sup>

Un proceso similar, pero aún más extendido, con una enorme proliferación de bandas guerrilleras y caudillos locales, a menudo enfrentados entre sí, estaba teniendo lugar en las tierras de Guerrero. Aún dentro de las filas de los alzados surianos que habían reconocido la autoridad de Zapata, a menudo la violencia de sus hombres, que aprovechaban la situación excepcional de la revuelta para vengar antiguos agravios, se desbordaba, como ocurrió el 24 de abril en que Francisco Mendoza, antiguo peón de la hacienda de Atencingo, encabezó el ataque contra sus viejos patrones y fusiló, sin juicio, a 10 empleados españoles, incluido el administrador de esa hacienda, ocasionando un conflicto grave con la colonia española.<sup>31</sup>

La diferencia más notable fue que, en la parte de Puebla colindante con Morelos, los jefes zapatistas como Eufemio Zapata y el *Tuerto* Morales lograron imponer su hegemonía y subordinar al resto de líderes autóctonos desde el principio, en tanto que en Guerrero fue mucho más fuerte el liderazgo rebelde local, aunque muy atomizado y con

---

<sup>30</sup> Luis Valle a Díaz, Puebla, 8 de abril de 1911, *APD*, leg. 70, fs. 8182-8183.

<sup>31</sup> *El Diario*, 3 de mayo de 1911.

grandes divisiones y enfrentamientos internos. En el Estado de México, en los municipios colindantes con Morelos y Guerrero, en cambio, el liderazgo autóctono fue muy débil y se convirtió más bien en un territorio que fue aprovechado y disputado por líderes morelenses y de Guerrero, quienes entraron en él en diversas ocasiones como fuerzas de ocupación externas. La supremacía y el control de Zapata sobre la extendida rebelión no estaban aún consolidados; sería éste un proceso que tendría lugar en los siguientes meses y que nunca alcanzó a controlar y poner fin a las numerosas disputas internas entre los dirigentes.

La dinámica de la rebelión continuó. El 17 de abril, las fuerzas de Zapata tomaron Izúcar de Matamoros, realizando los mismos actos de violencia contra propietarios ricos, oficinas públicas y vías de comunicación y liberando también a los presos de la ciudad. Sin embargo, una parte de sus fuerzas, comandadas por el *Tuerto* Morales, fue emboscada al día siguiente cerca de ahí, en el pueblo de Tepeojuma, en la que significó la más fuerte derrota de los alzados morelenses hasta entonces, que fueron desalojados después de perder a un centenar de hombres, entre ellos Rafael Merino, uno de los organizadores de la revuelta inicial en Anenecuilco. A pesar de esta derrota, la presencia de los guerrilleros en la zona no sufrió merma importante y pudieron ocupar Acatlán el 26 y volver a entrar a Izúcar el 27, al igual que a Tecamachalco. Para fines de ese mes, los rebeldes controlaban 7 de los 21 distritos del estado y ocupaban partes de otros 12. El gobierno estatal de Isunza, con el jefe militar Valle, decidieron concentrar a las escasas fuerzas federales y rurales en las afueras de la capital poblana.<sup>32</sup>

---

<sup>32</sup> CPD, Isunza a Díaz, 15 de abril de 1911, c. 282, f. 7169; Popoca a Díaz, 28 de abril, c. 283, f. 7972; Hein/ Argumedo a Díaz, 1º de mayo de 1911, c. 283, f. 8874; APD, Luis Valle a Díaz, Puebla, 19 de

### *Las maniobras de Díaz y Limantour*

Los insurrectos del sur eran ya un problema serio para el régimen porfirista. cuya administración comenzó a maniobrar políticamente para tratar de desactivar la rebelión, mediante cambios políticos en el gabinete y ofertas de paz a Madero y sus colaboradores cercanos, que incluían la renuncia del vicepresidente Ramón Corral, algunas carteras en el nuevo gabinete a representantes maderistas, así como cambios en más de la mitad de las gubernaturas del país.<sup>33</sup> En las negociaciones que tuvieron lugar entre familiares y representantes de Madero con Limantour, a fines de abril, en Washington D.C., y que continuaron luego del regreso de éste a México para hacerse cargo, de hecho, de la administración del país, los líderes maderistas, cuya carta mayor parecía ser la inminente ocupación de Ciudad Juárez, exigieron como condición para pactar la paz la renuncia de Ramón Corral a la vicepresidencia del país, la mitad de los puestos del gabinete para representantes maderistas y el nombramiento de 14 gobernadores interinos maderistas que convocarían a elecciones inmediatas en esas entidades -es decir, lo que ofrecía Díaz- Entre esos 14 estados que reclamaban para sí los líderes maderistas no figuraba Morelos, aunque sí los vecinos Puebla, Guerrero, Oaxaca y México.

A pesar de ello, por su cercanía geográfica a la capital del país, los alzados

---

abril de 1911, leg. 70, fs. 9387-9390 informó de la victoria en Tepeojuma y Santiago contra más de dos mil rebeldes, a los que, según dijo, les hizo más de 120 muertos y les quitó 210 caballos; jefe político de Izúcar a Díaz, 21 de abril de 1911, leg. f. 9599. Desde luego, había exageración en esas cifras, como es una constante en las informaciones militares. *El Imparcial y El Diario*, 21 de abril de 1911 Brunk, *op. cit.*, pp. 33-34.

<sup>33</sup> Francisco Vázquez Gómez, *Memorias Políticas, 1909-1913*, México, Universidad Iberoamericana-El Caballito, 1982, pp. 127-159.

surianos comenzaron a ser conocidos por la población citadina a través de la prensa nacional, que dedicó un espacio cada vez mayor a sus actividades. Por esas fechas se le incorporaron varias personas que pronto jugarían un papel importante dentro del movimiento: los hermanos Gildardo y Octavio Magaña, michoacanos radicados en el D.F., de origen clasemediero y que se convertirían en intelectuales orgánicos del zapatismo, Felipe Neri (trabajador agrícola de la hacienda de Chinameca), Fortino Ayaquica (obrero textil de Atlixco) y José Trinidad Ruiz (predicador protestante de Tlaltizapán), así como Juan Andrew Almazán, joven guerrerense, estudiante de medicina, encargado de los servicios médicos de la prisión de Puebla, quien muy pronto demostró una enorme iniciativa, ambición y oportunismo, que lo llevaron a jugar un papel importante en las fases tempranas de la rebelión, pero cuyas oscilaciones políticas acarrearían un sinnúmero de dificultades a sus aliados.<sup>14</sup>

Un balance de la actividad de los rebeldes jefaturados por Zapata en esos dos meses mostraba cómo contaban ya con un cuerpo armado de entre mil y dos mil hombres, habían ocupado varias de las más importantes poblaciones de la entidad y se habían convertido en la fuerza rebelde más importante en el estado.

Aunque los jefes maderistas nacionales no le dieran mucha importancia al movimiento rebelde en Morelos, Díaz y Limantour sí lo hicieron y, al igual que en otras entidades, aplicaron varias medidas importantes para tratar de desactivarlo: trasladaron al general Blanquet, quien se encontraba en la campaña contra las fuerzas maderistas en Chihuahua, para que se hiciera cargo de las operaciones en Morelos, intensificaron el

---

<sup>14</sup> Brunk. *op. cit.*. pp. 32-33; Womack. *op. cit.*, p. 81. *El País*, 3, 6, 8, 17, 23 de abril, 6 de mayo de 1911.

reclutamiento militar y. el 17 de abril, el ministro de Hacienda y jefe de los *científicos*, Limantour, quien fungía como el operador político del régimen y maniobraba para tratar de salvar la deblacle del sistema y mantener su influencia, se reunió con el viejo caudillo Francisco Leyva para ofrecerle la gubernatura de Morelos. De entrada, el régimen consiguió que el viejo caudillo local aceptara la jefatura de armas en el estado, al tiempo que el gobernador Escandón pedía una licencia temporal de 4 meses. El congreso local, por instrucciones de Díaz, decidió nombrar como gobernador provisional al viejo Leyva, quien puso varias condiciones y finalmente no aceptó, por lo cual la entidad quedó acéfala políticamente durante las semanas siguientes.<sup>35</sup>

En ocasiones anteriores, medidas similares le habían permitido a Díaz desactivar las protestas locales y retomar el control político del centro. La concesión que ahora ofrecía no era menor: poner al frente del gobierno del estado a su viejo rival local y principal figura opositora, un año después de que había desactivado la campaña electoral de su hijo Patricio Leyva. Sin embargo, estas medidas ahora no fueron suficientes para aplacar la rebelión local, que contaba con un liderazgo nuevo y plebeyo, sobre el que no tenían influencia ni el viejo caudillo nacional ni el viejo caudillo regional. Como jefe de armas, Francisco Leyva se entrevistó con Zapata, tratando de conseguir un acuerdo que garantizara un armisticio y el respeto de los rebeldes a las propiedades y vidas de la

---

<sup>35</sup> Por ironías del destino, el viejo Leyva, que había jugado un papel de primera magnitud como caudillo regional y había basado su fuerza en políticas populistas, regresaba a la palestra estatal, en el caso de su vida, a defender los intereses de su viejo rival Díaz y de sus enemigos los hacendados. Vázquez Gómez. *Memorias, op. cit.*, p. 205. *El Diario*, 18 de abril de 1911. APD. Francisco Leyva a Díaz. Cuernavaca. 6. 7 de mayo de 1911. leg. 70, fs. 10822, 10859. El viejo caudillo puso por condición que Escandón presentara su renuncia definitiva al cargo de gobernador y no que pidiera licencia. Después de un breve regateo, Díaz finalmente aceptó, pero al enfermarse y precipitarse los acontecimientos en el norte del país, con la toma de Ciudad Juárez por Orozco y Villa y los acuerdos de Ciudad Juárez, no hubo tiempo para consumar el relevo. Ver también Patricio Leyva a Díaz. Cuernavaca. 10 de mayo de 1911. fs. 11110-11115 y Francisco Leyva a Díaz. Cuernavaca, 18 de mayo de 1911. f. 11652.

poblacion.<sup>36</sup>

La rebelión en el campo morelense y en una vasta zona contigua, estaba tomando visos de una ruptura violenta contra el régimen porfiriano, contra las instituciones e individuos en que se acumulaba mayor resentimiento y contra las casas comerciales y haciendas. Todo esto se convirtió, junto con las vías de comunicación, en el blanco principal de los ataques rebeldes. Esta actividad ocasionó en varias haciendas la pérdida de la zafra y parte de las cosechas en la primavera de 1911, lo que provocó a su vez nuevas rupturas y deserciones, en las haciendas, de peones, arrendatarios y trabajadores, que se enfrentaron a la necesidad de buscar el sustento para sus familias en otra parte. Lo que había sido hasta entonces el orden tradicional estaba siendo puesto en cuestión seriamente.

Mientras tanto, en el norte y otras regiones del país se había consolidado la rebelión maderista, que había rebasado ya la capacidad de respuesta política y militar del régimen porfiriano. Éste, comenzó a negociar una salida pacífica que permitiera el establecimiento de un periodo de transición en el que se conservara una parte del viejo sistema y, al mismo tiempo, se le pusieran límites precisos a la revuelta. El desplazamiento del ejército federal hacia el norte, su dispersión por el vasto territorio nacional y las señales de debilidad del sistema porfiriano, hicieron que las fuerzas del

---

<sup>36</sup> ARD. "Memorandum...", citado, t. 7, e. 37, fs. 12-13. Leyva, también, emitió un "Manifiesto al pueblo de Morelos", en donde conminaba a dejar a un lado los resentimientos en bien de la Patria y de su estado y evitar así un conflicto internacional. Ahí mismo criticaba a los rebeldes "mal aconsejados y sugestionados por individuos de perversas intenciones, que no persiguen fines nobles y levantados se han entregado a verdaderos actos de pillaje y devastación, destruyendo el ferrocarril, atacando las haciendas y saqueando las tiendas en las poblaciones, propiedades en su mayor parte de extranjeros". *El Diario*, 18 de abril de 1911. Como representante militar del régimen porfiriano, el lenguaje de Leyva había cambiado y ahora condenaba la violencia ejercida contra las instituciones porfirianas y las haciendas

orden que quedaban en Morelos se concentraran sólo en las ciudades y plazas más importantes y dedicaran sus mayores recursos logísticos a proteger las haciendas y la ciudades de Cuernavaca y Cuautla. Los rebeldes surianos de Morelos y los estados aledaños, sacaron partido de esta situación y ocuparon las ciudades medianas y un sin fin de poblaciones pequeñas de sus respectivas entidades. Las últimas y desesperadas medidas de Díaz y Limantour resultaron infructuosas y no pudieron contener el desafío de una rebelión extendida que rebasó la capacidad de respuesta del régimen.

Además de la hacienda, la otra gran institución económica en la zona zapatista, eran las fábricas textiles, localizadas en la región poblana y que estaban entre las más importantes del país. El descontento en los trabajadores textiles había sido endémico durante el porfiriato. Ese sector, sin duda, el mejor organizado y combativo, había sido duramente reprimido por el régimen. particularmente en Río Blanco, en 1906, represión que había dejado secuelas y que, sin embargo, no había conseguido desarticular su resistencia.<sup>37</sup> Hacia el final del porfiriato, los textiles continuaban movilizados y demandando aumentos salariales, mejores condiciones laborales y protestando contra las reglamentaciones impuestas por los patrones y sostenidas por la fuerza del sistema político porfiriano. Para capitalizar ese descontento, los zapatistas se lanzaron contra la zona fabril de Metepec, en Puebla, asaltando la fábrica textil, que fue saqueada por los obreros y las mujeres del lugar. Según los dueños de la empresa, las pérdidas ascendieron a 800 mil pesos y murió en el ataque un empleado francés. Los diarios capitalinos

---

<sup>37</sup> Rodney Anderson, *Outcasts in their Own Land, Mexican Industrial Workers, 1906-1911*, Illinois, Northern Illinois Press, 1971.

informaron de una numerosa incorporación de obreros a las filas rebeldes.<sup>38</sup>

### *La disputa entre los rebeldes por la hegemonía regional*

Las fuerzas de los rebeldes morelenses crecieron considerablemente en esas semanas. Y aunque la autoridad de Zapata y los líderes locales no estaba aún consolidada, en Morelos no hubo la proliferación de bandas y caudillos independientes, ni la sorda disputa por la hegemonía que caracterizó la insurrección en otras entidades del país por esos días.

Sin embargo, pronto empezaron a ocupar un papel central en los asuntos de la entidad morelense grupos foráneos, procedentes de Guerrero, encabezados por los hermanos Figueroa, familia de rancheros de clase media y cabezas de un clan opositor al porfiriato asentado en la zona de Huitzucó. Los más importantes miembros del clan fueron Rómulo Figueroa, ranchero, pequeño ganadero, quien había sido síndico de ese lugar; Ambrosio Figueroa, comerciante y arriero, que había trabajado como encargado del molino de una hacienda en Jojutla, Morelos, y Francisco Figueroa, quien era maestro rural en Huitzucó. Esta familia, de rancheros acomodados, participó durante la etapa maderista electoral en su estado natal; sus miembros decidieron levantarse en armas por las mismas fechas que los rebeldes morelenses. Los tres hermanos habían vivido en Jojutla y tenían vínculos en la región colindante entre los dos estados

Esos vínculos, a un nivel más general, no eran algo nuevo. La vecindad, los lazos

---

<sup>38</sup> *El País*, 8 y 10 de mayo de 1911. Entretanto, rebeldes encabezados por Bernabé Labastida y Lucio Moreno ocuparon Yautepec, según contó Leyva a Díaz, Cuernavaca, 2 y 3 de mayo de 1911. *APD*, leg. 70, fs. 10448-10452, 10549.

étnicos, de parentesco, trabajo y amistad entre las localidades vecinas, así como los flujos económicos y los nexos culturales que existían entre ambos lados de los límites fronterizos de Morelos y Guerrero habían creado, desde tiempo atrás, una estrecha relación entre las poblaciones de uno y otro lado. Este factor hizo que, de manera natural, al incorporarse a la revuelta la población indígena y campesina morelense, comenzara a propagarse aquella al estado guerrerense vecino. De este modo, un jefe como Tepepa contaba entre sus huéspedes con hombres originarios de Guerrero y realizó con ellos incursiones en localidades de aquel estado. Asimismo, los Figueroa pudieron hacer lo propio en poblaciones del estado de Morelos. Esto mismo pudo hacer Zapata en varias ocasiones, en la frontera y en el territorio poblano, así como en el estado de México. Así pues, la situación similar, los vínculos, el contagio, la colaboración y los agravios que tenía la población contra el sistema porfiriano y el debilitamiento de éste permitieron la extensión del movimiento zapatista a las zonas aledañas. La diferencia de la revuelta en el estado de Guerrero, estribó en el hecho que ahí sí hubo desde el principio numerosos y fuertes grupos rebeldes locales, con intereses, composición social, motivos y proyectos propios y, por tanto, se desarrolló una marcada rivalidad entre los líderes de Morelos y los de Guerrero.

Éso no ocurrió en el estado de México ni en Puebla, donde el zapatismo se extendió sin rivales de consideración, como una extensión natural de su creciente influencia, aprovechando que también con las regiones fronterizas de esos dos estados había estrechos vínculos culturales, históricos y comerciales entre sus poblaciones. En el Estado de México, jefes zapatistas morelenses como Genovevo de la O y Francisco

Pacheco no encontraron grandes dificultades para ampliar su radio de influencia en Tenango y Tenancingo, aprovechando tales vínculos. En regiones más alejadas de la frontera, hacia el valle de Toluca, las incursiones de los rebeldes de Morelos o de Guerrero tenían visos de ser fuerzas de ocupación. En los municipios poblanos colindantes con Morelos, como Atlixco, Izúcar, Chiautla y Chietla, Eufemio Zapata y el *Tuerto* Morales encontraron terreno propicio para hacer crecer la revuelta y ganar apoyo local. En ambas entidades, los liderazgos autóctonos locales fueron débiles y estuvieron subordinados a jefes morelenses.<sup>39</sup>

A los grupos que se habían formado en el estado de Guerrero durante el antirreeleccionismo y que se incorporaron a la rebelión maderista, les interesó ganar presencia en el vecino Morelos. Además de los Figueroa, también trataron de ganar presencia políticos de Guerrero que habían participado en el maderismo electoral, como Matías Chávez, de Iguala, que había sido gobernador interino en dos ocasiones de la entidad, José Inocente Lugo, influyente abogado local de Coyuca, Juan Andrew Almazán, nativo de Olinalá, inquieto estudiante de medicina que se había establecido en Puebla, Enrique Añorve, médico de la población de Abasolo, Jesús H. Salgado, rancharo acomodado de la Tierra Caliente y Miguel Asúnsulo, minero chihuahuense que se había arraigado en Guerrero.<sup>40</sup>

---

<sup>39</sup> Este conflictivo factor de las relaciones entre los rebeldes de Morelos y Guerrero constituye -como después sería la relación con el centro nacional-, un elemento decisivo, que debe tomarse muy en cuenta para analizar y comprender las particularidades que tuvo el origen y desarrollo del movimiento insurgente en la zona morelense, y del zapatismo en particular.

<sup>40</sup> Renato Ravelo Lecuona, *La revolución zapatista en Guerrero. Tomo I, de la insurrección a la toma de Chilpancingo 1910-1914*, UAG, 1990, pp. 23-31; Ian Jacobs, "Rancheros de Guerrero. Los Hermanos Figueroa y la Revolución", en David A. Brading (compilador), *Caudillos y Campesinos en la Revolución Mexicana*, México, FCE, 1985, pp. 106-124; también de Jacobs, *La revolución mexicana en Guerrero. Una revuelta de los rancheros*, México, ERA, 1990, pp. 105-119; Womack, *op. cit.*, pp. 83-84.

Todos estos individuos se levantaron en armas en Guerrero, en donde ocurrió también un notable crecimiento de la revuelta durante los meses de marzo y abril de 1911, en un proceso muy parecido al que estaba teniendo lugar en Morelos. La mayoría de los líderes guerrerenses habían participado en el maderismo electoral y se sumaron a la rebelión maderista, tardíamente también. Empero, a diferencia de sus similares de Morelos, los principales dirigentes guerrerenses levantados en armas, y particularmente el clan de los Figueroa tuvieron una relación más estrecha, desde el principio, con los dirigentes nacionales maderistas y un mayor entendimiento con los grandes propietarios, tanto del estado de Guerrero, como de Morelos. Las excepciones fueron Jesús H. Salgado y Juan Andrew Almazán, quienes se unieron más tarde con el zapatismo morelense, en una alianza que buscaba fortalecer su posición debido a las serias diferencias y disputas por la hegemonía estatal que tuvieron con el clan de los Figueroa, con José Inocente Lugo y con los demás líderes de Guerrero.

La rebelión guerrerense, como movimiento de masas, tuvo rasgos en varios sentidos similares a la de Morelos. También ahí hubo una incorporación importante de la población rural y se dieron rasgos de violencia popular contra las grandes propiedades, contra hacendados y caciques, contra los mayores tenderos y comerciantes de las localidades y contra los jefes políticos identificados con el régimen porfirista. De igual modo, jefes y soldados de las bandas guerrilleras aprovecharon la revuelta para cometer abusos contra parte de la población, para camuflar venganzas y buscar provecho personal. En Guerrero, también, una parte importante de la dirección de los numerosos grupos rebeldes recayó en líderes nuevos ligados fuertemente a sus comunidades de

origen.

Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en Morelos en que estuvieron ausentes en el movimiento dirigentes de dimensión estatal o nacional y tampoco participaron personajes prominentes de las clases dominantes, en Guerrero una parte de la dirección inicial de la rebelión estuvo compuesta por individuos notables de la élite política opositora, originarios de las clases medias rurales y urbanas, con una posición política más moderada, cuya formación política era la típica de los sectores a los que había reclutado el maderismo electoral y que habían tenido participación en éste. Así, no fue casual que contaran con vínculos mucho más estrechos con la dirección nacional maderista, con la que compartían buena parte de su visión y planteamientos ante los problemas nacionales, particularmente el agrario. Por ello estos líderes guerrerenses no veían con buenos ojos los ataques de las bandas guerrilleras contra las grandes propiedades agrarias, los comerciantes y autoridades, ni avalaban los actos de sabotaje contra los edificios públicos y las vías de comunicación. La consecuencia natural fue la convergencia y afinidad de parte de esa dirección maderista local con algunos de los grandes propietarios y, por consiguiente, explica en parte sus diferencias crecientes con la más plebeya y radical revuelta agraria morelense.<sup>41</sup>

Como ha mostrado convincentemente Alan Knight, al extenderse la rebelión maderista y vislumbrarse cercano el triunfo, se acentuó la división en sus filas entre una fracción moderada, compuesta por personas y clanes de las élites y de las clases medias

---

<sup>41</sup> Ian Jacobs. *La revolución mexicana en Guerrero...*, op. cit., pp. 106-108, llama la atención acerca de la ideología liberal de los hermanos Figueroa y la similitud de sus planteamientos con los de Madero; para unos y otro, el político era el principal problema nacional.

ilustradas, que no querían atacar ni menos modificar la estructura de la propiedad existente, y por la otra, una fracción más radical, integrada por líderes agraristas y populistas que abarcaban un amplio espectro, desde algunos dirigentes maderistas nacionales que trataban de empujar hacia la realización de reformas sociales y económicas, como el ala proveniente de las escisiones del Partido Liberal Mexicano, en la que figuraban Antonio I. Villarreal, Juan Sarabia y Antonio Díaz Soto y Gama y gente cercana a ellos, como Luis Cabrera, hasta los nuevos líderes arraigados a sus localidades, en los que había una ideología menos precisa de transformación social, pero una práctica más radical contra las instituciones del viejo régimen.

Sobre todo éstos últimos, aceptaban y promovían los ataques a la propiedad, a las personas y a instituciones identificadas por la gente común como especialmente odiosas, como era el caso de muchos de los jefes políticos, al igual que las cárceles y los archivos municipales, que representaban los símbolos del dominio y la represión del sistema porfiriano. Los líderes maderistas moderados se empeñaron desde el principio -y aún más a medida que avanzaba la revuelta-, por controlar y subordinar a los radicales, estableciendo en muchos lugares alianzas con las clases altas que se oponían a la revolución.<sup>42</sup> En Morelos y en Guerrero, los líderes nacionales maderistas intentaron hacer lo mismo y buscaron contar con la colaboración para tales propósitos de los dirigentes regionales más importantes de la rebelión.

En Guerrero, los moderados líderes maderistas locales consolidaron sus vínculos con Madero y fortalecieron su posición regional. Por el contrario, en Morelos el control

---

<sup>42</sup> Knight. *The Mexican Revolution*, *op. cit.*, t. I, pp. 208-215.

desde el principio lo tuvieron líderes radicales autóctonos, alejados relativamente de los dirigentes maderistas nacionales; por ello las relaciones de éstos líderes con el centro nacional y con los grupos económicos dominantes de la entidad fueron siempre más ríspidas. Desde los meses de marzo y abril de 1911, las clases altas morelenses actuaron de manera decidida para defender sus intereses y frenar la violencia popular que se había manifestado en las tomas de las localidades por los insurrectos. Sobre todo, les preocupaba el hecho de que la violencia parecía ser tolerada y promovida por los propios jefes zapatistas, con los cuales no habían podido establecer canales de comunicación para llegar a acuerdos y compromisos. Por ello, hicieron una alianza con los Figueroa, que intentó convertirse en una cuña para controlar al zapatismo.

Esta alianza, bien vista por los directivos maderistas de la ciudad de México, permitió que una parte de las fuerzas rebeldes de los Figueroa tomaran pacíficamente, en abril, la ciudad de Jojutla, pactando un armisticio con el jefe militar federal, comprometiéndose a guardar el orden e impedir que otras fuerzas rebeldes atacaran posiciones defendidas por el régimen.<sup>43</sup> Poco después asesinaron al viejo Tepepa,<sup>44</sup> y le cerraron el paso a los rebeldes zapatistas, ocupando antes que ellos la capital del estado

---

<sup>43</sup> Francisco Leyva a González Cosío, Secretario de Guerra, Cuernavaca, 28 de abril de 1911. *APD*, leg. 70, fs. 10251-10252; Leyva a Díaz, Cuernavaca, 1º de mayo de 1911, leg. 70, fs. 10423-10424. En esta última carta, Leyva decía que "las fuerzas de Figueroa son las más bien armadas, disciplinadas y respetadas. Quedaron obligadas en el armisticio a evitar que otras gavillas ataquen las plazas ocupadas por fuerzas del gobierno." La firma de este acuerdo se convirtió en uno de los factores que más dificultaron el entendimiento entre las fuerzas de Zapata y de los Figueroa. Zapata interpretó esa actitud como una debilidad de los Figueroa y casi como una traición, al pactar unilateralmente el armisticio, sin autorización de Madero ni de las otras fuerzas rebeldes. Los acontecimientos posteriores reforzaron esa desconfianza inicial de Zapata.

<sup>44</sup> El asesinato de Tepepa por Federico Morales -lugarteniente de los Figueroa-, con quien tenía rivalidades añejas en Jojutla, no hizo sino inaugurar un procedimiento que luego sería muy utilizado para resolver disputas y liderazgos dentro del movimiento zapatista, tanto en la entidad morelense como en las zonas aledañas.

La ocupación de Cuernavaca por las fuerzas de Figueroa, como la de Jojutla, fue pacífica y contó con el apoyo de los propietarios locales y de las autoridades políticas y militares porfirianas. La prensa oficial y católica de la ciudad de México destacaba "los magníficos antecedentes de los jefes guerrerenses, los cuales respetan y garantizan vidas e intereses y castigan a quienes cometen desórdenes". A pesar de ello, en la entrada de las tropas figueroistas a Cuernavaca, hubo desórdenes populares y liberación de presos, desmanes que tuvo que controlar Asúnsolo, lo cual muestra que el comportamiento violento de las bandas rebeldes rebasaba a menudo las intenciones de control de sus jefes.<sup>45</sup>

Los zapatistas, ante la salida inminente de Díaz del poder y el avance de las negociaciones entre el maderismo y el régimen porfirista, vieron amenazados sus intereses con la mayor influencia de los Figueroa, que habían aposentado sus reales en Cuernavaca. En un esfuerzo para no ser desplazados, incrementaron sus acciones. El 29 de abril, encabezados por Zapata, atacaron otra vez Jonacatepec, tomándola después de dos días de combates. En ese lugar, liberaron a los presos, fusilaron al jefe político y a 2 jefes de las fuerzas rurales y nombraron nuevas autoridades locales.<sup>46</sup>

La disputa por la hegemonía regional entre los zapatistas y los figueroistas no se resolvió definitivamente. Para ello, hubiera sido necesario que uno solo se impusiera y sometiera al otro, imponiendo condiciones que aseguraran su dominio y que evitaran que el poder alcanzado fuera desafiado. Eso no ocurrió. Transitoriamente, empero, los de Guerrero habían logrado desplazar a los rebeldes de Morelos y ocuparon, gracias al

---

<sup>45</sup> *El País*, 21 de mayo de 1911.

<sup>46</sup> Leyva a Díaz, Cuernavaca, 3 de mayo de 1911, *APD*, leg. 70, fs. 10549-10550. La sustitución de los funcionarios locales, a los que se identificaba como parte del régimen porfiriano, mostraba congruencia con el *Plan de San Luis* maderista y sirvió para dar legitimidad al movimiento rebelde, al hacerse eco de esas demandas muy sentidas de algunas poblaciones contra esos funcionarios.

apoyo maderista, la primacía regional. Sin embargo, era una superioridad que, para consolidarse, necesitaba hacerse del poder político regional y obtener el monopolio de las armas, desmovilizando y desarmando a los grupos rivales. Por tanto, la disputa por el dominio regional rebelde quedó en suspenso.

### *El colapso del porfiriato*

La acción culminante de la rebelión morelense tuvo lugar el 12 de mayo cuando Zapata, al frente del más numeroso contingente que había podido aglutinar, puso sitio a Cuautla, la segunda ciudad en importancia del estado, tomándola el 21 de mayo de 1911, después de un cerco en el cual el encono de los enfrentamientos produjo escenas de violencia y destrucción en un grado mayor de lo que había ocurrido en los combates y ocupaciones anteriores.<sup>47</sup> Con ello los grupos rebeldes habían tomado control de las principales ciudades de la entidad, desbandando al ejército federal y a los poderes públicos locales. La rebelión se había extendido a una amplia zona del centro sur del país contribuyendo - junto con la rebelión nortea que acababa de tomar finalmente Ciudad Juárez-, a minar las bases del régimen porfiriano y precipitar su caída.<sup>48</sup>

En Guerrero y zonas del estado de México y Puebla se había desarrollado una

---

<sup>47</sup> Leyva a Díaz. Cuernavaca, 13 y 14 de mayo de 1911, *APD*, fs. 11370, 11443-11444; Womack, *op. cit.*, pp. 85-86; Brunk, *op. cit.*, pp. 37-38; Lecuona, *op. cit.*, pp. 104-154; Magaña, *op. cit.*, t. I, pp. 113-114; *El Diario*, 20 y 24 de mayo de 1911; *Diario del Hogar*, 19 de mayo, 3 de junio de 1911. Aunque debe haber exageración, los diarios y los testimonios hablaban de una fuerza rebelde cercana a los cuatro mil hombres.

<sup>48</sup> Incluso, para muchos de los principales dirigentes maderistas que estaban por esos días en los Estados Unidos, como los hermanos Vázquez Gómez, Federico González Garza, Juan Sánchez Azcona y otros, el avance del movimiento insurgente en el sur fue considerado como un factor decisivo y, en algunos momentos, más importante que lo que estaba ocurriendo principalmente en Chihuahua.

situación similar. El jefe de la tienda de raya de la hacienda de Teloloapan, resumió así la situación en Guerrero que, por lo demás, podía aplicarse a otras regiones:

"... la mayor parte del estado de Guerrero ha caído y permanece bajo el dominio de los revolucionarios, con excepción de Chilpancingo, Iguala, Acapulco... ¡Y circunstancia extraordinaria! Para obtener ese resultado no ha sido forzoso que se derramen torrentes de sangre ni que se entablen batallas serias, sino que el movimiento ha sido tan espontáneo y formidable que los rebeldes sólo han tenido que presentarse en algunos pueblos para que en masa los secunden los habitantes y se depongan en el acto a los funcionarios públicos que no son bien vistos".<sup>49</sup>

Sin embargo, como se ha visto, en muchos otros lugares no fue tan sencillo el asunto y predominó una alta dosis de violencia de uno y otro lado de las partes enfrentadas. Ante la inutilidad de la resistencia, el gobernador poblano entregó pacíficamente la ciudad de Tehuacán a los rebeldes Prisciliano Martínez y Camerino Mendoza, cuyas tropas saquearon los comercios de la ciudad. Solo la ciudad capital permaneció en manos de la fuerzas del régimen.<sup>50</sup>

### *Liderazgo e identidad*

Las disputas por el liderazgo entre las fuerzas zapatistas y los Figueroa se hicieron más agudas. Al igual que quiso hacerlo con Zapata, el régimen porfiriano estableció contacto con los Figueroa y obtuvo de éstos la suspensión de actividades bélicas, en un acto que disgustó a líderes maderistas como José Vasconcelos, quien opinó que con eso se debilitaba el frente insurreccional y se daba un respiro al agonizante régimen porfiriano.

---

<sup>49</sup> *El Diario*, 12 de mayo de 1911.

<sup>50</sup> *CPD*, Valle a Díaz, 29 de abril de 1911, c. 371, f. 10205; Isunza a Srio. de Guerra, 29 de abril de 1911, c. 371, f. 10245. E. Vázquez Gómez a F. Vázquez Gómez, San Antonio, Texas, 11 de mayo de 1911, en Vázquez Gómez, *op. cit.*, pp. 177-178. *El País*, 16 de mayo de 1911.

La toma de Ciudad Juárez definió la capitulación del gobierno de Díaz<sup>51</sup> y afianzó las posiciones que habían conquistado los distintos grupos rebeldes. Luego de la firma de los tratados de Ciudad Juárez del 21 de mayo de 1911, en los que las fuerzas maderistas se comprometieron a terminar las hostilidades, a restablecer el orden público y la tranquilidad en la República y a licenciar a las fuerzas rebeldes, los líderes maderistas procedieron a tomar o reforzar el control sobre los distintos grupos maderistas regionales. En el escenario morelense, Madero y sus principales asesores tomaron partido por el clan de Guerrero, con el objetivo de garantizar la paz y la seguridad en el estado de Morelos, calmar a los hacendados y subordinar a los radicales zapatistas.<sup>52</sup>

Estas tensiones, rupturas y alianzas entre los distintos grupos que se disputaban la hegemonía en el proceso insurreccional de la región, tuvieron el efecto de definir a dos bandos claramente diferenciados: de un lado, una alianza entre las clases propietarias locales, el grupo capitaneado por los hermanos Figueroa y los líderes maderistas nacionales; por el otro, el de los revolucionarios morelenses encabezados por Zapata, que

---

<sup>51</sup> Santiago Portilla, *op. cit.*, tiene razón en enfatizar la amplitud de la revuelta y el desbordamiento que hizo ésta de la capacidad de respuesta del régimen porfirista, sin lo cual no puede entenderse su capitulación ni los acuerdos de transición con el maderismo. Paul Vanderwood también tiene razón en señalar que la derrota del régimen porfiriano se debió a que la estructura militar del ejército, su excesiva centralización y la pequeñez de sus fuerzas no pudieron contrarrestar la rebelión. Ver Paul Vanderwood, *Los rurales mexicanos*, FCE, 1982, pp. 174-175.

<sup>52</sup> Vasconcelos a Vázquez Gómez, 10 de mayo de 1911, en *Ibid.*, p. 178. Los propietarios morelenses le pidieron a Madero en esos días, en repetidas ocasiones, que nombrara a Ambrosio Figueroa jefe de armas en Morelos, "para evitar las depredaciones de Emiliano Zapata", ver Aristeo Calderón y otros a Madero, México, 20 de mayo de 1911, *Archivo de Francisco Madero*, Biblioteca Nacional de México, manuscrito 1116. Varios investigadores han señalado el papel -a la larga contraproducente para el maderismo-, que desempeñaron los Figueroa, al obligar a los zapatistas a unirse y radicalizar su postura contra los intentos de injerencia foránea. Véase Magaña, *Zapata y el agrarismo...* *op. cit.*, I, pp. 111-112, Womack, *op. cit.*, pp. 83-84, Jacobs, *op. cit.*, p. 111. Las negociaciones de Díaz con los Figueroa se vinieron abajo con la ruptura de hostilidades en el norte del país y la toma de Ciudad Juárez; ver *El Diario*, 5 de mayo de 1911 y Francisco Figueroa a Díaz, Chilpancingo, 25 de mayo, en donde le informa que los jefes guerrerenses rebeldes lo han nombrado gobernador del estado y pregunta si se le reconoce y aceptan sus servicios. *APD*, leg. 70, f. 11836.

aunque carecían de apoyos entre las élites regionales y nacionales. habían conseguido arraigo en sectores populares y contaban con una fuerza que no podía hacerse a un lado en la recomposición del orden y las instituciones que tuvo lugar a la caída del régimen porfirista. Al mismo tiempo, estas diferencias sirvieron para agrupar a los rebeldes zapatistas, mediante un proceso de identificación y de defensa de intereses comunes, que se fueron desarrollando, en buena medida, contraponiéndose a la injerencia de los grupos foráneos y del centro nacional maderista. Este proceso de rivalidad con los de Guerrero sirvió como punto de partida para la identidad de los rebeldes morelenses.

Dentro del grupo de los rebeldes morelenses se fue afirmando la supremacía del grupo originario de Anenecuilco-Villa de Ayala-Jojutla, debido a varias razones. En primer lugar, porque fue el único que buscó vincularse formalmente y obtener el reconocimiento de la dirigencia maderista nacional, obteniendo con ello legitimidad para su revuelta, al tiempo que le daba una dimensión extrarregional a la misma. Fue también, al principio, el grupo regional más fuerte y cohesionado, que supo sacar partido de las circunstancias que se presentaron en la entidad, que se fortaleció con la incorporación de jefes locales con arraigo y de intelectuales de clase media foráneos que le fueron de gran utilidad, como los hermanos Gildardo y Rodolfo Magaña. Juan Andrew Almazán y Abraham Martínez -primo de Luis Cabrera, quien fue la figura intelectual más conocida por la opinión pública, a través de la prensa, durante los meses de gestación del zapatismo-, lo que les permitió obtener alianzas exteriores y recursos. Logró también reconocimientos que retroalimentaron su liderazgo interno, como fue el caso del pacto que tuvieron con los Figueroa de Guerrero y los intentos de negociación de un armisticio

que buscó el viejo Francisco Leyva con Zapata en mayo de 1911. Todo ello fortaleció al grupo rebelde, y consolidó dentro de él, la dirección de Emiliano Zapata, quien alcanzó una dimensión extrarregional. Como resultado de este proceso, en mayo de 1911. los zapatistas eran la principal fuerza rebelde en Morelos y controlaban militarmente las principales poblaciones de la parte centro oriental del estado y de la zona fronteriza poblana.<sup>53</sup>

Por otro lado, en el extremo noroccidental del estado de Morelos operaba por su cuenta el grupo rebelde de Genovevo de la O, con una gran independencia. Hasta esos momentos este grupo no había tenido relación ni había participado en las disputas ocurridas en la parte central del estado y, aunque formalmente había reconocido la jefatura de Zapata, en realidad operaba con una dinámica muy autónoma.<sup>54</sup>

Las características de la rebelión, la violencia de masas de los grupos rurales marginados contra las instituciones del viejo régimen, el debilitamiento del estado porfirista y la disputa por el liderazgo rebelde con el grupo figueroista hicieron que el grupo de Zapata, que se consideraba a sí mismo como parte subordinada de la rebelión maderista nacional, que aceptaba el liderazgo de Madero y que encontraba en el *Plan de San Luis* su justificación ideológica y sus banderas programáticas, se fuera cohesionando como un grupo con intereses propios, desarrollados en el proceso mismo de la insurrección, en la identificación con las acciones de masas, ligados fuertemente a la problemática rural de sus comunidades, y que fueran distanciándose, tanto de los líderes

---

<sup>53</sup> Gildardo Magaña, *op. cit.*, t. 1, pp. 103-133; Womack, *op. cit.*, pp. 60-82.

<sup>54</sup> Véase el diario de campaña de Genovevo, que se encuentra en el AGN, *Archivo Genovevo de la O*, caja 12, expediente 1.

maderistas más moderados, como de sus rivales guerrerenses. En ese proceso, de manera todavía incipiente, comenzaron a distanciarse de la tendencia conservadora que se estaba imponiendo en el maderismo triunfante, proceso que se facilitó porque la insurrección en Morelos había dado lugar, en esos meses, a la formación de un liderazgo propio, líderes que, además, crecían merecer un lugar en la reorganización de los poderes locales.

### *Control del centro sobre la rebelión*

La visión conservadora de Madero y de sus familiares, así como de muchos de sus principales asesores, junto con los compromisos de respeto a la propiedad y a los intereses de las familias de las élites, al igual que a las instituciones, llevaron a los líderes maderistas a tratar de afianzar el control sobre la actividad de las numerosas bandas guerrilleras que habían proliferado en el país. Ante la inminencia del triunfo y con la experiencia de las diferencias que habían tenido los jefes maderistas en la toma de Ciudad Juárez y en otras regiones del país, se volvió imprescindible para Madero y sus principales colaboradores mantener el control y la disciplina de los grupos armados diseminados por el territorio nacional y evitar actos violentos y expropiaciones contra las clases propietarias y las fuerzas del orden. Necesitaban demostrar que los hilos de la rebelión estaban en sus manos para dar tranquilidad a los diversos sectores de la sociedad, preocupados seriamente por la violencia desatada durante esos meses y poder establecer una transición pacífica con los representantes del régimen porfiriano. Adicionalmente, Madero y la élite más cercana a él necesitaban acotar los límites de la

revuelta, tanto en el terreno militar, como en las demandas de reforma social. Extendieron así órdenes a los distintos jefes militares que operaban en las regiones para contener los desmanes, concentrar y vigilar a sus fuerzas y comenzar, en la medida de lo posible, la desmovilización.

En Morelos, la dirigencia nacional maderista reconoció a Zapata como el representante de las fuerzas armadas revolucionarias en la entidad y, días antes de la firma de los Tratados de Ciudad Juárez, Alfredo Robles Domínguez -que había recuperado su libertad y su cargo como coordinador de la revolución maderista en los estados del centro y sur de la república-, hizo varios llamados a Zapata y a los principales jefes subordinados de éste para que respetaran a las haciendas y no permitieran desórdenes en sus filas, prohibiéndoles avanzar hacia nuevas poblaciones y ordenándoles que, o bien permanecieran en las posiciones en que se encontraban, o que regresaran a sus lugares de origen, en virtud de que se había consumado el triunfo y no era necesaria su presencia armada en las principales poblaciones ocupadas.<sup>55</sup>

En el territorio suriano, donde había habido una elevada dosis de violencia contra las clases propietarias, que había alarmado a estos sectores y donde se había producido una ruptura entre los jefes zapatistas con los rebeldes de Guerrero, los dirigentes nacionales maderistas y sus aliados locales se vieron en la necesidad de restablecer el orden, garantizar el *statu quo* y conseguir un pronto arreglo entre el grupo zapatista y los Figueroa. Madero comisionó a Alfredo Robles Domínguez para este fin y para que se

---

<sup>55</sup> Alfredo Robles Domínguez a Manuel Asínsolo, México, 22 de mayo de 1911. en *ARD*. tomo 4, expediente 17. f. 2; Alfredo Robles Domínguez a Zapata. México, 22 de mayo. f. 5; J. I. Lugo a A. Robles Domínguez. Amecameca. 24 de mayo, f. 6; Matías Chávez a A. Robles Domínguez. Cuernavaca. 24 y 25 de mayo. fs. 8, 14; Francisco Figueroa a A. Robles Domínguez. Iguala. 24 de mayo. fs. 10, 11; Alfredo Robles Domínguez a Asínsolo. Cuernavaca, 25 de mayo. fs. 15-22.

encargara del licenciamiento de los rebeldes surianos, respecto a los cuales los líderes maderistas veían con recelo.<sup>56</sup> Las negociaciones no fueron fáciles, puesto que tanto Zapata como Figueroa querían ocupar el liderazgo y el reconocimiento como los triunfadores.

Sin embargo, Robles Domínguez, que reflejaba en esos momentos la mayor afinidad maderista con los de Guerrero, fortaleció la posición de éstos y consiguió tres importantes concesiones de los zapatistas. En primer lugar, que Zapata y su grupo, que se empeñaban en nombrar gobernador del estado -de acuerdo a lo establecido en el *Plan de San Luis*-, aceptaran como gobernador al banquero Juan Carreón, candidato propuesto por el guerrerense Asúnsolo, quien controlaba militarmente Cuernavaca. En segundo lugar, lograron la aceptación de los zapatistas de iniciar el desarme de sus fuerzas y regresar a sus lugares de origen en cuanto el licenciamiento concluyera. Finalmente, consiguieron que Zapata no actuara ni buscara vengarse contra el asesinato de Tepepa, ejecutado por el jefe figueroísta Federico Morales. Aunque las negociaciones no lograron eliminar las diferencias entre ambos grupos, establecieron otra relación de fuerzas, al menos temporalmente, al favorecer al bando de los de Guerrero e inclinarse por ofrecer garantías y seguridades a las clases propietarias de la entidad, al grado de poner a un representante de éstas como gobernador y legitimar la ocupación militar del estado por los guerrerenses, que conservaron sus posiciones, todo ello en detrimento de la fuerza y los espacios de Zapata y los suyos.

Al mismo tiempo, estos acuerdos demostraron, por un lado, la debilidad de la

---

<sup>56</sup> *Diario del Hogar*, 11 de junio de 1911.

postura zapatista ante la dirigencia maderista. A pesar de la toma de Cuautla y de controlar la mayoría de las poblaciones de la entidad, su fuerza no fue condición suficiente para que los maderistas reconocieran y tomaran en cuenta las demandas y propuestas que habían levantado. De igual modo, la aceptación de tales acuerdos por Zapata y sus seguidores eran reflejo, sin duda alguna, de la confianza, lealtad y subordinación de los zapatistas con Madero, quien gozaba de una gran legitimidad ante sus ojos. Esperaban -y éste así se los aseguró reiteradamente-, que una vez que accediera al poder, daría solución a las demandas que habían expresado los seguidores zapatistas: la recuperación de las tierras por los pueblos que las reclamaban, el cese a la injerencia de los políticos y militares guerrerenses, la salida de los jefes políticos y autoridades locales repudiadas por la población y su sustitución por otros elegidos por los propios pobladores y, finalmente, la participación de los jefes zapatistas dentro de la reorganización de los poderes en el estado y que una parte de sus tropas fueran incorporadas a las nuevas fuerzas rurales estatales.<sup>57</sup>

Las reivindicaciones agrarias de los rebeldes morelenses tenían todavía una carácter incipiente y estaban localizadas en unos pocos pueblos, que habían tenido disputas recientes por la propiedad y límites con haciendas colindantes. La generalización de las reivindicaciones agrarias en el movimiento zapatista fue posterior. Hasta esos momentos, los ataques contra las haciendas que habían tenido lugar habían sido para vengar afrentas y conseguir dinero, armamento, caballos y víveres, pero no se habían

---

<sup>57</sup> Asínsolo a A. Robles Domínguez. Cuernavaca, 25 de mayo de 1911, en *ARD*, t. 4, exp. 17, f. 23; Abrahám Martínez a A. Robles Domínguez, Yautepec, 26 de mayo, fs. 24, 27-28, 29; A. Robles Domínguez a Zapata, México, 26 de mayo, f. 30; J. I. Lugo a Alfredo Robles Domínguez, Cuernavaca, 26 de mayo, f. 31; Abrahám Martínez a Alfredo Robles Domínguez, Cuernavaca, 27 de mayo, f. 36; Tomás Ruiz de Velasco a Alfredo Robles Domínguez, 26 de mayo, tomo 1, expediente 6, fs. 44 y ss.

convertido en recuperaciones de tierras y aguas, ni en expropiaciones, y tampoco todavía en reivindicaciones generales para solucionar el problema agrario, aspectos que madurarían durante los siguientes meses.

### *Los motivos de la rebelión*

Con el triunfo de la insurrección maderista, la renuncia de Díaz, la instauración de un gobierno de transición, la convocatoria a elecciones nacionales en las que contendría Madero como principal candidato, a nivel nacional, y con la desaparición de los poderes locales, la disputa por la hegemonía entre las fuerzas de Zapata y de los Figueroa y el inicio de las negociaciones para la reorganización de las instituciones, de las distintas instancias del gobierno y la administración pública local, concluía la primera fase del movimiento zapatista en el estado de Morelos.

Ahora bien, ¿cuáles fueron los motivos de los individuos organizadores de la revuelta y, más importante aún, los de las gentes de Morelos que los secundaron para incorporarse a la rebelión maderista? ¿cuál fue la extensión de su participación? Sobre la primera cuestión sólo pueden plantearse algunas ideas hipotéticas.

Además de los testimonios que existen sobre Zapata y los principales dirigentes de Morelos, no existen muchos más que hayan llegado hasta nosotros de la gente común que se incorporó a la revuelta, ni de la que la apoyó a través de diversos medios. Esta es una ausencia estructural, característica de todos los movimientos sociales, en donde los testimonios escritos que perduran son producto, la mayoría de las veces, de gentes de las

clases medias o altas que pueden caracterizarse -a riesgo de simplificar en exceso-, como intelectuales. Varios investigadores han subrayado la casi ausencia de fuentes directas, en las que se encuentren plasmados los puntos de vista, las visiones y los proyectos de lo que se denomina como clases subalternas. Adolfo Gilly ha escrito que:

"... para hacer oír la voz de los dominados hay que escucharla. Y estos no hablan en la historia, sino solo entre ellos, y eso no queda escrito. Y aun cuando llegan a hacerlo, es solo su capa superior la que habla y escribe por todos: sus dirigentes, sus intelectuales... los de abajo... hablan con sus actos y explican sus pocas palabras por sus hechos y sus obras... Entonces hay que leer en sus acciones, colectivas e individuales, y comprender(las) o intuir(las)".

Alan Knight ha expresado también que, si se pone el énfasis explicativo en los motivos manifiestos expresados por los participantes y se cae en el extremo de hacer una historia casuística, se termina por tener una serie de relatos caóticos y "un conjunto fortuito de motivos personales difíciles de generalizar". Por ello, oponiéndose a "abrazar el azar y el individuo y negar toda forma o patrón", ha señalado que "hay patrones históricos que los mismos sujetos históricos desconocen; o, razonando de otra forma, los historiadores, tanto como los economistas, sociólogos o psicólogos, deben incorporar en su análisis motivos y funciones, no solo manifiestos, sino también latentes"

Con las reservas señaladas, cabe mencionar que existen, sin embargo, algunos testimonios contemporáneos sobre el fenómeno que nos ocupa, que aunque no escapan a las limitaciones mencionadas, indican algunas de las razones y motivos concretos de localidades, grupos e individuos para sumarse a la rebelión. Están además, como propone Gilly, las acciones de las gentes que se incorporaron a la rebelión y que dan material suficiente para reconstruir y -aunque solo sea parcialmente-, explicar esa actividad.<sup>8\*</sup>

---

<sup>8\*</sup> Adolfo Gilly, "La historia como crítica o como discurso del poder" en *Gilly et al. Historia para qué*. México. Siglo XXI editores, 2a. edición, 1981, p. 219. La gran cantidad de testimonios orales

Con estos materiales, se puede establecer que, desde luego, jugaron un papel decisivo los motivos de los individuos que concibieron, organizaron y ejecutaron la revuelta. Como se ha visto, los principales dirigentes rebeldes morelenses tenían agravios personales causados por su participación en luchas agrarias recientes de sus comunidades y por su participación política en el movimiento leyvista de 1909. Habían sufrido la represión, persecución y proscripción del régimen porfirista por tales actividades. Su participación dentro del leyvismo les sirvió para tener una mayor politización, a través del contacto con líderes y corrientes políticas nacionales. El fracaso del leyvismo, a pesar de la represión que significó para ellos, no los hizo desencantarse de la oposición política ni abandonar sus aspiraciones y, antes bien, los radicalizó. Siguieron confiando en la política como vía para resolverlas. Su condición de proscritos y la agudización de los problemas agrarios de sus comunidades, los llevaron a sentirse atraídos por el movimiento electoral maderista, en el que depositaron esperanzas para mejorar su situación, a través de un cambio político nacional que resolvería, entre otras cuestiones, el problema agrario.

Empero, más tarde, al cerrarse las vías legales para el movimiento maderista, al llamar Madero a la rebelión y al percatarse del crecimiento que tenía la insurrección

---

recuperados en entrevistas con veteranos zapatistas por investigadores mexicanos del zapatismo como Alicia Olivera, Salvador Rueda, Laura Espejel y otros, que conforman el muy importante *Archivo de la Palabra*, son muy útiles para dar una idea general del contexto, de la época, de la visión y de los valores de los participantes y, con todas las reservas del caso para este tipo de testimonios, ayudan a comprender la explicación racional posterior que se formaron ellos mismos acerca de su participación juvenil en esos acontecimientos. Ver de Alan Knight su artículo "Interpretaciones recientes de la revolución mexicana", México, *Secuencias*, No. 13, enero-abril 1989, p. 29. Es sugerente, aunque no resuelva la cuestión, ni mucho menos, la obra de Carlo Ginzburg y su propuesta del "método indiciario" para tratar de reconstruir la voz de lo que denomina "clases subalternas" a partir de ciertos testimonios excepcionales y fragmentarios --"indicios"--, que considera como especialmente significativos. Véanse los interesantes comentarios que hace Adolfo Gilly a esta propuesta en el libro que compiló *Discusión sobre la Historia*, México, Aguilar, 1996.

maderista, quienes serían los líderes de la revuelta en Morelos concluyeron que podía existir una oportunidad para realizar por ese camino sus aspiraciones. Eso los decidió a dar el salto a la insurrección, incorporándose a una amplia revuelta que estaba en curso en el país. Aunque fue una decisión personal, también influyó en ella la presión ante la inseguridad de sus familias y el acicate de tratar de resolver los problemas de sus comunidades, en las cuales tenían arraigo, prestigio, y con las cuales sentían un fuerte compromiso. En los casos conocidos de Anenecuilco y Santa María, la necesidad de sembrar y las dificultades para hacerlo pudieron haber llevado a una situación límite que explotó, al decidir sumarse a la rebelión maderista para aprovechar esa oportunidad.

El movimiento rebelde se organizó en torno a gente representativa de las localidades, dando forma a un tipo de liderazgo nuevo, local, compuesto por gente notable de recursos económicos más bien modestos y con escasos vínculos con las élites tanto regionales como nacionales. Dirigentes locales subordinados a un movimiento y a un liderazgo nacional, pero con escasos vínculos con ambos y, por tanto -por lo que tiene que ver con la decisión de la estrategia y de las acciones militares efectuadas en esos meses-, con una gran autonomía. Los nuevos dirigentes aprovecharon, tanto la debilidad del sistema de dominación porfirista, como la ausencia de líderes maderistas en su región para irrumpir a los primeros planos y convertirse en un factor importante de poder en su entidad. Como se ha visto, el modelo explicativo de Tutino puede ser aplicado para comprender el surgimiento de la rebelión morelense. Empero, con el matiz de que si bien el llamado a la rebelión provino de fuera, la organización e instrumentación de la rebelión, así como el liderazgo, fueron hechos con recursos locales, de los cuales surgió

un liderazgo autóctono y donde la debilidad de las élites había sido probada a nivel local, en 1909, con el leyvismo.

La decisión de la revuelta tuvo éxito, al propagarse en la zona y extenderse al territorio colindante con Morelos, gracias a lo cual se multiplicaron y extendieron las bandas rebeldes y pudieron constituir una fuerza militar de cerca de cuatro mil gentes que pudo ocupar y controlar las principales poblaciones de la entidad. Estas bandas se caracterizaron por su acendrado localismo, al agruparse en torno a líderes naturales de las poblaciones que consiguieron imponer su autoridad gracias a vínculos de parentesco, amistad y clientelismo, con fuertes sentimiento de identidad pueblerina y una gran autonomía en el accionar de sus dirigentes. Este alto grado de autonomía y localismo, como ha señalado Friedrich Katz, le daba una gran movilidad a las bandas rebeldes. pero se constituía en una debilidad para constituir una fuerza disciplinada y emprender objetivos militares de mayor envergadura más allá de su zona de procedencia.

Con todo, la revuelta no significó una incorporación masiva de la población morelense a ella. A pesar de la alteración del orden, de la virtual desaparición del poder estatal en la zona, del temor que se generó en muchos sectores ante la violencia desatada, la rebelión que puso fin al régimen porfiriano tuvo una participación minoritaria de la población de Morelos, sin grandes combates ni un alto grado de violencia destructiva en esa primera fase.

¿Porqué se incorporó la gente a las bandas rebeldes? Los rebeldes consiguieron sumar, primero, a familiares, amigos y conocidos de sus localidades y, luego, a gente de las poblaciones aledañas, en bandas que oscilaban entre unas decenas y algunos cientos

para las acciones de mayor envergadura. Conforme fueron teniendo éxito sus ataques, los rebeldes pudieron ofrecer a sus seguidores y a la población común de los lugares atacados, bien fuera la posibilidad de resarcir ciertos agravios contra las figuras visibles y más desacreditadas de la autoridad, o bien de obtener una parte de la riqueza de algunas de las familias con más recursos, a través del saqueo masivo. Ambos beneficios y la aspiración de conseguir tierras y de resolver los conflictos agrarios y políticos como lo ofrecían los nuevos líderes, lograron incorporar a un mayor número de seguidores hasta llegar a movilizar en una sola acción, hacia el final del régimen porfiriano, a más de 3 mil hombres armados, cifra notable para la época y para el tamaño de la región. Estos elementos muestran que la revuelta, si bien a nivel del total de la población seguía siendo una minoría, había logrado generar en tres meses un considerable apoyo, sobre todo entre la población de los sectores bajos de la entidad.

El crecimiento de las bandas rebeldes, su comportamiento en los enfrentamientos militares contra las fuerzas del orden y en las ocupaciones de diversas localidades y la participación de la gente común en los motines que tuvieron lugar cuando ocurría un triunfo sobre las guarniciones federales o rurales o, incluso, cuando ocupaban sin mucho esfuerzo distintas poblaciones, son los mejores indicadores del descontento que tenía la gente común que se incorporó a la revuelta. El patrón de quema de edificios y archivos gubernamentales. de liberación de los presos comunes. de saqueos contra las tiendas y propiedades de los comerciantes acaudalados, de fusilamientos contra algunos jefes políticos, militares y rurales, y el ataque contra algunas haciendas y empleados de ellas, hablan crudamente de la extensión y profundidad que habían alcanzado los odios y los

resentimientos generados entre la población común ante los agravios cometidos por algunos comerciantes, hacendados, funcionarios y policías del régimen porfiriano y del ajuste de cuentas que ahora podía hacer la población resentida, cuya acción, al expresar de manera violenta los odios y rencores latentes, contribuyó a debilitar la capacidad de consenso y represión del sistema de dominación y permitió, a su vez, el ataque, aunque fuera parcial y localizado, de los sectores de abajo contra parte de las élites, aprovechando la situación excepcional de debilidad en los mecanismos de dominación y la pérdida, al menos temporal, del monopolio de la violencia

En las ocupaciones, motines, asaltos y ejecuciones, parecía estarse conformando la expresión de una violencia de clase, todavía amorfa y sin programa. De igual modo, el comportamiento abusivo de las tropas federales y rurales contra la población civil comenzó a convertirse en un factor de simpatía, solidaridad y apoyo hacia los rebeldes. Desde luego, esto no significa que, aprovechando el debilitamiento de la autoridad y del orden establecido, es decir, la desaparición del poder estatal normal, no haya habido numerosos casos de ambición, venganzas, ajustes de cuentas personales y familiares que no tenían tintes de violencia de clase, sino que eran disputas al interior de las propias clases medias y bajas, simpatizantes o no de los rebeldes, así como actos de bandidaje y delincuencia común, amparada por la desaparición de los controles tradicionales y la pérdida de legitimidad de las instituciones del viejo régimen.

Ocurrieron, asimismo, fenómenos de oportunismo, de incorporación a las filas vencedoras sin la menor convicción, por deseos de sacar provecho personal de una situación de anarquía, etc., motivos todos que están lejos de representar una protesta

legítima ante agravios y lejos también de estar orientados por un ideal de justicia socialmente compartida. Es decir, hubo también violencia que no tenía motivaciones justicieras, éticas ni políticas, sino que era la expresión de ambiciones y venganzas personales. De igual modo, debe considerarse que, bajo condiciones como las que anormalmente se estaban presentando en el Morelos de esos días, la violencia tumultuaria tendía a propagarse por contagio, imitación e histeria colectivas y se salía de cualquier control.

Sin embargo, el patrón de violencia contra las instituciones y parte de las élites económicas y políticas, que fue lo dominante en esta primera etapa de la insurrección, indicaban signos de ser una violencia de clase en una fase primaria, reivindicativa, con un incipiente programa de justicia y reforma social y política, expresado en la lucha por la tierra, por la autonomía del centro y en la sustitución de autoridades locales. Ese cúmulo de acciones que le dieron forma a la revuelta reflejaron una serie de agravios acumulados y la posibilidad de resarcirlos, lo que se encontraba entre las mayores motivaciones de la gente que engrosó las filas rebeldes, así como el contagio y la solidaridad con una insurrección que estaba en marcha, en muchos lados del país, contra un sistema que parecía estarse cuarteando.

Otro rasgo que llama la atención, en esta primera etapa de la revuelta morelense, es que dentro de la violencia popular que se desató en esos meses, una parte de ésta se dirigió contra las haciendas, pero sin transformarse todavía en ocupaciones permanentes de tierras y reclamos generalizados de modificación de las relaciones agrarias, ni mucho menos de transformación del sistema social. Fue una fase de violencia destructiva contra

muchas de las grandes propiedades agrarias y casas comerciales de las diversas poblaciones, en las que las ocupaciones y reivindicaciones agrarias, aunque presentes de manera incipiente, no tuvieron aún el papel central que alcanzarían pocos meses después. Esto no impedía que, en varias de las comunidades campesinas de la zona, se confiara todavía en que Madero, una vez que llegara al poder, cumpliría sus promesas agrarias, que venían desde el *Plan de San Luis*, y les ayudaría a recuperar sus tierras y aguas o a tener acceso a otras. De igual modo, muchos de estos sectores confiaban, de manera paternalista, en que el nuevo régimen castigaría los agravios e injusticias de que se sentían víctimas por los malos funcionarios y autoridades y restablecería un orden más justo.

Cabe mencionar también que, en algunos lugares, los hacendados tuvieron un mayor éxito relativo en defender sus propiedades que el que tuvieron los jefes políticos en la defensa de las ciudades y poblaciones mayores. En estos casos, la relación de autoridad tradicional dentro de las haciendas, la protección paternalista que ejercían hacia sus trabajadores, la mayor seguridad que tenían éstos en relación con los campesinos libres y la legitimidad que muchos de los hacendados todavía conservaban ante los ojos de los peones residentes, trabajadores temporales, aparceros y arrendatarios, siguió ejerciendo un gran peso para inhibir las protestas de los diversos tipos de trabajadores que ahí residían o laboraban y fue notoria -por lo menos en la superficie-, la pasividad de éstos ante los sucesos de esos meses de revuelta o bien su alineamiento detrás de sus patrones.<sup>49</sup> En otros lugares, por el contrario, la autoridad tradicional de los hacendados y

---

<sup>49</sup> Alan Knight, "Land and Society in Revolutionary Mexico: The Destruction of the Great Haciendas", *Mexican Studies*, vol. 7, number 1, University of California Press, 1991, pp. 85-86. Herbert Nickel.

administradores no era tan fuerte o se desgastó rápidamente, y fueron el centro de numerosos ataques y venganzas de los peones y trabajadores residentes que aprovecharon la oleada de violencia y las incursiones periódicas de las bandas rebeldes para desquitarse de los agravios y resentimientos acumulados. Harían falta mayores elementos para precisar porqué algunas haciendas conservaron una cierta legitimidad ante sus trabajadores y vecinos y porqué muchas otras no.

De manera incipiente, el movimiento rebelde y el nuevo liderazgo que lo encabezó a nivel regional mostraron su rechazo al sistema político porfiriano y su deseo de cambios políticos mediante la destitución de viejas autoridades locales y la elección de nuevas, en forma inmediata y directa, a través de la participación y el concurso de la población de los lugares y la presencia y el aval de los jefes rebeldes, quienes reconocieron como legítimos estos nombramientos. Esto tenía sus antecedentes en el leyvismo y en el maderismo electoral y encontraba su legitimidad en el propio *Plan de San Luis*, en el cual los rebeldes encontraron apoyo para cambiar a las autoridades locales y para reclamar el derecho a elegir un nuevo gobernador de la entidad.

En esta primera etapa, la revuelta regional contra el sistema porfiriano estuvo localizada en algunas partes de los valles centrales y en el norte boscoso morelenses y en la zona fronteriza poblana y guerrerense. La incorporación de nuevas gentes de esos lugares a los rebeldes fue, en buena medida, espontánea. En las acciones reivindicativas que llevaron a cabo se expresaban los múltiples motivos de la revuelta, que se inscribían

---

"Elementos de la economía moral...", *op. cit.*, pp. 59-60. Este comportamiento de pasividad o de apoyo de los trabajadores de las haciendas respecto a sus patrones ha sido un fenómeno más generalizado en las revueltas y rebeliones que han tenido lugar en América Latina desde el siglo XVI, como asienta John Coatsworth en su artículo "Patrones de rebelión rural en América Latina: México en una perspectiva comparativa". en Katz (comp.) *Revuelta, Rebelión y Revolución*, *op. cit.*, t. I, pp. 51-52.

dentro de un contexto más general de muchos otros levantamientos en una zona amplia del país. La incapacidad política y militar del régimen porfiriano para contener esta ola de levantamientos no hizo más que alentarlos.

La rebelión que se produjo en la zona descrita contribuyó al derrumbe del régimen porfiriano. Con el triunfo de Madero y la salida de los principales funcionarios nacionales, estatales y locales del gobierno encabezado por Díaz súbitamente se entraba a una nueva situación. Los líderes morelenses vieron culminado con éxito, solo tres meses después, su decisión de insurreccionarse. Habían contribuido al triunfo más general de la rebelión maderista y confiaban que con ese triunfo cambiarían las cosas, para bien de ellos mismos, de sus familias y de los que se les habían incorporado. No había motivos para seguir la lucha, aunque, sin duda, muchos de los que se habían incorporado a la revuelta y habían alcanzado posiciones de mando, habían comenzado a adquirir intereses y esperaban encontrar una recompensa y reconocimiento a sus esfuerzos. Solo restaba esperar que los nuevos gobernantes, con Madero a la cabeza, cumplieran con las promesas que habían hecho de hacer justicia a las comunidades despojadas de sus recursos y que se castigaran los abusos y comportamientos de las autoridades locales que los habían lastimado, sustituyendo a estos malos funcionarios por otros nuevos que ofrecieran mejores garantías. En todo ello podían confiar, como lo habían hecho hasta entonces, en que el nuevo gobierno, con Madero, fuera un buen gobierno, que los atendiera, protegiera y resolviera sus problemas. No se planteaba ninguna situación más allá de eso.

Sin embargo, el saldo de esos tres meses que había durado la insurrección era que,

en cierta medida, ya habían comenzado a cambiar las cosas. Los rebeldes y la población que los secundó habían empezado a hacerse justicia por su propia mano. Habían liberado a presos de muchas cárceles municipales, tanto porque a muchos los consideraban injustamente castigados, como para obtener apoyo de tales individuos; habían quemado los papeles de los archivos, en muchos de los cuales se encontraban las pruebas con las que la justicia porfiriana los había condenado a prisión o en los que constaba el despojo legal de sus tierras y aguas. En el extremo de la violencia desatada, los fusilamientos, vejaciones y castigos corporales contra algunos jefes políticos, policías, autoridades municipales, comerciantes, hacendados y empleados de hacienda, aunque fueron casos aislados todavía y no alcanzaron las proporciones que tendrían meses después, representaban la venganza de las afrentas y la justicia por propia mano, ejercida bajo la protección y el anonimato de una acción de masas.

Todas estas acciones buscaban restablecer un equilibrio y una justicia quizás idealizada, pero que sentían se había modificado, perdido o ignorado. Lo que ya había comenzado a cambiar tenía un peso que hacía que no fuera fácil darle marcha atrás. Con el triunfo de Madero, los rebeldes esperaban que el gobierno central, junto con los gobernantes y autoridades locales, restablecieran el orden, la justicia y las condiciones para que no volvieran a cometerse esos abusos. Y, de manera muy importante, que las nuevas autoridades maderistas garantizaran que las élites económicas y políticas a las que las acciones de los grupos rebeldes habían golpeado en esos tres meses, no quisieran desquitarse y volver a la situación anterior. Para que esto no ocurriera, los líderes morelenses quisieron ver garantías, compromisos y acciones concretas que les

demostraran que no tenían nada que temer, ni ellos, ni sus subordinados, ni las familias de las localidades de donde provenían. Tenía que haber nuevos y buenos gobernantes y, de manera muy importante, un espacio dentro de la reorganización de los poderes locales y de las fuerzas de seguridad, para Zapata y para algunos de los principales dirigentes morelenses. La insurrección suriana entró así en una fase de espera y definición, durante el gobierno interino nacional encabezado por Francisco León de la Barra.

### Capítulo III. El Interinato. La ruptura con el maderismo y el surgimiento del zapatismo como movimiento independiente

Hacia fines de mayo de 1911, cuando Díaz había salido del país y se había negociado entre las fuerzas maderistas y los representantes del régimen porfiriano la formación de un gobierno de transición -encabezado por Francisco León de la Barra, ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Díaz-, acordándose, al mismo tiempo, la convocatoria a elecciones nacionales para la constitución de los poderes federales, en el estado de Morelos se vivía una situación tensa.

El ejército federal se había retirado del estado en los días postreros del porfiriato. Las principales ciudades, Cuernavaca, Cuautla y Jojutla, estaban ocupadas militarmente por las fuerzas rebeldes: los hombres de Zapata controlaban Cuautla, los guerrerenses de los Figueroa, Jojutla; ambas fuerzas, una vez pactado el armisticio con el ejército federal, se habían aposentado por igual en Cuernavaca. En la entidad, desde semanas atrás, no existían los poderes públicos constituidos ni las fuerzas estatales del orden; este vacío de poder institucional no había sido llenado, no se habían sustituido las viejas instituciones por otras. Había en la escena morelense nuevos actores: los rebeldes zapatistas, los guerrerenses, los líderes maderistas, así como viejos: las oligarquías regionales. Se habían ido la alta burocracia de la administración porfirista, la mayoría de las autoridades locales, el ejército federal, parte de las fuerzas rurales. No se había definido aún cómo quedarían las cosas entre estos nuevos actores y los viejos. El clima de incertidumbre se agudizaba, al existir una notoria división entre las filas de los seguidores de Zapata y los de los hermanos Figueroa, quienes controlaban sus respectivas posiciones.

Había problemas políticos y económicos urgentes que resolver: la paz, el orden y la seguridad pública. la constitución de los poderes locales, el destino de los hombres levantados en armas, las diferencias entre los principales jefes rebeldes, la relación de los grupos alzados con el poder central y con los grupos de poder regional, la normalización y buena marcha de las actividades productivas y comerciales, el abasto de la zona, el apaciguamiento del clima de violencia y de las disputas en algunas localidades, la reparación de los destrozos cometidos en los enfrentamientos entre rebeldes y fuerzas del orden, la seguridad y las prerrogativas que reclamaban los que se habían levantado en armas, la manera en que se iban a resolver pacíficamente las diferencias entre pueblos y haciendas, la elección de nuevas autoridades locales, etc. todos ellos asuntos apremiantes que tenían que ser debatidos y definidos por los nuevos actores con capacidad de decisión: los grupos rebeldes involucrados y los líderes maderistas, quienes tenían que negociar y ponerse de acuerdo con las élites regionales, las cuales, a pesar de que habían sido golpeadas en la revuelta, conservaban todavía buena parte de su poder. Dentro de este complicado panorama se movieron los diferentes personajes centrales, grupos y sectores, con sus propias visiones e intereses, coincidentes o contrapuestos.

Los dirigentes maderistas, en coalición con representantes de las élites porfirianas, decidieron poner freno al carácter plebeyo que había tomado la revuelta en algunos lugares y emprendieron la desmovilización de las fuerzas insurgentes y el retorno al orden legal, para dar garantías a las clases propietarias y a la población en general de que se volvía a la normalidad. Empero, en la entidad morelense el desarme de los rebeldes zapatistas fue particularmente difícil puesto que esos líderes pusieron como condición para entregar las

armas el cumplimiento de las promesas agrarias establecidas en el *Plan de San Luis* y exigieron una cuota de poder dentro de las instituciones y fuerzas de seguridad locales. Esas demandas agrarias y políticas, implicaban una redefinición del poder a nivel regional y fueron rechazadas por una vasta coalición interclasista, compuesta por los dirigentes moderados maderistas, las élites regionales y un grupo foráneo, el clan de los Figueroa.

Al sostener el cumplimiento de sus condiciones, los zapatistas provocaron la exasperación del gobierno interino y el temor de las clases altas regionales, quienes recurrieron a la intervención del ejército federal en la zona, irrupción que los radicalizó y puso a la defensiva. Así, en condiciones de debilidad, luego de haber sido desarmadas sus fuerzas en casi dos terceras partes, los líderes zapatistas, endógenamente, rompieron con Madero, después de un difícil proceso de negociaciones fallidas, que dieron por resultado que comenzaran a delinear los perfiles de su identidad como un movimiento campesino, con demandas propias y en vías de radicalización. Una nueva fase de la rebelión dio comienzo, no contra el viejo sistema porfiriano, sino contra el nuevo régimen encabezado por Madero. Entre los factores que explicaban ese proceso estaba la necesidad de tierras de sectores rurales marginados, el rechazo ante los abusos del ejército federal y, particularmente, el desencanto y desilusión por la actitud excluyente del nuevo régimen maderista que, lejos de reconocerlos e incorporarlos, los hizo a un lado, eligiendo una nueva alianza con las élites regionales y con los rivales de los zapatistas, proceso que pudo catalizarse ante la debilidad del Estado, a nivel regional. El rompimiento con Madero se dio mediante un proceso difícil, que dio continuidad a las acciones y demandas que habían tenido lugar en la rebelión contra Díaz. Ese proceso sería un paso adelante en la

constitución de una identidad de clase del movimiento zapatista, desde la caída de Díaz, hasta la ruptura con Madero y la formulación del *Plan de Ayala* en noviembre de 1911.

### *La reconstitución de los poderes locales: dos visiones*

Los jefes maderistas continuaron sus esfuerzos para tratar de limar las asperezas entre los rebeldes de Morelos y Guerrero y comisionaron a Matias Chávez y a José I. Lugo -guerrerenses ambos-, como mediadores. Alfredo Robles Domínguez, principal dirigente maderista encargado de coordinar a las fuerzas rebeldes en la zona central del país, se entrevistó con ambos bandos y logró establecer un acuerdo que estipulaba la ocupación conjunta de la capital morelense y el reconocimiento mutuo de sus respectivas tropas y jurisdicciones.<sup>1</sup>

El ingeniero Alfredo Robles Domínguez había sido una de las gentes más cercanas a Madero desde 1909. Proveniente de una familia acomodada, profesionista de éxito, se hizo partidario de la oposición democrática que trataba de impedir, hacia 1908-1909, la reelección de Díaz y el predominio de los científicos. Amigo de Rodolfo Reyes, tuvo simpatías por el reyismo. Más tarde, se adhirió a la causa maderista y colaboró con Madero y sus hombres más cercanos, como Francisco Cosío Robelo, Roque Estrada y Juan Sánchez Azcona, en las tareas propagandísticas y organizativas de la campaña. Robles Domínguez

---

<sup>1</sup> Manuel Asúnsolo a Alfredo Robles Domínguez. Cuernavaca, 27 de mayo de 1911, en *Archivo Robles Domínguez (ARD)*, tomo 4, expediente 17, f. 33; Asúnsolo y Zapata a Alfredo Robles Domínguez. Cuernavaca, 27 de mayo, f. 35; A. Robles Domínguez a Asúnsolo. México, 28 de mayo, f. 39; J. González a A. Robles Domínguez. Cuernavaca, 28 de mayo, f. 42; Miranda, Asúnsolo y Zapata a A. Robles Domínguez. Cuernavaca, 29 de mayo, f. 56; M. Chávez a A. Robles Domínguez. Cuernavaca, 28 y 29 de mayo, t. 1, exp. 6, f. 74 y t. 4, exp. 17, fs. 57-58. *Archivo Gildardo Magaña* (en adelante *AGM*). Ramón Estrada a De la Barra, 27 de mayo. Cuernavaca, c. 18, exp. 4, f. 33.

tuvo un papel destacado en varios de los principales documentos programáticos elaborados tanto por el Centro Antirreeleccionista Nacional, como por el Partido Nacional Democrático y el Partido Nacional Antirreeleccionista, agrupaciones maderistas formadas en esos meses. Más tarde, como uno de los hombres de mayor confianza de Madero, fue nombrado por éste coordinador de la revolución en el centro y sur del país. En noviembre de 1910, pero fue aprehendido por la policía porfirista poco después. Pasó los últimos meses del porfiriato en la cárcel. Liberado por los tratados de Ciudad Juárez, volvió a ocupar un papel relevante. Valiéndose de este ascendente, trató de hacer las paces entre las fuerzas zapatistas y figueroistas.<sup>2</sup>

Sin embargo, lograr la concordia entre los dos bandos enfrentados no era tarea sencilla, pues unos y otros sentían que habían ganado el derecho de decidir en algunos de los aspectos medulares del poder local, como el nombramiento del gobernador provisional y el de las autoridades políticas y militares de las principales poblaciones. Ambos grupos querían, además, ocupar la jefatura militar del estado y que sus respectivas fuerzas tuvieran el resguardo permanente de las más importantes plazas. Es decir, lo que dividía a los Figueroa y a Zapata era, a final de cuentas, una disputa por el poder, a nivel regional. A los dirigentes maderistas, por su parte, les era apremiante imponer su autoridad, que las diferencias locales no causaran más conflictos y, sobre todo, que la pacificación y reorganización de los poderes en la entidad, garantizara el *statu quo*. Para ello era fundamental controlar y licenciar a los grupos rebeldes que habían emergido en los meses inmediatos anteriores.

---

<sup>2</sup> Véase el libro de Diego Arenas Guzmán *Alfredo Robles Domínguez en las jornadas culminantes de la revolución*, México. INEHRM. 1974.

Los resultados de las negociaciones emprendidas por Robles Domínguez favorecieron a los de Guerrero, pues se les dio preeminencia para resguardar las principales plazas morelenses. Las fuerzas de Zapata fueron hechas a un lado. Zapata, que se consideraba el principal jefe rebelde local, había insistido en que se le permitiera nombrar gobernador, sin éxito. No obstante, Zapata se subordinó al centro maderista y estuvo presente en la junta de jefes revolucionarios que nombró como gobernador al banquero local Juan Carreón, avalando dicho acuerdo.<sup>3</sup>

Las decisiones tomadas confirmaban la afinidad de los rebeldes de Guerrero con la dirección nacional maderista sobre la política, la economía y la pacificación del estado, el desarme de las fuerzas insurrectas y el control de la administración estatal. La dirección maderista determinó encomendar la responsabilidad política, administrativa y militar en el estado a personajes y grupos que no significaran una ruptura con el régimen porfiriano y que garantizaran la reanudación de las actividades productivas y comerciales bajo el esquema que había imperado hasta entonces.

Al nombrar al banquero Carreón como gobernador de la entidad, Madero y los Figueroa estaban cumpliendo, a su manera, con el *Plan de San Luis*, que establecía la sustitución de los gobernadores porfiristas, una elección significativa, que se hacía en consonancia con las oligarquías regionales, haciendo a un lado, en los hechos, al principal

---

<sup>3</sup> *ARD*. Madero a A. Robles Domínguez, México, 27 de mayo de 1911, t. 1, exp. 5, f. 40; Abraham Martínez -quien era jefe del estado mayor de Zapata- a A. Robles Domínguez, Cuernavaca, 28 de mayo, t. 4, exp. 17, f. 40; Zapata a A. Robles Domínguez, Cuernavaca, 28 de mayo, f. 45; Juan Carreón a A. Robles Domínguez, Cuernavaca, 31 de mayo, f. 63, carta en donde Carreón señaló que Asúnsolo, general de las tropas figueroistas, fue quien lo propuso para gobernador, y que estaba dispuesto a aceptar por patriotismo y para dar garantías a los vecinos, que estaban alarmados por los rumores de la salida de las tropas de Asúnsolo y por el temor que le tenían a las de Zapata, las cuales hicieron destrozos en varios comercios y casas de Cuernavaca; Asúnsolo a A. Robles Domínguez, Cuernavaca, 1º de junio, f. 80; A. Martínez a A. Robles Domínguez, Cuernavaca, 29 de mayo, t. 1, exp. 6, f. 92; A. Robles Domínguez a A. Figueroa, México, 1º de junio, t. 4, exp. 17, f. 74.

grupo rebelde local. Reflejaba una elección de clase por la nueva coalición que estaba tomando en sus manos el poder político, a nivel nacional y en cada una de las regiones. Los Figueroa y sus seguidores, con esta alianza, resultaron favorecidos, pues se les reconocía no solo su liderazgo en Guerrero, donde Francisco Figueroa fue nombrado por esos días gobernador y Ambrosio jefe militar, sino que se les asignó un papel igualmente importante en el territorio morelense.<sup>4</sup>

Las clases propietarias de Morelos, por su parte, hicieron sentir su peso al denunciar, oponerse y vetar que se designara jefe de armas a Zapata, a cuyas fuerzas identificaban con los ataques a la propiedad y a las vidas de familias pudientes en el estado que habían tenido lugar en las semanas anteriores. Era un veto también significativo, señal de un antagonismo que se profundizaría mucho más, después. Algunas familias con recursos abandonaron la entidad en esos días y se refugiaron en la ciudad de México, pidiendo protección a los políticos maderistas.<sup>5</sup> La actitud de esas familias contra las fuerzas zapatistas, hizo que las reservas del maderismo, respecto a los zapatistas, se acrecentaran y que se fortaleciera su acercamiento con los Figueroa. Los zapatistas, por su parte, comenzaron a sorprenderse de que Madero y sus colaboradores prestaran oído a esas denuncias.

El banquero Carreón tomó posesión como gobernador provisional de la entidad el 2 de junio de 1911. Se dio a la tarea de garantizar el orden y la seguridad del estado y dar

---

<sup>4</sup> Jacobs, *La revolución mexicana en Guerrero. Una revuelta de rancheros*, México, ERA, 1990, pp. 113-114. La visión de los hermanos Figueroa acerca de lo que ocurría en el estado de Morelos fue sintomática. Para ellos no existía el problema agrario en la entidad, por lo que su actuación estaría enfocada a solucionar el problema político y dar garantías a los propietarios, escribió Francisco Figueroa a Madero el 11 de noviembre de 1911. Ver Isidro Fabela, (editor) *Documentos Históricos de la Revolución Mexicana*, vol. XXI, *Emiliano Zapata. El Plan de Ayala y su política agraria*, México, Editorial Jus, 1970, pp. 29-30.

<sup>5</sup> ARD. Alfonso Díaz Marquí a A. Robles Domínguez, México, 31 de mayo de 1911, t. 4, exp. 17, fs. 65-66

garantías al sector privado de que cesarían los ataques a la propiedad. En un *Manifiesto al pueblo de Morelos*, el 3 de junio, hizo un llamado a las personas que se ausentaron del estado o retiraron sus capitales a que regresaran "en la inteligencia de que el gobierno de mi cargo cuenta con la fuerza militar suficiente... que cuidará de la vida y bienes de todos los habitantes de esta entidad federativa". Poco después, dándose cuenta del nivel de impugnación que habían alcanzado durante la insurrección, suprimió las jefaturas políticas de la entidad cuyas funciones serían asumidas por los presidentes municipales de los ayuntamientos. Con esta medida, satisfacía una demanda muy sentida entre la gente que había apoyado la revuelta.<sup>6</sup>

El tercer paso, necesario y más importante aún para restituir el orden, era desarmar y desmovilizar a los rebeldes. Esta tarea no era fácil, no solo por la resistencia de los jefes rebeldes a dejar sus armas y regresar a sus hogares, sino por la naturaleza misma de tales grupos, con una multitud de jefes locales y una gran autonomía y dispersión. Ante los rumores que circularon en diversos puntos del estado acerca de desmanes de las fuerzas zapatistas, Robles Domínguez llamó la atención a Zapata para que controlara a su gente y castigara a los responsables. Zapata negaba que sus seguidores hubieran cometido tales tropelías. Sin embargo, el general Francisco Leyva, a la sazón jefe de armas de la entidad, escribió un largo informe al secretario de Guerra y Marina sobre las actividades de las bandas zapatistas durante los meses de abril y mayo de ese año, en donde las acusaba de tener un comportamiento "salvaje, inmoral, de perfidia y crueldad sanguinaria". En dicho

---

<sup>6</sup>. IRD. Zapata, Asúnsolo y Almazán a A. Robles Domínguez. Cuernavaca, 2 de junio de 1911, t. 4, exp. 17, f. 90; Asúnsolo a A. Robles Domínguez. Cuernavaca, 2 de junio, f. 92; Abraham Martínez a A. Robles Domínguez. Cuernavaca, 10 de junio, f. 135. Manifiesto del gobernador provisional del estado de Morelos y Decreto de supresión de las jefaturas políticas, en *Semanario Oficial del Gobierno del Estado de Morelos*, año XX, no. 22, 10 de junio de 1911, y no. 25, 1º de julio de 1911.

informe detallaba la toma zapatista de Jonacatepec y Cuautla, destacando los destrozos cometidos contra oficinas públicas y comercios, los ajusticiamientos, quemas de archivos y demás desórdenes realizados por dichas fuerzas.<sup>7</sup>

Particulares afectados acusaron también a los zapatistas de haber cometido atropellos contra la fábrica de papel San Rafael, así como las haciendas de Santa Catalina y San Vicente, pidiendo protección a las autoridades maderistas. Las autoridades locales informaron que fuerzas zapatistas habían asaltado Xochicalco y causado destrozos en la casa destinada a los turistas. En Puebla, varios hacendados se quejaron de las depredaciones y préstamos forzosos que hacían los rebeldes. Las fábricas textiles de Atlixco tuvieron que suspender las labores ante los ataques, asaltos y amenazas que habían ocurrido en los días anteriores.<sup>8</sup>

Aunque es posible que hubiera exageración en las denuncias sobre el comportamiento de las fuerzas zapatistas -como después se pudo comprobar en la prensa de la época-, no se puede negar que hubo excesos, y que era difícil -aunque los jefes zapatistas se lo hubieran propuesto- controlar a las tropas. Existen suficientes testimonios de la

---

<sup>7</sup> ARD. A. Robles Domínguez a Zapata, México, 1º de junio de 1911, t. 4, exp. 17, fs. 73, 76; A. Martínez a Gabriel Robles Domínguez, Cuernavaca, 1º de junio, fs. 77-78; Zapata a A. Robles Domínguez, Cuernavaca, 2 de junio, f. 94. El informe de Leyva, en CESU-UNAM, AGM. Francisco Leyva a Secretario de Guerra y Marina, 3 de junio de 1911, caja 12, expediente 1, f. 4.

<sup>8</sup> ARD. A. Olvera, empleado de San Rafael a directores de la fábrica, México, 4 y 7 de junio de 1911, t. 2, exp. 7, fs. 77, 80; José de la Macorra, gerente de San Rafael a F. Cosío Robelo, 8 de junio, f. 90; José de la Macorra a A. Robles Domínguez, 17 de junio, f. 154; ayudante municipal de Apasco a presidente municipal de Ocuituco, Morelos, 8 de junio, f. 94; A. Robles Domínguez a José de la Macorra, 18 de junio, f. 161; A. Robles Domínguez Zapata, México, 5 de junio, t. 4, exp. 17, f. 113; J. Paredes a R. Corona, hacienda de San Vicente, 5 de junio, f. 114; Felipe Ruiz de Velasco a A. Robles Domínguez, México, 5 de junio, f. 115. También, ver Madero a Juan Carreón, Cuernavaca, 15 de junio, *Archivo Francisco I. Madero*, Biblioteca Nacional de México (AFM-BN), manuscrito 2170. AGN-Fondo Madero (AGN-FM). Agustín del Pozo a Emilio Vázquez Gómez, Puebla, 2 de junio de 1912, c. 77; F. Toscano, presidente de la Cámara Agrícola Nacional a Emilio Vázquez Gómez, Puebla, 14 de junio, c. 77; J. Díaz y otros a Emilio Vázquez Gómez, Puebla, 8 de junio, c. 77.

violencia contra autoridades, funcionarios y propietarios especialmente odiados por sectores rurales marginados y que, ante la desaparición de los poderes tradicionales, se produjeron condiciones que facilitaron la venganza de agravios y fueron aprovechadas para resolver por la fuerza diferencias y rencillas. Las condiciones en que se produjeron estos desquites, en ocasiones afectó injustamente a terceros. Por ello, es indudable que existió temor y alarma verdaderos y fundados de las clases pudientes, de la vieja clase política, de las estructuras militares y burocráticas, de muchos de los líderes maderistas y aún de parte de la población civil morelense ante los abusos y desórdenes cometidos por las fuerzas identificadas con Zapata. De igual modo, hay evidencias del apoyo y simpatía que despertaron los zapatistas entre amplios sectores de las clases marginadas, que cristalizó en el crecimiento de las bandas rebeldes, en la extensión de su influencia y en la presión de esos sectores para que se mejorara su situación, factores que también pesaban en la reconstitución de las estructuras políticas de dominación que estaba teniendo lugar.

Así pues, los líderes maderistas decidieron acelerar el proceso para licenciar a las fuerzas zapatistas. Alfredo Robles Domínguez giró órdenes terminantes en la primera semana de junio para que las tropas de Zapata no avanzaran hacia Yautepec ni hacia Puebla y que tampoco se trasladaran a la ciudad de México para participar en el recibimiento multitudinario que se preparaba a Madero. Éste dio instrucciones a Robles Domínguez de que solo se permitiera el arribo de Zapata, con su estado mayor, a la capital de la República.<sup>9</sup> Había entonces dos visiones y dos lógicas que se iban separando. Por un lado la

---

<sup>9</sup> IRD. A. Robles Domínguez a Zapata, México, 2 de junio de 1911, t. 4, exp. 17, fs. 99; Zapata a Madero, Cuernavaca, 3 de junio, fs. 103-104; Zapata a A. Robles Domínguez, Cuernavaca, 4 de junio, f. 110, 5 de junio, fs. 106-109; A. Robles Domínguez a Zapata, México, 5 de junio, fs. 117-118; Ernesto Madero a A. Robles Domínguez, México, 5 de junio, t. 2, exp. 7, f. 56. Zapata, su hermano Eufemio y otros jefes, estaban ansiosos porque se les encomendaran responsabilidades en otros estados en donde no había fuerzas

de Madero y los dirigentes maderistas victoriosos que, en vísperas de hacerse del poder nacional tenían como uno de sus principales objetivos frenar la revolución y detener las energías populares reivindicatorias que habían desatado. Por el otro, la de los grupos de abajo, que querían seguir adelante con lo que nebulosamente comenzó a ser llamada la revolución, dando curso a reformas sociales y políticas en beneficio de sectores hasta entonces excluidos. Los jefes zapatistas querían festejar junto con Madero su entrada triunfal a la capital del país. Los líderes maderistas no los querían ahí, le tenían miedo a sus seguidores.

Sin embargo, las diferencias no eran todavía insalvables. Los jefes surianos no se distanciaban aún, ni se veían a sí mismos como algo diferente a Madero. Zapata se trasladó a la ciudad de México. Confiaba en que una entrevista directa con Madero podría solucionar, a su favor, las diferencias con los Figueroa y satisfacer las expectativas de sus seguidores. Esperaba obtener el respaldo para que Madero, sin intermediarios, reconociera la legitimidad de su movimiento y de su aspiración de ser tratado como la fuerza principal en la entidad. Del mismo modo, quería poner fin a la imagen que se iba formando en la prensa y en algunos sectores de la opinión pública capitalina de que sus tropas no tenían control y representaban un peligro para la seguridad y el orden en la región. Así, en los días de euforia que se vivían, se entrevistó con el líder, el 7 de junio de 1911. Según testimonio de Gildardo Magaña, en la reunión, por primera vez aparecieron explícitamente las demandas agrarias como uno de los motivos que reivindicaban las fuerzas zapatistas para que fueran consideradas y atendidas por Madero. Éste, definió su postura: se debía iniciar

---

revolucionarias y poder trasladar su ejército a la capital, cosa que alarmó a varios líderes maderistas, que veían en ello una segura fuente de desmanes.

ante todo el desarme; la satisfacción de las demandas agrarias se haría cuando asumiera legalmente el poder.<sup>10</sup> Madero tenía claras las cosas: la revolución tal y como la concebía no iba a llegar hasta allá. Las reformas políticas que creía necesarias, se harían desde el poder. Zapata y los suyos lo aceptaron, por el momento

Mientras tanto, en el estado de Morelos continuaba la incertidumbre de los propietarios y los problemas para someter al orden a parte de las fuerzas zapatistas. Al menos en uno de los lugares ocupados por éstas se dieron conflictos agrarios, pues el coronel zapatista Francisco Mendoza dio órdenes a la población de Axochiapan para que ocuparan los terrenos de la compañía *Clemente Jacques* y amenazó con sus fuerzas las propiedades del rancho de Acapatzingo. Los propietarios de varios lugares se quejaron con Robles Domínguez y éste instruyó a Zapata para que no permitiera tales acciones.<sup>11</sup> Zapata giró órdenes en tal sentido.

El líder suriano, a pesar de las contrariedades que había tenido con las decisiones tomadas por el centro maderista, se siguió comportando como un subordinado leal y continuó confiando en Madero y en las promesas que éste reiteradamente le había hecho, de que serían consideradas sus peticiones una vez que fuera restablecido el régimen constitucional. Como muestra de la subordinación de Zapata, a pesar de su deseo de vengar

---

<sup>10</sup> Gildardo Magaña. *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*. México, INEHRM. t. 1, 1985. p. 155-161. Brunk. *op. cit.*, pp. 41-42. No se tiene información de primera mano sobre la entrevista entre Zapata y Madero y la única fuente conocida es el libro de Gildardo Magaña. Por la problemática presente en esos días, es posible que el énfasis de la entrevista haya girado en torno a los problemas políticos de Zapata con los Figueroa y a sus reclamos de reconocimiento para sus fuerzas.

<sup>11</sup> *ARD*. A. Robles Domínguez a Zapata, México, 8 de junio de 1911, t. 4, exp. 17, f. 126, 9 de junio, f. 130; Zapata a A. Robles Domínguez, Cuernavaca 9 de junio, f. 129; Lamberto Marín a Clemente Jacques y Cia., Axochiapan, 9 de junio, f. 131. Protestas de particulares contra abusos de tropas que eran o decían ser zapatistas, en Manuel Lavín a Narciso Salazar, México, 28 de mayo de 1911, t. 4, exp. 17, f. 37 y A. Robles Domínguez a Zapata, 28 de mayo, f. 41; denuncia de abusos de las tropas de Almazán -el jefe guerrerense aliado de Zapata en esos momentos-, contra dependientes de las fábricas de Contreras en A. Robles Domínguez a Almazán, México, 8 de junio, f. 125.

la muerte de Gabriel Tepepa, cometido por las fuerzas de Figueroa, procedió con cautela, explicando a Robles Domínguez que si no había actuado punitivamente contra Federico Morales -el responsable de tal acción-, era por respeto a la autoridad de Robles Domínguez y por no haber recibido instrucciones para castigarlo.<sup>12</sup>

Después de la plática con Zapata en la ciudad de México, Madero decidió ir a Morelos y escuchar los puntos de vista de los personajes y grupos involucrados. Se reunió con Zapata y sus jefes, con los hacendados morelenses, con Carreón y las autoridades locales, con los Figueroa y, más tarde, fue también a Guerrero. Al parecer, las narraciones que escuchó sobre el comportamiento de los zapatistas reafirmaron su convicción de que era urgente desmovilizarlos. Los principales hacendados de la entidad, encabezados por Joaquín Aráoz y Luis García Pimentel, dueños el primero de las haciendas de Acamilpa, Cuahuixtla, y Santa Rosa Treinta Pesos, y el segundo de Santa Clara, Tenango y San Ignacio, se reunieron con Madero y se quejaron de los graves perjuicios ocasionados por los rebeldes a la industria y al comercio "que se encontraban completamente paralizados": todos los ingenios, según su decir, habían suspendido la zafra; varios propietarios habían tenido que abandonar el estado. Ante tal panorama, solicitaban se reprimiera los desórdenes y se les dieran seguridades.<sup>13</sup> Los dirigentes maderistas compartían el temor de los propietarios y de los partidarios del orden y comenzaron la desmovilización de los grupos rebeldes en las diferentes partes del territorio nacional.

---

<sup>12</sup> ARD, Zapata a A. Robles Domínguez, Cuernavaca, 9 de junio de 1911, t. 4, exp. 17, fs. 132-133.

<sup>13</sup> Magaña, *op. cit.*, pp. 162-166; Brunk, *Zapata... op. cit.*, pp. 42-46. Aráoz, Pimentel y otros hacendados al secretario de Gobernación. *El País*, 12 de junio de 1911.

### *El licenciamiento: la disputa por el poder*

El desarme de los zapatistas llevaría tiempo. Había que convencer a los jefes surianos que no tenía caso seguir armados puesto que serían cumplidas las demandas a las que habían ido dando forma en esos pocos meses: mayor autonomía estatal, participación de sus jefes en las fuerzas de seguridad estatales, nombramiento de un gobernador comprometido con los intereses de los rebeldes, el rechazo a la injerencia y a la hegemonía de los fuereños en los asuntos locales, un creciente sentimiento de reivindicación agraria y una reorganización de los poderes públicos favorable para la gente común de las localidades.

Los jefes surianos se habían percatado que una presión decisiva para que se cumplieran sus demandas era la posesión de sus armas y la conservación de sus milicias organizadas como tropas irregulares. Para el mando maderista, empero, tal condición era inaceptable y, previo a cualquier arreglo, consideraban necesario el desarme. Empeñados como estaban en consolidar un poder nacional, no tenía cabida el permitir la existencia de un grupo armado regional con autonomía, intereses y reivindicaciones propios, de ahí su vehemencia en conseguir un desarme pronto y reinstaurar la institucionalidad.

Un grupo como el que seguía a Zapata representaba un serio obstáculo para la reconstitución del poder estatal y era visto como un peligro y fuente de inestabilidad para las élites económicas y políticas locales, en la medida en que se iba convirtiendo en una estructura militar y política al margen no solo del control del Estado y de las estructuras de poder tradicionales, sino también de Madero. Además, Zapata mismo y los líderes rebeldes más conocidos no tenían control total sobre ella. El grupo zapatista, al armarse, había roto

con el monopolio estatal de la fuerza. Los nuevos dirigentes maderistas, en la lógica de todo poder, buscaban imponer su dominio y restablecer el orden jurídico y las instituciones. Había pues, que quitarles las armas. Sin embargo, para complicar el panorama, el grupo zapatista, esgrimió como condición una serie de reivindicaciones de carácter político y agrario que, al ser rechazadas por el centro maderista volvieron muy difíciles las negociaciones. La cercanía con el Distrito Federal se convirtió en un factor adicional que actuó como caja de resonancia para los habitantes de la ciudad, que se enteraron de los detalles de las negociaciones y del curso sinuoso que tomaron. Así, el desarme de los rebeldes morelenses se convirtió en un tema de discusión nacional, a través de la prensa capitalina y de los grupos y líderes políticos maderistas y opositores que debatieron ampliamente el asunto en esos días.<sup>14</sup>

Gabriel Robles Domínguez, persona que gozaba, como su hermano Alfredo, de la confianza de Madero, fue comisionado el 14 de junio de 1911 para llevar a cabo el licenciamiento. Se iniciaron en esos días las negociaciones, que pronto se toparon con diversos obstáculos. En las semanas que siguieron metieron las manos en el conflicto, tanto los sectores pudientes locales -hacendados y comerciantes-, como la prensa nacional, el gobierno interino encabezado por León de la Barra, el ejército federal, el grupo figueroísta y diversos sectores de la población civil morelense, quienes hicieron oír sus voces y participaron, en mayor o menor medida, defendiendo sus puntos de vista e intereses y

---

<sup>14</sup> En el estado de Puebla comenzó también por esos días el licenciamiento de los grupos rebeldes y aunque también hubo resistencia por algunos de los líderes como Camerino Mendoza, quien se opuso a las nuevas autoridades propuestas por los maderistas y el gobernador de esa entidad, esas resistencias no tuvieron la resonancia de las de los morelenses. Ver *AGN-FM*, Rafael Cañete a Emilio Vázquez Gómez, Puebla, 16 de junio de 1912, c. 77 y Camerino Mendoza a Emilio Vázquez Gómez, Tehuacán, 16 de junio, c. 77

afectando el curso de las negociaciones.<sup>15</sup>

Aunque los zapatistas veían con creciente desconfianza la coalición de intereses que se estaban fraguando en su contra, seguían confiando en que Madero los ayudaría. Éste le prometió otra vez a Zapata que, si se iniciaba el desarme, lo haría jefe de la policía rural del estado y que conservaría a algunos de sus hombres en ella. El ofrecimiento formaba parte de una estrategia para incorporar, subordinadamente, a los cabecillas rebeldes surgidos en la etapa insurreccional en varios estados, a condición de desmovilizar al grueso de esas tropas. Sin embargo, a pesar de que a mediados de junio comenzó el licenciamiento y alcanzó pronto la cifra de 1,500 hombres desarmados, el nombramiento de Zapata como jefe de rurales, por presiones de los hacendados y de la prensa de la ciudad de México, nunca se concretó.<sup>16</sup>

A fines de ese mes, Zapata visitó otra vez la ciudad de México para hablar con Madero y desmentir los rumores de que preparaba un levantamiento. Madero le ofreció elecciones para renovar los poderes y autoridades locales y que la nueva legislatura resolvería el problema agrario. Zapata, que se iba convirtiendo en una figura nacional y en tema de ocho columnas en la prensa capitalina, en entrevista al *Diario del Hogar* expresó que los hacendados de Morelos no toleraban que hubiera suprimido la esclavitud, y denunció que en la entidad existían grandes propiedades que habían crecido "gracias a los despojos que han cometido y seguían cometiendo hasta hace un año con los dueños de

---

<sup>15</sup> .ARD. María Galicia a Filomena G. de Mújica, 8 de junio de 1911, t. 4, exp. 17, f. 123; Asociación de Productores de Azúcar y Alcohol a gobernador de Morelos, Cuernavaca, 12 de junio, fs. 142-147; Emilio Vázquez Gómez a Madero, México, 14 de junio de 1911, t. 1, exp. 5, f. 81; Juan Pagaza a A. Poblés Domínguez, México, 28 de junio, t. 1, exp. 8, f. 22; *El Imparcial*, 19 de junio de 1911.

<sup>16</sup> Es posible también que Madero no haya pensado cumplir esa oferta y que sólo haya sido un señuelo para avanzar en el licenciamiento, en correspondencia con la posición que ya había tomado y de la que había dado muestras, de deslindarse de las acciones zapatistas y de considerarlas un obstáculo para su proyecto.

pequeños predios". Y, de manera inequívoca, manifestó los límites con los que él mismo y sus principales colaboradores entendían el desarme: "vamos a dejar algunos soldados que se encarguen de vigilar el estado, seguramente serán unos trescientos; naturalmente, he querido que esos soldados estén bien armados y he cambiado las armas malas o viejas que tenían por las mejores y más modernas". Como él mismo lo percibió, dijo a su entrevistador "esto es lo que ha alarmado a esos señores". Zapata y sus jefes se sostuvieron férreamente en esta actitud.<sup>17</sup>

Los jefes zapatistas no tenían control completo sobre el comportamiento de sus tropas. Sin tomar en cuenta el impacto negativo que tendría sobre el licenciamiento y la opinión pública capitalina, algunos grupos rebeldes hicieron desmanes contra varias haciendas y poblaciones en acciones que fueron utilizadas en su contra por sus adversarios. Así, durante el mes de julio, hubo protestas de propietarios particulares contra incursiones de tropas zapatistas en la hacienda de Chinameca, en el rancho Los Hornos y en el pueblo de Axochiapan. El presidente interino León de la Barra, instruyó al gobernador Carreón para que reprimiera tales abusos y diera protección a las familias y bienes de los quejosos y alertó también sobre abusos contra españoles de las haciendas del estado.<sup>18</sup> Ante estos

---

<sup>17</sup> *Archivo Francisco I. Madero*, Biblioteca Nacional de México. Gabriel Robles Domínguez a Madero. Cuernavaca, 16 de junio de 1911, manuscrito 2173, en donde le informaba que en el primer día de licenciamiento 730 hombres habían entregado sus armas, dándoseles en promedio veinte pesos por persona. *ARD*. Gabriel Robles Domínguez a A. Robles Domínguez, México, 16 de junio de 1911, t. 4, exp. 17, f. 157 y Gabriel Robles Domínguez a Zapata, México, 19 de junio, f. 160. Abrahám Martínez al director de *El País*, México, 19 de junio de 1911, *AGM*, c. 22, e. 1, f. 14. El administrador de haciendas, Felipe Ruiz de Velasco reconoció que, en la visita de Madero a Morelos, vetó el nombramiento de Zapata como jefe de armas. *El Imparcial*, 19 de junio de 1911; *El País*, 22 de junio de 1911; *Diario del Hogar*, 21 de junio de 1911.

<sup>18</sup> *AGM*, Santos Ramos a De la Barra, Axochiapan, 10 de julio de 1911, c. 1, exp. 2-R, doc. 70, fs. 111-113; al denunciar la violación y secuestro de su esposa, el remitente se quejaba de los atropellos de los maderistas, que se valían de la ausencia de seguridad pública: De la Barra a Carreón, México, 20 de julio, c. 16, exp. 3, f. 109; Carreón negó que fueran verdad las amenazas contra los empleados españoles. Carreón a De la Barra, Cuernavaca, 21 de julio, c. 17, exp. 1, f. 8.

hechos, la desconfianza de ambas partes negociadoras se acrecentó y el desarme tuvo que ser suspendido.

El poder estatal, en sus diferentes instancias, no acababa aún de afirmarse. Una parte de la población campesina y de los grupos rebeldes continuaban armados; las élites económicas y políticas, nacionales y locales, no habían podido aún reconstituir un verdadero poder estatal que ejerciera el monopolio de la violencia e impusiera el acatamiento a la legalidad y a las instituciones. En algunas zonas se había alterado la marcha normal de las actividades productivas. Esto creaba condiciones propicias para que, en la disputa por la reconstitución del poder estatal y en la lucha por tener la hegemonía en ese proceso, se desarrollaran también pugnas, rencillas, rivalidades, revanchas y enfrentamientos entre jefes y bandas rebeldes, así como abusos de éstos contra la población civil aunque, desde luego, la tensión mayor estribaba en las diferencias y dificultades que comenzaron a desarrollarse entre las instituciones del régimen porfiriano y los grupos rebeldes. Tampoco debe descartarse la actitud, a menudo provocadora, de jefes militares y autoridades del régimen porfiriano que seguían ocupando cargos importantes en el ejército y en la administración, en connivencia con familias de las élites económicas, quienes trataron de socavar la popularidad de Madero y exacerbar sus diferencias con los jefes revolucionarios locales.<sup>19</sup>

---

<sup>19</sup> Es ilustrativa, en este tenor, la provocación ocurrida con motivo de la visita de Madero a Puebla a mediados de julio de 1911, visita llena de rumores y confusión, que se manejó por ciertos medios como un complot para asesinarlo y que dio por resultado, además de varios simpatizantes maderistas asesinados o encarcelados, que se desgastara la relación entre Madero con varios de los jefes rebeldes que lo seguían, entre ellos Zapata, cuyo secretario particular, Abraham Martínez, fue designado por las autoridades maderistas para averiguar acerca del complot y, como resultado de sus pesquisas, encarceló a familiares del anterior gobernador porfirista en Puebla, así como a varios diputados locales y miembros de la élite económica política, provocando con esa actitud que el ejército federal y los grupos poderosos locales respondieran violentamente y masacraran a una multitud maderista en la plaza de toros de Puebla, en una acción en la que murieron 80 personas civiles. De manera significativa, Madero, a pesar de las evidencias

A nivel nacional, además, la disputa por el poder se estaba agudizando entre los grupos maderistas partidarios del cambio y las élites porfiristas, que eran todavía poderosas y estaban representadas, tanto por el presidente interino León de la Barra y varios de sus principales ministros y gobernadores, como por el ejército federal, quienes acrecentaron sus ataques contra Madero y sabotearon la consolidación del poder de éste, valiéndose para ello de la posición estratégica que tenían dentro de la alta burocracia y los mandos militares, así como de su influencia entre parte de la prensa nacional. Como consecuencia de ello, también las élites económicas locales se organizaron y adoptaron una actitud más beligerante, al constatar que el gobierno local de Carreón era incapaz de garantizar el orden y someter a los jefes rebeldes. La actividad de las élites, del gobierno y el ejército, combinó una fuerte campaña en la opinión pública nacional contra los zapatistas, con intentos de cooptar a Zapata mismo y a Patricio Leyva, ofreciéndoles la gubernatura y puestos públicos a cambio de su apoyo. Estos últimos intentos, empero, fueron en vano.<sup>20</sup>

Dentro de este clima, una de las medidas que el gobierno estatal promovió para reforzar la seguridad y acelerar el desarme de los rebeldes, iniciativa que encontró eco inmediato en el centro maderista y en el gobierno provisional, fue el traslado de tropas federales a la entidad, medida que complicó el panorama y ocasionó airadas protestas de Zapata y sus seguidores, así como de poblaciones rurales, quienes consideraban que más que

---

del complot y de los resultados de la matanza contra sus seguidores, exculpó a los jefes del ejército federal, promovió el ascenso de los responsables de la acción -como el coronel Aureliano Blanquet que fue nombrado general-, y encarceló a los maderistas que habían actuado contra el complot, comenzando por el mencionado Abrahám Martínez. Véase *AGN-FM*, Rafael Cañete a E. Vázquez Gómez, Puebla, 9 y 18 de julio de 1911, c. 77; *Diario del Hogar*, 9-13 de julio de 1911. Vázquez Gómez, *Memorias...*, *op. cit.*, pp. 311-347 y Magaña, *op. cit.*, t. 1, pp. 209-221. Después de los sangrientos sucesos de Puebla, Madero estuvo todavía más convencido de la urgencia de acelerar el desarme de los grupos rebeldes.

<sup>20</sup> "Memorandum sobre la situación política...", citado. *ARD*, t. 7, exp. 37, f. 13.

ayudar a resolver los problemas de la paz y el orden públicos, los ponía en riesgo.<sup>21</sup>

La irrupción del ejército federal alteró el equilibrio de fuerzas regional y puso a la defensiva a los rebeldes, quienes vieron que se reanudaba la lucha contra las mismas instituciones y, en buena medida contra las mismas personas a las que se habían enfrentado al final del porfiriato, apenas dos meses antes, solo que ahora sus enemigos actuaban en nombre del nuevo gobierno y con el aval y el prestigio del maderismo triunfante.

### *Fortalecimiento conservador*

Por esos días, el maderismo sufrió una dolorosa escisión en su cúpula dirigente, al romper Madero, sus familiares y colaboradores más conservadores, con los hermanos Emilio Vázquez Gómez, ministro de Gobernación del gobierno provisional y Francisco Vázquez Gómez, quien había sido el compañero de fórmula de Madero en la campaña antirreeleccionista de 1910. Tal ruptura se veía venir desde semanas atrás. Madero optó por disolver el Partido Antirreeleccionista que lo había encumbrado nacionalmente y crear uno nuevo, el Partido Constitucionalista Progresista, con el que contendría como candidato presidencial en la próxima elección de los poderes federales.<sup>22</sup> Aunque no puede catalogarse a los Vázquez Gómez como reformadores sociales, sostenían una línea política más progresista en cuanto a hacer a un lado a los sectores porfiristas y abrir más espacios para los seguidores de Madero. Entre los simpatizantes de los Vázquez Gómez se

---

<sup>21</sup> .ARD. Carreón a Gabriel Robles Domínguez, Cuernavaca, 14 de julio de 1911, t. 2, exp. 8, f. 53.

<sup>22</sup> Charles Cumberland. *Madero y la Revolución Mexicana*. México. Siglo XXI editores. 3a. edición. 1984. pp. 185-190.

encontraban varios de los líderes rebeldes e intelectuales con una posición más comprometida con las reformas sociales, por lo cual este rompimiento confirmó el predominio de la línea conservadora en las filas maderistas y fue un paso más en la subordinación del ala radical, que pugnaba por una ruptura con las élites porfirianas.<sup>23</sup>

En Morelos, estas disputas en la cúpula maderista no tuvieron mayor repercusión. El nombre de Zapata -sin su autorización, como aclaró poco después- apareció en un manifiesto firmado por algunos jefes maderistas que apoyaba a los hermanos Vázquez Gómez y criticaba a Madero por la ruptura.<sup>24</sup> Madero desautorizó tales protestas y alertó al presidente provisional León de la Barra para que reprimiera cualquier brote de rebeldía proveniente de los inconformes.<sup>25</sup> Tales protestas, empero, no pasaron a mayores. No

---

<sup>23</sup> El ala izquierda del maderismo se expresaba en el periódico capitalino *Diario del Hogar*, cuyo fundador, Filomeno Mata, viejo luchador antiporfirista, recientemente había fallecido. En las páginas de ese diario confluyeron los antiguos ex-magonistas Juan Sarabia -quien se hizo cargo de la dirección del periódico-, Antonio Díaz Soto y Gama, Antonio I. Villarreal y Jesús Flores Magón, así como Luis Cabrera, quien aprovechó esa tribuna para criticar a Madero por los compromisos que estaba teniendo con las élites porfirianas en artículos que desde entonces se hicieron famosos: "la revolución es la revolución". La ideología de ese diario la expresó Juan Sarabia, quien, en polémica con Ricardo Flores Magón escribió: "Esta revolución fue preparada por el trabajo de los viejos luchadores liberales que combatimos a la dictadura cuando Madero todavía no nacía a la vida política... yo no soy maderista, y los lectores del *Diario del Hogar* podrán ver que se critica a Madero por su revismo inesperado y se censura lo que hay de censurable en el actual gobierno... pero no por esto niego a Madero todo mérito". Con relación a la expulsión de Emilio Vázquez Gómez del gabinete, el *Diario del Hogar* protestó, argumentando que aunque no eran partidarios de él y que desconflaban de su pasado, su actuación posterior le había valido el título de representante de la revolución en el gobierno y que había sido excluido "por los que representan la vinculación, la miedosa complacencia con el antiguo régimen y la miopía lastimosa para apreciar la actual situación política". Ver *Diario del Hogar*, 20 de julio y 3 de agosto de 1911, así como la versión de los Vázquez Gómez de esta ruptura en Vázquez Gómez, *op. cit.*, pp. 289-310 y 349-357.

<sup>24</sup> En dicha comunicación, firmada por los generales Gabriel Hernández, Cándido Navarro, y en donde por poder, aparecieron las firmas de Juan Andrew Almazán, Emiliano Zapata A. M. Azueta, Guillermo García Aragón, Camerino Mendoza, P.A. Martínez, Jesús H. Salgado y Francisco J. Mújica, exigían a De la Barra el cumplimiento del *Plan de San Luis*, la expulsión de los científicos de la administración, el nombramiento de un general revolucionario como inspector de las fuerzas insurgentes y el sostenimiento de Emilio Vázquez Gómez "por ser el representante genuino de la revolución". Ver *Archivo Jenaro Amézcuca*, (en adelante *AJA*), Fondo VIII-2, carpeta 1, leg. 29. Zapata envió una protesta a varios diarios capitalinos en la que denunció que su nombre había sido utilizado arbitrariamente por Manuel Linares y que él ni conoció ni suscribió tal documento, reiterando que era fiel a Madero. Ver Zapata a ministro de Gobernación, Ayala, 5 de agosto de 1911, en Fabela, *op. cit.*, p. 13.

<sup>25</sup> *AGM*, De la Barra a Madero, México, 19 y 21 de julio de 1911, c. 13, exp. 4, fs. 79, 186; Madero a De la Barra, San Lorenzo, 25 de julio, c. 17, exp. 7, f. 4, 27 de julio, f. 11; Madero a Emilio Vázquez Gómez, San

obstante, las diferencias y rencores producidos al interior del grupo maderista entre la línea más conservadora y la más reformista, de los cuales era síntoma esta ruptura, permanecieron latentes en varios personajes cercanos al maderismo y poco después reaparecerían en pugnas políticas y enfrentamientos que continuaron desgajando a la coalición maderista inicial.

El reacomodo interno debilitó esa coalición y fue aprovechado por las élites políticas y económicas vinculadas con el porfiriato para ganar posiciones y endurecer sus planteamientos para conservar sus privilegios. De este modo, tanto los sectores porfiristas encabezados por el presidente provisional León de la Barra y varios ministros conservadores, como un sector del ejército, consiguieron acelerar el desarme de las fuerzas rebeldes en varias entidades del país. Madero comenzó a hacer una constante sus pronunciamientos y compromisos con los representantes del gobierno porfiriano y a distanciarse cada vez más de sus simpatizantes radicales.<sup>26</sup> En el caso de Morelos, las élites porfirianas avanzaron más en imponer sus condiciones.

Con el fin de reanudar el desarme y para mostrar a Madero que debía emplearse una mano más firme para someter a los inconformes, el gobierno provisional decidió la

---

Lorenzo, 25 de julio, c. 17, exp. 5-6, fs. 8, 11: Madero a De la Barra, San Lorenzo, 2 de agosto de 1911, f. 18. Los Figueroa también se sumaron a las protestas por la salida de los Vázquez Gómez del gabinete, ver *AGN*, Rómulo Figueroa y varios más a De la Barra, Iguala, 3 de agosto, c. 15, exp. 3, f. 1.

<sup>26</sup> Madero se reunió con Bernardo Reyes, en quien veía a su principal rival, llegando ambos al acuerdo de respetarse y realizar cada quien una campaña democrática para la presidencia: ambos se comprometieron a que el que saliera derrotado colaboraría con el ganador. Madero incluso ofreció a Reyes un ministerio que éste rechazó; de igual modo, Ernesto Madero rechazó la oferta de Reyes de hacerlo vicepresidente si ganaba la elección, ver *AGN*, Madero y Reyes a De la Barra, San Lorenzo, 2 de agosto de 1911, c. 18, exp. 2, f. 11. El papel de Reyes y más que de él mismo, del revismo, había cambiado significativamente, en un año, pues de haber sido un movimiento opositor democrático de clases medias urbanas, se había convertido en la bandera de aglutinamiento de un sector de las élites porfirianas más conservadoras que querían desactivar lo más pronto posible a la revolución maderista y volver al estado de cosas porfiriano. Los intentos de Madero por llegar a un acuerdo con Reyes, no solo hablan de un afán por tenerlo cerca y controlarlo, sino también ilustran el interés netamente conservador de un sector importante del maderismo.

incursión en el estado de una fuerte columna federal, al mando de Victoriano Huerta, quien comenzó su marcha el 9 de agosto de 1911.<sup>27</sup> La decisión de enviar tropas federales al mando de uno de los principales jefes del ejército porfiriano y seguidor de Bernardo Reyes, contó con la aquiescencia de Madero. Esa medida calentó el ambiente político y se produjo un enfrentamiento apenas ingresó la columna federal al estado, después de pasar por Tres Marias. Para calmar los ánimos que pudiera causar esa maniobra a todas luces ofensiva, Madero decidió trasladarse a Morelos, junto con su hermano Raúl, Eduardo Hay y los hermanos Robles Domínguez, para entablar negociaciones directas con los jefes zapatistas. El gobernador Carreón se vio obligado a suspender las elecciones locales que debían realizarse a mediados de ese mes.<sup>28</sup>

Desde diferentes perspectivas, De la Barra, Madero y los jefes del ejército federal coincidieron en la necesidad de defender el *statu quo* por los medios que fueran necesarios. Desde el punto de vista de los representantes del viejo orden porfiriano, encabezados por De la Barra, era una cuestión vital reafirmar el poder del estado nacional. La simple existencia de fuerzas rebeldes irregulares era una anomalía inaceptable, máxime si tal fuerza estaba localizada en una zona geográfica estratégica, por su cercanía al Distrito Federal y por la importancia económica que tenía la industria azucarera. En tal virtud, el gobierno provisional comprendió el problema desde el principio y diseñó una estrategia

---

<sup>27</sup> La incursión federal sorprendió a los jefes zapatistas y a Zapata mismo, quien acababa de contrar matrimonio y tenía intenciones, como lo había expresado en ocasiones anteriores, de retirarse a la vida privada.

<sup>28</sup> *Diario del Hogar*, 10-15 de agosto de 1911. Madero declaró que la incursión de la columna federal tenía por objetivo mantener y vigilar el orden en la entidad, una vez que terminara el licenciamiento de los zapatistas y dijo que carecían de fundamento las noticias de que Zapata se había insurreccionado. Después del enfrentamiento en Tres Marias, empero, la prensa capitalina publicó que era intención de las tropas federales atacar a los zapatistas si no efectuaban el desarme. La suspensión del proceso electoral en *AGM*, c. 6, e. v-2, f. 52.

decidida de presión militar, mediante avances y ocupaciones del ejército sobre el territorio morelense que obligaran a los rebeldes a aceptar una rendición incondicional o insubordinarse.<sup>29</sup>

El ejército porfiriano, a través de Huerta, buscaba ocupar un primer plano en la escena política nacional. Le fortalecía intervenir en el amago y desmovilización de uno de los principales grupos armados rebeldes, a quienes consideraba como enemigos irreconciliables y de quienes esperaban vengar la afrenta que había significado la salida del gobierno porfiriano; los surianos, además, estaban inquietando a la opinión pública capitalina y reducirlos al orden significaba debilitar aún más la fuerza del maderismo y prestigiarse ante las élites. La institución castrense se fortalecería con hombres, armas y presupuesto, además de incrementar su capital político mediante las alianzas con las clases altas y medias, a través del gobierno, apareciendo ante ellas como la única garantía del orden y la seguridad y demostrando, al mismo tiempo, la incapacidad de Madero y sus colaboradores. Paralelamente, el ejército minaba conscientemente uno de los principales sostenes populares del maderismo, pues los rebeldes morelenses eran un grupo surgido de abajo y con una importante base popular. Una situación de guerra como la que parecía irse gestando, en las condiciones de desigualdad a favor del ejército federal, sólo podía convenir a los sectores civiles más reaccionarios del país y al ejército.

Para Madero y los líderes maderistas era imprescindible desactivar la movilización popular que tuvo lugar en los meses finales del porfiriato. Esa movilización, encabezada por líderes locales sobre los que solo tenían un control formal y la existencia de fuerzas

---

<sup>29</sup> Desde sus primeras instrucciones, De la Barra ordenó a Huerta no detenerse hasta lograr la rendición incondicional de Zapata, vcr *AGM*. De la Barra a Huerta. México. 10 de agosto de 1911. c. 15, exp. 1, f. 34.

irregulares rebeldes representaba un obstáculo para poder establecer su proyecto de transición democrática y de desarrollo económico sobre relaciones políticas más modernas, respetando muchos de los privilegios y desigualdades que habían imperado hasta entonces, de los cuales eran parte y con los que se sentían identificados Madero mismo, su familia y varios de sus más cercanos colaboradores.<sup>30</sup>

Los aliados potenciales de Madero para llevar a cabo ese proyecto, es decir, las clases medias urbanas, una burguesía industrial, comercial y financiera progresista y los sectores modernos de trabajadores asalariados -quienes se habían movilizado ampliamente en la etapa antirreeleccionista del maderismo y habían participado también, aunque en mucho menor medida, en la etapa armada-, se habían desmovilizado y se encontraban, por el momento, fuera de la escena política. Los campesinos, cuya movilización había sido el soporte real y decisivo de la rebelión maderista y la causa directa de la caída de Díaz, estaban siendo hechos a un lado conscientemente por los líderes maderistas. Para reforzar su control a nivel nacional y desactivar las características plebeyas de la rebelión, el maderismo estaba desarmando al grueso de esas tropas, cooptando a algunos de sus dirigentes, recurriendo al ejército federal para obligarlos a pacificarse y prometiendo que cumpliría algunas de sus demandas una vez que se restableciera el orden constitucional. Lo significativo, sin embargo, era que Madero había roto conscientemente los vínculos con las clases, sectores sociales, grupos y líderes que lo habían llevado al poder y que debían ser la principal base de apoyo para su gobierno.

Con la división en sus propias filas, el enfoque de Madero exclusivamente político

---

<sup>30</sup> Alan Knight. *The Mexican Revolution, op. cit.*, t. 1, pp. 221-231-233.

de los problemas nacionales, su negativa para encauzar la solución de las demandas populares sobre la tierra, el trabajo y los salarios y su afán por dar garantías a las clases propietarias y desmovilizar a las bandas rebeldes, los principales soportes reales del maderismo y de su proyecto modernizador reformista eran, paradójicamente, las clases conservadoras y las instituciones más sólidas del porfiriato que, desde luego no lo veían con buenos ojos ni confiaban en él: el ejército, la burocracia, la prensa, las élites económicas y políticas. El apoyo de estos sectores era, en el mejor de los casos, limitado, condicionado y temporal, en tanto Madero les sirviera.<sup>31</sup>

La postura centrista y conservadora de Madero y sus principales colaboradores, los compromisos negociados con las élites porfirianas y la actuación de Madero y del gobierno provisional, le fueron enajenando muy pronto a Madero el apoyo del ala radical de su movimiento. A nivel local, los conflictos por la centralización, subordinación y desarme de las tropas irregulares estatales que se habían formado en la insurrección, y los pronunciamientos de Madero en contra de esas fuerzas y a favor de las élites regionales, minaron también el apoyo que había tenido Madero en los sectores de clases medias y populares más radicales semanas atrás. Así, la coalición maderista triunfadora sobre Díaz desde el comienzo mostró su debilidad, al estar entre dos fuegos, sin capacidad de maniobra, más desconfiada de los sectores radicales que de los conservadores e inclinándose aceleradamente hacia éstos. Los conservadores aprovecharon estas

---

<sup>31</sup> Knight tiene razón al enfatizar que, aunque familias enteras de las élites económicas y políticas porfirianas, de manera oportunista, se pasaron del lado de los revolucionarios maderistas a última hora, la gran mayoría de las clases propietarias permanecieron fieles al viejo orden e hicieron lo posible por sostenerlo y oponerse a los cambios. El apoyo parcial o la alianza que hicieron estas élites con Madero, era indicativo del carácter moderado del movimiento y de los líderes maderistas, ver *Ibid.*, t. 1, p. 234-237. Hace falta un estudio sobre el papel de la iglesia, institución fundamental para entender el tejido social de la época y su actuación a nivel regional ante todos estos acontecimientos.

condiciones para reorganizarse y pasar a la ofensiva. Los líderes maderistas, por su parte, seguidores convencidos del civilismo y la institucionalidad, en su defensa de la razón de estado fueron atrapados por una inercia guerrerista que provocó, a su vez, una redefinición de los equilibrios entre las clases y grupos organizados que estaban en la escena.

### *Militarización del estado*

Este juego de fuerzas e intereses repercutió directamente en el estado de Morelos, donde se formó una fuerte coalición de intereses entre los propietarios azucareros, los grandes comerciantes, la clase política local,<sup>32</sup> el ejército federal, sectores de la clase media maderista y la clase política porfirista que presionó al maderismo y lo orilló a adoptar una posición de fuerza ante los rebeldes morelenses.

Empero, el desarme de las tropas zapatistas se complicó. Las reservas que habían mostrado ante los intentos del centro maderista por subordinarlos y hacerlos a un lado, se vieron agudizadas por la presencia de las tropas federales. Zapata acusó al gobernador Carreón de ser el responsable de la anarquía que reinaba en el estado y de atropellar la soberanía estatal al pedir la intervención del ejército federal.<sup>33</sup>

Huerta, quien contaba con el apoyo incondicional del gobierno provisional y del ejército, pronto consiguió la subordinación de Carreón, quien le entregó todas las armas y

---

<sup>32</sup> En la cual estuvieron incluidos no solo los caciques y notables tradicionales que habían formado parte de la clase política porfirista a nivel local, sino incluso también políticos reformistas como la familia Leyva, que se encontraba ahora aliada a Madero, así como cuadros locales que se habían destacado en el leyvismo, como Antonio Sedano, y otros más, quienes aplaudieron la incursión del ejército federal para someter a los zapatistas.

<sup>33</sup> *AGM*, Huerta a De la Barra, 11 de agosto de 1911, c. 15, exp. 1, f. 33.

la logística que poseía el gobierno estatal.<sup>34</sup> Con el objeto de aislar a los zapatistas, Huerta y el gobierno provisional trataron de comprometer a los Figueroa en la campaña del ejército federal. Sin embargo, los Figueroa tomaron distancia del asunto, rehusaron hacer caso a Huerta e incluso, iniciaron un acercamiento con Zapata para tratar de sumar fuerzas y sacar al ejército federal de la entidad.<sup>35</sup>

A los Figueroa, a pesar de sus diferencias y pugnas por el poder local con los zapatistas y de sus alianzas con las clases pudientes morelenses, no les convenía el fortalecimiento del ejército federal en Morelos, que alteraba los equilibrios entre los grupos regionales y los hacía a un lado de la escena, irrupción que, además, si ocurría una situación de guerra, tendría repercusiones a nivel nacional y pondría en riesgo el proyecto maderista, que compartían en lo general. Sin embargo, los Figueroa tampoco podían aliarse abiertamente con Zapata, ni siquiera ante la amenaza de un agente externo poderoso y común como lo era el ejército federal. Prefirieron, pues, esperar y que el tiempo fuera despejando el panorama o que se definiera el enfrentamiento entre federales y zapatistas. Huerta consiguió que el gobierno federal destinara más recursos para emprender una

---

<sup>34</sup> *AGN*, Huerta a De la Barra, Cuernavaca, 11 de agosto de 1911, c. 15, exp. 1, f. 25; De la Barra a Huerta, México, 11 de agosto, c. 19, exp. 6, fs. 1-2.

<sup>35</sup> Cuando Madero estuvo de acuerdo en el avance del ejército federal sobre Morelos, al mismo tiempo ofreció la gubernatura a Ambrosio Figueroa, encomendándole que pusiera en orden a Zapata, quien le estaba causando demasiadas dificultades. Sin embargo, Figueroa, que conocía más que Madero la situación local, rechazó la oferta, argumentando que causaría más problemas y que no era el momento de dividir a los revolucionarios, sino hacer frente común contra los reyesistas -en alusión directa a Huerta-, pues, de lo contrario, los maderistas se estarían suicidando. De manera significativa, cuestionó a Madero por permitir la invasión de Morelos por el ejército federal e indicó que Huerta podría convertirse en un peligro mayor que Zapata. Ver A. Figueroa a Madero, Chilpancingo, 18 de agosto de 1911, *AJA*, VIII-2, carp. 1, leg. 37; también *AGN*, Carreon a De la Barra, Cuernavaca, 11 de agosto de 1911, c. 15, exp. 1, f. 29; Huerta a De la Barra, Cuernavaca, 13 de agosto fs. 52-53 y c. 17, exp. 11, f. 2. Huerta, que supo de esta postura, señaló a De la Barra que debían desconfiar de los Figueroa. Otra de las posibilidades en las que había pensado Madero era ofrecer a Pascual Orozco la gubernatura de Morelos, por el ascendente que tenía como uno de los principales jefes revolucionarios norteros y, al mismo tiempo, alejarlo de su territorio.

campaña en toda la forma contra los zapatistas, sin la participación de los Figueroa. En la segunda semana de agosto de 1911, el territorio morelense se encontraba completamente militarizado.<sup>46</sup>

La presencia del ejército federal puso en guardia a los zapatistas, quienes suspendieron el desarme; la ruptura de hostilidades parecía inminente. Madero, quien se percató de la gravedad del asunto, decidió trasladarse al territorio morelense y utilizar el prestigio que aún conservaba como jefe de la revolución para lograr la pacificación del estado y el desarme de las tropas rebeldes. El 13 de agosto viajó a Morelos y habló por teléfono con Zapata, sin llegar a acuerdo alguno. Zapata había endurecido su postura, por lo que Madero decidió regresar a la capital y tratar de convencer a De la Barra de impedir el avance de las tropas federales. Madero, empero, no era tan ingenuo para creer que no había diferencias fuertes entre él y los surianos, ni que sería fácil convencerlos del licenciamiento. Ya en esos días pensaba que, de no fructificar las negociaciones con Zapata para el desarme de sus tropas, convenía tenerlas reunidas para acabar con ellas más fácilmente.

#### *Las condiciones para el desarme: comienzos de una identidad*

Los zapatistas hicieron públicas sus demandas: respeto a la soberanía estatal; separación del gobernador Carreón ("por ser incapaz de gobernar, por pertenecer al partido científico, por haber sido nombrado por personas que no son del estado, por no haberse consultado con la

---

<sup>46</sup> Arturo Langle Ramírez. *Huerta contra Zapata. Una campaña desigual*. México. IIH-UNAM. 2a. ed. 1984. p. 20.

voluntad del pueblo para ese encargo, ni siquiera la opinión de los principales jefes revolucionarios de este estado y ser este funcionario enteramente impopular"); nombramiento de un gobernador de acuerdo con las aspiraciones del pueblo y de los jefes zapatistas; salida del ejército federal del estado; nombramiento de autoridades y empleados por la voluntad de los pueblos para hacer a un lado a los porfiristas, científicos y caciques que hasta entonces los habían gobernado ("que las autoridades y empleados con quienes no estén conformes los pueblos, sean designados conforme a la voluntad de los mismos pueblos, porque muchos de ellos protestan contra la imposición forzosa de autoridades que pertenecen a la administración porfirista y a los científicos y, naturalmente, compuestas su mayor parte por caciques, hombres déspotas y crueles, ejercen represalias que los exasperan y provocan su malestar"). Sólo en esas condiciones aceptarían el licenciamiento de sus tropas, de las cuales, no obstante, deberían salir las fuerzas de seguridad pública estatal; la nueva legislatura local debía abocarse a resolver el problema agrario.<sup>47</sup>

Los surianos pusieron el acento en la cuestión política: el gobierno estatal y las autoridades locales debían ser electos no solo por los jefes revolucionarios, como establecía el *Plan de San Luis*, sino por los pueblos. Con ello daban un paso más allá de lo que planteaba el maderismo. Todavía más, con el énfasis en la solución al problema agrario para aceptar el desarme, los zapatistas reivindicaban el famoso artículo 3o del *Plan de San Luis*, tal como lo entendían y se diferenciaron notoriamente de los otros grupos rebeldes maderistas que por esos días estaban también siendo desarmados. La satisfacción de esta

---

<sup>47</sup> "Condiciones de Zapata para el licenciamiento", en *Nueva Era*, 16 de agosto de 1911, en donde reafirmaron su reconocimiento a Madero y al gobierno provisional. AGN, Madero a De la Barra, Cuernavaca, 11 de agosto de 1911, c. 15, exp. 1, f. 27. Madero a De la Barra, Cuernavaca, 13 de agosto, fs. 63-65 y c. 17, exp. 8, f. 14.

demanda estaba estrechamente vinculada con el problema del poder. Los alzados exigían que el ejercicio de éste debía satisfacer, en primera instancia, a las aspiraciones de los pueblos. Los rebeldes, que se reconocían a sí mismos como revolucionarios, debían participar, junto con los pueblos, en la designación del gobernador y demás autoridades locales; éste gobierno, a su vez, debía cumplir con las "aspiraciones revolucionarias", que hasta esos momentos se expresaban en una serie de reivindicaciones agrarias y en un mejor gobierno, que garantizara condiciones de vida dignas y una mayor justicia y equidad para los sectores excluidos. El poder público, desde su perspectiva, debía satisfacer las necesidades de las clases marginadas.

Los zapatistas eran conscientes de la fuerza que les daba la posesión de sus armas para conseguir sus propósitos y no se planteaban dejarlas enteramente, como lo había expresado Zapata. Solo se desarmarían si una parte de sus fuerzas conservaba sus armas y si eran incorporados en las fuerzas de seguridad estatales, si el jefe de las mismas era una gente de probados principios revolucionarios, si salía el ejército federal de la entidad y si se cumplían sus demandas políticas.

### *El fracaso de las negociaciones*

Madero no podía dar cumplimiento a estas peticiones sin modificar la estructura de poder regional y las relaciones entre el centro y esa entidad y, en el fondo, el *statu quo* prevaleciente. Repartir la tierra a las comunidades que la reclamaban, en Morelos, significaba quitarle a las grandes propiedades el control que habían alcanzado sobre la

mayoría de las tierras fértiles e irrigadas. Abrir espacios en las estructuras de los poderes públicos a los grupos excluidos hasta entonces ponía en riesgo el sistema de privilegios económicos alcanzados por las élites al amparo de las políticas estatales. Madero no solo no podía ver con simpatía esas peticiones, sino que comprendía que apuntaban en una dirección distinta a las reformas políticas con las que pretendía remozar el sistema y las instituciones nacionales, en un proceso controlado por la élites económicas, políticas y culturales y que, por lo mismo, no se planteaba alterar la estructura de la propiedad y la dominación prevalecientes, tanto a nivel nacional como en las distintas regiones.

Al margen de sus intenciones y de las promesas que pudiera hacer, Madero no quería ni podía satisfacerlas. Pero no podía tampoco, todavía, combatirlas. Menos aún cuando en el seno del maderismo la postura zapatista estaba provocando más divisiones entre conservadores y radicales, pues en esos días comenzó a expresarse una opinión favorable a la causa zapatista no solo en el *Diario del Hogar*, sino también en el principal periódico maderista, *Nueva Era*, dirigido por Juan Sánchez Azcona, cuyo editorial del 17 de agosto de ese año expresó: "Zapata no pide imposibles ni se extralimita en sus anhelos de revolucionario sincero. Zapata entró a la revolución por ideales y si Zapata no cree que debe deponer las armas todavía es porque Zapata palpa que aún no han cesado las causas que motivaron la revolución". El periódico coincidía con los zapatistas en afirmar que en Morelos existía un grave problema agrario y que Zapata tenía razón en protestar contra ello "porque cree que la Revolución tiene que modificar el estado social y no solo cambiar gobierno".<sup>38</sup>

---

<sup>38</sup> *Nueva Era*, 17 de agosto de 1911. El corresponsal en Morelos del *Diario del Hogar*, Enrique Bonilla, dio en varias ocasiones testimonio de la simpatía y respaldo que tenía Zapata en la mayoría de la población

Como se observa, el zapatismo se empezaba a convertir en un polo de atracción para un sector de las clases medias urbanas y de la intelectualidad progresista del maderismo, quienes aspiraban a que el cambio de Díaz se tradujera en mejoras para las clases desposeídas y no fuera solamente un cambio de fachada. A estos sectores, el zapatismo les servía como un elemento de justificación para presionar a Madero en el cumplimiento de reformas sociales y deslindarse de los compromisos con las viejas clases propietarias. El zapatismo era un aliado para ellos por cuanto la justificación ideológica y el ejemplo que constituía un movimiento de masas campesinas que demandaba la restitución de tierras, siempre y cuando no estallaran las hostilidades ni se radicalizara, pues en tal caso el miedo a su carácter plebeyo haría que buena parte de los sectores medios se alinearan con Madero, con quien tenían afinidad de clase. Los más radicales se fueron

---

morelense y denunció igualmente las maniobras de Huerta que estaban dando al traste con la negociación. Antonio Díaz Soto y Gama, pionero del movimiento liberal de principios de siglo y viejo compañero de Sarabia, Villarreal y los Flores Magón, quien también jugaría un papel muy importante en la oposición de izquierda en el maderismo y el huertismo y que, a partir de 1914, se convertiría en uno de los principales ideólogos del zapatismo, escribió un editorial en el *Diario del Hogar* el 22 de agosto de ese año en el que criticaba la designación de Huerta y de Blanquet como jefes de la campaña en Morelos, por su revivismo y vínculos con el antiguo régimen y sostuvo que revelaban la imprudencia y parcialidad del presidente interino para impedir una negociación pacífica. La simpatía de Bonilla y de Soto y Gama hacia el zapatismo se convirtió en compromiso militante. La postura de Sánchez Azcona, una de las gentes más cercanas a Madero, que no compartía las posiciones conservadoras de la familia Madero, era muy significativa, pues Madero le había asignado al periódico *Nueva Era* un papel preponderante. El 22 de julio de ese año, en plena tormenta política entre los Vázquez Gómez y el gobierno provisional, Madero había escrito a Francisco Vázquez Gómez, a propósito de los ataques cada vez más abiertos que recibía en la prensa, que consideraba conveniente que tal cosa ocurriera porque de ese modo conocía el modo de pensar y los nombres de sus enemigos. Para contrarrestar esas opiniones, confiaba en que el periódico *Nueva Era* sería suficiente "para encauzar perfectamente la opinión" (ver Vázquez Gómez, *Memorias... op. cit.*, pp. 353-355). Ese periódico reflejaba, empero, la postura de las gentes más cercanas a Madero que no estaban comprometidas con sus familiares ni con las élites políticas y económicas y reflejaba a veces la consciencia crítica de esta ala del maderismo. Las incipientes simpatías por el zapatismo de Sánchez Azcona, además de servirle para presionar a Madero y contener los compromisos de éste con el gobierno provisional y el ejército, en quienes veía un serio peligro, pronto fueron enfriándose en las semanas siguientes, a medida en que las diferencias entre el maderismo y el zapatismo se fueron agudizando y, sobre todo, por la radicalización zapatista y algunos actos terroristas que definitivamente le enajenaron el apoyo de este sector encabezado por Azcona. El maderismo, además, logró cerrar filas y contuvo las voces disidentes en aras de no hacerle el juego a la reacción conservadora que se estaba orquestando de manera visible. Los editoriales de *Nueva Era* se fueron haciendo más neutrales y, poco después, abiertamente antizapatistas.

separando de Madero y algunos de ellos, incluso, después del golpe militar que puso fin al maderismo, se incorporaron a Zapata.

Para De la Barra y los altos mandos del ejército, por razones de estado, la postura zapatista era una rebelión y debían aniquilarla. Todas sus acciones y maniobras fueron en esa dirección. Por ello, las negociaciones que entabló Madero con los zapatistas estaban condenadas, desde el principio, a no ser otra cosa que un paréntesis de promesas, tanteos y acuerdos formales, sin renunciar en el fondo ninguno de los participantes a sus respectivas pretensiones, todo lo cual sólo postergaría el momento de la definición y del estallido final. No obstante, los negociadores maderistas y zapatistas se reunieron con disposición y deseos de encontrar un arreglo. Pero el problema de fondo era la disputa por el poder, por ver quién imponía sus condiciones. Así, el curso de los acontecimientos, los intereses de las fuerzas que estaban en disputa, nacionales y locales, y las propias visiones y posturas de ambos, terminaron por enfrentarlos. A pesar de todo, tanto Madero como Zapata y los suyos confiaban en que podían llegar a un arreglo. A ambos les convenía, además, establecer una alianza, aunque fuera temporal, y quizás éste era el verdadero motivo que tuvieron para ellos las negociaciones acerca del desarme.

Tal eventualidad, desde luego, contravenía los intereses del gobierno federal, de los altos mandos del ejército y de las élites morelenses. Por ello, el presidente interino León de la Barra y Victoriano Huerta, conscientemente, realizaron una campaña de obstrucción y sabotaje que dio al traste con los acuerdos alcanzados entre Madero y Zapata. Este sabotaje ha sido ampliamente documentado y comentado por diferentes investigadores de la revolución y aparece claramente en las fuentes primarias. En esas comunicaciones De la

Barra expresó claramente que no confiaba en que las negociaciones pudieran dar resultados favorables para el gobierno. Consideraba que eran concesiones sin sentido, que solo les darían más tiempo a los alzados para crecer y que el prestigio del gobierno estaría en entredicho. Huerta, igualmente, era partidario de una solución de fuerza desde el primer momento.<sup>39</sup>

A mediados de agosto, De la Barra sugirió a Madero que le ofreciera a Zapata que, una vez concluido el desarme, se tomaría en cuenta su opinión para la designación del gobernador de la entidad. El gobernador Carreón presentó su renuncia -que no le fue aceptada-, argumentando que su misión pacificadora había fracasado y que no quería que lo usaran como pretexto para continuar con la anarquía. Mientras Madero, De la Barra y Zapata sostenían comunicaciones telegráficas sobre el desarme, se ordenó a Huerta que suspendiera su avance; sin embargo, éste, haciendo caso omiso de las instrucciones, continuó la marcha de su columna sobre Yautepec.<sup>40</sup>

Ante el avance federal, Zapata tenía motivos suficientes para sentirse engañado, por lo cual el 17 de agosto escribió a De la Barra que si había derramamiento de sangre no sería responsabilidad suya, sino de las gentes que trataban de asesinar los principios proclamados por el mismo Madero. En telegrama a Madero acusó a los hacendados de ser los causantes de todos los problemas, para seguir teniendo al pueblo esclavizado; con ese fin -dijo-

---

<sup>39</sup> AGN, Huerta a De la Barra, Cuernavaca, 15 de agosto de 1911, c. 14, exp. 3, fs. 3, 4; Carreón a De la Barra, Cuernavaca, 15 de agosto, f. 10; De la Barra a Huerta, México, 15 de agosto, c. 14, exp. 4, f. 21; Huerta a De la Barra, Cuernavaca, 15 de agosto, c. 16, exp. 1, f. 24; De la Barra a Madero, México, 15 de agosto, c. 17, exp. 8, f. 13. Todo el expediente 11 de esta caja contiene la mayoría de los telegramas y comunicaciones cruzados entre los actores centrales de este episodio.

<sup>40</sup> AGN, Madero a Zapata, México, 16 de agosto de 1911, c. 14, exp. 3, fs. 43; Carreón a De la Barra, Cuernavaca, 16 de agosto, f. 49; Huerta a De la Barra, Cuernavaca, 16 de agosto, fs. 52, 54, 59, 25; Huerta a De la Barra, Cuernavaca, 15 y 16 de agosto, c. 17, exp. 8, fs. 5, 12, 13.

intrigaban con el gobierno para asesinar a los zapatistas. Confiaba todavía en Madero y en que éste usaría su influencia para satisfacer las peticiones que habían hecho, entre las cuales se había vuelto una demanda central, la salida de las tropas federales del estado.<sup>41</sup>

El agravamiento de las tensiones hizo que Madero decidiera salir otra vez para Morelos e intentara reunirse con Zapata, quien le comunicó que lo recibiría en Cuautla. Sin embargo, la escolta que envió Zapata a recoger a Madero fue interceptada por Huerta, quien no los dejó pasar y los persiguió hasta Yautepec, donde se libró un fuerte combate entre ambas fuerzas, en donde perdieron la vida 7 zapatistas y 3 soldados federales.<sup>42</sup> Madero finalmente pudo reunirse con Zapata y los principales jefes surianos en Cuautla el 18 de agosto. En esa reunión volvió a ofrecer seguridades a los zapatistas de que serían cumplidas sus demandas y que nombraría de común acuerdo con ellos al gobernador y al jefe de armas de la entidad. Igualmente, ofreció respetar la integración de una parte de las fuerzas zapatistas como fuerzas rurales locales. Madero creía que, si se efectuaba el desarme y se garantizaba el orden y la pacificación del estado, la presencia del ejército federal en el territorio morelense no sería necesaria. En un mitin efectuado en el zócalo de Cuautla, ante cinco mil personas, Madero expresó que la culpa de las falsas noticias que circulaban en la prensa de la ciudad de México acerca de la insubordinación zapatista era de los científicos y de Reyes. Estos buscaban provocar un clima de inestabilidad para demostrar que Madero era incapaz de controlar el orden en el país y, de este modo, trataban de restaurar la dictadura. Ese grupo pretendía también que no se escuchara a Zapata y,

---

<sup>41</sup> AGN. Zapata a De la Barra, Cuautla, 17 de agosto de 1911, c. 14, exp. 4, f. 23. AJA. Zapata a Madero, Cuautla, 17 de agosto, VIII-2, carp. 1, leg. 34.

<sup>42</sup> *Diario del Hogar*, 16-18 de agosto de 1911.

antes bien, que se le asesinara, con lo cual Madero no estaba de acuerdo, pues reconocía en Zapata a uno de los soldados más valientes del ejército libertador. Por todo ello, los conminó a aceptar el desarme.<sup>43</sup>

Madero les ofreció también que el gobernador sería Eduardo Hay, a quien los zapatistas aceptaron, aunque preferían que fuera Miguel Salinas, director de Instrucción Pública del estado de Morelos. Los rebeldes aceptaron también que Raúl Madero se hiciera cargo de las fuerzas rurales y de la seguridad del estado. Con ello, las fuerzas zapatistas se desarmarían a partir del día 19 de agosto. Madero prometió hacer gestiones para la salida de las tropas federales.<sup>44</sup> Una vez más, parecía que los acuerdos entre Madero y Zapata serían definitivos y que la paz se encontraba al alcance de la mano. El desarme había sido en buena medida efectivo y solo quedaban en posesión de sus armas 500 zapatistas.

No es posible saber si los ofrecimientos de Madero eran sinceros o solo una maniobra para conseguir el desarme. En cualquier caso, representaban la solución a varias de las principales demandas zapatistas y un importante puente para la negociación, por lo cual De la Barra y Huerta decidieron jugársela y acabar con esa posibilidad. Con la movilización de las fuerzas federales en diversos poblados -a los que amagaron y ocuparon-, echaron abajo los acuerdos, buscando también evidenciar la incapacidad de

---

<sup>43</sup> .LJA, discurso de Madero en Cuautla, 18 de agosto de 1911. VIII-2, carp. 1, leg. 36. *Nueva Era*, 19 de agosto de 1911; *Diario del Hogar*, 20 de agosto de 1911.

<sup>44</sup> .IGM, Madero a De la Barra, Cuautla, 18 de agosto de 1911, c.17, exp. 8, f. 17 y AJA, VIII-2, carp. 1, leg. 38. Gildardo Magaña, que entonces era pagador del ejército zapatista, señaló que de los 6.500 hombres armados que tenían las fuerzas de Zapata, sólo restaban 500 que no habían sido licenciados. *Nueva Era*, 10 de agosto. El desarme se había reanudado y varios oficiales zapatistas, junto con sus hombres, se presentaron en esos días a entregar sus armas, ver R. Zaleta a De la Barra, Cuernavaca, 17 de agosto. AGM, c. 14, exp. 4, fs. 35-6. Aunque marginalmente, la campaña federal provocó algunas deserciones en las filas zapatistas, como fue el caso del coronel zapatista Francisco García quien se licenció con sus 100 hombres "por no estar de acuerdo con Zapata"; o como el coronel zapatista Páez, de antecedentes negativos según el diario *Nueva Era*, quien fue a ofrecerse a Huerta como guía en la campaña contra Zapata, ver *Nueva Era*, 17 de agosto. *Diario del Hogar*, 19 de agosto de 1911.

Madero y minar su prestigio. Ése día, De la Barra informó a Madero que primero era necesario garantizar la paz y que, solo después de conseguida ésta, saldrían las tropas federales de Morelos.

Al mismo tiempo, el gobernador Carreón y varios hacendados, informaron de diversas noticias sobre desmanes de zapatistas en Jojutla, Tetecala, Tlaltizapán, Puente de Ixtla y las haciendas de San Vicente y Chiconcuac. El tenso clima prevaleciente causaba alarma a la población de las localidades y polarizó su actitud ante los acontecimientos: algunas familias pidieron la protección del ejército federal en Jojutla y Jonacatepec; otros grupos pidieron el retiro de las fuerzas federales "en bien de la patria", como expresaron comerciantes de Cuautla a De la Barra. Así pues, no todas las familias pudientes eran partidarias de la intervención del ejército federal ni todas las familias marginadas veían con simpatía a los rebeldes.<sup>45</sup>

### *La ruptura*

A pesar de todo, el 19 de agosto se reanudó por enésima vez el licenciamiento de los zapatistas en Cuautla. Madero conminó a De la Barra para que no permitiera movimientos

---

<sup>45</sup> AGM. De la Barra a Madero, México, 18 de agosto de 1911, c. 17, exp. 8-9, f. 21; Carreón a De la Barra, Cuernavaca, 18 de agosto, c. 14, exp. 4, fs. 46-47, 19 de agosto, fs. 87, 92; Felipe Ruiz de Velasco a De la Barra, México, 19 de agosto, f. 88; De la Barra a Carreón, México, 19 de agosto, f. 93; vecinos de Jojutla a De la Barra, 15 de agosto, c. 14, exp. 3, f. 27. Antonio Barrios, administrador de las haciendas de San Vicente y Chiconcuac, denunció el asalto de dichas haciendas por bandoleros, aunque no pensaba que fueran gentes de Zapata, pues éste las tenía concentradas en Cuautla y Yautepéc, ver A. Barrios a De la Barra, 19 de agosto, c. 18, exp. 8, f. 43. Familias de Morelos se refugiaron en Iguala huyendo -según decían- de las depredaciones e incendios cometidos por los zapatistas en Jojutla, Tlaquilténango, Ixtla y Zacatepec, Cándido Ruiz y otros a De la Barra, 20 de agosto, c. 18, exp. 8, f. 22. Vecinos de Jonacatepec pidieron la protección del ejército federal el 24 de agosto, c. 18, exp. 1, f. 73; también, ver: comerciantes de Cuautla a De la Barra, 14 de agosto, c. 15, exp. 1, f. 63; miembros del club antirreeleccionista de Puebla a De la Barra, 20 de agosto, c. 18, exp. 8, f. 23.

de tropas federales por Huerta o Blanquet, señalando que ambos jefes eran muy odiados en la zona y su presencia alteraría la actitud de cooperación de los zapatistas. Le informó que las noticias sobre los desmanes zapatistas eran exageradas y en muchos casos meras sospechas. Con relación al problema agrario, había dado instrucciones a Eduardo Hay para que cuando se hiciera cargo del gobierno estatal formara una comisión agraria local.<sup>46</sup> Todavía más, al siguiente día justificó la actitud y la legitimidad de la postura de Zapata: "Me he informado sobre todo lo que dicen de Zapata en México y no es cierto, lo que pasa es que los infelices sirvientes de las haciendas, por tantos años esclavizados, han encontrado en él un brazo fuerte que los proteja, por cuyos motivos es el ídolo del pueblo, a la vez que los hacendados lo odian porque es un obstáculo para seguir cometiendo abusos y una amenaza para los privilegios indebidos". Madero confiaba en haber alcanzado por fin la solución al conflicto.<sup>47</sup>

No obstante, la alegría de Madero duró poco, pues ese mismo día en la tarde, a pesar de las advertencias en contrario, utilizando como pretexto supuestos desmanes de zapatistas en Jojutla, Huerta hizo avanzar sus fuerzas sobre Yautepec, rompiéndose las hostilidades en el cerro de las Tetillas, cerca de Yautepec.<sup>48</sup>

De la Barra, el mismo día 19, por la mañana, había celebrado una reunión del

---

<sup>46</sup> .J.J.A. Madero a De la Barra, Cuautla, 19 de agosto de 1911, VIII-2, carp. 1, leg. 41.

<sup>47</sup> .AGM. Madero a De la Barra, Cuautla, 19 de agosto de 1911. c. 17. exp. 8, fs. 26, 27, exp. 8-9, fs. 23, 24, 25, 27. Madero a De la Barra, Cuautla, 20 de agosto, c. 16, exp. 1, f. 26 y c. 17. exp. 8, f. 21. Miguel Díaz Lombardo, Heriberto Frías, Roque González Garza y otros dirigentes maderistas le escribieron el 19 de agosto a De la Barra que suspendiera el avance de tropas federales puesto que ponía en riesgo la vida de Madero. c. 18, exp. 8, f. 44. La actitud de Madero seguía caracterizándose por sus constantes oscilaciones.

<sup>48</sup> .J.J.A. Madero a De la Barra, Cuautla, 19 y 20 de agosto de 1911. carp. 1, leg. 42 y 43. *Diario del Hogar*. 20 y 21 de agosto. Ese periódico informó cómo en el cerro de las Tetillas estaban desde antes, frente a frente, las fuerzas federales y rebeldes y se había ordenado avanzar la columna federal de Caso López desde Puebla, intentando atacar a los zapatistas por la retaguardia. Zapata había girado instrucciones a sus tropas de no dejarlos pasar, de reforzar con gente de Cuautla sus posiciones en Yautepec y de hacerle frente a las dos columnas federales si continuaban sus movimientos. Al parecer, hubo 30 muertos de uno y otro bando.

Consejo de Ministros, en la que se decidió unánimemente ordenar a Zapata que sacara sus hombres de Yautepec y procediera al desarme, dándole un plazo de 48 horas para hacerlo. Concluido éste y normalizada la situación en el estado, el gobierno federal trataría de resolver la cuestión agraria en la entidad.<sup>49</sup> Huerta, mientras esto ocurría, aprovechó para reparar caminos y trasladar su artillería. Sin embargo, minutos más tarde, informó a De la Barra que era imposible detener el avance sobre Yautepec y que reemprendía la marcha, esperando tomar la plaza. Este movimiento premeditado fue la gota que derramó el vaso de las tensiones acumuladas, el que interrumpió el desarme y aceleró la ruptura que se había venido perfilando. Mientras tanto, Carreón, Francisco Leyva y Federico Morales, continuaban informando al presidente de la República de supuestas incursiones de zapatistas en Miacatlán y Jojutla.<sup>50</sup>

La suspensión de las negociaciones y el avance del ejército federal sobre las posiciones zapatistas tuvieron una honda repercusión en el Distrito Federal, donde tuvo lugar una gran manifestación de 25,000 personas -según la prensa-, compuesta en su mayor parte por estudiantes, clubes políticos y organizaciones de trabajadores de la ciudad de México, sectores que habían estado siguiendo el derrotero de las negociaciones por la abundante información de la prensa, que veían con temor el inicio de la conflagración tan cerca del D.F. y que no querían permanecer pasivos ante tal eventualidad y protestaron contra las acciones del ejército federal en Morelos, demandaron su salida inmediata y responsabilizaron a Reyes, Huerta y Blanquet de ser los causantes del inicio de las

---

<sup>49</sup> .AGM. Madero a De la Barra. Cuautla, 19 de agosto de 1911. c. 17. exp. 8. fs. 19. 15. 28; De la Barra a Madero. México, 19 de agosto. c. 17. exp. 8, f. 33.

<sup>50</sup> .AGM. Huerta a De la Barra, Yautepec, 20 de agosto de 1911. c. 16. exp. 1. f. 2. Carreón a De la Barra. Cuernavaca, 20 de agosto, f. 28; Francisco Leyva a De la Barra. México, 20 de agosto, f. 32

hostilidades. Una comisión de los manifestantes se entrevistó con De la Barra y le hizo saber sus exigencias, pero De la Barra les contestó que no podía sacar al ejército de Morelos hasta que las fuerzas de Figueroa tomaran control del estado. En Cuautla, a su vez, se realizó otra manifestación en la que se denunció la actitud de Madero como traición.

Era significativa la distinta percepción en algunos de los sectores más sensibilizados de la población urbana de ambas entidades, pues mientras los manifestantes capitalinos identificaban como los destabilizadores al ejército y al gobierno provisional, es decir, a los grupos más vinculados al porfiriato, y veían como malentendidos superables las diferencias entre Madero y los zapatistas, los grupos en Cuautla, más radicalizados, comenzaron a deslindarse de Madero, por hacerle el juego consciente o inconscientemente a los conservadores.<sup>51</sup> Muchos de los manifestantes de la ciudad de México eran base social del maderismo y con su actitud mostraban que, para ellos la entrada en acción del ejército ponía en riesgo las promesas de la revolución. Se movilizaban, en su mayoría, no porque fueran simpatizantes del zapatismo, sino porque de ocurrir la guerra, tanto Madero como las promesas de la Revolución y su propia seguridad estarían en entredicho. La campaña de desprestigio de la prensa nacional contra el *Atila del Sur* no había hecho mella en la opinión de estos sectores más politizados.

Suspendido el desarme y ante el fracaso de sus intentos de mediación, Madero se

---

<sup>51</sup> *Nueva Era y Diario del Hogar*, 21 de agosto de 1911. Días antes, Jesús el Tuerto Morales, jefe de la columna zapatista en Yautepec había manifestado al *Diario del Hogar* que los jefes zapatistas se encontraban en una difícil posición, pues si aceptaban el desarme en las condiciones que exigía el gobierno, sus hombres los catalogarían de traidores y de haberse vendido a los federales y, si no lo aceptaban y mantenían sus armas, el gobierno los perseguiría por sediciosos. *Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1911. El *tuerto* adelantó la encrucijada que estaban viviendo los rebeldes zapatistas, por las presiones de la gente, los compromisos que habían adquirido con sus seguidores y el arrinconamiento en que los había colocado la militarización del estado por el ejército. Esa encrucijada se resolvería poco después por el último camino: el sostenimiento de las promesas agrarias y políticas del *Plan de San Luis* y la ruptura con Madero

atrevió a responsabilizar a Huerta por haberlo engañado y por obrar de acuerdo con Bernardo Reyes de quien -acusaba- era partidario. Madero reconocía -en su misiva enviada a De la Barra-, que el principal motivo por el cual se habían levantado los zapatistas era el problema agrario, y confiaba en que el gobernador propuesto por él en las negociaciones, Eduardo Hay, sabría solucionarlo urgentemente. De la Barra, por su parte, justificó las instrucciones que había girado para el avance del ejército federal, por "urgentísimas y alarmantes noticias" sobre desórdenes zapatistas ocurridos en varias poblaciones del estado.<sup>52</sup>

Madero, impotente, insistió que no tenía razón de ser el derramamiento de sangre en el estado de Morelos, puesto que los zapatistas habían aceptado ya todas las condiciones para el desarme, que se vio frustrado por las provocaciones de Huerta. Denunció nuevos actos de éste: había balaceado al presidente municipal de Yautepec, quien había salido con bandera blanca a hablar con los federales. Por ello, señaló que tenía que permanecer en el estado, pues temía que, en caso de salir, los zapatistas muy probablemente se irían a la guerrilla en la sierra. De la Barra, que se daba cuenta que era dueño de la situación, le indicó mordazmente que consideraba a Huerta un militar pundonoroso y leal y pidió a Madero pruebas de sus acusaciones sobre la relación entre Huerta y Reyes.<sup>53</sup>

El día 20, Madero se dirigió a Yautepec y se reunió con Zapata, logrando, por última vez, calmar temporalmente los ánimos y se diera una tregua de 48 horas, para

---

<sup>52</sup> AGN. Madero a De la Barra, Cuautla, 19 de agosto de 1911, c. 17, exp. 8, fs. 19, 25, 26, 29; De la Barra a Madero, México, 19 de agosto, f. 28; Madero a De la Barra, Cuautla, 19 de agosto, exp. 8-9, fs. 23, 25, 27. El *Diario del Hogar*, el 23 de agosto de 1911 informó que, en efecto, en Cuautla había habido desórdenes y tres casas de españoles habían sido quemadas.

<sup>53</sup> AGN. Madero a De la Barra, Cuautla, 20 de agosto de 1911, c. 16, exp. 1, f. 3, 26; Madero a De la Barra, Cuautla, 20 de agosto de 1911, c. 17, exp. 8, f. 21, 29.

reanudar el licenciamiento.<sup>54</sup> Al día siguiente, De la Barra, antes de que expirara la tregua, ordenó movimientos de tropas federales sobre Cuernavaca, pues según informes de Carreón, se esperaba un ataque de Eufemio Zapata Madero, desde Cuautla, le contestó que Eufemio se encontraba ahí con él, sumiso y obediente. Consideraba oportuno suspender todo avance federal, pues el desarme se había reanudado y no quería que se volviera a suspender por los avances de Huerta y Blanquet; insistía en que era urgente nombrar gobernador y que los zapatistas habían reiterado su aceptación de que fuera Eduardo Hay.

Nuevamente las peticiones de Madero no fueron tomadas en cuenta por De la Barra, ni por el gabinete. Huerta, horas más tarde, insistió en mantener una posición firme y no hacer caso de los consejos "mal intencionados" de Madero y Robles Domínguez.<sup>55</sup> Ante la reanudación del desarme comunicó a De la Barra que aquél era una farsa, que los zapatistas estaban entregando armas viejas, inservibles y cuchillos, conservando sus armas buenas y que era necesario atacar a Zapata, para ahorcarlo o expatriarlo; al mismo tiempo, calificaba las opiniones de Madero como faltas de juicio y tontas. Le dijo a De la Barra que estaba meditando mucho la manera de seguir sus instrucciones sin romper con Madero. La contestación de León de la Barra fue escueta: aprobaba su conducta y que le mantuviera informado. Ante Madero, explicó que "el único propósito del gobierno es dar garantías de orden a vidas y propiedades en ese estado".<sup>56</sup>

---

<sup>54</sup> *A.I.I.* Madero a De la Barra. Cuautla y Yauatepec, 20 de agosto de 1911. VIII-2, carp. 1, legs. 43 y 44.

<sup>55</sup> *A.I.I.* Madero a de la Barra. Cuautla. 21 de agosto de 1911. VIII-2, carp. 1, leg. 50. *AGM*, Madero a De la Barra. Cuautla. 21 de agosto de 1911. c. 17, exp. 8, fs. 34, 35, 37, 38, 40, 41, 45; De la Barra a Madero. México, 21 de agosto, f. 39, 40; Huerta a De la Barra, cerro Acolapan, 21 de agosto, exp. 8-9, f. 16, en donde Huerta le decía: "creo en la necesidad, como hombre, como caballero y como soldado, de imponerse a toda esta gente".

<sup>56</sup> *IGM*, Huerta a De la Barra. Yauatepec, 22 de agosto de 1911. c. 17, exp. 8-9, fs. 18, 19, 23 de agosto, c. 17, exp. 8, f. 49; De la Barra a Madero, México, 22 de agosto, exp. 8, f. 42. En ese último intento de licenciamiento que tuvo lugar en Cuautla, el 21 y 22 de agosto, luego del combate en Yauatepec, Madero mismo le reprochó a Zapata que hubiera tan pocos hombres entregando sus armas, en contraste con los días

La maniobras del presidente interino y de Huerta eran evidentes para muchos de los colaboradores de Madero. Juan Sánchez Azcona, que formaba parte prominente del ala progresista del maderismo y era, a la sazón, presidente del recién formado Partido Constitucional Progresista y director del periódico *Nueva Era*, escribió un editorial en donde pidió al presidente interino que aclarara públicamente su postura, pues él o Huerta mentían y habían engañado a Madero con el avance de las tropas federales y habían provocado el enfrentamiento con los zapatistas. Sin embargo, Madero, en otra de sus múltiples oscilaciones, al conocer el contenido del editorial y el enojo que le había causado a De la Barra, le escribió a Sánchez Azcona defendiendo totalmente la política del presidente interino, señalando que la contradicción en algunas de las órdenes se debían a la actitud intransigente del ministro de Gobernación, Alberto García Granados, y que la conducta de Huerta era la que estaba en cuestión, por haber malinterpretado las instrucciones que se le habían dado.<sup>57</sup>

No obstante, las acciones de Huerta de los dos días siguientes desmintieron enteramente la opinión de Madero: por instrucciones del gobierno federal, las tropas de Huerta ocuparon, en un movimiento envolvente, las plazas de Yautepec, Jonacatepec, Acatlán, Jojutla, la hacienda de San Carlos y una fuerte columna avanzó sobre Cuautla. Por decisión de Madero y del gobierno provisional, se había decidido movilizar a las tropas de Ambrosio Figueroa para que reforzaran la parte sur y oeste del estado -haciendo pinza con

---

anteriores. El corresponsal del *Diario del Hogar* manifestó su escepticismo acerca del asunto y dijo que no creía que se desarmaran ni la cuarta parte de los hombres de Zapata. *Diario del Hogar*, 23 de agosto de 1911.

<sup>57</sup> *Nueva Era*, 22 y 24 de agosto de 1911; AGM, De la Barra a Madero, México, 22 de agosto, c. 17, exp. 8, f. 44. Madero a De la Barra, Cuautla, 22 de agosto, f. 46. A.J.A. Madero a Juan Sánchez Azcona, Cuautla, 22 de agosto de 1911. VIII-2, carp. 1, leg. 54.

las tropas federales que estaban en el centro, norte y noreste-, y para que Ambrosio se hiciera cargo de la jefatura militar de la entidad. Estos movimientos provocaron la suspensión definitiva del desarme zapatista y la ruptura con Madero, que se encontraba en Cuautla supervisando personalmente el licenciamiento. Incluso, se manejó la versión de que Eufemio Zapata propuso a su hermano fusilarlo, por traidor. Madero regresó a la ciudad de México, habiendo fracasado totalmente su misión pacificadora. Las tropas federales, al mando de Huerta y Casso López ocuparon las principales plazas y recibieron instrucciones de que, una vez, establecido el control, debían dejar en manos de Ambrosio Figueroa la jefatura militar.<sup>58</sup>

Desde la ciudad de México, Madero escribió una extensa carta a León de la Barra, en donde le reprochaba su actitud por no haber actuado para detener el complot que suponía orquestado directamente por Reyes contra su gestión pacificadora. En ella acusaba a Huerta de actuar de acuerdo con Reyes y haber provocado deliberadamente la ruptura de hostilidades, evidenciándolo ante los zapatistas y ante el pueblo como un embaucador que no respetó los compromisos contraídos.<sup>59</sup>

---

<sup>58</sup> Gildardo Magaña. *op. cit.*, vol. 1, pp. 311-313. *AGM*, Madero a De la Barra, Cuautla, 22 de agosto de 1911. c. 17, exp. 8. f. 56; Huerta a De la Barra, Yautepec, 24 de agosto, 51, 53; Srío. de Guerra a Huerta, México, 25 de agosto. c. 17, exp. 11, f. 23; Carreón a De la Barra, Cuernavaca, 25 de agosto. c. 17, exp. 11, f. 21 y c. 16, exp. 1. fs. 78-79. El general huertista Gabriel Hernández, comunicó a De la Barra el 23 de agosto que publicó un bando en Jojutla en el que advertía que se realizarían cateos generales a toda la población y se pasaría por las armas a cualquier persona a la que se encontraran objetos robados; añadió que había hecho ya varias ejecuciones, c. 19, exp. 3. f. 46. Ambrosio Figueroa, por esos días tuvo que dejar Puente de Ixtla, en Morelos, para marchar a Iguala, lugar en donde las actividades del rebelde guerrillero Jesús Salgado estaban causando inquietud y eran un motivo de preocupación para los Figueroa. ver. c. 17, exp. 8, fs. 48, 52, 54. *Diario del Hogar*, 24 y 25 de agosto de 1911.

<sup>59</sup> *AJA*, Madero a De la Barra, México, 25 de agosto de 1911. VIII-2, carp. 1, leg. 58. Esta carta es sintomática de la forma en que Madero veía a De la Barra y cómo entendía la situación que había en el país en ese momento. Trataba a De la Barra como miembro sincero del partido de Madero y por ello le reprochaba su falta de firmeza para no darse cuenta y no enfrentar el avance que los partidarios del régimen porfirista estaban haciendo en muchas regiones del país y en el propio gobierno federal. En todo ello Madero veía la mano de Reyes y le proponía a De la Barra actuar unidos para enfrentarlo con éxito e impedir la guerra civil que veía venir, por lo cual le pedía respetara el compromiso de no licenciar más

Empero, la carta no detuvo la decisión de De la Barra, García Granados y Huerta de buscar la aniquilación del zapatismo. El consejo de ministros resolvió perseguir a Zapata hasta acabar con él. En los días finales de agosto las tropas federales ocuparon más plazas: Cocoyoc, Cuautla, Jonacatepec, Villa de Ayala, Tlaltizapán, Yautepec, estrechando el cerco contra los zapatistas.<sup>60</sup>

El desenlace previsto por las fuerzas conservadoras había ocurrido. Las negociaciones habían fracasado. Había quedado demostrada la incapacidad mediadora de Madero. El fallido proceso había desgastado su capital político y había contribuido a acelerar la división de sus filas. El ejército federal había tomado control completo de la entidad. Los rebeldes zapatistas habían sido desarmados en su mayoría y solo unos pocos, arrinconados, habían tenido un proceso de maduración política que los había llevado a romper con Madero. Desde una perspectiva inmediata, el balance para la coalición conservadora era altamente positivo.

---

tropas insurgentes pues en esos momentos solo quedaban 4 mil en el país. En virtud de los reproches que le dirigía y de las denuncias contra el complot reyista y contra Huerta, Madero amenazaba con hacer pública la carta si no se cumplían los compromisos a los que había llegado con los zapatistas. Al parecer, pues, Madero era consciente de las maniobras hechas por los representantes del régimen porfiriano. Sin embargo, su debilidad política lo obligaba a buscar aliarse con De la Barra, infructuosamente, al ser éste una de las puntas de lanza de la reacción que estaba organizando la vieja élite para actuar contra Madero. Posteriormente, el 31 de octubre, Madero escribió a Huerta para recriminarle su actitud en el conflicto morelense, que había dado al traste con las negociaciones y cuestionaba su pericia y efectividad al frente de la campaña pues el zapatismo no había podido ser reducido. Madero a Huerta, Chihuahua, 31 de octubre de 1911, en Fabela, *Documentos históricos...*, op. cit., pp. 21-23.

<sup>60</sup> AGN, Huerta a De la Barra, Yautepec, 28 de agosto de 1911, c. 16, exp. 1, f. 9; Federico Morales a De la Barra, Tlaltizapán, 28 de agosto, exp. 2, f. 43; Huerta a De la Barra, Campamento de San Carlos, 29 de agosto, fs. 57, 58; Srío. de Guerra a Huerta, México, 29 de agosto, exp. 11, f. 24; De la Barra a Felipe Ruiz de Velasco, México, 31 de agosto, c. 14, exp. 2, f. 20; De la Barra a Huerta, México, 31 de agosto, f. 2; Magaña, op. cit. vol. 1, pp. 327-330; *Diario del Hogar*, 30 de agosto de 1911.

## *Debilidad rebelde*

Las tropas zapatistas, y principalmente sus jefes, se vieron obligados a defenderse y a huir, debiendo salir del estado para refugiarse en la frontera poblana. Antes de esconderse en las montañas para reorganizarse y meditar los pasos que habrían de dar, el zapatismo emitió un *Manifiesto al pueblo de Morelos*, el 27 de agosto, en el cual hicieron un último intento para evitar que se les persiguiera, reiteraron su lealtad y confianza en Madero y en los acuerdos a los que habían llegado: el licenciamiento del ejército alzado; el retiro de las fuerzas federales; que la seguridad en el estado quedara en manos de las tropas insurgentes de Veracruz e Hidalgo; la aceptación de Eduardo Hay como gobernador; la designación de Raúl Madero como jefe de las fuerzas rurales; el respeto al sufragio efectivo y garantías para todos los jefes surianos.<sup>61</sup>

Es significativo que este primer pronunciamiento público del zapatismo pusiera el énfasis en su lealtad y subordinación a Madero, en su compromiso de desarmarse y que solo planteara algunas de sus demandas políticas de manera muy tenue, aceptando las propuestas de Madero. La debilidad política y militar del zapatismo los llevaban, en una actitud defensiva, a no reclamar, como en los días anteriores, participar en el

---

<sup>61</sup> *A.H.* VIII-2, c. 1, leg. 62. Por el estilo característicamente rebuscado de su prosa, por las figuras retóricas y el manejo patriótico de héroes y épocas de la historia nacional, este primer manifiesto probablemente fue redactado por Otilio Montaño, el profesor rural morelense que se había incorporado a los rebeldes en las primeras semanas de la revuelta y que después jugaría un papel central entre los ideólogos zapatistas. Hasta esos momentos, sin embargo, el único intelectual que había aparecido en la prensa capitalina como parte de las fuerzas zapatistas era el poblano Abraham Martínez, primo de Luis Cabrera, formado en la escuela militar de aspirantes, figura contradictoria que tenía vínculos con algunos de los jefes maderistas radicales y sirvió de puente en esos meses formativos del zapatismo con el maderismo. Sin embargo, Martínez pronto se eclipsó, con el crecimiento y radicalización del movimiento rebelde y fue desplazado por otros ideólogos como Montaño, Manuel Palafox y Antonio Díaz Soto y Gama. Martínez tuvo además un final trágico prematuro, pues murió en 1913 en Tlaxcala, durante la lucha contra Huerta.

nombramiento de las autoridades locales, ni que se les dejara dentro de las fuerzas rurales estatales, ni la atención al problema agrario. A cambio del retiro del ejército federal aceptaban desarmarse y cedían en los puntos que habían provocado el estancamiento de las negociaciones. Con tal de evitar la ruptura y detener la persecución en su contra, los líderes zapatistas estaban dispuestos a dar un paso atrás.

Esto se explica porque, en términos militares y políticos, el zapatismo estaba muy débil. Con todos sus bemoles, el desarme había sido efectivo en buena medida y por lo menos habían entregado 3,500 armas, aunque hubieran sido éstas de las más viejas y menos efectivas. En esos momentos, sólo podían contar con unos cuantos cientos de seguidores incondicionales de sus jefes, en pequeñas bandas, armadas precariamente.<sup>62</sup> La presencia de las grandes columnas federales en la mayor parte del territorio los puso en desbandada y a la defensiva. Además, aún para los seguidores más cercanos del zapatismo, era muy difícil fundamentar la razón de una actitud beligerante ante Madero, quien todavía no asumía la presidencia y, a pesar de lo ocurrido, conservaba todavía parte de su prestigio ante amplios sectores de la población del país y de Morelos en particular. Sin embargo, la actitud provocadora del ejército federal, el cerco y la persecución a que estaban siendo sometidas sus fuerzas y el desdén a sus peticiones por el gobierno central ofendieron la dignidad de Zapata y sus seguidores, lo arrinconaron y justificaron su negativa a aceptar el desarme incondicional. La ofensiva del ejército federal hizo que se precipitaran los acontecimientos y los obligó a defenderse, con muy pocas fuerzas, en una actitud que solo unos cuantos de

---

<sup>62</sup> Raúl Madero llegó a la ciudad de México el 2 de septiembre y declaró al *Diario del Hogar* que, una vez suspendido el desarme por el avance de Huerta sobre Cuautla, algunos jefes zapatistas le pidieron que les regresara sus armas, a lo que se negó rotundamente. Consideraba que a Zapata le quedaban 500 hombres "bien armados".

sus más convencidos seguidores comprendían.

Cuando las hostilidades habían comenzado, Zapata denunció los asesinatos cometidos en los últimos días contra sus seguidores, así como la represión contra los clubes políticos de Jojutla, Tlaquiltenango, Xochitepec y Cuernavaca, los cuales estaban proponiendo a Zapata para gobernar el estado. El 31 de agosto, escribió a De la Barra que no era verdad lo que anunciaban los periódicos de la capital de que se había levantado en armas. Si corría sangre, no sería responsabilidad de los surianos, quienes, para defender sus vidas, desalojaron el estado y se refugiaron en la sierra poblana.<sup>63</sup>

#### *Razones de la ruptura: primeros rasgos de una identidad*

„Qué era lo que explicaba la ruptura? Sin duda, el presidente provisional y el jefe de la campaña federal en Morelos tuvieron éxito en su plan de provocar la ruptura con los surianos y evidenciar la incapacidad de Madero para resolver pacíficamente el conflicto. Madero, cuyas oscilaciones se explican por su temor y rechazo a las acciones radicales y sus compromisos e identificación con las élites, y por su deseo de intentar una conciliación irrealizable entre unos y otros, sólo al final y parcialmente se dio cuenta de que se había prestado a una maniobra que, desde el punto de vista de los más conservadores defensores del sistema, tenían más clara que él De la Barra y Huerta. Madero mismo había contribuido a ello al defender la razón de estado y el *statu quo* contra la insubordinación zapatista. Sin

---

<sup>63</sup> AGN. Zapata a Alfredo Quesnil, Morelos, 29 de agosto de 1911, c. 14, exp. 4, f. 13. Zapata a De la Barra, Cuernavaca, 31 de agosto, c. 15, exp. 5, f. 4. Desde luego, la afirmación zapatista de que no se habían levantado en armas era hecha en un sentido propagandístico, pues al negarse a completar el desarme incondicional y defenderse, en los hechos se estaban rebelando, aunque fuera esa una actitud defensiva y, desde su punto de vista, legítima.

embargo, admitiendo lo anterior, es necesario, a la luz de quiénes fueron los actores centrales, de sus formaciones y trayectorias, de sus valores, de los intereses que representaban y de sus aspiraciones, tratar de explicar sus motivos y el resultado de sus acciones.

De la Barra, alto funcionario porfiriano, proveniente de una de las principales familias aristocráticas de la élite, culto, refinado, católico, conservador, desde su posición de máxima autoridad del país, no podía aceptar la formación y desarrollo de un movimiento rebelde que, a sus ojos, era a todas luces reprobable: desordenado, violento y que representaba una amenaza para los intereses no solo de las familias pudientes, sino de la población en general. Las circunstancias lo habían llevado a la primera magistratura de la nación y, entre sus prioridades, estaba la defensa del orden jurídico, de las instituciones y de los intereses de las élites porfirianas de las cuales era el principal representante, contra el desorden provocado por la revuelta maderista, de la cual los rebeldes surianos eran un ejemplo del riesgo al que se encaminaría el país si no se les reducía. Confió la tarea de amedrentar y desarmar a los zapatistas a un competente general del ejército porfiriano, quien tenía posiblemente la mejor experiencia contrainsurgente dentro de la institución castrense. Como De la Barra no contaba con la completa aquiescencia de Madero para emplear una solución de fuerza y el prestigio del jefe de la revolución era aún grande, De la Barra encubrió, solapó y animó la actuación independiente de las fuerzas militares comandadas por Huerta. Si bien aceptó la mediación de Madero en las negociaciones, en los momentos decisivos pasó por encima de la voluntad de aquél y acordó directamente, junto con su ministro de gobernación, las acciones definitivas de movilización, cerco y

provocación militar que pusieron a Zapata entre la espada y la pared y lo obligaron a la ruptura de las negociaciones. De la Barra hacía su juego buscando debilitar a Madero, aislarlo de sus bases sociales más radicales y fortalecer, al mismo tiempo, sus posibilidades para continuar en el poder, preparando el terreno para postularse como contendiente a la presidencia del país.

Huerta, por su parte, era un militar prestigiado de alto rango del ejército porfiriano, con amplia experiencia adquirida en la guerra contra los yaquis y mayas, así como en el combate contra el movimiento opositor a Díaz que se desarrolló en Guerrero a fines del XIX Sin duda. Huerta era uno de los militares más capaces y experimentados en el combate a las rebeliones. Estaba profundamente convencido del papel central del ejército dentro del orden nacional y la defensa de las instituciones. Era colaborador y simpatizante del arquetipo militar porfiriano, Bernardo Reyes, y defensor de la disciplina y los valores de casta que habían permeado la formación del ejército porfiriano. En su lealtad hacia el gobierno provisional de León de la Barra y hacia los intereses de las élites e instituciones del antiguo régimen, veía la oportunidad de convertirse en la única salvación para la sociedad, los valores y el mundo jerárquico al que pertenecía. Le desagradaba la inestabilidad del país provocada por Madero, quien era, a sus ojos, un renegado y advenedizo, débil, carente de fuerza y que no sabía cómo amarrar al tigre que había desatado y por quien sentía un profundo desprecio. La lealtad de Huerta estaba ante todo con Bernardo Reyes, con el ejército, con el presidente De la Barra, representante legal del orden constitucional y, ambicioso como era, veía en el curso que habían tomado los acontecimientos y en la responsabilidad que se le había asignado, la oportunidad para

debilitar a Madero y volverse indispensable, allanándole el camino a su jefe Reyes. A éste y a sus seguidores les convenía que Madero, en vísperas de las elecciones pactadas, no fuera capaz de controlar a un movimiento regional cercano al corazón político nacional y que fuera necesaria la presencia del ejército federal para someterlo. Así, la actuación de Huerta fue del todo congruente con su situación, su visión, sus aspiraciones personales y las del grupo al que pertenecía.

De la Barra y Huerta, desde su postura, no podían aceptar la actuación mediadora de Madero ni juzgar de otro modo la insubordinación y las peticiones de los zapatistas, porque no compartían sus puntos de vista e intereses. La lógica del poder, de la razón de estado, del principio de autoridad, de la salvaguarda de las instituciones y del orden, sus valores y ambiciones, les imposibilitaba ceder espacios a un movimiento local que, desde su punto de vista, no era representativo y no tenía fuerza para obligarlos a que los reconocieran y que les asignaran el papel importante que querían tener en la organización de los asuntos locales.

Madero, por su parte, quería recomponer el sistema de alianzas y equilibrios entre las élites y las clases medias que Díaz había alterado, restablecer el orden y la seguridad, mantener el *statu quo*, ofrecer libertades políticas a todos los sectores, dentro de la ley, y crear un clima en el que pudieran desenvolverse las elecciones que darían paso a un gobierno constitucional, para lo cual tenía que controlar a los grupos sociales que se habían puesto en movimiento con la lucha armada y encauzarlos para que se pudiera fortalecer la autoridad del gobierno central, al igual que consolidar sus propias fuerzas. Madero se daba cuenta que su capital político y su prestigio estaban siendo minados por los grupos

conservadores y la prensa, quienes explotaban su incapacidad para meter en cintura a los grupos radicales y se enfrentaba al desafío de neutralizarlos procurando, al mismo tiempo, mantener la coalición de sectores y personalidades que había aglutinado y que se estaba desgajando.

El problema de Morelos había ocupado las primeras planas de los diarios y Madero puso en juego su prestigio para desarmar a los zapatistas y evitar que se recurriera a la solución de fuerza, que era lo que buscaban los conservadores. A los rebeldes zapatistas, aunque no los entendía, tampoco los consideraba todavía sus enemigos, porque no creía que sus demandas no pudieran cumplirse, dentro de la ley, y temía que sus posturas intransigentes le hicieran el juego a los sectores duros que buscaban el enfrentamiento. Los surianos eran, en todo caso, impacientes y desconfiados y había que convencerlos de la buena voluntad del gobierno y de las instituciones, a los cuales se tenían que subordinar, ofreciéndoles el cumplimiento de algunas de sus demandas a cambio del desarme, aunque, desde luego, no les podía ofrecer una redistribución de la tierra ni una influencia decisiva en el gobierno y las fuerzas de seguridad local. Les pedía tiempo, paciencia y confianza. No había razón, desde su punto de vista, de que permanecieran armados. Si lo hacían, ponían en peligro el avance y el cumplimiento de los logros de una revolución civilizada, de la cual era el principal responsable y se corría el riesgo de regresar a lo más negativo y excluyente del antiguo régimen. No era partidario de la fuerza.

Para Madero, De la Barra era un hombre de buena fe, lo consideraba su aliado y le molestaba que influyeran en él, de manera perniciosa, Bernardo Reyes, a quien si consideraba su enemigo desde mucho antes que estallara la revolución y en quien veía a su

principal oponente. Sin embargo, la mediación que Madero intentaba hacer entre Zapata y De la Barra-Huerta era una tarea imposible de cumplir satisfaciendo a ambas partes. Por tanto, los acontecimientos se desarrollaron, naturalmente, hasta el endurecimiento de las posturas de ambos bandos, ante lo cual Madero, en medio, al tener que elegir, desde luego, lo hizo al lado del orden constitucional y las instituciones. Su postura, intermedia entre dos fuerzas con visiones e intereses encontrados, era incómoda y le reducía cualquier margen de acción.

Aunque Madero no compartía totalmente la visión jerárquica y autoritaria de De la Barra y Huerta, coincidía con ellos en el mantenimiento del orden constitucional, el fortalecimiento de las instituciones y la conservación del *statu quo*; la suya era una afinidad de clase, como parte de las mismas élites. La diferencia consistía en su intento de abrir canales de participación política para todos los sectores, con el objeto de modernizar las leyes e instituciones y crear condiciones que permitieran el libre desarrollo de las iniciativas individuales. Su proyecto era una reforma política del sistema, para lo que necesitaba el impulso y la participación de las nuevas fuerzas que habían logrado el derrocamiento de Díaz. Pero le incomodaba y le temía a las soluciones radicales y, en el caso de Morelos, le disgustaba un movimiento de abajo, que veía sin organización ni control, con planteamientos y reivindicaciones que no compartía, impaciente, intransigente que no aceptaba desarmarse incondicionalmente y que reclamaba autonomía regional. El problema de Madero fue que quiso mantener la unidad -a partir de su persona y su condición como líder de una insurrección triunfante-, entre dos bloques de fuerzas que tenían intereses y proyectos encontrados y que representaban intereses sociales diferentes.

La contradicción resultó ser irresoluble y no quedó bien ni con unos ni con los otros, debilitando su propia base de apoyo.

Zapata y sus seguidores, por su parte, debido a su extracción de clase, formación, visión del mundo, valores, lazos con sus localidades y experiencias previas, tenían pocos vínculos con los otros actores centrales en la escena morelense. Se habían incorporado subordinadamente al movimiento maderista nacional. Sin embargo, se sentían con derechos para participar en la organización del poder estatal y de las fuerzas de seguridad locales, como reconocimiento al papel que habían tenido en la insurrección. Sentían que los habían hecho parte secundaria de la trama y reclamaban que se les diera un lugar en el acomodo de fuerzas que estaba teniendo lugar en el estado, que se reorganizara el poder, a nivel local, con una mayor participación de los pueblos y cumplir, desde el gobierno, las reivindicaciones agrarias y de justicia que habían asomado como los principales reclamos de las comunidades.

Conforme se desarrollaron los acontecimientos, la confianza y subordinación que tenían hacia Madero se debilitaron paulatinamente, en un proceso que no fue fácil para los dirigentes zapatistas. La contradicción entre los compromisos acordados con Madero y el avance de las tropas federales les hizo pensar que Madero, o los engañaba, o no tenía control sobre el ejército. En cualquier caso, la militarización del territorio y el hostigamiento del ejército federal les dio el temor suficiente para decidir no terminar de entregar las armas e insistir en la satisfacción de sus peticiones, entre las cuales la principal paso a ser la salida de las tropas federales, lo cual tensó aún más la situación y endureció las posiciones de ambos bandos. La ocupación militar y la preferencia de los maderistas por

sus rivales figueroístas acentuó el regionalismo y autonomismo zapatistas, quienes rechazaron que el centro y los fuereños decidieran en Morelos. La colaboración del gobierno estatal con el ejército hizo que se volviera una necesidad para los jefes rebeldes tener mayor injerencia en el gobierno y la administración locales, tal y como entendían que establecía el *Plan de San Luis*. Las demandas zapatistas, a medida que avanzaron las negociaciones, fueron adquiriendo un perfil cada vez más netamente político.

Esos acontecimientos fueron decisivos para agrupar y comenzar a dar una forma más definida y una mayor identidad al zapatismo. Al pactarse los acuerdos de Ciudad Juárez, era un movimiento guerrillero disperso, compuesto por bandas agrupadas alrededor de caudillos locales, a los cuales Zapata difícilmente podía controlar y que combinaban motivos personales de diverso tipo con lo que entendían que prometía el *Plan de San Luis*: el derecho a recuperar o poseer la tierra y a nombrar a sus autoridades. Su éxito en rebelarse y contribuir a derrocar al gobierno porfirista y a derrotar al gobierno estatal, los hizo conscientes de su fuerza y los llevó a reclamar posiciones para sus jefes y tropas. El arraigo de los jefes guerrilleros zapatistas y su regionalismo los hizo oponerse a la intromisión de los rebeldes guerrerenses y a disputar con ellos la hegemonía dentro del estado. Esta oposición a la injerencia externa, su aspiración a ser reconocidos por el poder central como la fuerza local representativa y a que se les permitiera participar dentro de los poderes e instituciones locales, constituyó el meollo de las negociaciones con el centro y el comienzo de sus disputas.

Por tanto, el problema esencial, por el que se dio la ruptura, fue de carácter político: una reivindicación de poder del grupo zapatista y una exigencia de que se resolvieran

positivamente las demandas agrarias y de justicia de sus seguidores.<sup>64</sup> Lo novedoso del zapatismo en esa etapa fue que se opuso a que se le relegara y se negó a entregar las armas incondicionalmente, defendiéndolas como la única garantía para poder alcanzar sus objetivos. Obligó con ello al maderismo y a las instituciones sobrevivientes porfirianas a negociar, tanto el desarme, como la organización de la entidad. En el transcurso de esta negociación, Zapata y sus seguidores, que no tenían fuerza suficiente para imponer sus condiciones, pero sí para obtener algunas concesiones, aceptaron desarmarse a cambio de compromisos sobre quién gobernaría el estado y quién jefaturaría las fuerzas armadas, es decir, acordaron, junto con Madero, que la conducción política y la seguridad de la entidad estuvieran no en manos de los líderes zapatistas, pero tampoco en las de sus enemigos, sino en dos dirigentes del maderismo en los que tenían confianza: Eduardo Hay y Raúl Madero.

Con esta salida, se abrían posibilidades para que nuevos sectores en Morelos, como los que se habían movilizado dos años atrás con el leyvismo, reaparecieran e intentaran una reorganización de las relaciones sociales y políticas en la entidad diferente a la que había existido durante el porfiriato. Esto se habría acercado más a lo que un sector del maderismo intentaba hacer para todo el país: una transformación política que permitiera una mayor participación de las clases medias y de los sectores populares ignorados por el sistema

---

<sup>64</sup> Aunque estas fueron las líneas resultantes, debe señalarse que las posiciones asumidas por los actores centrales no fueron homogéneas. Dentro de la dirigencia maderista había líderes que, como Gabriel Robles Domínguez, no estuvieron de acuerdo en la alianza y el papel que se asignó a los Figueroa, a quienes consideraba empleados de los hacendados de Morelos y que, además, tenían el inconveniente de ser fuereños, sin base local de apoyo y cuyas medidas represivas contra los pueblos habían dado por resultado incrementar a las fuerzas zapatistas. "Si se ha recrudecido el zapatismo en Morelos es por las condiciones en que ha colocado al estado el gobierno federal, al tomar las medidas antipolíticas que adoptó, lo que ha provocado que mucha gente de los pueblos que se había retirado a trabajar, haya vuelto a cngrosar las filas de Zapata", afirmó Gabriel Robles Domínguez en el citado "Memorandum...", *ARD*, t. 7, exp. 31, fs. 14-15. De igual modo, no debe descartarse que los zapatistas hubieran podido desarmarse realmente y disolverse si no hubiera habido una postura tan rígida del ejército y el gobierno federal. Sin embargo, es difícil pensar que éstas últimas instituciones hubieran querido y podido aceptar un cambio en su posición.

porfiriano. Los zapatistas, y los sectores rurales medios y pobres a los que representaban quizá no hubieran chocado frontalmente contra este proyecto que no los excluía tajantemente como el modelo porfirista. En lo inmediato, si se cumplían los compromisos acordados, hubieran conseguido eliminar a los representantes de los hacendados y a los Figueroa del poder estatal. Madero hubiera conseguido legitimar su liderazgo y reafirmar su autoridad, al evitar el conflicto armado y debilitar con ello las pretensiones del ejército federal y del gobierno interino de León de la Barra. Estos resultados, que convenían a los maderistas y zapatistas, fueron inaceptables tanto para las élites locales como para los jefes de las instituciones porfiristas, los cuales endurecieron su postura y, con la invasión del ejército federal, montaron una provocación y una trampa tanto para Madero como para el zapatismo.

Para los rebeldes, lo único que podía garantizar que las cosas no quedaran igual que antes, era el cumplimiento de lo que identificaban como ideales revolucionarios, que hasta esos momentos se habían expresado como un reclamo para la elección de nuevas autoridades por los pueblos y reivindicaciones de carácter agrario, así como una abigarrada cantidad de acciones violentas de los grupos rebeldes y sectores populares en las que se expresaba una defensa de códigos de "economía moral", por parte de individuos y sectores agraviados por autoridades políticas, militares, comerciantes y hacendados. El deseo de la gente común era que la reconstitución de la autoridad a todos los niveles, y del poder estatal, partiera de esas nociones de justicia, para que no volvieran a cometerse abusos y que las nuevas autoridades respetaran ese compromiso y no volvieran a alinearse con la oligarquía local y el centro político nacional, elementos considerados hostiles por los

grupos rebeldes y la gente de las localidades que los respaldaba.

La forma en que se desarrollaron las negociaciones, las definiciones ante ellas del maderismo, de las instituciones porfirianas, de las élites locales y de los líderes zapatistas y el fracaso de la mediación, catalizado por la irrupción del ejército federal, fueron los factores que agruparon defensivamente al zapatismo y lo obligaron a delinear su identidad, su autonomía y su proyecto. La traición que interpretaron en la actitud de Madero, los hizo defenderse, radicalizarse y volverse independientes, no solo de las estructuras políticas porfirianas contra las cuales ya se habían rebelado, sino también del maderismo. Las reivindicaciones agrarias y de reformas sociales, económicas y políticas radicales que después los caracterizarían, apenas comenzaron a esbozarse en las complicadas negociaciones en torno a la reorganización del poder político y militar y la entrega de las armas.

En esta etapa formativa del zapatismo, la definición de su identidad y la responsabilidad de sus decisiones recayó en los jefes naturales campesinos y en Zapata. Fueron estos dirigentes campesinos los que se negaron a desarmar a sus fuerzas sin condiciones y los que rompieron con el gobierno provisional y con Madero, sin influencia notable de intelectuales fuereños. No se ha conservado documentación directa que informe de las discusiones internas de los zapatistas en esas semanas, por lo cual es difícil precisar qué figuras tenían más peso en la toma de decisiones. En la prensa capitalina las figuras externas que más aparecieron vinculadas al zapatismo fueron Abraham Martínez, jefe del estado mayor de Zapata, quien tuvo una actuación confusa y contradictoria, así como el todavía más oscilante y contradictorio Juan Andrew Almazán. No hay evidencias de

influencias directas en el zapatismo inicial ni de los intelectuales simpatizantes de los Vázquez Gómez, como Paulino Martínez -quien no obstante había tenido contacto con Zapata y algunos líderes zapatistas desde 1909, como asesor jurídico en disputas agrarias de sus pueblos y luego se incorporaría como ideólogo del zapatismo, pero hasta el golpe de estado huertista-, ni del ala izquierda maderista que se expresaba en el *Diario del Hogar*. Por ello y por lo que se notó después, el peso de los dirigentes naturales como Zapata, su hermano Eufemio, Amador Salazar, el *Tuerto* Morales, Lorenzo Vázquez y otros, parece haber sido decisivo y la ruptura, por tanto, fue una ruptura política que maduró endógenamente en el grupo rebelde y que se expresaría en términos ideológicos poco después, con el *Plan de Ayala*. Desde luego, se pueden señalar diversas influencias exteriores, pero hay que subrayar que la radicalización y agrupamiento zapatista fue un proceso llevado a cabo básicamente por los propios líderes zapatistas.

Todo indica que lo que agrupó al zapatismo y le dio identidad propia fue un problema de reconocimiento, un reclamo de autonomía, de participación en el poder local y de rechazo a la intromisión del centro y de los fuereños, por parte de un grupo campesino con fuerte arraigo regional que no fue tolerado por las estructuras porfirianas -inertes y poco permeables, a las que Madero no había tocado y que seguían predominando-, ni por el maderismo. Al resistir, los zapatistas se independizaron, identificaron, radicalizaron, y rompieron con el régimen e, incluso, con Madero, que se encontraba en medio. Fue una ruptura que implicó una segunda rebelión, en menos de un año, ahora contra el jefe nacional de la revolución triunfadora.

Este proceso de ruptura con la figura de Madero fue extremadamente difícil para los

dirigentes campesinos que habían confiado hasta entonces en él. En las negociaciones se percataron de sus diferencias, vieron sus compromisos con el antiguo régimen, sus vacilaciones y la contradicción entre su palabra y las acciones emprendidas por el ejército y el gobierno federal, por lo que se fueron desengañando, se volvieron recelosos y, al final, se sintieron traicionados. En adelante sería su enemigo. El encono con el cual lo enfrentaron desde entonces -incluso después de su muerte, con sus seguidores-, sólo se explica por la magnitud del agravio que sintieron cuando, a sus ojos, los traicionó.

Con todo, solo fueron unos cuantos jefes campesinos y unos pocos seguidores de ellos los que asumieron esta actitud, esencialmente defensiva. El grueso de la población común de la entidad permaneció al margen de este proceso y quizás hubieran preferido que se alcanzara un acuerdo entre las partes que hiciera regresar la tranquilidad a sus hogares y un nuevo gobierno que los escuchara y atendiera.

Los jefes zapatistas, por su parte, tuvieron que percibir, racionalizar y dar forma coherente a la identidad que los había llevado a separarse y enfrentarse al maderismo. Eso lo harían en los meses inmediatos posteriores, una vez que se sintieran a salvo. Por lo pronto, tuvieron que huir y esconderse.

### *Estrategia contraproducente*

Las fuerzas al mando de Huerta iniciaron la persecución y estrecharon el cerco contra los hombres de Zapata, atacando los puntos más importantes en donde tenían presencia. Así, en los primeros días de septiembre de 1911 fueron ocupadas militarmente las poblaciones

de Villa de Ayala, Chinameca, Chietla, Tlaltizapán, Huautla, Jotutla, Jonacatepec, Axochiapan. Como consecuencia de este amplio movimiento, los zapatistas, con sus fuerzas muy reducidas, se vieron obligados a dispersarse y refugiarse en las zonas aledañas de los estados fronterizos de Puebla y de Guerrero, provocando con ello la alarma entre las autoridades locales y los jefes militares encargados de vigilar esos lugares. Las tropas federales intentaron, infructuosamente, acorralarlos y aniquilarlos. En las zonas de refugio, los zapatistas encontraron apoyo en la población para esconderse, alimentarse y realizar acciones de hostigamiento contra las tropas federales y rurales. No solo eso, la represión provocó que las fuerzas de Zapata crecieran, al incorporárseles habitantes de los lugares a los que llegaba el ejército federal, cuyas amenazas y abusos generaron rechazos en la población y orillaron a que parte de esa gente, atemorizada, se sumara a los zapatistas. Sin embargo, otros sectores de esas localidades se alarmaron por el ingreso y las actividades de las bandas rebeldes y pidieron la protección de las autoridades y aún del ejército federal. En la segunda semana de ese mes, Zapata, al frente de una partida de sus seguidores, consiguió tomar temporalmente, a pesar de la persecución en su contra, la población guerrerense de Huamuxtitlán.<sup>65</sup>

---

<sup>65</sup> .IGM. Casso López a De la Barra. Cuautla. 1º de septiembre de 1911. c. 15. exp. 5. f. 14; De la Barra a Huerta. México, 19 de septiembre. f. 19; Federico Morales a De la Barra. Cuautla. 2 de septiembre. f. 32; presidente municipal de Chietla, administradores de las haciendas de Jaltepec y Atencingo, empleados de correos, timbre y teléfonos y principales vecinos y comerciantes de Chietla a De la Barra. 2 de septiembre. f. 37, en donde le pedían que enviara una fuerza federal que los protegiera y diera garantías contra los "bandidos de Morelos"; Huerta a De la Barra. Tlaltizapán, 3 y 5 de septiembre. fs. 58, 59; Huerta a De la Barra. Chinameca. 7 y 8 de septiembre. c. 17. exp. 8, fs. 62, 63; F. Figueroa a De la Barra. Chilpancingo. 8 de septiembre, f. 64; Huerta a De la Barra. Jotutla. 12 de septiembre. f. 65; A. Figueroa a De la Barra. Iguala. f. 66; Huerta a De la Barra. Huautla. 10 de septiembre. caja 13, exp. 1. f. 1. exp. 2. f. 1; Federico Morales a De la Barra, Huautla, 11 de septiembre, f. 11; gobernador de Puebla, Raúl Cañete a De la Barra. 12 de septiembre, f. 22, indicó que había 6000 zapatistas en Acatlán y pidió que Huerta marchara a proteger la zona pues el gobierno estatal no podía hacerlo. Es posible que los números de las fuerzas rebeldes que aparecen en los informes de los gobernadores y jefes militares -como siempre ocurre con este tipo de fuentes-, estén sobrestimados, con el objeto de presionar y obtener una ayuda mayor y más expedita del

La movilización del ejército federal militarizó completamente el estado de Morelos y las zonas aledañas de Puebla, Guerrero, Oaxaca y el estado de México, a través de incursiones y ocupación permanente de tropas en las principales poblaciones y haciendas. En la persecución de los zapatistas estaban comprometidos ya una amplia gama de intereses, a través de una vasta coalición, que involucraba no solamente el gobierno central y el ejército federal, sino también las fuerzas de los jefes figueroístas, los gobernadores de Morelos, Puebla, Guerrero, Oaxaca y el estado de México, los jefes políticos y los presidentes municipales de las cabeceras afectadas y, socialmente a diversos sectores como los hacendados, comerciantes y propietarios mayores de esta amplia zona, así como clases medias influidas por el pensamiento conservador o temerosas de ver afectados sus intereses. Había también un componente popular en esa alianza, compuesto por sectores marginados que no se diferenciaban socialmente de los rebeldes.

La parte más activa de los sectores populares contrarios a la insurrección llevó a la formación de cuerpos de voluntarios en algunas localidades, organizados para resistir los ataques de los alzados. Esta gama de actores, aunque con una gran descoordinación, trató de articular una estrategia contrainsurgente, para lo cual intercambiaban información sobre los movimientos y localización de los alzados, se brindaban apoyos de viveres, dinero y recursos de guerra. Los gobernadores y caudillos de esas entidades, a pesar de su celo regionalista, aceptaron la coordinación con el ejército federal con el fin de extirpar de sus áreas los brotes de rebeldía y contagio zapatista, en un proceso de militarización que no

---

centro o dar la idea de un mérito mayor de las fuerzas oficiales al enfrentarse a un enemigo invariablemente superior. De la Barra a F. Figueroa, México, 12 de septiembre, f. 26; F. Morales a De la Barra, Cuautla, 13 de septiembre, f. 30; Martín Vicario a De la Barra, Iguala, 11 de septiembre, f. 32; A. de la Fuente y Cia. a De la Barra, Tlapa, 12 de septiembre, exp. 3, f. 31.

estuvo exento de dificultades.

La militarización trastocó la vida cotidiana de la región. La economía de guerra en la que se entró, afectó de manera diferencial, pero llegó invariablemente a todos los sectores. Los de mayores recursos económicos, financiaron una parte de los gastos del ejército. Los rurales y sufrieron la mayoría de los ataques, destrucción, imposición de préstamos y depredaciones de los rebeldes. Los sectores medios y bajos también padecieron parte de la violencia destructiva, directa o indirectamente, por venganzas, abusos, etc.. sufrieron, en términos generales, la interrupción o alteración de las condiciones en que se ganaban la vida y repartieron, voluntaria o forzadamente, parte de sus recursos en los gastos de campaña de los bandos enfrentados.

El 13 de septiembre, desde Jojutla, Huerta le escribió una amplia misiva a De la Barra en la que hacía un balance de más de un mes de acciones del ejército federal en Morelos: controlaba militarmente la totalidad del estado, teniendo en cada una de las cabeceras de los 6 distritos fuerzas regulares para su resguardo; las mayores haciendas estaban custodiadas; las principales poblaciones, además de las cabeceras, estaban también ocupadas por las fuerzas federales, las cuales controlaban los entronques de las dos vías de ferrocarril que cruzaban la entidad –el Interoceánico y el Mexicano-, que la comunicaban con el D.F., con Puebla, con Guerrero y con Oaxaca, pudiendo hacer desplazamientos por esas vías en caso necesario.

Huerta evaluaba también el impacto que había tenido la actividad del ejército, señalando que habían sembrado la confianza en Morelos "con la palabra, con los fusiles y con los cañones del gobierno", y declaró claramente que había tenido que imponerse por la

fuerza y vencer la resistencia de varias de las poblaciones ocupadas: "en los lugares donde nos han recibido con seriedad hemos sido serios y en aquellos donde nos han recibido con dinamita y fuego . hemos contestado en la misma forma, dejando siempre bien puesto el honor del ejército y sosteniendo incondicionalmente el poder del gobierno de la República". Decía que, después de todo eso, la presencia de los militares era aceptada: "En todo el estado hemos sido recibidos mal, mal, muy mal. pero al despedirnos de las diversas rancherías y poblaciones que hemos tocado, he tenido el gusto de oír palabras que indican el deseo de que la fuerza federal no se separe del estado" <sup>66</sup> Sin embargo, el crecimiento de las fuerzas zapatistas y su diseminación más allá de Morelos, en parte explicados por el rechazo y temor de la población al ejército federal, hablaban en dirección contraria a lo expuesto por Huerta.

Con la autorización del centro, las tropas federales iniciaron su incursión sobre las posiciones zapatistas en Guerrero. De esta forma, en coordinación con los Figueroa, la columna de Huerta marchó hacia Tlapa y Chilpancingo a mediados de septiembre y, posteriormente, ante noticias del gobernador de Oaxaca, marcharon hacia Zapotitlán y Tlaxiaco, en donde corrían noticias de que se encontraba una partida de 700 zapatistas. Huerta recibió instrucciones del Ministerio de Guerra de ocupar y guarecer también Acatlán, Puebla y Huajuapán de León, donde había habido desórdenes. En ninguna de estas dos entidades pudieron cercar a los rebeldes, ni entablar combate formal con ellos. Los zapatistas se escabulleron y establecieron un amplio radio de operaciones de sobrevivencia, pequeñas, típicamente guerrilleras, en las zonas fronterizas de Morelos, Puebla, Guerrero,

---

<sup>66</sup> . IGM. Huerta a De la Barra. Jojutla, 13 de septiembre de 1911. c. 12. exp. 1. f. 28

Oaxaca y Estado de México.<sup>67</sup> La inquietud y el temor de la población civil dentro de esa amplia área, a pesar de la fuerte presencia federal y de la militarización, no disminuyeron. Las autoridades locales y los hacendados, impotentes, siguieron quejándose y reclamando el incremento y la permanencia de las fuerzas federales. El gobernador de Tlaxcala, alarmado, escribió a De la Barra que había rumores de levantamientos de pueblos y agitación en las fábricas textiles de su entidad, pidiendo refuerzos para calmar los ánimos.<sup>68</sup>

Hacia mediados de septiembre, las fuerzas zapatistas, aunque habían podido reagruparse y extenderse más allá de Morelos, se encontraban a la defensiva, desperdigadas y perseguidas en una amplia zona. Las acciones bélicas de quienes los acosaban no habían podido darles caza y solo consiguieron aumentar sus efectivos. El zapatismo, a partir de ese momento, trascendió al estado de Morelos y su influencia militar y política comenzó a sentirse crecientemente en los estados aledaños, particularmente en Puebla. Tropas zapatistas, jefaturadas por Zapata y Almazán, tuvieron enfrentamientos contra fuerzas del orden entre Axochiapan e Iztacala, en el sureste fronterizo con Puebla, entidad donde

---

<sup>67</sup> AGM, Huerta a De la Barra, Jojutla, 14 de septiembre de 1911, c. 13, e. 2, f. 37; gobernador de Oaxaca, Heliodoro Díaz a De la Barra, 14, 15 y 19 de septiembre, fs. 38, 63, 88, 89 donde expresaba su alarma porque una partida de 700 zapatistas se aproximaba a Zapotitlán y pidió ayuda de Guerrero y Puebla; el mismo gobernador informó el 18 de septiembre que fuerzas zapatistas se dirigían a Huajuapán, Silacayoapan, Ozumba y que otras estaban cerca de Tlachilco, c. 21, e. 2, f. 95; cpl. Ernesto Castrejón a De la Barra, Tlaltizapán, 15 de septiembre, f. 60; M. Vicario a De la Barra, Iguala, 15 de septiembre, exp. 1, f. 7; A. Figueroa a De la Barra, Iguala, 17, 18, 19 y 20 de septiembre, c. 20, e. 1, fs. 60, 68, 85, 135; F. Figueroa a De la Barra, Chilpancingo, 19 de septiembre, f. 80; Srío. de Guerra a Huerta, México, 19 de septiembre, c. 17, exp. 11, f. 27; Huerta a De la Barra, Chila, 2 de octubre, f. 28; vecinos de Guerrero a De la Barra, 22 de septiembre, *ARD*, t. 3, exp. 12, f. 35. Entre las tácticas que empleaban Huerta y De la Barra para conseguir informes sobre los movimientos zapatistas estuvieron el otorgar indultos a pobladores acusados de ayudar a los rebeldes y usarlos como informantes, como ocurrió en Chietla el 20 de septiembre, *AGM*, c. 20, e. 2, f. 116. Sin embargo, es difícil evaluar el éxito de estas medidas, que en ocasiones eran solo señuelos para atraer a rebeldes y colaboradores de ellos y apresarlos, como denunciaban 15 reos zapatistas presos en el penal de Guadalajara que, al acogerse al indulto, fueron encarcelados, ver Rafael Pimentel y otros a De la Barra, penal de Guadalajara, 23 de septiembre, *AGM*, c. 23, e. 8, f. 64.

<sup>68</sup> *AGM*, Gobernador Rubén Maldonado a De la Barra, Tlaxcala, 15 de septiembre de 1911, c. 13, exp. 2, f.

también tomaron los pueblos de Guadalupe y la hacienda de Villahermosa, amenazando con tomar el poblado mayor de Acatlán; otras ocuparon los pueblos de Igualtepec, Rayón, Cieneguilla, Zapotitlán y realizaron combates cerca de Chiautla, Zacatepec y Cuicatlán, éstos dos últimos en Oaxaca. Los gobernadores de estas entidades y personas afectadas, acusaron a los rebeldes de cometer depredaciones y solicitaron ayuda de tropas federales urgente.<sup>69</sup>

A pesar de la persecución, o quizá precisamente a consecuencia de ella, los rebeldes no habían cerrado totalmente las puertas para una posible reapertura de las negociaciones, impulsada sobre todo por algunos jefes foráneos que se les habían incorporado. Esa posibilidad también convenía al gobierno. Así, en los últimos días de septiembre, hubo nuevos intentos para tener una negociación y se realizaron pláticas entre enviados gubernamentales con Almazán y otros jefes zapatistas, como Jesús Jáuregui y José Trinidad Ruiz, los cuales incluso fueron a la ciudad de México a entrevistarse con De la Barra, quien rechazó sus posiciones y sostuvo que no aceptaría "imposiciones de Zapata y su gente".<sup>70</sup> Los jefes surianos hicieron pública de nuevo su postura: reconocían a De la Barra como presidente provisional, pedían la destitución de los gobernadores provisionales producto del Pacto de Ciudad Juárez y la elección de los nuevos por medio de la voluntad popular o bien a través del acuerdo entre los jefes rebeldes en armas; pedían también el retiro de las

---

<sup>69</sup> AGN. Federico Morales a De la Barra, Jonacatepec, 23 de septiembre de 1911, c. 21, e. 5, f. 41; Benito Juárez -quien había asumido el gobierno de Oaxaca-, a De la Barra, Oaxaca, 24 de septiembre, f. 61, 26 de septiembre, exp. 2, f. 38, 27 de septiembre, fs. 58 y 59, 29 de septiembre, exp. 6, f. 2; gral. Gabriel Hernández a De la Barra, Chiautla, 24 de septiembre, f. 69; Rafael Cañete a De la Barra, Puebla, 25 de septiembre, e. 2, f. 22; Ezequiel Domínguez a De la Barra, Mapastepec, 25 de septiembre, f. 18; A. Figueroa a De la Barra, Cuernavaca, 23 de septiembre, e. 5, f. 22; Martín Vicario a De la Barra, Iguala, 23 de septiembre, f. 52.

<sup>70</sup> AGN. Huerta a De la Barra, Chiautla, Guerrero, 26 de septiembre de 1911, c. 21, e. 2, f. 29; De la Barra a Huerta, México, 29 de septiembre, f. 94.

fuerzas federales de Morelos, Guerrero, Puebla y Oaxaca, la suspensión de las próximas elecciones federales, la abolición de las jefaturas políticas y la libertad de los presos políticos. Reiteraron también el contenido agrario de su lucha, al que atribuían el origen del movimiento armado: "Que se dé a los pueblos lo que en justicia merecen. en cuanto a tierras montes y aguas, que ha sido el origen de la presente contrarrevolución".

Aunque estas peticiones todavía no iban más allá de lo que había prometido el *Plan de San Luis*, cumplirlas implicaba una modificación importante de la organización política que trascendía al territorio morelense y que, de nueva cuenta, solo podía plantearse junto con la cuestión del poder a nivel nacional. Ni el gobierno provisional, ni la dirigencia conservadora dominante dentro del maderismo, estaban dispuestos a regresar y o dotar de tierras a los pueblos y, desde luego, era difícil concebir que el ejército federal iba a renunciar al papel predominante que había alcanzado. Las élites económicas y los sectores conservadores no aceptarían tampoco la desmilitarización si antes no se les garantizaba la desaparición del peligro sedicioso. Las demandas zapatistas no las podía cumplir el gobierno federal. Si querían verlas realizadas, las tendrían que ganar.

Por lo demás, las reivindicaciones agrarias del zapatismo, que aparecían en un primer plano, aunque de una forma burda, ya no fueron solo reclamos particulares de algunas comunidades sino que fueron expresadas como reivindicaciones generales, para todo el país. Tales demandas, sin duda, estaban en el origen del apoyo que encontraron los rebeldes en la zona centro-sur del país. Las nuevas formulaciones reflejaban la gestación en el zapatismo de una mayor conciencia agraria y política. El gobierno central rechazó desde

---

<sup>71</sup> "Memorial" zapatista, San Juan del Río, 26 de septiembre de 1911. *AJA*, VIII-2, c. 1, leg. 64

luego esas peticiones y continuó los movimientos militares contra ellos.<sup>72</sup>

### *Para que la cuña apriete*

Madero había ganado las nuevas elecciones y preparaba el camino para tomar posesión en las mejores condiciones. Así, la coalición gobernante dio un viraje en su estrategia para controlar Morelos. El haber puesto como gobernador al banquero Carreón y al reyista Huerta al frente de la campaña del ejército, no solo no había acabado con la insurrección, sino que la había radicalizado y extendido. Así pues, el maderismo decidió dar un viraje: nombrar a Ambrosio Figueroa como gobernador y sustituir a Huerta por el general Casso López. Así, Madero recurría a un jefe revolucionario moderado, con fuerte arraigo en Guerrero y bien visto por las élites morelenses, para tratar de acabar con un movimiento que se estaba radicalizando. La campaña militar, entretanto, seguiría el curso que había tomado. Este cambio modificaba la relación entre los factores de poder regional, consolidando al clan de los Figueroa en una vasta zona. La consolidación de su poder, empero, dependería de las buenas cuentas que entregara de su encomienda: acabar con el zapatismo.

Los jefes zapatistas, a pesar de la fragmentación que habían tenido que hacer de sus efectivos, pudieron regresar al estado de Morelos y juntar una considerable fuerza cercana a los 1,500 hombres, dividida en varias partidas, que causaron otra vez dolores de cabeza al

---

<sup>72</sup> AGN, A. del Pozo a De la Barra, Acatlán, 20 septiembre de 1911, c. 20, exp. 1, f. 28; Huerta a De la Barra, Chietla, 20 de septiembre, c. 21, exp. 1, f. 116, 26 de septiembre, c. 21, exp. 2, fs. 29 y 111; Huerta a De la Barra, Chila, 30 de septiembre, exp. 21, exp. 4, f. 1. Gabriel Hernández a De la Barra, Ixcamilpa, 30 de septiembre, f. 2; Rafael Cafete a De la Barra, Puebla, 2 de octubre de 1911, exp. 3, f. 11.

nuevo gobernador de la entidad, quien tomó posesión el 25 de septiembre de 1911 y que, ante los apremiantes llamados de los hacendados, ocupó la mayor parte de su tiempo organizando partidas para batirlos.<sup>71</sup> Figueroa, al tomar posesión, emitió un manifiesto en que invitó a los morelenses a volver a sus campos de labranza y a sus hogares, dado que se había conseguido derrocar a la dictadura e instaurar un gobierno democrático. Llamaba a la reorganización, la paz, la unión y el progreso de la entidad y decía:

"no me pidáis programa de gobierno, porque el que yo seguire será más o menos el mismo que he empleado como guerrillero: el orden y la honradez como medio y la libertad como fin me propongo atender a todos, sin distinción, lo mismo a los fuertes que a los débiles. La propiedad, que hasta como revolucionario supe respetar será garantizada, lo mismo la pequeña que la grande... no me pidáis la resolución del problema agrario, porque ni mi competencia, ni el tiempo de que dispongo me bastarían para resolverlo. "<sup>72</sup>

De manera transparente, Figueroa reconocía que su encomienda solo tenía por objeto utilizar su prestigio para acabar con los rebeldes y dar seguridades a los propietarios. Los zapatistas, ante el relevo, que significaba para ellos un nuevo agravio, continuaron con sus actividades. Francisco Pacheco, al frente de 500 hombres, pudo tomar Axochiapan, el 7 de octubre de 1911. El día 20, tropas zapatistas ocuparon Yecapixtla, sin resistencia.<sup>73</sup>

---

<sup>71</sup> AGM, Carreón a De la Barra, Cuernavaca, 26 de septiembre de 1911, c. 21, exp. 2, f. 23 y 28 de septiembre, f. 24; A. Figueroa a De la Barra, Iguala, 26 de septiembre, f. 43 y A. Figueroa a De la Barra, 4 de octubre de 1911, Cuernavaca, exp. 3, f. 28.

<sup>72</sup> *Semanario Oficial del Gobierno del Estado de Morelos*, año XX, no. 42, 28 de octubre de 1911.

<sup>73</sup> AGM, A. del Pozo a De la Barra, Acatlán, 2 de octubre de 1911, c. 21, exp. 3, f. 19; Felipe Ruiz de Velasco a De la Barra, México, 2 de octubre, exp. 4, f. 3, 3 de octubre, exp. 3, f. 59; vecinos de Jojutla a De la Barra, 2 de octubre, exp. 3, f. 17; Carlos Ruiz y otros a De la Barra, Jojutla, 2 de octubre, exp. 3, f. 17; Braulio Rodríguez a De la Barra, Jojutla, 2 de octubre, exp. 6, f. 3; Gabriel Hernández a De la Barra, Acatlán, 5 de octubre de 1911, c. 18, exp. 2, f. 8; A. Figueroa a De la Barra, Cuernavaca, 2, 7, 10 y 12 de octubre, exp. 2, f. 14, 15, 16, 27, 28 y c. 19, exp. 6, f. 9-10; Figueroa informó que Axochiapan fue atacada por más de mil zapatistas, quienes volaron el puente del ferrocarril interoceánico y que no alcanzaron a llegar las tropas federales de Casso López desde Cuautla, ni las suyas propias que estaban acantonadas en Guerrero, Figueroa a De la Barra, Cuernavaca, 8 de octubre, c. 21, exp. 4, fs. 54 y 55; Crescencio Díaz, ranchero de Jonacatepec, denunciaba asesinatos cometidos por los zapatistas contra oficiales federales y se quejaba de la situación desesperada "para la población honrada y trabajadora", en carta a De la Barra del 10

En Puebla, mientras tanto, continuó habiendo enfrentamientos entre fuerzas zapatistas y los tropas federales al mando de Huerta en Chinantla y Tehuizingo; en Tepeji de Rodríguez, había habido también incursiones rebeldes. J.T. Ruiz ocupó el 20 de octubre, con 500 hombres, Apaxco y marchó sobre Atlixco, antes de internarse en el estado de México.<sup>76</sup> En Oaxaca, siguieron los ataques y amagos contra localidades del distrito de Huajuapán; las tropas federales consiguieron dispersar a las partidas de alzados y apresaron a más de una decena de ellos; empero, el jefe político de Silacayoapan y el gobernador de la entidad reportaron que una fuerza de 500 zapatistas operaba en ese distrito, entre Santa Ana y Cienaguilla y que contaban con una pieza de artillería en su armamento; las fuerzas zapatistas atacaron el poblado de Ihualtepec, en dicho distrito, el 17 de octubre y, más tarde, el día 23, enfrentaron a federales en Tepetlapa, en el distrito de Huajuapán. Ante esta situación, el gobernador y los jefes políticos pidieron más tropas de refuerzo.<sup>77</sup> En Guerrero también hubo actividad rebelde identificada por las autoridades como zapatista en Chilapa.<sup>78</sup>

Aunque a mediados de ese mes pudieron celebrarse las elecciones federales en Morelos, el estado se encontraba en una gran efervescencia, derivada de la actividad creciente de los zapatistas que se había multiplicado.<sup>79</sup> A pesar del relevo de Huerta por

---

de octubre, c. 21, exp. 6, f. 47: comerciantes de Jonacatepec informaron que evacuaron el poblado por temor a los zapatistas, pidiendo refuerzos federales y garantías a sus propiedades, c. 20, exp. 2, f. 45; G. García Aragón a De la Barra, Jonacatepec, 12 de octubre, c. 6, exp. 6, f. 13. *Diario del Hogar*, 21 de octubre de 1911.

<sup>76</sup> *AGN*, Huerta a De la Barra, Chinantla, 4 de octubre de 1911, c. 21, exp. 3, f. 63, Acatlán, 5 de octubre, exp. 4, f. 6, Gabriel Hernández a De la Barra, Acatlán, 5 de octubre, exp. 4, f. 4; Eustaquio Rodríguez a De la Barra, Tepeji, Puebla, 14 de octubre, c. 22, exp. 4, f. 74. *Diario del Hogar*, 21 de octubre de 1911.

<sup>77</sup> *AGN*, Benito Juárez a De la Barra, Oaxaca, 3, 7, 11, 13, 14, 17, 20, 23 y 26 de octubre de 1911, c. 21, exp. 3, f. 33, exp. 4, fs. 41, 53, exp. 6, fs. 41, 38, c. 22, exp. 6, fs. 20, 21, 23, 16, 15, 12, 10.

<sup>78</sup> *AGN*, A. Figueroa a De la Barra, Cuernavaca, 5 de octubre de 1911, c. 21, exp. 4, f. 11.

<sup>79</sup> *El País*, 4 de noviembre de 1911. En Puebla, las elecciones se efectuaron dos semanas antes. El gobernador Cañete informó que se realizaron sin dificultades en la mayor parte de su entidad, excepto en el

Caso López, la incapacidad federal para aniquilar a los rebeldes continuó siendo manifiesta; los reclamos de Figueroa al presidente de la República, en los que manifestaba su impotencia para proteger a todos los pueblos y haciendas que estaban siendo hostigadas por los zapatistas fueron cada vez más apremiantes. Incluso, una partida mayor amenazó la ciudad de Cuautla, que tuvo que ser protegida por las propias fuerzas estatales de Figueroa, a costa de desprender con ello Cuernavaca. Entre las causas que explican esta incapacidad estuvo la rivalidad y dificultades que surgieron entre Figueroa y el general Casso López. Figueroa se quejó en repetidas ocasiones de que carecía de mando sobre dichas fuerzas y en parte a eso atribuía los fracasos de sus intentos y algunos de los éxitos zapatistas.<sup>81</sup>

En los estados aledaños también continuó la presencia de bandas rebeldes zapatistas. Jesús *el tuerto* Morales, al frente de 600 hombres incursionó en Oaxaca y sostuvo combates en Huajuapán, trasladándose luego a Puebla. En esta entidad, un grupo de 700 zapatistas tomó Tochimilco, en las faldas del Popo, el 18 de octubre. Las acciones de los rebeldes encontraron condiciones propicias para extenderse, mediante el apoyo y simpatía de varias poblaciones y el contagio que se desarrolló al protestar algunas localidades contra agravios, como en el pueblo de Axocopan, Oaxaca, en donde la población se levantó en armas y se lanzó contra los caciques locales, incorporándose a los zapatistas.<sup>82</sup>

---

distrito de Acatlán en donde la presencia zapatista ocasionó que se interrumpieran las comunicaciones y que no se tuviera noticia sobre la jornada electoral. AGM, Rafael Cañete a De la Barra, Puebla, 2 de octubre de 1911, c. 21, exp. 2, f. 13; Huerta a De la Barra, Acatlán, 5 de octubre de 1911, c. 21, exp. 23, f. 64.

<sup>81</sup> AGM, A. Figueroa a De la Barra, Cuernavaca, 16, 17, 20 y 29 de octubre de 1911, c. 19, exp. 6, fs. 24, 38, 39, 113, 114, 31, exp. 1, fs. 6, 7. Hubo en esos días enfrentamientos y escaramuzas entre federales, rurales y zapatistas en las localidades de Tecalitla, San Vicente, San Gaspar, Santa Cruz, Huichila y La Presa, en el estado de Morelos, ver G. Hernández a De la Barra, San Gaspar 20 de octubre, c. 18, exp. 2, f. 47; Tlaltizapán, 20 de octubre, c. 19, exp. 6, f. 112, exp. 7, f. 2.

<sup>82</sup> AGM, Benito Juárez a De la Barra, Oaxaca, 16 y 21 de octubre de 1911, c. 18, exp. 2, fs. 37, 48; Manuel Vital, jefe político de Atlixco a De la Barra, 17 y 18 de octubre, c. 18, exp. 2, f. 43, c. 19, exp. 6, f. 50, 51.

En el estado de México hicieron también incursiones partidas zapatistas al mando de José Trinidad Ruiz, que ocuparon Tenango, Tianguistengo, Temascaltepec, Joquitzingo, San Francisco, San Simón y Sultepec, en la zona montañosa occidental colindante de los estados de Morelos y México.<sup>82</sup> Luego atacó poblaciones más cercanas al Distrito Federal como Ozumba, Chalco y Amecameca, logrando ocupar Milpa Alta, en las afueras de la capital, el 24 de octubre, realizando saqueos de varias casas durante la ocupación, quemando la prefectura, los archivos municipales y liberando a los presos. Estas incursiones, que llegaron hasta Chalco, causaron alarma entre la opinión pública de la ciudad de México.<sup>83</sup> Algunas de estas acciones atribuidas a fuerzas zapatistas en el estado de México eran originadas por problemas locales de tierras, como en el caso de los pobladores de Cuentepec, que invadieron los terrenos que les habían quitado años atrás los hermanos Orihuela de Tenango del Aire.<sup>84</sup> El gobernador de Tlaxcala reportó que en su entidad también hacían falta refuerzos para combatir a tropas zapatistas, que tenían el

---

56.

<sup>82</sup> AGM, vecinos de Tenango a De la Barra, 25 de octubre de 1911, c. 22, exp. 1, f. 57; presidente municipal de Tenango, Joaquín García Aragón a De la Barra, 28 de octubre, c. 22, exp. 5, f. 97; *Diario del Hogar*, 25 de octubre de 1911, *El País*, 2 y 3 de noviembre de 1911. En los ataques a poblaciones del estado de México, parte de las fuerzas rebeldes pertenecían a las fuerzas de Jesús Salgado, el rebelde guerrerense enemigo de los Figueroa, quien se había vuelto a levantar en armas contra éstos y se había declarado seguidor de Zapata.

<sup>83</sup> AGM, Adalberto Tirado y otros a De la Barra, Chalco, 23 de octubre de 1911, c. 19, exp. 7, f. 14. Joaquín Hernández, jefe político de Tenango a De la Barra, 29 de octubre, f. 20, vecinos de Amecameca, a De la Barra, s/f., f. 15; Memorándum de compañía maderera La Esperanza, pie de Popocatepetl, 19 de octubre, donde informaba que sus instalaciones habían sido asaltadas por fuerzas zapatistas el 11 de octubre y Manuel Salvador Garay a De la Barra, Ozumba, 28 de octubre, c. 22, exp. 1, f. 36 y c. 22, exp. 6, f. 50; Manuel Medina, gobernador del estado de México a De la Barra, Toluca, 29 de octubre, exp. 2, fs. 3, 5; De la Barra a Manuel Medina, México, 28 octubre, exp. 5, fs. 8, 28. Joaquín Hernández, jefe político de Ozumba informó el día 29 de ese mes que zapatistas tomaron e incendiaron Papalotla, exp. 2, fs. 4, 5. José Sánchez al director del periódico *El País*, 2 de noviembre de 1911. *Diario del Hogar*, 25 y 26 de octubre de 1911.

<sup>84</sup> AGM, A. Figueroa a De la Barra, Cuemavaca, 19 de octubre de 1911, y Manuel Medina a De la Barra, Toluca 21 de octubre, c. 19, exp. 6, fs. 104 y 126.

apoyo de varios pueblos.<sup>85</sup>

### *Rebelión agraria en gestación*

La extensión de las protestas y rebeliones de la población marginal campesina de una amplia zona del centro sur del país indicaba un amplio descontento contra autoridades, caciques, ejército federal, fuerzas rurales, comerciantes y hacendados locales, así como una problemática agraria semejante. La rebelión alentó el contagio y ampliación del descontento, al mostrar las limitaciones de las fuerzas del orden para contenerla.<sup>86</sup> Muchas de estas acciones no eran hechas, organizadas ni coordinadas por fuerzas zapatistas y tenían motivos locales diversos en su origen. La actitud de los alzados sirvió para catalizar ese descontento, que se expresó en muchas ocasiones de manera espontánea, aprovechando las incursiones de los rebeldes y la debilidad de las fuerzas del orden. La amplitud de las protestas, la extensión de las acciones y redes de los jefes efectivamente zapatistas se conjugaron con la incapacidad, el temor y la actitud de los gobernadores, jefes políticos, militares y periodistas que etiquetaban de zapatistas a las protestas y movimientos que surgían en sus entidades, lo que tuvo por efecto hacer crecer la fama del zapatismo y contribuir a su consolidación y desarrollo, mediante las adhesiones que hacían a su causa

---

<sup>85</sup> AGN. Ramón Maldonado a De la Barra, Tlaxcala, 28 de octubre de 1911, c. 19, exp. 2, fs. 2, 13.

<sup>86</sup> Varios comerciantes de Cuautla reconocieron que el pueblo de la ciudad era completamente partidario de Zapata y desde los primeros días de noviembre de 1911 el gobernador de Morelos, Figueroa, destituyó a varias autoridades locales que simpatizaban abiertamente con el zapatismo. *El País*, 3 y 18 de noviembre de 1911. El corresponsal del *Diario del Hogar* señaló reiteradamente que el zapatismo tenía un amplio apoyo en la población porque los defendían de los abusos que cometían tanto el ejército como las fuerzas de Figueroa. En un editorial, este periódico señaló que la política de De la Barra, del ministro de Gobernación García Granados y de Figueroa, solo había conseguido aumentar la fuerza del zapatismo en todo el estado de Morelos, ver *Diario del Hogar*, 25 y 27 de octubre de 1911.

diferentes movimientos de protesta y nuevos jefes. Así, el zapatismo fue creciendo y ganando legitimidad, aglutinando a los distintos brotes de descontento local en Morelos y en las zonas aledañas.

La impotencia del ejército y el gobierno federales para derrotarlos mediante la vía militar, demostró que lo que estaba tomando forma en el estado de Morelos y en las zonas colindantes a él, era una rebelión de diferentes grupos campesinos, rebelión incrementada por el rechazo de los pueblos ante las incursiones y la violencia del ejército federal. Esas protestas, como reconocieron diputados conservadores y funcionarios de alto nivel del gobierno provisional, contaban con un fuerte arraigo local y estaban adquiriendo el carácter de una rebelión agraria. Lo que daba fuerza al zapatismo y a su líder, era precisamente la identificación de estas aspiraciones de pueblos agraviados por los caciques y las oligarquías locales, aunados al temor de las poblaciones contra las acciones contrainsurgentes emprendidas por el ejército federal, simpatías, miedos y aspiraciones a los cuales la resistencia, las demandas y los llamados a no entregar las armas por parte de Zapata y sus seguidores dieron un sentido y sirvieron como polo aglutinador.

La propagación de la agitación y de la influencia de las actividades rebeldes a una amplia zona colindante con Morelos y el apoyo que encontraron los alzados se explica, en primer término, por el rechazo que suscitó la intervención del ejército federal en la región y la oposición a sus abusos, que llevaron a la población ofendida a identificarse o refugiarse con los rebeldes. En la protesta, se sumaron también una serie de agravios hechos por las autoridades locales contra la población, como en el caso de Zacatlán, en Puebla, donde el jefe político, que había salido en los últimos días del régimen de Díaz, regresó para

cometer abusos contra la población, llegando a matar a varios habitantes opositores, o en Tequisquiác, Estado de México, en donde varios vecinos se quejaron de las persecuciones del jefe político y exigían el reconocimiento de las nuevas autoridades que habían elegido recientemente. Era el caso también de Huajuapán, en Oaxaca, en donde los habitantes protestaron contra el impuesto de capitación que les exigía el jefe político, o en Zautla y Tepayahualco, en el estado de Puebla, donde el presidente municipal y el tesorero se apoderaron de los pocos recursos del municipio y obligaban a los indígenas a pagarles con animales sus servicios, cotizándose los a precios muy bajos.<sup>87</sup>

Odios más recientes se habían desatado contra el ejército federal, como ocurrió en Tláhuac, en el Distrito Federal, en donde a fines de octubre un batallón de soldados, so pretexto de perseguir a una partida zapatista, masacraron a varios peones y milperos que estaban laborando, sin hacer caso de las súplicas de las mujeres que les rogaban no mataran a sus maridos; en lugar de ello, la tropa había abusado de ellas; a esa acción la siguió una redada y el asesinato de jóvenes y viejos desarmados. En el Estado de México, el jefe del 28 regimiento fusiló a cuatro campesinos de Totolapán por considerarlos zapatistas y había apresado a varios niños para que le dieran informes de los rebeldes.<sup>88</sup>

Empero, el factor que más influyó en la adhesión que suscitó la revuelta y que hizo que se extendiera su influencia más allá de los límites en los que actuaba el ejército, fue el problema de la tierra. El zapatismo comenzó a ser visto y a ganar fama como adalid de la

---

<sup>87</sup> AGN, Pedro González y otros vecinos a De la Barra, Huajuapán, 8 de octubre de 1911, c. 21, exp. 6, f. 15, *Diario del Hogar*, 15 de junio, 18 de julio, *El País*, 3 de noviembre de 1911.

<sup>88</sup> C. Munguía a Trinidad Sánchez, director de *El País*, 3 de noviembre de 1911. Dicho ataque había sido instigado por el propietario de la hacienda de Xico, quien además había organizado por la fuerza una banda de voluntarios entre los peones de su hacienda. Este personaje acusaba a varios de sus peones de haber dado información a los zapatistas sobre quiénes eran los más ricos del lugar, facilitando con ello el saqueo. *El País*, 8 de noviembre, *Diario del Hogar*, 24 de octubre de 1911.

causa agraria y hay una infinidad de testimonios contemporáneos que dan testimonio de ello. Así pues, fue la conjunción de estos tres factores: la reacción de rechazo ante la ocupación militar, la necesidad de tierras y la pérdida de legitimidad de las autoridades y de los mecanismos de autoridad y control tradicional, a nivel local, ante el vacío de poder, y la incapacidad de la coalición maderista para encauzar la satisfacción de reformas sociales y económicas, lo que llevó a que, en pleno régimen de transición, ocurriera el deslinde y radicalización de un movimiento campesino que había estado hasta entonces subordinado al maderismo.

Después de dos meses, los esfuerzos del ejército federal para desarmar a los zapatistas habían sido infructuosos; las élites estaban alarmadas. En la Cámara de Diputados, varios de sus miembros reconocieron que en Morelos se estaba desarrollando una rebelión agraria y que, desatada ésta, ni siquiera la desaparición de Zapata podría contenerla. Algunos diputados conservadores achacaron a Madero la responsabilidad directa de la rebelión zapatista, por ofrecer la devolución de tierras a los pueblos y lo acusaron de obstaculizar los esfuerzos del ejército federal y proteger a Zapata. Los diputados exigieron la comparecencia de los funcionarios responsables de la campaña. Ante el Congreso, el subsecretario de Guerra, González Salas reconoció que no se había podido reducir a los zapatistas por el apoyo que encontraban en los pueblos, y que su influencia se había expandido hasta Oaxaca. El secretario de Gobernación, García Granados, tuvo que reconocer que el fondo del problema era agrario y que por tal motivo el gobierno había decidido la creación de una comisión que se abocaría a resolverlo. Por su parte, el secretario de Relaciones Exteriores, expresó que el gobierno se había dado cuenta que era

imposible acabar con un movimiento guerrillero de gran movilidad mediante un ejército de línea como el federal y que, por ello, se había optado por utilizar a las fuerzas rurales de los Figueroa, aunque, sin embargo, no se había conseguido aún la eliminación de los rebeldes por el apoyo de la población rural de las localidades.<sup>89</sup> Todos estos testimonios confirmaban la percepción de una parte de las élites políticas de que estaban frente a una creciente rebelión agraria en el centro-sur del país, rebelión que se convertía en el principal problema político del nuevo gobierno constitucional encabezado por Madero.

\*\*\*

El 4 de noviembre de 1911 concluyó el interinato. El presidente provisional leyó su informe final ante la Cámara de Diputados. En él, se refirió al problema de la pacificación del país como el asunto central de su gobierno y refirió con detalle lo acontecido en Morelos.

"En Morelos el problema del desarme y dispersión de las fuerzas revolucionarias encontró, desde un principio, más serias y graves dificultades... pues aunque en apariencia aquellos hombres se manifestaban dispuestos a regresar pacíficamente a sus labores, primero de una manera oculta, y más tarde en forma descubierta, adoptaron una actitud insumisa, que bien pronto degeneró en un manifiesto movimiento de bandolerismo. Ante este movimiento, y teniendo en cuenta las apremiantes solicitudes de un grupo muy considerable y caracterizado de vecinos de Morelos, el Ejecutivo resolvió el envío de un Cuerpo de tropas, con instrucciones precisas y terminantes de perseguir tenazmente a los malhechores"

Ante el fracaso de los buenos oficios que interpuso Madero -dijo De la Barra-, el gobierno provisional decidió que se les persiguiera hasta someterlos. La incapacidad del ejército federal para cumplir este cometido, la explicaba por la dispersión y movilidad de las partidas zapatistas y su conocimiento del terreno, que hacía muchas veces estériles los empeños del ejército federal. Sin embargo, la principal dificultad para someter a los

---

<sup>89</sup> Magaña, *Emiliano Zapata...*, op. cit., t. 2, pp. 28-48.

rebeldes se dio por el hecho de que

"el jefe del movimiento sedicioso se hizo popular entre las clases incultas del estado por ofrecimientos de repartición de tierras, sin tener en cuenta los derechos de propiedad y halagando por este y otros medios semejantes las pasiones de los individuos de la clase más humilde, que no se dan cuenta de que la situación económica de ese estado no se modifica por actos violentos y contrarios a las leyes".

En ese discurso, De la Barra reconoció el trasfondo agrario de la revuelta, De y aprovechó para obligar a Madero a definirse sobre ese tema y ponerle límites, al declarar:

"Las promesas hechas en nombre de la Revolución respecto a la cuestión agraria, han despertado esperanzas entre aquellas gentes, que suponen que al inaugurarse el gobierno que sustituirá al interino, lograrán ver realizados sus deseos de entrar en posesión de tierras prometidas, sin pensar que este problema debe ser resuelto dentro de la ley, y conforme a un plan cuidadosamente meditado."<sup>90</sup>

Así pues, el propio gobierno federal, por voz del presidente interino, reconocía que la extensión del zapatismo se debía a una reivindicación agraria que había encontrado simpatías entre las gentes de escasos recursos de una amplia zona de cinco estados colindantes. Esas reivindicaciones agrarias habían tomado la forma de una rebelión que había crecido, a pesar de los grandes esfuerzos del gobierno provisional y de Madero para contenerla.

Era una rebelión campesina endógena, que aprovechó el impulso dado por Madero a las energías y reivindicaciones sociales, económicas y políticas contenidas durante el porfiriato. Se había desprendido del maderismo como una reacción de sus líderes ante la exclusión de que fueron objeto por la dirigencia maderista y como rechazo a la injerencia foránea de los Figueroa y del Centro y se extendió al catalizar y despertar la necesidad de

---

<sup>90</sup> *El País*, 5 de noviembre de 1911. Ese mismo día, Huerta entregó formalmente su informe final como jefe de la campaña, en el que ofreció un balance muy optimista: el estado se encontraba pacificado, se había logrado expulsar a los zapatistas de él, tropas federales guarnecían las principales ciudades y haciendas; la vigilancia y persecución de las partidas rebeldes que quedaban sería labor de las fuerzas rurales de la entidad. *Ibid.*

tierras de sectores rurales marginales, creando condiciones para que afloraran un cúmulo de agravios contenidos, factores todos que se conjugaron con la debilidad del poder político, ante la indefinición y la falta de consolidación de una hegemonía nacional que no terminaba de crearse.

Con la conclusión del gobierno provisional y la extensión del zapatismo como parte de una rebelión agraria que comenzaba a desarrollarse en el centro sur del país, se cerraba esta etapa decisiva del movimiento de los rebeldes morelenses. Durante el interinato se vivió intensamente un periodo de acercamiento, de reconocimiento, de puesta en juego de diversas iniciativas que implicaban concesiones y posiciones de poder entre los actores que, muy pronto, resultaron estériles. Sin embargo, fueron 5 meses de intensa vida política en todo el país, en que los distintos sectores y clases pusieron en juego sus intereses y visiones en una complicada trama que comenzó a definir la transición del país. En ese periodo, los actores involucrados en la escena morelense se reconocieron y probaron. La inercia de los intereses y fuerzas puestos en tensión y la actitud asumida por los principales actores, determinaron el rompimiento entre los rebeldes con el centro político nacional y el enfrentamiento con el ejército y la oligarquía regional. A principios de noviembre de 1911, el ejército federal controlaba la mayor parte de un amplio territorio; se habían iniciado las hostilidades y se extendía la guerra a cinco entidades del centro sur, en vísperas de la asunción de Madero a la primera magistratura. El gobierno de Madero empezaría bajo estas condiciones.

## Capítulo IV. El zapatismo y el régimen de Madero. La consolidación de un proyecto independiente

La identidad que había ido perfilando el movimiento zapatista durante el interinato, adquirió forma precisa con el *Plan de Ayala*, documento generado endógenamente por los líderes zapatistas, en el cual expresaron las demandas agrarias que habían levantado los sectores rurales marginados del campo morelense, así como una vía de solución radical: los pueblos debían recuperar sus tierras y aguas y defenderlas con las armas en la mano. La difusión del *Plan de Ayala* dio legitimidad a la causa zapatista y tuvo el efecto de incrementar la actividad de las bandas rebeldes, convirtiéndose en una bandera que atrajo a poblaciones con necesidades agrarias semejantes de una amplia zona de la región centro-sur del país.

La extensión de una insurrección con marcado carácter agrario, con una alta dosis de violencia de clase, fue condenada y enfrentada por el nuevo régimen maderista con la misma violencia que sus predecesores, lo que provocó fuertes polémicas y divisiones al interior de la conflictiva coalición maderista. Un sector progresista, de procedencia magonista, que constituía el ala izquierda del nuevo régimen, comenzó a ser atraído por la rebelión campesina y se convirtió en un sector crecientemente crítico de la política empleada por Madero para desactivar la insurrección. El régimen maderista, ensayó varias medidas para acabar con la insurgencia. Ante el fracaso de los Figueroa recurrió, tanto a tratar de cooptar a líderes y sectores progresistas con una política de apertura, como a utilizar una táctica de contrainsurgencia, que combinó la aplicación de una legislación draconiana contra los rebeldes como una táctica de guerra sin cuartel, con

quema de poblados y reconcentración de la población civil en lugares controlados por el ejército. Estas medidas fueron insuficientes y dieron por resultado que la rebelión se enraizara y extendiera aún más, adquiriendo una dinámica que la convirtió en el desafío político regional más serio al maderismo, que minó la base social, el prestigio y la legitimidad de Madero, en un proceso que polarizó a los distintos sectores y grupos de la política nacional. A mediados del gobierno constitucional de Madero, estaba en marcha una insurrección agraria en una vasta zona del centro-sur del país, con un programa y liderazgo propios, en vías de radicalización. Durante el régimen maderista el zapatismo se constituyó como un movimiento político que aspiraba a tomar el poder central del estado y realizar una serie de transformaciones económicas y políticas de un contenido radical.

### *Madero presidente*

Las visitas de Madero a Morelos y el haber estado involucrado personalmente en las negociaciones con los surianos, le permitieron formarse una idea bastante completa de los motivos y de las razones que había detrás de la rebelión zapatista. El conflicto de Morelos había producido una intensa discusión y escisiones en el interior de la élite política maderista. La legitimidad de las causas de la rebelión zapatista, de sus características, de sus fortalezas y debilidades, había sido reconocida no solo por los políticos y funcionarios maderistas progresistas, sino también por personas vinculadas al porfirismo y aún por Madero mismo, quien confiaba que, una vez que asumiera la

presidencia, podría obtener la rendición de los rebeldes.<sup>1</sup> Madero tomó posesión como presidente constitucional de la república el 6 de noviembre de 1911.<sup>2</sup>

Zapata y los jefes que lo seguían, huyendo y a la defensiva, quisieron comprobar si el trato hacia ellos cambiaba como presidente en funciones, celebraron su elevación a la primera magistratura y volvieron a recibir a Gabriel Robles Domínguez, con el cual acordaron, el 8 de noviembre, unas nuevas bases para la rendición de sus fuerzas, en las que reiteraron las condiciones que habían sostenido desde tres meses atrás. Pedían el retiro de Figueroa; la salida de las tropas rurales al mando de Federico Morales; el indulto para todos los rebeldes; una ley agraria para mejorar la condición de los trabajadores del campo; la salida del ejército federal en 45 días; la incorporación de 500 hombres de Zapata a las fuerzas rurales de la Federación, cuya jefatura recaería en Raúl Madero o en Eufemio Zapata. Para allanar las dificultades. Zapata se retiraría a la vida privada y saldría del estado; además, solicitaron la entrega de diez mil pesos por el gobierno para pagar préstamos hechos por la revolución y el nombramiento del gobernador del estado por los jefes rebeldes en acuerdo con Madero. Es decir, las mismas peticiones que habían reiteradamente sostenido antes y que no habían sido aceptadas. ¿porqué?<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> Madero a De la Barra, Parras. Coahuila y Madero a Huerta, Parras. 31 de octubre. *Archivo Jenaro Amézcuca, (AJA)*, VIII-2, carp. 1. leg. 66, Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el Agrarismo en México*, op. cit., t. 2, pp. 49-51 y 57-59.

<sup>2</sup> *El País*, 7 de noviembre de 1911.

<sup>3</sup> Zapata a Madero. Villa de Ayala, 6 de noviembre de 1911, en Isidro Fabela, (editor) *Documentos Históricos de la Revolución Mexicana*, vol. XXI, *Emiliano Zapata, El Plan de Ayala y su política agraria*. México, Editorial Jus, 1970, p. 27. Condiciones para la rendición de las tropas zapatistas. Villa de Ayala, 11 de noviembre de 1911, *AJA*, VIII-2, carp. 1. leg. 67, *Diario del Hogar*. 9. 10 de noviembre de 1911. La prensa capitalina vio con esperanza un posible y definitivo arreglo. ilusión que pronto se vino abajo

Resulta difícil pensar que creyeran que Madero podía cumplir peticiones como sacar al ejército, a los rurales y a Figueroa a cambio del retiro de Zapata a la vida privada. como tampoco podían esperar que promulgara una ley agraria. Ya habían tenido oportunidad de verificar que Madero no compartía esas posturas. Pero quizá, por una parte, conservaban todavía una remota esperanza de que Madero podría cumplir lo que por diversas circunstancias no había hecho antes. Había también un sector del maderismo que no quería romper las hostilidades y masacrar a los alzados y que veía en éstos un medio de presión para que el nuevo régimen cumpliera con las reformas sociales que consideraban indispensables. Y para los propios rebeldes la ruptura y profundización de los enfrentamientos no era una cosa deseable. máxime cuando tenían al ejército detrás de ellos y comenzando a atacar a la población civil.

En todo caso, si la negociación no rendía frutos, no sería por falta de decisión de ellos. Si Madero no aceptaba, la responsabilidad sería suya. Es posible que lo que buscaran fuera tener elementos para responsabilizarlo ante la opinión pública. También podía ser que pidieran mucho, de entrada para. al negociar, ceder y obtener una parte. Sin embargo, los zapatistas no estaban en posición de exigir, ni tenían la fuerza suficiente para imponerse, por lo que tales acuerdos podían reflejar más bien una declaración de objetivos que justificaba su decisión de rebelarse, ante la negativa probable de Madero. Era difícil también que Robles Domínguez fuera representativo de la línea dominante en el maderismo al acordar tales bases con los rebeldes. Por tanto, el grado de compromiso real que había de cada una de las partes ante estas propuestas era reducido, sobre todo después de la ruptura de hostilidades, de las presiones de las élites regionales. de una

parte de la opinión pública capitalina y de la fuerza que había adquirido el ejército federal en la zona. Había, también, una presión de los sectores populares que constituían la base social del maderismo y del zapatismo que empujaba hacia una salida negociada. Finalmente, la posición ideológica y la claridad política de los líderes zapatistas no estaba consolidada, ni el desengaño de Madero era un hecho establecido. Seguía habiendo ilusiones en que las cosas podían cambiar, por lo que tuvieron una última esperanza en que Madero, con el gobierno en sus manos, podría sacar al ejército, atemperar la beligerancia de los hacendados y aceptar la legitimidad de sus demandas.

Algunos pueblos habían recuperado sus tierras, como en Amacuzac, Morelos, donde varios indígenas escribieron a Madero pidiéndole apoyo para no volver a perder sus tierras, que habían recuperado, al amparo del *Plan de San Luis*. Para pueblos como éste, el que hubiera guerra, más que una garantía, era un riesgo de perder lo recuperado. ¿Hacia dónde empujarían? ¿Qué debían hacer sus líderes?<sup>4</sup>

El zapatismo había comenzado a polarizar las opiniones, por lo menos, de una parte de la sociedad más participativa de la época. Los más conservadores eran rabiosos partidarios de acabar con él. Otros, progresistas, veían en él demandas legítimas que había que atender, aunque discreparan de los métodos violentos para conseguirlas. La mayoría no quería que corriera la sangre. Madero se enfrentó al mismo dilema de los meses anteriores: ¿Debía llevar la revolución hacia adelante o ponerle freno? ¿hasta dónde?

---

<sup>4</sup> Ver *Archivo Francisco I. Madero, BNM*, Remigio Ocampo a Madero, Amacuzac, 15 de noviembre de 1911, c. 64, f. 2764. Para pueblos como éste, el que hubiera guerra más que una garantía era un riesgo de perder lo recuperado ¿hacia dónde empujarían? ¿y sus líderes, qué debían hacer?

El problema de Morelos incidía directamente en esta decisión. En el seno del maderismo, se volvió a dar una fuerte polarización entre partidarios de una línea dura, conservadora, representada por Gustavo y Ernesto Madero, Rafael Hernández, Manuel Calero y otros colaboradores, por una parte, y otra ala negociadora, más tolerante, representada por Juan Sánchez Azcona y los hermanos Robles Domínguez. A la izquierda de ellos estaba el sector de liberales radicales aglutinado en las páginas del *Diario del Hogar*.<sup>5</sup> Madero, que tenía más afinidad de intereses e ideología, y una identidad de clase con los conservadores, asumió una actitud que, en esencia, era la misma de la adoptada por De la Barra: la razón de estado y su posición de clase sólo podían aceptar la rendición incondicional de Zapata y el desarme de las tropas rebeldes. a cambio de lo cual les daría el indulto y, a Zapata, el exilio. El Estado, como instrumento

---

<sup>5</sup> *El País*, 12, 13 y 14 de noviembre, 2 de diciembre de 1911. Este periódico católico, conservador, publicó varios editoriales en los que negaba que en Morelos existiera problema agrario, que presentaba una visión muy favorable de las condiciones laborales que ofrecían los hacendados a sus trabajadores, los altos salarios que pagaban, los servicios médicos que proporcionaban, etc. y emitió juicios virulentos contra Zapata y sus seguidores, a los que no bajaba de delincuentes sanguinarios: ver los editoriales de los días 16, 20 y 25 de noviembre y del 2 de diciembre de 1911. La misma línea conservadora y los juicios virulentos contra el zapatismo se expresó en *El Imparcial*, periódico que desde junio había popularizado el epíteto del *Atila del Sur* para Zapata y exigía mano dura para acabar con él. Esta postura contrastaba notablemente con lo que publicaba en esos mismos días *Nueva Era*, periódico que representaba a una parte del ala reformista maderista, en cuyas páginas se insistía en reconocer que en Morelos había un grave problema agrario, que estaba en el origen de la revuelta zapatista, y que el gobierno debía abocarse a resolverlo. El *Diario del Hogar*, por su parte, tomó abierto partido por los zapatistas y por la causa agraria que consideraban era el origen de la revolución y de los problemas en Morelos. Antonio I. Villarreal expresó que era necesaria la devolución de las tierras que les habían arrebatado a los pueblos. El editorial del 19 de noviembre, enfáticamente declaró que Zapata había "encarnado el anhelo de reivindicación de los oprimidos de la gleba, que lo siguen porque con él esperan llegar a la realización de sus esperanzas, al término de su esclavitud y su miseria... llamar bandolerismo a un levantamiento de millares de gentes, extendido por vastas regiones y sostenido por las simpatías populares es sencillamente estúpido... si esto es ser zapatista somos zapatistas y si esto es defender el bandolerismo, defendemos el bandolerismo". A. Ruiz Estrada, médico de Jonacatepec, quien había sido médico de las haciendas de la familia García Pimentel hasta 1907, envió una carta al *Diario del Hogar* en que negó lo asentado por *El País* los hacendados no tenían una actitud paternal, despojaron de su tierras a los habitantes, lo que les quedaba a los que arrendaban tierras no les alcanzaba para vivir y urgía porque se expropiaran los terrenos que necesitaran los pueblos. Ver *Diario del Hogar*, 10, 14, 19, 24, 28 y 30 de noviembre, 14 de diciembre de 1911.

de dominación y control de clase, no había cambiado. La posición de Madero con los zapatistas era la misma que la de Díaz y De la Barra.

Sin embargo, Gabriel Robles Domínguez consideró aceptables los puntos acordados y trató de convencer de ello a Madero. Las élites locales y nacionales, por el contrario, endurecieron su postura y presionaron a Madero para que no aceptara las condiciones zapatistas. Gabriel Robles Domínguez, viendo perdida su causa, quiso ayudar a Zapata y se ofreció a acompañarlo, junto con los hombres que determinara y permanecer con ellos al lugar que Zapata escogiera y le dio su palabra de honor que en tres meses se repartiría la tierra a los agricultores pobres. Zapata no contestó la misiva y fracasó así el último intento de negociación entre el régimen de Madero y los rebeldes.<sup>6</sup>

La negociación fue hecha a un lado por Madero, que actuaba como jefe de estado y quería acallar las críticas de las élites y sectores de la opinión pública que lo acusaban de debilidad o de solapamiento de la rebelión. Para hacer efectiva su postura, giró instrucciones a las fuerzas federales, al mando de Casso López, para que rodearan Villa de Ayala, donde se encontraba Zapata. El 13 de noviembre estallaron las hostilidades; la noche de ese día las tropas de Zapata rompieron el cerco.<sup>7</sup>

En los días siguientes hubo combates entre las fuerzas de Zapata y tropas rurales en las inmediaciones de Villa de Ayala;<sup>8</sup> los zapatistas tuvieron que abandonar el estado y

---

<sup>6</sup> Madero a G. Robles Domínguez, Chapultepec, 12 de noviembre. G. Robles Domínguez a Zapata, Cuautla, 13 de noviembre. Gabriel Robles Domínguez a Madero. México, 20 de noviembre de 1911. *AJA*, carp. 1, legs. 68, 69 y 70.

<sup>7</sup> Magaña, *op. cit.*, t. 2, pp. 85-103; *Diario del Hogar*, 15 de noviembre de 1911. Gabriel Robles Domínguez, dolido, escribió a Madero el 20 de noviembre de ese año que no entendía su actitud y lo conminaba a rectificar y suspender los ataques. De lo contrario, auguraba una guerra fratricida larga, pues los zapatistas eran tan numerosos como los habitantes de Morelos "y muchos de los distritos colindantes de Guerrero... Puebla y todo el sur del Distrito Federal", pp. 103-106.

<sup>8</sup> *El País*, 15 y 16 de noviembre de 1911.

refugiarse en las vecinas tierras poblanas.<sup>9</sup> En esas tierras fronterizas los zapatistas encontraron apoyo de la población, que los proveía de víveres, los protegía de los federales y rurales e, incluso, se sumaba a sus fuerzas. En Jacalpan, fueron recibidos con júbilo por la población, que organizó una corrida de toros en donde Zapata tuvo que dar unos capotazos; en el poblado de Apanotla, cerca de Atlixco, el jefe político prohibió el grito de ¡Viva Zapata! porque -según informó-, en ocasiones anteriores había sido el preludeo para que la gente se congregara y causara alborotos y desmanes, habiendo ocurrido ya varias muertes.<sup>10</sup> El arribo de los rebeldes de Morelos a tierras poblanas causó alarma entre diversos sectores. Algunos grupos de comerciantes, profesionales, agricultores e industriales se organizaron para defenderse de los posibles ataques de los alzados y pidieron ayuda al gobierno central para proveerse de armas y municiones.<sup>11</sup> Por esos días, la actividad de los rebeldes se intensificó, particularmente en el estado de Puebla, en donde José Trinidad Ruiz tomó San Lucas Matlala y el pueblo de Huaquechula en el distrito de Atlixco: otra partida, formada por indígenas de la localidad, saqueó la hacienda de Jalatlaco, en ese mismo distrito. En esos ataques los rebeldes contaron con la colaboración de parte de la población local, como había ocurrido antes en el caso de Milpa Alta y en la hacienda de San Vicente, en Morelos.<sup>12</sup>

---

<sup>9</sup> Guillermo García Aragón, jefe de rurales cercano a Figueroa, quien comandaba uno de los destacamentos que se dedicaba a perseguir a las partidas zapatistas, informó de un combate que libró el 24 de noviembre cerca de Santa Ana, en Puebla, contra 800 zapatistas -encabezados por el jefe zapatista más importante de esa zona de Puebla, Jesús el Tuerto Morales-, a los que, según dijo, les hizo 62 muertos. *El País*, 25 de noviembre de 1911. Antes el Tuerto, al mando de 300 hombres, se habían apoderado de Tochimilco, que abandonaron después de sostener un combate con los rurales. *El País*, 23 y 24 de noviembre.

<sup>10</sup> *El País*, 18 y 21 de noviembre de 1911.

<sup>11</sup> Albino Ibarra, Juan Córdoba y otros 30 comerciantes, profesionales, agricultores e industriales de Villa de Juárez a Madero, Huachinango, Puebla, 16 de noviembre de 1911. *AGN, Archivo Francisco I. Madero* (en adelante *AGN-FAM*), caja 2, exp. 38-1, fs. 1415-1417

<sup>12</sup> *El País*, 8 y 12 de noviembre de 1911; *Diario del Hogar*, 19 de noviembre de 1911.

A partir de entonces comenzó la guerra frontal entre los rebeldes y Madero. En los días que siguieron, para dar legitimidad nacional a su rebelión, para combatir la opinión que habían propagado los periódicos capitalinos de que eran bandidos que no tenían bandera, los jefes zapatistas maduraron y dieron forma programática a las demandas y peticiones que habían levantado y asumido en los meses anteriores. De manera inédita y diferenciada del resto de las fracciones y movimientos regionales que tomaron parte en la revolución mexicana,<sup>13</sup> los jefes zapatistas, a fines de noviembre de 1911, elaboraron un acabado plan político, económico y social, mediante el cual buscaron incidir, a nivel nacional, en el curso de los acontecimientos. Plasmaron en él la visión de un movimiento campesino radical, que aspiraba a tomar el poder político nacional y solucionar los problemas que consideraban medulares en el país. Dieron así un salto cualitativo que inauguraba otra etapa del zapatismo. etapa que tendría amplias repercusiones en el curso de la revolución mexicana.

### *El Plan de Ayala*

El *Plan de Ayala* es el documento básico y clave para entender al movimiento zapatista que, a través de él, definió su identidad y el cuerpo de ideas centrales que constituirían el eje de su programa y de su actividad durante los siguientes años. Como texto fundador

---

<sup>13</sup> Inédito en el sentido de los nuevos grupos y corrientes puestos en marcha a partir de la rebelión maderista. El *Plan de Tacubaya* no dio pie a la constitución de un movimiento político organizado y no pasó de ser una influencia ideológica entre los grupos a la izquierda de Madero. El Programa del PLM tampoco pudo continuar a través de una corriente propia con fuerza en el país en la década revolucionaria. El *Plan de Guadalupe* carrancista estuvo lejos del alcance y radicalidad del *Plan de Ayala*.

del zapatismo, el *Plan de Ayala* constituye un documento bastante acabado, original, y que representa la culminación, en el terreno de las ideas y de la concepción general que en él se expresa, de lo que había sido la experiencia de los zapatistas desde que decidieron levantarse en armas contra Díaz, hasta la ruptura reciente con Madero.

A nivel de influencias ideológicas, como ha señalado Womack, el *Plan de Ayala* es heredero de una buena parte de la tradición liberal mexicana, desde Juárez y los hombres de la Reforma, hasta los magonistas del Partido Liberal Mexicano, de la identidad nacional emanada de la historia patria en su versión liberal, así como de influencias más recientes, como el vazquista *Plan de Tacubaya*, en cuya elaboración y difusión participaron personas como los hermanos Magaña y Paulino Martínez, quienes poco después se unieron al zapatismo.<sup>14</sup> Sin embargo, lo que distingue al *Plan de Ayala* es su énfasis en plantear el origen agrario de la revolución de 1910 y la necesidad de resolver de raíz el problema del campo, llegando a proponer, incluso, la ocupación y la defensa, con las armas en la mano, de las tierras que necesitaran los pueblos, así como la toma del poder del Estado por los ejércitos revolucionarios para efectuar estas reformas

---

<sup>14</sup> El *Plan de Tacubaya*, pronunciamiento hecho por una corriente opositora a Madero y firmado por Paulino Martínez, Policarpo Rueda y Francisco I. Guzmán, apareció públicamente el 31 de octubre de 1911. En él se reivindicaba a la revolución estallada el 20 de noviembre de 1910 como gloriosa y se acusaba a Madero como traidor a los ideales que había enarbolado, en provecho propio, de su familia y de otros líderes que traicionaron igualmente la revolución. Declaraba nulas las elecciones que habían dado la presidencia constitucional a Madero, declaraba disuelto al Congreso y ponía énfasis en señalar que dicho plan tenía por objeto llevar a Emilio Vázquez Gómez a la presidencia para el cumplimiento de los ideales revolucionarios. Acerca de éstos, señalaba que el problema agrario era el principal mal que aquejaba al país y del cual se derivaban todos los demás, por lo cual debía resolverse de inmediato, sin esperar a alcanzar el triunfo de la revolución. Ver, *Planes Políticos y otros documentos*, op. cit., pp. 55-60. Angel Barrios, personaje notable de Oaxaca que formó parte del maderismo electoral y luego se rebeló contra lo que consideraba una traición de Madero a las promesas del *Plan de San Luis* y se adhirió al zapatismo, también apoyó al *Plan de Tacubaya*, ver *Diario del Hogar*, 3 de enero de 1912.

y, finalmente, la adecuación del orden jurídico y político nacional a esta transformación agraria.

En estas formulaciones los jefes zapatistas recogieron y radicalizaron la postura que habían defendido durante las negociaciones con el maderismo. Esa experiencia fue determinante para tomar la decisión, para ellos difícil y dolorosa, de romper con Madero, identificarlo como traidor y llamar a derrocarlo. El *Plan de Ayala*, a la vez que mantenía las demandas locales de autonomía política y militar de los rebeldes morelenses y su rechazo a las injerencias foráneas, representaba una superación de la problemática local, al plantear como factor decisivo la toma del poder central y la reorganización de todos los niveles de la autoridad política, desde el presidente de la República, hasta los gobernadores y los funcionarios municipales. En esta reorganización política, los factores centrales debían ser los revolucionarios de todo el país. Los enemigos, claramente identificados, eran los científicos, los representantes e instituciones del antiguo régimen y las personas que, como Madero, habían traicionado a la Revolución y habían pactado con los enemigos.

El Plan se consideraba a sí mismo como heredero del *Plan de San Luis* y como su complemento; reclamaba para sí la legitimidad del plan maderista y se presentaba a sí mismo como el programa que reflejaba las aspiraciones de la nación que se había levantado en armas contra la tiranía porfirista.

Inscribiéndose en esa legitimidad, declaraba a Madero como traidor al compromiso y al programa que había elaborado. El *Plan de Ayala* era una declaratoria de guerra contra Madero y, al mismo tiempo, la formulación más acabada de su proyecto

propio de revolución. Comenzaba detallando la traición de Madero, su alianza con los sectores porfiristas, su defensa de los privilegios de las clases propietarias y su combate a los verdaderos revolucionarios. En consecuencia, lo desconocía como jefe de la revolución y llamaba a derrocarlo. Para encabezar la insurrección, el plan proponía a Pascual Orozco, el jefe rebelde más destacado de la etapa maderista insurreccional, buscando una alianza que vinculara a los rebeldes morelenses con los rebeldes norteros. Si Orozco no aceptaba la responsabilidad, entonces la jefatura del proceso recaería en Zapata. Los surianos, en contraste explícito con Madero, asumían el compromiso de no "hacer transacciones ni componendas políticas" con los enemigos de la revolución y luchar hasta conseguir el triunfo de sus principios.

En los cinco primeros artículos del *Plan de Ayala*, Zapata y Montaño hacían un ajuste de cuentas con Madero, quien había dejado la revolución a medias y se había convertido en un obstáculo para su desarrollo, que ellos reclamaban ahora para sí. Sin embargo, la originalidad del *Plan de Ayala* estriba precisamente en los postulados que iban más allá de esta continuidad con el proyecto maderista original. El artículo 6º, el más importante, establecía que los pueblos y los individuos que habían sido despojados de sus tierras, aguas y montes por los hacendados, caciques y "científicos", entrarían en posesión inmediata de ellas y las defenderían con las armas en la mano. Después del triunfo de la revolución, tribunales especiales recibirían y resolverían sobre las reclamaciones de los hacendados y terratenientes que se consideraran con derechos sobre ellas. Expresaba pues, el derecho de los pueblos despojados de sus recursos desde tiempos ancestrales, para restablecer la justicia rota por medios fraudulentos. La función

del Estado y de los distintos niveles de autoridad sería la de sancionar estos derechos y esta justicia restablecida, por la vía de los hechos y con la fuerza de las armas.

El siguiente artículo establecía las bases para una reforma agraria mediante la dotación de terrenos. Los pueblos e individuos que no hubieran sido despojados y que no tuvieran tierra, debían obtenerla a través del Estado, mediante la expropiación -previa indemnización- de la tercera parte de los latifundios, con cuyas tierras se dotaría a los ejidos, colonias e individuos que carecieran de ellas. A continuación, el artículo 8 establecía que los bienes de los enemigos de la revolución y de los que se opusieran al *Plan de Ayala* -“los hacendados, científicos o caciques que se opongan directa o indirectamente al presente plan”-, serían nacionalizados; las dos terceras partes de esas propiedades confiscadas se destinarían a pagar pensiones para las viudas y huérfanos de la revolución.

El 9º reivindicaba a la época de la Reforma, a la figura de Juárez y a las leyes de desamortización, elementos significativos en la ideología liberal de Montaña y que formaban parte del horizonte cultural y político compartido por la tradición liberal mexicana, por la mayoría de los grupos políticos e intelectuales laicos y por la oposición laica del país desde décadas atrás.<sup>15</sup>

Finalmente, los últimos artículos trataban el asunto del poder, y establecían que los poderes públicos locales, estatales y nacionales se nombrarían por las juntas de jefes

---

<sup>15</sup> Desde luego, no se puede concluir que el laicismo fuera asumido por los demás jefes zapatistas que firmaron el Plan, quienes eran particularmente creyentes, ni menos por la población de las comunidades que se habían sumado a las filas zapatistas o que las apoyaban, conocido el catolicismo de que dio muestras el zapatismo. También merece destacarse que Montaña no identificara el ataque y la amenaza que habían significado las leyes de desamortización liberales contra los pueblos y que reivindicara solo su aspecto contrario a las corporaciones eclesiásticas.

revolucionarios de cada entidad, quienes asumirían las facultades para llevar a cabo las transformaciones especificadas por el plan; hecho esto, se convocaría a la elección constitucional de las autoridades a nivel nacional.

El *Plan de Ayala* -dado a conocer en la capital de la República por el *Diario del Hogar* el 15 de diciembre de 1911-, fue un documento ejemplar y se convirtió, desde entonces, en el texto esencial para los zapatistas y para el amplio espectro de grupos e individuos que se vieron influidos por él y, también, la base que orientó la profunda transformación agraria que tuvo lugar en Morelos y en las zonas de mayor influencia zapatista durante la década revolucionaria. El Plan sirvió también para la profundización de la visión agraria que hicieron los ideólogos zapatistas en 1916, a través de la legislación de esta materia, discutida y aprobada en el seno de la Convención de Aguascalientes

El rasgo decisivo del *Plan de Ayala*, que lo diferenció de las anteriores propuestas zapatistas fue la superación que consiguió de la problemática local. Así, las demandas de reconocimiento político para su grupo, sus reclamos para que saliera el ejército de Morelos, al igual que sus rivales políticos guerrerenses, fueron mantenidas como algo secundario. En el plan no se pedía al gobierno nacional que resolviera los demandas particulares de tierra, aguas y derechos de uso comunales de bosques y pastizales de diversas comunidades de Morelos. Lo que se llamaba a hacer era una reforma agraria nacional, que implicaba una reestructuración profunda de la forma prevaeciente de propiedad. Tampoco se pedían demandas políticas particulares como la sustitución de un jefe político, el cambio de alguna autoridad especialmente cuestionada, ni el castigo

contra algún comerciante especulador. En su lugar, se hacía el llamado a tomar el poder central y elegir a los nuevos ejecutores del poder por y para los revolucionarios.

Desde luego, la característica definitoria del *Plan de Ayala* era su contenido agrario. En esto, el plan era un ejemplo paradigmático de la extracción, vinculación y aspiraciones agrarias radicales de quienes habían engrosado y seguirían engrosando las filas de los zapatistas. También en este aspecto dieron un salto respecto a sus anteriores formulaciones en las cuales pedían que el gobierno atendiera, mediante sus instituciones, los reclamos de tierras de las comunidades desposeídas. El plan fue más adelante: definió mediante una posición radical la forma de resolver el problema: los pueblos despojados debían ocupar de inmediato las tierras que les pertenecían y defenderlas con las armas en la mano. Las instituciones emanadas del triunfo de la revolución sancionaban como válidas estas recuperaciones y dictaminaban sobre los reclamos que hicieran los individuos que se consideraran con derechos sobre ellas. Adolfo Gilly ha subrayado este rasgo como decisivo, al implicar el trastocamiento de la propiedad agraria por una vía violenta e invertir así la juridicidad vigente.<sup>16</sup>

Era este llamado a trastocar la estructura de la propiedad agraria fruto de la usurpación, respaldando la decisión por medios violentos si fuera necesario, y a tomar el poder central para formar un gobierno nacional, unas instituciones y un orden jurídico de acuerdo con esos planteamientos, lo que definía al *Plan de Ayala* como un programa agrario radical, independientemente de sus limitaciones, como el respeto por la

---

<sup>16</sup> Adolfo Gilly. *La revolución interrumpida*, México, El Caballito, 1971. pp. 63-64 y del mismo autor "La guerra de clases en la Revolución Mexicana (Revolución permanente y autoorganización de las masas)" en Varios. *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*. México. UNAM-Nueva Imagen. 1971. pp. 33-34.

propiedad individual y, en cierto sentido, por el régimen hacendario que no fuera producto de las depredaciones y abusos contra los pueblos y comunidades campesinas.

De igual modo, no definía con claridad el problema de los arrendatarios ni el de los campesinos sin tierra que no hubieran sido despojados, ni de los salarios y la organización de los peones, así como tampoco quedaba establecido cuál era el límite para considerar latifundio a la gran propiedad y, desde luego, la expropiación de la tercera parte de esas posesiones era insuficiente para las regiones densamente pobladas del centro de la República en donde, además, la gran propiedad no era tan extensa como en el norte del país, por no mencionar la tan señalada ausencia de referencias a la problemática de los sectores sociales no agrarios, ni la búsqueda de una alianza que parecía muy nebulosa y pragmática con los revolucionarios del norte encabezados por Orozco, quien, por lo demás en ese tiempo gozaba de un gran prestigio, aunque la debilidad del plan zapatista estribaba en que renunciaran a encabezar ellos mismos. a nivel nacional, la lucha contra Madero y asumieran una posición de subordinación que salía de ellos mismos, antes de cualquier contacto con las otras fuerzas opositoras a Madero con las que pensaban tener coincidencias.<sup>17</sup> El *Plan de Ayala* respondía en primera instancia, a la visión y la problemática regional de los grupos de campesinos medios y pobres de las zonas en que se había asentado el dominio de la hacienda.

Con la formulación del *Plan de Ayala* el zapatismo se convirtió en un movimiento político con una identidad definida y un proyecto político propio. Con él se inició una

---

<sup>17</sup> La práctica zapatista, como han señalado varios autores, fue más allá de los límites asentados en el *Plan de Ayala* pues en la zona bajo su influencia, en los años siguientes, se expropió, sin indemnización a una buena parte de la clase terrateniente y se repartió esta propiedad entre sectores campesinos pobres y medios.

nueva etapa, que iba a estar caracterizada por la lucha de los rebeldes zapatistas por conseguir los objetivos establecidos en el *Plan*. La lucha contra Madero adquirió, así, un nuevo sentido.

Zapata y sus jefes comprendieron esta nueva etapa. La carta de instrucciones que Zapata envió a su agente en la ciudad de México, Gildardo Magaña, el 6 de diciembre de ese año es ilustrativa de esta percepción:

“Tengo el gusto de enviarle el Plan de Ayala que nos servirá de bandera en la lucha contra el nuevo dictador Madero. Por lo tanto, suspenda usted ya toda gestión con el maderismo y procure que se imprima dicho importante documento y darlo a conocer a todo el mundo. Por su lectura verá usted que mis hombres y yo estamos dispuestos a continuar la obra que Madero castró en Ciudad Juárez y que no transaremos con nada ni con nadie, sino hasta ver consolidada la obra de la revolución...”<sup>18</sup>

Entrevistado por el enviado del *Diario del Hogar* en las montañas de Puebla, Zapata declaró a mediados de diciembre que Madero había violado todas sus promesas y adoptado una actitud tiránica, por lo que “todos los buenos mexicanos debemos unirnos para derrocarlo ... porque ha traicionado a la Revolución y a la Patria”<sup>19</sup>

### *Reactivación de la rebelión*

Después de dar a conocer el *Plan de Ayala*, los zapatistas continuaron con sus actividades de ataque a poblaciones con escasa o nula guarnición y de hostigamiento a las fuerzas federales y rurales. En Morelos, durante el mes de diciembre de 1911, tuvieron lugar 12

---

<sup>18</sup> En la misiva, Zapata hacía un recuento pormenorizado de todo lo que habían cedido de buena fe los zapatistas en las negociaciones con Madero y los engaños de que habían sido víctimas, por lo que ya no tenían ninguna confianza en él ni iban a cejar en su lucha para recuperar las tierras que les habían sido usurpadas a los pueblos y decía, en reproche a Madero: “Yo, como no soy político, no entiendo de esos triunfos a medias; de esos triunfos en que los derrotados son los que ganan...”. Zapata a Magaña, Campamento en Morelos, 6 de diciembre de 1911, en Fabela, *Documentos históricos... op. cit.*, pp. 43-45.

<sup>19</sup> *Diario del Hogar*, 18 de diciembre de 1911.

acciones de armas de los alzados. Atacaron Tepalcingo, Jumiltepec, Tres Marias y Los Hornos. Zapata instruyó a Genovevo de la O que juntara a las partidas pequeñas que se encontraban en la zona boscosa al norte de Cuernavaca y obtuviera el dinero necesario de préstamos a las casas comerciales así como las haciendas de Santa Catarina, Santa Cruz y Miacatlán. Los combates más fuertes los libraron el 8 de ese mes, en Cuautla, donde 300 zapatistas se enfrentaron a federales y destruyeron la línea del ferrocarril Interoceánico y el 23. cuando emboscaron al ejército, para después tomar Tepoztlán, el 29.<sup>20</sup>

Aunque en algunos lugares los hacendados intentaron, con sus propios recursos, organizar fuerzas armadas locales que se opusieran a las incursiones y reforzaran las guarniciones rurales, como hizo Luis García Pimentel en sus propiedades, en la mayoría de los lugares continuó la impotencia de las fuerzas del orden para contener a los alzados.<sup>21</sup>

Al comenzar el año de 1912 la actividad de los diversos grupos rebeldes, que tenía por epicentro a Morelos y que se había extendido a Puebla, Estado de México y Guerrero, se incrementó notablemente. En el territorio morelense, se registraron 37 acciones de armas de los insurrectos durante enero. Los combates más fuertes tuvieron lugar en Yautepec, el 2 de ese mes, en Santa María el 26, y en Jojutla, el 28. lugares donde Encarnación Rangel, Genovevo de la O y Lorenzo Vázquez, respectivamente,

---

<sup>20</sup> *El País*, 8, 9, 10, 12, 15, 23, 24 y 28 de diciembre de 1911. *Diario del Hogar*, 6, 9, 13 y 19 de diciembre de 1911, 6 de enero de 1912. *El País*, 19 y 20 de diciembre de 1911. Zapata a Genovevo de la O, campamento revolucionario, 22 de diciembre de 1911. AGN-Archivo Genovevo de la O (AGO), c. 11, e. 10, f. 1.

<sup>21</sup> Agustín del Pozo, jefe de armas maderista en Puebla, informó a Madero que había hecho una campaña en varios distritos de la sierra contra los rebeldes y había encontrado apoyo entre la población para rechazarlos. A. Meléndez a Madero, Puebla, 27 de diciembre de 1911. AGN-FM, c. 7, exp. 179, f. 5102-5103. *El País*, 17 de diciembre de 1911.

lograron derrotar a las fuerzas federales tomar las poblaciones, incendiar archivos, oficinas públicas y saquear casas comerciales. Otras fuerzas atacaron también Tepoztlán, Zacualpan, Tizapotla, Jolalpa, Jiutepec, Santa Catarina, Acamilpa, Pueblo Nuevo, Tetecalitla, Tlatizapán, Tlacotepec, Jalpan, Techuixtla y Ticumán

Con la extensión que había alcanzado la revuelta y el crecimiento de las filas insurgentes, se volvió necesario asegurar el financiamiento de la guerra, darle una base económica que no descansara solamente en la ayuda de los pueblos, sino, sobre todo, que extrajera recursos de las instituciones económicas más sólidas: las haciendas y las casas comerciales. Así, durante febrero comenzó a generalizarse el ataque a las haciendas morelenses. Fueron atacadas las de Temixco, Tetecala, Miacatlán, San Gaspar, Cocoyotla, San Carlos, Santa Clara, Mazatapec y Cuauchichinola. El patrón que siguieron esas tomas fue el de imponer préstamos, llevarse armas, caballos, viveres y dinero, elementos necesarios para sostener la rebelión y abastecer a las crecientes fuerzas que estaban incorporándose a los alzados. Significativamente, sucedieron también ataques a las fincas no con el objetivo de abastecerse de ellas y utilizarlas, sino para destruirlas, quemando las zafras en las de Santa Clara y Cocoyotla. Este comportamiento, aunque marginal, introdujo un nuevo elemento en la rebelión, que indicaba un grado mayor de desprestigio y rechazo contra algunas haciendas y también la necesidad de destruir las fuentes de abastecimiento y poder de los enemigos de la rebelión.

Los rebeldes establecieron una estrategia militar que combinó la táctica guerrillera, de ataques sorpresivos, emboscadas y acciones de desgaste, con ataques mayores a poblaciones fuertemente guarnecidas, y también, la inmovilización de los

movimientos del ejército, a través del sabotaje, sistemático, a la red ferroviaria, que era el medio principal por el que se desplazaba el ejército y obtenía armas desde la ciudad de México. Así interrumpieron la comunicación en puntos estratégicos, puentes y estaciones y provocaron la interrupción del servicio militar, civil y de carga del ferrocarril, al norte de Cuernavaca, en Tres Marías y la estación Ramón, y más al sur, en el entronque del ferrocarril Mexicano y el Interoceánico.

Hacia fines de enero de 1911, la entidad suriana se encontraba nuevamente en ebullición por la actividad de los insurrectos.<sup>22</sup> Esto llevó al gobierno a reforzar la campaña militar. Según estimaciones de la prensa, en la campaña contra los zapatistas había ya 8 mil hombres, entre federales y rurales, en tanto que los zapatistas ascendían a 3 mil. El trastocamiento del orden público en buena parte de las municipalidades y la interrupción de las comunicaciones orilló al gobierno estatal a suspender las elecciones locales, que iban a tener efecto en la segunda quincena de ese mes.<sup>23</sup>

En Puebla ocurrieron 3 acciones de armas en diciembre. El 2 José Trinidad Ruiz entró al pueblo de Tochimilco y luego al de San Felipe Hidalgo, en Atlixco. El gobernador Nicolás Meléndez informó a Madero que 10 distritos del estado no producían un solo centavo y adeudaban más de 300 mil pesos en contribuciones. A la ola de huelgas que tuvo lugar en las fábricas textiles se sumó la actividad de los grupos insurrectos, los cuales, admitió, controlaban todas las fincas agropecuarias de la tierra caliente poblana.<sup>24</sup>

---

<sup>22</sup> *El País*, 2, 3, 4, 6, 7, 10, 21, 24, 25, 26, 27, 28, 29 de enero de 1912. *Diario del Hogar*, 30 de enero de 1912.

<sup>23</sup> *El País*, 12, 13, 14 y 17 de enero de 1912. *Diario del Hogar*, 17 de enero de 1912. Decreto de A. Figueroa, 11 de enero de 1912, *Semanario Oficial del Gobierno del estado de Morelos*, año XX, no. 2, 13 de enero de 1912.

<sup>24</sup> *IGN-FM*, Nicolás Meléndez a Madero, Puebla, 12 de diciembre de 1911, c. 3, exp. 77, f. 2207

En Acatlán, varios hacendados abandonaron la región y se refugiaron en la ciudad de Puebla; vecinos del lugar se quejaron de que eran las fuerzas rurales los primeros en maltratar y robar a la población. Lo abrupto del terreno y el apoyo que encontraron en la población hizo que se multiplicaran los ataques a las haciendas de la zona. El 17 y 18 de diciembre atacaron la hacienda de Chacuac y luego la de Quecholac, cerca de Huexotzingo.

En enero de 1912 las fuerzas del *Tuerto* Morales tuvieron también un crecimiento espectacular en su actividad y asolaron los distritos poblanos de Atlixco, Izúcar y Acatlán. Tuvieron lugar 21 acciones de armas, de las cuales 13 fueron ataques a haciendas: Piaxtla, Chinantla, San Martinito, San José Buenavista, San José Atotonilco, Santa Elena, Contla, San Miguel Molino, Tetela, Chiautzingo y Echeverría. El grado de violencia contra las instituciones hacendarias fue mayor que en Morelos, pues a los saqueos e imposición de préstamos se sumó, en muchas ocasiones, la quema de los campos, de archivos y la ejecución de dueños de hacienda, como en Atotonilco y San José Buenavista. Aunque los hacendados lograron ofrecer resistencia armando a sus trabajadores, como ocurrió en San Martín Texmelucan, por lo regular fueron totalmente impotentes y ocurrió que los peones se unían a los alzados, como en Santa Elena, Contla y San Miguel. Siendo menos importantes económicamente que las haciendas de Morelos, las de Puebla fueron menos defendidas por el poder central, que se concentró en las ciudades y dejó la defensa de aquéllas en los rurales, que fueron notoriamente incapaces

de salvaguardarlas. Así, las haciendas poblanas fueron una presa relativamente más fácil de los ataques rebeldes.<sup>25</sup>

Las fuerzas del *tuerto* Morales adquirieron fama por la violencia de sus incursiones. Sin embargo, no tenían el mismo comportamiento cuando no encontraban resistencia en las poblaciones atacadas o cuando la población local no se amotinaba para vengar afrentas, como pasó en la ocupación pacífica de la hacienda de Echeverría. En la zona poblana, además, la situación se combinaba con una amplia agitación y movilización en la fábricas textiles, al igual que en algunas haciendas: en las de San Marcos y San Cosme, los peones se fueron a la huelga, exigiendo aumento salarial, y asesinaron a 2 peones que no quisieron secundarlos.<sup>26</sup>

De nueva cuenta, fuerzas rebeldes se aproximaron a las orillas de la capital del país y atacaron el poblado de Tláhuac y el de Parrés; por el rumbo del Ajusco, los encargados de cuidar el orden estaban temerosos de que se produjera un asalto y una sublevación indígena en la zona, en donde había descontento por despojos recientes de tierras que habían hecho caciques del lugar.<sup>27</sup>

En el Estado de México, en diciembre, los rebeldes atacaron la hacienda de San Alejo, en Tenancingo y, el 26, la de Los Arcos, cerca de Sultepec: luego tomaron el poblado de Almoloya de Alquiciras, quemando el archivo de la presidencia en la plaza pública.<sup>28</sup> En enero, tomaron otra vez la hacienda de Jalmolonga, en Tenancingo, donde

---

<sup>25</sup> *AGN-FM*, Agustín del Pozo a Madero, Puebla, 11 de enero de 1912, c. 7, e. 1<sup>o</sup>, fs. - 5104-5108. *El País*, 9, 10, 17, 18 de enero de 1912. La prensa consignó que en el combate de Tejalpa los zapatistas tuvieron 30 muertos y perdieron un cañón.

<sup>26</sup> *El País*, 14, 19, 21, 22, 23, 29 de enero de 1912. Benito Juárez a Madero, Oaxaca, 20 y 23 de enero de 1912, *AGN-FM*, c. 9, e. 221-1, fs. 6438, 6439, 6440 y 6442.

<sup>27</sup> *El País*, 27 de diciembre de 1911.

<sup>28</sup> *El País*, 29 de diciembre de 1911, 7 de enero de 1912.

hirieron al administrador. En Tlaxcala, el 16 de enero rebeldes entraron al distrito de Zaragoza, saqueando tiendas, hiriendo a sus dueños, quemando archivos y sacando a los presos de la cárcel.<sup>29</sup>

En Guerrero, el gobernador José I. Lugo pidió al gobierno central ayuda urgente pues fuerzas del *Tuerto* Morales habían ocupado Huamuxtitlán y amenazaban con tomar Tlapa. Se quejaba que los grupos rurales de la entidad eran indisciplinados, incompetentes e insuficientes y que la mayoría de las mejores fuerzas se las había llevado Figueroa a Morelos. Ante la insuficiencia de fondos y la falta de ayuda federal, Lugo anunció que tendría que recurrir a préstamos y recomendó condonar los impuestos atrasados a los pueblos que estaban siendo “flagelados por el salgadismo y zapatismo”. Para agravar las dificultades del gobierno estatal, la rivalidad de Lugo con el clan de los Figueroa se incrementó, al oponerse al reclutamiento de rurales que hacía Figueroa y tratar de controlar las actividades de Silvestre Mariscal y otros jefes figueroistas. Dada la extensión del zapatismo, recomendaba suspender las garantías individuales en el estado para combatir con mayor eficacia a los rebeldes. El propio Ambrosio Figueroa reconoció que el zapatismo se había instalado en Guerrero y empezaba “a manifestarse con síntomas un tanto serios en algunas partes de dicho estado” y reportó las correrías de Jesús Salgado, que se había levantado en armas otra vez.<sup>30</sup>

---

<sup>29</sup> *El País*, 13, 15 de enero de 1912. Antonio Carrasco a Madero. Santa Ana Chiautempan. Tlaxcala, 17 de enero de 1912. *AGN-FM*, c. 3, exp. 49, fs. 1719-1720.

<sup>30</sup> *AGN-FM*, Lugo a Madero. Chilpancingo, 1º, 5, 6, 12 y 17 de enero, c. 32, e. 864, fs. 24811-24817, 24822-24826. Sánchez Azcona escribió a Lugo el 12 de febrero que Madero había decidido continuar apoyando a los Figueroa, c. 53-4, e. 376-377; A. Figueroa a Madero. Cuernavaca, 13 de enero de 1912, c. 31, e. 862, fs. 23870-23872. Salgado era, según su propio testimonio, un hombre de recursos que se había incorporado a la rebelión maderista y había participado en la toma de Coyuca y de Iguala, junto con los Figueroa. El 27 de marzo de 1912 Jesús Salgado escribió una carta al periódico *El Imparcial*, de la ciudad de México en donde explicó porqué se había incorporado a la Revolución y porqué había destinado después de Madero. Decía: “Desde el mes de diciembre de 1910 yo comencé a hacer mis preparativos

El motivo de que Salgado, quien se había licenciado, volviera a las andadas fue que el hacendado Antonio Lagunas, en Ajuchitán, junto con otros propietarios y las autoridades locales, apresaron a 16 ex-seguidores de Salgado y fusilaron a 2 de ellos, en plena plaza pública y el propio hacendado le dio el tiro de gracia a uno de ellos, como represalia por los asaltos que habían hecho contra las haciendas de San Pedro, El Cubo y el Aguaje. En la reanudación de su rebeldía, Salgado se enfrentó, en Tenanguillo, con las fuerzas federales de Blanquet.<sup>31</sup>

En Tlaxcala, aunque con menos fuerza, había cundido también la influencia de la rebelión. El 24 de enero fue asaltada por segunda vez la hacienda de San Diego Atzopan. En Zacatelco, el rebelde Francisco Cortés encabezó, junto con sus seguidores de Santa Catarina Ayometla, el ataque a aquella población en donde volvió a repetirse el patrón de quema de oficinas públicas, saqueos y amotinamiento de la población del lugar contra las casas comerciales.<sup>32</sup>

---

para levantarme y apoyar el Plan de San Luis lanzado por el señor Madero. Me acerqué a varias personas honorables para su ayuda moral y empecé a reunir gente y a echarme compromisos de dinero para hacerme de material, pues aún cuando siempre he sacado productos de mi hacienda junto con mis hermanos, o ya como contratista o comisionista, abandoné mis negocios, a mis hermanos y a mi bienestar y me lancé a la Revolución antes de que lo hiciera el famoso General Figueroa. Me lancé a la Revolución persiguiendo los ideales que prometía el Plan de San Luis, e imbuido por esas ideas y con la fe ciega en el caudillo de la revolución abandoné mi hogar." La rivalidad con los Figueroa apareció desde los primeros días y se acrecentó particularmente con Federico Morales, el segundo hombre de los Figueroa, quien incluso asaltó y quemó la casa de Salgado en Iguala en agosto de 1911, episodio que marcó la ruptura definitiva de Salgado con ese clan, lo que lo hizo coincidir y aliarse, más adelante, con Zapata. Ver *Diario del Hogar*, 26 y 31 de agosto de 1911. Después que se había amnistiado, siguió teniendo problemas con gentes de los Figueroa, que trataron de detenerlo, mataron a varios de sus hombres y ultrajaron a sus hermanas. A pesar de que trató de hablar con Madero no lo pudo hacer y tuvo que refugiarse en la sierra para salvar su vida. "En vista de esto reúneme y sigo la revolución proclamando que todas las promesas de justicia proclamadas por el Plan de San Luis eran mentiras." Ver *El Imparcial*, 6 de mayo de 1912.

<sup>31</sup> *El País*, 13, 16 y 18 de enero de 1912.

<sup>32</sup> *El País*, 25 de enero de 1912. *Diario del Hogar*, 28 de enero de 1912

En Oaxaca, el 18 de enero una partida intentó tomar, sin éxito, el pueblo de Hueyapán, en donde voluntarios del lugar consiguieron desalojarlos. Lo mismo ocurrió en Ayuquillilla, distrito de Huajuapán el 25 de enero; el combate tuvo lugar mientras marchaba una procesión; la prensa reportó que los atacantes gritaban ¡Viva Zapata!, mientras que los defensores respondían ¡Viva Huajuapán!<sup>33</sup>

### *Preocupación conservadora*

El fracaso de la campaña militar contra los zapatistas hizo que algunos hacendados arreciaran sus críticas contra Casso López, el jefe de la campaña federal en Morelos y Puebla. Los irritaron particularmente las declaraciones que hizo al diario *El Imparcial*, donde afirmó que toda la población de Morelos era zapatista y que la rebelión se explicaba porque algunos hacendados se habían apoderado del agua en la región de Cuautla, dejando sin el preciado líquido al resto de la población de la ciudad y los alrededores. Atribuían a su impericia el hecho de que el zapatismo no hubiera sido reducido y que la población no cooperara con el ejército federal.<sup>34</sup>

Ante las presiones de la élite local y de los sectores más intransigentes del régimen, Madero endureció su postura y dispuso reforzar la campaña militar en Morelos. Ante las críticas de la Junta Reorganizadora del Partido Liberal, Madero les contestó que el *Diario del Hogar*, con su postura, había contribuido a envalentonar a los zapatistas. El gobierno del estado, por su parte, comunicó a los presidentes municipales que, para

---

<sup>33</sup> *El País*, 19, 23 y 26 de enero de 1912, *Diario del Hogar*, 23 y 29 de enero de 1912..

<sup>34</sup> *El País*, 22 de diciembre de 1911.

acabar con la plaga social del zapatismo, se tomarían enérgicas medidas contra los que lo apoyaran directa o indirectamente.<sup>35</sup>

El crecimiento de la actividad insurgente llevó a algunos hacendados a reconocer que había un sentimiento de simpatía y apoyo hacia los rebeldes, que les permitía que se sostuvieran a pesar de los esfuerzos desplegados en su contra. Incluso, reconocían en el problema agrario el origen del crecimiento de la revuelta y comenzaron a acusar los estragos de ésta en sus actividades productivas. En entrevista, el hacendado de origen español Lorenzo Cárcoba aseveró que Zapata obtenía apoyo porque liberaba a los presos de los poblados que ocupaba, los cuales engrosaban sus filas. Además, les prometía a sus seguidores que les daría tierras, dinero y honores. Comentó que el daño ocasionado hasta entonces a las haciendas no había sido tanto por los ataques y préstamos forzosos, sino debido a que los jornaleros se iban con Zapata o bien, por temor, abandonaban la hacienda, por lo cual la falta de brazos era el principal problema que asolaba a la región.<sup>36</sup>

Algunas de las autoridades municipales colaboraban de manera más o menos abierta con los alzados o demostraban simpatía hacia ellos, como en Acatlán, Puebla, donde, según denuncias de la prensa conservadora, incitaban a la población a atacar a los principales propietarios, entre ellos, al español Antonio Pandal, dueño de la hacienda La Trinidad. Quizá por este temor fue que los llamados del gobernador poblano Rafael Cañete para que Madero reforzara la guarnición de Acatlán e hiciera llegar parque para

---

<sup>35</sup> *El País*, 23 y 31 de diciembre de 1911. *Diario del Hogar*, 25, 31 de diciembre de 1911

<sup>36</sup> *El País*, 24 de diciembre de 1911 y 15 de enero de 1912. En esta última señaló el contraste entre la zafra de ese año que comenzaba y el año anterior, donde pese a la revuelta maderista no hicieron falta trabajadores para las faenas, por lo que estimaba que la producción caería un 15%.

que los vecinos se defendieran no encontró eco. Juan Sánchez explicó a Cañete que “veían un peligro en entregar armas a los vecinos de las poblaciones que así lo soliciten porque después se hace muy difícil recuperarlas.”<sup>37</sup>

En Morelos, el propio gobernador Figueroa tuvo que reconocer que el zapatismo tenía amplio apoyo en la entidad, por lo que no habían podido acabar con él y señaló entre las causas de su propagación: “el odio entre las clases sociales, el aliciente del saqueo, el estímulo por la prensa periódica, la simpatía por las promesas de repartirse los terrenos del estado como botín de guerra”. Además de esto, consideraba que había sido determinante las diferencias y rivalidades entre las fuerzas federales y los rurales a su mando y responsabilizaba al ejército de la escasa eficiencia de sus operativos. Esto había llevado a que

“los pueblos de Morelos se hayan estado levantado casi en masa y proclamado el zapatismo sin que nadie sea capaz de contenerlos... yo les he prometido hasta la saciedad a las clases humildes de esos pueblos que ocurran a los tribunales a exponer las quejas que tengan contra los propietarios de tierras, que justifiquen los despojos de que se dicen víctimas y que se les impartirá cumplida justicia [...] pero nada de eso da resultados prácticos.”<sup>38</sup>

Figueroa ubicó con precisión por qué se había extendido la rebelión: era una guerra de clase en la que los de abajo, reclamando tierras, se habían incorporado al zapatismo y no hacían caso de los canales legales, a los que habían desbordado.

La magnitud de los ataques mostraba que los surianos tenían fuerza para tomar ciudades importantes y haciendas protegidas. Al mismo tiempo, hacía evidente que los

---

<sup>37</sup> Azcona a Cañete, México, 29 de noviembre de 1911. *IGN-FM*, c. 53-1, e. 176 *El País*, 29 de diciembre de 1911.

<sup>38</sup> A. Figueroa a Madero, Cuernavaca, 13, 15 y 27 de diciembre de 1911, en Fabela, *op. cit.*, pp. 47-52 y 56-57.

controles tradicionales y la legitimidad del aparato de dominación habían sido rebasados por la insurrección, que se estaba convirtiendo, así, en un desafío efectivo al poder estatal, a nivel regional. El crecimiento de la insurrección y del poder rebelde se dio también captando simpatías internas de las instituciones a las que combatía, minando así el control de las autoridades tradicionales. Numerosos testimonios daban fe del apoyo de los trabajadores de las haciendas y de la escasez aguda de mano de obra que provocó la revuelta. Así, hubo trabajadores de haciendas que colaboraron abierta o disimuladamente con los zapatistas, como reconocieron varios empleados entrevistados por *El País*, quienes afirmaron que los trabajadores avisaban a los zapatistas cuando las haciendas estaban sin vigilancia, les servían como vigías, correos y guías e, incluso, les ayudaban con las armas que les daban los dueños para la defensa de los establecimientos.<sup>39</sup> Un particular escribió a Madero que el zapatismo evidentemente no era solo bandidaje, sino un movimiento político que destruía los archivos y nombraba autoridades, por lo cual suponía que era algo orquestado y quizás influido por el vazquismo.<sup>40</sup>

En su informe final, Casso López señaló que durante su jefatura, entre el 5 de octubre y el 31 de enero, los 3,500 hombres de las tres armas a su cargo habían ocupado 34 poblaciones de Morelos y el estado de México, habían sostenido 51 combates en los que habían conseguido hacer 377 muertos a los rebeldes y que sus fuerzas no habían sufrido una sola derrota.<sup>41</sup> Empero, las críticas que varios hacendados y autoridades políticas hicieron a la forma que condujo la campaña y el hecho inobjetable de que la

---

<sup>39</sup> *El País*, 20 de enero de 1912.

<sup>40</sup> Tomás Berlanga a Madero, México, 26 de enero de 1912, AGN-FM, c. 9, e. 181-2, fs. 6352-6354.

<sup>41</sup> *El Imparcial*, 9 de marzo de 1912.

rebelión no había podido ser controlada llevaron al gobierno federal a optar por su sustitución.

Así pues, a tres meses de ejercer el mando constitucional, Madero encaraba una rebelión de carácter agrario que, una vez que se había puesto en marcha, sería difícil desactivar si no se resolvían de raíz sus demandas. Por ello, ni las medidas políticas como el nombramiento de Figueroa como gobernador, ni las maniobras militares como el recrudecimiento de la campaña del ejército y los rurales y la militarización de la región, sirvieron para contener la inercia creciente que iba alcanzando la rebelión. El *Plan de Ayala* sirvió, además, como guía para que la actividad de los guerrilleros tuviera sentido, adquiriera legitimidad y se orientara hacia la consecución de una reforma agraria. Tanto los grupos zapatistas, como los pueblos que los seguían, recrudecieron sus ataques a las haciendas que, como se observa, perdieron en esos dos meses que siguieron a la aparición del *Plan de Ayala*, buena parte de su legitimidad y fueron presa de ataques cada vez mayores, ataques que se recrudecían en la medida en que la institución hacendaria demostraba su impotencia para contener el desafío. Los ataques armados, quemas de cosechas y zafras, imposición forzosa de préstamos, secuestro de hacendados empleados, se convirtieron en una constante de la que sólo unas pocas haciendas, aquellas que mantenían vínculos con algunos de los nuevos jefes rebeldes, las que compraron protección o aquellas que mantuvieron un apoyo relativo de sus trabajadores, pudieron escapar.

### *Pugnas en el maderismo*

En el maderismo, la campaña militar contra los zapatistas arrebió la pugna entre el ala radical y los sectores conservadores. El *Diario del Hogar* continuó criticando duramente la política represiva de Madero y manifestando su simpatía y justificación de la rebelión zapatista. Así, el 3 de enero de 1912, en un editorial, contestaron a Madero respecto al memorial de la *Junta Reorganizadora del Partido Liberal* -en la que participaban Juan Sarabia, Antonio Díaz Soto y Gama, Antonio I. Villarreal, Jesús Flores Magón y otros antiguos magonistas convertidos al maderismo-<sup>42</sup> en donde los había acusado de hacer una defensa inmoderada de Zapata y de haber contribuido a envalentonarlos con noticias falsas sobre las proporciones de la rebelión.

El periódico sostuvo que se hacía eco de la actitud de Madero cuando había ido a Morelos y consideró que lo que había en esa entidad no era una aventura de facinerosos, sino un problema social que se debía atender. El diario reiteró que no defendía a la persona de Zapata, pero que todos los seguidores suyos de ningún modo podían ser considerados bandidos:

---

<sup>42</sup> Por esos días los miembros del *Partido Liberal* se reunieron para discutir y aprobar el programa de ese partido, en el cual propusieron la supresión de los jefes políticos, la libertad municipal, la destrucción de los monopolios, la eliminación de la leva, la elección popular de los funcionarios judiciales, la jornada laboral de 8 horas, el establecimiento de salarios mínimos, la formación de sociedades cooperativas, una legislación sobre huelgas y sindicatos que incluyera la indemnización por accidentes de trabajo, el descanso dominical obligatorio y otras peticiones que habían sido enarboladas por los sectores progresistas y por las organizaciones de trabajadores durante los últimos años del porfiriato. Sobre la cuestión agraria, empero, el *Partido Liberal*, en el que participaban también moderados como Fernando Iglesias Calderón, no pudo ponerse de acuerdo, revelando la polarización de opiniones en su seno. La estrecha relación del tema con la insurrección zapatista lo volvía un tema aún más espinoso. El partido solo acordó que se debían corregir los abusos contra los peones de las haciendas de los estados del Sur, formándose una comisión para estudiar el problema agrario y presentar luego una propuesta. Ver *Diario del Hogar*, 18 de enero de 1912.

“En Morelos ha habido un problema agrario, dejado sin solución; la masa popular de aquel estado anhelaba justicia que no se ha hecho y esperaba de la revolución bienes que no se han cumplido; Zapata no ha hecho más que ser el 'cualquiera' que ha traducido el sentir de muchas almas y levantado la bandera por muchos esperada [...] el hecho es que en Morelos -y esto lo confiesan hasta los hombres del gobierno- Zapata y sus gentes son por dondequiera bien recibidos y apoyados y rodeados de simpatía que se transforma en hostilidad y en odio para los federales de Figueroa [...] Zapata y los suyos representan una causa distinta al vandalismo, que cuenta con partidarios honrados y sinceros”

El *Diario del Hogar* consideraba que no se había cumplido con los acuerdos ofrecidos a Zapata en agosto de 1911 y que éste tenía razón de sentirse engañado y concluía:

“Este es el zapatismo del *Diario del Hogar*: querer que terminen las orgias de sangre y que se sequen las lagrimas de tantos seres inocentes que padecen; anhelar que se haga justicia a las demandas fundadas de todo un pueblo víctima de opresiones inicuas y de despojos infames; soñar con que llegue la redención de los humildes, de los pobres, de los ingenuos que tanto esperan de la revolución que triunfó con sus trabajos y sus esfuerzos...”<sup>43</sup>

Poco después, el 10 de enero, volvió a publicar un editorial sobre el mismo asunto. En él, polemizando con el periódico *Nueva Era* -el diario que más fielmente representaba la postura de Madero-, el *Diario del Hogar* afirmó que la conciliación que intentó hacer Madero en sus visitas a Morelos no habían agotado los esfuerzos negociadores y que no se habían cumplido las ofertas hechas a Zapata. Alababa la constatación de *Nueva Era* de que todo el estado de Morelos era zapatista y, precisamente por eso, los conminaba a resolver el problema agrario en el que *Nueva Era* reconocía el origen del zapatismo. Señalaba estar de acuerdo en que esa cuestión no se resolvería repartiéndole las ricas haciendas de la zona, pero acotaba que no era eso lo que pretendía Zapata “sino que se restituyan a los pueblos los ejidos que se han robado los ricos terratenientes para que sean poseídos en común por los habitantes pobres”.<sup>44</sup> Días después, polemizando contra el diario conservador *El Imparcial*, argumentó que no era

<sup>43</sup> Editorial “El *Diario del Hogar* Zapatista”, *Diario del Hogar*, 3 de enero de 1912.

<sup>44</sup> *Diario del Hogar*, 10 de enero de 1912.

mediante la violencia como se resolvería el problema de Morelos. sino resolviendo el problema agrario y las injusticias cometidas contra los pueblos. Si el zapatismo se había extendido era porque reflejaba un problema nacional y mientras no se resolviera de raíz, persistiría la necesidad de que los despojados siguieran “con las armas en la mano reclamando sus derechos.”<sup>45</sup>

El sector progresista de la intelectualidad urbana se fue convirtiendo así en un crítico acervo de la política de conciliación con las élites conservadoras de Madero y, también de su política represiva hacia la insurrección suriana. Para este sector el zapatismo representaba un aliado y una causa que había que atender, pues se identificaban con los ideales de justicia social que reivindicaban desde el Programa del PLM y veían en la revolución la oportunidad de cumplir con esos anhelos. Una rebelión campesina que desafiaba a la clase terrateniente y al régimen que se había aliado con éstos, no podía encontrar sino simpatía y adhesión en ellos, como en efecto ocurrió. En el medio capitalino, el *Diario del Hogar* se convirtió en el principal aliado y propagandista de la causa rebelde.

Esa adhesión, al mismo tiempo, tuvo el efecto de debilitar al régimen maderista. Estas diferencias se fueron convirtiendo en divisiones y tuvieron el efecto de restar eficacia, base social y legitimidad a la coalición maderista, con respecto a la cual el ala más progresista y radical se fue distanciando de manera creciente, fortaleciéndose dentro del régimen, al mismo tiempo, las posturas más conservadoras. Esta pugna tuvo efectos directos en los acontecimientos morelenses. El problema de Morelos. en la medida en que

---

<sup>45</sup> *Diario del Hogar*. 27 de enero de 1912.

no se resolvía, fortaleció la postura de las clases más conservadoras y sirvió como ensayo para la salida castrense con la que esos sectores ultimaron al régimen maderista. meses después, buscando detener, con la solución extrema del magnicidio, el avance de la revolución.

### *La ley de suspensión de garantías*

Madero, presionado por el ala dura de su gobierno y porque pensaba que no tenía otra salida, se inclinó por el endurecimiento. El 10 de enero de 1912 envió al congreso una iniciativa de ley en donde establecía la suspensión de garantías constitucionales en los estados de Morelos y Guerrero, así como en los distritos de Acatlán, Izúcar, Atlixco, Cholula y Huexotzingo, en Puebla, y los de Chalco y Tenancingo, en el estado de México. es decir, en la zona en donde había cobrado mayor fuerza la rebelión. Dicha iniciativa establecía la pena de muerte para los individuos que cometieran el delito de rebelión, plagio, ataques a las vías férreas, a las líneas telegráficas o telefónicas y los que hicieran robo con violencia. Quienes fueran sorprendidos *in fraganti* serían ejecutados en el acto. mediante el levantamiento de un acta; los que no fueran sorprendidos así tenían derecho a un juicio que se resolvería en 8 días por las autoridades políticas o los jefes militares, federales o estatales. El presidente de la República podría conceder el indulto o conmutar la pena.<sup>46</sup>

---

<sup>46</sup> *El País*. 11 de enero de 1912.

Esta iniciativa levantó un amplio revuelo y provocó acris discusiones. La mayoría de los sectores conservadores, católicos, militares, y la clase política, la consideraron apropiada y la vieron como un remedio necesario para acabar con la rebelión. Madero logró cerrar filas con todos estos sectores para combatir frontalmente el alzamiento zapatista. El problema para él es que se ponía a la cola de las posturas más conservadoras, entrando en un terreno pantanoso del que no saldría bien librado. Solo unos pocos sectores como el representado por el *Diario del Hogar* se opusieron a ella, considerando que, más que acabar con el problema, lo iba a exacerbar. En realidad, la ley, más que crear una situación nueva para combatir la insurrección, le daba legalidad a muchas de las prácticas prevalecientes. El corresponsal en Morelos del diario católico *El País* afirmó que el estado se encontraba ya militarizado, no existían las garantías individuales y el gobernador Figueroa fusilaba sin formación de causa a la gente, por lo que la nueva ley no haría ninguna diferencia.<sup>47</sup>

El 15 de enero de 1912 las comisiones de la Cámara de Diputados federal presentaron su dictamen, en el que aceptaban la suspensión de garantías solicitada por el ejecutivo. La justificación era “porque el zapatismo cunde cada día más con grave trastorno de la paz pública” y porque “el vandalismo, que bajo la forma de comunismo agrario, devasta los estados de Morelos y Guerrero y distritos del estado de México y Puebla, exige de parte de las autoridades federales medidas enérgicas, breves y sumarias que puedan por su ejemplaridad, devolver a los estados que están en pleno trastorno, una absoluta tranquilidad.”<sup>48</sup> Era significativa esta argumentación: la coalición conservadora

---

<sup>47</sup> *El País*, 11 de enero de 1912.

<sup>48</sup> *El País*, 16 de enero de 1912.

cerraba filas ante la rebelión campesina, a la que consideraba un “vándalo comunismo agrario” que debía ser combatido por todos los medios. La medida era solo la apariencia de legalidad a la guerra sin cuartel que ya se practicaba. Madero combatió así, del mismo modo que su antecesor, al desafío de una insurrección agraria cuyos integrantes antes habían sido sus aliados, defendiendo una posición de clase, un proyecto y una razón de Estado que sentía amenazados y que lo apresarían.

El gobernador del Estado de México consideró que la iniciativa y el dictamen no eran suficientes por lo que tocaba a su entidad, y solicitó que se incluyeran en ella los distritos de Tenango, Sultepec, Temascatepec y Lerma. Las comisiones legislativas incluyeron estos distritos y a todo el estado de Tlaxcala, así como la pena capital para quienes vendieran armas a los zapatistas. Con estas adiciones, fue aprobada la iniciativa por el Congreso el 18 de enero de 1912 y entró inmediatamente en vigor.<sup>49</sup> Esta ley draconiana no solamente colocaba en la ilegalidad a los zapatistas y legalizaba la represión, sino que, entre sus objetivos, estaba también aislarlos de las poblaciones, al implantar la pena de muerte para los que les ayudaran en sus acciones o les vendieran armas.<sup>50</sup>

### *Salida de Figueroa*

La ineficacia de las medidas puestas en práctica hasta entonces por el régimen maderista para contener la rebelión que, por el contrario, iba en ascenso, hicieron que tomara la

---

<sup>49</sup> *El País*, 17, 18 y 19 de enero de 1912.

<sup>50</sup> La prensa capitalina consignó en varias ocasiones el tráfico de armas desde la ciudad de México hacia las montañas del Ajusco y el territorio de Morelos, *Diario del Hogar*, 7 de enero de 1912. Ver también A. Figueroa a Madero, Cuernavaca, 29 de diciembre de 1911, *AGN-FM*, c. 31, e. 862, f. 23860

decisión de separar a Figueroa del gobierno de Morelos. Figueroa mismo se había dado cuenta de la impotencia de sus esfuerzos. El 7 de enero, describió a Madero, amargamente, la situación que imperaba en el estado:

"... los hombres que tengo a mis órdenes en Guerrero son 1,680. Los que tengo en Morelos suman 1,276 [...] vinieron últimamente 500 hombres de Guerrero [...] pero no pueden considerarse como aumento de mi efectivo en Morelos, ya que ni siquiera bastaron a cubrir las vacantes que ocasionó el paludismo, que va haciendo grandes estragos en mis filas [...] Muchos de los soldados enfermos han regresado a Guerrero, otros ingresaron a los hospitales y no pocos se curan en domicilios particulares. Campea en la respetable carta de usted un palpable descontento por mi labor, que probablemente se presenta deficiente a los ojos de usted. Mucho siento no haber podido dejar hasta ahora complacidos los justos deseos que usted tiene y yo mismo abrigo respecto a la pacificación de este estado: pero tengo la satisfacción del deber cumplido, del deber llevado quizá más allá del límite natural y justo, pues mis hombres han hecho con buena voluntad más de lo que racionalmente pudiera exigirseles. A la vez que guarnecen las plazas más interesantes, caminan de día y de noche para socorrer los puntos amagados o atacados por los rebeldes, recorren los caminos en persecución de las gavillas, sufriendo los rigores de un clima insalubre para ellos y sufriendo no pocas veces hasta penurias y escaseces, a causa de la hostilidad de las clases bajas de la población, cuya inmensa mayoría es en todas partes del estado zapatista recalcitrante [...]

Ha llegado pues, a su máximo, la efectividad del servicio de mis hombres [...] si se considera su grande inferioridad numérica respecto de los alzados, que estos conocen palmo a palmo el terreno que operan, que los favorece mucho por sus condiciones especiales, y que cuentan con la ayuda que en mil formas les imparten los pueblos, ya proveyéndolos de víveres, ya de caballos y de armas, ya dándoles cuenta de los movimientos del enemigo. Y si se hubiera seguido mi consejo de guarecer cada hacienda y cada pueblo con tropas federales para evitar que los bandoleros se pertrecharan, dedicándose mis hombres a la persecución propiamente del bandidaje, seguramente ya se hubiera dado buena cuenta de esa plaga que ha venido asolando a este desventurado estado."

Finalizaba criticando a la prensa "mercenaria", que lo acusaba de robos, violencia, incendios e infamia y decía que pronto se retiraría a la vida privada.<sup>51</sup> Esta misiva resumía la incapacidad del principal rival de Zapata para acabar con la revuelta, a pesar

---

<sup>51</sup> A. Figueroa a Madero, Cuernavaca, 7 de enero de 1912. *Archivo Francisco I. Madero*. AGN, c. 81, e. 862, fs. 23864-23868. Madero, el 3 de ése mes, le había reclamado la desorganización de las tropas de Figueroa en Guerrero, por lo cual quería que las trasladara a Morelos a incorporarse a la campaña contra los zapatistas y dejar, mientras tanto, la seguridad en el estado de Guerrero en manos de Blanquet. Ver Madero a Figueroa, Chapultepec, 3 de enero de 1912, en Fabela, *op. cit.*, vol. VII, *Revolución y Régimen Maderista*. México, Editorial Jus, 1965, pp. 12-13.

de que había iniciado su gestión con todo el apoyo federal y contar con la simpatía de la oligarquía azucarera morelense. Ni los 8 mil hombres federales y rurales, ni las milicias privadas organizadas por las élites, ni el prestigio regional del clan Figueroa bastaron para desactivarla.

Madero le recriminó la falta de eficacia en la campaña y la total inseguridad que reinaba en Guerrero, donde Figueroa también era comandante militar. Los 1.680 hombres que tenía ahí, a los que la Federación había armado, no fueron capaces de contener la revuelta de Salgado.<sup>52</sup> Ante estas críticas, el 19 de enero, Figueroa pidió licencia definitiva y dejó la gubernatura. La justificación que dio fue la de buscar la pacificación de su estado natal, Guerrero, en donde perseguiría a Salgado y dijo que con su renuncia podría facilitar que llegara al gobierno de Morelos alguien que tuviera las simpatías del pueblo.<sup>53</sup>

#### *Apertura: cambio de gobernador y oferta maderista agraria*

Madero, al darse cuenta que la represión había extendido la rebelión, reconoció que el asunto de Morelos era el problema político más importante de su régimen y, para resolverlo, decidió dar un viraje. Sin renunciar al uso de la fuerza, mantuvo la ocupación militar y, al mismo tiempo, escogió para suceder a Figueroa a Francisco Naranjo, un personaje vinculado al Partido Liberal, cuya designación fue vista con simpatía por los sectores progresistas del régimen, como una medida adecuada para intentar resolver los

---

<sup>52</sup> Madero a Figueroa, Chapultepec. 10 de enero de 1912, en Fabela, *op. cit.*, vol. VII, pp. 29-30.

<sup>53</sup> *El País*, 19 de enero de 1912.

problemas que habían originado la insurrección. El *Diario del Hogar* consideró que con ese nombramiento se daba un giro en la política gubernamental y se encaminaría la solución del problema agrario en Morelos. Naranjo tomó posesión del gobierno el 19 de enero de 1912.<sup>54</sup> El cambio de gobernador fortaleció a los presidentes municipales que habían sido electos, varios de los cuales, como en el caso de los elegidos en Cuernavaca, Cuautla, Yautepec y Jonacatepec, con fuerte arraigo local, no eran representantes ni tenían vínculos con los poderosos hacendados o comerciantes morelenses y pretendían llevar adelante un programa de reformas que beneficiara a la mayoría de la población. Estas autoridades habían sido perseguidos por Figueroa, quien los había acusado de simpatizar con el zapatismo. El viraje aperturista incluyó también al viejo Francisco Leyva, quien fue comisionado para entablar negociaciones con Genovevo de la O, con la encomienda de escuchar las peticiones agrarias de los lugareños y tratar de llegar a un acuerdo.<sup>55</sup>

Así pues, en la búsqueda de alternativas, el régimen echó mano de individuos ligados a los sectores progresistas, partidarios de las reformas sociales y de la negociación. Con el nuevo gobernador, quien contaba con simpatizantes en la capital que eran críticos al régimen, y con los nuevos presidentes municipales, el maderismo intentaba canalizar una parte de las energías y aspiraciones sociales que alimentaban a los rebeldes. Eran los “revolucionarios legales”, como les llama Womack, cuyo proyecto, para realizarse debía o captar para sí los apoyos de la rebelión, por la vía institucional, o bien acabar con aquélla.

---

<sup>54</sup> *Diario del Hogar*. *El País*, 20 de enero de 1912.

<sup>55</sup> *El País*, 21, 22, 24 y 26 de febrero de 1912.

Por lo que respecta a la política de atracción y búsqueda de consenso, el régimen maderista trató de encontrar solución a lo que constataba que era la causa de la rebelión: el problema de la tierra. Para ello, nombró una comisión nacional agraria compuesta por Roberto Gayol, Carlos Robles, Oscar Braniff, Manuel Marroquín, Leopoldo Palacios, Antonio Hernández y Manuel Aráoz, todos ellos vinculados a los grandes terratenientes o terratenientes ellos mismos, que elaboró un proyecto en el que proponían que no debían fraccionarse las grandes propiedades que estuvieran trabajadas, sino solo las ociosas. Las tierras así detectadas no debían otorgarse gratuitamente a los labradores pobres, sino venderse a quienes pudieran pagarlas, no excediendo las 200 hectáreas por persona. Los lotes se pagarían en 20 años, con una tasa de interés del 6% anual.

Días más tarde, Madero, a través de un decreto, estableció la formación de comisiones oficiales para rectificar el deslinde de los terrenos nacionales y deslindar los baldíos que hubiera en los estados y territorios, notificando a los gobernadores y jefes políticos cuáles eran esos terrenos, cuidando de no afectar los intereses de particulares legítimamente adquiridos. Esos terrenos baldíos serían fraccionados en lotes hasta de 200 hectáreas y vendidos al contado o en plazos de 10 años al 5% de interés anual. La superficie de 10 millones de hectáreas que el gobierno ofrecía para hacer tales deslindes, sin embargo, correspondía en su gran mayoría a los estados norteros y a regiones despobladas, pero no contemplaba los estados del centro-sur densamente poblados, ni, tampoco -salvo Guerrero-, la zona donde estaba teniendo lugar la insurrección agraria.<sup>56</sup>

---

<sup>56</sup> *El País*, 9 y 25 de febrero de 1912. Aunque el decreto señalaba que dotaría de ejidos a los indígenas de los pueblos que carecieran de ellos, imponía la severa restricción de que estuvieran asentados en tierras aledañas a los baldíos señalados en esas diez millones de hectáreas y que se distribuían así: Coahuila, 105,000 has., Chiapas 67,000, Chihuahua 2,300,000, Durango 750,000, Guerrero 650,000, San Luis Potosí 60,000, Sonora 400,000, Tabasco 75,000, Veracruz 9,000, Yucatán 75,000, Zacatecas 100,000, Baja

El régimen maderista, demasiado comprometido ya con las oligarquias y reacio a efectuar una reforma agraria, ofreció una tibia propuesta que dejaba incólume, en lo fundamental, a la gran propiedad terrateniente, con una propuesta de reparto mediante compra, lo que obviamente no satisfacía las enormes expectativas que se habían generado a nivel nacional. En la cuestión agraria, le pasó a Madero lo que en la cuestión laboral, donde el fuerte movimiento textil que se desarrolló en esos meses y que efectuó varias huelgas nacionales, constituyendo un frente único, no pudo -ni quiso- vencer la resistencia de los patrones. El maderismo, en medio, con el apoyo de los sectores progresistas, publicó una supuesta ley obrera que no satisfacía prácticamente ninguna de las demandas obreras, centradas en un incremento salarial, una tarifa única nacional y una serie de reivindicaciones que exigían la eliminación de los malos tratos patronales. Ambos problemas revelan la esencia de clase del maderismo y la fuerza de sus compromisos con las élites y con el sostenimiento del sistema de dominación, así como su creciente contención y divorcio de las aspiraciones populares, muchas de las cuales, a su pesar, había puesto en movimiento.

Pocos después, a principios de marzo de 1912, ante el estallido de la rebelión orozquista en el norte, Madero hizo un llamado a la población a defender su gobierno, a través de un *Manifiesto a la Nación* en el que señaló que los rebeldes de Morelos, Chihuahua y Durango no tenían ningún plan político ni militar, que proclamaban en

---

California 1,000,000 y Tepic 800,000. Los grupos conservadores, no obstante la moderación del decreto, se opusieron a él. Un editorial de *El País* expresó que el anuncio de baldíos podía servir para cometer muchas injusticias y que ese procedimiento había sido nefasto en épocas pasadas y aprovechado para despojar de sus propiedades a sus legítimos dueños. Consideraba que muchos de los propietarios no tenían ya sus títulos porque la revolución había quemado muchos archivos y eliminado esos documentos y que la población pobre no contaba con los recursos para comprar los terrenos que se pusieran en venta ni realizar obras de infraestructura y riego. *El País*, 29 de febrero de 1912.

general el *Plan de San Luis* “pretextando que no lo he cumplido”, engañando a “las clases ignorantes [.] respecto a las promesas que en lo relativo a la pequeña propiedad hizo el Plan de San Luis”. Y, enfáticamente, expresó:

“Pretender que el gobierno que presido pueda solucionar el problema agrario de la república, bajo la presión de movimientos anárquicos, y sin que la paz se haya previamente restablecido, es sencillamente insensato. Nótese que los zapatistas estaban en armas desde antes que yo fuera elevado a la Presidencia y que después no han querido someterse a mi gobierno [...] los autores de esos movimientos no han esperado a ver si mi programa político era o no fielmente desarrollado [...] Y que el pueblo humilde no se deje engañar por agitadores ni ambiciosos. Su condición no podrá mejorar bruscamente [...]”<sup>57</sup>

La posición de Madero sobre el problema agrario no varió, a pesar de los desafíos de Zapata y Orozco. En diversas ocasiones sostuvo que, en el *Plan de San Luis*, no había prometido dotar de tierra ni destruir los latifundios. Todavía en junio, en carta a *El País*, señaló.

“siempre he abogado por crear la pequeña propiedad, pero eso no quiere decir que se vaya a despojar de sus propiedades a ningún terrateniente [.] una cosa es crear la pequeña propiedad por medio de un esfuerzo constante, y otra es repartir las grandes propiedades. lo cual nunca he pensado ni ofrecido en ninguno de mis discursos y proclamas. Sería completamente absurdo pretender que el gobierno fuese a adquirir todas las grandes propiedades para repartirlas gratis entre todos los pequeños propietarios. que es como se concibe generalmente el reparto de tierras.”<sup>58</sup>

La postura de Madero no dejaba lugar a dudas y fue siempre consistente. El problema era que, para desactivar una rebelión agraria como la que encaraba, esa posición no le ayudaba. Por tanto, tendría que derrotarla militarmente. Con relación al estado de Morelos, el gobierno informó que saldría una comisión para analizar y resolver acerca del deslinde de ejidos y de los terrenos en disputa. Patricio Leyva fue comisionado para

---

<sup>57</sup> *Semanario Oficial del gobierno del estado de Morelos*, año XX, no. 10, 9 de marzo de 1912.

<sup>58</sup> *El Imparcial*, 28 de junio de 1912. Santiago Gómez, pequeño propietario de Coyuca de Benítez, le escribió que estaba totalmente de acuerdo con esas declaraciones y le pidió que las reprodujera y enviara copias a las regiones “para restablecer el respeto a la propiedad.” *IGN-FAM*, Gómez a Madero, 8 de julio de 1912, c. 2, e. 35-2, f. 1361-1362. La respuesta de Madero a Azcona fue que lo reprodujeran los propios particulares.

trasladarse a Santa María y otros poblados para investigar lo relativo a sus reclamos agrarios y ofrecer una amnistía a los rebeldes que no fueran dirigentes.<sup>59</sup>

Al mismo tiempo, el gobernador Naranjo buscó legitimar la acción de su administración ante sectores liberales y democráticos. Para ello intentó que Antonio Díaz Soto y Gama -antiguo miembro del Partido Liberal magonista e influyente abogado y periodista representativo del ala izquierda del maderismo-, colaborara en su administración como secretario de gobierno del estado. Sin embargo Soto y Gama se negó a aceptar el encargo, aduciendo que Madero se había equivocado al querer resolver con sangre y fuego el problema social que había en Morelos. En entrevista señaló que entendía que los burgueses y conservadores intentarían exterminar al zapatismo, pero los liberales como él no, pues consideraba que su lucha era justa y veía con simpatía las reivindicaciones de los jornaleros morelenses. Acotaba que los liberales no pretendían el comunismo agrario, ni la igualdad absoluta, y que se debía estudiar una reforma agraria que no significara el despojo para los propietarios, aunque establecía que éstos eran los principales culpables por haber despojado a los pueblos de todos sus ejidos y aún del fundo legal. Concluía diciendo que siendo simpatizante de la causa de los jornaleros morelenses y sintiendo odio por la actitud inhumana de los hacendados, no podía aceptar un cargo donde no iba a poder poner en práctica sus ideales pues, aunque compartía con

---

<sup>59</sup> *El País*, 22 y 26 de febrero de 1912. Zapata, empero, dio instrucciones a sus jefes para que no hicieran caso de las ofertas de Leyva ni del gobierno, a quienes calificaba de mentirosos y traidores, y les recomendó "ustedes mismos pueden tomar posesión de los terrenos que les pertenecen de acuerdo con los títulos y planos del pueblo y para hacerse respetar en caso de que el gobierno no quede conforme, ustedes lo arreglarán con las armas en la mano" *AGO*, Zapata a De la O. cuartel revolucionario, 17 de marzo de 1912, c. 11, e. 10, f. 3.

Naranjo sus puntos de vista, la actitud del gobierno federal era totalmente a favor de los hacendados.<sup>60</sup>

Soto y Gama veía con claridad el dilema del ala izquierda del régimen: en la disputa por el poder, Madero, al margen de sus inclinaciones, tendría que reprimir y aplastar al zapatismo. Tal era la esencia de la política a la que lo empujaba la razón de Estado y su posición de clase. Los liberales que, de buena fe, quisieran participar en las estructuras políticas del sistema, limando las aristas antipopulares de esa estrategia, no serían sino cómplices de ella.

Días más tarde, Soto y Gama escribió en el *Diario del Hogar* que Madero debía cumplir con las promesas revolucionarias y restituir a los pueblos los ejidos, montes y aguas que les habían arrebatado. Si era necesario, el gobierno debía comprar propiedades, aumentar salario a los jornaleros y disminuir las rentas de los arrendatarios. Se pronunciaba también por el retiro gradual del ejército “en forma tal que ni padezca la seguridad pública y se logre el fin ansiado de la pacificación inmediata” Manifestaba también su temor por lo que sucedería si no se atendían esos reclamos: “Qué será de nosotros el día en que todos los trabajadores del campo, desesperados de sufrir y viendo en el comunismo un remedio y en Zapata un salvador, se levanten como un solo hombre pidiendo tierras, exigiendo justicia, saciando su odios con la ferocidad de la incultura.. que se desprenda como una avalancha la irrupción formidable de la raza oprimida y entonces ¡adiós nacionalidad y adiós Patria!”<sup>61</sup>

---

<sup>60</sup> *Diario del Hogar*, 25 de enero de 1912.

<sup>61</sup> *Diario del Hogar*, 7 de febrero de 1912. Dos meses después, cuando se había recrudecido el enfrentamiento entre los rebeldes surianos y el ejército, en el Congreso del Partido Liberal, Soto y Gama encabezó la postura de que se debía expedir una ley que facultara al Ejecutivo para expropiar por causa de utilidad pública y dotar de tierras a los pueblos que carecieran de ellas, acercándose con ello al *Plan*

Alfredo Robles Domínguez rompió por esos días con Madero, señalando que se había desilusionado de él porque no aceptó la reorganización del ejército federal y de los cuerpos rurales, ni tampoco la necesidad de hacer reformas sociales que mejoraran la situación de los obreros, hombres del campo y pueblo en general y coincidió, como otros de los críticos a la izquierda de Madero que el gobierno de éste, con la política que estaba aplicando, caminaba hacia su caída.<sup>62</sup>

La influencia de los zapatistas en los sectores progresistas del maderismo, que los llevó a distanciarse cada vez más o, incluso a romper, se manifestó también en gente como Jenaro Amézcua, comerciante poblano maderista, cercano al Partido Liberal, quien se postuló como candidato a diputado por el distrito de Tehuacán, Puebla, en junio de 1912. En su programa, sostuvo la “inmediata restitución de los fundos y ejidos de los pueblos, así como de sus montes y aguas, por todos los medios posibles, rápidos y violentos”, formulación que se acercaba mucho al zapatismo, al que se incorporaría meses después. El reconocimiento de las reivindicaciones agrarias llevó a que incluso un viejo y confeso porfirista -G Maza-, dijera a Madero que tenía que repartir tierras, dotando con parcelas de regadío a quienes las necesitaran, obtenidas por el estado mediante deuda pública, para crear la pequeña propiedad agrícola y acabar con los motivos de la rebelión. Tomás Ruiz de Velasco propuso la realización de una Convención Estatal entre todos los sectores de la entidad para que se dieran solución a los

---

*de Ayala* zapatista. Sin embargo, su postura fue derrotada por la corriente moderada mayoritaria del Partido encabezada por Lerdo de Tejada y Antonio Villarreal. *El País*, 3, 5 y 6 de abril de 1912. Felipe Santibáñez, miembro de la Comisión Agraria del Partido Liberal, consideraba que la única manera de acabar con el zapatismo era repartir la tierra. Santibáñez a Madero, México, 6 de febrero de 1912. *IGN-FAL*, c. 52, e. 1476, f. 39458.

<sup>62</sup> *El País*, 7 y 8 de febrero de 1912.

distintos problemas y señaló que sí había tierras y aguas qué repartir en Morelos que no se cultivaban y que debían dársele a los alzados en armas, pero no regaladas, sino vendidas.<sup>63</sup>

### *Represión: la guerra sucia de Juvencio Robles*

Sin embargo, estos signos de apertura, encaminados a tratar de ganar consenso en sectores de clase media y en la opinión pública de las ciudades, eran solo una cara de la moneda con la que Madero encaraba la insurrección que tenía por centro el estado de Morelos. Al mismo tiempo, cediendo a las presiones del ejército y de los sectores conservadores más intransigentes, que clamaban por una solución de fuerza, removió pocos días después al jefe de la campaña militar contra los insurrectos, Casso López y lo sustituyó por Juvencio Robles, general que aplicó, desde el primer momento, una política de represión masiva a gran escala, mucho más sangrienta que la de sus antecesores. La política de la guerra era otra vez la que se imponía.

Al margen de las disputas al interior del maderismo y de los enfrentamientos entre los grupos e instituciones que se disputaban la hegemonía en la política nacional, la insurrección agraria que estaba en marcha había alcanzado ya una dinámica de ascenso que no era fácil detener. El ejemplo de la rebelión morelense había generado simpatías, solidaridades, contagios y sirvió como un catalizador que puso en marcha demandas,

---

<sup>63</sup> Manifiesto de Jenaro Amézcuca y Eduardo Fuentes, Tehuacán, junio de 1912. *AGN-FAL*, c. 2, e. 26, f. 898. Benjamín Balderas a Madero, Tehuacán, 11 de junio de 1912, c. 2, e. 26, f. 894; G. Maza a Madero, México, 23 de julio de 1912, c. 42, e. 1154-1, fs. 32313-32317; Tomás Ruiz de Velasco a Madero, México, 23 de junio de 1912, c. 49, e. 1377, fs. 37369-37375.

aspiraciones y energías contenidas en sectores rurales, que se pusieron en movimiento al tener muestras del debilitamiento del Estado y del control tradicional de las instituciones. Al ponerse en movimiento, contribuyeron a su vez al debilitamiento del poder de aquéllos.

En estas condiciones, la puesta en vigor de la *Ley de Suspensión de Garantías* demostró poca eficacia para contener la revuelta, por lo menos en las semanas posteriores a su entrada en vigencia.<sup>64</sup> Lo mismo parecía estar ocurriendo con el cambio de gobernador, a pesar de que parecía querer aplicar una línea política más conciliadora. La incapacidad del régimen para controlar la rebelión lo colocó nuevamente en una situación de debilidad ante los sectores duros del ejército y de las élites que optaban por una solución de fuerza. Por tal motivo, las presiones de los sectores más intransigentes lo convencieron, una vez más, que la solución debía basarse en el aumento de la represión, por lo que Juvencio Robles recrudesció sus acciones de guerra a sangre y fuego contra la insurrección. Con esto dio comienzo una nueva etapa de la rebelión, caracterizada por el recrudecimiento de la violencia y la utilización de una táctica de guerra sucia, de contrainsurgencia, incendio de poblados y reconcentración masiva de poblaciones por parte de las fuerzas federales.

---

<sup>64</sup> La *ley de suspensión de garantías*, aunque tenía por propósito legalizar la acción contrainsurgente del ejército y castigar a los insurrectos capturados, servía más efectivamente como instrumento de presión contra la población civil para alejarla de los rebeldes y, desde luego, se prestó a muchos abusos por parte de la tropa. Campesinos de Ocotepéc y Chamilpa, en Morelos, se quejaron de que no podían salir a cortar leña a los bosques ni dar de beber a sus animales en el río porque los soldados les disparaban y apresaban, con el pretexto de dicha ley, habiéndoles hecho ya algunos muertos. Ver *Diario del Hogar* 28 y 30 de enero de 1912. A partir de febrero, con el recrudecimiento de la represión por parte del nuevo jefe de la campaña federal, Juvencio Robles, la ley de suspensión de garantías fue aplicada en mucha mayor escala.

En febrero de 1912 la táctica empleada por el ejército y las fuerzas rurales contra los zapatistas dio un vuelco. La resistencia y organización de las bandas guerrilleras había crecido; de este modo pudieron disputar al ejército territorios, poblados y haciendas en batallas mayores a las libradas hasta entonces, en lo que comenzaba a ser una guerra de posiciones, con avances y retrocesos de ambas partes durante semanas enteras. Esto ocurrió en la disputa por Santa María, el pequeño y estratégico poblado situado en las faldas de las montañas del Ajusco, pocos kilómetros al noroeste de Cuernavaca, asiento del grupo de Genovevo de la O, que se caracterizó por ser una de las bandas guerrilleras mejor organizadas y que más dolores de cabeza dio a las fuerzas gubernamentales mediante una enorme cantidad de acciones de hostigamiento, sabotaje y descarrilamiento de trenes, así como emboscadas contra las fuerzas gubernamentales.

Desde fines de enero de 1912 y durante la mayor parte de febrero de ese año tuvieron lugar sangrientas batallas entre más de mil zapatistas contra federales, por ocupar y controlar el estratégico descenso del Ajusco hacia Cuernavaca, donde se encontraban dos fuertes enclaves rebeldes, en Santa María y Huitzilac. El control de éste, que era el principal acceso del Ferrocarril Mexicano al territorio de Morelos llevó a los hermanos Ruiz de Velasco a proponer que se construyera un fuerte para proteger el paso de los trenes y no solo se les escoltara como se había hecho hasta entonces. En febrero, federales y rebeldes disputaron encarnizadamente esos lugares; unos y otros, alternativamente, lograron ocupar esa población. El ejército, varias veces derrotado, tuvo que recurrir a una táctica que no se había empleado sistemáticamente hasta entonces: el bombardeo y la quema de todas las casas del pueblo, para acabar de raíz con el apovo

civil que recibían los rebeldes. De este modo, el 9 de febrero el vecindario había sido reducido a cenizas y la población había huido a los bosques contiguos, los cuales también fueron incendiados por los federales. A pesar de ello, los rebeldes lograron recuperar la población, desalojando al ejército días más tarde, por lo que los federales extendieron la zona quemada hasta las orillas de los pueblos de Tetela del Monte y Huitzilac. Las tropas de De la O, reorganizadas en los bosques, continuaron hostigando y emboscando a patrullas federales y lograron desalojar al ejército de sus posiciones.<sup>65</sup> La actividad alzada en el Ajusco llegó otra vez hasta el Distrito Federal cuando, el 21 de febrero intentaron tomar el pueblo de Coyoacán.<sup>66</sup>

Los rebeldes continuaron la táctica de emboscar a unidades federales y rurales en condiciones de superioridad numérica, al mismo tiempo que atacar poblaciones y haciendas para aprovisionarse de víveres y armas, imponer préstamos forzosos, castigar a autoridades repudiadas por la población y secuestrar a comerciantes, hacendados o familiares de éstos para obtener rescate. Del mismo modo, se volvió endémico el ataque a trenes militares y de carga, el destrozar las vías del ferrocarril, volar puentes e inutilizar las estaciones y líneas telegráficas

Durante el mes de febrero tuvieron lugar 52 acciones zapatistas en Morelos, las más importantes. además de la disputa por Santa María y alrededores, fueron los enfrentamientos de los 600 hombres de Lorenzo Vázquez contra rurales por tomar el control de Tlaquiltenango, el 8, 9 y 14 en donde los alzados incendiaron los cañaverales y el 18. cuando tuvo lugar un fuerte combate en Temixco, donde descarrilaron un tren. Uno

---

<sup>65</sup> *El País*, 1º, 2, 4, 7, 8, 9, 10, 11, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 21, 22 y 25 de febrero de 1912.

<sup>66</sup> *El País*, 22 de febrero de 1912.

de los blancos preferidos fueron las estaciones de trenes, que sufrieron 7 ataques: Tres Marias, Ramón, Treinta, El Mango, Chamilpa, Temixco y Alarcón, consiguiendo los alzados descarrilar, en el mes, a tres trenes e inutilizar temporalmente las vías. El otro blanco fueron las haciendas. Fueron tomadas las de El Puente, Zacatepec, San Carlos, San Vicente, San Pedro, Guadalupe, Atlacomulco, Temixco, Chinameca, Xochimancas, Temitzingo, Ahuatepec y Santa Cruz.<sup>67</sup> En esos ataques, los alzados saquearon las fincas, comercios y utilizaron frecuentemente el secuestro de dueños, administradores de haciendas y comerciantes para hacerse de fondos. En ese mes ocurrieron 5 secuestros, en Alpuyecá, Achichipilco, Chalco y Yecapixtla. En marzo, en el ataque a Tlaquitenango, secuestraron al administrador de la hacienda Santa Cruz, y asesinaron a un empleado de la familia Ruiz de Velasco; en Jalatengo secuestraron también al administrador.<sup>68</sup> Estos secuestros eran, además de un medio para conseguir recursos, una muestra del poder de los alzados para capturar y castigar a personas de las élites.

Ante este incremento de la actividad subversiva, la mano dura de Juvencio Robles pronto se hizo notar. En la primera quincena de febrero, a unos días de hacerse cargo de la campaña, otros pueblos habían sido quemados y arrasados, siguiendo el destino de Santa María: Nexpa, Tetela del Monte, Los Hornos, los Elotes y la colonia San Rafael, cerca de Cuautla.<sup>69</sup> En Nexpa, donde los hombres habían abandonado el lugar y se habían

---

<sup>67</sup> AGN-FM. Informe de Juvencio Robles, 28 de marzo de 1912, c. 47, e. 1292, f. 35551, *El País*, 7, 9, 10, 11, 15, 16, 18, 21, 22 y 25 de febrero de 1912.

<sup>68</sup> *El País*, 2, 7, 9, 11 y 22 de febrero, 14 de junio de 1912. *El Imparcial*, 1º, 3, 20 de marzo, 11 y 19 de junio de 1912. Los secuestros continuaron en los meses siguientes, aunque fueron más esporádicos. A mediados de junio, en la hacienda de Tehuixtla, secuestraron al dueño Rafael Almanza. En el Estado de México, el 13 de junio, en Tenango, secuestraron a un empleado de la Compañía Singer y lo mismo hicieron en Texcalyacac.

<sup>69</sup> *El País*, 18 de febrero de 1912. Madero mismo, pocos días antes, había dado instrucciones al gobernador Naranjo para que persiguiera tenazmente a los rebeldes zapatistas, a los que consideraba

incorporado a las partidas zapatistas, los habitantes que habían permanecido suplicaron inútilmente que no quemaran el lugar. Fueron apresados los cinco ancianos y las 131 mujeres que quedaban, junto con sus hijos, y trasladados a Jojutla.<sup>70</sup> En marzo, los federales quemaron los pueblos de Amatepec, Santa Catarina, Cuentepec, Huitzilac, Santo Domingo y el de Huautla, reconcentrando a la población en Cuernavaca, Jojutla, Yautepec y Cuautla, lugares en donde estaban estacionadas fuertes guarniciones federales.<sup>71</sup> Robles incremento también los fusilamientos y ahorcamientos de los rebeldes capturados. En febrero, la prensa capitalina reportó más de setenta de ellos y en marzo más de treinta.<sup>72</sup> La guerra sucia alcanzó así su máxima expresión. Al mismo tiempo, en

---

"chusmas indisciplinadas y sin armamento" que no debían ser más de 700 en el estado. Ver Madero a Naranjo. Chapultepec, 5 de febrero de 1912. *AGN-FM*, c. 31, e. 862, fs. 23900-23901.

<sup>70</sup> *El País*, 17 de febrero de 1912.

<sup>71</sup> *El País*, 11 y 24 de marzo de 1912. *El Imparcial*, 1º, 2, 3, 20 de marzo de 1912.

<sup>72</sup> La ley de suspensión de garantías sirvió no solamente para legitimar el fusilamiento de los prisioneros capturados después de un enfrentamiento, sino también se hizo efectiva contra sujetos capturados por actos de sabotaje contra trenes, estaciones y vías de comunicación, así como asaltos a mano armada contra civiles. En el *Semanario Oficial del estado de Morelos* aparecieron actas de ejecución. El 13 de febrero fue fusilado Camilo Vázquez, campesino de Dolores Hidalgo, vecindado en Morelos, que se había incorporado 15 días atrás a los rebeldes en Atlalahuaca, luego de haber sido rural. Fue capturado cuando rompía la puerta de la estación de tren de ese lugar, después del asalto al convoy. El 5 de ese mes se ejecutó a dos individuos aprehendidos por robo *in fraganti* en Tetecala, uno de ellos, Paulino Vázquez, de 52 años, originario y vecino de Chalmita; ver *Semanario Oficial*, año XX, no. 9, 2 de marzo de 1912, nos. 8 y 11, 24 de febrero y 16 de marzo de 1912. *El País*, 8 y 22 de febrero. *El Imparcial*, 5, 13, 22 de marzo. Las arbitrariedades para eliminar a opositores continuaron, a menudo sin guardar las formas de la ley de suspensión de garantías. El 14 de febrero de ese año, A. Figueroa fusiló en Iguala a Salustio Carrasco porque hacía propaganda en público contra el gobierno y a favor de los zapatistas, fusilamiento que causó indignación en la prensa capitalina y protestas de ciudadanos. Ver A. Figueroa a Madero, Iguala, 17 y 27 de febrero de 1912, Fabela, *op. cit.*, vol. VII, pp. 107-108 y 149-150. En contraste 6 prisioneros federales de las fuerzas de Cosío Robelo que fueron rescatados dieron su testimonio a la prensa de que fueron heridos, curados y tratados muy bien por las fuerzas de Zapata. *Ibid.*, 16 de febrero de 1912. Un testigo presencial del enfrentamiento entre 150 hombres de Zapata contra 200 rurales, cerca de Los Hornos escribió al *Diario del Hogar* que Zapata derrotó completamente a los rurales, haciéndoles 40 muertos, 30 heridos y 20 prisioneros, capturando armamento. Zapata le perdonó la vida a los prisioneros, para dejar constancia que su movimiento no era de asesinos. El testigo mencionó que ésa era la conducta habitual de las fuerzas de Zapata porque éste consideraba que los soldados, al igual que los voluntarios que se le enfrentaban eran enrolados por la fuerza. El testigo consideraba que los prisioneros liberados, a menudo se unían a Zapata por gratitud. El mismo diario publicó ese día una carta de varios de esos soldados en la que éstos exponían: "hemos sido tratados con muchas consideraciones, se nos ha perdonado la vida y se nos ha puesto en absoluta libertad, bajo nuestra palabra de honor de no volver a tomar las armas contra la revolución." *Diario del Hogar*, 23 de febrero de 1912.

su afán por cortar de tajo con la revuelta, las fuerzas federales capturaron y tomaron represalias contra familiares de algunos de los rebeldes más conocidos como Zapata y Lorenzo Vázquez.<sup>73</sup> El gobierno decidió a mediados de ese mes, además, establecer la censura militar a la prensa, prohibiendo que ésta difundiera noticias que perjudicaran a las autoridades militares y civiles.<sup>74</sup> La mano dura llegó así hasta la prensa. El gobierno pensaba que una parte del apoyo de sectores urbanos de las clases medias tenía por origen la difusión de las noticias de Morelos y trató de ocultar la información de las acciones militares. Varios de los periódicos nacionales no tenían corresponsales propios y dependían de los partes de la Secretaría de Guerra o de versiones de segunda mano, generalmente de personas que se trasladaban a la capital del país y eran entrevistados.

Durante el mes de marzo, la dinámica que había alcanzado la rebelión en la entidad morelense resintió los estragos de la represión, la quema de pueblos y la reconcentración, que hicieron disminuir notablemente el número y la intensidad de los enfrentamientos. Además, se sumó un elemento externo de gran importancia: la rebelión del prestigiado general ex-maderista Pascual Orozco, en Chihuahua, alcanzó una gran dimensión y se convirtió, dada la fuerza que tenía ese caudillo, en el principal problema militar y político para el régimen maderista. La insurrección suriana, aunque ocupó un segundo plano a nivel nacional, continuó con su inercia propia y se benefició del traslado de tropas y recursos federales hacia el norte con los que el régimen encaró la rebelión oroquista. Ésta se presentó como una amenaza adicional para el régimen, ante la posibilidad de una alianza entre los revolucionarios del sur y del norte, que finalmente no

---

<sup>73</sup> *El País*, 14 y 17 de febrero de 1912.

<sup>74</sup> *El País*, 17 de febrero de 1912.

fructificó. Orozco parecía dispuesto a un compromiso con Zapata y prometió enviarle armas Zapata, quien había ofrecido desde el *Plan de Ayala* la jefatura de su movimiento a Orozco, contempló la posibilidad de unir esfuerzos. Sin embargo, tal alianza nunca cristalizó y no pasó de comunicaciones escritas. Las dos rebeliones regionales siguieron su propio curso.<sup>75</sup>

En marzo, el ejército estableció su dominio en la mayor parte del estado, con un amplio movimiento envolvente, luego de quemar los pueblos del noroeste, en las faldas del Ajusco. Cuatro fuertes columnas se desplazaron hacia el sur y sureste del estado, hasta Huautla y la frontera con Puebla y Oaxaca, logrando desbandar a las fuerzas rebeldes. Robles continuó con su práctica de quemar las poblaciones y reconcentrar a la población. Los rebeldes retrocedieron y solo pudieron presentar resistencia a través de emboscadas, asaltos a haciendas y ataques al ferrocarril. A fines de marzo, Robles informó que la mayoría de los zapatistas se habían refugiado en Puebla y hacia allá dirigió su columna.<sup>76</sup> Los mayores efectos, sin embargo, fueron contra la población civil, que fue removida de sus lugares y sometida a una mayor vigilancia.

En abril, el ejército consolidó su control sobre Morelos. En la primera semana 475 federales y rurales recuperaron la ciudad de Jojutla, después de dos días de fuertes combates; la población apoyó ampliamente a los alzados; el ejército reconoció haber tenido 34 muertos y 41 heridos. Las tropas de De la O, a mediados de abril, tendieron un cerco a Huitzilac, logrando ocuparla cinco días después; en la toma, hubo una gran cantidad de violencia, descarrilaron un tren en Tres Marias, Santa María terminó de ser

---

<sup>75</sup> Brunk, *op. cit.*, pp

<sup>76</sup> *IGN-FM*, Robles a Madero. Puebla, 28 de marzo de 1912, c. 47, e. 1292, fs. 35553-35555

quemada y las familias que se encontraban todavía en el lugar fueron reconcentradas en Xochimilco.<sup>77</sup>

Los ataques a los trenes y vías de comunicación fueron un recurso táctico de gran importancia para los rebeldes que, de este modo, dificultaban o impedían el tránsito regular del ejército y conseguían hacerse de pertrechos militares. Aunque sus objetivos principales fueron los trenes militares y de carga, en ocasiones también atacaron convoyes de civiles y éste fue quizá uno de los motivos de mayor irritación y rechazo de la opinión pública capitalina, que se veía afectada no solo por la interrupción del tránsito de personas y bienes, sino molesta sobre todo ante actos de violencia que, al cobrar víctimas civiles inocentes, adquirían el carácter de terrorismo. Así, a fines de marzo detuvieron y asaltaron el tren militar que iba a Cuernavaca al pasar por Tres Marias, haciéndole 40 muertos al ejército. El 10 de abril detuvieron y asaltaron el tren de carga del ferrocarril Mexicano que iba de Cuernavaca a Balsas, antes de la estación de Treinta, y provocaron el choque de esta máquina contra un tren de pasajeros que estaba estacionado. El 16 de ese mes descarrilaron otra vez, en Tres Marias, el tren militar que iba a dar auxilio a Huitzilac. Ante esta cadena de sabotajes, la compañía de ferrocarriles decidió suspender indefinidamente el tráfico de pasajeros y de carga por territorio morelense hasta que hubiera seguridad en los caminos.<sup>78</sup>

---

<sup>77</sup> *El País*, 2, 4, 6, 11 y 24 de marzo, 9, 14, 15, 19 y 21 de abril de 1912. *El Imparcial*, 13 y 22 de marzo de 1912. Francisco Naranjo, gobernador de Morelos a Madero, Cuernavaca, 12 de abril de 1912. *AGN-FM*, c. 31, e. 862, fs. 23889-23890; Robles a Madero, Puebla, 18 de abril de 1912, c. 47, e. 1292, fs. 35560-35561; en esa misiva, Robles se quejó del comportamiento de los rurales comandados por Gabriel Hernández en la toma de Jojutla y los acusó, además de ineficientes, de cometer depredaciones contra los habitantes. Después de la ocupación de Jojutla por el ejército, Madero pensó que podía haber condiciones para realizar elecciones locales, ver Madero a Carrón, Chapultepec, 10 y 20 de abril de 1912, Fabela, *op. cit.*, vol. VII, pp. 298-299 y 326.

<sup>78</sup> *El País*, 31 de marzo, 13, 14, 17 y 19 de abril de 1912.

La rebelión, con ascensos y reflujos, había echado raíces en territorio morelense y se extendió y consolidó también, por contagio, ampliación de sus dominios y convergencia con movimientos autóctonos, en la periferia de la entidad. La segunda zona en importancia por la rebelión zapatista, fueron los distritos del suroeste de Puebla: Atlixco, Izúcar y Acatlán. La rebelión maderista arraigó también en esta región y, sin embargo, no pudo pasar más allá, hacia el oeste, de la sierra de y hacia el sur, de las montañas de Huajuapán, en territorio oaxaqueño.

Los distritos poblanos fronterizos con Morelos se convirtieron en la segunda zona en importancia en la que arraigó la rebelión zapatista. zona que combinó ser, por una parte, el refugio natural al cual se trasladaban las huestes morelenses cuando los avances del ejército federal los obligaban a replegarse y, a la vez, una región en donde los conflictos endógenos, agrarios y políticos entre las élites, las autoridades y las clases dominadas locales, produjeron un agudo conflicto de clase, en el cual la violencia rebasó a menudo la intensidad de los enfrentamientos que tuvieron lugar en Morelos y otras regiones.

Durante febrero de 1912 tuvieron lugar 28 hechos de armas en esa entidad. Los más importantes fueron los ataques rebeldes a Tepeaca, Acatlán y a Chietla, a fines de mes, que se combinaron con acciones sorpresivas de tomas de 13 poblados y 8 haciendas, en las cuales ocurrieron saqueos, quemas de oficinas públicas y liberación de presos. Varias de estas acciones fueron llevada a cabo por el *Tuerto* Morales. Aunque la actividad insurrecta se concentró en la zona colindante con Morelos y es posible que parte de esta actividad fuera hecha por zapatistas que huían de la ofensiva del ejército

federal en Morelos, también hubo un crecimiento endógeno de la rebelión, que fue más allá de los distritos del suroeste poblano y llegó incluso hasta los de Tepeji, Tecamachalco y Tepeaca, más al centro.<sup>79</sup> En Puebla, las haciendas azucareras y cerealeras de los valles de Puebla, Atlixco e Izúcar fueron el blanco más atacado por los rebeldes, con un grado de violencia superior al mostrado hasta entonces en Morelos.<sup>80</sup>

Los saqueos, destrucción e incendio de haciendas y propiedades se volvieron una constante en la zona poblana, donde asentaron sus reales las huestes del *Tuerto* Morales, Francisco Mendoza y Eufemio Zapata. En marzo ocurrieron 42 acciones de armas, entre ellas la toma de 9 poblados y 26 haciendas, de las cuales 5 fueron incendiadas. La principal batalla tuvo lugar en Acatlán, donde el *Tuerto* Morales y Eufemio Zapata atacaron y pusieron cerco varios días a la población de Acatlán, siendo rechazados por federales, rurales y voluntarios, entre ellos, los hombres de la colonia española del lugar. El jefe político de Acatlán informó que habían hecho 117 bajas a los atacantes, quienes, al retirarse, incendiaron las haciendas aledañas; las bajas de los defensores habían sido 37. Las acciones rebeldes llegaron hasta el sabotaje a la planta de Necaxa, ocasionando temporalmente la interrupción del tráfico de tranvías en la ciudad de México. Entre las

---

<sup>79</sup> *El País*, 7. 16. 24. 25. 26, 27 y 28 de febrero de 1912. *Diario del Hogar*, 10. 21. 23 y 28 de febrero de 1912. *El Imparcial*, 1º, 10 de marzo de 1912. B. Balderas a Madero, Tehuacán, 1º de marzo de 1912. *AGN-FM*, c. 2, e. 26, f. 915. La incorporación de presos a las huestes zapatistas fue un fenómeno complejo. Si bien reflejó el poder de atracción de la rebelión sobre los detenidos -casi siempre gente de los estratos sociales más necesitados-, en ocasiones resultó ser la vía para que se adhirieran al movimiento bandidos o delincuentes, cuya actividad se convirtió en un problema con la misma población civil que alimentaba la revuelta.

<sup>80</sup> A. del Pozo a Madero, Puebla, 21 de febrero de 1912, *AGN-FM*, c. 7, e. 179, fs. 5123-5124. *El País*, 22 y 26 de febrero, 1º de marzo de 1912. *Diario del Hogar*, 24 de febrero de 1912. El 21 de febrero, en el ataque a la de Balvanera, mataron y colgaron de un árbol al administrador de la misma. Las haciendas asaltadas fueron quemadas.

localidades importantes que pudieron tomar los alzados estuvieron Tochimilco, Huejotzingo, Tepeaca y la estación de San Marcos.<sup>81</sup>

Después de esa intensa ola de ataques, la mayoría de la haciendas de esos distritos quedaron devastadas. La legitimidad de la principal institución agraria había sido hecha pedazos por la rebelión, que le asestó un golpe del que ya no se levantaría

La fuerte actividad de los sublevados y la amenaza que se cernía sobre la capital poblana obligaron a que Juvencio Robles tuviera que trasladar allá a la principal columna federal a su mando, a fines de marzo, columna que tardó varios días en llegar por el sabotaje que hicieron los alzados de las vías de ferrocarril.<sup>82</sup>

La presencia del ejército federal provocó la disminución de la actividad rebelde. El *Tuerto Morales* volvió a lanzar un fuerte ataque sobre Acatlán, a principios de abril y el 9, fueron asaltadas las del Rincón y San José Teruel.<sup>83</sup> La violencia ocurrida en esos meses hizo afirmar a un notable de Tehuacán que la revuelta no era ya solamente zapatista ni vazquista, sino “una revolución agraria socialista en toda la forma”.<sup>84</sup>

Nuevamente, bandas zapatistas asolaron los alrededores de la ciudad de México y penetraron en varios pueblos de Cuajimalpa, a mediados de marzo, obligando al gobierno capitalino a concentrar tropas en las prefecturas de Mixcoac, San Angel, La Magdalena y

---

<sup>81</sup> Baraquiel Alatrisc a Madero, Puebla, 5, 8 y 9 de marzo de 1912, *AGN-FM*, c. 6, e. 140-1, fs. 4107-4109, 4112, 4113-4115, 4126, 4118-4120, 4124-4125; Parte de guerra del cri. Luis García Naranjo, jefe político de Acatlán, 8 de marzo de 1912, c. 6, e. 140-1, f. 4110 y c. 3, e. 77, f. 2276; Luis García Naranjo a B. Alatrisc, Acatlán, 9 de marzo de 1912, c. 6, e. 140-1, fs. 4104-4106. La violencia alcanzó también a representantes de la iglesia: el 2 de marzo en el asalto al pueblo de Chapulco, entre las víctimas que perdieron sus propiedades estuvo el párroco; a fines de mes, cuando Eufemio Zapata tomó Tepeaca, intentó fusilar al cura por haber colaborado activamente en la defensa.

<sup>82</sup> *El Imparcial*, 27, 28 de marzo de 1912.

<sup>83</sup> *El País*, 8, 10, 11, 15, 22 y 27 de marzo, 3 y 7 de abril de 1912. *El Imparcial*, 4, 5, 6, 20, 21, 26 y 29 de marzo de 1912.

<sup>84</sup> *El País*, 5, 8, 11, 21, 22 y 26 de marzo, 6, 10 y 11 de abril de 1912. *El Imparcial*, 7, 13, 21, 24 y 29 de marzo de 1912. B. Balderas a Madero, Tehuacán, 1º de marzo de 1912, *AGN-FM*, c. 2, e. 26, f. 915

Coyoacán. El gobierno ciudadano, preventivamente, cambió a los prefectos de esos lugares; sin embargo, el 21 los sublevados volvieron a incursionar en San Angel.

En Oaxaca, la región afectada por la rebelión zapatista se concentró principalmente en Huajuapán y sus alrededores, adonde llegó la influencia del Tuerto Morales y Eufemio Zapata. En marzo, luego de la fuerte batalla en Acatlán, el grupo de Eufemio Zapata se dirigió hacia allá; tomaron 7 poblados, entre ellos y destruyeron el puente de ferrocarril en Teotitlán. Los vecinos de Pinotepa y Jamiltepec, temerosos, abandonaron sus lugares. El gobernador Juárez pidió ayuda para defender Huajuapán. El jefe político de Putla informó que la mayor parte de esa zona montañosa estaba levantada en armas y pidió auxilio.<sup>85</sup>

En Guerrero, la revuelta tuvo fuerza en esos meses en la región del Balsas y al sur de la sierra de Taxco, capitaneada por Salgado, y en el oriente, en la frontera con Puebla y Oaxaca, región en la que incursionaron en repetidas ocasiones las fuerzas del *Tuerto Morales* y Eufemio Zapata. Ambrosio Figueroa notificó a Madero que la campaña contra los rebeldes había tenido éxitos importantes y que habían sido desalojados de Chilapa y Balsas. El gobierno estatal había hecho reconcentraciones de varios pueblos y ranchos.<sup>86</sup>

---

<sup>85</sup> *El País*, 19 de febrero, 2 de abril, 17 de mayo de 1912. B. Juárez a Madero, 18 de marzo de 1912. AGN-FM, c. 9, e. 121-1, fs. 6469-6473. El gobernador Juárez escribió a Madero el 20 de marzo que consideraba injustas las críticas que éste le había hecho acerca de que él y su secretario de gobierno obstruían la campaña contra los zapatistas y que lo podía demostrar con hechos, documentos y gastos. fs. 6476-6477. B. Juárez a Madero, Oaxaca, 11 y 13 de abril de 1912, fs. 6483, 6488, 6489, 6490. Benito Juárez falleció el 21 de abril y fue sustituido por Alberto Montiel al siguiente día, ver Heliodoro Quintas a Madero, 22 de abril de 1912, f. 6501.

<sup>86</sup> *Diario del Hogar*, 1º de febrero de 1912. *El País*, 7, 8, 10, 15, 17, 21 y 23 de febrero, 9 y 17 de abril, 5 de mayo de 1912. A. Figueroa a Madero, Huitzoco, 21 de febrero de 1912, en Fabela, *op. cit.*, vol. VII, pp. 123-124. Madero a A. Figueroa, Chapultepec, 3 y 10 de marzo de 1912. *Ibid.*, pp. 160, 201-202

En el Estado de México la revuelta zapatista tuvo influencia en el distrito de Tenancingo, zona montañosa en donde incursionaron Genovevo de la O y Francisco Pacheco, así como también rebeldes guerrerenses provenientes de la zona de Taxco <sup>87</sup>

La revuelta suriana se había consolidado. Aunque el epicentro original, Morelos, se había fortalecido, al igual que legitimado el liderazgo de los jefes zapatistas, se había extendido y convertido en una rebelión con múltiples actores y con un gran número de dirigentes locales, que gozaban de gran autonomía. La rebelión estaba adquiriendo el carácter de una guerra de clase de los sectores rurales bajos contra el gobierno central, contra las estructuras de dominación y contra las élites económicas y políticas. rebelión de una considerable violencia que, en los seis primeros meses del gobierno constitucional de Madero, cambió la correlación de fuerzas regional y se convirtió en un movimiento que aspiraba a tomar el poder central y fue un serio desafío que minó seriamente al régimen maderista.

### *Los ritmos de la revuelta*

La cercanía de las lluvias, el arraigo a las faenas agrarias de la mayoría de los jóvenes masculinos que se habían incorporado a las bandas rebeldes y, en mayor medida aún, la dureza de las acciones del ejército contra los alzados y la población civil, junto con las necesidades de las localidades para realizar las siembras hicieron que, conforme avanzaba

---

<sup>87</sup> *El País*, 1° y 24 de febrero de 1912. En el ataque a Zumpahuacán, a principios de febrero de 1912, los zapatistas fusilaron al jefe de armas y quemaron el archivo municipal. R. Cárdenas a Madero, 10 de febrero de 1912. *AGN-FM*, c.2, c. 34, fs. 1305-1306.

la primavera, las acciones militares de los alzados bajaran de intensidad. Empero, aunque con menos gente, los líderes de la revuelta continuaron realizando una multitud de acciones y siguieron siendo una amenaza constante para las fuerzas del orden.

En Morelos, durante el mes de mayo de 1912 se realizaron 16 enfrentamientos. La acción de mayor envergadura fue una serie de enfrentamientos que tuvieron lugar en la estratégica zona fría y boscosa de Tres Marías, Huitzilac y Santa Catarina. en los que más de mil rebeldes encabezados por De la O, Felipe Neri y Amador Salazar consiguieron apoderarse del lugar y defenderlo contra tropas federales y rurales, interrumpiendo el tránsito del ferrocarril, antes de que las tropas federales recuperan el control de esa muy inestable zona, que fue vuelta a ocupar por De la O a fines de ese mes. Otros combates importantes se desarrollaron en Yautepec. donde Zapata intentó infructuosamente tomar la población.<sup>88</sup>

El arribo de fuertes lluvias en junio favoreció la acción de los rebeldes, que conocían mejor el terreno y estaban mejor adaptados que las fuerzas de ocupación federales y rurales, las cuales, en su mayoría, estaban compuestas por gentes de otras

---

<sup>88</sup> *El Imparcial*, 1º, 6, 13, 17 de mayo de 1912. *El País*, 3, 10, 11, 17, 22, 23, 26 y 27 de mayo de 1912. Gobernador Naranjo a Madero, Cuernavaca. 25 de mayo de 1912. *AGN-FM*, c. 31, e. 862. f. 23896-23897; Madero a Robles, México, 22 y 23 de mayo de 1912, misiva en la que Madero reconoció que habían sufrido un fuerte descalabro en Tres Marías porque la guarnición de Cuernavaca no había prestado auxilio y temía que la prolongación de la campaña estuviera relajando la disciplina de las tropas de Robles y externaba su sorpresa: "En verdad no me explico que puedan reunirse hordas tan numerosas de zapatistas y tan cerca de Cuernavaca donde hay una fuerte guarnición", c. 47, e. 1292. fs. 35578-35582. Solo se registró un ataque contra haciendas en ese mes, a Miacatlán, donde se secuestró al español Manuel Sordo. La ofensiva estratégica contra el ferrocarril continuó con el incendio de la estación Cima. Los rebeldes anunciaron que tomarían la ciudad de México y escribieron a la Cámara de Diputados federal y a los cónsules extranjeros para notificar que de un momento a otro se realizaría el ataque, por lo que pedían se avisara a los extranjeros para evitar problemas, ofreciendo que las tropas de la revolución darían garantías a su vida e intereses. Aunque estuvieron lejos de cumplir ese propósito, volvieron a acercarse a la capital del país y a ponerla en alarma, al incursionar en Milpa Alta, Tlalpan y Xochimilco, a fines de junio. Ver. Carta de la Junta Revolucionaria del estado de Morelos al cónsul de los Estados Unidos de América. 21 de mayo de 1912. *AGN-FM*, c. 2, e. 31-2. f. 1171. *El Imparcial* y *El País*, 27 de junio de 1912.

regiones. El ejército y los rurales, recuperado el control del norte boscoso, emprendieron una fuerte ofensiva hacia el sur y recuperaron el control de las principales ciudades. Ante este avance, los alzados, que efectuaron 22 acciones en el mes, optaron por ocupar poblaciones pequeñas, desperdigadas en una amplia área que dificultaba la labor de las fuerzas del orden. La columna federal de Robles, salió de Yautepec el 29 de mayo, dirigiéndose hacia el centro-sur del estado. Ocupó Atlihuayán y Xochimancas sin resistencia, luego derrotó a Amador Salazar y Lorenzo Vázquez en Ticumán y más tarde los desalojó de Tlaltizapán.

La columna de Robles regresó a Cuernavaca en la segunda semana de junio. Con mil hombres, recuperaron Huitzilac, Tepeyte y Coajomulco, luego de combates en los que informaron causar 200 bajas a los rebeldes y capturar a 53. Las tropas de Robles quemaron lo que quedaba del pueblo de Coajomulco y solo dejaron en pie la iglesia. Sin embargo, en un balance que hizo de la campaña, Robles admitió que “En el extenso territorio que los rebeldes han operado ha sido muy difícil conseguir extirpar las ideas zapatistas y hacer que reconozcan al gobierno constituido masas serviles e ignaras como las que se trata.” Poblaciones enteras “sabían que no había más gobierno que el de Zapata” y se quejó de que “todos los presidentes municipales han resultado zapatistas”.<sup>89</sup>

Los surianos, aunque no podían todavía conservar zonas libres, habían impuesto condiciones y habían modificado ya la política, la economía y la cultura regional. Constituidos en Junta Revolucionaria del estado de Morelos, comenzaron a tener formas

---

<sup>89</sup> .IGN-FM Juvencio Robles a Madero, Cuernavaca, 20 y 21 de junio de 1912, c. 47, e. 1292, fs. 35572-35577. *El Imparcial*, 2, 9, 13, 16, 17, 19, 20 y 22 de junio de 1912. *El País*, 8 y 18 de junio de 1912.

regulares de financiamiento y a sustituir a autoridades locales, con lo que fueron sentando las bases de la organización de un poder regional paralelo.

Las lluvias, el mejor conocimiento del terreno y el apoyo de parte de la población civil sirvieron para fortalecer directamente la posición de los grupos rebeldes. A esto se sumó también la rivalidad y descoordinación entre las fuerzas federales y las rurales, de la que dio testimonio el propio Juvencio Robles, quien se quejó de las diferencias entre el ejército con jefes rurales como Gabriel Hernández y externó que había fuertes conflictos en Guerrero entre las fuerzas de los Figueroa y las del gobernador Lugo, todo lo cual redundaba en demérito de la campaña. De igual modo, el capitán de caballería del 51º regimiento rural, Alfonso Zaragoza, expresó las difíciles condiciones en que se encontraban esas fuerzas:

"lejos de encontrar un cuerpo rural ya formado, con elementos suficientes para desempeñar su misión, encontré una fuerza sin cohesión, sin disciplina, considerablemente reducida e incapaz de prestar eficaces servicios por la falta absoluta de recursos materiales [...] el sentimiento de aversión de los federales a nosotros, que nada ni nadie podrá borrar se manifiesta a cada paso. Se exige de nosotros una labor igual o superior a la de los cuerpos de línea que de nada carecen, pero en cambio se nos niega hasta el derecho de que por cuenta de la nación se haga el gasto de ataúd para los rurales que mueren".<sup>90</sup>

Las diferencias y rivalidades entre clanes regionales, entre el ejército y los rurales y entre distintos jefes militares de estas dos instituciones, facilitaban la actividad de los alzados.

Las características de las bandas rebeldes, su extensión y persistencia, llevaron a Juvencio

---

<sup>90</sup> AGN-FM, Robles a Madero, Puebla, 18 de abril de 1912 y Cuernavaca, 19 de junio de 1912, c. 47, e. 1292, fs. 35560-35564. Alfonso Zaragoza a Madero, Cuernavaca, 14 de junio de 1912, c. 5, e. 123-1, fs. 3593-3597. Las fuertes disputas entre los Figueroa y Lugo se agudizaron después de que Madero, desplazó a los Figueroa y buscó otras opciones. No obstante, los Figueroa conservaron casi intacto su poder regional y contaban con una milicia de varios cientos de hombres, con los cuales no se resignaron a perder el importante lugar que tenían. Sus pugnas con Lugo, incluso, dieron la impresión de intentar un golpe de estado contra el gobernador guerrerense, sin éxito. Estas pugnas beneficiaban directamente a sus rivales en la entidad, como Salgado y, desde luego, a los jefes zapatistas. Ver *Ibid.*, Eucaria Apreza a Madero, Iguala, 16 de junio de 1912, c. 47, e. 1312-2, fs. 35973-35976.

Robles a declarar que el zapatismo era muy semejante al movimiento de los yaquis. puesto que los hombres escondían las armas, iban a trabajar, juntaban dinero, compraban parque y regresaban a combatir. La fuerte presencia y actividad de los alzados impidieron que se instalara la XXII legislatura local, en la que figuraban nombres como Patricio Leyva y Eugenio Morales, por falta de quórum. puesto que los diputados electos por Tepoztlán, Yautepec y Tlayacapan no pudieron llegar a Cuernavaca, debido a la inseguridad de los caminos.<sup>91</sup>

El arribo pleno de la temporada de lluvias y la liberación temporal de las faenas agrícolas facilitaron el reagrupamiento de los alzados y una reanudación de su accionar. En Morelos, tuvieron lugar en julio 32 ataques, enfrentamientos con fuerzas del orden, tomas de pueblos, haciendas y sabotajes. La zona que registró mayor actividad fue la región nororiental de las faldas de los volcanes y la frontera con Puebla, líderes poco conocidos como Joaquín Miranda, Antonio Simón, Daniel Andrade y Apolinar Adorno. tomaron las localidades de Totolapan, Tlalnepantla, Ocuituco y Hueyapán con una alta dosis de violencia, quemando los palacios municipales, archivos, oficinas públicas y saqueando comercios. En la región central fue atacado Tlaquiltenango, incluida la estación del tren y adelante de Jojutla, donde volaron el puente que iba a Puente de Ixtla.<sup>92</sup>

El 20 de julio, en la estación La Cima, en el Ajusco, tuvo lugar una de las acciones de Genovevo de la O más cuestionadas por la prensa y la opinión pública

---

<sup>91</sup> *El Imparcial*, 8, 22, 25, 26, 28 de junio de 1912; *El País*, 25, 28, 29 y 30 de junio, 3 de julio de 1912

<sup>92</sup> *El País*, 3, 5, 6, 7, 10, 11, 12, 13 de julio de 1912. *El Imparcial*, 4, 5, 8, 9, 12, 13, 14 y 15 de julio de 1912

capitalina y que causó más críticas, condenas y rechazos por muchos sectores civiles que se manifestaron contra lo que era a todas luces terrorismo, al descarrilar, volar y quemar un tren de pasajeros. Todos los soldados que escoltaban el convoy perecieron, así como 6 pasajeros civiles. Según testigos, en el tren iba el párroco de Tepoztlán, quien logró que Genovevo respetara a los pasajeros civiles. Esta acción se convirtió en la principal noticia por varios días y unificó a muchas voces en su contra. Sin duda, en términos de imagen y de apoyo, esa acción fue totalmente contraproducente para los alzados, pues le enajenó simpatías de toda la prensa e hizo más iracundas las críticas de los que se le oponían, brindando al régimen la oportunidad de justificar las acciones punitivas del ejército”<sup>11</sup>

En Puebla se dio el mismo fenómeno de relación entre la actividad de los guerrilleros con las cosechas y la temporada de lluvias. Se registró por ello poca actividad en el mes de mayo, antes de las lluvias y se incrementó cuando llegaron, en junio. Tomaron Tochmilco el 10 de mayo, así como los pueblos de San Juan Epalan y Chiloc, en Chietla; la única hacienda atacada en mayo fue la de Vista Hermosa y quemaron la estación de tren de Atlautla. En junio efectuaron 13 ataques, entre los que destacaron los intentos de tomar Tochmilco por Francisco Mendoza y Felipe Vaquero, la toma de Huaquechula y las incursiones contra seis haciendas de los alrededores de Chietla e Izúcar, por el *Tuerto Morales*; en las de Tehuixtla y Mazapán, asesinaron a los dueños de ellas. En julio se registraron 12 acciones de armas, en los distritos de Atlixco, Izúcar y Tehuacán, que se caracterizaron por el alto grado de violencia: 6 pueblos fueron

---

<sup>11</sup> *El Imparcial*, 17, 18, 20, 21, 23, 24, 25, 29, 31 de julio, 1º y 2 de agosto de 1912. *Nueva Era*, 21 y 22 de julio de 1912; este periódico maderista, después de la voladura del tren escribió: “el zapatismo... es una afrenta para nuestra civilización y una calamidad social, tan espantosa y terrible como la misma peste, y que es necesario restringir, combatir y extirpar” Lejos estaban las muestras de simpatía de los meses anteriores.

tomados, con saqueos de los comercios y encarcelamiento de las autoridades locales por parte de los rebeldes.<sup>94</sup>

En el Estado de México, la rebelión volvió a afectar a los distritos de Tenancingo, Tenango y Sultepec, en el suroeste colindante con Morelos y Guerrero, donde incursionaron fuerzas de Pacheco, De la O y guerrerenses y en el otro extremo, en las faldas de los volcanes. Hubo tres acciones en mayo, en Almoloya y Texcaliyacac, y 20 en junio, cuando los alzados asolaron dichas regiones y se acercaron hasta los límites del Distrito Federal, cuando tomando Chalco, donde quemaron el palacio municipal y liberaron a los presos.<sup>95</sup>

En Guerrero, Salgado volvió a ser un fuerte peligro para las fuerzas del orden. En mayo el mayor de 5 combates registrados tuvo lugar en Teloloapan, donde destruyó la guarnición defendida por 150 rurales, fusilando a los sobrevivientes. Zapatistas de Morelos y Puebla, incursionaron en la entidad y se apoderaron de Olinalá y Huamuxtitlán. En junio ocurrieron 4 enfrentamientos, en la zona del Balsas, la zona de influencia de Salgado. En julio, Salgado derrotó a fuerzas de Figueroa en la estación de Balsas. Otros combates ocurrieron en San Marcos, Polutla y Palmar del Grande.<sup>96</sup>

En Oaxaca la acción de los alzados se concentró en el mes de mayo contra algunas haciendas. Ese mes, saquearon la de La Pradera, en Huajuapán, la de Zorita y la

---

<sup>94</sup> *El País*, 13, 15, 29 de mayo, 4 de julio de 1912. *El Imparcial*, 30 de mayo, 12, 13, 23 y 28 de junio, 3, 6, 11, 26, 30 y 31 de julio, 2 de agosto de 1912. *Nueva Era*, 26 de julio de 1912. *AGN-FAI*, Miguel Sala a Madero, Tehuacán, 29 de julio de 1912, c. 38, e. 1042-1, fs. 29369-29340. En el asalto a la hacienda la Reata, asesinaron al administrador, quien se negó a darles dinero.

<sup>95</sup> *El País*, 9, 10 y 22 de mayo, 14, 25 y 29 de junio, 9 de julio de 1912. *El Imparcial*, 4, 9 y 26 de junio, 7, 13, 17, 21, 27, 28, 29 de julio, 1º de agosto de 1912. *Diario del Hogar*, 7 de junio de 1912. *Nueva Era*, 12 de julio de 1912.

<sup>96</sup> *El País*, 9 y 21 de mayo, 1º y 22 de junio, 11 de julio de 1912. *El Imparcial*, 1º, 6 y 14 de junio, 7 y 17 de julio de 1912. *Nueva Era*, 23 de julio de 1912.

de Mantecón. Indígenas tomaron la población de Ixtlán y asesinó al presidente municipal y a otras autoridades del lugar. En junio solo se registró el ataque a Joluxtla.<sup>97</sup>

Las haciendas continuaron siendo blanco preferido para obtener recursos. En julio volvieron a ser fuertemente atacadas. Así, zapatistas asaltaron la hacienda de El Puente, propiedad de españoles, cerca de Xochitepec, la de Aculco, en Chalco, donde se llevaron todo el ganado, la de El Volante, en Acatlán, propiedad de un hijo del gobernador porfirista de Puebla, Mucio Martínez, llevándose también el ganado. El predicador protestante Benigno Centeno tomó las haciendas San Bartolo Granillo, y San Diego, cerca de San Martín Texmelucan, y se llevó los caballos que había. De la O entró a la de San Carlos, llevándose dinero, armas, caballo y parque. En la incursión de Francisco Pacheco y José T. Ruiz en Tenancingo, incendiaron la hacienda de Jalmolonga, en agosto. Otra partida tomó la de Cuauchichinola, en Tetecala y apresó al administrador de la misma.<sup>98</sup>

Continuó también el secuestro de dueños y administradores de haciendas, comerciantes y personas notables de las localidades. En julio, esto ocurrió en las de Nepantla, Ixtlahuacan, Tenextepango, En Calpan, Puebla, secuestraron al párroco, soltándolo luego de que la población pagó rescate. En Huehuetlán, secuestraron a un rico comerciante. En Atencingo, secuestraron al administrador español.<sup>99</sup>

La rebelión se había extendido y consolidado, al finalizar la temporada de lluvias en el altiplano. Empero, los rebeldes sufrieron duros golpes al perder a varios importantes

---

<sup>97</sup> *El País*, 24, 26 y 27 de mayo de 1912. *El Imparcial*, 14 de junio de 1912.

<sup>98</sup> *El País*, 8, 10, 13 de julio de 1912. *El Imparcial*, 8, 10, 26 de julio, 3 y 4 de agosto de 1912.

<sup>99</sup> *El País*, 3 y 7 de julio de 1912. *El Imparcial*, 3, 7, 8, 9, 22 de julio, 3 de agosto de 1912.

dirigentes. En esos días, murió en combate Felipe Vaquero, y fueron capturados Joaquín Miranda, otra vez Abrahám Martínez, el jefe del estado mayor de Zapata. Gildardo Magaña, el principal contacto del movimiento rebelde en la capital del país y Luis Méndez, sastre, periodista y destacado militante en las organizaciones de trabajadores ciudadanos, quien tenía por entonces tendencias socializantes. Así pues, la que era quizás la principal red de información y abastecimiento de armas y cuadros de los rebeldes en la ciudad de México, quedó prácticamente desmantelada.<sup>100</sup>

A seis meses de distancia, la política de mano dura de Madero a través de la guerra a sangre y fuego desatada por Juvencio Robles no solo no había logrado acabar con el movimiento rebelde y desarraigarlo de sus zonas de influencia, sino que, por el contrario, los alzados se habían fortalecido; su radio de acción y la violencia de sus acciones se habían incrementado. La consciencia de esta situación llevó al régimen maderista a dar un viraje e intentar, por primera vez, una solución política al conflicto.<sup>101</sup> Esto implicó, en el aspecto militar, la salida de Juvencio Robles y su relevo por Felipe Angeles y, en el terreno político, el cambio de gobernador de Morelos y una apertura, al poner al frente de la entidad a Patricio Leyva, el hijo del viejo caudillo opositor, quien, tres años después del fraude electoral que lo había hecho a un lado, regresaba por sus

---

<sup>100</sup> *El País*, 7, 10, 12, 13 de julio de 1912. *El Imparcial*, 16, 17, 18, 19, 24 de julio de 1912. *Nueva Era*, 7, 10, 13, 24, 31 de julio de 1912. El juicio de Abrahám Martínez se convirtió en una de las principales noticias en la prensa capitalina de esos días. Su primo Luis Cabrera se negó a defenderlo, argumentando exceso de trabajo, aunque más bien, su actitud era un claro deslinde con la violencia zapatista, con la que no comulgaba, a pesar de su posición en favor del reparto agrario. En el juicio, Martínez expresó que el gobierno se había equivocado al querer apagar el movimiento zapatista con las armas, cuando era un problema político que requería que se hiciera el reparto agrario. El principal motivo de queja, según él, era que los arriendos que pagaba la gente sin tierras a las haciendas se habían duplicado en los últimos años y no podía pagarlo más. Como Zapata les había ofrecido repartir tierras, lo seguían ciegamente.

<sup>101</sup> Sánchez Azcona, en carta a un empresario, reconoció que aunque se había hecho por el gobierno todo lo posible para acabar con el "bandolerismo... desgraciadamente poco se ha logrado hasta ahora". Azcona a Manuel Álvarez, México, 27 de julio de 1912. *AGN-FM, C*, 54, c. 13, f. 277.

fueros, en otras condiciones, a tratar de llevar adelante su proyecto modernizador, como abanderado de Madero y con la tarea de tratar de contener la insurrección campesina que estaba en marcha, comandada por los que habían sido sus aliados y subordinados tres años atrás. Entró también una nueva legislatura local, que funcionaría solo dos meses para tratar de influir, mediante la legislación, sobre algunas de las materias que consideraban habían generado el conflicto en el estado. Estos cambios hicieron que la batalla que se estaba librando en el territorio morelense y zonas contiguas adquiriera otros matices.

#### *Aires de apertura*

El 3 de agosto fue nombrado Felipe Ángeles como jefe de la campaña militar en Morelos.<sup>102</sup> General de carrera, con una brillante trayectoria académica en el Colegio Militar, dejó su puesto como director de la escuela que lo formó -donde lo había colocado Madero-, para hacerse cargo de un problema que no conseguía ser resuelto por el régimen. Desde su llegada, mostró una actitud diferente a la de sus predecesores: no habría de emplear la táctica de tierra arrasada ni desaparición de poblados y reconcentraciones de sus habitantes. En sus primeras declaraciones, señaló que “el problema de Morelos, más que de carácter militar es político” y habló de buscar pactos con los alzados. Veinte días después, cuando ya había experimentado lo que era enfrentar la rebelión, después de un sangriento descarrilamiento a un tren en Ticumán, donde

---

<sup>102</sup> Madero, a través de Sánchez Azcona, justificó la razón del relevo: “el Gobierno creyó conveniente mandar otro jefe que dirigiera las operaciones militares porque en esta clase de guerras con mucha frecuencia el cambio de jefe es suficiente para que cambie la actitud de pueblos y aun los rebeldes”. Nota de la Sria. Particular del señor Presidente de la República. s/f (probablemente fines de agosto o principios de septiembre de 1912), *AGN-FM*, c. 50, e. 1407-1, f. 37865.

perecieron más de treinta civiles, entre ellos los reporteros de *El País* y *El Imparcial*. reiteró que para resolver la situación morelense se requería de una solución de “policía y de política”, no militar. Señaló que las partidas de alzados, aunque numerosas, tenían pocos efectivos y no tenían capacidad militar, aunque sí eran peligrosas por los actos de sabotaje que ejecutaban.

En esa entrevista definió lo que era su nueva política: permitir a los agricultores que volvieran a sembrar y darles garantías de que el ejército no los molestaría, castigar los abusos de los oficiales, reparar los daños materiales causados por los enfrentamientos, regresar las cosas tomadas indebidamente por la tropa, respetar el sentimiento religioso de la gente. Eso lo había comenzado a aplicar. En el pueblo de Santa María, que había sido uno de los que más había padecido la represión, por ser el bastión del grupo de De la O, había permitido la reparación de la iglesia, el restablecimiento del culto y la reconstrucción de las casas, que habían sido reducidas a escombros. Resumió su postura: emplear la razón y la justicia, para que confiaran en el ejército y para que se convencieran que el ejército estaba de su parte.

También criticó la táctica de quienes le antecedieron, al reconocer que existía un divorcio entre la población civil y el ejército, que los pueblos, después de las quemas de sus casas, consideraban a la institución armada como su principal enemigo y señaló también el divorcio con las autoridades civiles, por haber acusado de zapatistas a todas ellas, incluido el gobernador. Él mismo había sido ya tildado de lo mismo por andar sin escolta en los caminos y “aceptar tomar café en los pueblos erróneamente considerados zapatistas”. Ángeles fue criticado por el gobernador del Estado de México, Medina

Garduño por no querer emplear mano dura contra los zapatistas, a lo que argumentó que, simplemente, no consideraba necesario utilizar artillería.<sup>103</sup>

Patricio Leyva, entretanto, continuó su gira electoral como candidato a gobernador y, una vez más, empleó un lenguaje populista que, en el contexto en que se expresaba, en medio de una extendida rebelión agraria, tenía por objeto reconocer en parte la legitimidad de las protestas y, sobre todo, obtener para sí el apoyo de la gente de los pueblos, villas y rancherías que directa o indirectamente habían sostenido a los alzados. El 3 de agosto escribió a Madero:

“En mi gira política por todos los distritos, se me ha recibido por la clase del pueblo con entera aceptación y no podré corresponder de otra manera sino procurando... impartir toda la protección debida a esta sufrida clase social, que por falta de instrumentos ha sido oprimida y engañada, así como también explotada, por un grupo de personas que siempre han obtenido dominar la situación política del estado”.

Luego de reconocer en los hacendados la fuente de los disturbios, dirigió sus críticas contra las autoridades locales, a las que acusó de estar al servicio de aquéllos, agravando a la población, que se había desquitado contra esas autoridades aún más que contra los hacendados, quienes habían logrado salvar sus propiedades mediante la compra de protección. Expresó también una velada crítica a los compromisos y a la táctica maderista contra la rebelión un intento y manifestó su deseo por enderezar, localmente, una política que los llevaba a la perdición:

---

<sup>103</sup> *AGN-GPR*, Nombramiento de Felipe Ángeles, c. 98, e. 69, 3 agosto de 1912. *Nueva Era*, 7, 24 y 25 de agosto de 1912. En esas declaraciones incluso se deslindó implícitamente de la Ley de suspensión de garantías, responsabilizando a la campaña sensacionalista de *El Imparcial* de haber contribuido a que se aprobara. Las declaraciones de Ángeles provocaron una tormenta al interior del ejército y en los medios impresos. Huerta y Juvenio Robles respondieron a sus acusaciones. Ángeles escribió a Robles que de lo que había salido en la prensa, lo único que ratificaba era lo escrito por *Nueva Era*, reiterando que sí existía un divorcio entre las autoridades militares y la población, Ángeles a Robles, Tianguistengo, 31 de agosto de 1912, *AGN-FM*, c. 50, e. 1407-1, fs. 37867-8; *El País*, 1º septiembre 1912. El gobierno maderista estaba satisfecho con los resultados de Ángeles, Sánchez Azcona escribió: “desde que el general Angeles está al frente de las operaciones la situación en el estado de Morelos ha mejorado notablemente”, c. 50, e. 1407-1, f. 37865.

“El pueblo ve con decepción que los mismos que lo atropellaron en las elecciones pasadas ocupan los puestos de autoridad y de ahí su decepción y profundo disgusto contra el gobierno que los apoya y los ha puesto en esos puestos... esta clase de política provoca profundo desagrado en el pueblo, que se ve sin garantías. y muchos, acosados y desesperados, van a engrosar las filas del zapatismo como único refugio para poder defenderse”.<sup>104</sup>

En esos días entró en funciones un gobernador interino -Aniceto Villamar- y una nueva legislatura local, transitoria, compuesta por gente de las clases medias urbanas de la entidad, entre quienes destacaba Eugenio Morales, veterano leyvista. Esa legislatura, a la que Womack denomina “los revolucionarios legales”, propuso leves reformas políticas que comprendían la abolición de las prefecturas y elecciones directas, iniciativas que fueron aprobadas. Sobre la cuestión agraria, empero, su moderación fue mayor, con tres tibias propuestas de reformas: incrementar en 10% los impuestos a las haciendas, que pasaran a dominio público los terrenos de los mercados de esas propiedades y una escuela de agricultura. Esas limitadas propuestas, que estaban lejos de constituir una reforma agraria; ni siquiera alcanzaron a ser aprobadas, pues terminaron los dos meses de la legislatura y entró una nueva, todavía más conservadora, que las desechó.<sup>105</sup>

Los rebeldes zapatistas, entre tanto, pasadas las lluvias, reanudaron sus acciones guerrilleras. En el mes de agosto atacaron las ciudades de Jojutla, Tlaltizapán, y Yautepec, así como la hacienda de San Carlos y el pueblo de Ticumán. La principal acción militar fue el sabotaje al tren que iba a Puente de Ixtla. en Ticumán, el día 12, ataque dirigido por Amador Salazar que, otra vez, desató un alud de críticas y protestas airadas de la prensa capitalina, que sufrió la pérdida de dos reporteros. Incluso, se

---

<sup>104</sup> P. Leyva a Madero, Cuautla, 3 de agosto de 1912, *AGN-FM*, c. 9., e. 213-3. fs. 6196-6199.

<sup>105</sup> Womack, *op. cit.*, pp. 142-151. La nueva legislatura, que entró en funciones a mediados de septiembre, no solo fue contraria a cualquier tipo de reforma social, sino que entendió como su principal función el procurar el restablecimiento del orden, pidiendo más ayuda militar contra la revuelta y negándose a establecer negociaciones con los rebeldes. Quedaron atrás los llamados al diálogo y la amnistía ofrecida en

organizó una manifestación de protesta en el Distrito Federal. El Consejo de Ministros fue convocado para analizar la situación. Además del reforzamiento militar, discutieron la posibilidad de negociar con algunos hacendados la venta voluntaria de sus propiedades, sin llegar a algún acuerdo.<sup>106</sup>

En septiembre, se reportaron 25 acciones de armas en Morelos, la mayoría de ellas emboscadas a rurales y al ejército y tomas de poblaciones pequeñas; la acción más importante fue el ataque de Genovevo de la O a Miacatlán, defendido por el ejército, que logró rechazarlos, con el apoyo de voluntarios de Coatlán del Río. Ante el control del ejército sobre las mayores ciudades, los zapatistas optaron por concentrarse en los territorios aledaños. Al Estado de México se desplazaron Pacheco y De la O, quien estableció su cuartel en Malinalco, desde donde pudo hacer que el centro de gravedad de la rebelión se desplazara temporalmente hacia allá. En esa entidad ocurrieron 36 enfrentamientos, en los distritos de Tenango, Tenancingo, Sultepec y, del otro lado, volvieron a incursionar hasta Amecameca y Chalco. El ejército tuvo que desplazarse hacia Toluca y reforzar su defensa. A pesar de las intenciones de Ángeles, el ejército y los rurales volvieron a fusilar prisioneros, en cumplimiento de la *Ley de Suspensión de Garantías en Toluca*.

En Morelos, entre tanto, Zapata encabezó un ataque sobre Cuautla y fue asaltado el tren civil en las inmediaciones de Cuernavaca, acción en la que pereció el administrador de San Vicente. Los maquinistas se negaron una vez más a dar servicio en la entidad. Madero, en el informe que rindió el 16 de septiembre, descalificó una vez más

---

agosto. En cambio, votaron por pagar una indemnización a los propietarios afectados por la revolución de 1910-1911.

<sup>106</sup> *Nueva Era*, 2, 10, 13, 14, 17, 18, 23, 28 de agosto de 1912. Después del atentado en Ticumán fue asaltado otro tren en Cuautla, el 16 y De la O, en el Estado de México, intentó destruir la vía en Jalalpa.

la revuelta. La Revolución, dijo, fue la de 1910. Lo que estaba ocurriendo eran solo acciones de malos mexicanos para satisfacer sus pasiones y trastornar el orden.<sup>107</sup>

En octubre, el Estado de México continuó siendo el principal teatro de operaciones. Zapata se desplazó hacia allá, donde Ángeles, al frente de los federales, intentó detener las incursiones. Tuvieron lugar 40 acciones, la mayoría de ellas enfrentamientos pequeños. La batalla principal se dio en Valle de Bravo, donde los alzados lograron tomar la población, incendiando el hospital y casas particulares. Ángeles nuevamente fusiló a prisioneros zapatistas. El jefe de armas de Toluca indicó que desde mediados de agosto sus fuerzas habían tenido 53 encuentros con rebeldes. El Consejo de Ministros decidió enviar más tropas; los alzados tomaron luego Tenango, Almoloya del Río, destrozaron la estación de Salazar y recuperaron temporalmente Valle de Bravo.<sup>108</sup>

Aunque el Estado de México estaba convulsionado, la política de Ángeles parecía estar dando mejores resultados en Morelos. Los principales líderes habían sido desalojados y cesaron los ataques a la población civil. En Tlaltenango, vecinos del pueblo de Santa María, que había sido quemado, tuvieron una junta para reconstituir la población; el representante de Ángeles les dio garantías para hacerlo. Como reconocieron después Zapata y De la O, la táctica empleada por Ángeles y el desgaste ocasionado por la guerra, restó fuerza y base social a los alzados y fue ésa la etapa más difícil de la insurrección. Zapata dirigió una circular a las haciendas para exigir una contribución forzosa de 3 mil pesos mensuales. Pequeñas partidas continuaron una persistente labor de desgaste contra las fuerzas del orden. En octubre, ocurrieron 18 eventos de armas en

---

<sup>107</sup> *Nueva Era*, 1, 5, 6, 7, 10, 11, 13 de septiembre de 1912. *El Imparcial*, 1, 2, 5, 8, 11, 12, 13, 18, 21, 22, 24, 26, 27 de septiembre de 1912. *AGN-FM*, crl. M. Triana a Ángeles, Tetecala, 10 de septiembre de 1912, c. 50, e. 1414, fs. 38058-64.

<sup>108</sup> *El Imparcial*, 3, 11, 12, 13, 14, 22, 23, 25, 26, 27, 30 y 31 de octubre de 1912. Informe del general Manuel Velázquez, Toluca, 18 de octubre de 1912, *AGN-FM*, c. 46, e. 1264, fs. 35055-57.

Morelos, los principales fueron ataques a Cuautla, Yecapixtla y Tlaltizapán y al ferrocarril en El Mango y Jiutepec.<sup>109</sup>

En Puebla, mientras tanto, Eufemio Zapata y el *Tuerto* Morales mantuvieron sus ataques en los distritos donde habían echado raíces. En septiembre tuvieron lugar 18 enfrentamientos y tomas de poblaciones en Atlixco, Izúcar y Acatlán, así como el corte de la vía del tren en Tepeaca. En octubre, ocurrieron 22 hechos de armas, destacando la voladura del puente de ferrocarril en La Esperanza, por Higinio Aguilar, el incendio de la hacienda del español Ángel Díaz en Atencingo por Francisco Mendoza y la liberación de presos en Cholula. En Guerrero, tuvieron lugar 9 enfrentamientos menores durante septiembre, uno de ellos en Tlapa, donde incursionaron Eufemio Zapata y el *Tuerto* Morales y 11 más en octubre, cuando Salgado y Almazán tuvieron acciones en las cercanías de Chilpancingo.<sup>110</sup>

Empero, la efectividad de la campaña de Ángeles pronto empezó a desgastarse. La rivalidad entre las personalidades responsables de combatir la rebelión suriana -Ángeles y Blanquet-, así como la existencia de liderazgos con fuerzas rurales locales bajo sus órdenes, como los Figueroa, el ex-gobernador morelense Carreón, el gobernador mexiquense Medina Garduño y jefes como Martín Vicario, hicieron muy difícil la coordinación y causaron la desprotección de algunas poblaciones y haciendas, lo que fue aprovechado por los rebeldes para recuperar posiciones. Durante noviembre algunos de los jefes zapatistas pudieron regresar a Morelos y reemprendieron su campaña a través de numerosas acciones, con lo que el centro de gravedad de la revuelta regresó a las tierras

---

<sup>109</sup> *El Imparcial*, 6, 7, 10 de octubre de 1912.

<sup>110</sup> *Nueva Era*, 9, 20, 26, 28 de septiembre de 1912. *El Imparcial*, 7 de septiembre, 2, 16, 20 octubre de 1912. *AGN-FM*, Rafael Martínez a Madero, Puebla, 21 de noviembre de 1912, carta en la que Martínez, apoderado del dueño de la hacienda, denunció a Madero que el jefe suriano había pedido a su patrón una

morelenses. Tuvieron lugar 42 enfrentamientos, tomas de pueblos y ataques a haciendas. Los combates más fuertes ocurrieron a cargo de De la O, que volvió a acercarse a Cuernavaca, en Huitzilac y Santa María, en la primer semana de noviembre y luego, otra vez, en la tercera. Hubo 4 ataques a estaciones de ferrocarril, una en Parrés, en el Ajusco, donde asaltaron y quemaron el tren, así como en García, cerca de Cuautla, y tres tomas de haciendas, una de ellas Atlihuahán, propiedad de Pablo Escandón, quien poco después fue detenido por el gobierno, sospechoso de pagar una protección semanal a los alzados para que respetaran su predio.<sup>111</sup>

El primero de diciembre de 1912 tomó posesión Patricio Leyva como gobernador constitucional de Morelos. En la ceremonia, Felipe Ángeles se refirió al movimiento zapatista que, dijo, tenía por causas “el odio acumulado desde hace siglos del pobre para el rico y la falta de cultura en el pueblo bajo”. El remedio era “el cariño y la convicción, evitando incendiar sus casas y asesinar inocentes e instruir al pueblo bajo”. Leyva compartía la necesidad de remediar la situación de guerra e inconformidad que se había desarrollado en la entidad y señaló que se tenía que hacer un estudio para resolver la cuestión agraria, una de las fuentes del problema y, respecto a las causas políticas, aunque

---

contribución de 3 mil pesos semanarios el 16 de noviembre, negándose a pagar, por lo cual su propiedad había sido incendiada el 21, c. 43, e. 1173, fs. 32868-74.

<sup>111</sup> *AGN-FM*, Ángeles a Madero, Cuernavaca, 31 de octubre, 5 y 15 de noviembre de 1912, c. 50, e. 1407-1, fs. 37870, 37871, 37873-74; en esas comunicaciones, Ángeles informó que una parte del 11º regimiento, a sus órdenes, se había rebelado y otra estuvo a punto, por lo que tuvo que desarmarlos. Se quejó también de la escasez de hombres a su mando -solo 250-, de la falta de cooperación de Blanquet, quien tenía tres veces más que él y de que los 250 rurales de Naranjo, a quienes se les había terminado su contrato, se negaban a contratarse de nuevo. *Nueva Era*, 2, 6, 10, 11, 15, 16, 17, 23 de noviembre de 1912. *El Imparcial*, 3, 6, 7, 10, 11, 12, 14, 15, 17, 18, 19 de noviembre de 1912. El 1º de noviembre, Zapata y sus principales jefes dirigieron un decreto a los dueños de las haciendas imponiendo una contribución semanal; quien no pagara vería sus campos incendiados. Ver Womack, *op. cit.* pp. 153.154. En el juicio de Escandón, quien fue detenido después del arresto de Enrique Villa, secretario de Zapata, reconoció dar entre 400 y mil pesos semanales. *El Imparcial* y *Nueva Era* justificaron esos pagos, considerando que eran “un sacrificio mínimo para salvar parte no pequeña de la riqueza agrícola nacional. Poco después fue detenido el ex-gobernador porfirista Mucio Martínez, bajo el mismo cargo, de pagar protección y proporcionar armas a los alzados. Escandón y Martínez fueron liberados poco después, ante la intervención del gabinete de Madero, donde se

se habían suprimido ya las jefaturas, sus funciones se habían transferido a los municipios, sin haber definido con claridad su operación y reglamentación.

La atención a las causas de la revuelta comenzó a permear otros frentes. Luis Cabrera, empezó a alcanzar notoriedad al denunciar en la Cámara de Diputados la situación de opresión ancestral que habían sufrido los pueblos a manos de las haciendas y propuso la restitución de los ejidos. Esta postura, y el hecho ineludible de que la rebelión zapatista, a pesar de los flujos y reflujos, no había podido ser extirpada, llevaron al nuevo secretario de Gobernación, Rafael Martínez, conservador, familiar muy cercano a Madero, a reconocer que había pueblos que habían perdido sus ejidos por invasión de latifundistas, por ventas o por denuncias de acaparadores, siendo Morelos un lugar donde los pueblos habían perdido todo y donde los precios de la tierra eran más caros. Sin embargo, no era posible expropiar, por lo que debía estudiarse la manera de obtener algunos terrenos, restituir los ejidos y venderlos a los pueblos, sin alterar la estructura de la propiedad.<sup>112</sup>

### *Otra vez la fuerza*

Paralelamente, empero, la línea seguía siendo acabar militarmente con la rebelión. Blanquet fue nombrado jefe de la campaña en el Estado de México, se trajeron mil hombres más de refuerzo del norte y, en la secretaría de Guerra, fueron convocados Ángeles y Blanquet para coordinar acciones contra los alzados, atendiendo

---

consideró que no había colaboración hacia la revuelta, sino un esfuerzo mal orientado de proteger sus propiedades.

<sup>112</sup> AGN-GPR, Leyva a Srio. de Gobernación, 1º y 25 de diciembre de 1912, c. 72, e. 91, c. 55, e. 41 *El País*, 2, 5 de diciembre de 1912. *Nueva Era*, 4 y 5 de diciembre de 1912.

prioritariamente al Estado de México y Morelos. En ésta última entidad, incluso, se buscó armar a los peones de las haciendas, solicitando Gobernación la cooperación de los propietarios para ello. Entretanto, los alzados efectuaron 22 acciones de armas en Morelos, entre ellos los incendios a las estaciones de Cuautlixco y Yecapixtla y ataques a Jonacatepec, Tepalcingo Jonacatepec y Tres Marías. En la entidad mexiquense, la actividad de la fuerte columna militar de Blanquet logró calmar la intensidad de la rebelión de los meses anteriores. Solo se presentaron 14 acciones de armas, la más fuerte, combates alrededor de Temascaltepec y Sultepec, que intentaron tomar Eufemio Zapata y Genovevo de la O. En Puebla, también disminuyó notoriamente la actividad. Solo hubo acciones en 6 lugares, durante ese mes, entre ellas la toma por los alzados del pueblo de Acatzingo.<sup>113</sup>

Al comenzar 1913 la rebelión zapatista volvió a tomar nuevos bríos. En los dos primeros meses, hasta el golpe de Estado que puso fin trágicamente al experimento maderista, realizaron casi 60 hechos de armas en el territorio morelense. En esa ocasión el objetivo primordial de la táctica rebelde fue la destrucción y el incendio de las haciendas azucareras: 12 de las más importantes fueron incendiadas en esos días, entre ellas Tenextepango, San Nicolás Obispo, San Carlos, Atlihuayán, Santa Clara, Treinta y Temixco. Al decir de los afectados, se perdió la mitad de la zafra de ese año. La institución hacendaria en Morelos había perdido completamente la legitimidad y sufrió un golpe del que ya no se repondría.

En el terreno militar, las principales acciones fueron realizadas por Genovevo de la O, Amador Salazar y Felipe Neri, quienes se trasladaron desde la zona de Malinalco, en el suroeste mexiquense, hasta el otro extremo, bordeando el eje volcánico, para

---

<sup>113</sup> *El País*, 7, 8, 9, 16, 25 de diciembre de 1912; *Nueva Era*, 8, 13, 21, 26, 31 de diciembre de 1912.

incursionar en las faldas del Popo y el Izta. Los enfrentamientos mayores tuvieron lugar a 4 kilómetros de Chalco, en Ayotzingo, que fue quemado por los rebeldes, incluyendo parte de la fábrica de papel; las fuerzas del orden tuvieron que movilizar a los cuerpos auxiliares de las delegaciones cercanas del Distrito Federal. Después de esas acciones, el grupo de De la O, que había sido de los más activos, junto con los del *Tuerto* Morales y Eufemio Zapata, se trasladó al distrito poblano de Atlixco, donde atacó Tochimilco, para regresar luego a Morelos, amagar Yautepec y tomar Yecapixtla. Zapata, quien había tenido poca acción militar en los últimos cuatro meses, después de que la prensa capitalina comenzó a divulgar la versión de que estaba en negociaciones con el gobierno para rendirse, volvió a aparecer por sus dominios y atacó Villa de Ayala. Los ataques a las vías del tren y telégrafos volvieron a cobrar importancia.

En el Estado de México, incluyendo las acciones de De la O, ocurrieron 29 durante enero y febrero, quemando la hacienda de La Puerta, en Temascaltepec y otras en Tenancingo. En Puebla, se registraron 21 enfrentamientos en esos dos meses, entre ellos fuertes combates en Izúcar, Tochimilco, Huejotzingo y Acatlán.<sup>114</sup>

La rebelión había vuelto a encenderse. Ángeles tuvo que recurrir a incendiar poblaciones, utilizar artillería, fusilar y colgar a prisioneros, al amparo de la *Ley de Suspensión de Garantías*, los mismos métodos que había criticado al comenzar su campaña, aunque en menor proporción que sus antecesores. Los surianos se erigieron una vez más en una seria amenaza para el gobierno maderista. Después de 15 meses, con altibajos, la insurrección no había podido ser extirpada. Ni el prestigio regional de Leyva, ni los métodos militares de Ángeles habían podido contenerla, aunque habían limitado, al

menos temporalmente, su expansión, provocada por las depredaciones de Huerta y Juvencio Robles. Sin embargo, los problemas de fondo, la solución del problema agrario y una reforma política profunda, habían sido desechados por la coalición maderista gobernante. El proyecto de Madero no incluía esos puntos. La enorme desestabilidad que caracterizó a su gobierno constitucional finalmente llevó a que los sectores más conservadores y los altos mandos del ejército decidieran poner fin al experimento maderista de manera sangrienta, ante el temor de que se desbordara todavía más la agitación y movilización que había tenido lugar en muchas regiones y sectores en esos meses.

En ese tiempo, la práctica zapatista y el proyecto de transformación social que habían ido decantando, se había consolidado y habría de tener tiempo de probarse, en los meses y años siguientes, con otros aliados y enemigos, en una nueva etapa en la que estarían más cerca de alcanzar la hegemonía nacional. Esos meses les habían servido para alcanzar una identidad y madurar un proyecto político propio, con el cual intentarían obtener el poder central. Aunque con dificultades, la práctica militar les había servido para construir un ejército popular con numerosas bandas locales en la región del Sur, que había sobrevivido y enfrentado, con éxito, los intentos por aniquilarlos. Su fuerza regional ya no podía ser cuestionada. La nueva etapa tendría una dimensión todavía más nacional.

---

<sup>114</sup> *El Diario*, 2, 4, 10, 11, 14, 16, 19, 20, 22, 26 de enero, 3, 5, 8, 21, 26 de febrero de 1913. *El País*, 2, 4, 8, 10, 11, 14, 15, 16, 18, 21, 27, 29 de enero, 2, 4, 20, 21, 26 de febrero de 1913. *Nueva Era*, 10, 11, 12, 15, 17 de enero, 1, 2, 4, de febrero de 1913.

## Capítulo V.- La población civil ante la insurrección zapatista

La amplia rebelión que tomó forma en el zapatismo durante el régimen maderista se alimentó de un sustrato en el que las aspiraciones de tierras y aguas de pueblos que habían sido despojados de esos recursos jugaron un papel determinante. El zapatismo catalizó y canalizó esas aspiraciones y obtuvo un amplio respaldo que hizo crecer su influencia en una vasta zona. En términos generales, las regiones en que se extendió compartían una problemática agraria semejante y, particularmente en la región poblana y guerrerense, en el Porfiriato había tenido lugar un proceso de despojo de tierras pertenecientes a los pueblos, junto con un endurecimiento de la política estatal que legalizó esa desposesión y convirtió en arrendatarios o campesinos sin tierra a los antiguos poseedores y usufructuarios de esos recursos. El zapatismo fue visto por estos sectores como el adalid de las reivindicaciones agrarias; eso le dio legitimidad y facilitó la incorporación a sus filas de un número creciente de partidarios.

Sin embargo, el agrario no fue el único motivo que generó apoyo hacia los rebeldes. También jugó un papel muy importante el rechazo a las prácticas depredatorias y abusivas ocasionadas por la irrupción del ejército federal. Su presencia, en la medida en que atacó a la población civil para cortar los apoyos a la rebelión, provocó la resistencia de éstos sectores y su identificación con los rebeldes, los cuales les sirvieron de apoyo y les ofrecieron cobertura, organización y defensa. Lejos de acabar con la revuelta, la ocupación militar la extendió y radicalizó.

Empero, la insurrección no generó un apoyo unánime entre la población rural de escasos recursos a la cual pretendía representar. Menos aún entre las élites regionales y

clases medias, que sufrieron la violencia de la actividad insurgente en sus familias, bienes y en la alteración de las relaciones productivas que tuvo lugar en los lugares bajo influencia rebelde. Las tropas insurgentes tuvieron a menudo un comportamiento abusivo contra la población civil y enfrentaron también el rechazo y aún la oposición activa de amplios sectores, que se organizaron y armaron para combatirla. Esta resistencia atravesó barreras sociales y geográficas, aunque tuvo serias dificultades para consolidarse, en virtud de la desconfianza del régimen central para permitir la constitución de focos de resistencia a la actividad rebelde autónomos de las estructuras políticas y militares del sistema.

#### *La problemática agraria de los pueblos*

Desde el comienzo de su administración, el problema de la rebelión de Morelos y una amplia zona del centro sur del país, se había convertido en el principal problema político del régimen de Madero. Las proporciones que estaba alcanzando la revuelta hicieron que, dentro del régimen maderista, los individuos aglutinados en torno al *Diario del Hogar*, exacerbaban sus críticas a la táctica violenta que estaba empleando Madero para acabar con la rebelión. Desde la páginas de ese diario, su director Juan Sarabia abrió una tribuna para que se expresaran directamente los pueblos y dieran a conocer los problemas y los motivos de queja que tenían contra caciques, autoridades y hacendados. Algunos pueblos y representantes de ellos hicieron llegar sus puntos de vista. De entre ellos, conviene citar los testimonios de los vecinos de Alcomunga y San Miguel, de la sierra de Tehuacán, quienes escribieron que, a mediados del XIX, habían tenido que pedir 140 pesos a la dueña de la finca de Buena Vista para reparar la capilla del pueblo que se había quemado, para lo cual

habían tenido que empeñar los títulos de propiedad, los cuales habían quedado en poder de los herederos de la finca, quienes habían convertido a los pobladores en arrendatarios. El *modus vivendi* con la hacienda fue roto en 1881, experiencia vivida por los pobladores como un rompimiento de la tradición:

“Por algún tiempo, nuestros antepasados estuvieron exentos de pagar renta, pero en 1881 quedaron sujetos a pagar un peso de renta por cada ciudadano. En 1907 compró el señor don Martín Urrutia y desde esa fecha fatal, no solamente nos hicieron rigurosamente arrendatarios pagando diez pesos cada uno, sino también a dar forzosamente cada individuo quince días de trabajo en la recientemente formada hacienda de Xonotipan, recibiendo como estipendio por los quince días de trabajo forzoso \$2.00 y alguna vez \$2.50; esto cuando el buen humor del administrador lo permite.

Para obligarlos a trabajar en las nuevas condiciones, la hacienda había hecho uso de la fuerza pública y de la represión. El gobierno porfirista fue identificado como cómplice de esta injusticia:

No es esto todo, pues para imponernos la renta y costumbres aludidas vino a nuestros infortunados pueblos de Alcomunga y San Miguel un tal Federico Moreyra que en aquella época hacía de administrador, quien apoyado por la fuerza federal que concedió el gobierno pasado, fuimos obligados no solamente al pago de renta y trabajar forzosamente quince días en Xontepan, sino por medio de las armas se nos amenazó a ser despojados incendiándonos además nuestros hogares si no reconocíamos y acatábamos las nuevas costumbres de servidumbre. Otra disposición del señor Moreyra fue la de que todo arrendatario del lugar que insistiera en tener dos jacaes para que vivieran nuestras familias, le sería destruido en el acto o de otra manera, pagaría doble renta. Como alguno de nosotros tuviéramos dos jacaes en esos momentos nos fue incendiado uno de ellos por la misma fuerza armada. sin que nuestras justas quejas tuviesen alguna significación.

Los agravios sufridos, habían llevado a la población a recurrir a la desobediencia, reconocida veladamente y justificada por el trato de que habían sido objeto

Desde aquella época, la intransigencia reina en estos dos pueblos hermanos de una manera inexplicable: por doquier se escuchan lamentos y desesperación y entre tanto, el caciquismo más y más clava sus garras sobre nosotros, haciéndonos sufrir el hambre y la desgracia. Si cierto es que en parte alguna hemos rehusado rendir toda la obediencia que exigen los caprichos de nuestros mandatarios, también es cierto que nos han despojado de nuestro patrimonio, que con su carácter despótico, nos inducen cada día a despreciar sus ofuscados tratamientos.

Finalmente, hacia finales del porfiriato el pueblo había sufrido una nueva represión y había perdido sus cosechas, encontrándose en una situación desesperada, por lo cual la revolución maderista aparecía como una esperanza de mejora,

Últimamente, el año próximo antepasado, entre patrón, administradores, en combinación con el célebre jefe político de Tehuacán, Javier Córdoba, mandaron fuerza rural a nuestros pueblos con el fin de amedranos de tal manera, que las pocas siembras de maíz que teníamos sembradas y que forman el único patrimonio para el sostenimiento de nuestras familias, tuvieron que perderse por falta de cultivo, porque la fuerza armada, sin distinción de persona ni sexo nos perseguían tenazmente, perdiendo con esto el tiempo más preciso de poder atender nuestras labranzas. En esta desesperante situación nos hallamos desde aquella época en que nuestros antepasados por su fatalidad, cayeron en garras de personas sin corazón que nos sumergieron en nuestra desgracia; pero sin embargo, la revolución nos ha devuelto a los esclavos y oprimidos sus derechos de ciudadanía...”

La pérdida de sus títulos de propiedad, la conversión forzosa en arrendatarios, el pago obligatorio del arriendo, la prestación de trabajo forzoso, la ruptura del pacto de economía moral, los cambios en los usos y costumbres, el trato despótico del hacendado y administradores, el contubernio del jefe político y la represión, habían puesto en condición difícil a los habitantes de este pueblo que, como dejan ver en su escrito, no se habían cruzado de brazos y se habían “rehusado a rendir toda la obediencia” y a “despremiar sus ofuscados tratamientos”. Es decir, en la mente de estos campesinos y familias ultrajadas se había producido el mecanismo de romper con los vínculos de dominación y obediencia en los que habían crecido y que les permitían convivir con los hacendados y las autoridades. La ruptura de ese vínculo moral, cultural, económico, la habían hecho los patronos, no los campesinos.

Por reparar su capilla y tener que pedir prestado habían perdido sus títulos, el derecho a sembrar la tierra, a poseer una vivienda digna, a rentar tierras para completar sus

necesidades. Habían tenido que hacer el tránsito de ofrecer obligatoriamente su trabajo a cambio de un salario miserable y a padecer la represión por no dejarse. Para ellos, era a todas luces una injusticia y habían llegado, arrinconados, a reconocer el derecho a rebelarse, a restablecer la justicia rota. Por ello concluían “la revolución nos ha devuelto a los esclavos y oprimidos sus derechos de ciudadanía”. Pueblos con problemáticas similares eran los que alimentaban a los rebeldes y sentían la atracción que ejercía la actividad desafiante de éstos, y veían en la revolución una esperanza de mejora. También los vecinos de San José Ixtapa, distrito de Chalchicomula, Puebla se quejaron del despojo de sus tierras, la conversión a arrendatarios, los malos tratos de los que se apoderaron de sus tierras - comerciantes “españoles”-, la represión y el desinterés del gobierno ante la justicia de sus reclamos:

"[...] Desde tiempo inmemorial y por concesión del gobierno colonial que donó a los pueblos de indios terrenos para su subsistencia personal y de sus ganados, habíamos poseído la parte que nos correspondía, entregados a nuestras pacíficas labores, hasta que hace algún tiempo fuimos despojados de manera arbitraria por los hacendados colindantes que, violando el derecho de propiedad que nos asiste en todo tiempo recurrieron a medios ilegales para dar apariencia de verdad a hechos de mala fe que pretendían justificar lo que ante la razón y el derecho no podrán nunca probar.

En 1888 iniciaron un juicio contra la hacienda del Carmen para recuperar sus tierras, sin embargo

Poco o ningún caso hicieron a nuestra demanda, poniéndonos mil trabas y dificultades, la hacienda fue vendida hace doce años más o menos, a los señores Leandro Aldama y hermano, españoles, comerciantes de Tehuacán, quienes fueron advertidos por mí de que parte de los terrenos de esa hacienda estaban en litigio.

Los nuevos dueños no tomaron en cuenta los reclamos de la gente por considerarlos “adversarios insignificantes, por ser humildes labriegos, carentes de influencia y de

---

<sup>1</sup> Vecinos de Alcomunga y San Miguel a Juan Sarabia, *Diario del Hogar*, 3 de enero de 1912.

recursos.” La situación de los campesinos se había vuelto crítica y constataron al servicio de quién estaban los recursos del gobierno: fueron convertidos en arrendatarios de sus propios terrenos y, encima de esa injusticia, sufrieron todavía más ultrajes y represión.

**Reclamaban justicia y la devolución de su propiedad:**

Si anteriormente nos veíamos privados de los elementos peculiares de vida, nuestros males crecieron con los nuevos dueños de la hacienda, que apoyados por el funesto Mucio Martínez que en todo puso los elementos del estado a su favor para perjudicarnos, nos causaron grandes e incalculables males.

Siendo el cultivo de las tierras el único medio de vida que tenemos, sin reconocer la pretendida propiedad de los señores Aldama sobre nuestros terrenos, nos vimos precisados a pagar renta por lo que era nuestro.

Mas viendo dichos señores nuestra insistencia en reclamar justicia, nos echaron los ganados de la hacienda sobre las siembras y recogieron nuestros animales para matarnos por hambre y hacernos callar; pero nosotros con fe en la llamada justicia de aquellos tiempos, seguimos acudiendo a los tribunales, sin conseguir nada.

Terminaban su escrito señalando que persistirían en su empeño, aunque hubieran perdido prácticamente la esperanza

Hemos sido maltratados en nuestras personas e intereses, nos han llevado a las prisiones, calumniándonos para perjudicarnos en todos sentidos. Hemos recurrido a los tribunales del estado, hemos suplicado y bajado las escaleras de los palacios de Puebla y la capital en demanda de justicia, y desgraciadamente sin esperanza de éxito.”<sup>2</sup>

Esos “humildes labriegos, carentes de influencia y de recursos”, que habían sido despojados de sus tierras y obligados a “pagar renta por lo que era nuestro”, habían visto también romperse el pacto moral con las haciendas, las cuales habían violado “el derecho de propiedad que les asistía en todo tiempo, por medios ilegales”, con “mala fe.” Habían constatado también que el gobierno se ponía de parte de quienes los perjudicaban y que los tribunales no les resolvían. Habían sufrido la represión y, a pesar de todo, no claudicaban en su derecho a recuperar su propiedad, a pesar de que no confiaban ya en los recursos legales.

---

<sup>2</sup> Vecinos de San José Ixtapa a Juan Sarabia, *Diario del Hogar*, 4 de enero de 1912.

En el lenguaje de los campesinos que se expresaban a través de estos escritos se mostraba claramente el sentimiento de agravio ante estas injusticias y abusos por parte de los poderosos y el gobierno. La revolución, sin duda, les daba valor para estas denuncias. Esos pueblos eran la base social, tanto de los rebeldes zapatistas, como de aquellos que, desde la izquierda del régimen, conminaban a Madero a escucharlos y resolver positivamente sus peticiones.

Desde luego, el conducto natural por el que fluían la mayor parte de este tipo de reclamos, dentro de la añeja tradición paternalista de la nación y de los sectores rurales, era el gobierno y, de manera particular, la presidencia de la República, solicitando su intervención, esperando que les resolvería sus problemas. En el archivo de Francisco I. Madero se encuentran muchos de esos testimonios. Los vecinos de Tlancuilpicán, Chiautla, en el estado de Puebla expresaron que:

“... nos encontramos invadidos de nuestros terrenos por las haciendas de Jaltepec, Atencingo, Tenango y Santa Ana, que fueron apoyados por la pasada administración quedando reducido el pueblo a su casco, teniendo que ser arrendatarios de nuestros propios terrenos”

En 1895 habían intentado aprovechar la *Ley de Baldíos* para deslindar y recuperar sus terrenos, pero habían sido reprimidos. Las autoridades municipales que los ayudaron y sus líderes, fueron apresados y torturados por órdenes del administrador español de la hacienda de Jaltepec, quien desde entonces había continuado usurpando sus tierras. Le decían a Madero que hasta esa fecha “no habían tomado las armas para hacer reclamación alguna como muchos vecinos de nuestros pueblos” puesto que confiaban en que Madero les haría justicia.<sup>3</sup> Estos testimonios mostraban diáfaramente cómo en esa zona poblana sí había tenido lugar un proceso de desposesión de tierras de los pueblos, al amparo de las *Leyes de*

**Baldíos porfirianas y cuya resistencia había sido quebrada por la represión. Varios de esos pueblos, como señalaba el escrito, habían tomado las armas para restablecer la justicia. Ésas fueron las condiciones que permitieron la extensión de la rebelión zapatista.**

Los pueblos de Zumpahuacán, San Pablo y San Antonio de Tenancingo, también en Puebla, expresaron que estaban en litigio desde 1623 contra la familia Alvear, que los había despojado de sus tierras. En 1879 el jefe político había reconocido los terrenos en disputa como de comunidad, pero como las Leyes de Reforma impedían que hubiera propietarios colectivos, les dio derechos de propiedad individual a más de mil vecinos. Sin embargo, poco después el gobierno autorizó la construcción en esos terrenos de la colonia de Tlapizaco sin que hubieran podido recuperar sus tierras desde entonces.<sup>4</sup> Otros vecinos de Teziutlán se quejaron de que “las gentes grandes y extranjeros” de esos rumbos los habían despojado de sus tierras con el apoyo del jefe político. Los vecinos de San Bartolo Teotepec, en Tehuacán, solicitaron a Madero la devolución de sus tierras que les había arrebatado la familia de caciques de apellido Betanzos, y alegaron que sus títulos databan de la colonia.<sup>5</sup> En Izúcar, los vecinos de los pueblos de San Diego, San Juan Piaxtla, San Juan Cuahuixtla, Santo Tomás, Los Reyes y Santiago Mazatla, denunciaron que el 11 de noviembre de 1910 la hacienda de Raboso tapó con piedras el canal del río, robándoles el agua, y se encontraban en situación apremiante. Tenían títulos de propiedad de esas aguas.<sup>6</sup>

Al parecer, en algunos lugares seguían existiendo contratos que establecían la prestación obligatoria de servicios en beneficio de las haciendas, a cambio de dinero y

---

<sup>4</sup> Vecinos de Tlancuilpacán, Chiautla, a Madero, 15 de enero de 1912, *AGN-FM*, c. 3, e. 67-2. fs. 2022-2023.

<sup>5</sup> Vecinos de Zumpahuacán, San Pablo y San Antonio de Tenancingo a Madero. *Ibid.*, c. 3, e. 78-1. fs. 2306-2314.

<sup>6</sup> Martín Merino y Pascual Vega a Madero, Xoloco. Teziutlán, 19 de enero de 1912, *Ibid.*, c. 3, e. 77-2. fs. 2297-2298. *Diario del Hogar*, 28 de junio de 1912.

prestaciones. En Ahuehuetzingo, Chietla, distrito de Chiautla, los vecinos se quejaron de que en 1911 los hicieron reparar una caja de agua de la hacienda de Atencingo que había sido dañada por las fuerzas maderistas en los meses finales del porfiriato. En mayo de 1911 las tropas federales los obligaron a volver a reparar ese canal amenazándolos con fusilarlos si no lo hacían. No estaban de acuerdo en que se les exigiera con esos modos esa prestación, aunque reconocían la validez de ese contrato que se les había impuesto en el año de 1894 de manera arbitraria. En dicho contrato, los vecinos del lugar, por conducto de sus autoridades y con la presencia del jefe político, se habían comprometido a prestar servicios a perpetuidad para permitir el uso de las aguas del río que pasaba por su pueblo y luego descendía a las tierras de la hacienda, a través de una acequia y a reparar ésta cuando fuera necesario, a cambio de que el hacendado no hiciera uso simultáneo de esas aguas para dos campos separados que tenía y por la entrega al pueblo de cuatro panes de azúcar, ocho panes de miel y 26 pesos anuales.<sup>7</sup>

Todos estos testimonios confirman una situación extremadamente conflictiva en la zona poblana. No es casual que esta región haya servido como plataforma para el crecimiento y arraigo de la actividad, tanto de los grupos rebeldes autóctonos, como de los de Morelos, quienes implantaron su dominio en esos territorios. Esta conflictividad agraria estaba en la base del carácter reivindicatorio del *Plan de Ayala*, y explica, en buena medida, los apoyos que obtuvieron. Los rebeldes eran el conducto natural de esas demandas, que no tenían más cauce por las vías institucionales y ante las cuales Madero no tuvo la capacidad ni la disposición de atenderlas e incorporarlas a su proyecto de reformas.

---

<sup>7</sup> *Diario del Hogar*, 30 de diciembre de 1911.

La legitimidad que habían alcanzado los zapatistas sirvió también para recoger las denuncias y aspiraciones de justicia agraria de varias comunidades. Vecinos de Malinalco escribieron a Genovevo de la O el 26 de agosto de 1912 para denunciar el despojo que había hecho la hacienda de Jalmolonga de sus tierras. Tenían títulos reales y estaban en pleito por recuperar su posesión desde tiempo atrás, habiendo gastado mucho dinero en ello. Le pidieron su intervención para “entrar en uso y posesión de las tierras”. Ellos, a su vez, “en lo necesario le prestaremos algún auxilio en nuestra población”.<sup>8</sup>

Vecinos de Tecamatlán se dirigieron a De la O “como jefe de la Revolución” para que interviniese adjudicándoles las tierras de la hacienda de Tenería, debido a la opresión continua que ejercía contra los pueblos limítrofes y a que el fundo legal de su pueblo no era suficiente para mantener a las familias del lugar. En su protesta, expresaron el antihispanismo que había caracterizado a la región desde tiempos remotos:

“nos parece que no está en razón, ni es de justicia, seguir observándose las imposiciones caprichosas que desde tiempo inmemorial hicieron los españoles cuando dominaron nuestro país, costumbres convenencieras que dejaron reducidos a los pueblos por todas partes, despojando a los mexicanos de lo que realmente les pertenecía para formar sus haciendas, de lo mejor de nuestra bendita tierra, haciendas que han servido para humillar, humillar y maltratar a nosotros los mexicanos”.

Finalizaron su petición manifestando sus simpatías por las ideas de la Revolución y dijeron protestar para contribuir ayudando al movimiento revolucionario.<sup>9</sup>

En Guerrero, los vecinos de Tehuiltepec, distrito de Alarcón, escribieron a Madero que habían comprado colectivamente tierras en 1888, para dividir las y trabajarlas individualmente, pero los principales del lugar lo impidieron, ocupando ellos las mejores

---

<sup>8</sup> Cristóbal Fuentes a Madero, Ahuehuetzingo, 29 de mayo de 1912, *AGN-FM*, c. 42, e. 1143-3, f. 32010-32013.

<sup>9</sup> *AGN-GO*, Demetrio Martínez *et al* a De la O, San Martín Malinalco, 26 de agosto y 18 de octubre de 1912, c. 1, e. 3, fs. 27, 95

tierras. En 1909 reanudaron el juicio para recuperar sus tierras, sin obtener sentencia favorable. Le pedían a Madero que, en nombre de la “redentora revolución que acaudilló”, les hiciera justicia, pues los archivos del juicio fueron quemados al estallar la revolución de 1910.<sup>10</sup> Vecinos de Ajuchitán, en ese mismo estado, informaron a Madero que tenían 22 años peleando las tierras que les fueron despojadas por la *Ley de Baldíos* en favor del “cacique” Pedro Muñoz. Aunque en 1894 Díaz había ordenado la nulidad del acto, el cacique lo impidió por la fuerza. Estallada la revolución de 1910, Ambrosio Figueroa ordenó la devolución de sus tierras, pero esa orden no había sido cumplida por las autoridades locales, que seguían obedeciendo a los descendientes del cacique. Pedían a Madero que “con el apoyo del Plan de San Luis”, se les devolvieran sus tierras y les pagaran los perjuicios recibidos, los que estimaban en cinco mil pesos. Pedían que las tierras recuperadas fueran “repartidas entre los trabajadores pobres de este lugar que han ido a los campos de batalla a defender nuestros derechos”, es decir, que se habían ido a la revolución.<sup>11</sup>

Los pueblos de Tonalapa del Río, Coatepec de los Costales, Tlaco y Tlapa, en el distrito de Aldama, Guerrero, denunciaron ante Madero que la hacienda de Atlixac había obtenido de manera arbitraria en 1910 la concesión del agua del río Tonalapa. Esa agua y su uso pertenecían desde tiempos coloniales a dichos pueblos que sembraban con ella sus terrenos de labor y huertos. El año anterior siete canales del pueblo de Tonalapa habían sido destruidos por enviados de la hacienda, con el apoyo del cuerpo de rurales y del jefe político de Teloloapa. Los pueblos objetaban la concesión del agua de la hacienda de

---

<sup>9</sup> *AGN-GO*, Valentín Camacho *et al* a De la O, Tecamatlán, 21 de noviembre de 1912, c. 1, e. 3, fs. 120-121.

<sup>10</sup> Vecinos de Tehuilotepic a Madero, 31 de diciembre de 1911, *AGN-FM*, c. 3, e. 49-1, fs. 1726-1727.

Atlixnac y reclamaban el uso del ojo de agua de Almolonga, del que también se había apoderado esa hacienda, invocando para ello el *Plan de San Luis*.<sup>12</sup>

Así pues, también en Guerrero existía un patrón parecido de conflicto agrario: las élites locales y caciques habían despojado a pueblos de tierras y aguas usando las Leyes de Baldíos porfirianas; los tribunales no impartían justicia; las autoridades y fuerzas del orden estaban coludidos con los poderosos y reprimían a los que protestaban: No era casual, por tanto, que varios de esos pueblos se hubieron “ido a los campos de batalla a defender sus derechos”. La prensa capitalina informó que el pueblo de San Miguel Huapa, en Tepecoacuilco, Iguala, estaba engrosando las filas del rebelde Salgado debido a los abusos que había cometido Pastrana, un cacique protegido de los Figueroa, quien había despojado al pueblo de sus tierras.

Morelos es, desde luego, el ejemplo más conocido de esta conflictividad agraria. Vecinos de Amayuca, en Jonacatepec, Morelos, escribieron a Madero que las causas de la revuelta en esa zona eran los despojos e injusticias cometidas por las haciendas de Santa Clara y Tenango, que les habían quitado sus tierras e incluso, habían asesinado a dos habitantes del lugar, quienes las habían defendido; otros dos de ellos habían sido deportados. El pueblo de Santa María, uno de los más aguerridos en la revuelta, de donde era originario Genovevo de la O, había luchado en los últimos dos años por revocar la concesión de explotación de la madera y el carbón del bosque que había beneficiado al norteamericano Hapson, sin éxito hasta entonces.<sup>13</sup> La extensión de este tipo de agravios y

---

<sup>11</sup> Vecinos de Ajuchitán, Guerrero, a Madero, 31 de diciembre de 1911, *Ibid.*, c. 2, e. 64-1, fs. 1966-1967.

<sup>12</sup> Autoridades de Tonalapa, Coatepec, Tlaco y Tlapa a Madero, *Diario del Hogar*, 16 de febrero de 1912.

<sup>13</sup> *El País*, 26 de febrero de 1912; Vecinos de Amayuca a Madero, *Diario del Hogar*, 28 de febrero de 1912; *El País*, 3 de marzo de 1912.

de demandas de carácter agrario que encontraron vías de expresión después de la caída de Díaz, fueron una de las vertientes principales que alimentaron la revuelta zapatista.

Estos son solo algunos ejemplos de los que se encuentran en los archivos que se han conservado y en los diarios que les dieron expresión. No es una muestra exhaustiva ni se puede generalizar su grado de extensión. Sin embargo, es significativo que en la zona donde creció el zapatismo periférico, en los municipios colindantes con Morelos, de Puebla y Guerrero, existieran este tipo de conflictos que tenían como denominador común el despojo de tierras y aguas por las haciendas, comerciantes o caciques, la conversión súbita en arrendatarios, la condiciones coactivas para imponer pagos en dinero o trabajo, la colusión y el respaldo de las autoridades políticas y militares locales, la represión para castigar las protestas mayores, el impacto negativo de las leyes de Reforma y, particularmente, de la *Ley de Baldíos* para justificar el despojo de sus propiedades, la ineficacia de las instituciones y procedimientos legales para restituir lo que en justicia les pertenecía y la confianza en que la revolución y las nuevas autoridades sabrían remediar esas injusticias.

La ruptura del pacto de economía moral era un hecho al que el estallido de la revolución, el cambio de las autoridades y la aparición de grupos rebeldes que hacían suya la lucha contra esos despojos daban una nueva dimensión. Las nuevas condiciones, la debilidad del Estado, la vulnerabilidad visible de las élites, la confianza en nuevos líderes que basaban su legitimidad en la defensa contra las injusticias, la seguridad que proporcionaban grupos armados representativos de esas aspiraciones, daban mayor confianza a la población civil marginal para que se animara a participar y afloraran los agravios contenidos. En esas zonas, para una parte creciente de los sectores populares, la legitimidad de las haciendas y de las autoridades e instituciones del régimen porfiriano se

había roto. Se estaba construyendo una nueva legitimidad que quedaría en manos de Madero o de los zapatistas, dependiendo de quién supiera ganarse y representar esas aspiraciones y sentimientos de agravio e injusticia. Muchos de estos testimonios evidencian que esos sectores no habían roto aún con Madero o se veían obligados a aparentarlo. El nuevo régimen estaba a prueba. Si el zapatismo estaba creciendo, se debió a que empezó a ganar la batalla por obtener el apoyo de esos grupos descontentos y sin alternativa.

El énfasis del zapatismo de resolver el problema agrario y el sinnúmero de testimonios contemporáneos que lo confirmaban, son prueba de que había una problemática no resuelta que pudo expresarse con la revolución maderista. Por ello el zapatismo tuvo arraigo en esas zonas y sectores y sus reivindicaciones agrarias dieron cauce a las demandas y reclamos de esas poblaciones agraviadas. Inversamente, el énfasis del zapatismo en la solución de los problemas agrarios tiene su explicación en su estrecha relación con esas comunidades y poblados que hacían ese tipo de reclamos. Al mismo tiempo, las expresiones de mayor violencia de la rebelión zapatista contra las haciendas, comerciantes y jefes políticos, tuvieron lugar precisamente en varios de los municipios colindantes con Morelos pertenecientes a Puebla y a Guerrero. Es posible, por tanto, establecer vínculos de causalidad entre esa violencia y la problemática de despojos agrarios, agravios morales y represión política que se produjo en esa zona.

Algunos de estos agravios agrarios fueron reconocidos por contemporáneos de esos lugares como la causa de la incorporación y del apoyo de esas localidades a la revuelta zapatista. Incluso, los hermanos Felipe y Tomás Ruiz de Velasco, administradores de las haciendas de San Juan y El Higuierón, en la zona de Jojutla y Tlaquiltenango, que eran parte de los hacendados más lúcidos y modernizadores, con una sólida preparación profesional, y

productores de arroz, reconocieron -aunque no la aceptaran- la raíz agraria en la protesta zapatista. En un folleto que publicó Tomás Ruiz de Velasco a mediados de 1912 expresó:

“Es muy cierto y es un hecho innegable que las tierras de riego, es decir, lo esencial de las tierras de cultivo en Morelos, son propiedad de dos decenas de personas, de las que ni una sola reside en el estado [...] Es un hecho que las poblaciones no tienen ni para pagar sus gastos, ni para dar a sus habitantes ninguna de las comodidades higiénicas más elementales [...] Es un hecho que los pueblos han sido despojados de los capitales a censo enfiteútico, en provecho de unos cuantos y sin ninguna compensación [...] Es un hecho que la usura absorbe todo el producto del trabajo y que el interés del dinero a los agricultores es enorme [...] Es un hecho que ha existido siempre opresión por parte de las autoridades políticas al grado de anular completamente toda vida propia del pueblo, y que hay un deseo de nueva vida...”<sup>14</sup>

El reconocimiento del monopolio de las tierras de riego, de la penuria de las comunidades campesinas, y de la opresión política por representantes de las haciendas que no tenían simpatía alguna por el zapatismo, confirmaba la base agraria de la revuelta y el deseo de las comunidades de liberarse de la opresión política. Los Ruiz de Velasco se daban cuenta de que los desequilibrios producidos por el avance de las haciendas y la actitud de muchas de las haciendas ante la rebelión, ponían en riesgo la existencia misma del sistema hacendario, por lo cual propusieron moderar esos excesos y que, de manera voluntaria, los grandes propietarios fragmentaran una parte de sus terrenos para que tuvieran acceso a ellos pueblos necesitados, en un proceso acotado y conducido por el gobierno. Para los Ruiz de Velasco esa reforma agraria voluntaria, limitada, era lo único que podía salvar al sistema hacendario.

Carlos Castro, profesor rural de Santa María, quien había salido huyendo de uno de los ataques de Genovevo de la O y había encontrado apoyo en Ernesto Madero que le había dado trabajo, opinó que la única forma de acabar de raíz con el zapatismo era resolviendo el verdadero problema que lo había engendrado: la falta de tierras, para lo cual propuso expropiar por causa de utilidad pública las mayores haciendas de Morelos: las de Tenango y

Santa Clara (de Luis García Pimentel), la de Cuahuixtla, Treinta y Acamilpa (de Manuel Araoz), las de San Nicolás y Zacatepec (de Juan Pagaza), dividiéndolas y entregándolas a los pueblos, sin prestar oídos a los hacendados españoles que vivían lujosamente en Europa o en la ciudad de México.<sup>14</sup> Estas voces, que venían de las mismas élites o de sectores influidos por ellas, se sumaban a las de la oposición democrática que reclamabacada vez con más fuerza una reforma agraria que acabara de raíz con el levantamiento zapatista.

### *Los agravios de la población civil*

Había otros motivos, además de los agrarios, que fueron causa de descontento y protestas en los sectores e individuos de las localidades de la zona por la que se extendió y enraizó la revuelta. Estos motivos explican, en parte, la actitud de apoyo y simpatía de la gente hacia los rebeldes e, incluso, en ocasiones, su incorporación a ellos. Entre los más recientes y constantes motivos de protesta estuvieron los abusos cometidos por el ejército federal, por los rurales y por los distintos tipos de autoridades estatales y municipales. Así, varios individuos protestaron contra la incorporación de sus hijos a la leva, por el encarcelamiento injustificado de familiares a los que se acusaba de apoyar a los rebeldes, por la corrupción, parcialidad y violencia de autoridades municipales contra población inocente. Con el pretexto de buscar zapatistas, federales y rurales irrumpían violentamente en viviendas particulares, apresaban, amenazaban y golpeaban a sus moradores, sin importar edad ni sexo. Estos abusos llevaron a la población civil a esconderse ante el arribo de las tropas

---

<sup>14</sup> Tomás Ruiz de Velasco "Proyecto de Convención en el Estado de Morelos. trabajos que pueden emprenderse para la pacificación", en *AGN-FM*, c. 49, e. 1377, f. 37366.

federales y rurales y a emigrar o buscar protección bien fuera en el gobierno o en los rebeldes.

El gobierno estatal, para aislar a los alzados de la población civil y cortarles sus fuentes de aprovisionamiento y reclutamiento en las zonas rurales más agrestes, en donde se refugiaban y preparaban sus incursiones, comenzó en enero de 1911 a reconcentrar poblaciones de villas y rancherías en donde tenían pruebas del apoyo a los alzados, alejadas de las ciudades más grandes, con el consiguiente trastocamiento de la forma habitual de manutención de esas familias que fueron obligadas a abandonar súbitamente sus hogares y patrimonio.

Los jefes del ejército federal, ante la gran movilidad de las bandas guerrilleras y su incapacidad para perseguirlas y aniquilarlas, no encontraron mejor solución que reprimir, atemorizar y ejercer un fuerte control sobre la población civil de las localidades donde los rebeldes estaban más arraigados. Esta táctica demostró de inmediato su ineffectividad, pues no consideraba que, dadas las características del ejército zapatista, muchos de sus jefes y militantes no eran individuos extraños a los pueblos, villas y rancherías sino parte de ellas, por lo que los vínculos y solidaridades de parentesco, trabajo y amistad no eran fáciles de disolver. Todo lo contrario, el ataque a las localidades provocó la defensa de éstas y una mayor identificación con los alzados. Por ello, el efecto inmediato que tuvo la represión contra la población civil fue que, en lugar de alejarla de los rebeldes, la unió más a ellos, en busca de defensa, protección, y una alternativa de organización contra esas amenazas y abusos. Así, muchos hombres de familias que habían permanecido hasta entonces neutrales, ante la quema de pueblos enteros, cateos, fusilamientos sumarios, humillaciones y abusos

---

<sup>11</sup> Carlos Castro a Madero, México, 29 de julio de 1912, *AGN-FM*, c. 3, e. 44, fs. 1592-1598

de las tropas federales y rurales, no tuvieron otro recurso que sumarse a los rebeldes. De cualquier forma el trato que recibían del ejército era como si todos ellos fueran zapatistas.

Desde luego, la principal causa de indignación y ofensa fue la quema de los poblados, la detención y reconcentración de ancianos, mujeres y niños de pueblos enteros, los fusilamientos, detenciones y leva en gran escala que tuvo lugar en esas semanas. Hay abundancia de ejemplos de esos abusos contra la población civil, como en Yautepec donde el comandante militar, sin hacer caso de las protestas de los vecinos, fusiló a principios de febrero de 1912 a un poblador ebrio que había gritado vivas a Zapata. El presidente municipal se había negado a ejecutarlo y ése fue uno de los motivos para que el secretario de gobierno estatal, junto con el jefe figueroísta Federico Morales, lo tachara de zapatista y lo depusiera. Antes, los rurales habían aprehendido al regidor y al jefe de policía de ese poblado, junto con peones de la hacienda de Oacalco, acusándolos de zapatistas e, incluso, mecatearon al administrador de la hacienda que testificó diciendo que eran pacíficos.<sup>16</sup> El nuevo presidente de Yautepec fue un militar, capitán del ejército, quien a la semana siguiente fusiló a catorce personas, entre ellos diez peones de la hacienda de San Carlos, a pesar de que el administrador abogó por ellos; fueron descuartizados y repartidos sus restos a sus familiares. Periodistas capitalinos constataron que la población, descontenta, se había incorporado a las filas zapatistas.<sup>17</sup>

Durante el mes de febrero de 1912 ocurrieron una gran número de estos abusos. En Ticumán, Morelos, soldados federales asesinaron brutalmente a un anciano luego de que

---

<sup>16</sup> Al detener y catear la casa del presidente municipal, el secretario de gobierno del estado le dijo que como el 95% de la población era zapatista y habían votado por él en las elecciones, luego entonces era también zapatista. El presidente depuesto, Julio Morales, señaló que solo le habían encontrado una pistola vieja y correspondencia con liberales californianos de 1895. *El País*, 12 de febrero de 1912. *Diario del Hogar*, 12 y 28 de febrero de 1912.

acababan de ser emboscados por una partida de rebeldes. En Chamilpa, rurales del 11° regimiento le quitaron a los habitantes 700 pacas de zacate para alimentar a sus monturas. En Colucan, del distrito de Izúcar, el administrador de la hacienda de San Nicolás hizo fusilar por los rurales a tres jóvenes que habían hecho gritos subversivos. En Jojutla, los vecinos se quejaron de que habían sido agredidos y ofendidos por un destacamento de soldados ebrios que no quisieron pagar en una cantina lo que habían ingerido. En Tetecala, el jefe militar fusiló a varios individuos injustificadamente. En Ahuetepan e Ixtlahuacan, en Guerrero, los federales apresaron y se llevaron a 25 habitantes pacíficos, por lo que el pueblo decidió sublevarse contra el gobierno. En Xochimancas, Morelos, los federales incendiaron varias casas, violaron a mujeres y robaron a la población. En Ocoatepec quemaron los pastos, varias casas particulares y apresaron a 6 vecinos pacíficos. El 26 de febrero de 1912, a los pueblos de Ahuatepec, Ocoatepec y Chamilpa se les dio 72 horas para desalojarlos, antes de ser quemados por simpatizar con los zapatistas. 45 individuos, incluidos varios ancianos y dos niños de los pueblos de Tlacotepec y San Juan Tilapa en Morelos, fueron apresados por tropas federales, acusados de incendiar el monte; sus mujeres fueron a solicitar su liberación diciendo que habían ido a cortar leña. En la hacienda de Vicencio, el jefe rural Gabriel Hernández fusiló a varios peones, por supuesta complicidad con los rebeldes, a pesar de que los dueños de esa propiedad alegaron que eran inocentes.<sup>18</sup>

La brutalidad contra la población civil no fue ejercida solamente por el ejército. También las fuerzas rurales figueroístas, compuestas en su mayor parte por individuos de

---

<sup>18</sup> *Diario del Hogar*, 15 y 17 de noviembre de 1912.

Guerrero, tuvieron a menudo un comportamiento abusivo contra la gente común de los lugares que ocupaban. Tanto el ejército federal como estos cuerpos rurales eran fuerzas de ocupación, ajenas a las comunidades de la zona, sin vínculos ni intereses que atenuaran su conducta para combatir a los guerrilleros zapatistas y aislarlos de la población civil. Así pues, uno de los mayores motivos de descontento fue precisamente el de los abusos cometidos por las tropas figueroístas, conocidos como *colorados* o *pintos* por el color de su vestimenta. A principios de noviembre de 1911, en Santa Catarina y Tepoztlán, incendiaron varias casas de vecinos, acusándolos de ser zapatistas; el jefe figueroísta que guarnecía la plaza mató luego a un anciano al que, sin razón, según los habitantes, vinculó con los zapatistas. Federico Morales, el segundo de Figueroa, capturó a varios habitantes de Xoxocotla, después de una incursión zapatista a ese poblado y los fusiló, a pesar de los testimonios de la gente de que no habían participado en esas acciones. Habitantes de Tlaltizapán denunciaron que los soldados rurales habían despojado de sus caballos a varios habitantes y ahí mismo los vendieron a cuatro y cinco pesos.

En Puente de Ixtla, hombres de Figueroa fusilaron a un comerciante en pequeño de puercos, en presencia de su esposa. En Yautepec, el oficial de rurales Ramón Carazo instaló su cuartel en el atrio de la iglesia, a donde entraba a cualquier hora su querida, a pesar de las protestas del cura y de la gente. Ese mismo jefe arrestó a una joven de las familias adineradas de Yautepec porque llevaba un retrato de Zapata. Tuvo que dejarla libre ante las protestas del pueblo, pero la multó con \$50. En Huajintlán, distrito de Tetecala, los rurales apresaron a varios vecinos, acusándolos de zapatistas, sin oír las protestas y reclamos de los

---

<sup>18</sup> *El País*, 2, 9, 13, 16, 18 y 26 de febrero de 1912. *Diario del Hogar*, 4, 9, 12, 18, 24 y 28 de febrero de 1912. *El Imparcial*, 8 y 28 de marzo de 1912.

pobladores. Sin juicio sumario, las tropas de Guerrero fusilaron a dos individuos en las afueras de Cuernavaca y a otros dos en Tlaltenango en la víspera de Navidad de ese año. Varios presidentes municipales acusados de complicidad con los zapatistas fueron depuestos, encarcelados o perseguidos por Figueroa, como ocurrió con los presidentes de Yautepec, Tlaltizapán y Cuautla. La represión de las fuerzas de Figueroa alcanzó incluso a periodistas que lo criticaban, como ocurrió con Santiago Orozco, del diario *Vesper*. -que dirigía Juana B. de Mendoza, simpatizante zapatista-, quien fue apresado arbitrariamente en noviembre de 1911, por lo que el Club Político Femenil "Amigas del Pueblo", del Distrito Federal, solicitó la intervención de Madero.<sup>19</sup>

La censura a la prensa, determinada por el gobierno maderista y las autoridades militares, hizo que este tipo de denuncias disminuyera en los meses posteriores. No obstante, siguieron reportándose en los diarios algunos de ellos. El 1° de marzo de 1912 los federales saquearon el pueblo de Amaltepec, en Morelos. Ese día, otro destacamento federal, al tomar el pueblo de Santa Catarina, apresó a todas las mujeres, a un niño y a un anciano, llevándoselos a Cuernavaca. El 4 de abril, vecinos de Chalco, en el D.F., se quejaban del comportamiento de las tropas federales estacionadas ahí, que se emborrachaban y cometían abusos contra los pacíficos. El 8 de abril, rurales que ocuparon la hacienda de San Vicente y el pueblo de San Francisco, en Morelos, obligaron a la población a que derribaran las bardas y tecorrales ese mismo día antes de mediodía; al que no lo hiciera le quemarían su casa; un anciano no alcanzó a terminar, fue aprehendido y

---

<sup>19</sup> *Diario del Hogar*, 9 y 10 de noviembre, 4, 7, 8, 13, 20, 27 y 28 de diciembre de 1911. Club Político Femenil a Madero, México, D.F., 22 de noviembre de 1911. *AGN-FM*, c. 22, e. 558, fs. 16792-16793.

llevado al cementerio para fusilarlo y sólo lo salvó que el administrador de la hacienda intercedió por él.

En el rancho de Temaxcalapa, en Chietla, el inspector denunció que el jefe rural Mariano García fusilaba a gente pacífica y el pueblo había abandonado sus hogares. En Cholula, un enviado de Madero informó que los abusos del jefe político, Miguel Mora, en contra de los indígenas, hacían previsible un levantamiento de la población. La misma fuente consideró que las arbitrariedades y torpezas del jefe político de Tepeji produjeron que la población se uniera a los zapatistas que tomaron la plaza. Los vecinos de Topilejo, en el Distrito Federal, denunciaron que el jefe de policía y el comisario de ese pueblo arrestaron injustificadamente a 24 individuos, acusándolos de zapatistas y enrolándolos al ejército. El pueblo protestó porque varios de ellos, por el contrario, habían participado en la defensa del sitio cuando fue atacado por rebeldes. El prefecto de Milpa Alta, fue acusado por la población de cobrarles multas arbitrarias, arrestarlos y amenazarlos pistola en mano. En Atlixco, a su vez, varias poblaciones se quejaron de que las autoridades habían fusilado a varios vecinos que, por la fuerza, habían tenido que darles dinero a los zapatistas cuando habían ocupado sus localidades. En Teziutlán, el jefe de rurales fusiló a 2 rebeldes zapatistas en el atrio de la iglesia, sin juicio, lo que causó gran indignación de la población. a fines de febrero.

En mayo, vecinos del pueblo de Santiago, en Amecameca, Estado de México, denunciaron que el oficial Juan Pérez, del 19º cuerpo de rurales, después de perseguir a una partida de zapatistas, apresó a decenas de pacíficos del pueblo, destruyó 3 chozas en donde se encontraban niños con viruela; uno de sus soldados violó a una niña de 12 años y a la madre de ésta, a la que dio \$12 en compensación; para liberar a los pacíficos detenidos, les

exigieron veinte pesos. Eduardo Vélez, propietario de la hacienda de Guadalupe Xaltlico, en Puebla, denunció que los rurales, con el pretexto de perseguir zapatistas, habían saqueado su hacienda, lo que al decir del corresponsal de *El País* era una práctica muy extendida. En Tianguistengo, Estado de México, el 11 de junio el jefe de rurales fusiló a un zapatista y obligó a cuatro de sus compañeros presos a presenciar la ejecución. Con el recrudecimiento de la guerra contra los rebeldes, Juvencio Robles -el sanguinario general en jefe de la campaña contra los zapatistas que sustituyó a Casso López- recurrió a menudo a esta práctica de terror y a dejar testimonio de que no habría misericordia contra los alzados. Los numerosos cadáveres de zapatistas colgados en los postes del telégrafo a lo largo del camino de la ciudad de México a Cuernavaca eran el testimonio macabro de ese propósito.<sup>20</sup>

El resultado de esta violencia del ejército y los cuerpos rurales fue que la rebelión zapatista, en lugar de debilitarse, se extendió y consolidó, incorporando a sus fuerzas a una parte de estos sectores agredidos y amenazados por la represión oficial quienes encontraron en los rebeldes una vía para defenderse.<sup>21</sup>

Otro tipo de descontento tuvo un carácter más político y estuvo dirigido contra las autoridades locales: algunas localidades protestaron porque se les había reprimido por organizarse para elegir libremente a sus autoridades, como en Tejupilco, o porque después de haber hecho elecciones libres, como en Atlixco, el jefe político y caciques querían anular las elecciones e impedían la toma de posesión de los ciudadanos electos. Este jefe político

---

<sup>20</sup> *El País*, 2 y 5 de marzo, 4 y 13 de abril, 13 y 15 de mayo, 1<sup>o</sup> y 18 de junio de 1912. *El Imparcial*, 12 y 15 de junio de 1912. B. Alatríste a Madero, Puebla, 14 de abril, *AGN-FM*, c. 6, e. 4095, f. 4095; Vicente Arerenchú a Sánchez Azcona, Chiautla, 12 de abril de 1912, c. 53, e.7, f. 485.

<sup>21</sup> Como se observa en algunos de los ejemplos citados, la violencia gubernamental no estuvo dirigida solamente contra los sectores rurales bajos y medios, que eran el principal soporte de los alzados, sino que tocó también, aunque en menor proporción, a sectores acomodados. De igual modo, hubo hacendados y

fue denunciado además por extorsionar a la población civil -bajo la acusación de ser zapatistas-, por quedarse con el dinero de las multas, permitir que se ejerciera la prostitución en pulquerías, descuidar la educación de las escuelas y aprovechar el cargo para ejecutar venganzas personales. Algunos más protestaron contra malas designaciones de autoridades, luego de la victoria maderista, como en el caso de Otumba, porque el jefe político nombrado en noviembre de 1911 había sido siempre un acaparador de carne y había abusado de las necesidades de la población o porque la revolución no eliminaba a la vieja clase política regional, como en Cuautla, donde los jefes políticos intentaban reelegirse e imponían como candidatos a los puestos de elección popular a gente comprometida con el régimen de Díaz. Un habitante de San Nicolás Totolapan, escribió a su hermano lo que podía ser la síntesis de una percepción compartida por un amplio espectro de familias y grupos de la zona en que se extendía la rebelión: “Dicen los vecinos de este pueblo que ya no quieren más caciquismo, no quieren que una sola persona gobierne el pueblo, ni tampoco que sean los mismos, ni pongan jueces de los mismos de su partido, ni de los agregados, de sus adictos”, y agregaba que el pueblo quería otros gobernantes “que no los tengan debajo de la planta del pie”.<sup>22</sup> Es decir, la gente quería un cambio efectivo, caras nuevas, otro compromiso, otro pacto, otro trato.

---

administradores de haciendas, así como autoridades locales, que tomaron una actitud decidida en defensa de trabajadores y vecinos, desafiando la respuesta oficial.

<sup>22</sup> *AGN-FM*, María M. a Madero, México, 1º de noviembre de 1911, c. 7, e. 159-1, f. 4608-4610; Miguel Merino a Madero, Cuicatlán, Oaxaca, 21 de noviembre de 1911, c. 11, e. 263, f. 7838; Carlota, viuda de Viñas a Madero, Teziutlán, 16 de enero de 1912, c. 2, e. 24-2, f. 845; vecinos de Tehuacán a Madero, 26 de diciembre de 1911, c. 4, e. 94-1, fs. 2770-2771; Ignacio Mendoza y otros individuos a Madero, Tejuipilco, estado de México, 28 de noviembre de 1911, c. 2, e. 41-1, f. 1504; vecinos de Atlixco a Madero, 8 de enero de 1912, c. 3, e. 69-1, fs. 2069-2083; Rafaela, viuda de Cárdenas a Madero, Cuernavaca, 30 de diciembre de 1911, c. 2, e. 34, f. 1311; Enrique Aguilar a Madero, Atlixco, 5 de junio de 1912, c. 7, e. 165-1, fs. 4775-4776. Denuncias de habitantes de Tláhuac, Distrito Federal y Barranca del Cuarto, hacienda de Cuahuixtla y mujeres de Tetecala, en Morelos, aparecidas en el *Diario del Hogar*, 24 de noviembre, 8 de diciembre de

Otras quejas eran un reflejo de las energías para propiciar cambios políticos efectivos y de la resistencia de las viejas estructuras políticas regionales, que seguían conservando mucha de su fuerza. Varios vecinos de San Baltasar Atlimalaya, municipio de Tianguismanalco, en Atlixco, escribieron a Madero el 26 de junio de 1912 que los caciques Higinio López, Luis Zamorano, Herculano Jiménez y David Paredes, que “dominaban al pueblo en la pasada tiranía”, fueron derrotados por la población del lugar, que eligió a nuevas autoridades en febrero de 1912. Sin embargo la elección fue desconocida por el jefe político Manuel Vital y por el jefe de la fuerza militar Oblesster Alcázar, quienes nombraron otra Junta Auxiliar. Se convocó a nuevas elecciones y el pueblo los volvió a derrotar. El jefe militar fue nombrado luego jefe político de Atlixco, y era además dueño de la hacienda de Tenentitla, colindante con el pueblo, por lo que aprovechó su nuevo poder para querer quitarle el agua a los habitantes del lugar, “con el pretexto de que son zapatistas” y los habían amenazado de incendiar sus propiedades. El ejército apresó a más de 20 vecinos, incorporándolos a la milicia o deportándolos a Quintana Roo, además de fusilar a dos de las autoridades que habían electo, por lo que los quejosos pidieron garantías y que cesaran las persecuciones en su contra.<sup>23</sup>

Así pues, la incapacidad del ejército y de las fuerzas rurales para acabar con una rebelión de carácter guerrillero, camuflada, móvil, extensa, fragmentada, difícil de localizar, con apoyo popular, provocó, como en otras regiones y épocas, que se empleara contra ella una táctica de contrainsurgencia, de guerra sucia contra la población civil, que, en esa

---

1911, 5, 24 y 31 de enero de 1912. AGO, Gregorio Amaya a Filomeno Amaya, San Nicolás Totolapan. c. 1. e. 2. fs. 3-4.

<sup>23</sup> AGN-Gobernación *Periodo Revolucionario (GPR)*, Julián Flores, Félix Rodríguez y otros a Madero, 26 de junio de 1912, c. 1. e. 38. Aunque la secretaría de Gobernación informó a los quejosos que había tomado

lógica, buscaba derrotar indirectamente a los rebeldes eliminando sus fuentes de aprovisionamiento y apoyo y que buscaba, mediante el amedrentamiento y el terror, que los sectores civiles dejaran de apoyar a los guerrilleros. En esa dinámica, los abusos contra la población eran considerables, pues la impotencia de las fuerzas del orden para cumplir su cometido, las derrotas, el alcohol, la lujuria, los instintos de agresividad ante la debilidad de la población desarmada, el desarraigo del lugar, la ideología castrense de desprecio al enemigo, la disciplina y el espectro de valores de casta de los oficiales del ejército durante el porfiriato, actuaban para que se produjeran una infinidad de hechos de sangre que tuvieron el efecto de debilitar o dismantelar la economía y la vida cotidiana de los pueblos, rancherías y ciudades y de provocar un enorme agravio moral por los abusos, ultrajes y terror que les infundieron. La población tuvo miedo ante el ejército y para defenderse. buscaron su incorporación con los rebeldes, que les ofrecieron apoyo y resistencia y con los cuales se identificaron.

Los agravio contra la población civil que tuvieron lugar durante la rebelión no fueron responsabilidad única de las fuerzas represivas. También contribuyó la actitud desafiante de las élites y autoridades regionales, que se empeñaron en mantener las cosas como estaban, reprimir y castigar a los promotores del cambio y recurrir a la fuerza como último recurso. Con la inercia que había alcanzado la rebelión, esas conductas no hicieron sino alimentarla y radicalizarla.

#### *Apoyo de la población a los rebeldes*

---

cartas en el asunto y que el jefe político Oblesster había sido destituido después, el gobierno no pudo ofrecer las garantías solicitadas pues los denunciantes abandonaron el lugar.

La violencia oficial hizo que la población buscara protección en los zapatistas y que aumentara la influencia de éstos. Zapata mismo reconoció ante la prensa que la *Ley de Suspensión de Garantías*, que promulgó el gobierno de Madero para combatir la rebelión zapatista, había hecho crecer sus fuerzas.<sup>24</sup> El apoyo de la población a los rebeldes fue constatado de diversas formas. Agustín del Pozo, hacendado e industrial poblano, participante en la insurrección maderista y jefe de armas del estado, escribió a Madero que como el desarme de los grupos revolucionarios se hizo en julio de 1911, quienes tenían tierras no alcanzaron a sembrar y los que carecían de ellas no pudieron contratarse como mano de obra por haber concluido la temporada de siembra; esto había llevado a la miseria a muchos de ellos y se habían incorporado a los rebeldes para sobrevivir.<sup>25</sup> El propietario Mario Martínez, de Morelos, declaró a la prensa que el 75% de la población del estado apoyaba a los zapatistas y estaba en contra de los federales y rurales, a los que negaban los alimentos. Las actividades productivas se encontraban seriamente afectadas por la incorporación de la población, sobre todo indígena, a las filas rebeldes. El diario capitalino *El País*, no obstante su posición conservadora y su decidida militancia contra los rebeldes, reconocía también que la mayoría de la población morelense era zapatista y que, salvo los hacendados, sus administradores y algunos grupos selectos, el resto simpatizaba con los alzados, por lo cual contaban éstos con un perfecto sistema de espionaje de las tropas del gobierno, gracias a los campesinos, carboneros, arrieros y habitantes de los pueblos. Vecinos de Ocoatepec escribieron a De la O sus formas de colaborar con el ejército

---

<sup>24</sup> *Diario del Hogar*, 1º de febrero de 1912.

<sup>25</sup> *AGN-FM*, A. del Pozo a Madero, Puebla, 13 de febrero de 1912, c. 7, e. 179, fs. 5116-5118.

zapatista: "... nosotros no andamos con las armas en la mano, pero sí andamos por el centro consiguiendo con mucha dificultad y bastante peligro todo el parque que podamos, lo mismo que observando los movimientos del gobierno para dar oportuno aviso... también hemos proporcionado medicinas para los heridos". En Tepeaca, Puebla, un colaborador de Madero constató que cuando los zapatistas tomaron la población en marzo de 1912, la población echó las campanas a vuelo y les arrojaron flores a su paso.<sup>26</sup>

En ocasiones, después de una acción victoriosa de los insurrectos, conseguían adhesiones masivas, como ocurrió a las tropas de José Trinidad Ruiz, después del ataque que hizo a Milpa Alta en octubre de 1911, cuando parte de los vecinos se le unieron y conminaron a la población a que los ayudara, participando en el incendio de la prefectura; o en la planta de Necaxa, en donde se les incorporaron operarios, en febrero de 1912, o en la fábrica de Metepec, en Atlixco en donde simpatizantes de los rebeldes se enfrentaron a soldados del 34 batallón con gritos de ¡Viva Zapata y Vázquez Gómez! En Tlaltizapán y en Buenavista de Cuéllar, Morelos, parte de la población decidió incorporarse a los alzados luego de un ataque de éstos; en Teloloapan, Guerrero, la población ayudó activamente a Salgado a cercar, poner fuego y derrotar a la guarnición rural. La colaboración e incorporación de la población con los alzados eran una muestra de la identificación de objetivos y de la conveniencia de una alianza más estrecha.

Otro fenómeno que ocurrió en esos meses fue la desertión de cuerpos rurales que combatían a los rebeldes y que se adhirieron a ellos, bien fuera por temor, por protesta a malos tratos y abusos de sus superiores o por oportunismo y conveniencia de varios de sus

---

<sup>26</sup> *El País*, 1º, 15 y 18 de febrero de 1912. *AGN-GO*, Marcial Morales *et al* a De la O, Ocotepc, 28 de octubre de 1912, c1. e. 3, f. 88; B. Alatraste a Madero. Puebla, 14 de abril de 1912, *AGN-FM*, c. 6, e. 140-1. f.

jefes, que prefirieron el camino de la sublevación. De este modo, en los primeros meses de 1912 se registraron deserciones en Teziutlán, Zacapoaxtla, San Juan de los Llanos, Tlatlauquitepec, Tepeji, Tetela y Huachinango, en Puebla, donde rurales al mando de ex-combatientes maderistas se sublevaron y le declararon la guerra al gobierno en febrero de ese año. Igual ocurrió en Mojalcac, distrito de Tehuacán, y en Huamantla, a principios de marzo. En Acatlán, 40 rurales del 11° cuerpo se rebelaron ante el mal trato de su jefe. En Chila, Guerrero. 50 hombres del 16° cuerpo rural se sublevaron y se incorporaron a las fuerzas de Eufemio Zapata. En Huehuetlán e Igualapa, en Oaxaca, los cien rurales que defendían la guarnición, al igual que la población, se pasaron a las filas de los rebeldes que atacaron la plaza el 13 de marzo. Al propio Felipe Ángeles le ocurrieron también deserciones en masa, como fue el caso de una parte del 11° regimiento, que se rebeló y a otra parte la tuvo que desarmar antes de que hiciera lo mismo.<sup>27</sup>

El fenómeno de atracción de las tropas sublevadas afectó también a cuadros militares, como ocurrió con Nicolás Vázquez, sargento federal que desertó y se unió a Zapata, convirtiéndose en un importante apoyo por sus conocimientos de artillería, o con el que había sido jefe de armas maderista en Tlaxcala, Rutilio Espinosa, quien dirigió varios ataques contra haciendas en la región poblana antes de ser detenido y fusilado el 29 de marzo o Carlos Ledezma, que había sido inspector de policía en Petlalcingo, el pueblo del *Tuerto Morales*, quien se sumó a las filas de este famoso guerrillero. En julio de 1912, en el

---

4095.

<sup>27</sup> *AGN-FM*, A. del Pozo a Madero, Puebla, 16 de febrero de 1912, c. 7, e. 179, fs. 5119-5121; Baraquiel Alatraste a Madero, Puebla, 20 de febrero de 1912, c. 6, e. 140-1, f. 4123; Guillermo García Aragón a Francisco I. Madero, México, 20 de febrero de 1912, c. 10, e. 256, fs. 7688-7690; Nicolás Meléndez a Madero, Puebla, 22 de febrero de 1912, c. 3, e. 77, fs. 2280-2281; B. Alatraste a Madero, Puebla, 8 de marzo, y 14 de abril, c. 6, e. 140-1, fs. 4124-4125 y 4095; Ángeles a Madero, Cuernavaca, 31 de octubre de 1912, c.

ataque y voladura del tren civil dirigido por Genovevo de la O, fue detenido, herido, Elías Bretón, ex-soldado federal que se había pasado al zapatismo y a quien apodaban *el pelón*, precisamente por ese pasado. A mediados de julio fue detenido en Juchitepec Joaquín Miranda, que se había convertido en un importante jefe zapatista y había pertenecido antes al ejército federal. Lo mismo ocurrió con Luis Portugal, capturado en Cuernavaca, que había sido cabo de rurales. A fines de ese mismo mes fue detenido Julián Colín, que había pertenecido al tercer regimiento de artillería, antes de desertar y pasarse a los rebeldes.<sup>28</sup>

Tales deserciones e incorporaciones eran también una muestra de la fuerza y el poder de atracción o el grado de temor que había llegado a inspirar la rebelión sobre sus oponentes directos. También era reflejo de la debilidad del reclutamiento de las fuerzas del orden, basados en la leva y en la cohesión. El zapatismo adquirió mayor destreza militar con esos cuadros de formación militar, que fueron un apoyo efectivo y comprometieron su suerte con la de los alzados. Esto no excluye, desde luego, otro tipo de incorporaciones por oportunismo, sin ideología, etc., que igualmente ocurrieron.

Hubo también incorporaciones de gente vinculada a la religión, como la de Benigno Zenteno, pastor protestante de Tepetitla, Puebla quien se unió a los rebeldes, junto con su hijo, y se convirtió pronto en un importante líder local en el rumbo de Santa María Texmelucan. La prensa reportó también la incorporación de religiosos católicos: Amado Ramírez, cura de Petlalcingo se unió a las fuerzas del *Tuerto Morales*, antes de ser detenido por las fuerzas gubernamentales; con Amador Salazar militaba también el cura de

---

50, e. 1407-1. f. 37870. *Diario del Hogar*, 8 de noviembre de 1911, *El Imparcial*, 1º, 12 y 14 de marzo de 1912. *El País*, 2, 4 y 13 de mayo de 1912.

<sup>28</sup> *El País*, 25 de febrero, 5, 6, 11 y 21 de marzo, 3 y 10 de abril de 1912. El pastor protestante Zenteno, tenía simpatías por Vázquez Gómez y no le importó enfrentarse al cura de Tlahuapan, a quien amenazó y quitó tres

Tepoztlán. La actitud de la iglesia católica ante la rebelión tuvo una amplia gama de posiciones, que oscilaron entre la colaboración de algunos curas rurales, la tolerancia o la impotencia. Dada la fuerte presencia de la iglesia católica en la zona de conflicto, conocida por su acendrada religiosidad, hace falta un mayor estudio sobre la relación que tuvo con los alzados y con la población. Por lo poco que se sabe, si bien la alta jerarquía eclesiástica fue contraria al alzamiento, al parecer no lo enfrentó abiertamente y no hubo tantos choques contra los líderes rebeldes -salvo casos esporádicos- como ocurrió en el centro y norte del país con las fuerzas constitucionalistas, en parte debido al marcado respeto que tuvieron la mayoría de los dirigentes zapatistas ante el culto y ante los representantes eclesiásticos.<sup>29</sup>

La fuerza de la rebelión alcanzó también a las estructuras de autoridad más vinculadas a las comunidades: las presidencias, comisariados y juzgados auxiliares de los municipios. Varias de esas autoridades, como el presidente de Yautepec, fueron acusados de colaborar con los zapatistas, o el presidente de Cuautla, quien tuvo que huir, lo mismo que hizo el de San Vicente. El de Miaatlán, fue arrestado, junto con otras personas, acusado de ayudar a los zapatistas en el ataque que hicieron a la hacienda del mismo nombre. A fines de julio de 1912, todo el ayuntamiento de Zautla, distrito de San Juan de

---

caballos a principios de abril. *El Imparcial*, 4, 7, 22 y 31 de marzo, 13, 15, de julio, 2 de agosto de 1912. *El País*, 11 de julio de 1912.

<sup>29</sup> Hubo, sin embargo, algunos conflictos aislados con la Iglesia, como ocurrió con el cura de Tlaquiltenango, a quien Lorenzo Vázquez iba a fusilar por espía; lo secuestró y exigió 2 mil pesos de rescate, pero se contentó con 86 pesos y lo dejó ir. Lorenzo Vázquez, al parecer, fue de los jefes zapatistas que tuvo más problemas con el clero. En otra ocasión escribió al presbítero de miacatlán que no se inmiscuyera en los asuntos políticos, pues tenía conocimiento de que varios Ministros de la iglesia obraban de acuerdo con el gobierno y entorpecían las acciones de los alzados. *El Imparcial*, 5 de noviembre de 1912 y Lorenzo Vázquez al cura de Miaatlán, campamento revolucionario, marzo de 1913, *AGN-GO*, c. 1, e. 6, f. 11. El presbítero de Chalma, en la zona de influencia de De la O se quejó en repetidas ocasiones de malos tratos de gentes de Genovevo. Esa situación llevó a los curas a cerrar el santuario en septiembre de 1912, que luego abrieron, a pedido de De la O, quien en varias ocasiones pidió al capellán que fuera a officiar misa para sus soldados, ver. *AGN-GO*, presbítero de Chalma a De la O, Chalma, 26 de septiembre, 29 de octubre, 24 de noviembre de 1912. c. 1, e.

los Llanos, en Puebla, fue detenido por zapatista. Ireneo Contreras, comisario del pueblo de San Bartolito, en San Angel, fue capturado, luego de haber organizado varias incursiones rebeldes en la zona y de intentar tomar el pueblo de San Angel. El presidente auxiliar de San Sebastián Tepetlaxco, en Tepeaca, Puebla, fue acusado de encabezar el ataque que hizo una partida zapatista contra el pueblo en noviembre de 1912.<sup>30</sup>

Todavía más: incluso, algunos representantes de haciendas fueron acusados del mismo cargo: Antonio Barrios, apoderado legal de la hacienda de San Vicente y el administrador Miguel Chavarría corrieron esa suerte. Igual pasó con Antonio Posadas, administrador de Temixco, y con Alberto Sánchez, de Chiconcuac. A todos ellos se les acusó de proporcionar armas a los rebeldes. Se defendieron argumentando que eran armas para las haciendas, aunque Antonio Barrios declaró que, meses atrás, había pagado protección a Eufemio Zapata para que respetara la propiedad de la que era responsable. Los hermanos Aldama y Martínez Arauni, dueños de las haciendas de Tilapa y Ayotla, respectivamente, fueron acusados de dar dinero al rebelde Manuel Ocegüera a cambio de protección; otras haciendas poblanas fueron denunciadas por lo mismo. El administrador de Temilpa, propiedad de la viuda del ex-gobernador Manuel Alarcón, fue acusado de sostener pláticas con Zapata y porque esa hacienda había sido respetada por los rebeldes, en pago de viejos favores, al decir de la prensa citadina. José Sánchez y Rafael Carmina, administradores de las haciendas de Atlihuayán, San Carlos y Oacalco, fueron arrestados también por las autoridades militares de Yauhtepec, acusados de tener considerable cantidad

---

3, fs. 58, 83, 116. Un soldado de De la O denunció que el jefe rebelde Leguizano había cometido desmanes contra la familia del gobernador de la Mitra de Cuernavaca, c. 1, e. 4, f. 16.

<sup>30</sup> *Diario del Hogar*, 27 de febrero de 1912. *El País*, 28 de febrero de 1912. *El Imparcial*, 13 de mayo, 27 y 31 de julio de 1912; L. Morales y A. Sánchez a srio. de Gobernación, 14 de noviembre de 1912. *AGN-GPR*, c. 97, e. 14.

de armas y parque y no haber podido demostrar que eran para defensa de las haciendas. Así pues, la actitud pragmática de algunas haciendas de comprar protección, aceptar dar préstamos forzosos a los rebeldes o acopiar armas fue interpretada por el régimen como connivencia con la revuelta y castigada.

Había elementos que mostraban la colaboración y trato especial entre esos administradores y empleados con líderes rebeldes y con trabajadores de las haciendas, originados por el deseo de salvar las propiedades de las depredaciones que estaban teniendo lugar. Sin embargo, eso no significaba que una parte de la élite propietaria apoyara o financiara la revuelta. Era una actitud de conveniencia. La venta de protección beneficiaba de igual modo a los líderes rebeldes que la ofrecían, aunque ese pragmatismo evidenciaba también una debilidad ideológica.<sup>11</sup>

El desafío zapatista necesitaba imperiosamente, para consolidarse, asegurar el abastecimiento de armas y parque. Aunque la cercanía a la ciudad de México constituía una ventaja y le daba una importancia estratégica a sus acciones, el alejamiento de las costas y de las fronteras dificultaron el abasto de esas mercancías, que tenían que conseguirse en el mercado negro y que necesitaban de una red civil de contactos, espías y una cadena de colaboradores que hicieran posible el flujo. La policía política y diversos informantes

---

<sup>11</sup> Juvencio Robles, al detener a varios de los hacendados morelenses acusados de ayudar a los zapatistas quiso poner un castigo ejemplar para que cesara cualquier acercamiento entre hacendados, administradores y empleados con los rebeldes. Aunque consideró que, en el caso del administrador de la hacienda de San Vicente no fuera fusilado, pidió una condena fuerte. Esas detenciones hicieron que varios hacendados y administradores se acercaran a los líderes maderistas para pedir indulgencia con los detenidos. Sánchez Azcona consideró que había que aprovechar esa coyuntura para hacerlos cortar cualquier apoyo a los rebeldes y para que apoyaran con más energía al gobierno. Ver *AGN-FM*, Sánchez Azcona a Jesús Flores Magón, México, 4 de marzo de 1912, c. 53, e. 5, f. 246; Alberto Jiménez a Sánchez Azcona, Cuernavaca, 12 de marzo, e. 6, f. 78. Chavarría, Posadas y Sánchez fueron condenados a seis meses de prisión. *El País*, 1º, 12, 25 y 26 de febrero de 1912. *El Imparcial*, 1º y 6 de marzo, 5 de junio, 2 y 3 de agosto de 1912. *El País*, 27 de mayo, 15 y 21 de junio de 1912. B. Balderas a Madero, Tehuacán, 4 de mayo de 1912, *AGN-FM*, c. 2, e. 26, f. 903; A. del Pozo a Madero, Puebla, 24 de mayo de 1912, c. 7, e. 179, fs. 5138-5140.

alertaron al gobierno del tráfico de armas que desde la ciudad de México hacia llegar esa preciada mercancía a la zona de los alzados. La Secretaría de Gobernación del gobierno federal reforzó la vigilancia en las fronteras del sur y los puertos de ambas costas, así como en los ferrocarriles y, de manera especial en los caminos que atravesaban Morelos, para impedir que llegaran armas a los rebeldes. Delaciones y espionaje hicieron que fueran descubiertos en el Distrito Federal individuos que abastecían de armas y parque a los insurrectos y que se los hacían llegar por tierra. El gobierno puso vigilancia especial en los trabajadores de telégrafos y destituyó a algunos de ellos, pues sospechaba que colaboraban con los rebeldes, avisándoles de los movimientos de las tropas del gobierno.<sup>32</sup>

La compra de armas por los rebeldes de Morelos se hacía en el mercado negro de la ciudad de México y, en menor medida, en Cuernavaca y Cuautla, ciudades más pequeñas y mucho más vigiladas. Comerciantes ambiciosos vendían armas y parque a los agentes simpatizantes de la causa rebelde, que utilizaban medios de camuflaje como cajas de mercancías transportadas en ferrocarril, en coches o, incluso, en recuas de mulas que llevaban carbón, azúcar y pastura. La policía capitalina y el ejército federal pusieron especial empeño en combatir este tráfico y detuvieron a una cantidad considerable de comerciantes de armas y correos ciudadanos, así como a arrieros y transportistas rurales. En ocasiones, para dar una muestra de escarmiento, llegaron a fusilar a quienes encontraban *in fraganti*, como ocurrió con un vendedor de pastura de Cuernavaca, a quien se descubrió que transportaba armas en una carreta de forraje y fue fusilado en el acto. La principal fuente de

---

<sup>32</sup> AGN-FM, Sánchez Azcona a Vito Alessio Robles, Inspector General de Policía, México, 16 de febrero de 1912. c. 53.4, e. 488; Sánchez Azcona a srio. de Comunicaciones, México, 29 de febrero de 1912. c. 53-5, e. 115. *El País*, 8 de febrero, 17 de marzo, 14 de abril, 2 de mayo, 6 y 15 de junio. *El Imparcial*, 19 y 25 de julio, 2 y 4 de agosto de 1912.

abastecimiento de los alzados, empero, siguió siendo el armamento y el parque que quitaban a los federales y rurales en emboscadas.

En el crecimiento de la fuerza y arraigo de los rebeldes también influyó, de manera decisiva, que a pesar del clima de violencia y militarización, algunos pueblos pudieran recuperar sus tierras y ratificaran el compromiso y aval de los jefes rebeldes en este empeño. Tal cosa ocurrió en el pueblo de Ixcamilpa, en donde Zapata y sus principales generales Eufemio Zapata, Otilio Montaña, Francisco Mendoza, el *Tuerto* Morales y Próculo Capistrán, suscribieron un acta que legitimaba la posesión de las tierras de las que había sido usurpado dicho pueblo, cuyos títulos presentados databan desde la época virreinal. Otros pueblos y localidades reavivaron sus aspiraciones para recuperar u obtener tierras y aguas. El pueblo de Malinalco, obtuvo el apoyo de De la O para recuperar sus tierras que les había arrebatado la hacienda de Jalmolonga (“en cumplimiento del Plan de San Luis, reformado en Villa de Ayala”) y denunciaron en reiteradas ocasiones que los dueños se negaban a cumplir sus instrucciones.<sup>33</sup> El zapatismo comenzó a extender su fama como adalid de la causa agraria, ayudado por la difusión de esta postura en la prensa nacional y por las críticas y recriminaciones que hacían de esta actitud tanto el gobierno como hacendados, políticos y periodistas.

Los pueblos de Morelos y las zonas aledañas, comenzaron a cooperar regularmente para el abastecimiento de los alzados, quienes contaron para ello con la participación de las autoridades locales, presidentes municipales, síndicos, jueces auxiliares y encargados, quienes se encargaron de organizar la recaudación periódica, en especie, de maíz, frijol.

---

<sup>33</sup> Acta de restitución en Fabela, *op. cit.*, p. 66. *AGN-GO*, Graciano Velázquez y Demetrio Martínez, encargados de Malinalco, a De la O, 5 de febrero de 1913, c. 1, e. 5, fs. 6-7.

tortilla, zacate, leña y, ocasionalmente, dinero y armas para el sostenimiento de las bandas guerrilleras. Las cuotas establecidas a cada pueblo y villa fueron fijadas en función de los recursos del lugar y distribuidos, idealmente, según las capacidades de la gente.<sup>34</sup>

La combinación de todos esos factores, que incluían el descontento contra los abusos de las tropas federales y rurales, el desprestigio de las autoridades locales, la ruptura del pacto de economía moral con las élites regionales, el prestigio y legitimidad que obtuvieron los rebeldes por defender a esas poblaciones y obtener éxitos militares que reforzaron su popularidad, así como el respaldo a las reivindicaciones agrarias, hicieron que la revuelta encontrara arraigo y se extendiera. Las adhesiones, masivas o individuales, que iban desde el pragmatismo y conveniencia personal hasta la convicción y coincidencia de objetivos, reflejaban que la actividad sostenida y creciente de los rebeldes se estaba convirtiendo en un polo de atracción que comenzaba a convertirse en un riesgo grave para la consolidación del régimen maderista.

Como se advierte en muchos de los testimonios conservados en los archivos zapatistas, la población de las localidades en las que tuvo mayor impacto la rebelión establecieron un pacto con los alzados, que se incorporaron a su vida cotidiana como una nueva autoridad, cuya legitimidad fue puesta a prueba de manera permanente. Ante la ausencia y ineficacia de las instituciones y autoridades tradicionales, de los cuerpos

---

<sup>34</sup> *AGN-GO*, Manuel Barreto a Serafín Pliego, Tecajic, 26 de febrero de 1913, Miguel Ramos a Serafín Pliego, Metepec, 12 y 27 de febrero de 1913, Carlos Vidal y Vicente Rojas a Serafín Pliego, Achichipilco, 11 de febrero de 1913, Crescencio Martínez a Serafín Pliego, Tetela del Volcán, 7 de febrero de 1913, Juan Roa a Serafín Pliego, Ocuituco, 7 y 24 de febrero de 1913, Bernabé Solís a Serafín Pliego, Tlacotepec, 17 de febrero de 1913, Joaquín Rosales a Serafín Pliego, Tlaltenango, 21 y 23 de febrero de 1913. c. 1, e. 5, fs. 5, 10, 14, 16, 18, 21, 23, 38, 39. La prestación de esos servicios a los guerrilleros entrañaban una especie de pacto: ayuda material a cambio de protección y defensa contra el ejército y los rurales, así como para conseguir tierras y que les fuera respetada la elección de nuevas autoridades en las localidades. Empero, como se verá más adelante, las condiciones de escasez, la inequidad de las cuotas, los abusos de las tropas rebeldes y los malos tratos en la recaudación, se convirtieron en una fuente endémica de conflicto.

policiacos y ante el rechazo que el ejército y los rurales provocaban en la población, que los veía como una fuerza de ocupación temida, los guerrilleros se fueron invistiendo de autoridad y comenzaron a tomar en sus manos y a resolver los problemas de justicia e inconformidad cotidiana de la zona. Así, llegaron a los jefes zapatistas las peticiones de la gente solicitando su intervención para resolver disputas por tierras, herencias, usurpaciones de bienes, delitos cometidos por autoridades locales o por la población común, quejas por el mal gobierno y administración de jueces, síndicos y auxiliares y un sin fin de solicitudes de ayuda de todo tipo. La vida cotidiana de la población común afectada por la rebelión incorporó a los jefes surianos tanto como un elemento más de su acontecer, al que se acostumbraron a tratar, como, al mismo tiempo, como un nuevo poder que, sobre todo a nivel de las localidades más pequeñas y aisladas, tenía una presencia más prolongada y efectiva que las instituciones y fuerzas del orden. La población civil reconoció la autoridad de los jefes zapatistas y estableció con ellos un nuevo contrato, que consistía en el reconocimiento, la prestación de servicios recíprocos y la puesta a prueba de la legitimidad permanentemente, a través de la expectativa de solución de sus demandas y de la aplicación de la justicia por los jefes surianos.

#### *Descontento de la población civil con los rebeldes*

El recrudecimiento de las acciones violentas por la insurrección y la militarización generaron un clima anormal de inseguridad y desestabilización que afectó las actividades cotidianas de la población de todos los estratos. No toda la población de la amplia zona en la que actuaban los rebeldes tuvo una actitud de simpatía con éstos ni veía con malos ojos al

ejército y a los rurales. Hubo distintos sectores, no solamente conservadores ni moderados, tanto del estado de Morelos como de otras regiones, que no estuvieron de acuerdo con la revuelta y que actuaron en su contra. En primer lugar, desde luego, las clases acomodadas y las élites afectadas directamente por las actividades guerrilleras. Pero un fenómeno que llama la atención en algunos de los archivos que se han conservado es la abundancia de testimonios de sectores de clases medias y bajas de la zona centro-sur del país- incluida la ciudad de México- que expresaron opiniones contrarias a la rebelión y que ofrecieron sus servicios para combatirla. Esos sectores criticaron la alteración de la paz y el orden, el ataque al gobierno y a las instituciones y condenaron la violencia contra las propiedades y las familias, actividades dadas a conocer profusamente por la prensa nacional.

Muchos de los que escribieron a Madero para darle consejos de cómo combatir a los alzados lo hicieron no solamente porque tenían intereses afectados por la rebelión, sino porque compartían el punto de vista y los valores institucionales. La posición de estos sectores, aunque en muchos casos no se materializó en apoyos concretos, aumentó la posibilidad de que el gobierno maderista continuara aplicando la política de mano dura contra los alzados. Entre los que ofrecieron sus servicios contra la revuelta, había una gama que iba desde individuos que habían sufrido la pérdida de familiares y propiedades y estaban convencidos de que su deber era contribuir activamente a acabar con los rebeldes, hasta desempleados urbanos que no podían encontrar trabajo y veían en su enlistamiento al ejército, a los rurales o a comisiones especiales, una oportunidad de trabajo, o bien mercenarios, arribistas y sicarios sin escrúpulos, que ofrecían planes para acabar con los líderes radicales. Todos estos sectores fueron contrarios a la rebelión desde el principio.

Dentro de las propias zonas y sectores influidos por la rebelión hubo dificultades que mermaron el apoyo a los alzados. En varios de los lugares que apoyaron de diversas formas la revuelta, los pleitos y disputas entre pueblos, villas y rancherías por límites y utilización de tierras, aguas, montes y bosques no se vieron alterados por la guerra y en ocasiones produjeron en las filas rebeldes liderazgos encontrados, que se valieron del clima anormal de enfrentamientos para ejercer venganzas y favorecer sus intereses. De manera significativa, ocurrieron también abusos de los grupos alzados contra propiedades e intereses de particulares que no eran únicamente de las clases acomodadas y que provocaron el rechazo de los sectores afectados, su hostilidad y, a veces, la colaboración de esos sectores con el ejército y con los rurales y, en el extremo, su alistamiento para combatir al zapatismo. La relación de los rebeldes con la población rural de Morelos y las zonas aledañas fue muy conflictiva y varió en las diversas etapas de la revuelta, dependiendo del comportamiento de las tropas alzadas, de la actitud de sus jefes hacia la población civil y, también, según la táctica y la conducta que emplearon el gobierno y el ejército para enfrentarla.

Zapata y sus jefes eran conscientes de que, a menudo, no podían controlar los desmanes de la tropa, a pesar de sus esfuerzos, pero también de que, en medio del desquiciamiento de las actividades normales que había provocado la rebelión, había proliferado el bandidaje y muchas gavillas cometían sus tropelías en nombre del zapatismo, alimentando con ello la imagen negativa de bandidos que había propagado la mayoría de la prensa capitalina. Varias instrucciones a sus jefes y oficiales dan testimonio de estos intentos por someter a control el comportamiento de las tropas surianas, castigar los excesos cometidos y deslindarse de los bandidos. El jefe zapatista José Trinidad Ruiz, durante una

incursión de sus fuerzas a la fábrica de Miraflores, arengó a los trabajadores que no temieran a los zapatistas, sino a los bandidos que a nombre de Zapata saqueaban pueblos enteros y conminó a la población a rechazarlos, Una de las diputas entre jefes zapatistas que causaron mayores problemas en esa primera etapa y que está más documentada, fue la que ocurrió entre Genovevo de la O, de Santa María y Francisco Pacheco, de Huitzilac, pueblos que habían tenido enfrentamientos por tierras y límites desde tiempo atrás y que, estallada la revuelta, produjeron liderazgos que acentuaron su rivalidad. En diversas ocasiones hubo enfrentamientos entre soldados de uno y otro jefe y Zapata tuvo que tomar cartas en el asunto, llamando al orden a ambos, hasta encomendar a un fuereño, el oaxaqueño Angel Barrios que mediara entre ellos, sin conseguirlo. Ese conflicto, además de restar eficacia a la colaboración militar entre ambos jefes -formalmente De la O era el jefe militar de Pacheco, quien no lo reconoció- produjo tensiones también con la población, pues soldados de De la O cometieron abusos y depredaciones contra civiles, pidiendo dinero, cooperación y, en ocasiones cometiendo delitos, diciendo que eran gentes de Pacheco y viceversa.<sup>35</sup>

Como los abusos de los revolucionarios contra la población proliferaban y también producían enfrentamientos entre la propia tropa, los jefes zapatistas hicieron múltiples esfuerzos por poner orden y aplicaron medidas correctivas que en ocasiones llegaron hasta el juicio y fusilamiento de los infractores. Así ocurrió con un soldado de De la O que asesinó a un compañero de armas y que fue ejecutado "para probar a los ojos del Universo

---

<sup>35</sup> Ver *Manifiesto a todos los pueblos en general*, diciembre de 1911, en Fabela, *op. cit.*, vol. VII, pp. 58-59. *Diario del Hogar*, 8 de noviembre de 1911. Entre los numerosos testimonios de la rivalidad entre Genovevo de la O y Pacheco, ver *AGN-GO*, Emerenciana Machuca a De la O, Malinalco, febrero de 1912, c. 1, e. 2, f. 8. Luis Pichardo a De la O, San Juna Atzingo, 25 de febrero de 1912, f. 11, Gregorio Pichardo a De la O. Santa María, 19 de junio de 1912, f. 82, Gregorio Jiménez a De la O, s/l, fs. 83-86; Pacheco a De la O. campamento revolucionario, 29 de octubre de 1912. c. 1, e. 3, f. 102, V. Guadarrama a De la O.

todo que las miras del zapatismo no son las del libertinaje, sino las de derrocar a un gobierno que no ha cumplido con nuestra Carta Magna". Zapata, en reiteradas ocasiones, giró instrucciones a sus generales para que desarmaran a quienes cometieran "depredaciones o abusos de una manera exagerada, imposible de tolerar" y realizó cambios de jurisdicción de algunos jefes como Felipe Neri, quien era "muy desordenado", para tenerlos más cerca y vigilarlos. Francisco Pacheco exigió a las autoridades locales que le obedecían aplicar mano dura, incluida la ejecución, de "los individuos que cometan atropellos a las familias, desprestigiando a la causa".<sup>36</sup>

Además, hubo quejas del comportamiento de jefes y soldados rebeldes que imponían préstamos forzosos y cuotas de víveres a toda la población de las localidades, como denunciaron habitantes de Tehuiztingo, Puebla que hacía el *Tuerto Morales*. Éste exigía maíz, zacate, tortillas, armas, ropa, monturas, caballos y dinero en las poblaciones a las que entraba y quemaba las casas de los que no accedían a ello, según el decir de los quejosos. Ante ello, pedían armas al gobierno para defenderse de los atacantes. En Huehuetlán el Grande y Tepeji, en ese mismo estado, los pobladores se quejaron de ese sistema de contribuciones forzosas que, decían, quitaba más a los pobres que a los ricos y los que no colaboraban eran acusados de gobiernistas. En Tlaltizapán, salieron huyendo 76 mujeres que dijeron que los hombres de Felipe Neri imponían también contribuciones forzosas y que fusilaban a los que se negaban a cooperar.

---

Tlaxiuehualco, 27 de noviembre de 1912, f. 124; Saliel Alarcón a De la O. Ocuilan, 1º de febrero de 1913, c. 1, e. 5, f. 9, Pacheco a De la O, 22 de febrero de 1913, f. 36.

<sup>36</sup> AGN-GO, Modesto Rangel y Gregorio Pulido a De la O, Malinalco, 8 de septiembre, c. 1, e. 3, fs. 65-67; Zapata a De la O, campamento revolucionario, 20 de septiembre, 6 de octubre, noviembre de 1912, c. 11, e. 10, fs. 15, 21, 26; Pacheco a Eduardo Marín, Miaatlán, s/f, c. 1, e. 5, f. 49.

En la zona fría donde operaba Genovevo de la O, el juez de Tlaxipehualco se quejó con el propio Genovevo que daban maíz, tortillas, zacate y dinero a los alzados a pesar de ser muy pobres, pero que se les exigía demasiado y, además de ello, las tropas rebeldes hacían abusos contra la población, que les tenía miedo. El presidente municipal de Ocuituco se quejó que los zapatistas perjudicaban a los pueblos de la región con préstamos forzosos y forrajes, saqueando varias veces las casas; más adelante informó al jefe zapatista Serafin Pliego, que estaba a las órdenes de De la O, que el pueblo ya no quería cooperar con zacate y tortillas, pues Zapata había dado órdenes de que no lo hiciera, en virtud de que ya habían dado todo lo que podían. En esa misma zona, vecinos de Buenavista del Monte se quejaron de que la cuota que había impuesto De la O se pagaba desigualmente: los vecinos pobres no alcanzaban a cubrirla con regularidad, situación que aprovecharon los más pudientes, que sí estaban al corriente, para negarse a pagar hasta que no se regularizaran los atrasados. En Ocoatepec, el ayudante municipal, quien colaboraba activamente con De la O, le informó en varias ocasiones que le costaba trabajo juntar la contribución diaria que tenía que recaudar entre la población; dicha autoridad, se quejó en varias ocasiones del comportamiento de soldados zapatistas, que alteraban la paz pública.

El ayudante municipal de Ocuilan, en la misma zona boscosa, se quejó de no poder juntar las 3 cargas de maíz que le exigía y le informó que lo tenía que consultar con los vecinos; poco después le mandó solamente una carga, diciéndole que no había pedido ayuda a los vecinos, por pena. Luego, se quejó en varias ocasiones del comportamiento de soldados zapatistas que -decía-, deshonraban a la causa con sus desmanes y la población se negaba a colaborar con los alzados; a él mismo le quitaron un caballo. Un habitante de Chalma, se quejó de las continuas contribuciones que exigían los zapatistas y la dificultad

de conseguirlas, sobre todo entre las gentes más pobres, además de que varias partidas lo hacían con malos modos y amenazaban a la población, por lo que ésta había abandonado el lugar. En Huitzilac, 28 vecinos de ese pueblo protestaron por la detención de Fortino González, que hicieron soldados de De la O, arguyendo que siempre había defendido los intereses del pueblo. Un profesor y exsecretario municipal de Ocuilan, se quejó que en abril de 1912 los rebeldes le quemaron su casa, semillas y animales por venganzas personales, alegando en su favor que no era traidor al pueblo y que si había obrado contra algunos había sido en cumplimiento de su cargo y por presiones del gobierno porfirista.

Las contribuciones que impusieron los jefes zapatistas a las poblaciones fueron una fuente endémica de protestas, tanto por la carga adicional que significaban para la economía de las gentes, como por las formas -a menudo violentas e injuriosas- en que eran realizadas por jefes y tropa zapatista. Vecinos de Coatitilco se quejaron ante de la O de las "calamidades y desórdenes" que habían sufrido a manos de gentes que actuaban bajo la bandera del Ejército Libertador. El ayudante municipal de Chamilpa se quejó de que enviados de De la O exigían fuertes cantidades de dinero a las familias, que no podía pagarlas y que los amenazaban con "bombiarlos" si no cumplían. El ayudante municipal de Hueyapán denunció que Agustín de la O se llevó casi por la fuerza el escaso dinero que había juntado el pueblo. En Miacatlán, los encargados de la hacienda protestaron porque soldados de De la O se llevaron las mulas, a pesar de que pagaban contribuciones a Zapata y éste les había dado una carta como garantía de que iban a ser respetados. En Acatzingo, las autoridades locales dijeron que no se habían negado a dar alimento y pastura a los

guerrilleros, como lo había ordenado Zapata, pero que no tenían para darles el dinero que luego les pidieron.<sup>37</sup>

Así pues, la ayuda de los pueblos, aun de aquellos claramente identificados con los rebeldes, en muchas ocasiones no era voluntaria, ni siquiera cuando los líderes eran de esos lugares. Esa especie de cuota forzosa, indiscriminada, a menudo no era bien vista o no podía cumplirse con ella por las familias, al margen de sus simpatías con la revuelta. Naturalmente, la población rural de esos lugares era en su mayoría pobre, tenía grandes necesidades y los recursos eran todavía más escasos, puesto que la guerra había trastocado la economía de la región. Colaborar en la manutención de los guerrilleros, además de los riesgos que implicaba, no era una tarea sencilla. Sin embargo, lo que más molestaba a la población civil era la forma en que se pedía su colaboración, forma que a menudo era inequitativa, arbitraria, con malos modos.

También hubo miedo en sectores populares ante los rebeldes. Vecinos de Atlautla, en Chalco, pueblo que fue atacado por zapatistas en diversas ocasiones, ante el temor de que su poblado fuera quemado por el ejército acusándolos de encubrir a los zapatistas.

---

<sup>37</sup> *El País*, 5 de marzo de 1912. *El Imparcial*, 18 de mayo de 1912. Según el testimonio de los vecinos de Tehuilcingo, las cuotas eran de cinco a diez pesos, dos docenas de tortillas, treinta manojos de zacate y cuatro litros de maíz para los pobres y solo de uno a tres pesos para los ricos. *AGN-GO*, Pantaleón Guadarrama a Genovevo de la O, Tlaxipehualco, 15 de febrero de 1912, c. 1, e. 2, f. 4. Presidente municipal de Ocutitaco a srio. de Gobernación, 1º de julio de 1912; Manuel Ramírez a De la O, Buenavista, 21 de mayo de 1912, c. 1, e. 2, f. 68; Atilano García a De la O, Ocoatepec, 22 de mayo, 12 y 26 de julio de 1912, c. 1, e. 2, f. 69, e. 3, fs. 1-5. Crispín de la Serna a De la O, Ocuilan, 24 de julio, 1º, 22 de agosto, 3 y 19 de septiembre de 1912, c. 1, e. 3, fs. 12-13, 29, 33, 47, 51; Flavio Estanza a De la O, s/l, 26 de abril de 1912, c. e. 2, f. 16; vecinos de Hutzilac a De la O, 4 de mayo de 1912, c. 1, e. 2, fs. 47-48; Zapata a De la O, cuartel general, 22 de mayo de 1912, c. 11, e. 10, f. 7; Julio Hernández, auxiliar de Chalma a De la O, 6 de septiembre de 1912, c. 1, e. 3, f. 48; E. Núñez a De la O, c. 1, e. 3, fs. 14-15. *AGN-Gobernación Período Revolucionario*, c. 94, e. 6. Lorenzo Ruiz a srio. de Gobernación, Acatzingo, Tepeaca, 26 de julio de 1912, c. 45, e. 38. *AGN-GO*, Vecinos de Coatitlaco a De la O, 12 de octubre de 1912, c. 1, e. 3, f. 87, en donde expresaban también que "el pueblo está con la Revolución y espera que triunfe para que se acabe con tales abusos". Osorio a De la O, Chamilpa, 2 de noviembre de 1912, c. 1, e. 3, fs. 118-119. Juan Roa a Serafín Pliego, Ocutitaco, 20 de enero de 1913, c. 1, e. 4, f. 1. Benigno Pérez a Serafín Pliego, Hueyapán, 21 de febrero de 1913, d. 1, e. 5, f. 17. Simón Beltrán a De

declararon que sufrían los ataques de los rebeldes y los callaban con resignación, ante el temor de que los mataran si los delataban (“estando tan aislados e indefensos de seguro que además de sus abusos que sus chusmas cometerían sin piedad en nuestros intereses y familias, nos privarían de la vida”, escribieron). Pidieron ayuda y seguridad al gobierno y ofrecieron ayudar a las autoridades y fuerzas rurales o militares en la persecución de los “trastornadores del orden público”. El presidente de la junta auxiliar de San Sebastián Villanueva, en Acatzingo, Puebla, pidió ayuda militar al gobierno para defenderse de las depredaciones que les hacían los zapatistas, diciendo que varias familias tenían que salir en las noches a dormir al campo por temor a ellos y que en Chicontepec sus habitantes se habían ido por el mismo motivo; las autoridades locales que escribieron esa petición luego abandonaron también su poblado.

La revuelta había significado la quiebra de muchos propietarios. Esa afectación personal se había convertido en una oposición más o menos activa contra los alzados. Esas gentes se volvieron aliados del régimen y promotores de la lucha antizapatista. De ello hay muchos ejemplos en las fuentes. En Jantetelco, Hesiquio Bravo fue asaltado el 17 de enero de 1912 por las fuerzas del coronel zapatista Francisco Mendoza, quienes lo hirieron pero pudo escapar. No estaba de acuerdo con las demandas de los zapatistas, porque consideraba que no era todavía tiempo de cumplirlas y menos a mano armada, por lo que se ponía a disposición de Madero. Trinidad Barajas, de Cuautla, cayó preso en el combate de los Hornos y dijo que los zapatistas lo habían tenido 8 días en ropa interior y descalzo. Rodolfo Medina, ex-trabajador de la Compañía de Luz y Fuerza, quien poseía un rancho en Santa

---

la O. Miacatlán, 25 de febrero de 1913, c. 1, e. 5, f. 29. Autoridades y vecinos de Acatzingo a De la O. 7 de febrero de 1913, c. 1, e. 5, f. 41.

Cruz Texquiaca, Morelos, perdió todo su patrimonio con la incursión zapatista al lugar, a principios de febrero de 1912. Igual ocurrió con José Espinosa, presidente municipal de Tenango del Aire, Chalco, Estado de México, quien había sufrido la pérdida de todo su patrimonio en la incursión zapatista a Juchitepec y Tenango que había ocurrido semanas atrás. José de la Luz Jiménez, empleado acomodado de la hacienda de Acamilpa, en Morelos, y partidario de Madero, declaró haber perdido todo su patrimonio ahorrado en los últimos años en los ataques de los rebeldes a dicha hacienda, o Valentín Martínez, arrendatario acomodado de Cuautla, quien rentaba tierras a la hacienda de Santa Inés en las que sembraba 2 mil hectáreas de arroz y empleaba a 300 braceros y quedó en la ruina porque Zapata destruyó las siembras. Hipólito Herrera, propietario de las haciendas El Jagüey y Atenxoxola, en Chilapa, Guerrero, manifestó que había que guarecer a la región contra los bandoleros que habían malinterpretado el *Plan de San Luis* y que se veían atraídos por “las ideas de comunismo que predica Zapata” cuyo ideal era “despojar a todos los propietarios”.

No solo los sectores acomodados rurales habían visto afectado su patrimonio. También empresarios urbanos, empleados, comerciantes, artesanos, perdieron todas o parte de sus pertenencias y, de manera similar, se convirtieron en férreos opositores a la rebelión. Medardo Erazza, comerciante de Huitzilac, en los combates de abril de 1912 perdió todas sus mercancías y sufrió el incendio de su casa, igual que otros vecinos, a manos de los hombres de De la O, los que, incluso, habían cortado el agua potable del pueblo. La familia de Antonio Sedano, el destacado dirigente leyvista, presidente del Club Liberal Morelos de Cuernavaca, fue molestada y amenazada por zapatistas en represalia a sus actividades proselitistas en favor de Leyva. Angel Castro, comerciante de Cuernavaca, perdió todo su

pequeño capital en el ataque que sufrió el tren que iba a esa ciudad a fines de mayo de 1912. Consideraba injusta la revolución y ofreció sus servicios a Madero para trabajar como agente secreto para asestar un golpe a los rebeldes. Aristeo Limón, otro comerciante de ahí, relató a Madero el asalto de las tropas zapatistas que saquearon su casa y se llevaron incluso la ropa que tenía. En junio, en el ataque al pueblo de Achichipilco, cerca de Cuautla, los rebeldes mataron al anciano Inocente Martínez, dueño de una tienda de licor, lo que causó indignación en los vecinos.<sup>38</sup>

En una situación de guerra, este tipo de acontecimientos eran inevitables, así como también el descontento y el rechazo de quienes los sufrían, sin importar su condición social ni su ideología. Fausto Beltrán, originario de Teloloapan, Guerrero, coronel retirado del ejército, se había negado a participar en la campaña contra Salgado -quien era de su mismo pueblo-, argumentando estar en contra de combatir contra gentes "del mismo terruño que a lo mejor resultan emparentados"; sin embargo, cambió radicalmente de opinión cuando Salgado, en una incursión, asesinó al anciano padre de Beltrán, por lo que éste se puso a las órdenes de Madero. Adalberto Salgado y Miguel Huerta, de Tlachapa y Huctamo, Guerrero, denunciaron que Salgado había asaltado y perseguido a familias enteras de Coyuca, Tlapa, Cutzamala y Ajuchitlán, saqueando y quemando muchas casas. El ministro de España, incluso, se quejó también de la actitud de Salgado, quien había exigido préstamos forzosos

---

<sup>38</sup> *AGN-FM*, H. Bravo a Madero, 11 de febrero de 1912, c. 2, e. 27, f. 934; T. Barajas a Madero, Cuautla, 22 de mayo de 1912, c. 52, e. 1482-1, f. 39560; Ramón Salazar a Madero, Tlamacazapan, Guerrero, 17 de febrero, c. 37, e. 1006-1, f. 28979; José Espinosa a Madero, México, 23 de marzo de 1912, c. 3, e. 61, fs. 1898-1899; J.L. Jiménez a Madero, México, 30 de diciembre de 1911, c. 9, e. 212, fs. 6115-6116; Valentín Martínez a Madero, Puebla, 24 de enero y 26 de julio de 1912, c. 6, e. 135, fs. 3894-3895 y 3914; Hipólito Herrera a Madero, Chilapa, 6 de enero de 1912, c. 36, e. 974, fs. 29307-29308; Medardo Erazo a Madero, Cuernavaca, 8 de junio de 1912, c. 38, e. 1037-2, f. 29505; Sedano a Madero, México, 19 de abril de 1912, c. 48, e. 1318-3, f. 36076; Ángel Castro a Madero, México, 12 de junio de 1912, c. 8, e. 198-2, f. 5652; Aristeo Limón a Madero, México, 15 de junio de 1912, c. 6, e. 133, f. 3849.

a propietarios de Guerrero. Isaías Alzate, de Zirándiro, en Mina, Guerrero, declaró que los salgadistas robaban y saqueaban los comercios y casas particulares haciendo que las familias huyeran y se fueran a las barrancas y montes, ante la falta de ayuda militar del gobierno. Angélica Gómez denunció que su esposo, jefe de rurales y ex-combatiente maderista en Huamuxtitlán, había fallecido en la defensa de esta plaza contra los zapatistas, quienes saquearon su casa y se llevaron todo lo que tenía, dejándola en la ruina. El ayudante municipal de Tlmacazapan, en Alarcón, Guerrero, se quejó de que los zapatistas robaban el carbón y los bueyes de esa población, que no podía defenderse por ser muy pequeña.

Mariano Pineda, propietario de tierras en Tlapa, sufrió la invasión de varios pueblos aledaños en la revuelta maderista, quienes le quemaron sus títulos y apresaron; le permitieron arrendar una parte de sus antiguas propiedades, pero en marzo de 1912, una partida zapatista le quemó y le robó lo que tenía, quedando en la miseria. Ana V. viuda de Rivadeneyra, dueña de una hacienda cerealera a 5 km. de Atlixco, perdió todas sus propiedades en un ataque zapatista. Inocencio Quintana, comerciante español de la hacienda de San José Teruel, en Puebla, pidió ayuda al gobierno pues había perdido 14 mil pesos en mercancía por las incursiones rebeldes y la embajada española no le había solucionado nada. Jesús Poblete, de Malinalco, Estado de México, sufrió el asalto de su casa cuando los zapatistas tomaron la población y quemaron el palacio municipal en abril de 1912. En Tenango del Valle, combatientes zapatistas violaron a 2 jovencitas del lugar; en castigo y para que sirviera de escarmiento, su jefe Modesto Rangel, fusiló a dos de ellos.<sup>39</sup> Algunos

---

<sup>39</sup> *AGN-FM*, F. Beltrán a Madero, México, 7 de mayo de 1912, c. 9, e. 213-2, fs. 6180-6181; A. Gómez, viuda de Castro, a Madero, México, 17 de mayo de 1912, c. 8, e. 196-2, fs. 5551-5552; Isaías Alzate a Madero, Zirándiro, Guerrero, 28 de abril de 1912, c. 49, e. 1375-2, f. 37308; Mariano Pineda a Madero, Coycoyán, Oaxaca, 15 de julio de 1912, c. 45, e. 1232, fs. 34243-34244; Ana D. a Madero, Atlixco, 7 de julio de 1912, c. 20, e. 496-3, f. 15552; I. Quintana a Madero, 14 de febrero de 1912, c. 33, e. f. 24908; J. Poblete a Madero,

individuos que militaron a las órdenes de Zapata, se licenciaron y se incorporaron luego a los enemigos de Zapata, como los Figueroa o a los rurales, y ofrecieron a Madero sus servicios y conocimientos adquiridos con los rebeldes para intentar ultimar a Zapata.<sup>40</sup>

La oposición a la revuelta zapatista de estos sectores altos, medios y de clases bajas tuvo por motivo la afectación directa de sus intereses y la pérdida de familiares y propiedades en las incursiones guerrilleras, así como la actitud de jefes y tropas insurgentes que agravaron con su conducta a la población. El comportamiento de las tropas alzadas a veces fue depredatorio y despótico, no solo contra las clases acomodadas, sino también contra la población de abajo. Hubo muestras de violencia innecesaria y actitudes que demostraban patologías o conductas delincuenciales y sanguinarias en algunos jefes y soldados surianos, por lo que las agresiones contra los pueblos y familias comunes no fueron patrimonio exclusivo del ejército o los rurales, aunque cabe subrayar que, comparativamente, fueron mucho menores que las de éstos últimos. Las condiciones atípicas de la guerra, la ausencia de controles efectivos, la posesión de armas, la debilidad del Estado, la pérdida de legitimidad de las instituciones y autoridades, facilitaban la manifestación exhaltada de estados de ánimo y energías destructivas en una zona que se había caracterizado, desde tiempo atrás, por la violencia endémica.

Hubo también otro tipo de rechazo por motivos más bien ideológicos, por individuos que desaprobaron la revuelta por ser contraria a sus valores y consideraron necesario oponerse a ella. Un ejemplo significativo fue el de Ezequiel Labastida, morelense

---

Malinalco, 19 de mayo de 1912, c. 8, e. 203-2, f. 5892; *El País*, 9 de mayo y 29 de junio de 1912. *El Imparcial*, 1º y 13 de junio de 1912. Vecinos de Tlalámac, Atlautla, Chalco a srio. de Gobernación. 25 de julio de 1912, c. 45, e. 35.

de 50 años, excombatiente maderista quien tenía una pequeña tienda en Tepoztlán y había tomado parte en combates contra las fuerzas de Porfirio Díaz, en las filas del figueroísta Asúnsolo, habiéndose licenciado en agosto de 1911. Ese individuo, escribió a Madero, había rechazado militar con los zapatistas, a pesar de que Zapata le ofreció el grado de general en noviembre de 1911 porque

mis ideas no estaban ni están en consonancia con las de él, que encierran degradante festinación anárquica y que la tan trillada cuestión agraria y devolución de terrenos afectos al despojo que algunos terratenientes consumaron [...] se ha de resolver con el soberano derecho demarcado en la ley y nunca obtenerlo a la fuerza [...] ni mucho menos declararse en rebelión contra el gobierno que dignamente rige con tino a la República.

Ante el acoso de los zapatistas, que asaltaron tres veces su tienda, tuvo que refugiarse en la ciudad de México. Otros ex-combatientes maderistas vieron en el levantamiento zapatista la oportunidad para regresar a filas, combatiéndolo, como fue el caso del ex-coronel Gregorio González, de la ciudad de México, quien se quejó que algunos maestros de primaria eran antigobiernistas e instaban a sus pupilos a no confiar en Madero. Ignacio Gómez, ex-capitán de rurales en el Estado de México, ofreció sus servicios para acabar con la anarquía y extirpar al zapatismo, o Ricardo Rojas, antiguo compañero de Aquiles Serdán durante el antirreeleccionismo, quien consideraba a los rebeldes como “hordas vandálicas que han estado cometiendo atropellos y haciendo víctimas a pacíficos vecinos”, o Lázaro Reyes, de Tacubaya, quien no obstante haber quedado sordo militando en las filas maderistas, quiso alistarse para combatir a los zapatistas no en los pueblos, ranchos y haciendas, como hacía el ejército, sino en el monte, donde realmente estaban los guerrilleros, según su decir. José Busquets, ex-mayor maderista de Puebla manifestó su disposición para formar cuerpos de

---

<sup>2</sup> Rodolfo Mercado a Madero, Azcapotzalco, D.F., 15 de mayo de 1912, *AGN-FM*, c. 21, e. 544-2, f. 16581; Francisco García Díaz a Madero, México, 7 de junio de 1912, . c. 4, e. 85, fs. 2573-2577; José Escudero a Madero, Oaxaca, 29 de junio, 9 de agosto de 1912, c. 8, e. 203-1, fs. 5852-5855.

voluntarios para perseguir a los bandidos, pero el gobernador le dijo que no podía proporcionarle los gastos necesarios. Al capitán Luis Fitzmaurice, de San Cristóbal de las Casas, Chiapas, quien quería venir a combatir a los zapatistas, Sánchez Azcona le dijo que era una situación bajo control y que hacía más falta en su estado. Andrés Muñoz, capitán ex-maderista en Puebla se ofreció para combatir al zapatismo, el cual observaba que había crecido desde la salida de Huerta y contagiado a muchos sectores, pues incluso gente que había estado bajo sus órdenes se había incorporado a los rebeldes. Inversamente, los hermanos Angel y Nemesio Páez, que habían sido enrolados al ejército por considerarlos zapatistas, escribieron al secretario de Gobernación que estaban a gusto en el ejército y no querían que los dejaran libres y pidieron que no hicieran caso a sus esposas que pedían su libertad.<sup>41</sup>

Para muchos de los antiguos maderistas no tenía sentido la revuelta suriana, aunque simpatizaran con las reformas sociales. Reprobaban la violencia, que atentaba contra el régimen legítimo de Madero, poniendo en riesgo los objetivos de transformación y haciéndole el juego a sus enemigos. Sin ser partidarios del antiguo régimen, se convirtieron en críticos del alzamiento

La revuelta no solo polarizó las posturas ideológicas de la gente de los distintos estratos, sino que también fue vista por individuos desempleados o arribistas como un medio para obtener trabajo y buscar favores, a cambio de servicios militares o de espionaje.

---

<sup>41</sup> *AGN-FM*, Ezequiel Labastida a Madero, México, 25 de julio de 1912, c. 40, e. 1096-2, fs. 30965-30973; Gregorio González a Madero, México, 2 de enero de 1912, c. 34, f. 25925; Ignacio Gómez a Madero, hacienda de Tejaman, 3 de enero, c. 35, e. 937, f. 26904; Ricardo Rojas a Madero, Puebla, 12 de enero, c. 36, e. 959-1, f. 27880; Lázaro Reyes a Madero, Tacubaya, 16 de enero, c. 47, e. 1294, fs. 35669-35670; Crispin Arce a Madero, Cuautla, 27 de febrero y 7 de junio de 1912, c. 50, e. 1415-1, fs. 38087-38092; J. Busquets a Madero, 7 de marzo de 1912, c. 34, e. 929-2, f. 26569; Sánchez Azcona a L. Fitzmaurice, México, 6 de

En el archivo de Madero se encuentran testimonios de personas que pidieron ayuda para enrolarse al ejército, a los rurales o por su propia cuenta, con cargo al erario público, como fue el caso de Manuel Sotomayor, de la ciudad de México; o de Gabriel Sánchez, quien consideraba su “deber como mexicano” combatir al zapatismo por representar una calamidad para el país; o Pedro Orozco, de Uruapan, quien quería impedir que el zapatismo llegara a su estado y decía contar con varios amigos conocedores del terreno para impedirlo; o C. Aranda, de Toluca, quien aconsejó a Madero actuar como Porfirio Díaz y poner precio a la cabeza de cada uno de los jefes zapatistas y colgar de los árboles a los presos con un letrero que dijera “por zapatista”; o Emilio Solís, de Puebla, quien expresó haberse enterado por *El País* de las depredaciones de las hordas zapatistas antipatriotas y había decidido prestar su ayuda para acabar con ellos; o Rodolfo Salazar, quien por su cuenta se había mezclado con la “gente baja de Morelos” y entrevistado con varios de los líderes zapatistas, llegando a la conclusión de que tenía gran apoyo de la clase baja y la mayoría de la media, así como que su objetivo era llevar a la presidencia a Vázquez Gómez, por lo que la única manera de acabar con el zapatismo era eliminar a Vázquez Gómez en San Antonio, Texas, pidiendo ayuda para ello.

José Sotelo, maderero de Santa María y vendedor de bienes raíces en la ciudad de México, dijo haber logrado que los pueblos del Ajusco de Ocoatepec, Chamilpa, Ahuatepec, Cuajomulco, que trabajaban para él, se abstuvieran de ayudar al zapatismo y solo había fracasado con Santa María. Sotelo estuvo haciendo gestiones para que Genovevo de la O se amnistiara, sin conseguirlo. Conocía a varios de los líderes zapatistas y presenció la forma

---

marzo de 1912, c. 53, e. 5, f. 366; Andrés Muñiz a Madero, Acatlán, 17 de mayo de 1912, c. 37, e. 986, f. 28537. A. y N. Páez a srio. de Gobernación, 10 de julio de 1912. *AGN-GPR*, c. 54, e. 87

en que se organizaban y operaban en los combates, por lo que fue a informar de esos detalles al gobernador y al jefe de armas de Cuernavaca. Se disculpó diciendo: "me es penoso tener que hacer el papel de denunciante, pero veo que es necesario para el bien del país y más cuando estoy convencido de que los zapatistas no son ni revolucionarios sino verdaderos bandidos." Comisionado por el gobierno estatal, Sotelo se dedicó a organizar el regreso de pobladores de Santa María cuyos hogares habían sido quemados, para que trabajaran en su negocio de corte de madera y a formar cuerpos de voluntarios. José Rovelo, de Morelos, expresó que había sido traicionado por los zapatistas y, en venganza, ofreció a Madero delatarlos. Aventureros caza-recompensas ofrecieron también sus servicios para matar a Zapata, como Cleofas Sánchez, de Guanajuato, quien ideó infiltrarse en el ejército suriano y envenenarlo, o Francisco Parada quien pretendía capturarlo a través de la amiga de una querida de Zapata.<sup>42</sup>

Hubo también desempleados para quienes combatir a los rebeldes era un medio para tratar de ingresar a la burocracia o, en el caso de convictos, obtener su liberación, como fueron los casos de Lázaro Cervantes, preso en Toluca por peculado, Leandro Aguirre, de la cárcel de Belén, detenido por un lío de faldas o A. Tijerina, preso común en Oaxaca y

---

<sup>42</sup> *AGN-FM*, Manuel Sotomayor a Madero, México, 26 de enero, c. 41, e. 1116-1, f. 31402; Gabriel Sánchez a Madero, México, 30 de enero, c. 37, e. 995-1, f. 28715; C. Aranda a Madero, Toluca, 30 de enero, c. 50, e. 1425-1, f. 38185; Agustín Villavicencio a Madero, Tenancingo, 7 de febrero de 1912, c. 47, e. 1291-1, f. 35518; Emilio Solís a Madero, Puebla, 26 de febrero, c. 41, e. 1108-1, f. 31263; Rodolfo Salazar a Madero, México, 9 de febrero, c. 37, e. 1006-1, f. 28974-28978. Llama la atención que los asesores maderistas hayan prestado oídos a las propuestas de ese individuo y que Sánchez Azcona lo haya canalizado con Federico González Garza, subsecretario de Gobernación, indicándole que Madero le había confiado una comisión privada, primero en Morelos y luego en San Antonio, por lo que debía proporcionarle fondos y que haya girado instrucciones a la Secretaría de Comunicaciones para que vigilaran a varias personas de Morelos y comprobaran si recibían correspondencia de San Antonio; ver Sánchez Azcona a Federico González Garza, México, 16 de febrero, c. 53-4, e. 483; Azcona a Manuel Urquidí, 16 de febrero, e. 487. José Sotelo a Madero, Cuernavaca, 11 de marzo, 25 de abril, 30 de julio, 7, 19 de agosto de 1912, c. 41, e. 1114-1, fs. 31367-31374. J. Rovelo a Madero, Morelos, 1º de mayo de 1912, c. 46, e. 1279-2, f. 35346. C. Sánchez a

Rómulo Ortiz, en Yauhtepec. Los funcionarios maderistas agradecieron estos ofrecimientos, pero dieron prioridad al cumplimiento de la ley y no los liberaron.<sup>43</sup>

Hubo manifestaciones de apoyo al gobierno que tenían por objetivo proteger a la población de los ataques del ejército y obtener la benevolencia del régimen. En Santa Catarina, Morelos, luego de que este pueblo había sido quemado, 141 individuos, encabezados por el maestro de la escuela de ese lugar se presentaron ante Juvencio Robles, para declarar que no eran zapatistas sino partidarios del gobierno, por lo que éste les dio salvoconductos para que pudieran ir a traer víveres a sus hogares.<sup>44</sup> De manera más clara aún que este último caso, en ocasiones, la adhesión al gobierno que manifestaban algunos grupos tenía el interés de proteger a sus poblados y familias de las quemas y represalias del ejército federal, como ocurrió con algunos habitantes de Santa María y de Tepoztlán que trataron de convencer a las autoridades militares de que no quemaran sus casas o de Tizapotla en donde pidieron la intercesión del obispo de Cuernavaca para que diera constancia de su adhesión al gobierno y disminuyera el rigor de la campaña.<sup>45</sup>

La guerra, pues, polarizó tanto a los grupos y clases directamente involucrados en la escena, como a sectores e individuos más alejados y dividió a la opinión pública. En la zona de conflicto, los abusos rebeldes fueron una fuente de tensión permanente. Por ello, no fue sorprendente que muchos pueblos no vieran con simpatía a los alzados y aún que prefirieran

---

Madero, Guanajuato. 4 y 29 de abril de 1912, c. 37, e. 994-1, fs. 28674-28675; F. Parada a Madero, México. 16 de marzo de 1912, c. 35, e. 934-2, f. 26701.

<sup>43</sup> *AGN-FM*, Lázaro Cervantes a Madero, 31 de enero de 1912, c. 35, e. 941-1, f. 27036; Leandro Aguirre a Madero, cárcel de Belén, 11 de febrero de 1912, c. 49, e. 1353-1, f. 36850; A Tijerina, a Madero, San Jerónimo, Oaxaca. 13 de febrero, c. 44, e. 1199-1, f. 33509-33512; Sánchez Azcona a Leandro Aguirre, México. 1º de marzo de 1912, c. 53, e. 5, f. 161; Sánchez Azcona a Rómulo Ortiz, México. 14 de marzo de 1912, c. 53-6, e. 156.

<sup>44</sup> *El País*, 9, 23 y 25 de febrero, 6, 11 y 13 de marzo, 17 de abril de 1912. Benjamin Balderas a Madero, Tehuacán. 27 de febrero, 12 y 23 de marzo de 1912, *AGN-FM*, c. 2, e. 26, fs. 905, 906, 918.

<sup>45</sup> *El País*, 24 y 25 de febrero. 4 de marzo de 1912. *El Imparcial*, 3, 5 y 6 de marzo de 1912.

y pidieran la intervención de las fuerzas del orden. Los grupos y sectores que se opusieron a la rebelión en la región fueron numerosos, aunque menores que los que la apoyaron. La gama de posturas opositoras iba, desde los que habían sufrido la pérdida de familiares y bienes, hasta los que la rechazaban por motivos ideológicos u oportunistas y su actitud, desde la aceptación pasiva de la táctica contrainsurgente gubernamental hasta la colaboración en los cuerpos de defensa del régimen. El espectro de clases e intereses contrarios a la insurrección fue muy amplio.

#### *Oposición a la revuelta: la formación de cuerpos de voluntarios*

El fenómeno más claro de organización de sectores civiles contrarios a la insurrección ocurrió con la formación de cuerpos denominados “voluntarios”, milicias locales paralelas al ejército y a los rurales, que se constituyeron en las zonas rurales en donde no llegaba o no era efectiva la actividad contrainsurgente de las fuerzas del orden. Sus antecedentes se remontaban a los últimos meses del gobierno porfirista, que recurrió a esa táctica para tratar de contener la insurrección maderista. Desde entonces, el aliciente para su constitución era la paga que se ofrecía, con cargo al erario público, federal o estatal y con la colaboración de las élites locales. En la mayoría de los casos, tales cuerpos no eran “voluntarios”, sino que había una fuerte dosis de presión y aun coacción sobre la población local para que aceptaran enlistarse en ellos, así como para sufragar sus gastos. Hubo muchos intentos por constituir esos cuerpos, intentos que también en numerosas ocasiones fueron infructuosos. Sin embargo, en muchas localidades sí cuajaron. Su existencia y su actividad influyeron en los

resultados y en los límites que tuvo la revuelta, y polarizaron aún más a los distintos estratos locales en torno a la rebelión.

Ésas milicias se armaron y abastecieron principalmente con recursos propios, aunque de manera constante estuvieron solicitando ayuda para equiparse y operar a los gobiernos federal y estatal. Sin embargo, tanto Madero, como las secretarías de Guerra y de Gobernación, así como los gobernadores de las zonas afectadas por la revuelta, tuvieron la mayoría de las veces reservas y desconfianza de armar a grupos locales sobre los cuales no tenían ningún control -además de que dudaban de su eficiencia-, y prefirieron intensificar el reclutamiento de los cuerpos oficiales, aunque esto significara que abandonaran a su suerte a muchas de las zonas rurales más aisladas e inhóspitas, que fueron presa más fácil de la multitud de bandas rebeldes y bandidos que proliferaron.

Entre los organizadores de grupos de voluntarios hubo, en primer lugar individuos notables que se opusieron a la revuelta bien fuera porque había perjudicado ya o podía perjudicar sus intereses, porque no le veían sentido, o porque la mayor seguridad para ellos consistía en seguir apoyando al gobierno, a las instituciones y a las autoridades. Tal fue el caso de José de la Macorra, gerente general de las fábricas de papel San Rafael, cuyas propiedades sufrieron varios ataques y asaltos por los zapatistas, quienes quemaron en abril de 1912 la hacienda de Santa Catalina y partes de la fábrica de papel, secuestrando a varios empleados e imponiendo préstamos forzosos. De la Macorra había organizado un cuerpo de voluntarios para defender sus propiedades y se quejó de que el gobierno no le prestaba apoyo. Hubo también notables regionales como Baraquiel Alatríste, miembro de una familia con influencia en la zona de Atlixco, quien se dedicó a organizar el reclutamiento de voluntarios para combatir a los zapatistas y decía haber encontrado eco para ello en Acatlán

o como Domingo Velázquez, propietario de la hacienda de San José Atotonilco, en Puebla, quien armó a sus trabajadores para que la defendieran de los ataques -sin tener éxito en ese propósito, como él mismo relató- o en Axutla, municipio de Acatlán, donde parte de la población se defendió contra el ataque del *Tuerto* Morales, quien consiguió vencerlos, saqueando e incendiando varias casas.

Otro fenómeno que ocurrió fue la toma de partido a favor del gobierno y la solicitud de armas y equipo para combatir la rebelión, por parte de la gente de los pueblos, rancherías y haciendas. En Huajuapán, la población celebró una misa en honor del Señor de los Milagros por haber conseguido derrotar a las tropas zapatistas el 17 de enero de 1912. Vecinos de Hueyoxtla, en Zumpango, Estado de México, solicitaron al gobierno armas e instructores para defenderse de los rebeldes, que en días anteriores habían asaltado la hacienda de Tezontlapa. Dependientes de la casa comercial de Juan Martínez, en Tláhuac, Distrito Federal, ayudaron a su patrón a rechazar con éxito el ataque de que fueron objeto a principios de marzo de ese año. En Zacapoaxtla, Puebla, los principales vecinos manifestaron su disposición de ayudar al gobierno a combatir a los zapatistas, al igual que en Huachinantla, Teutla y Santa Ana Jalalpa, en ese mismo estado, en donde expresaron ser partidarios del gobierno y enemigos de los zapatistas. Igual hicieron habitantes de Tehuacán, Puebla.

Luis Navarro informó que los hacendados de Tecamachalco, Tlacotepec y Tepeaca habían formado cuerpos de voluntarios pero les hacían falta armas y quién los dirigiera. Gonzalo Ramírez, administrador de una hacienda en Tepeaca, formó también uno, pidiendo armas a Madero. Eucaria Apreza, cacique de Chilapa, en Guerrero ofreció pagar de su peculio a los jefes que le propuso Madero para combatir a los rebeldes, a los que

consideraba “indígenas engañados con promesas de dádivas de terrenos”. En varias ocasiones sufrió ataques zapatistas en sus haciendas de Tenanzitlán y Tlapehualco y consideraba a los zapatistas como bandidos y asesinos. En uno de esos ataques, los alzados mataron a un propietario de Tlapehualco, quien estaba organizando una milicia local antizapatista. Ella misma solicitó más recursos para que la población local “que estaba cansada de las fechorías de los zapatistas y deseaba tomar las armas en favor del gobierno”, lo pudiera hacer. Sin embargo, los treinta hombres que pagaba, no fueron suficientes para repeler los ataques guerrilleros “por falta de parque”. Entre quienes tuvieron mayor éxito en formar cuerpos de voluntarios se encontró Oscar Braniff, cuyos considerables recursos pudieron constituir un cuerpo de 600 hombres “muy bien organizados”, reclutados en la capital del país y que fueron enviados por Madero a combatir a los zapatistas en mayo de 1912.<sup>46</sup>

Ante el avance de la revuelta, las autoridades políticas estatales y locales, junto con familias pudientes, incrementaron la organización de voluntarios. En la hacienda de Santa Clara, en Morelos, se organizó un grupo de ellos a fines de enero de 1912. Puebla, al parecer, fue la región en donde mayor éxito tuvieron esos esfuerzos. El gobernador Rafael Cañete informó que se habían constituido varios de esos cuerpos en el distrito de Atlixco, desde noviembre de 1911. Agustín del Pozo, mantenía uno de 18 hombres en su hacienda

---

<sup>46</sup> *AGN-FM*, J. de la Macorra a Madero, México, 27 de diciembre de 1911, 9 de enero de 1912, 18 de abril de 1912, c. 39, exp. 1067-1, fs. 30115-30116 y c. 45, e. 1232-2, fs. 34268-34269; Baraquiel Alatraste a Madero, Puebla, 28 de enero de 1912, c. 6, e. 140-1, fs. 4135-4138, en donde Alatraste mismo reconocía que el zapatismo tenía apoyo en el distrito de Tecali por haber un gran descontento contra el jefe político y el Juez: Luis Navarro a Madero, Puebla, 23 de marzo de 1912, c. 44, e. 1192, f. 33349; G. Ramírez a Madero, hacienda de Buenavista, 23 de marzo de 1912, c. 49, e. 1360, f. 36995; Madero a Juvencio Robles, México, 22 de mayo de 1912, c. 47, e. 1292, fs. 35578-35582; Eucaria Apreza a Madero, Chilapa, 9 de julio, 25 de agosto, 3 y 25 de septiembre, 9 de octubre de 1912, c. 47, e. 1312-2, fs. 35980-35982, 35987-91, 35997-98, 35999. En esas cartas, Apreza denunció las amenazas que había recibido de Zapata por negarse a proporcionarle dinero y armas. *Diario del Hogar*, 6 de enero de 1912. *El País*, 22 de enero de 1912.

que, sin embargo, no fue suficiente para repeler el ataque que sufrió por parte del *Tuerto* Morales a mediados de marzo de 1912. En Cholula, vecinos promovieron la formación de un cuerpo de voluntarios, obteniendo 300 rifles del gobernador para ello. En la ciudad de Puebla banqueros, comerciantes y hacendados formaron un fondo para constituir un cuerpo que defendería esa ciudad de los ataques rebeldes; el gobierno les entregó 100 armas y parque. En Atlixco, el jefe político promovió la formación de otro, al que se incorporaron jóvenes que acudieron luego de los ataques y amagos que había sufrido ese lugar. En Tecamachalco, el hacendado Modesto Tamáriz pidió ayuda al gobernador con el mismo propósito.

En Tehuacán, Benjamín Balderas se ofreció para reclutar voluntarios en los pueblos vecinos y pidió ayuda a Madero para ello; José Hernández informó a Madero que había encontrado buena respuesta entre antiguos combatientes maderistas, los cuales querían que la dirección de esos cuerpos volviera a quedar en manos de sus antiguos jefes. En la planta eléctrica de Necaxa la compañía formó un cuerpo de 100 voluntarios a los que se les pagaba 5 pesos diarios, cantidad superior al salario rural de la zona; empero, por la alta erogación que eso significaba, los dueños de la empresa (The Mexican Light and Power Co) solicitaron a Madero que enviara 100 rurales, con un sueldo de \$1.50 diario y se negaron a pagar otro tanto. En Huixquilucan las autoridades lograron armar a un cuerpo de 30 individuos. En Acatlán, el cuerpo de voluntarios se formó por iniciativa de la colonia española, aunque tuvo dificultades porque los comerciantes no aportaron todos los fondos a los que se habían comprometido, a pesar de lo cual lograron rechazar ataques del *Tuerto* Morales y Eufemio Zapata, a principios de marzo de 1912. Baraquiel Alatriste informó a Madero, a mediados de abril, que disponía de 100 hombres como voluntarios de Acatlán.

Miguel Manzano, dueño de una fábrica de alcohol en Zapotlán de Méndez, en Tetela, formó un cuerpo de 27 voluntarios e indicó que aunque había otros cuerpos similares ahí mismo, no habían recibido hasta entonces ayuda del gobierno. Incluso Jenaro Amézcuca, comerciante de Tehuacán, maderista que luego se haría zapatista y jugaría un papel importante en el cuerpo de asesores, escribió a Madero el 3 de mayo que estaba colaborando con el Ministerio de Guerra en la organización de voluntarios en Tehuacán.<sup>47</sup>

Así pues, al parecer, la organización para la defensa de las poblaciones contra los rebeldes tuvo una amplia extensión en la entidad poblana y abarcó una abigarrada mezcla de clases y sectores, desde élites hasta trabajadores. La principal dificultad de los cuerpos así constituidos fue la falta de recursos, de cuadros que los capacitaran en el arte de las armas y de disciplina.

No obstante, no siempre tuvieron éxito las autoridades y las élites poblanas en tales propósitos, pues en Izúcar de Matamoros la población se negó a integrar un cuerpo de voluntarios, como pretendía el prefecto, y la mayoría se opuso a cooperar para comprar 50 armas. El propio gobernador de Puebla era reacio a autorizar la formación de estos cuerpos pues consideraba que podían ser instrumento de notables locales para que, sin autorización

---

<sup>47</sup> Rafael Cañete a Madero, Puebla, 16 de noviembre de 1911, en Fabela, *op. cit.*, pp. 31-33. A. del Pozo a Madero, Puebla, 2 y 13 de febrero de 1912, *AGN-FM*, c. 7, e. 179, fs. 5113-5118; a los hombres que cuidaban su hacienda de posibles ataques del *Tuerto* Morales les había dado animales, semillas y tierras de riego, pero no tenía dinero, por lo que amenazaban con abandonarlo; Nicolás Meléndez, gobernador de Puebla, a Madero, Puebla, 6 de febrero de 1912, c. 3, e. 77, f. 2289. Delfino Villanueva a Madero, México, 2 de febrero, c. 47, e. 1300-1, f. 35806; Benigno Vélez a Madero, Acatlán, 14 de mayo de 1912, c. 49, e. 1366-2, f. 37072. B. Balderas a Madero, Tehuacán, 4 de marzo de 1912, c. 2, e. 26, fs. 913-914; J. Hernández a Madero, Tehuacán, 12 de marzo de 1912, c. 4, e. 105, fs. 2981-2982. Luis García Nájera, jefe político de Acatlán, a B. Alariste, c. 6, e. 140-1, fs. 4104-4106. B. Alariste a Madero, Puebla, 14 de abril de 1912, c. 6, e. 140-1, f. 4099; Kuis Riba, apoderado de Necaxa, a Madero, 11 y 15 de octubre de 1912, c. 46, e. 1270, fs. 35167 y 35169. *El País*, 1<sup>o</sup>, 26, 27 y 28 de febrero, 4, 5, 16, 18 y 27 de marzo, 13 de abril de 1912; M. Manzano a Madero, Zapotlán de Méndez, Tetela, 12 de mayo de 1912, c. 8, e. 191-3, fs. 5384-5385; J. Amézcuca a Madero, Tehuacán, 3 de mayo de 1912, c. 10, e. 256, f. 7693. *El Imparcial*, 6, 9, 25 y 28 de marzo de 1912.

del centro, armaran a bandas paramilitares para fines particulares, de manera autónoma, y cometieran abusos contra las localidades. El gobierno federal quitó las armas que había dado a los vecinos de Acatlán para defenderse. ante el temor de una sublevación, aunque luego tuvo que regresárselas, mientras que el jefe político de Zacatlán arrestó y multó a un grupo de voluntarios de esa localidad, alegando que no tenían permiso para portar armas.<sup>48</sup>

En el Distrito Federal y el Estado de México se organizaron cuerpos de defensa similares. En San Angel, los dueños del restaurante San Angel Inn informaron haber formado uno de 100 hombres; en Mixcoac se formó otro de 400; en Coyoacán uno más de 50; En Atizapán se formó otro. Galdino Vallejo, de la ciudad de México, que consideraba a Zapata un traidor, se incorporó a las filas de voluntarios de Braniff y obligó a su hijo a que hiciera lo mismo. En San Juan Azingo, distrito de Tenango, en el Estado de México, el cuerpo de voluntarios se preciaba de estar bien organizado, armado, y de haber ayudado a rechazar los ataques rebeldes. En Tlalnepantla, el notario Raymundo Cárdenas pidió ayuda a Madero para organizar a 100 voluntarios a principios de marzo, con el objetivo de "dar tranquilidad a los vecinos y garantías a la propiedad". En el poblado de Tlalmanalco, en las faldas del Iztaccíhuatl, los habitantes dijeron contar con 300 individuos dispuestos a alistarse, algunos de los cuales tenían armas, pidiendo a Madero personal que los capacitara y no salir de su territorio, dada su pobreza. En el distrito de Chalco, Francisco Mier ofreció a Madero la formación de un cuerpo de voluntarios para ayudar a las tropas federales y rurales contra el movimiento armado. En Amaltepec, distrito de Sultepec, los voluntarios

---

<sup>48</sup> *El País*, 19 de marzo, 20 de junio de 1912. *Diario del Hogar*, 8 de junio de 1912. *el Imparcial*, 17 de junio de 1912.

lograron rechazar la incursión de salgadistas encabezados por Martín Hernández, el 12 de abril de 1912.<sup>49</sup>

La participación de esas milicias fue vista por algunos individuos como un medio de empleo y promoción, como ocurrió con José Espinosa, que consideraba bandidos a los zapatistas y delató a una persona que colaboraba con ellos en el Distrito Federal y ofreció sus servicios a Madero para reclutar voluntarios durante 1912. A pesar de que se entrevistó con el ministro de Gobernación y éste le ofreció darle dos pesos por cada gente que reclutara, al parecer nunca pudo obtener ese apoyo. Venancio González, de Puebla, ofreció sus servicios si le daban el cargo de capitán de rurales y reconoció que no tenía mucha disciplina, pero sí práctica para perseguir a “esa plaga”.<sup>50</sup>

En Guerrero y Oaxaca también se formaron estos grupos de defensa. En Ometepec, defendieron la población del ataque de los zapatistas, derrotándolos, en abril de 1912. El presidente de Tlacotepec armó a 10 ciudadanos para oponerse a las depredaciones de Salgado. En Huamuxtitlán, el presidente municipal promovió la formación de un cuerpo de 200 voluntarios después de que los rebeldes habían saqueado “casas de españoles”. En Coahuayutla, se constituyó otro de 200. En Coyuca de Catalán, Octaviano Albarrán se ofreció para formar uno más. En Zacualpan, el prefecto político de Taxco pidió 100 armas para defenderse de los rebeldes que habían asaltado un pueblo adicto al gobierno. En

---

<sup>49</sup> *El País*, 14, 15, 17 de marzo de 1912. *El Imparcial*, 23 de junio de 1912. R. Cárdenas a Madero, México, 4 de marzo de 1912, *AGN-FM*, c. 2, e. 34, f. 1307; Eduardo Fuentes a Madero, México, 16 de marzo de 1912, c. 3, e. 65, f. 1976; José Larios a Madero, Atizapán, 26 de marzo, c. 40, e. 1099-2, f. 31022; G. Vallejo a Madero, D.F., 14 de junio de 1912, c. 45, e. 1232-1, fs. 34251-34252. F. Mier a Madero, México, 10 de abril de 1912, c. 24, e. 630-1, fs. 18005-18007; J. de la Macorra a Madero, México, abril de 1912, c. 45, e. 1232-2, fs. 34268-34269.

<sup>50</sup> *AGN-FM*, J. Espinosa a Madero, México, 17 de marzo, 3 y 22 de abril, 29 de mayo, 25 de julio, 6 de agosto de 1912, c. 3, e. 61, fs. 1865, 1868, 1886-1887, 1892-1893, 1895-1896; V. González, Puebla, 28 de julio de 1912, c. 34, e. fs. 26189-26193.

Acapulco, Ignacio Tapia organizó a 40 hombres para combatir a los alzados.<sup>51</sup> En Oaxaca, el gobernador Benito Juárez informó que se habían logrado conformar muchas fuerzas auxiliares en cada uno de los distritos, no obstante lo cual, consideraba insuficientes los recursos con los que contaban. Rubén Morales informó a Madero que una junta entre hacendados con oficiales federales, se había decidido formar cuerpos de voluntarios con los peones de las haciendas, a los que sostendrían tanto los propietarios como el gobierno; para evitar que los reclutados se coaligaran con los alzados procurarían mandarlos a distritos diferentes a sus lugares de origen y, de manera particular, a defender la línea de ferrocarril entre Etna y Cuicatlán.<sup>52</sup>

Los ferrocarrileros, uno de los gremios que más resintió y estuvo más expuesto a los rigores de la guerra, organizaron también un cuerpo de defensa. Eso tuvo consecuencias negativas para ellos, pues varios fueron muertos por los rebeldes y los demás sufrieron amenazas constantes, por lo cual se dio una división al interior del gremio y algunos, por temor, pidieron que no se siguieran organizando.<sup>53</sup>

Todos estos ejemplos eran una muestra de la organización contra la revuelta que tuvo lugar en la amplia zona que resentía la actividad de los grupos rebeldes. En varias ocasiones, esa organización demostró su efectividad y logró rechazar y mantener a raya la actividad de esos grupos. No obstante, la mayoría de las zonas en las que se pudieron

---

<sup>51</sup> *AGN-FM*, Carlos Miller a Madero, Puebla, 25 de marzo de 1913, c. 41, e. 1103, f. 31107; Alberto Rodríguez a Madero, Tlacotepec, 28 de enero de 1912, c. 33, e. f. 25448; Albarrán a Madero, Coyuca, 13 de abril de 1912, c. 6, e. 148-2, f. 4329; Francisco Soto a Madero, Zacualpan, 5 de mayo de 1912, c. 41, e. 1190-1, f. 31694; I. Tapia a Madero, Acapulco, 4 de junio de 1912, c. 42, e. 1149-3, f. 32148. *El País*, 10 de abril de 1912.

<sup>52</sup> *AGN-FM*, B. Juárez a Madero, Oaxaca, 11 de febrero de 1912, c. 9, e. 121-1, fs. 6447-6449; R. Morales a Madero, Oaxaca, 6 de marzo de 1912, c. 22, e. 557-2, fs. 16757-16790.

<sup>53</sup> *AGN-FM*, Rosendo Adame a Madero, México, 3 de marzo de 1912, c. 48, e. 1332-1, f. 36467. *El Imparcial*, 8 y 18 de junio de 1912.

constituir esos cuerpos de defensa fueron lugares en donde se registró una gran actividad de los rebeldes, lugares relativamente alejados, aislados y que no contaban con la defensa permanente del ejército ni los cuerpos rurales. En varias de esas zonas fue en donde ocurrieron mayores hechos de violencia, por lo cual los resultados de la autodefensa fueron limitados. Tuvieron, además, dificultades considerables para su organización, adiestramiento, abastecimiento de armas, provisiones y movilidad, que redujeron su eficiencia. Sus propósitos no eran aniquilar y desbaratar a las bandas alzadas, sino solo mantener a salvo las haciendas o poblaciones en donde se habían organizado, por lo cual no perseguían a los zapatistas ni colaboraban en el auxilio a otras poblaciones exteriores que sufrieran sus ataques.

Además, la actitud del gobierno central y de los gobernadores de las entidades afectadas, a menudo fue ambigua para impulsar la formación de estos grupos en mayor escala-a pesar de la necesidad que tenían de ellos al verse rebasados para garantizar la seguridad de las zonas rurales alejadas-. La falta de recursos financieros del gobierno central y de los gobiernos locales, aunados al celo del ejército y de los jefes rurales, a menudo fueron obstáculos para la formación de ese tipo de milicias locales sobre los que no tenían control. El gobernador de Oaxaca, Benito Juárez, expresó claramente los temores de la federación ante estas iniciativas. En una carta a Madero le dijo que tenía poca confianza en los cuerpos de voluntarios que se habían formado, pues consideraba que tenían poca movilidad fuera de sus territorios locales, existían fuertes vínculos de parentesco entre ellos, tenían tendencia a no obedecer órdenes del centro, a convertirse en factor de disputa entre los propios pueblos, porque carecían de disciplina y, de manera directa, fortalecían el poder de los hacendados, en contra del centro. Por ello, prefería la utilización de fuerzas federales.

Madero le contestó que estaba de acuerdo en sus apreciaciones y que prefería la formación de nuevos contingentes del ejército.

El jefe político de Tuxtepec cuando le informaron que irían voluntarios a reforzarlo expresó que prefería federales. Además, en las propias localidades la incorporación a esos cuerpos no era tan voluntaria, sino que obedecía a presiones de los jefes políticos, autoridades y caciques y había reticencias de los habitantes para ello. En Tetela de Ocampo, el capitán federal Bruno Trejo informó que la gente del lugar no quería enrolarse pues pensaban que iba a ser por tiempo indefinido y que solo prestarían servicios por 15 días a un mes y luego regresarían a sus trabajos.<sup>54</sup>

Así pues, en buena medida, la formación y el financiamiento de estas fuerzas descansó en los recursos de las familias pudientes de las localidades y ciudades afectadas que pudieron organizarse autónomamente y en la iniciativa de individuos y familias de clases medias y de sectores de menos recursos que estuvieron dispuestos a defender a sus lugares de los rebeldes y solo marginalmente, en los recursos aportados por la federación o los gobiernos estatales.

La federación y aún los gobiernos estatales no vieron con buenos ojos a estos cuerpos de defensa local y no comprendieron que eran el resultado de una necesidad insatisfecha de contener los ataques de la revuelta, particularmente en aquellas regiones de la provincia más agrestes y de menor relevancia económica o política que no podían ser atendidas por las fuerzas del orden. La formación de esas milicias eran la manifestación de la debilidad del poder central para mantener el orden y dar seguridad a todos los sectores.

---

<sup>54</sup> *AGN-FM*, c. 9, e. 121-1, B. Juárez a Madero, Oaxaca, 27 de febrero y 9 de marzo de 1912, fs. 6452-6455 y 6463; Sebastián Ortiz a Madero, Soyltepec, 11 de marzo de 1912, c. 44, e. 1197-2, f. 33457.

Era una paradoja: el centro no podía permitir la constitución de poderes autónomos, ni aunque estaban de su parte y complementaban su carencia de recursos. El gobierno temía que pudieran salirse de control y fortalecieran a los poderes caciquiles regionales. De nuevo la tragedia del maderismo: no estaba demostrando capacidad para someter a una insurrección campesina regional pero no podía confiar en sus aliados efectivos regionales. Por lo demás, armar a las clases bajas rurales era motivo de desconfianza y temor de las propias élites, que sospechaban que pudieran unirse a los rebeldes, como pasó efectivamente en algunos casos. Las salidas que se buscaron, como la de que no combatieran en su propio lugar de origen, le quitó sentido y efectividad a lo que era su necesidad de fondo: la defensa de sus propias comunidades.

\*\*\*

La rebelión zapatista se había consolidado a nivel regional y se estaba convirtiendo en un poder paralelo que no solo no había podido ser sometido por el régimen maderista, sino que los jefes guerrilleros comenzaron a tener injerencia y a ser reconocida su autoridad en los asuntos de abasto, justicia y administración locales. El trastocamiento de la vida cotidiana en la región y la afectación que produjo en los distintos sectores, grupos e individuos, produjeron una variada gama de actitudes ante la revuelta, proceso complejo que estaba en curso cuando el experimento maderista fue disuelto trágicamente por la reacción de las clases conservadoras y el ejército. En adelante, la lucha zapatista continuaría desafiando al poder central, representado por Victoriano Huerta y buscando obtener la hegemonía en el proceso revolucionario nacional en el que entró el país, a partir de marzo de 1913. Sería una nueva etapa para los guerrilleros zapatistas en la que las bases que había establecido en la región del *Sur*, se hicieron todavía mayores

## **Conclusiones**

1.- La rebelión agraria que tuvo lugar en el campo morelense en los meses finales del porfiriato, compuesta por sectores y grupos agrarios marginados, tuvo causas profundas que se explican, en primer lugar, por una problemática agraria de larga duración existente en la zona. conflictiva derivada de la lucha ancestral entre las clases subalternas y las élites económicas por la posesión y el usufructo de los recursos naturales -tierras, aguas, bosques-. Esa disputa ancestral arrojó resultados desiguales, favoreciendo, desde la época colonial, a las haciendas e ingenios azucareros quienes se apropiaron temprana y paulatinamente, de los mayores y mejores recursos productivos, provocando con ello, pleitos y tensiones que atraviesan la historia secular. En ocasiones, algunos pueblos lograron conservar el control sobre tierras y aguas, de manera localizada. También hubo disputas horizontales, entre las propias comunidades por el control de tales recursos.

Estos conflictos, endémicos, atravesaron la larga historia agraria colonial y decimonónica, continuaron siendo fuente de descontento en la época de la Reforma, durante el Imperio, la República Restaurada y el Porfiriato y permanecieron como focos de tensión que se abrieron con el estallido de la revolución contra Díaz. El énfasis y la persistencia del zapatismo en la solución al problema agrario se explican como una manifestación y una consecuencia directa de ese sentimiento reivindicatorio de los grupos marginales agrarios por la recuperación y el control de las tierras y el agua que, en términos globales habían perdido en el transcurso de los años a manos de la clase dominante en la región. los hacendados azucareros.

2.- El resultado de esta batalla de larga duración entre pueblos, villas y rancherías con la oligarquía terrateniente fue diferenciado regionalmente. En los fértiles valles centrales morelenses de Cuautla y Cuernavaca -la cuna original del zapatismo- los grupos agrarios marginales habían perdido sustancialmente la batalla desde el siglo XVIII y en la primera mitad del XIX. Las haciendas e ingenios azucareros concentraban ya en el porfiriato la gran mayoría de las mejores tierras y controlaban el uso del agua para sus empresas comerciales. Los pueblos, villas y rancherías, aunque conservaron una parte de esos recursos, tuvieron que depender de los recursos de las haciendas e ingenios para completar la satisfacción de sus necesidades, bien fuera empleándose asalariadamente de manera estacional, o bien arrendando tierras a las mismas haciendas para cultivar productos básicos, hortalizas y frutas, tanto para el autoconsumo, como para los mercados regionales cercanos, entre ellos la ciudad de México.

En los valles centrales morelenses, el proceso de desposesión y de subordinación económica de los pueblos, villas y rancherías ante las haciendas e ingenios azucareros estaba concluido al mediar el siglo XIX y, por tanto, la ofensiva liberal contra las tierras de las comunidades, tanto en la Reforma como en el Porfiriato, tuvo efectos menores que en otras regiones del centro-sur del país en donde las comunidades campesinas habían conservado en su poder mayores recursos. De cualquier modo, permaneció una relativamente alta tensión durante los cincuenta años anteriores al estallido de la rebelión contra Díaz. Los pueblos de los valles centrales morelenses se movilizaron y efectuaron motines y rebeliones locales contra las haciendas y casas comerciales particularmente durante el periodo de mayor influencia regional de Juan Álvarez, hacia mediados del XIX. Ésa época fue un antecedente de lo que sería luego la rebelión zapatista.

3.- En la tierras altas, boscosas y frías morelenses, así como en las regiones periféricas de Puebla y Guerrero en donde pronto se implantó el zapatismo, existía una problemática agraria diferente. Los pueblos habían conservado en sus manos un control relativamente mayor de sus recursos naturales, menos ricos en términos de la agricultura comercial. Estos pueblos y villas sufrieron en mayor grado los efectos de la ofensiva liberal por el control de esos recursos durante la segunda mitad del XIX y los comienzos del XX. Este proceso produjo resistencias y luchas agudas de los pueblos y villas por conservar sus recursos, las cuales, aunque lograron extenderse y contar con el apoyo de las zonas centrales, en términos generales, al igual que aquellas zonas, fueron derrotadas por las oligarquías terratenientes regionales y por la represión estatal. En regiones periféricas, el resentimiento agrario, quizá mayor, de grupos campesinos tradicionales, pequeños agricultores, ganaderos y rancheros, alimentó de manera decisiva a la rebelión agraria que se desató en la zona, primero bajo la bandera del *Plan de San Luis* maderista y, después, encontró su canalización en los planteamientos agrarios tempranos del zapatismo, constituyendo una de sus principales bases de apoyo.

4.- En la zona central cañera morelense, durante el porfiriato, ocurrió una notable modernización productiva que alteró los equilibrios en el uso de los recursos naturales entre los distintos sectores y grupos sociales. Así, el incremento sustancial en la productividad gracias a mejoras tecnológicas y a un uso intensivo de la tierra y el agua, elevó el volumen de producción de azúcar y derivados, masificó su consumo y creó una demanda nacional que orilló a una mayor utilización de tierras y aguas, proceso acompañado de una revolución en el transporte con la introducción del ferrocarril que, en conjunto, abarató los costos de esos productos en los mercados de consumo. Esa modernización se tradujo en una

mayor presión de las haciendas e ingenios sobre los grupos subordinados que dependían de las haciendas -de sus tierras y salarios-, para complementar su ingreso cotidiano.

Las haciendas e ingenios centraron su mira en un sector particular: las tierras que arrendaban a diversos grupos campesinos, los cuales fueron desplazados súbitamente de su principal fuente de sustento, dado que el ingreso que obtenían del trabajo en las haciendas era complementario y estacional. El mayor requerimiento de mano de obra por las haciendas e ingenios, en virtud de la mayor demanda de productos, no alcanzó a compensar ese desplazamiento del sector arrendatario. Estos arrendatarios desplazados de las tierras centrales morelenses fueron uno de los grupos que dieron soporte y apoyo al zapatismo original. No era un sector tradicional campesino, sino un grupo híbrido, en transición, que pagaba por trabajar la tierra y se empleaba estacionalmente, de manera asalariada, en las haciendas.

5.- En uno y otro caso, tanto en la zona periférica a los valles centrales morelenses en que grupos agrarios tradicionales fueron expropiados por las oligarquías terratenientes durante la Reforma y el Porfiriato, como en los sectores agrarios más modernos de arrendatarios y asalariados de las haciendas, que fueron privados de su derecho a trabajar tierras que habían perdido y arrendaban -pero que consideraban legítimamente suyas-, se produjo una actitud de oposición y resistencia ante lo que consideraron que era la ruptura del pacto moral que funcionaba con las haciendas e ingenios, ruptura que involucraba el comportamiento de las oligarquías y élites económicas regionales y de la clase política. Unos y otros de los grupos subalternos fueron privados súbitamente de lo que era para ellos un derecho natural: trabajar la tierra y emplear el agua y los demás recursos para vivir, independientemente de si eran propietarios o no, tuvieran títulos legales o pagaran por trabajar la tierra.

El descontento y la conflictividad agraria, fueron la muestra visible de la ruptura del pacto de economía moral entre la oligarquía terrateniente y los grupos agrarios subordinados, una ruptura de las reglas tradicionales que permitían la convivencia y que se establecía a través de obligaciones y derechos recíprocos. Dicha ruptura estuvo en la base de la reacción social que encontró su cauce en la rebelión zapatista.

6.- Ese descontento, aunque reciente y con otros actores, no era nuevo. La zona en la que arraigó y se extendió el zapatismo había sido fuente endémica de ese tipo de conflictos agrarios, los cuales, aunque en ocasiones habían producido motines y revueltas, no habían pasado del ámbito local y habían sido sofocados, con menor o mayor dificultad, por los gobiernos locales o, cuando el desafío había alcanzado mayores proporciones, por el Estado central. Tanto en las luchas de Independencia, como en los agitados días de las luchas entre liberales y conservadores, se habían gestado movilizaciones, motines y revueltas de los grupos subordinados en contra de la oligarquía terrateniente y comercial regional, así como del gobierno central y las autoridades locales. En ocasiones estas explosiones de rencores, odios y agravios acumulados se habían extendido a otras localidades y habían provocado hechos de sangre que pudieron ser reprimidos con la intervención de las fuerzas rurales y/o federales. Sin embargo, después de quebrar las resistencias locales y someter a los caudillos regionales que competían con el gobierno nacional, el régimen de Díaz fue capaz de establecer una relativa paz en la región de Morelos y zonas aledañas, interrumpida solo con eventos de carácter muy local que estuvieron lejos de alcanzar la magnitud de las décadas anteriores.

No obstante, lo que confirió un carácter y una dimensión inéditos a la rebelión morelense de 1911 fue que surgió alentada por y se combinó con una situación nacional

también inédita hacia el final del porfiriato. Se había producido una fractura en las clases dominantes y un sector de ellas, encabezado por Francisco I. Madero, había desarrollado una campaña electoral opositora al régimen porfiriano que había tenido gran éxito y, ante el cierre de los canales institucionales y la represión oficial, había llamado a la insurrección. Esa fractura en las élites, a nivel nacional, permitió que la rebelión local morelenses tuviera una dimensión distinta y que pudiera trascender, en la medida en que la pugna en las élites no fue resuelta y provocó una situación insurreccional en varias regiones del país.

7.- Los individuos morelenses que planearon, organizaron e iniciaron la revuelta contra el régimen de Díaz se incorporaron a una rebelión que ya estaba en marcha, que estaba extendiéndose y mostrando la debilidad del régimen porfiriano, lo que les daba una mayor certidumbre de tener éxito y contar con aliados. Lo hicieron tres meses después de que estalló la rebelión en el norte, con sus propios recursos y buscaron, desde el principio, obtener el reconocimiento y la legitimidad de los líderes maderistas de la revuelta. La suriana, fue una rebelión que, en sus orígenes, se reivindicaba a sí misma como maderista, que seguía sus postulados y aceptaba subordinarse a Madero. Sus organizadores tuvieron algunas características comunes. Varios de ellos eran parte de los grupos agrarios subordinados de la zona central morelense, de las clases medias y bajas, aunque ninguno tenía una situación personal de carencias materiales apremiante; varios tenían un reconocimiento y prestigio previos en sus lugares, como representantes de los órganos tradicionales de gobierno y se habían destacado por encabezar protestas de sus pueblos contra las haciendas y las autoridades locales ante acciones que los habían perjudicado.

Pero además, y ésto quizá fue lo decisivo, varios de los que iniciaron la rebelión eran individuos perseguidos por la justicia, proscritos por haber participado en el

movimiento leyvista morelense de 1909, movimiento de oposición legal al porfiriato que había aglutinado a un amplio espectro de clases medias y rurales en la entidad, alrededor del clan de la familia Leyva y en contra del candidato oficial a la gubernatura del estado, Pablo Escandón. El leyvismo había sido reprimido, se había consumado la imposición y el régimen había desmantelado la incipiente organización de los grupos opositores urbanos y rurales. Los líderes de la rebelión morelense de 1911 tuvieron, en el leyvismo, su primer experiencia política y vieron cómo se cerraban los canales de expresión legal del sistema político porfiriano. Peor aún, sintieron en carne propia las consecuencias de su actividad opositora, al ser perseguidos políticos que no tenían ni los contactos ni la cobertura de otros notables y líderes de las élites y las clases medias urbanas. El llamado maderista a la insurrección se presentó como una posibilidad de luchar, junto con otros aliados más fuertes, contra el régimen que los perseguía y como una oportunidad para resolver la problemática agraria que aquejaba a sus pueblos de origen y de obtener mejoras personales.

8.- Fue la conjunción de estos factores: el descontento provocado por la modificación de los equilibrios productivos y sociales, la ruptura del pacto moral, el surgimiento de líderes locales nuevos, provenientes de las clases bajas rurales, su carácter de proscritos y perseguidos por el régimen y una coyuntura nacional provocada por la rebelión maderista que parecía ofrecer oportunidades de mejora, lo que posibilitó la organización y el éxito de la rebelión local. Ésta, si bien subordinada formalmente al maderismo, se llevó a cabo con recursos propios y sin la participación de notables de las élites regionales o nacionales. La rebelión prendió en el campo morelense y consiguió, en tres meses, hacerse del control de la mayor parte del territorio de la entidad, derrotando las defensas de las fuerzas rurales y a los destacamentos del ejército federal que defendieron las principales ciudades.

9.- La rebelión morelense tuvo, desde el principio, rasgos de violencia social, de masas, dirigida contra algunos de los signos más visibles, desprestigiados y débiles del sistema de dominación a nivel local: presidentes, jueces y policías municipales, comerciantes pueblerinos y notables locales sin protección. La rebelión sirvió a los grupos marginados para desquitar sus odios y rencores y para vengar agravios, ejerciendo a menudo justicia por su propia mano, ante el vacío de autoridad y la desaparición virtual del Estado, como garante último -por el monopolio de la violencia-, de la dominación. Esta violencia luego se extendió, a medida que la rebelión de abajo cobró fuerza, contra otros símbolos y representantes más sólidos de la dominación: jefes políticos, jefes militares y pronto alcanzó, en una segunda etapa, a las haciendas, que habían sido hasta entonces la institución dominante en la región. La rebelión se convirtió más adelante en revolución, al madurar ideológicamente y darse un proyecto político propio. Fue así un movimiento de clase que buscó obtener la hegemonía y desafió al Estado nacional, enfrentándose de manera persistente al ejército federal y a la vasta coalición de las clases dominantes que se le opuso buscando coseguir transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales de fondo.

10.- La rebelión que tomó forma en el zapatismo no se redujo únicamente al problema agrario, aunque sin duda éste haya sido el motivo principal y el eje articulador de su actividad y de sus propuestas de organización social. Junto con el problema del control sobre los recursos naturales apareció también una dimensión moral y cultural, por agravios ante la exclusión e injusticia que sintieron los grupos subalternos morelenses ante abusos y actitudes de las élites locales y de los representantes de la dominación, particularmente por

la ruptura del pacto entre los notables y los grupos de abajo que había permitido la convivencia y el orden hasta entonces, mediante un contrato tácito de obligaciones y derechos, recíprocos desiguales, pero aceptados. La rebelión tuvo el carácter de un restablecimiento de la justicia rota. Los líderes de la insurgencia se revistieron con la legitimidad de ese sentimiento reivindicatorio.

Una vez que se rompió el pacto, que estalló la revuelta y se consolidó un nuevo liderazgo local, plebeyo, cobraron fuerza también demandas políticas, a través de reclamos de autonomía de los pueblos, villas y rancherías en contra de la intervención del nuevo centro maderista y de los clanes regionales de Guerrero, que quisieron capitalizar la rebelión. Asimismo, ocuparon un lugar central las reivindicaciones de poder para el grupo de líderes rebeldes morelenses que reclamaron su derecho a participar en la organización de los poderes locales.

Posteriormente, cuando el grupo alzado desconoció a Madero y estallaron las hostilidades, la rebelión morelense se extendió como un mecanismo de autodefensa, ante la irrupción y la brutalidad del ejército federal que ocupó y militarizó la zona y obligó a una buena parte de la población civil a defenderse e incorporarse a los rebeldes.

11.- El liderazgo de la rebelión zapatista, en correspondencia con la tradición del *Sur* en el XIX, surgió de abajo, con un carácter plebeyo y, a diferencia de los anteriores momentos, hubo una ausencia de notables de las clases medias y altas regionales o locales. Esto en parte se explica porque ninguno de los dirigentes del movimiento leyvista de 1909 participó dentro de la insurrección maderista de 1910-1911 y porque el maderismo mismo no asignó importancia al estado de Morelos dentro de sus planes de insurrección. Así, los nuevos líderes actuaron con sus propios medios y recursos y tuvieron, desde el principio, una

relativamente alta autonomía e independencia. El movimiento se consolidó como una alianza o confederación de liderazgos locales, con líderes de tipo tradicional, carismático, alimentados por fuertes solidaridades y lealtades basadas en el parentesco, compadrazgo, amistad y clientelismo.

Este liderazgo fue efectivo y encontró fuerte arraigo a nivel local. Sin embargo, no tuvo la misma eficacia y ocasionó endémicas rivalidades y disputas en cuanto la actividad de las bandas guerrilleras salía de su entorno más inmediato e incursionaba en terrenos que estaban bajo el dominio de otros jefes zapatistas o de sus enemigos. En la práctica, el zapatismo fue una confederación de grupos locales, con liderazgos autóctonos, dotados de una gran autonomía, coordinados, con dificultades, por Zapata y por la dirección política institucional del movimiento, el Cuartel General del Sur. El único caudillo que alcanzó reconocimiento extra-regional y consiguió la subordinación del resto de los jefes y que, por lo mismo, se convirtió en la pieza maestra de todo el sistema de lealtades y apoyos al interior del zapatismo y con las comunidades que lo seguían, fue Emiliano Zapata.

Este liderazgo natural fue reforzado y enriquecido con la incorporación de intelectuales foráneos provenientes de clases medias urbanas. Sin embargo, ni en la etapa inicial, ni en el proceso de definición de una identidad propia del movimiento rebelde -en la ruptura con Madero y la formulación del *Plan de Ayala*-, hubo alguna participación relevante de los intelectuales fuereños, los cuales ocuparon un papel más importante en la siguiente etapa, de la definición de la hegemonía nacional entre las distintas facciones, después de 1914.

12.- La definición de la identidad zapatista se dio mediante un proceso relativamente acelerado, en el cual tuvieron un papel decisivo: a) los intentos del centro maderista para

hacer a un lado a los líderes rebeldes morelenses y pactar una transición excluyente con los representantes del viejo *statu quo* porfiriano; b) la intervención del clan rival de los hermanos Figueroa, guerrerenses que se aliaron con la oligarquía terrateniente morelense y con los dirigentes maderistas para cerrarle el paso a los insurrectos capitaneados por Zapata; c) la actitud vacilante y contradictoria de Madero en las negociaciones para el desarme y su incapacidad para controlar las provocaciones de la viejas élites porfirianas en contra la negociación; d) la intervención abrupta del ejército federal, que militarizó al territorio morelense y trató de aniquilar a los zapatistas, que se encontraban negociando e interpretaron esa acción como una traición de Madero.

La ruptura con Madero fue una reacción en buena medida defensiva y tuvo un fuerte componente de agravio moral, de enojo por la traición de la que se sintieron víctimas. Ocurrida la ruptura y el desconocimiento de Madero, los líderes zapatistas tuvieron que dar legitimidad y justificación ideológica a su actitud, y formularon un plan político en el cual plasmaron, de manera positiva, su visión y trataron de expresar a nivel general, como programa, la experiencia que habían tenido en los meses anteriores.

13.- El *Plan de Ayala* fue el acto fundacional del zapatismo, en el cual quedó definida su identidad. En él, los líderes naturales del zapatismo, de manera endógena, generalizaron y racionalizaron la experiencia de la insurrección contra Díaz y de las negociaciones con el maderismo durante el gobierno de León de la Barra. Las demandas agrarias, tempranas, sirvieron para articular y dar sentido a las diferencias que se manifestaron entre los líderes zapatistas y el maderismo. Empero, el rasgo definitorio del *Plan de Ayala* fue que representó el programa político de un movimiento campesino que, a través de él, aclaró su identidad, logró coherencia ideológica y lo utilizó como propuesta política no solo para

desconocer al régimen maderista, sino para proponer una nueva forma de organización del poder central. Este proceso se dio a través de la maduración y radicalización de los líderes zapatistas, de manera básicamente endógena.

14.- Durante el gobierno de Madero, el zapatismo consolidó su desafío, se radicalizó y se convirtió en un movimiento que incorporó a sus filas y logró el apoyo de una buena parte de los grupos agrarios medios y bajos de una amplia zona, *el Sur*, región que comprendía desde las tierras calientes de Guerrero hasta las sierras de Puebla y Oaxaca. Esta misma zona había sido el escenario en el cuál se habían desarrollado amplias movilizaciones populares durante la Independencia y las décadas posteriores. En ellas, bajo los liderazgos poplistas de caudillos como Morelos, Guerrero y Álvarez, los grupos rurales bajos habían adquirido experiencia para desafiar a las élites regionales y al Estado nacional, quienes, finalmente, los habían derrotado. Empero, persistió, a pesar de la consolidación del régimen de Díaz que acabó con ese tipo de liderazgos regionales, una tradición de protesta y movilización, así como de experiencias organizativas de resistencia popular a la dominación que sirvieron de antecedente para la rebelión que tuvo lugar a fines del Porfiriato. En cuanto al carácter plebeyo de la movilización, al liderazgo autónomo, al desafío de las élites regionales y del Estado nacional, al discurso antihacendado y antiespañol de los rebeldes, hubo una marcada continuidad con las experiencias del XIX desarrolladas por esos mismos grupos.

Cuando la rebelión zapatista se convirtió en un movimiento que extendió su influencia más allá del ámbito regional, ejerció una importante atracción sobre algunos grupos urbanos e intelectuales radicalizados, que formaban parte del ala izquierda del maderismo y que se convirtieron en críticos cada vez más acervos de él. Algunos de éstos

se incorporaron más tarde al zapatismo y ayudaron a darle una formulación ideológica más precisa, radical, con influencias liberales, del socialismo cristiano y el anarco-sindicalismo. Este proceso, empero, alcanzó mayor amplitud después del golpe de Estado huertista. Durante el gobierno de Madero, el zapatismo echó raíces en las regiones colindantes con Morelos y se convirtió en una amplia rebelión agraria, que alcanzó una dinámica y una inercia que ya no fue posible detener, a pesar de los distintos esfuerzos y cuantiosos recursos que las élites regionales y el gobierno central emplearon para aplastarla. La violencia de masas que se había manifestado durante la etapa de la insurrección contra Díaz, reapareció ampliada y se dirigió contra los principales bastiones de la dominación: las clases dominantes, las instituciones y autoridades a todos los niveles del régimen, las haciendas e ingenios, la mayoría de los caciques regionales, el ejército federal. Con altibajos, ciclos de ascenso y reflujos, determinados por la efectividad de las tácticas empleadas en su contra y por la influencia de las necesidades económicas, la marea de la rebelión campesina zapatista no pudo ser contenida por el régimen maderista.

15.- El gobierno de Madero empleó contra la rebelión diversas tácticas, que combinaron la apertura política hacia un sector de clases medias y altas regionales, con el objetivo de consolidar un proyecto de modernización y democratización que canalizara por los conductos legales algunas de las demandas que estaban en la base de la rebelión. Sin embargo, no ofreció ninguna reforma social de fondo, por temor a las élites y por identificación de clase con esos intereses, con lo cual cortó sus bases populares de apoyo. Al mismo tiempo, llevó a cabo una abierta política represiva que tuvo su climax con la táctica de contrainsurgencia -reconcentración de la población en aldeas vigiladas por el ejército, quema y tierra arrasada contra los pueblos más abiertamente zapatistas y ataques

indiscriminados contra la población civil para buscar aislar a los rebeldes de sus bases de apoyo-. Los resultados de estas tácticas combinadas fueron diversos: a medida que la represión fue más violenta y sanguinaria, la rebelión creció, se extendió y enraizó, volviendo más fuertes los vínculos entre los rebeldes y la población civil, mucha de la cual engrosó las filas de los zapatistas. Cuando la táctica represiva bajó su intensidad y se privilegió una política de apertura, incluyente y de apoyo material a los pueblos, la fuerza de los zapatistas disminuyó.

El tiempo, empero, se le acabó a Madero. Su incapacidad para contener la rebelión zapatista, para ofrecer una solución de fondo a las aspiraciones populares de reforma y resolver la ola de huelgas nacionales encabezadas por los trabajadores textiles, junto con una gama de rebeliones regionales que tuvieron lugar durante sus quince meses de gobierno, junto con su incapacidad para conseguir el apoyo pleno de las oligarquías, élites e instituciones del régimen porfiriano, evidenciaron la debilidad del Estado nacional encarnado en el régimen constitucional de Madero y permitieron que afloraran diversos movimientos y caudillismos regionales que llenaron los espacios dejados por el poder central. La culminación de esta debilidad del Estado nacional fue la la organización y el asalto al poder de los grupos conservadores que efectuaron el golpe de estado huertista. La insurrección zapatista contribuyó a minar el prestigio, la legitimidad, la base social y el apoyo político al régimen maderista.

16.- La actitud de las diferentes clases, estratos y grupos sociales ante el zapatismo fue diferenciada y llena de matices, aunque se pueden esbozar comportamientos de carácter más general. La inmensa mayoría de las clases dominantes nacionales y regionales, con el Estado y sus aparatos represivos a su servicio, enfrentaron encarnizadamente al zapatismo.

con una actitud que demostraba su alarma y decisión de acabar con él de tajo, al precio que fuera necesario. Las clases medias urbanas, influenciadas en buena medida por los medios formadores de opinión pública que estuvieron mayoritariamente en contra de la violencia zapatista, fueron en su mayoría críticas y contrarias a la insurrección zapatista, salvo un pequeño sector de intelectuales radicales agrupados alrededor del *Diario del Hogar*, que fue el único medio impreso nacional simpatizante de la rebelión., junto con organizaciones y líderes de trabajadores y artesanos urbanos.

Las clases bajas, por su parte, tuvieron una actitud también heterogénea. Los obreros y artesanos del país permanecieron en su mayoría ajenos al conflicto, incluso los más activos, mejor organizados y más politizados, los trabajadores textiles, quienes se mantuvieron en movilización constante por sus propias demandas durante el interinato y la mayor parte del gobierno de Madero. Sin embargo, salvo adhesiones particulares y localizadas, no hubo contacto ni apoyo masivo de ese sector hacia los rebeldes zapatistas. Entre las clases y grupos agrarios hubo también una actitud diversa. En la región zapatista los rebeldes contaron con amplio apoyo de la población rural baja, que fue el factor central que dio arraigo y permanencia a la revuelta. El zapatismo se convirtió en el canal por el cual fluyeron las aspiraciones de carácter agrario de los grupos excluidos que necesitaban de la tierra y del agua, las reivindicaciones políticas de autonomía municipal y libertad de elegir autoridades comprometidas con los sectores populares y, también, fue el brazo protector de la población civil ante las prácticas depredatorias del ejército federal y de los cuerpos rurales que, en su afán de acabar con los rebeldes, se lanzaron contra la gente común de los lugares.

Empero, incluso en esa misma zona que fue el corazón de la revuelta y sobre todo en regiones aldeañas a las cuales alcanzó la rebelión, la actitud de una parte de la población

rural de los estratos bajos no fue de simpatía hacia los zapatistas. Así, en el rechazo a la revuelta en esas zonas estuvieron no solo las élites y las clases medias regionales, sino también gente de los estratos bajos. El rechazo a la rebelión, a los abusos de los jefes zapatistas abarcó una amplia gama de comportamientos y actitudes, desde la sorda resistencia individual hasta la formación de cuerpos armados que combatieron activamente, por su cuenta, al margen del ejército y de los rurales, a la revuelta, particularmente a nivel local.

17.- La rebelión zapatista tuvo una marcada diferenciación regional. Los valles centrales morelenses, donde se originó el movimiento, fueron el asiento básico en el que se implantó y que alimentó a la rebelión. Empero, las distintas tácticas del gobierno central y del ejército y las características de las fuerzas zapatistas, determinaron ascensos y reflujos en la movilización y en los apoyos. Los distritos poblanos de Izúcar, Atlixco, Chietla y Acatlán, fueron la segunda zona en importancia en la que se arraigó la rebelión y se convirtieron en la defensa y en una segunda línea de abastecimiento de los alzados. La tercer región fueron los distritos mexiquenses de Tenancingo, Tenango y las faldas del Popo y el Izta. En conjunto fueron esos lugares, junto con todo el territorio morelense, los que constituyeron el corazón del movimiento zapatista entre 1911 y principios de 1913. En ellos el zapatismo morelense arraigó fuertemente y sus líderes pudieron encontrar legitimidad, apoyo y subordinación, tanto de la población local, como de líderes autóctonos. Más allá de esos territorios el zapatismo morelense fue un fenómeno extraño, encontró mayor oposición de los distintos sectores y una aguda competencia o rivalidad con otros caudillos locales.

## **Fuentes**

### ***Archivos***

*Archivo General de la Nación*, Fondos: Emiliano Zapata, Cuartel General del Sur, Genovevo de la O, Soberana Convención Revolucionaria, Francisco I. Madero, Alfredo Robles Domínguez, Gobernación Período Revolucionario, Antonio Díaz Soto y Gama, Junta Protectora de las Clases Menesterosas, Francisco Leyva.

*Archivo Histórico de Condumex*, Fondo Jenaro Amezcua

*Archivo Histórico de la Universidad*, CESU, Fondo Gildardo Magaña

*Archivo de Roque González Garza*

*Archivo de Francisco Mendoza*

Biblioteca Nacional de México, *Archivo Francisco I. Madero*

*Archivo Porfirio Díaz*, Universidad Iberoamericana

### ***Periódicos***

*El Imparcial*

*El Diario del Hogar*

*México Nuevo*

*Nueva Era*

*El País*

*El Diario*

*Semanario Oficial del estado de Morelos*

### ***Bibliografía***

Arenas Guzmán

1974 *Alfredo Robles Domínguez en jornadas culminantes de la revolución*, México, INEHRM

*Así fue la Revolución Mexicana*. Varios autores

1985 México, Senado de la República-SEP, 8 vols.

Avila Palafox, Ricardo

1988 *¿Revolución en el Estado de México?*, INAH-Gobierno del Estado de México.

Barret, Ward

1977 *La hacienda azucarera de los marqueses del Valle. 1533-1910*. México, Siglo XXI.

Bataillon, Claude

1971 *Villes et campignes dans la région de Mexique*, Paris, Editions Antropos

Benjamin, Thomas y McMellie, William,

1984 *Other Mexicos: Essays on Regional Mexican History*, Albuquerque, University of New Mexico Press

Bethell, Leslie (editora)

1986 *The Cambridge History of Latin American*, Cambridge University Press, vol. 5.

Bora, W. y Cook, S.

1958 *The Aboriginal Population of Central Mexico on the Eve of the Spanish Conquest*, Iberoamerican.

1980 *Ensayos sobre historia de la población*, México, Siglo XXI.

1989 *El pasado de México: aspectos sociodemográficos*, México, FCE.

Brading, David, A. (comp.)

1985 *Caudillos y campesinos en la revolución mexicana*, México, FCE.

1988 *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, ERA

1988 "Liberal patriotism and the Mexican Reform", *Journal of Latin American Studies*, no. 20, pp. 27-48

Brunk, Samuel Frederick

1994. "Zapata: Revolution and Betrayal in Mexico", University of New Mexico, University of New Mexico Press

1993. "Zapata and the City Boys: In Search of a Piece of Revolution", *Hispanic American Historical Review*, vol.73, no. 1, pp. 33-65.

Carrasco, Pedro

1971 "Social Organization of Ancient Mexico", en *Handbook of Middle American Indians*, Austin, University of Texas Press.

Carrasco, Pedro, et al.

1976 *Estratificación social en la Mesoamérica Prehispánica*, México, INAH

Cosío Villegas, Daniel

1980 *Historia Moderna de México. El Porfiriato. Vida Política*, México, Hermes

Crespo, Horacio

1981 "La diferenciación social del campesinado. Una perspectiva teórica", tesis de maestría, FFyL, UNAM

1996 "La hacienda azucarera del estado de Morelos: modernización y conflicto", Tesis doctoral, FFyL, UNAM

Crespo, Horacio (coordinador)

1984 *Morelos cinco siglos de historia regional*, México, CEHAM-Universidad Autónoma del Estado de México

Crespo, Horacio (director)

1988 *Historia del Azúcar en México*, México, FCE, 3 vols.

Cumberland, Charles

1984 *Madero y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI editores, 3a. edición.

Denevan, William

1976 *The Native Population of the Americas in 1492*, The University of Chicago Press.

*Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*

1991-1994 México, INEHRM, 8 vols.

Diez, Domingo.

1938 *Bosquejo histórico-geográfico del estado de Morelos*. s/p

Espejel, Laura y Rueda, Salvador

1985a "La génesis del zapatismo" en *Así fué la Revolución Mexicana*, vol. 2, pp. 291-303.

1985b "El Plan de Ayala y la autonomía zapatista" en *Ibid.*, vol 3, pp. 347-358.

1985c "El zapatismo continúa en lucha", en *Ibid.*, vol 4, pp. 531-537.

1985d "El zapatismo se extiende", en *Ibid.*, vol 4, pp. 581-587.

1985e "El zapatismo estrecha el cerco", en *Ibid.*, vol 4, pp. 711-715.

1985f "Los ejércitos populares y la construcción de un ejército nacional". en *Ibid.*, vol 5, pp. 857-865.

1994 "El desencanto porfiriano. Las elecciones de 1909 en Morelos". *Desdeldiez*, Boletín del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas" A.C. Jiquilpan, Michoacán, pp. 5-27.

Espejel, Laura, Olivera, Alicia y Rueda, Salvador

1981 "El programa político zapatista", en *IV Jornadas de Historia de Occidente*, Michoacán. Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas". A.C., pp. 57-78.

Falcón, Romana

1992 "Jefes políticos y rebeliones campesinas: Uso y abuso del poder en el Estado de México", en Jaime Rodríguez (editor), *Patterns of Contention in Mexican History*. Silmington, University of California Press

1995 "Descontento campesino e hispanofobia. La tierra caliente a mediados del siglo XIX", México, *Historia Mexicana*, vol. XLIV, no. 3, pp. 461-498.

Florescano, Enrique

1976 *Origen y desarrollo de los problemas agrarios de México*, México. ERA

García Martínez, Bernardo

1969 *El Marquesado del Valle, Tres siglos de régimen señorial en Nueva España*, México, El Colegio de México.

Gerhard, Peter

1986 *Geografía Histórica de la Nueva España*, México, IIH-UNAM.

Gibson, Charles

1980 *Los aztecas bajo el dominio español*, México, Siglo XXI editores, 5ª edición.

Gómez, Marte R.

1986 *Las comisiones agrarias del Sur*. México, CEHAM.

Guerra, François Xavier

1988 *México, del Antiguo Régimen a la Revolución*, 2 vols., México, FCE

Gilly, Adolfo

1972 *La Revolución Interrumpida*, México, El Caballito

Gilly, Adolfo, et al.

1979 "La guerra de clases en la Revolución Mexicana (revolución permanente y autoorganización de las masas)", en *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, México. Nueva Imágen-UNAM.

1981, "La historia como crítica o como discurso de poder" en *Historia para qué*, México, Siglo XXI editores

Guardino, Peter F.

1996 *Peasants, Politics and the Formation of Mexico's National State. Guerrero, 1800-1857*. Stanford University Press

Hale, Charles

1986 *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, México, Siglo XXI editores.

1989 *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth-Century Mexico*. Princeton University Press

Hamnett, Brian R.

1986 *Roots of Insurgency: Mexican Regions, 1750-1824*, Cambridge University Press

1994 "Faccionalismo, Constitución y poder personal en la política mexicana, 1821-1854: un ensayo interpretativo", en Vázquez, Josefina Zoraida (coord.), *La fundación del estado mexicano*, México, Nueva Imágen, pp. 75-109.

1996 "Liberalism Divided: Regional Politics and the National Project During the Mexican Restored Republic, 1867-1876", en *Hispanic American Historical Review*, 76:4, pp. 659-689

Hart, John M.

1987 *Revolutionary Mexico: The Coming and Process of the Mexican Revolution*. Berkeley, University of California Press

Hernández, Alicia

1973 "Haciendas y Pueblos en el Estado de Morelos 1535-1810" Tesis de Maestría en Historia, El Colegio de México.

1989 "Origen y ocaso del ejército porfiriano", *Historia Mexicana* 39, no. 1, pp.

1991 *Anenecuilco. memoria y vida de un pueblo*, México, El Colegio de México

Huerta, María Teresa

1986 "Los hacendados de Morelos y el poder", México, INAH, *Historias*, no. 14, julio-septiembre, pp. 83-93.

Jacobs, Ian

1985 "Rancheros de Guerrero, los hermanos Figueroa y la Revolución" en Brading, *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, FCE

1990 *La revolución mexicana en Guerrero. Una revuelta de los rancheros*, México, ERA.

Katz, Friedrich

1983 *La guerra secreta en México*, 2 vols., México, ERA, 4a. edición

Katz, Friedrich (comp.)

1990 *Revuelta, Rebelión y Revolución, la lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, 2 vols. México, ERA,

Knight, Alan

1985 "El liberalismo mexicano desde la Reforma hasta la Revolución (una interpretación)", *Historia Mexicana* 35, no. 1

1986 *The Mexican Revolution*, University of Nebraska Press Lincoln and London.

1991 "Land and Society in Revolutionary Mexico: The Destruction of the Great Haciendas", *Mexican Studies*, vol. 7, no. 1.

Landáuzuri Benítez Gisela y Vázquez Mantecón, Verónica

1988 *Azúcar y Estado (1750-1880)*, México, CFE-SEMIP.

Langle Ramírez Arturo

1984 *Huerta contra Zapata, una campaña desigual*, México, IIH-UNAM, 2ª edición.

Magaña, Gildardo

1979 *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, México, INEHRM, 5 vols.

Mallon, Florencia E.

1989 "Los campesinos y la formación del Estado en el México del siglo XIX: Morelos, 1848-1858", en *Secuencia* No. 15, pp. 47-96, México, Instituto Mora.

1995 *Peasant and Nation. The Making of Postcolonial Mexico and Peru*. University of California Press

Martin, Cheryl English

1982 "Haciendas and Villages in Late Colonial Morelos". *Hispanic American Historical Review*, vol 62, núm. 3, pp. 402-427.

1985, *Rural Society in Colonial Morelos*, University of New Mexico Press.

Mentz, Brígida von

1988 *Pueblos de indios, mulatos y mestizos, 1770-1870: los campesinos y las transformaciones protoindustriales en el poniente de Morelos*, México, CIESAS,¿.

Meyer, Jean

1973 *Problemas campesinos y revueltas agrarias. 1821-1910*, México, Sepsetentas

Moore, Barrington

1989 *Injusticia, las bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, UNAM

Muñoz Pérez, Daniel

1959 *El general don Juan Álvarez: Ensayo biográfico y selección de documentos*. México, Editorial Academia Mexicana

Nickel, Herbert (editor)

1989 *Paternalismo y economía moral en las haciendas mexicanas del Porfiriato*. México, Universidad Iberoamericana

Niemeyer, Víctor

1966 *El general Bernardo Reyes*, México, Gobierno del Estado de Nuevo León-Universidad Autónoma de Nuevo León.

Pani, Erika

1998 "¿Verdaderas figuras de Cooper o 'pobres inditos infelices'?" en *Historia Mexicana* n° 187, pp. 571-604

Portilla, Santiago

1982 "Una sociedad en armas: insurrección antirreleccionista en México 1910-1911", Tesis de doctorado, El Colegio de México.

Powel, T.G.

1974 *El liberalismo y el campesinado en el centro de México. 1850-1876*. México Sepsetentas

1977 "Priests and Pesants in Central Mexico: Social Conflict During 'La Reforma'", *Hispanic American Historical Review*, 57, No. 2

Ravelo Lecuona, Renato

1990 *La revolución zapatista en Guerrero. Tomo I, de la insurrección a la toma de Chilpancingo 1910-1914*, México, Universidad Autónoma de Guerrero.

Reina, Leticia

1980 *Las rebeliones campesinas en México (1819-1906)*, México. Siglo XXI.

Ricard, Robert

1986 *La Conquista Espiritual de México*, México, F.C.E.

Rodriguez García, Martha

1978 "Genovevo de la O, un general zapatista". Tesis de licenciatura. Universidad Iberoamericana

Rodriguez O., Jaime E. (editor)

1989 *The Independence of Mexico and the Creation of the New Nation*, Los Angeles, University of California Press

1990 *The Revolutionary Process in Mexico. Essays on Political and Social Change, 1880-1940*, UCLA,

1992 *Patterns of Contention in Mexican History*, Wilmington, University of California Press

Rosenblat, Angel

1954 *La población indígena y el mestizaje en América Latina*. 2 vols.. Buenos Aires, Editorial Nova.

Rueda, Salvador

1981 "La zona armada de Genovevo de la O" en *Cuicuilco*, México, vol. 2, no. 3, pp. 38-43.

1983 "Oposición y subversión: testimonios zapatistas". México, *Historias*, no. 3, pp. 3-32.

1986 "Administración política y utopía hacendada: la lucha por el poder en el estado de Morelos (1869-1913)" México, *Historias*, no. 13, abril-junio, pp. 95-103.

Rueda, Salvador y Lloyd, Jane Dale

1985 "El discurso legal campesino y el orden político revolucionario". México. *Historias*, no. 13, pp. 51-59.

Scott, James C.

1976 *The Moral Economy of the Peasant. Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*, New Haven, Yale University Press

1985 *Weapons of the Weak, Everyday forms of Peasant Resistance*, New Haven, Yale University Press.

1990 *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*, New Haven, Yale University Press.

Sotelo Inclán, Jesús

1970 *Raíz y Razón de Zapata*, México, C.F.E.

Taylor, William

1987 *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, México, FCE.

Tobler, Hans Werner

1994 *La revolución mexicana. Transformación social y cambio político*. México, Alianza Editorial-Editorial Patria

Thomson, Guy P.C.

1990 "Bulkwarks of Patriotic Liberalism: The National Guard, Philharmonic Corps and Patriotic Juntas in Mexico, 1847-88", en *Journal of Latinoamerican Studies*, 22, No. 1, pp. 31-68.

1991 "Popular Aspects of Liberalism in Mexico, 1848-1888", en *Bulletin of Latin American Research*, 10, No. 2, pp. 265-292.

Tutino, John

1987 "Peasants and Politics in Nineteenth-Century Mexico", en *Latin American Research Review*, 22, no. 3.

1990 *De la insurrección a la revolución en México*, México, ERA.

Valverde, Sergio

1933 *Apuntes para la historia de la revolución y la política en el estado de Morelos, desde la muerte del gobernador Alarcón...* México.

Vanderwood, Paul

1982 *Los rurales mexicanos*. México, FCE.

Van Young, Eric

1983 "Mexican Rural History Since Chevalier: The Historiography of the Colonial Hacienda", *Latin American Research Review*, no. 18, pp. 5-61.

1990 "To See Someone Not Seeing: Historical Studies of Peasants and Politics in Mexico". *Mexican Studies*. No.6, pp. 135-169.

1992 *La crisis del orden colonial. Estructura agraria y rebeliones populares en la Nueva España, 170-1821*, México, Alianza Editorial

Vázquez Gómez, Francisco

1982 *Memorias Políticas (1909-1913)*, México, Universidad Iberoamericana/El Caballito.

Warman, Arturo

1978 *Y venimos a contradecir, los campesinos de Morelos y el estado nacional*. México. CIESAS-Ediciones de la Casa Chata

Wolf, Eric

1966 *Peasants*, PrenticeHall, Englewood, Cliffs, N. J.

1977 *Las luchas campesinas del siglo XX*, México, Siglo XXI, 7a. edición

Womack, Jr. John

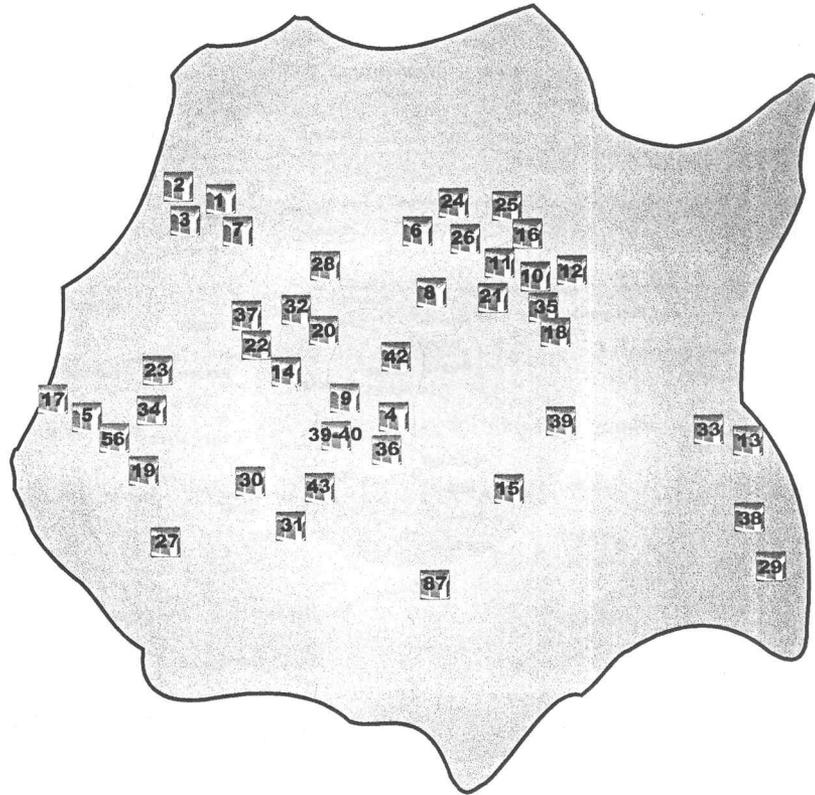
1970 *Zapata and the Mexican Revolution*, Nueva York/Alfred A. Knopf

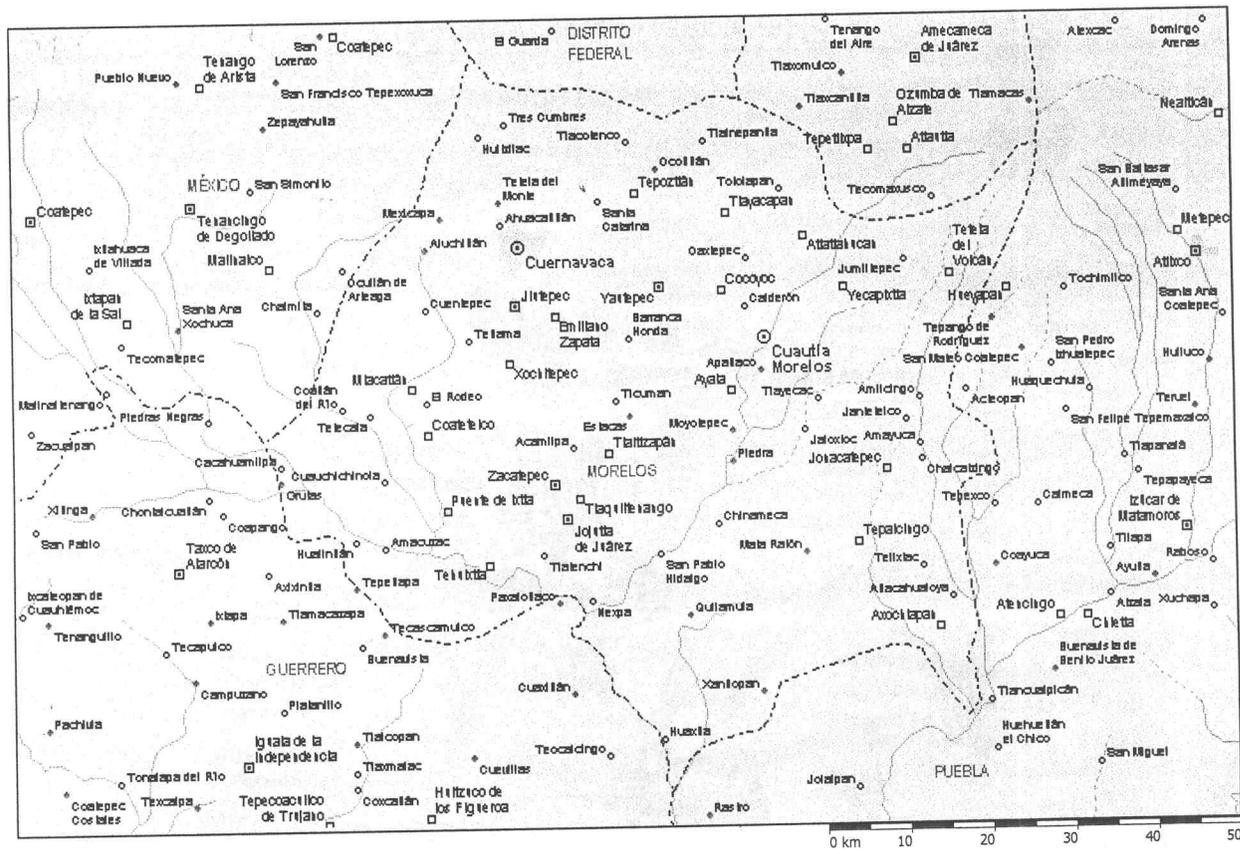
# Los ferrocarriles en Morelos hacia 1910



# Haciendas de Morelos en 1910

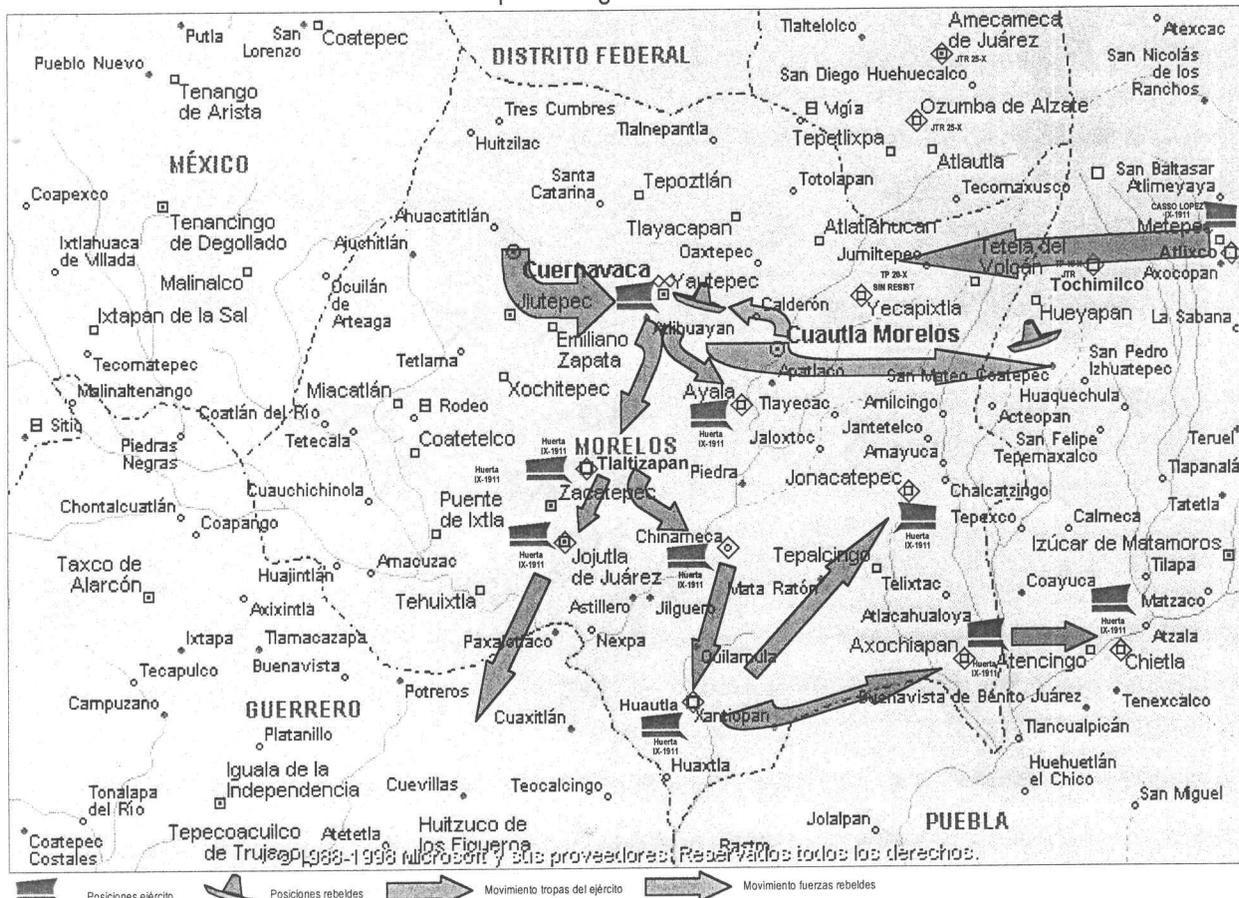
1. Tlaltenango
2. Axomulco
3. Santa Ana Amanalco
4. San José Acamilpa
5. San Ignacio Actopan
6. Apanquetzalco
7. San Antonio Atlacumulco
8. San Diego Atlihuyan
9. San Diego Barreto
10. San José Buenavista
11. Santa Barbara Calderón
12. San Pedro Martir Casasano
13. Chicomocele
14. San Antonio Chiconcuac
15. San Juan Chinameca
16. San José Cocoyoc
17. Santa Rosa Cocoyotla
18. San Antonio Cuahuixtla
19. Cuauhchichinola Santa Ana
20. Nuestra Señora de los Dolores
21. Nuestra Señora de la Concepción,  
el Hospital
22. San Antonio el Puente
23. San Salvador Miacatlán
24. Oacalco
25. San Nicolas Pantitlán
26. San Carlos Borromeo
27. San Gabriel las Palmas
28. San Gaspar
29. San Ignacio Urbleta
30. San José Vista Hermosa
31. San Nicolas Obispo
32. San Vicente Zacoalpan
33. Santa Clara Motefalco
34. Santa Cruz Vista Alegre
35. Santa Inés
36. San Francisco Temilpa
37. Nuestra Señora de la Concepción,  
Temixco
38. Santa Ana Tenango
39. Santiago Tenextepango
40. San Miguel Treinta
41. Santa Rosa Treinta Pesos
42. Xochimancas
43. Santiago Zacatepec
56. San Miguel Coautlita
87. Ixtoluca y Nexpa





Zona zapatista  
México

# La Ruptura. Agosto - Octubre 1911



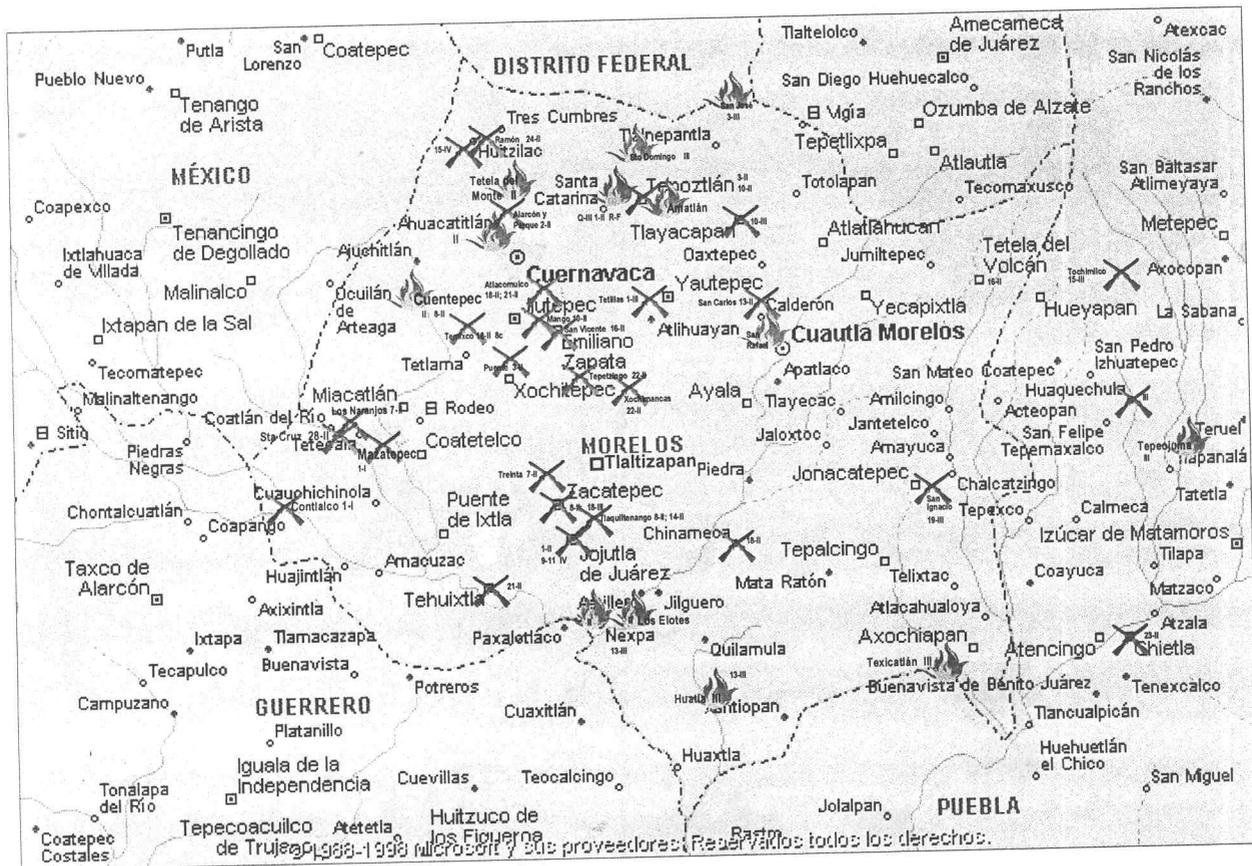
1968-1998 microfilm y sus proveedores. Reservados todos los derechos.

# Enfrentamientos Militares. Octubre 1911-Enero 1912



© 1988-1998 Microsoft y sus proveedores. Reservados todos los derechos.

# La Guerra Sucia. Febrero-Marzo 1912

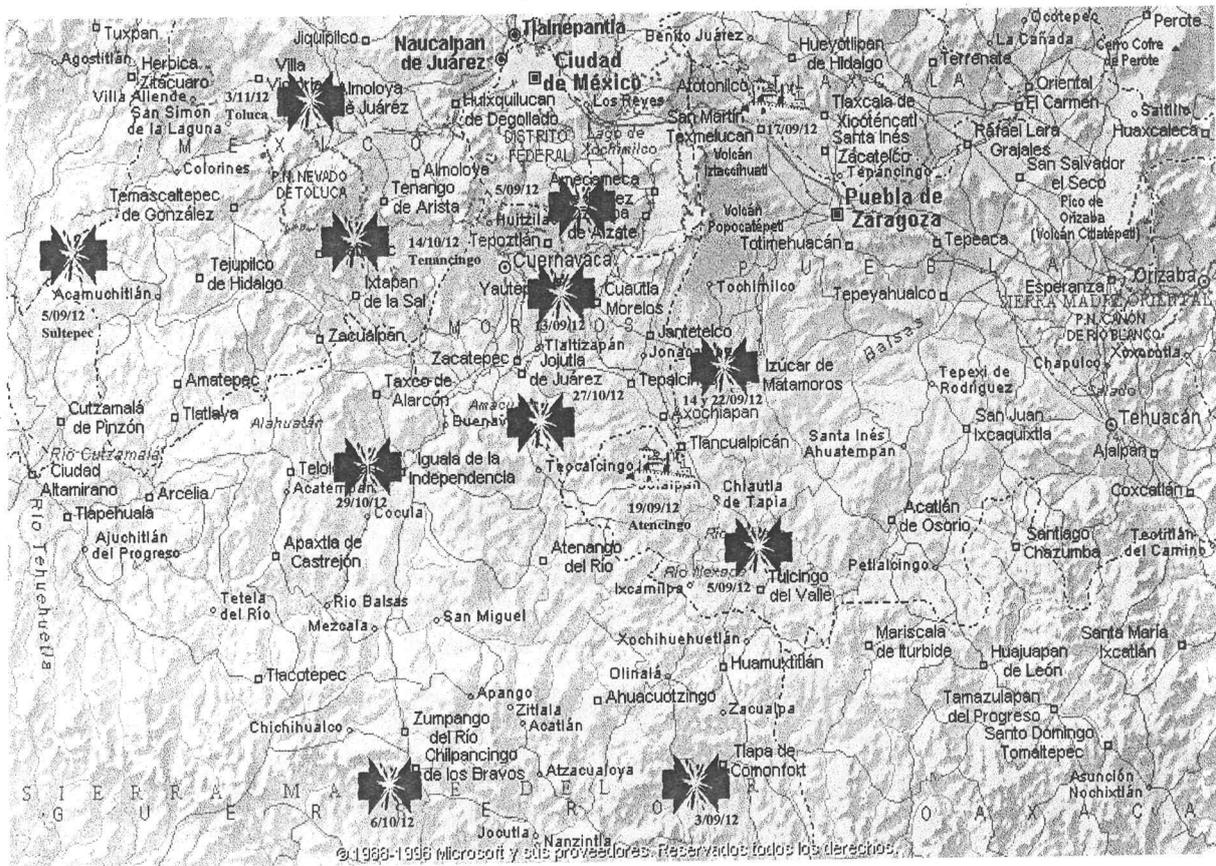


Incendio de pueblo por Juvenio Robles

Enfrentamiento rebeldes con federales o rurales

1998-1999 Microsoft y sus proveedores. Reservados todos los derechos.

Enfrentamientos y toma de haciendas. Ag, sept y oct de 1912. Escala 1:40000/ 19° 34' N, entre 100° 42' W y 97° 5' W.



© 1988-1996 Microsoft y sus proveedores. Reservados todos los derechos.

